2002

Cuarenta y tres anos de obras manuscritas e ineditas

Eduardo L. Holmberg

Gioconda Marun

Fordham University, marun@fordham.edu

Follow this and additional works at: https://fordham.bepress.com/modlang_facultypubs

Part of the [Modern Languages Commons](#)

Recommended Citation

Holmberg, Eduardo L. and Marun, Gioconda, "Cuarenta y tres anos de obras manuscritas e ineditas" (2002). *Modern Languages Faculty Publications*. 3.
https://fordham.bepress.com/modlang_facultypubs/3

This Book is brought to you for free and open access by the Modern Languages and Literatures Department at DigitalResearch@Fordham. It has been accepted for inclusion in Modern Languages Faculty Publications by an authorized administrator of DigitalResearch@Fordham. For more information, please contact considine@fordham.edu.

el fuego nuevo
textos recuperados

Eduardo L. Holmberg
Cuarenta y tres años de obras manuscritas e inéditas
(1872-1915)

Sociedad y cultura de la Argentina moderna

Gioconda Marín (ed.)

IBEROAMERICANA

Eduardo L. Holmberg
Cuarenta y tres años de obras
manuscritas e inéditas (1872-1915)
Sociedad y cultura de la Argentina moderna

GIOCONDA MARÚN

COLECCIÓN EL FUEGO NUEVO. TEXTOS RECOBRADOS, N.º 1

I. INTRODUCCIÓN	Eduardo L. Holmberg	13
II. CUARENTA Y TRES AÑOS DE OBRAS MANUSCRITAS E INÉDITAS (1872-1915)		47
III. SOCIEDAD Y CULTURA DE LA ARGENTINA MODERNA		51
IV. FUNDOS CLASIFICADOS (1872-1911)		53

GIOCONDA MARÚN	
1. CLARA (El porvenir)	55
2. ¡Unidad! (La Nación, 1 de septiembre, 1876)	55
3. CLARA (La Nación, 1 de septiembre, 1876)	55
4. BOCHOS DE UN ALMA EN FÚMBOL (El Tiempo, 12 de mayo, 1878)	55
5. EL HERÓICO LIBERAL (Revista Comercial, 14 de septiembre, 1879)	55
6. POLÍTICA CALLEJERA (Nuevo Sur, 1 de mayo, 1881)	55
7. LA CIUDAD INACABADA (La Crónica, 14 de abril, 1881)	55
8. EL MEDALLÓN (El Tiempo, 29 de septiembre, 1881)	55
Obras y Cartas (1883-1911)	
9. LA CALLEJA TORCIDA (2 de mayo, 1883)	55
10. CUANDO SUENA LA HORA (9 de mayo, 1883)	55
11. ¡MIRA QUE GRACIA! (4 de junio, 1883)	55
12. NUNCA ES BASTA (18 de julio, 1883)	55
13. DESPLAZO DE UN ALMA (28 de julio, 1883)	55
14. EL MEDALLÓN (18 de mayo, 1883)	55
15. FORTUNAS Y MISERIAS (18 de mayo, 1883)	55
16. FORTUNAS Y MISERIAS (18 de mayo, 1883)	55
17. Y...	55

Bibliographic information published by Die Deutsche Bibliothek

Die Deutsche Bibliothek lists this publication in the Deutsche Nationalbibliografie;
detailed bibliographic data is available on the Internet at <<http://dnb.ddb.de>>.

Reservados todos los derechos

© Iberoamericana, Madrid 2002
Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22
Fax: +34 91 429 53 97
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

© Vervuert, 2002
Wielandstrasse. 40 – D-60318 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17
Fax: 49 69 597 87 43
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

ISBN 84-8489-069-6 (Iberoamericana)
ISBN 3-89354-607-3 (Vervuert)

Depósito Legal: M-53904-2002

Cubierta: Diseño y Comunicación Visual

Ilustración de cubierta: Reproducción del dibujo de Fortuny que ilustró la edición original del cuento de Holmberg "Mira qué gracia" en la revista *Caras y Caretas* (6 de junio, 1903).

Impreso en España por: Impresión Digital DaVinci

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico sin cloro

ÍNDICE GENERAL

I. INTRODUCCIÓN	13
II. CRONOLOGÍA	47
III. OBRA LITERARIA DE HOLMBERG	51
IV. TEXTOS	53
Fuentes diversas (1872-1898)	55
1. CLARA (<i>El porvenir literario</i> , 1 de octubre, 1872)	55
2. ¡UMBRA! (<i>La Nación</i> , 18 de agosto, 1878)	72
3. OLGA (<i>La Nación</i> , 1 de septiembre, 1878)	79
4. BOCETO DE UN ALMA EN PENA (<i>La Nación</i> , 25 de agosto, 1878)	103
5. EL PERIÓDICO LIBERAL (<i>Revista literaria</i> , 14 de septiembre, 1879)	110
6. POLÍTICA CALLEJERA (<i>Nueva Revista de Buenos Aires</i> , junio 1881)	121
7. LA CIUDAD IMAGINARIA (<i>La Crónica</i> , 14 de abril, 1884)	128
8. EL MEDALLÓN (<i>El Tiempo</i> , 29 de septiembre, 1898)	134
Caras y Caretas (1903-1911)	147
9. LA GALLINA INFECUNDA (2 de mayo, 1903)	147
10. CUANDO SUENA LA HORA (9 de mayo, 1903)	149
11. ¡MIRE QUÉ GRACIA! (6 de junio, 1903)	152
12. NUNCA SE SUPO (18 de julio, 1903)	155
13. DESENLACE DE UN DRAMA (25 de julio, 1903)	158
14. EL SONSO DE LA COLMENA (12 de diciembre, 1903)	162
15. HURONES Y COMADREJAS (16 de enero, 1904)	165
16. PANORAMAS Y RUMORES (12 de marzo, 1904)	168
17. Y CON JABÓN (14 de mayo, 1904)	172

18. EL PARAGUAS MISTERIOSO (24 de septiembre, 1904)	175
19. DON JOSÉ DE LA PAMPLINA (8 de abril, 1905)	211
20. MÁS ALLÁ DE LA AUTOPSIA (31 de marzo, 1906)	218
21. EL FANTASMA (13 de octubre, 1906)	225
22. LO MÁS NATURAL (22 de diciembre, 1906)	228
23. EL GRAN PREMIO (29 de junio, 1907)	231
24. SAN BISMO (15 de junio, 1907)	234
25. TRANSUBSTANCIACIÓN (19 de diciembre, 1908)	237
26. MANIFESTACIONES (25 de junio, 1910)	239
27. LA CHOCOLATA (18 de noviembre, 1911)	241
28. LAS LUCES MALAS (25 de marzo, 1911)	247
Fray Mocho (1912-1915)	251
29. VOLUNTAD QUE MATA (26 de julio, 1912)	251
30. MÚSICA OFENSIVA Y DEFENSIVA (25 de octubre, 1912)	262
31. MUY DIFÍCIL (27 de diciembre, 1912)	265
32. LOS FANTASMAS (25 de abril, 1913)	273
33. ¡PERO SI ESTÁN AHÍ! (3 de octubre, 1913)	283
34. ¿QUIERES QUE TE AFEITE? (7 de mayo, 1915)	289
La Cruz del Sur (1913)	301
35. UN FANTASMA (noviembre 1913)	301
En manuscrito	315
36. EL PIANO DE ELVIRA (15 de septiembre, 1876)	315
37. EL REY ENFERMO Y LA CABEZA DEL MÉDICO EXTRANJERO (s/f)	333
38. LLEGARÁ EN ABRIL (s/f)	337
39. MARCELINO (1914)	344
V. NOTAS	367
VI. ÍNDICE DE PALABRAS Y EXPRESIONES ANOTADAS ...	387
VII. OBRAS CITADAS	391

I. INTRODUCCIÓN

Edición en homenaje a los 150 años del nacimiento de Holmberg

A la memoria de Laura Holmberg de Parker Newbury

*My sincere appreciation to Fordham University
for its administrative and financial support through
the Faculty Research Fellowship Awards
which made possible this edition*

*Deseo expresar mi agradecimiento a Iberoamericana
y al señor Simón Bernal por la revisión profesional
de las pruebas de galera*

I. INTRODUCCIÓN

En 1994 al editar el manuscrito de *Olimpio Pitango de Monalia* (1), llamé la atención sobre la asombrosa libertad temática de la novela, que reflejaba a Eduardo L. Holmberg en toda su complejidad. Conjunción del intelectual y del científico que resumía y contenía su polimorfismo ideológico. El libro era una visión caótica que reproducía prematuramente un mundo al revés, en los años en que la Argentina figuraba entre los países de mayor desarrollo económico. Sus denuncias emitidas en 1915 detectaban los males de la Argentina actual: la inestabilidad económica, la burocracia, la ausencia de valores éticos en una sociedad no preparada históricamente para vivir procesos democráticos.

Este nuevo enfoque de una obra desconocida de Holmberg permitía abandonar las antiguas clasificaciones de escritor fantástico o científico y ubicarlo más acertadamente dentro de la modernidad argentina. Holmberg, al vivir en la Argentina los grandes cambios filosóficos, científicos, económicos y culturales de fin del siglo XIX, reflejó en sus variados registros literarios esta época de reconstrucción y disolución.

La presente edición abarca cuarenta y tres años (1872-1915) de las obras publicadas por Holmberg en periódicos y revistas de la época, además de otras manuscritas cedidas por su nieta, Laura Holmberg de Parker Newbury. Esta edición permite finalmente tener una visión cabal de toda su producción y situarlo más justamente en el tiempo que le tocó vivir, el de la modernidad socio-cultural. Al mismo tiempo permite explicar cómo este escritor debió ajustarse a las exigencias de un naciente mercado periodístico y adaptar sus publicaciones a un nuevo lector.

Intentaré primero señalar las resonancias de la modernidad en la Argentina—tema controversial para algunos críticos que sólo juzgan esta modernidad por el mayor o menor desarrollo del capitalismo en el país— para demostrar, con un enfoque filosófico, social y cultural, que la Argentina ya vivía esta modernidad en su ambiente científico, y su estructura socio-cultural. Este novísimo enfoque de la modernidad se asienta, por un lado, en conceptos relacionados con la modernidad científica, la presencia de Darwin en la Argentina, que Buenos Aires vivió en consonancia con la homóloga modernidad europea; por otro, en los efectos de esta modernidad en la estructura social, la división del trabajo, el nuevo mercado laboral, la aparición de la

cultura popular, y de la civilización moral (normas y reglas que regulan el comportamiento humano y modos y medios de control del cuerpo).

Por ser la modernidad un proceso que ocurre en las capitales, estos fenómenos de cambios quedan en su mayor parte concentrados en la ciudad de Buenos Aires y resultan ambivalentes cuando se los compara con el estancamiento rural que el país vivía por esa época; no hay que olvidar que la modernidad es un fenómeno global (2), del cual participaron algunas capitales sudamericanas según su mayor o menor grado de acercamiento a Europa (3).

1. MODERNIDAD CIENTÍFICA EUROPEA

“[...] estudios prolijos [...] permiti[ten] a Darwin, con su doctrina soberana contestar a aquellas antiguas preguntas: qué somos, de dónde venimos y a dónde vamos, y que nuestra respuesta pase a los siglos futuros como la coronación de las conquistas de la ciencia humana.”

(Eduardo L. Holmberg, *De siglo a siglo*) (4)

Los científicos de la modernidad tuvieron conciencia del poder de la razón y de vivir un momento especial en la historia que les permitía diseñar el mundo a su gusto. Gozaron del privilegio de poder responder los antiguos cuestionamientos del hombre (“¿De dónde venimos?”, “¿Qué somos?” “¿A dónde vamos?” (5)), de visualizar, planear y prepararse para el futuro. El desarrollo de la ciencia, invención moderna, jugó un papel fundamental en el conocimiento de la naturaleza y de sus leyes. A través de la ciencia, no solamente accedieron a una mejor percepción del futuro, sino al mejoramiento de la tecnología, la economía, el arte, la salud.

Es valioso conocer la respuesta filosófica de Hegel y Marx hacia la ciencia para advertir cómo se convierte en la esfera central de la modernidad. La modernidad surgió en la segunda mitad del siglo XIX en Europa y el Nuevo Mundo y esta nueva conciencia histórica es vivida por todos sus habitantes. Durante el siglo XIX dominaban dos ideologías, la liberalista y la marxista. Ambas versiones tienen los siguientes elementos comunes: la fe en un progreso futuro y en el conocimiento científico, la esperanza de un mundo cualitativamente mejor, la confianza en las certezas de sus predicciones y en el desarrollo tecnológico. La diferencia esencial entre ambas ideologías es que

para el marxismo la creación de un mundo mejor es el resultado de una ruptura/ revolución que implementa los cambios.

Hegel expone su teoría de la modernidad en su *Philosophy of Right*. Para él, la libertad, en todas sus formas, es la base de la modernidad. Sin embargo Hegel no abrazó completamente la modernidad, pues advirtió que ella no es solamente el final de una era histórica, sino también de la filosofía y del arte, al resultar inadecuados en el horizonte del mundo moderno burgués. Para Hegel el mundo moderno, que carece de una base sólida, sólo puede mantener su equilibrio si los tres poderes éticos de la modernidad —la familia, la sociedad civil y el Estado— se equilibran.

Marx fue el crítico más radical del siglo del progreso. Al disolver las paradojas de la modernidad dialectalmente, se convierte en el teorizador de la misma. Marx desarrolla su teoría de la modernidad en el *Manifiesto comunista*, donde expresó la famosa frase que define los efectos de la era del capitalismo: "All that is solid melts into air", es decir el capitalismo ha destruido los valores, las creencias, las instituciones del mundo premoderno (6). La concepción de la modernidad de Marx presenta los siguientes postulados: la sociedad moderna se orienta hacia el futuro por medio de la industrialización, esta sociedad es racional, funcional. La ciencia, la base del conocimiento, reemplaza a la religión, Dios ha muerto. Se pierden las costumbres y valores tradicionales, desaparecen los cánones de la creación artística, se pluralizan los conceptos de verdad y corrección. El mundo moderno resulta entonces inescrutable y la existencia humana contingente (7).

Para el presente trabajo las concepciones de Hegel y Marx son las que nos ayudan a comprender la época que nos ocupa. Para Hegel la ciencia es la suma del conocimiento histórico; para Marx la ciencia descifra la esencia de las cosas. Luego la ciencia se convierte en el punto referencial dominante de la modernidad. Sólo los modernos ofrecen una visión del mundo al responder a las antiguas preguntas históricas: "¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Adónde vamos?" Y como dijo Holmberg en el epígrafe que introduce esta sección, fue Darwin el que mejor pudo contestar a estas preguntas.

2. DARWIN EN LA ARGENTINA. MODERNIDAD CIENTÍFICA

En la Argentina las ideas de progreso, de avance social e individual se unen al liberalismo ideológico y religioso y se canalizan en el fomento del estudio de las ciencias naturales. Ésta fue una meta ya anunciada por Alberdi, la necesidad de que la nación cree un plantel de científicos, de que se

imparta el estudio de las ciencias naturales a los niños. Sarmiento abrió durante su presidencia (1868-74) las puertas a muchos científicos europeos para que estudiaran el país y difundieran las ciencias: Burmeister, Lonet, Gould, Weyhenley, Hienoyun, Lievat, Stelzner iniciaron importantes investigaciones en suelo argentino, aunque sus publicaciones eran en idioma extranjero (8). A éstos se unen D'Orbigny, Bompland, Bravard, Azara. A la presencia de estos científicos se debe que la Argentina tuviera luego un plantel de investigadores nacionales: Francisco P. Moreno —discípulo de Burmeister—, Florentino Ameghino, Zeballos, Lista.

Producto de este ambiente de desarrollo de las ciencias naturales es Eduardo Ladislao Holmberg (1852-1937), médico, entomólogo, botánico, que conjuga el hombre de ciencias con el hombre de letras. Será el Holmberg intelectual, en una relación de oposición con la estrechez de un medio marcado por concepciones religiosas y morales, el encargado de diseminar una nueva ideología, de sembrar verdades y propagar los últimos adelantos científicos.

Mucho se ha dicho que Holmberg fue el encargado de diseminar las ideas de Darwin en la Argentina; indudablemente sus escritos, artículos y conferencias así lo testimonian. Darwin y el darwinismo aparecen tempranamente incorporados en su obra *Dos partidos en lucha* (1875), mas la presencia de Darwin en el medio intelectual argentino se inicia con Sarmiento alrededor de 1865.

En el acto organizado a la muerte de Darwin por el Círculo Médico Argentino en 1882, dos personalidades ocuparon la tribuna: el venerable Sarmiento y el joven hombre de ciencia, Eduardo L. Holmberg (9). En esta ocasión, Sarmiento revela que conoció a la tripulación del *Beagle*, a cargo del capitán Fitz Roy, entre la que estaba Darwin, el joven naturalista que observaría y coleccionaría todo lo relacionado con la historia natural:

Pudiera ser señores, que me era familiar el nombre de Darwin desde hace cuarenta años, cuando embarcado en la "Beagle" que mandaba Fitz Roy, visitó el extremo del Continente, pues conocí el buque y su tripulación y desde luego el "Viaje de un Naturalista" [sic] que hube de citar no pocas veces hablando del Estrecho (10).

La expedición del *Beagle* estuvo anclada en la Argentina entre 1833 y 1834, realizando viajes exploratorios por Buenos Aires, Bahía Blanca y la Patagonia (11), aunque parece ser que la circunstancia a la que alude Sarmiento no tuvo lugar en la Argentina, sino en Chile, probablemente en 1835. Es Alberto Palcos quien informa sobre este aspecto:

Presiente el transformismo, cabe asegurarlo, antes, mucho antes de lograr su clara expresión conceptual, pues interpreta el fondo mismo de su ser, Darwin le preocupa a lo largo de su existencia. Picado por insaciable curiosidad visita de joven en Chile el "Beagle" y se relaciona con su tripulación (12).

Evidentemente la lectura del filósofo Spencer había preparado a Sarmiento para aceptar el evolucionismo. Spencer había ya trabajado en un sistema de evolución en su obra *First Principles* (1862), que contenía una parte sobre evolución, publicada separadamente en 1852, antes de *On the Origins of Species by Means of Natural Selection* (1859) de Darwin. La idea de evolución de Spencer se refería a todo el cosmos, mientras que la de Darwin abarcaba sólo al mundo orgánico (13).

A los seis años de la publicación de *Origin of Species*, Sarmiento explicaría un hecho de selección de las especies en el campo argentino mediante la teoría de Darwin:

Admira, de veras, comprobar cómo en 1865, a seis años escasos de ver la luz el "Origen de las especies", cuando la teoría desenvuelta en sus páginas está sometida a muy ruda controversia entre los especialistas, Sarmiento además de admitirla cual verdad inconcusa, la emplea para explicar concretamente un hecho observado en nuestro país. Una majada de ovejas que daba crías dos veces al año, empieza a dar tres. Don Domingo inquiriere datos desde los Estados Unidos. Se los manda una hermana suya y publica la observación, bajo su firma, en el *Boston Daily Advertiser* (Palcos, "Darwin, Sarmiento y Holmberg").

A medida que obtiene más información sobre el hecho, Sarmiento la va enviando al periódico norteamericano, y en una carta a su amiga estadounidense Mary Mann dice: "Este hecho, fuera de toda duda, viene en confirmación de la teoría de Darwin sobre la selección de las especies" (*ibídem*). Sarmiento está aquí aplicando el principio de selección natural expuesto por Darwin en *On the Origin of Species*, mediante el cual la propagación de una especie se producirá más ampliamente si en la lucha por la existencia dicha especie se adapta más favorablemente a las condiciones de vida (14).

Con esta experiencia, Sarmiento "se alista entre los defensores del evolucionismo" (*ibídem*). En el diario de viaje de Nueva York a Buenos Aires, siendo ya presidente, escribe el 12 de agosto de 1868: "La teoría de Darwin es argentina y me propongo nacionalizarla por Burmeister" (*ibídem*). Este concepto, Sarmiento lo volverá a repetir en su discurso sobre Darwin, en 1882:

Le hemos dado, pues ciencia y fama a Darwin, con los fósiles y las crías argentinas; y siguiendo sus indicaciones, se enriquecen nuestros estancieros.

Me parece que hay motivo suficiente para que seamos los argentinos partidarios de la doctrina del transformismo, transformamos una variedad de ovejas en otra. Hemos constituido una nueva especie: "la oveja argentífera", porque da plata y porque es argentina además (Sarmiento, Darwin. *Síntesis de la evolución del pensamiento laico*, p. 11).

La idea de "nacionalizar" la teoría de Darwin por el naturalista alemán Burmeister —quien por sugerencia de Sarmiento había sido invitado para la dirección del Museo Nacional de Buenos Aires— por supuesto no se realizó, pues Burmeister no aceptaba el darwinismo. Sarmiento tendrá que esperar a la nueva generación de argentinos, la de Holmberg, no sólo para la propagación del darwinismo, sino para la enseñanza de las ciencias naturales y la formación de discípulos, caras ideas del prócer.

Un cotejo de los discursos de Sarmiento (*Darwin. Síntesis de la evolución del pensamiento laico*) y de Holmberg (*Carlos Roberto Darwin*) publicados más tarde, revela una gran identificación ideológica. Ambos historian los antecedentes del evolucionismo. El discurso de Sarmiento consta de dos partes. En la primera, realiza un "camino retrospectivo" de la teoría de la evolución, con el propósito de demostrar el "transformismo" en la naturaleza vegetal y animal, que pasa "de lo simple a lo compuesto, de lo embrionario a lo complejo, de la forma informe a la belleza acabada, de todo ello ha resultado la teoría universalmente aceptada de la Evolución" (*Darwin*, p. 21). En esta mirada retrospectiva, Sarmiento sostiene que Darwin, cuando estuvo en la Argentina, se inspiró en los criadores de ovejas de la Pampa, para la elaboración de su axioma sobre la variedad y la adaptación de las especies: "los inteligentes criadores de ovejas son unos Darwinistas consumados, y sin rivales en el arte de 'variar las especies' [...] De ellos tomó Darwin sus primeras nociones..." (*ibidem*, p. 10). En la segunda parte, Sarmiento rastrea "la evolución del pensamiento, cuya última expresión es Darwin" (*ibidem*, p. 22). Parte de la civilización greco-romana, con su ideal de belleza, el Renacimiento, con sus descubrimientos científicos, para finalmente llegar al siglo XIX, "la época científica, constitucional, artística, libre" (*ibidem*, p. 32). En este siglo, Darwin y sus discípulos, han abierto rutas desconocidas a las ciencias biológicas.

El camino retrospectivo de Sarmiento, ha tenido como objeto mostrar la evolución y progreso de la humanidad, "en instituciones libres, en pasmosas aplicaciones de las ciencias al trabajo" (*ibidem*, p. 38). Aunque la exposición de Sarmiento está atemperada por su edad, admite que se adhiere a la doctrina de la evolución, "porque necesit[a] reposar sobre un principio armonioso y bello a la vez, a fin de acallar la duda, que es el tormento del alma" (*ibidem*, p. 21).

El discurso de Holmberg, con un enfoque científico sostenido por un fuerte aparato crítico, se detiene en las contribuciones de la ciencia a la teoría de la evolución previas a Darwin, entre ellas las de Haeckel, Büchner, Vogt, Huxley, Schmidt, Hooker, Spencer, Lamarck y otros más, con el propósito de demostrar que la teoría de la evolución no es la obra de un hombre, sino de observaciones y hechos acumulados durante siglos desde Aristóteles a la actualidad (15). Como gran admirador de Goethe, no deja de lado sus aportes a la teoría, especialmente con su obra *Metamorfosis de las plantas* (1790), que “había deducido que todos los órganos vegetales eran simplemente modificaciones de un órgano fundamental: la hoja” (Carlos Roberto Darwin, p. 27). Todos estos hitos han sido importantes pero “[f]altaba, sin embargo, el alma de la doctrina” (*ibídem*, p. 34). Holmberg pasa luego a revisar los pasos de Darwin en la provincia de Buenos Aires y la Patagonia argentina, cuando estuvo a bordo del *Beagle*, para más adelante describir su doctrina.

Como un ejemplo de *the struggle for life* de la teoría de Darwin, Holmberg menciona su descubrimiento en la pampa argentina del cardo de Castilla (*Cynara Cardunculus*). Holmberg llamó la atención al gobierno argentino sobre la rápida propagación de este cardo nocivo para el ganado, que amenazaba con desterrar las especies de cardos que comían los animales (*ibídem*, pp. 59-61). La lucha por la vida es la aplicación de la Ley de Malthus, quien tuvo mucha influencia en Darwin: “El hombre se propaga en progresión geométrica y los alimentos en progresión aritmética” (*ibídem*, p. 63).

Un ejemplo interesante de la lucha por la vida es el exterminio del indio, juicio importante que muestra a un Holmberg que se aparta de lo que se ha denominado la cultura “alta” argentina del 80, a la cual ha sido adscrito:

[...] los blancos, los civilizados, los cristianos, armados de remington, acabamos con los Indios, porque la *Ley de Malthus* está arriba de esas opiniones individuales, que pueden ser excelentísimas, pero que, sea porque falte aún mucho para que la humanidad esté civilizada, sea por cualquier otra causa, no se hacen carne —y así luchando también nosotros por la vida, con buenas ideas, con buenas armas, con buenos recursos, no hacemos más que poner en juego nuestras ventajas (*ibídem*, p. 66).

Aunque Holmberg proclama fervientemente que la doctrina de Darwin “nos arrastra, nos envuelve, nos guía” (*ibídem*, p. 122), es consciente de las limitaciones de la misma:

[...] gran doctrina cuyos principios, adaptados a todas las formas de la actividad humana, deben llevarnos a la perfección, esa perfección tan soñada y que debié-

ramos haber alcanzado ya, si no fuera indefinida por el progreso, y porque todavía conservamos muchos rastros de nuestro predecesor símico (*ibídem*, p. 67) (16).

En este pasaje Holmberg, con un juego de palabras que encubre una nota de escepticismo, está transformando el postulado del positivismo “progreso indefinido” —tantas veces esgrimido por el liberalismo económico puesto en funcionamiento por Alberdi, Mitre y Sarmiento— por “indefinida por el progreso”. Luego la doctrina de Darwin permitiría alcanzar la perfección si no fuera por que está “indefinida por el progreso” y por los antecedentes simios del hombre.

El discurso termina destacando la importancia de la razón, única diferencia entre el hombre y el animal, de ahí la necesidad de educar a la sociedad, de que aprenda a subordinar el sentimiento a la razón.

Otra obra de Holmberg que es un ejemplo de la aplicación y popularización de las ideas de Darwin en la Argentina es *Evolución* (1918) (17), cuyo propósito didáctico es demostrar cómo todos los seres vivos, animales, vegetales y el mismo hombre, avanzan siempre, “dejando rezagados” (*Evolución*, p. 10). Esta evolución es progreso, civilización. Así la evolución del hombre primitivo, que fue un salvaje, pero con el tiempo ha progresado, se ha civilizado. *Evolución*, escrita especialmente para los estudiantes de zoología y botánica, permite a Holmberg ejemplificar de una manera accesible los axiomas más importantes de la teoría de Darwin: la variación de las especies, la adaptación al medio, la relación y encadenación de los hechos, la selección natural y artificial, la lucha por la vida, el triunfo de los más aptos, porque: “En todas las esferas de la vida social humana, entre los animales, entre las plantas, la lucha es continua —y vence el más apto” (*ibídem*, p. 57) (18).

En la Argentina, la presencia de la ciencia se convierte en una nueva fuerza que se expresa a través de un discurso científico cuya área de acción se filtra en todas las actividades relativas al hombre: medicina, sicología experimental, pedagogía y, por supuesto, literatura, especialmente en *Dos partidos en lucha* (1875) de Holmberg (19). Racionalización científica que se aplica también a los nuevos proyectos institucionales y educativos.

Holmberg opuso a la estrechez y beatería del medio el pensamiento racional de la ciencia. Las barreras y obstáculos que tuvo que vencer fueron muchos; tales barreras empezaron en 1875, cuando fue nombrado profesor de historia natural en la Escuela Normal de Profesoras. En esta oportunidad fue acusado de “sectario”, “ateo” y “materialista” por prohibir terminantemente a la clase la interpretación religiosa o moral de los fenómenos naturales. Holmberg ejerció la docencia durante 40 años (1875-1915), fue profe-

sor de historia natural, anatomía, zoología, botánica, cosmografía, geología, higiene, física, medicina doméstica y química.

La presencia de Holmberg en la Escuela Normal de Profesoras fue decisiva en la educación de la mujer argentina, como mencionaré más adelante. A él se debió la reestructuración y ampliación de los planes de estudios. Cuando empezó la asignatura llamada historia natural, él la dividió en tres ramas: anatomía, fisiología y zoología, y agregó la higiene, y luego, en 1877, la física y la química. Todas estas asignaturas fueron enseñadas por Holmberg (20). Producto de esta educación científica fue la doctora Cecilia Grierson (1850-1934), la primera médica argentina, que fue su alumna en esta escuela.

3. ESTRUCTURA SOCIAL MODERNA

Agnes Heller sostiene que no hay modernidad si no existe la estructura social moderna (21), denominación que ella prefiere a la “división social del trabajo” de Marx y que resulta menos restringida. Este proceso histórico va generalmente precedido por una época de ilustración. Para poder justificarlo en la Argentina, a pesar de los que se resisten en ver estos procesos en Buenos Aires, vale la pena insistir en que “once the modern social arrangement sets foot in one place in the world (and this happened in Western Europe), it will expand and be exported with or without the dynamics of modernity” (A. Heller, p. 50).

Con la dinámica de la modernidad, las certezas del pasado se tambalean: pérdida de la fe y de la religión; *the gods have fled* y las limitadas visiones del mundo ya no tienen cabida, como así tampoco las tradicionales distinciones de sagrado y profano. Liberación de símbolos sagrados y mitos que deja al hombre desprotegido y desamparado. Cuando todo se ha destruido surge el nihilismo, fin del iluminismo, ya no hay nada que destruir. Es en este momento cuando Nietzsche, al analizar la dinámica de la modernidad, da la descripción más negativa del nihilismo al estudiar sus síntomas perturbadores.

Aunque parte de esta dinámica de la modernidad se puede auscultar en la literatura argentina de la época —el artículo de Carlos Monsalve, “Adiós a los dioses”, en *Revista literaria*, 1879, comentado en otra oportunidad (22)—, la estructura social moderna funciona independientemente de ella, pues está basada en las ideas de igualdad y libertad para todos.

En la estructura social moderna —división del trabajo o distribución social de las posiciones, como también se denomina—, el lugar de los hom-

bres y mujeres en la sociedad está determinado por su trabajo y habilidades, no por su situación social jerárquica como sucedía en las sociedades premodernas. El mercado laboral se convierte en la esencia de la estructura social. Mediante el ejercicio de la libertad e igualdad, cada persona puede ofrecer (vender) sus capacidades y preparación a cambio de posiciones asalariadas.

Para Heller, la combinación de propiedad privada y relaciones mercantiles son una forma de capitalismo, aun cuando la sociedad no sea totalmente capitalista (23). Esta observación vale para Buenos Aires, que se convierte en el asiento de la actividad bancaria y mercantil. Los bancos nacen en 1870 —en el actual centro financiero comercial— con la Bolsa de Comercio, establecida en 1862, el Banco de la Provincia de Buenos Aires, la Casa de la Moneda y el Banco de Londres y Río de la Plata, el más importante de los bancos extranjeros. En el desarrollo económico de Buenos Aires, los ingleses contribuyeron con sus inversiones en ferrocarriles, gas, compañías de tranvías, construcción del puerto y préstamos al gobierno nacional (24). Es alrededor de 1870 cuando Argentina empieza a exportar trigo a Europa, se introducen los frigoríficos, el tranvía, el Remington y el telégrafo, usado especialmente por *La Nación* (1870), que juntamente con *La Prensa* (1869), se convierten en los dos órganos periodísticos de mayor influencia en Hispanoamérica. Con la consolidación política y la unidad nacional, surgieron los nuevos ricos, comerciantes ingleses, franceses, españoles e italianos vinculados con el comercio y el capital europeo. El progreso, que se había hincado como una filosofía de vida con Sarmiento y Alberdi, se materializa en las nuevas burguesías como producción de bienes, de riquezas y de bienestar. Imbuida de los principios del liberalismo esta burguesía dirigirá la modernización de una Buenos Aires cada vez más cosmopolita.

La urbanización en Buenos Aires fue puesta en marcha por las nuevas burguesías que reemplazarán al viejo patriciado en la conducción del país. Muchos de estos burgueses eran miembros del viejo patriciado que incorporaron el progreso y modernizaron las viejas estructuras socio-económicas. Renovaron sus actividades con máquinas industriales modernas, “se asociaron con frecuencia a empresas extranjeras y se incorporaron al gran comercio o, mejor, al mundo de los negocios financieros y bursátiles” (25). Se puede decir, como afirma Ángel Rama, que Buenos Aires responde a “un planificado intento de identificarse con las estructuras económicas, sociales y políticas que regían el mundo europeo y norteamericano” (26). Los modelos eran Londres y París; Buenos Aires transplantó sus clubes exclusivos, sus paseos, carruajes, moda, comidas y arquitectura. Surgen las nuevas residencias, verdaderos bazares-museos donde se amontonaban estrechamente los objetos de porcelana, las esculturas y las pinturas, como irónicamente

describe Eduardo Wilde en "Vida moderna" (1888) (27). Situación que registra el periódico *El Nacional* en 1882 al describir la futura vivienda de Carlos M. de Alvear y de su esposa, la señorita Flortondo, perteneciente a una familia patricia:

El saloncito es punzó de peluche fantasía, muebles guarnecidos con *torsades*, completamente en el gusto moderno [...] El gabinete turco es originalísimo y ha sido exornado por la afamada casa *Marius Descotte*. En el dormitorio, cuyos muebles son de tuya y Jacarandá, figura una amplia *chaise*, hecha en el alto estilo decorativo, parisiense por excelencia, género Cleopatra, y de una gracia exquisita. Hablaré también de las dos preciosas rinconeras Luis XIV, estilo Watteau, imitación de antiguo, *genre Verni* Martín, que han sido adquiridas en la afamada casa de los hermanos Lippman de la rue Auber, en París ("La noche de bodas en el gran mundo") (28).

El artículo ilustra el cambio en el "interior" de las viviendas porteñas, cambios productos del enriquecimiento de las burguesías, homólogos a los similares ocurridos en Europa y los Estados Unidos. El concepto del "interior" fue acuñado por Walter Benjamin para explicar las transformaciones que la burguesía francesa introdujo en sus viviendas durante el siglo XIX, para diferenciarlas de sus oficinas, su lugar de trabajo:

El hombre privado realista en la oficina, exige del interior que le mantenga en sus ilusiones [...] Para el hombre privado el interior representa el universo. Reúne en él la lejanía y el pasado. Su salón es una platea en el teatro del mundo (29).

El interior no es sólo "la platea en el teatro del mundo" sino el universo privado, el estuche, el refugio del arte que reproduce un mundo exótico, lejano, pasado. El interior es también "la base y superestructura de una época; es el lugar en el que se opera la transposición de posiciones políticas, nacidas de intereses y desarrollos económicos" (30).

Estos nuevos intereses económicos tendrán su más claro exponente en el periódico *La Nación*, ejemplo de la incorporación de la tecnología en Buenos Aires. Con la instalación del telégrafo (1877), las distancias mundiales quedan reducidas y el periódico se afilia a la Agencia Havas de París (31).

[...] los acontecimientos de países europeos, de cuya vida participamos tan íntimamente, por la comunidad de la sangre [...] de pensamiento, no menos que por los intereses recíprocos del comercio y la industria, [...] llegan en el momento preciso en que son requerid[o]s (*La Nación*, jul, 31, 1883, p. 1; las cursivas son mías).

Luego el telégrafo inserta a *La Nación* dentro de la red europea de comunicación que influía en la estructuración del mercado internacional de la época.

La Nación (1870), fundada por Bartolomé Mitre durante la presidencia de Sarmiento (1868-1874), se convirtió en un órgano de difusión de la nueva literatura, especialmente a través de los cuentos y crónicas. Aquí publicará Holmberg no sólo los productos de sus viajes científicos por Río Negro (1881), la sierra de Curá-Malal (1883), Paraná, Santa Fe, Misiones (1884-86) y Chaco (1885); sino también los cuentos incluidos en esta edición: "Umbra" (1878), "Boceto de un alma en pena" (1878), "Olga" (1878). También aparecen aquí sus artículos de orden diverso, como "La noche clásica de Walpurgis" (1885), comentario del segundo *Fausto* de Goethe.

Una de las grandes innovaciones con respecto a la prensa informativa del país, fue en 1875 la incorporación de los avisos comerciales, que sitúan a *La Nación* en el mismo rango que los periódicos europeos concebidos como empresas comerciales del capitalismo:

Only with the establishment of the bourgeois constitutional state and the legalization of a political public sphere was the press as a forum of rational-critical debate released from the pressure to take sides ideologically; now it could abandon its polemical stance and concentrate on the profit opportunities for a commercial business. In Great Britain, France, and the United States at about the same time (the 1830s) the way was paved for this sort of transition from a press that took ideological sides to one that was primarily a business. The advertising business put financial calculation on a whole new basis (32).

Esta nueva situación, agrega Habermas, permitió reducir el precio del periódico y multiplicar el número de compradores, al vender considerable espacio del mismo para avisos. Así, el periódico asume el carácter de una empresa comercial. Este hecho inserta a *La Nación* dentro de la prensa moderna comercial.

La monetización en Buenos Aires contribuye a la desaparición de la sociedad colonial, de la gran aldea, e influye en las relaciones entre los hombres basadas ahora en valores cuantitativos. Esta situación, registrada en la literatura argentina, es sentida por Eduardo Wilde en el artículo "Sobre poesía. Poesías de Estanislao del Campo" (20 de mayo de 1870):

Vivimos actualmente en una época de materialismo y hacemos muy bien a mi modo de ver.

Los ferrocarriles y las fábricas manufactureras han reemplazado con ventaja a los idilios y los sonetos [...] En fin no es tiempo de poetas [...] La razón princi-

pal de este decaimiento poético es que en la bolsa no se cotizan versos sino cueros, a causa de que se venden más y más caros los cueros que los versos y que satisfacen mejor las exigencias del cuerpo.

Aquí, si no fuera una barbaridad, podría decirse que el cuerpo se ha trepado sobre el alma (33).

Un ejemplo de esta monetización es el cuento "Clara" de Holmberg (*El porvenir literario* 1872) que por lo temprano de la fecha inicia los textos de esta edición. Aunque el relato carece de madurez literaria pues fue escrito a los veinte años, es valioso por ampliar la cronología de las obras de Holmberg (34), y por ser un temprano testimonio del ingreso de Buenos Aires al materialismo utilitario. En este cuento, Clara abandona a Ricardo, que se dedica a la metafísica, para casarse ventajosamente con un canadiense, pues el dinero "es la rueda motriz del siglo XIX". El cuento explicita cómo la economía del dinero incide negativamente en las relaciones humanas al excluirse lo emocional e individual, factor nivelador que permite al canadiense ingresar a través de un casamiento ventajoso a la "clase decente", la clase de prestigio y de poder en la Argentina (35).

La monetización de la modernidad tiene críticos y defensores, por un lado los románticos que la atacan, "it is no longer what you are but what you have that counts", o los que piensan que "monetarization is a great equalizer" (Heller, pp. 86-87), con dinero las diferencias de nacimiento y educación desaparecen. "Clara" muestra la transición entre las dos posturas: se menciona que la novela *María* de Jorge Isaacs es el libro que Clara ha leído, "aunque no lo ha imitado"; Ricardo abandona la metafísica y se gradúa de médico, actividad racional productiva, pero "no siempre el espíritu puede desprenderse por completo de las atracciones que le presenta la materia" ("Clara", p. 60).

Pero frente a este grupo mercantil, ya había venido operando el grupo de intelectuales liberales a quienes se debió el proceso institucional, y cuya esfera de acción se extiende a la administración, la política, las instituciones públicas, la educación, ejerciendo desde sus centros de poder, una influencia determinante proyectada hacia un futuro progresista. Como bien ha dicho Rama, estos intelectuales "no sólo sirven a un poder, sino que también son dueños de un poder" que "puede embriagarlos hasta hacerles perder de vista que su eficiencia, su realización, sólo se alcanza si lo respalda, da fuerza e impone, el centro del poder real de la sociedad" (36).

Quienes iniciaron la tradición del intelectual en la Argentina fueron Sarmiento y Alberdi. Ambos emitieron un discurso cuya autoridad se asentaba en la reflexión histórica social de su época. Fue el periodismo —Alberdi en

La Moda (1837) y Sarmiento en *El Progreso* (1842)—, el medio que les permitió iniciar su tarea de civilizar a las masas, de educar al pueblo (37).

La confianza en el poder del pensamiento lleva a Sarmiento a denunciar situaciones que deben ser reformadas, y a iniciar una tarea de educación y civilización del pueblo que abarca todos los aspectos de la vida humana, misión didáctica social que tiene como meta el progreso. La defensa polémica del futuro de la nación se cristaliza en *Civilización y Barbarie. Vida y obra de Juan Facundo Quiroga* (1845), obra en la que el dictador Rosas es el resultado de la barbarie, de la civilización colonial que obstaculiza la civilización.

Sarmiento es todavía una figura polémica para la crítica, que lo sigue juzgando por esta obra y por las contradicciones en las que evidentemente cayó. Sin embargo esta crítica no menciona que Sarmiento advirtió el fracaso del liberalismo progresista, como testimonian muchos de sus artículos periodísticos:

Las instituciones liberales sucumben en América, como plantas exóticas arrojadas en suelo ingrato y estéril [...] Es sin duda desconsolador el cuadro que el mundo civilizado presenta hoy. Vese la humanidad echada en una vía fatal, empujada hacia delante por antecedentes que no la dejan pararse un momento. (*El Progreso*, enero 11, 1843) (38).

[...] queríamos hacer avanzar a la América en el camino del progreso i de la civilización europea. Por desgracia ha sucedido lo contrario (*Crónica*, enero 20, 1850) (39).

La situación de oposición del intelectual con el medio se repetirá más adelante con Holmberg. La misión didáctica y constructiva de Sarmiento realizada a lo largo de sus obras, será continuada por Holmberg, agregando a la reflexión histórica del país el estudio del suelo argentino y la divulgación amena de estas investigaciones. Importante quehacer del intelectual que sienta las bases para el conocimiento de la Argentina.

Sin embargo es en su obra póstuma *Olimpio Pitango de Monalia* (1915) donde Holmberg denuncia los males que sufre la Argentina actual, la ausencia de los valores éticos de la sociedad, la excesiva burocracia y la crisis económica. Los antecedentes de esta crisis son los señalados antes por Sarmiento. La Argentina “[d]espués de un régimen colonial absurdo y tiránico” (*Olimpio Pitango*, p. 104), no pudo educar a las masas por el surgimiento de la anarquía militar, que trajo como corolario la dictadura de Rosas. Como no se había enseñado lo que era la fraternidad y la igualdad, el concepto vago de patria “olía a terruño y la independencia había pasado a ser una época

histórica y nada más" (*ibídem*, p. 172). En el desarrollo político de un siglo, la Argentina había experimentado todas "las locuras de los ensayos de la democracia" (*ibídem*, p. 133): la Constitución, que no se había reformado en medio siglo aunque se violaba con frecuencia en la práctica, la libertad de cultos, aunque "la religión de estado [...] permití[a] a los gobernantes levantar una iglesia [católica] donde [faltaba] una escuela" (*ibídem*, p. 172), "la reciente ley sobre el sufragio secreto y obligatorio de Saénz Peña [1912], originada ante la anarquía política que había perpetuado el fraude electoral" (*ibídem*, p. 105).

Estas desesperanzadas reflexiones de estos dos intelectuales, emitidas al final de discursos destinados originariamente a la formación de ideologías públicas, pierden aquí el valor de escrituras de poder al tomar distancia de las verdades emitidas previamente. Estos intelectuales advierten que no poseían valores universales. Pensamiento crítico, conciencia histórica, efecto de la modernidad, que trata de comprender y explicar esta época como producto de la progresión histórica del mundo, aceptando sus posibilidades y limitaciones (40). La paradoja de esta actitud, paradojas de la modernidad, es que estos hombres fueron los que abrazaron la ciencia, "imaginación tecnológica", como una poderosa arma de la lucha contra la barbarie, y luego al tomar distancia de sus propios discursos, "imaginación histórica", advierten que el conocimiento, la ciencia, que les habían dado ideas, métodos y procedimientos para ejercer el poder, no es más plausible. Este doble vínculo, imaginación tecnológica e histórica, lo que A. Heller denomina *double bind*, es una expresión de la libertad paradójica de la modernidad (41).

Argentina había absorbido rápidamente la estructura social moderna en su forma de gobierno republicana, el liberalismo parlamentario, el mercantilismo, el sufragio, la prensa moderna, la libertad de expresión, la división del trabajo, el desarrollo de la ciencia, del conocimiento, de la civilización. Sin embargo el reverso de la modernidad fue evidente para Holmberg en *Olimpio Pitango de Monalia* (1915).

4. CULTURA Y CIVILIZACIÓN

La presente distinción entre los conceptos de cultura y civilización permite ubicar más justamente fenómenos que se producen dentro de la modernidad argentina. El término cultura comprende la alta y baja cultura. Alta cultura son las obras de arte, la filosofía, la teología y también la ciencia durante el siglo XIX, según el significado dado por Hegel. Baja cultura sería la cultura popular. Civilización, es también un concepto doble: se puede hablar de civi-

lización tecnológica y civilización moral, ambos conceptos están relacionados con aspectos de la vida diaria que surgen con la modernidad (42).

Alta cultura

Aunque por los límites de esta introducción —específicamente centrada en las obras de Holmberg y la época en que vivió—, sólo he mencionado dentro de la alta cultura a la ciencia en los apartados anteriores, me interesa detenerme ahora en una forma de discurso originado en esta cultura, el discurso cultural. Discurso que Holmberg usa en muchos de sus cuentos.

El discurso cultural suele asumir la forma de conversación entre personas cultas, que pueden hablar inteligentemente acerca de literatura, arte, lecturas de actualidad y otros productos de la alta cultura. Estas personas cultas o cultivadas, no necesariamente son críticos literarios o artísticos, pueden tener cualquier profesión, pero sí deben poder participar en una conversación con gente de cierto nivel intelectual y sensibilidad artística. Dinámica de la modernidad que crea una elite cultural que intercambia opiniones reflexivas o auto-reflexivas, que de alguna manera reflejan las personalidades.

Conversación de sobremesa que generalmente tiene lugar después de la cena (recuérdese *De sobremesa* de José Asunción Silva), la que ha sido estudiada y definida por Kant en *Anthropology from a Pragmatic Point of View* (43). Para Kant, el discurso cultural generalmente tiene lugar alrededor de la mesa, después de una cena durante la cual se goza de una buena comida y compañía. Conversación que es la máxima expresión de “sociabilidad social”, porque, a diferencia de lo que pasa normalmente en el mundo real, en esta situación hay un respeto mutuo que permite la fluidez de la misma. Ficción que crea otro mundo, quizá utópico, realidad virtual compartida entre amigos.

Holmberg practica este discurso cultural en muchas de sus obras, un discurso que le permite expresar sus puntos de vistas y enfrentarlos con otros virtuales. En la presente edición es “Los fantasmas” el mayor exponente de esta práctica. En dicho texto hay una conversación de sobremesa entre el conde de Bärenburg y su sobrino, el barón de Fichtenheim. Los personajes hablan sobre distintos temas: el mesmerismo, los misterios síquicos de la India, Goethe y la magia, el mundo de los fantasmas, la fantasmagoría, la filología de Humboldt. Ambos practican la sociabilidad social, el interlocutor no refuta la información de la otra persona, sino que las discute sin rechazarlas:

De sobremesa, sin embargo, una vez que se sentaron junto a la chimenea y encendieron sus largas pipas, el Conde inició una conversación diferente. Aquello fue como *un salto mental*. Se ocupó de mesmerismo; recordó algunas afirmaciones de Alberto el Grande; pasó en revista sus lecturas relativas a los misterios psíquicos de la India, los cuales podían suministrar serios fundamentos a muchas maravillas de las *Mil y una noches*; citó algunas conversaciones que había tenido con Goethe dos o tres años antes en Weimar respecto de la magia, y *encontró que su joven interlocutor, en vez de contrariar sus opiniones, las discutía sin rechazarlas*, y cuando los dos llegaron al resultado de que todo eso cabía en las realidades posibles, Von Bärenburg penetró sin violencia en el mundo de los fantasmas ("Los fantasmas", p. 274; las cursivas son mías).

Cultura popular

Con el proceso de democratización de la modernidad, empieza a desintegrarse la elite cultural y paulatinamente se produce una integración de las culturas que incide en la democratización de los textos. Desaparecen las distinciones entre cultura alta y baja, y el mercado es ahora el gran filtro de estos textos. Ya no ocurre, como antes, que las personas pueden tener una conversación de sobremesa sobre un tema común o algún libro, es decir personas que han visto las mismas pinturas, escuchado los mismos conciertos, leído los mismos libros.

En Buenos Aires aparecen dos revistas *Caras y Caretas* y *Fray Mocho*, que responden a este nuevo mercado y en las cuales Holmberg colaboró copiosamente desde 1903 a 1915, como evidencia la presente edición. Estas publicaciones absorben aportes populares y rurales al reconocer la vitalidad y creatividad de las culturas populares y las tradiciones folclóricas. El grupo intelectual detecta el cambio y se adapta a estos nuevos rumbos que coinciden con el nacionalismo puesto en boga por Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas.

En momentos críticos para la civilización occidental y mucho más para la Argentina, aunque algunos todavía no lo habían advertido, un grupo de intelectuales siente la necesidad de reevaluar en la nación el efecto del tan mentado progreso del siglo XIX. Al hacerlo con mirada crítica, como aconsejaban los filólogos, vuelven al pasado para encontrar las raíces de una nacionalidad que no sólo el aluvión inmigratorio amenazaba destruir, sino el proceso de europeización, universalización y secularización que se vivió a fines del siglo XIX en la Argentina.

En consecuencia, era necesario descubrir el valor del gaucho y de la cultura nacional y los encargados de ello fueron los intelectuales del momento. La

piedra de escándalo que desencadenó el proceso fue las conferencias que en 1913 Lugones dio en el teatro Odeón de Buenos Aires. Lugones dedicó las seis conferencias a *Martín Fierro* y la poesía gauchesca, género poco valorizado en ese entonces. Estas conferencias serían el origen de *El payador*, publicado en 1916, apología del gaucho encarnado en Martín Fierro (44).

Lugones defiende la necesidad de una literatura argentina, idea que es compartida con Ricardo Rojas cuando, en 1912, funda la cátedra de literatura argentina en la Facultad de Filosofía y Letras "para completar el conocimiento de nuestra formación nacional" (45). La ideología que influyó en los conceptos de Lugones y Rojas fue la de los filólogos europeos (especialmente Renan), quienes construyeron la Europa de las nacionalidades sobre un mapa filológico, ya que era la lengua, la literatura, el criterio principal para fijar los caracteres de una raza, de una nación.

Caras y Caretas y *Fray Mocho* reflejan en sus producciones este interés por lo rural, lo criollo, lo nacional, al mismo tiempo que funcionan como un sensor del desarrollo cosmopolita y de la modernización de Buenos Aires. Importa destacar que Holmberg se adapta fácilmente a este nuevo mercado, como evidencian los cuentos que aparecieron en ambas revistas y que se publican en esta edición. Rescate que ofrece vetas desconocidas en la producción de Holmberg: la criollista, los efectos de la modernidad en la ciudad y en el campo, los tipos populares. Hay además otro registro en Holmberg que, aunque responde a esta línea popular en la literatura, llena otro de los objetivos del nacionalismo argentino: la educación popular mediante la cual se trataba de insertar a las masas que arribaban al nuevo casco urbano dentro del nuevo tiempo de la modernidad. A esta línea corresponden los cuentos de Holmberg que, al mismo tiempo que entretienen, atacan la superstición, las falsas creencias producto de la ignorancia y de la falta de educación, y dan a un nuevo lector mensajes con ideas y conceptos educativos. Entre estos cuentos se encuentran: "El fantasma", "Nunca se supo", "Los fantasmas", "¿Quieres que te afeite?", "El sonso de la colmena", "San Bismo", "Transubstanciación", "Las luces malas", "El gran premio", "Manifestaciones". Y es precisamente en "Las luces malas" donde Holmberg expresa: "la inocencia de la ignorancia es la fuente de todas las supersticiones y la madre de los miedos" (p. 248).

Este cambio en la producción de Holmberg no sólo evidencia una mayor plasticidad de un escritor que ha sido juzgado siempre como un escritor elitista, alejado de las manifestaciones populares, sino que lo muestra en contacto con esta nueva cultura popular. Contacto con el pueblo que no intenta recrear lo folclórico o pintoresco, sino convertir lo popular en el elemento protagónico.

Democratización de los textos, como mencioné arriba, que se produce al final de la producción de Holmberg y que opera cambios en su discurso al pasar del discurso científico de sus primeras producciones, dirigido a la elite letrada, a un discurso popular para a un nuevo lector desconocido hasta ese momento. Rama menciona que *Caras y Caretas* y *Fray Mocho* imponían a los contribuyentes condiciones editoriales que tenían en cuenta este nuevo lector:

El cuento no debía pasar de una página, incluyendo la ilustración [y debía] de servir al mensaje nacionalista, al inmediatismo histórico, al preciso reconocimiento del entorno natural y social y a la buena cuota de didactismo moral [...] La nueva ley del sistema literario decía que había que comunicarse sin dificultad con el lector que procedía de los sectores medios recién educados, sin temer a los efectismos dramáticos ni a los emocionalismos enternecedores, manejando el contorno histórico nacional en una típica operación de re-conocimiento (46).

A este nuevo lector va dirigido el folletín *Juan Moreira* (1879-1880) de Eduardo Gutiérrez, que tanto éxito tuvo en la iconografía del gaucho malo. Democratización de la cultura, a partir de 1890, que reconoce derechos populares y que se vuelve más populista y nacional.

Civilización

Aunque a veces los conceptos de civilización tecnológica y civilización moral se analizan separadamente, ambos se refieren a fenómenos que se presuponen mutuamente, y que tienen que ver con la vida diaria y su mayor o menor relación con la modernidad y con los cambios humanos y tecnológicos que ésta desarrolla. Generalmente, la civilización moral regula, a través de normas y reglas, el comportamiento de las personas de acuerdo con cánones impuestos por el mundo civilizado, cánones que son actualizados según el tiempo histórico que se viva.

El concepto de civilización es progresivo y se orienta hacia el futuro. Vivir en un mundo civilizado es vivir de acuerdo con las culturas más desarrolladas, es vivir en un mundo moderno con todos los adelantos tecnológicos y poder hacer uso de estos avances tecnológicos de la modernidad. De ahí que la civilización se objetiva en la vida diaria en tres esferas: el habla diaria, las costumbres, el uso de los utensilios y aparatos creados por el hombre. Las normas de civilidad o urbanidad aluden no sólo al comportamiento diario en la mesa, el uso de cubiertos, el comportamiento en lugares

públicos, en la calle, el respeto por las otras personas. También se refieren al habla diaria, a las expresiones que son correctas según las circunstancias.

En la Argentina es el periódico *La Moda* (1837-1838) (47) de Alberdi el que mejor ejemplifica estos conceptos de civilización. Alberdi o Figarillo informa que dará nociones simples y sanas de urbanidad que guiarán al ser en su relación con los demás, y en los espectáculos públicos. Se combatirá todo lo que sea señal de vulgaridad, de falta de educación y de refinamiento a través de reglas que enseñen lo que no se debe hacer, lo que hay que evitar ("Prospecto", nov. 18, 1837, n° 1). Catorce artículos en *La Moda* se dedican a dar señales de civilidad y de urbanismo. Las señales de incivilidad y de mal gusto son realizadas por "el vulgo" y por la "gente aparte". Otra preocupación en *La Moda* es la conversación. Arremete contra los destructores de la conversación que siempre tienen el yo en los labios, los que opinan sin conocer el tema, los que adoptan fraseologías técnicas (48). Como he demostrado en otra oportunidad, esta preocupación de *La Moda* por guiar al pueblo en la vida diaria a través de reglas que regulan el comportamiento humano, se origina en los periódicos ingleses *The Spectator* y *The Tatler* de Addison y Steele, quienes también se preocuparon de arrojar la "barbarie" de la sociedad inglesa del siglo XVIII (49).

El relato de Holmberg "Un fantasma", publicado en *La Cruz del Sur* (1913), ejemplifica este concepto de civilidad o urbanidad. Se trata de una especie de memoria autobiográfica, recuerdos de su infancia, donde describe su educación y al mismo tiempo trata de explicar científicamente el tema de los fantasmas, tema que se repite con frecuencia en sus cuentos. Su "madre cargaba con todo el peso de [su] educación, especialmente en lo que se refería a [su] religión y urbanidad [...] En la mesa: baja los codos; no vuelles: toma bien el cuchillo; que tu boca no suene como fuelle al tomar el caldo: el dulce no se repite; cambia de cuchara; no te hamaques en la silla..." (p. 309).

El control del cuerpo remite al segundo concepto de imaginación apuntado arriba, la imaginación tecnológica, y también a la civilización tecnológica. Los diferentes modos y medios de control del cuerpo pertenecen a este tipo de modernidad; el hombre no sólo debe aprender a comportarse en la mesa sino también a usar su cuerpo con elegancia y distinción urbana. Mientras los románticos tratan de derribar las convenciones que restringen la libertad del cuerpo —el ser libre no puede ser controlado porque es precisamente un ser libre—, para los modernos, el hombre debe aprender a usar el cuerpo humano, dentro de las normas de urbanismo y civilidad (50).

Foucault ha estudiado el nacimiento del *art of the human body*, mediante el cual el cuerpo humano puede ser transformado y mejorado por medio de

la disciplina y el control (51). Métodos de disciplina que incrementan la utilidad del cuerpo y se diferencian del tratamiento dado al cuerpo por la vida monástica, orientado a la renunciación y a la obediencia. Disciplina que se da dentro del contexto del progreso de la sociedad, del individuo, y de la dinámica de una evolución continua. Precisamente para Darwin, el mejor preparado, física y mentalmente, es el que sobrevive: *the survival of the fittest*. Con el proceso civilizador se revierte la relación alma-cuerpo del neoplatonismo y cristianismo, mediante el cual el alma era la prisionera del cuerpo, ahora es el alma, el espíritu, el que controla el cuerpo. Control del cuerpo por la mente realizado a través de la disciplina, y también del nuevo discurso científico con ideas acerca de la educación, la salud, el bienestar, para lograr el mayor éxito del ser humano. Este discurso, presente en Holmberg a lo largo de toda su producción, ejerce evidentemente un poder sobre la sociedad menos preparada o menos informada, especie de micro-poder, como Foucault lo ha denominado, basado generalmente en diferencias de conocimientos y habilidades. Micro-poder del intelectual que advierte que es la educación, tanto del hombre como de la mujer, el medio de avanzar y progresar en la sociedad plural moderna. De aquí la importancia de Holmberg en el desarrollo de la civilización tecnológica.

5. LA MUJER

Es necesario aclarar la posición de Holmberg con respecto a la mujer debido a estudios recientes que lo juzgan por una sola obra. F. Masiello, al analizar *Nelly* estima que para Holmberg la psiquis de la mujer es un símbolo de la irracionalidad y el caos:

Holmberg turned to writing fiction, using the female body as a point of contact between empiricism and the fantastic. He suggested a way both to straddle the two fields of inquiry and to represent the body of a woman as an outlet for civil disorder. The psychological component of women was also important to this writer, who saw in the female psyche a symbol of irrationality and chaos (52).

Es difícil juzgar el polimorfismo y la complejidad literaria de Holmberg por *Nelly* (1896), novela que incursiona en los fenómenos telepáticos, los fantasmas (el apellido del personaje Edwin Phantompton, "Phantom" es ilustrativo), en el espiritismo y los mensajes de ultratumba. Precisamente Leopoldo Lugones al comentar la obra la relaciona con la *Spirite* de Gautier (53); otros críticos han mencionado *Ligeia* de Edgar Alan Poe. Su aparición

coincide con una época en Buenos Aires de auge del ocultismo, de las teosofías, de las doctrinas esotéricas, refugio de un medio fragmentado por el materialismo, y que son productos de la liberación de los dogmas, de las creencias tradicionales y de la secularización (54).

El tema de la aparición de los espíritus en Holmberg se remonta ya a 1876 con "El ruiseñor y el artista", temprano cuento modernista que se adelanta 17 años a la llegada de Rubén Darío a Buenos Aires. En este cuento, Celia, que ya está muerta, se aparece espiritualmente a Carlos, y le permite terminar la pintura que el pintor había intentado en vano finalizar antes (55). Espíritus, fantasmas, apariciones de ultratumba, constantes en la obra de Holmberg, como evidencian en la presente edición los cuentos "El fantasma" (1906), "Los fantasmas" (1913), "Un fantasma" (1913), "Voluntad que mata" (1912), "Nunca se supo" (1903).

En "Voluntad que mata", alude a un fenómeno ya estudiado en Inglaterra por esa época, el de las casas visitadas por espíritus, *haunted houses*. La casa *endiablada* (1896) y *Nelly* (1896) son ejemplos tempranos de estos espíritus que visitan las casas y transmiten mensajes a los habitantes. En "Un fantasma", Holmberg decide dar una explicación acerca de su experiencia personal con un fantasma, el esqueleto que se apareció a la muerte de su hermanita Amalia. El niño Holmberg y su sirvientito, Juan Cufre, en el momento en que moría Amalia, tuvieron la objetivación de la visión de la muerte, un esqueleto, por asociación de ideas con lo que en esos momentos estaban pensando los adultos: nuevamente la presencia de la muerte en la misma casa donde habían muerto otros miembros de la familia. Holmberg concluye que fue un fenómeno de "telepatía birefleja sintética".

Volviendo al tema de la mujer en Holmberg, la paradoja de los juicios de Masiello citados arriba, se evidencia cuando menciona a Cecilia Grierson como una de las feministas que luchó por las reformas sociales y legales de la mujer (56). Masiello parece ignorar que Cecilia Grierson (1859-1934), la primera médica del país, fue discípula de Holmberg y que comprendió gracias a él la importancia de la educación en la mujer. Así lo expresa la propia Grierson en un discurso en ocasión del homenaje a Holmberg en 1915, cuando éste se retiró de la enseñanza:

Nosotros que aprendimos el catecismo de Astete y que nuestra frágil memoria nos hizo olvidar hace rato, hemos, en cambio, tratado de poner en práctica lo que con su ejemplo y palabra nos enseñó él [Holmberg] (57).

Grierson alude aquí a los años de Holmberg como profesor en la Escuela Normal de Profesoras. Como mencioné arriba, en esta ocasión fue acusado

de “sectario”, “ateo” y “materialista”, por prohibir terminantemente a la clase la interpretación religiosa o moral de los fenómenos naturales. Es ilustrativo escuchar a Holmberg contar este hecho: “pregunté un día por qué motivo, al derretirse la nieve o el hielo de las montañas, corrían como líquido por los flancos de las mismas”, y las 80 alumnas de la clase de historia natural le contestaron: “Por que es la voluntad de Dios”. Holmberg les respondió: “[si] el espíritu religioso es tan vehemente entre ustedes, contesten así en la clase de Moral y Religión [...] Y puesto que ustedes desean hacerme creer que las domina un impulso místico, debo prevenirles que eso de manosear el nombre de Dios es un pecado, y para que no se repita ese nombre como capa que sirva para ocultar la ignorancia, prohíbo terminantemente nombrar a Dios en mi clase” (58).

En la Escuela Normal de Profesoras, Holmberg introdujo el estudio de las ciencias naturales, la teoría de la evolución, los nombres de Laplace y Darwin con la finalidad de desafiar a esa gente que se empeña “en que las mujeres sean solemnes ignorantes” cuya única obligación “consiste en mantener su cerebro en un estado de vacuidad seráfica” (59).

La posición de Holmberg con respecto a la educación de la mujer se ilumina nuevamente con el discurso que pronunció en la inauguración, en 1887, del monumento de Emma N. Caprile, directora de la Escuela Normal de Profesoras. Aquí expresa que “[n]uestro grande error político no es la forma republicana de gobierno— es el descuido en la educación de la mujer”. Las mujeres están destinadas a ser las maestras de primeras letras, su misión es necesaria “el país entero [...] debe pulirse en la escuela y por la escuela” y esto no se puede lograr si las mujeres no son “instruidas, muy instruidas” (60).

Hay una línea de continuidad entre Sarmiento, Holmberg y Grierson. La preocupación de Sarmiento por la educación de la mujer se remonta ya a la fundación en San Juan del Colegio de Pensionistas de Santa Rosa de Lima (1839), labor que continuará en *El Zonda* (San Juan 1839), *El Progreso* (Chile, 1842) (61) y que defiende en su libro *Educación popular* (1849). Cadena que tiene su último eslabón en *Educación técnica de la mujer* (1902) de Cecilia Grierson, libro sobre la educación técnica de la mujer en el extranjero y propuesta de planes similares para la educación de la mujer argentina (62).

El discurso de Holmberg es generalmente complejo, y su significación es diversa, de ahí la dificultad de querer reducir su mensaje acerca de la mujer a una sola obra, *Nelly*. Holmberg, que escribió durante cuarenta y tres años obras literarias, incursionó en los distintos registros finiseculares: el modernismo, con todas sus manifestaciones: lo fantástico, lo oculto, lo esotérico, lo científico, la parasicología, el mesmerismo, el policial, para termi-

nar con el criollismo y lo popular. De ahí que la imagen de la mujer que se filtra a través de esta vasta producción va de la idealizada modernista, mujer espiritual, inspiración del artista, medio que sirve de comunicación de los espíritus ("El ruiseñor y el artista"), a la joven inteligente interesada desde temprana edad en mineralogía ("Olga"), a la víctima del esposo, médico que tenía relaciones ilícitas con otra mujer y trataba de presentarla como enferma incurable ("Muy difícil"), a la racional de una estudiante de medicina que meticulosamente planea un crimen ("La bolsa de huesos"), o a la mujer sin educación del campo, que sólo puede expresarse con monosílabos ("El sonso de la colmena").

Quisiera ampliar la posición de Holmberg con respecto a la mujer con el capítulo IX titulado "Feminismo" de *Olimpio Pitango de Monalia*, y los relatos autobiográficos "Un fantasma" y "Marcelino", que se incluyen en esta edición. Es en el capítulo "Feminismo" donde un diputado, a través de ejemplos de mujeres famosas de la historia y de la mitología —Catalina de Rusia, Isabel de Inglaterra, María Teresa de Austria, Isabel de Castilla, Safo, Belona, Palas Ateneas y otras más—, demuestra que la mujer siempre se ha destacado en cualquier actividad, ya sea política, artística o social, y propone "la intervención de la mujer en todas las tareas que corresponden a la evolución política y social de Monalia" (63). Sin embargo en el capítulo XIII de la misma obra, las mujeres exponen que detrás de cada hombre ilustre —Humboldt, Cuvier— ha habido una madre cuyo talento le permitió descubrir y desarrollar las aptitudes del hijo. Aquí reside para ellas la superioridad de la mujer, "en la educación de la niñez y de la juventud" (64). Discurso que se conecta con el de Alberdi y el de Sarmiento acerca de la necesidad de que la mujer se eduque, porque de ella depende la formación de los futuros ciudadanos, la industria y la moralidad de un país.

Son ilustrativos también otros relatos, como "Un fantasma" (1913) y "Marcelino" (1914 en manuscrito), ya que esclarecen el concepto de la mujer a través de la descripción de la madre de Holmberg, Laura Correa Morales. La presentación de la madre, corresponde en parte a la descripción de la madre de *Olimpio Pitango de Monalia*, mujeres inteligentes, que descubrieron tempranamente los talentos de sus hijos y contribuyeron a su desarrollo. En ambos relatos, el niño Holmberg pudo cultivar prematuramente sus inclinaciones de naturalista. Vivían en una extensa quinta en las afueras del "centro", lo que luego fue Santa Fe y Canning, donde había más de doscientas especies de pájaros que el niño catalogó (65). Gracias a su madre, Holmberg aprendió a ejercitar su voluntad. En una ocasión, la madre, al ver a un niño rodeado de juguetes, vaticinó que sería en el futuro muy desgraciado, "porque nunca va a tener deseos". Esta frase no fue entendida

al principio por un Holmberg niño; mas, con el paso de los años, comprendió lo que su madre había querido decir y pudo conjeturar que “la felicidad consiste en tener deseos y realizarlos. Un alma sin deseos (o aspiraciones) es desgraciada” (“Un fantasma”, p. 304). De su madre, Holmberg recibió lecciones de urbanidad —como ya analicé antes— y de religión. A través de los aforismos con los que remataba una enseñanza, desarrolló la ética y la moralidad del niño: “es necesario ser honrado hasta por conveniencia; la mejor urbanidad es la indiferente, tan equilibrada que no llama la atención de nadie” (*ibídem*, p. 309).

Las diferencias más grandes entre la madre y el niño se daban en materia de religión. Holmberg rechazaba la religión desde pequeño por la imposibilidad de ésta de responder a preguntas racionales; necesitaba conocer antes de creer. El espíritu analítico del niño le impedía aceptar ciertos rezos sin cuestionarlos, lo que originaba la ira de la madre y más de un cachete. El “humorismo razonador”, como lo denominaba el padre, característico en toda la producción de Holmberg, atacaba el misticismo de la madre. En medio de un rosario el niño increpaba:

—Mamá: ¿el vientre de la Virgen María se llama Jesús? —¿Por qué? —Porque decimos, y vos también: “...y bendito sea el fruto de tu vientre Jesús”. —Y así se dice. —Debe estar mal, porque después de vientre debería haber dos puntos o siquiera una coma. —¡Tomá dos puntos! —Y eso fue lo que me ligó: un pellizco en el brazo (*ibídem*, p. 311).

En otra ocasión, corrige a la madre que repetía automáticamente expresiones en latín cuando rezaba:

—Mamá: eso está mal; así no tiene sentido. El *secuderam num principum* debe ser *sicut erat in principio*; in preposición de ablativo, y vos lo pones en acusativo a. Me pareció oír una risa en el comedor. —Y después, no *nuncansemperseculaseculorum*, sino *nunc et semper, per secula seculorum*. Y cuando me iba a ligar algo, oí a mi padre en el comedor que se reía a carcajadas, reventando materialmente de risa (*ibídem*, p. 312).

En el desafío del niño Holmberg está ya en germen el cientificismo que inundará toda su vida y toda su obra. Para Holmberg, ya en consonancia con la modernidad científica, el conocimiento precede a la fe (66). La discrepancia con la madre reside en que para ésta la religión le permite todavía una comprensión histórica, para Holmberg no.

Otras veces la imagen de la madre se viriliza. En el relato “Marcelino”, en ocasión de un viaje del padre, ella le pidió a su hermano que los acompa-

ñaba que le enseñara a disparar armas, como medio de protección contra gauchos malevos que merodeaban la quinta. La madre aprendió a disparar rápidamente y pudo defender con su hermano Demetrio la quinta cuando Marcelino, un gaucho malo que estuvo al servicio del padre, entró una noche en la quinta. Fue la madre la que advirtió al padre que los peones que acababa de contratar, Marcelino y Miguel, tenían cara de asesinos y que tuviera cuidado con ellos. Juicio que se confirma al final de "Marcelino" cuando éste no sólo intentó matar al padre y entrar en la quinta, sino que degolló, con el otro gaucho, Miguel, a dos pobres viejos dueños de una pulpería. La premoción de la madre cuando conoció a los dos gauchos asombró al niño:

Yo miraba a todos; pero lo que más me llamaba la atención era la cara tan seria de mi mamá -digo mal; tan inmóvil. Su fisonomía era siempre muy grave, serena; pero en aquellos momentos mis ojos se dirigían a los suyos de cuando en cuando, como si me fascinaran. Me parecía imposible que aquellos ojos celestes tuvieran una expresión tan dura ("Marcelino", pp. 345-346).

En este hogar, el niño desarrolló muchas destrezas que llaman la atención porque borran la clasificación de las tradicionales actividades genéricas:

Ya he aprendido a serruchar madera, a clavar tablas, a martillar un fierro candente, a trabajar el barro y a cocerlo después de seco, a coser, a lavar, a planchar, a bordar, a hacer fuego, me han permitido revolver un dulce de leche en preparación, a cortar varitas y cañas con cuchillo o con navaja y también a cortarme los dedos, de modo que cuando llegué a los ocho años, un día me conté más de setenta cicatrices en la mano izquierda (*ibídem*, p. 355; las cursivas son mías).

Acerca de la curiosidad, Holmberg expresa: "¡Qué cosa tan sagrada y tan profunda es la curiosidad de un niño! ¡Qué cosa tan sublime la curiosidad de un hombre!" (*ibídem*, p. 356), curiosidad que el niño pudo satisfacer plenamente pues tanto los padres como el tío Demetrio, el hermano de la madre, cobijaron las inquietudes del niño con respuestas apropiadas. Así el niño aprende a hacer balas, trampas para chingolos, boleadoras para cazar pajaritos, etc.

La educación de la voluntad Holmberg la aprende tempranamente en la casa a través de la madre:

[...] desde muy temprano he tenido la suerte de educar la voluntad por encima de todas las otras facultades, lo que fue sustentado por una base congénita que se tradujo a su tiempo en la palabra "voluntarioso" ("Un fantasma", p. 301).

La madre "[j]amás [l]e permitía repetir [los dulces], y lo que más [le] afligía era su forma categórica, a veces aforística, de decir las cosas. -Yo

quiero más dulce —¿Tienes hambre? —No, mamá —Entonces quédate con el deseo” (“Un fantasma”, p. 302). Por supuesto que el niño no se quedó con el deseo y más de una vez después de haber ingerido grandes porciones de pastel, miel y otros dulces terminaba en el consultorio del médico. Sin embargo debido a estas negativas experiencias aprendió a moderar sus deseos, a educar su voluntad.

En conclusión, la imagen que Holmberg proyecta de la madre, es de equilibrio, mujer intuitiva, quizá más que el padre, que le dio al niño lecciones de vida, y facilitó el desarrollo de sus facultades y de su personalidad. Desde este punto de vista, el juicio presente en *Olimpio Pitango de Monalia* (cap. XIII), que afirma que detrás de cada hombre ilustre ha habido una madre cuyo talento le permitió descubrir y desarrollar las aptitudes del hijo, se cumple aquí.

Importa destacar que la imagen de la madre rompe la tradicional presentación de la familia argentina, de sumisión de la mujer a una autoridad patriarcal, reducida a las tareas de la casa, en donde la severa crianza de los hijos es ejercida por el padre (67). En contra de la crítica, que dice lo contrario, no hay una supresión en Holmberg de la voz femenina. Precisamente su lucha en la Escuela Normal de Profesoras por la educación y liberación de la mujer de los credos religiosos, para que así pueda ocupar en la sociedad un lugar fuera del hogar y de que su cerebro abandone “el estado de vacuidad seráfica”, se materializa en su alumna, la doctora Grierson, la primera médica y feminista argentina (68).

6. LA PRESENTE EDICIÓN

Los treinta y nueve relatos, cuentos y novela corta, que aparecen en esta edición abarcan los cuarenta y tres años de producción literaria de Holmberg. Son el producto de una lenta y larga labor de rastreo en los periódicos y revistas de la época, por momentos desalentadora debido a la ausencia de una bibliografía actualizada de su producción; la única disponible, la de Cristóbal M. Hicken, estaba incompleta. Gracias a la nieta de Holmberg, Laura Holmberg de Parker Newbury —que en 1988 me brindó el manuscrito de *Olimpio Pitango de Monalia* y mucho material inédito que aparece en esta edición—, me dediqué a rescatar de las hemerotecas bonaerenses las producciones de Holmberg. Había que revisar página por página periódicos y revistas durante los años que Holmberg había podido colaborar en ellos (69).

La edición de *Olimpio Pitango de Monalia* insumió más tiempo debido a que hubo que pasar a limpio dos borradores manuscritos no preparados para ser publicados. Cuando salió la edición en 1994, realicé la primera

bibliografía completa de toda la obra literaria de Holmberg, y anuncié la preparación del presente volumen. El proceso volvió a demorarse debido al estado de las copias, que en ese entonces la Biblioteca Nacional situada en Maipú, me brindó. La mayoría de las veces la máquina fotocopidora no funcionaba y había que salir afuera con el material a fotocopiar en otro lugar cercano. Gracias a que pude tener acceso a las filmadoras de la Biblioteca Nacional se pudo filmar el resto del material. Fue necesario requerir los servicios de la compañía Xerox de Nueva York para convertir los filmes en copias legibles para ser escaneadas, pues el tamaño y el tipo de letra de los periódicos del siglo XIX dificultaba este proceso. Luego, hubo que producir escáneres de todo este material en la computadora y corregir tipos y letras que el escáner no podía reconocer. Durante este largo período aparecen editadas en Buenos Aires algunas obras, que yo había anunciado en 1994 formarían parte de este volumen. Estas ediciones me obligaron a sacar de la presente edición *El tipo más original* y *Filigranas de cera* (70). Sin embargo, hice una excepción con tres relatos que se incluyen en *Filigranas de cera*, debido a los errores de omisión y de transformación de textos relacionados con el proceso de la modernidad. He dejado por tanto en esta edición estos relatos: “El medallón”, “La ciudad imaginaria” y “Política callejera”, marcando a pie de página las *variantes*, los cambios de los textos originales que aparecen en la edición de Morillas Ventura y Guzmán Conejeros.

Esta edición cierra finalmente una extensa tarea de situar más justamente a Holmberg en la historia literaria y cultural de fines del siglo XIX y principios del XX. Holmberg, renombrado naturalista —a él se debe la colección más completa de los arácnidos argentinos—, fue un sensor de su tiempo, de los cambios de la modernidad, los que reflejó en su obra. Resulta así el puente entre los dos siglos al cultivar todos los registros literarios de fines del siglo XIX y los de principio del XX. Tuvo conciencia de la coexistencia de una pluralidad de voces y de culturas en la Argentina y su discurso va dirigido a esta pluralidad.

Aunque su originario discurso científico no se desarticula, la presencia de las masas en la ciudad, del folclore, de los productos de la cultura popular y nacional, se canalizan en una heteroglosia que absorbe esos nuevos discursos, como así lo refleja su producción de *Caras y Caretas* y *Fray Mocho*. La nueva ciudad ofrecía una plurivalencia de voces y de estilos, hibridación cultural que reconoce el mestizaje de nuestra cultura. Esta nueva forma de la ciudad hace imposible presentarla como algo coherente, sino como una diversidad de maneras de hablar, de expresión, de estilos de vida. De ahí que muchos de los cuentos de Holmberg registran, por un lado, el habla de los italianos, de los gallegos, del criollo, de los burgueses y de su nuevo estilo de vida, y por otro, la simultaneidad de tiempos diferentes, el

del campo, y el de la modernidad urbana, de la cultura e imaginación tecnológica, como he analizado antes. Reside aquí la importancia del rescate de estos nuevos productos literario-culturales de Holmberg, que reflejan nuevas maneras de *estar juntos* creadas por la modernidad.

Un "estar juntos" que con gran humor describe Holmberg en "Lo más natural", donde el nuevo *cordon bleu*, un italiano que en cocoliche explica a sus patrones, nuevos burgueses que añoran la comida francesa, que debió ir a la fonda a comer porque lo preparado por él se quemó. La intertextualidad presente, mezcla del discurso afrancesado de los nuevos ricos con el italiano del cocinero, evidencia que "estar juntos" en ese nuevo Buenos Aires, es a veces origen de conflicto e incomunicación.

Esta edición se inicia con "Clara" (1872), omitida en casi todas las referencias bibliográficas a las obras de Holmberg, y que marca el cambio en las relaciones humanas al substituirse el romanticismo por el mercantilismo del inicio de la modernidad, para reflejar en "Política callejera" la nueva organización social, las libertades públicas, el sufragio universal, y la vacuidad de las famosas palabras, libertad (grillete de preocupaciones), igualdad (desnivel de las capas sociales), fraternidad (nuevas armas tecnológicas para matar *al otro*). Efectos de esta modernidad es la alienación del ser humano ("La ciudad imaginaria"), la situación social para el arte y el artista originada por la división del trabajo ("El periódico liberal") (71), los nuevos burgueses que contratan cocineros extranjeros ("Lo más natural"), viajan a París, concurren al Club El Progreso y viven en casas bazares donde se acumulan los objetos de *art nouveau* ("El medallón").

En los criollistas "Cuando suena la hora", "¡Mire qué gracia!", "El sonso de la colmena", "Hurones y comadreas", "Y con jabón", lo humorístico y grotesco de la vida, las situaciones absurdas pasan a la memoria y son recreados. Otras veces la ignorancia —"la fuente de todas las supersticiones" ("Las luces malas")—, es atacada en otros cuentos: "San Bismo", un pueblo que convierte en santo a Bismarck; "Transubstanciación", la credulidad y la ignorancia clerical, tema que vuelve a tocar en "Quieres que te afeite" y que confluye con su inquietud sobre los fantasmas en un intento de dar una explicación racional a fenómenos producidos a veces por la ignorancia, superstición y fanatismo, otras por la telepatía birefleja sintética ("Un fantasma", "El fantasma", "Los fantasmas"), asuntos que transvasan con lo oculto, el espiritismo ("Umbra"), el mesmerismo, las fuerzas ocultas ("Nunca se supo"), el poder de ciertas voluntades sobre otros seres ("Voluntad que mata").

Una antigua veta de la cuentística de Holmberg, la detectivesca (72), vuelve a aparecer aquí en dos cuentos, "Don José de la Pamplina" y "Más

allá de la autopsia". En ambos, el mismo detective, Benito Lauches, es el "rastreador" que descubre las pistas que todo criminal deja.

El cuento infantil en su vertiente fantástica, que ya había hecho su aparición en el cuento "La princesa Rayo de Sol" incluido en *Olimpio Pitango de Monalia* (cap. XVI), aquí se da en el relato manuscrito "El rey enfermo y la cabeza del médico extranjero", el mensaje para los niños es el precio de la ingratitud. Otra faz de la cuentística para niños explorada por Mark Twain (quien es citado en el cuento), es "La chocolata", donde presenta el desafío pugilístico entre los muchachos, "los animales más feroces de la creación", que concluye con sacar la chocolata, la sangre, del adversario.

Una innovación literaria es *El paraguas misterioso*, novela en colaboración. Holmberg escribe el primer capítulo de los XIII, los otros renombrados colaboradores son: José Ingenieros, David Peña, José Luis Murature, Severiano Lorente, José Luis Cantilo, Diego Fernández Espiro, Carlos Octavio Bunge, Alberto Ghirardo, Roberto Payró, Enrique del Valle Ibarlucea, Manuel Carlés y Gregorio de Laferrère. Esta novela publicada en *Caras y Caretas* (1904) por entregas, resulta un importante antecedente de la llamada *opera aperta* (73) del siglo xx, que mucho más tarde ejemplificaría *Rayuela* de Julio Cortázar. *El paraguas misterioso* exhibe una independencia en la composición, permite una lectura plurivalente que augura la narrativa descentrada de la vanguardia. Es, en parte, un reflejo del desmembramiento de la mente humana sufrido por los efectos de la modernidad. Novela que como expresa el capítulo X, espeja la incoherencia de la vida:

Ésta [la vida] se cree perfecta, y sin embargo, mirándolo bien ¿no resulta acaso tan incoherente como una novela escrita sin plan y por muchas personas? ¡La lógica! ¡La lógica es una macana! Lo que es lógico para unos es absurdo para otros (Roberto J. Payró, *El paraguas misterioso*, p. 201)

Aparte de exhibir el andamiaje de la composición de la novela, implícita está también la idea de la multiplicidad de interpretaciones posibles de la "obra abierta", cuando en este capítulo se dan los posibles símbolos de cada personajes, los cuales no son rígidos, sino que varían a lo largo de la obra. La idea es ofrecer la posibilidad de una lectura permutable y polisémica, de realidades plurales que de alguna manera refleja la plural realidad argentina del momento. El paraguas es un símbolo, dijo alguien:

—Sí, la sociedad elegida y el gobierno, tienen centenares de paraguas misteriosos, con que se defienden de borrascas más o menos graves. ¿Se agita el pueblo? Se abre el paraguas *estado de sitio* ¿La prensa se desmanda? Pues el para-

guas *censura previa*. ¿Crecen las huelgas? Ahí está el paraguas *ley de residencia*. ¿Mejora el país y pueden empobrecerse los ricos? El paraguas *conversión* (Roberto J. Payró, *El paraguas misterioso*, pp. 200-201).

Otra nota de la *opera aperta* es el cuestionamiento de la autoridad del autor, al aparecer mencionados y citados el mismo Holmberg, Ingenieros y su *Simulación en la lucha por la vida*, Gregorio Laferrere y su obra de teatro *Jettatore*, junto a la queja del artista en tiempos de materialismo de que "[s]e está rebajando el arte en esta tierra" (p. 198) y "prostituyendo el alma de las cosas" (p. 198).

Quiero detenerme ahora en el relato autobiográfico que nunca publicó, "Marcelino", ya mencionado más arriba, escrito en 1914, según informa el texto ("actualmente -1914-", p. 351). ¿Cuáles fueron los motivos para no publicarlo? ¿Se debió quizá a que es el único cuento donde aparece la imagen del gaucho malo? Marcelino y Miguel fueron los peones que contrató el padre de Holmberg para que lo acompañaran en uno de sus viajes. Marcelino intentó matarlo, secuestrar al niño Holmberg, y con Miguel degolló a una pobre pareja anciana de pulperos. ¿Quería evitar Holmberg presentar una imagen tan directa del gaucho malo en momentos de reivindicación de los valores del gaucho, del nacionalismo de *El payador* de Lugones?

El relato transcurre alrededor de 1858, "allá por el mes de febrero de 1858", y revela cómo las familias que vivían en los alrededores del "centro" debían protegerse con armas contra los ataques de maleantes. Todos en la casa están armados, el padre, el tío Demetrio que viene a acompañarlos durante la ausencia del padre, y finalmente la madre, que aprende a manejar armas ante sus sospechas de que Marcelino podía atacarlos. Es la madre, como mencioné antes, la que descubre en Marcelino las facciones de un asesino y se lo advierte a su esposo. Hasta el pequeño Holmberg, que todavía no sabe del mal, no entiende la palabra "secuestro" dicha en la casa cuando Marcelino, ya despedido ante el intento de matar al padre, empezó a merodear la casa. Luego Marcelino resulta ser el autor de la muerte de otros niños secuestrados, acciones violentas rematadas con la atroz muerte de una pareja de viejos pulperos, atacados inesperadamente, cuando la mujer preparaba un mate para él. El gaucho malo recibe el castigo del Estado, la justicia decide fusilarlo. Pero para mostrar este cuadro, Holmberg agrega su mentado anticlericalismo: cuando los soldados apuntan a Marcelino no le matan porque sabe que lleva el relicario de la Virgen del Carmen, y por no tocarlo los soldados desvían la puntería. Descubierto esto, al final muere.

"Marcelino" interesa además desde el punto de vista cultural. Evidencia la vida argentina alrededor de 1858, la presencia del crimen que originó las

pulperías con rejas para así evitar los asaltos; y la ocupación de los primeros emigrantes, los gallegos, comerciantes, serenos, quienes luego desalojaron al criollo en las pulperías y almacenes; y los italianos, dedicados a cultivar el campo en toda la República.

Vale la pena recordar que el folletín *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez presenta al gaucho malo como un héroe nacional que mata en buena ley. Gutiérrez convierte a Moreira, en "héroe de la justicia popular contra el poder" (74) y esta situación, por supuesto, no podía ser aceptada por el grupo liberal progresista que condena la violencia popular, legitimada por *Juan Moreira*. La intervención de José Ingenieros en el debate sobre la exaltación del valor nacional a través de este gaucho, explica de alguna manera la posición de Holmberg. Para Ingenieros, Moreira no representa el valor nacional porque fue "un amoral congénito, es decir un delincuente nato, con las características impresas al tipo por el ambiente gaucho" (75). Estas características impresas en el rostro es lo que ve la madre de Holmberg. Hay además una diferencia importante entre Juan Moreira y Marcelino, aquél actúa en defensa propia, en éste no se esclarecen las causas de la violencia, es —repetiendo la palabras de Ingenieros— un delincuente nato. Hay otros puntos de contacto entre Holmberg e Ingenieros, ambos no publicaron sus obras sobre el gaucho malo.

La espontaneidad presente en todos los relatos y cuentos responde a los medios de publicación a los cuales se debió ajustar Holmberg. En otra oportunidad, el autor revela que el director de *Fray Mocho* le pedía colaboraciones que debía escribir rápidamente (76). Predomina el cuento en toda esta edición, habilidad desarrollada en el hogar gracias a su querido tío Demetrio Correa Morales, hermano de su madre, citado en "Marcelino." Holmberg le dedica "La casa endiablada" (1896) y así lo confiesa en la dedicatoria: en la casa familiar rodeado de los padres, Demetrio le sentaba en sus rodillas y daba "comienzo al despliegue de los tesoros guardados en [s]u prodigiosa memoria [...] Quizá algún episodio de "La casa endiablada" proceda de alguno de los millares "de cuentos que [l]e deb[e]" (77).

He seguido en la presentación de los cuentos y relatos de esta edición una ordenación cronológica, excepto en los manuscritos que van al final, porque de algunos ignoro cuándo se escribieron. Bajo el título *Fuentes diversas* (1872-1898) incluyo ocho cuentos que aparecieron en diferentes publicaciones de la época: "Clara" 1872 (*El porvenir literario*), "Umbra" 1878 (*La Nación*), "Olga" 1878 (*La Nación*), "Boceto de un alma en pena" 1878 (*La Nación*), "El periódico liberal" 1879 (*Revista literaria*), "Política callejera" 1881 (*Nueva Revista de Buenos Aires*), "La ciudad imaginaria" 1884 (*La Crónica*), "El medallón" 1898 (*El Tiempo*).

La sección siguiente *Caras y Caretas* (1903-1911) comprende los diecinueve cuentos y la novela corta *El paraguas misterioso*: "La gallina infecunda" 1903, "Cuando suena la hora" 1903, "¡Mire qué gracia!" 1903, "Nunca se supo" 1903, "Desenlace de un drama" 1903, "El sonso de la colmena" 1903, "Huronos y comadrejas" 1904, "Panoramas y rumores" 1904, "Y con jabón" 1904, *El paraguas misterioso* 1904, "Don José de la Pamplina" 1905, "Más allá de la autopsia" 1906, "El fantasma" 1906, "Lo más natural" 1906, "El gran premio" 1907, "San Bismo" 1907, "Transubstanciación" 1908, "Manifestaciones" 1910, "La chocolata" 1911, "Las luces malas" 1911.

Bajo *Fray Mocho* (1912-1915) incluyo los seis cuentos publicados en esta revista: "Voluntad que mata" 1912, "Música ofensiva y defensiva" 1912, "Muy difícil" 1912, "Los fantasmas" (1913), "¡Pero si están ahí!" 1913, "¿Quieres que te afeite?" 1915.

En *La Cruz del Sur* apareció "Un fantasma" 1913. Cierran la edición los cuentos y relatos manuscritos "El piano de Elvira", que fue leído en la Academia Argentina de Letras en 1876, aunque no publicado (78); "El rey enfermo y la cabeza del médico extranjero" (s/f), "Llegaré en abril" (s/f), "Marcelino" (1914).

Se respetan en su totalidad la puntuación y el uso de mayúsculas, porque representan un rasgo estilístico del autor. Se han modernizado la grafía (uso de g, j, y), acentuación y unificado la apertura y cierre de signos de exclamación e interrogación. Las erratas de nombres u obras, como de citas de autores en idiomas extranjeros, aparecen corregidas en el texto. Las notas a pie de página hacen referencia a las anotaciones del autor y a las variantes de los tres cuentos de Holmberg editados previamente. Las notas explicativas del texto van al final del volumen. Las llamadas del primer tipo de notas se realizan mediante numeración volada, mientras que el segundo se indica con numeración entre paréntesis.

Llama la atención que tanto Hicken como Pagés Larraya ignoren la veta criollista-popular de Holmberg; la crítica posterior ha seguido perpetuando este vacío. Aunque el discurso científico y fantástico de Holmberg, derramado a lo largo de toda su vida, es testimonio de la modernidad científica argentina, este otro discurso abre las puertas a la vanguardia literaria al incorporar la pluralidad de voces de distintos estratos expresadas al unísono, modernidad cultural que absorbe el discurso *del otro* en una ejecución de reconocimiento.

Los relatos de esta edición son documentos culturales por reflejar un período clave del pasado argentino y por ser un microscopio de la diversidad cultural, ideológica y filosófica de la Argentina de fines del siglo XIX y princi-

pios del xx. Textos ignorados por la historia literaria de la Generación del 80, preocupada por los consagrados, aunque fueran escritos por autores importantes. Testigos sociales de una comunidad compleja, y de grandes cambios y desajustes entre la sociedad criolla y la moderna extranjera, basada en procesos de modernización y de civilización, según los cánones europeos.

Como he demostrado aquí, Holmberg participó en el proceso de la dinámica de la modernidad argentina. Mentalidad eminentemente historicista orientada hacia el progreso, atacó la institución existente desde el punto de vista de una modernidad imaginaria del futuro. Él fue uno de los artífices que puso en marcha "la institución imaginaria de la modernidad" al propagar la ciencia, la educación de la mujer, combatir el misticismo atrofianete, defender las formas democrático-liberales. Sin embargo, esta anhelada dinámica de la modernidad no triunfó totalmente en la Argentina, reflexión que Holmberg realiza años más tarde en *Olimpio Pitango de Monalia*, como también he analizado en esa edición, por la supervivencia del régimen colonial, de una red social burocrática apoyada en la corrupción, y por la incapacidad de poder vivir procesos democráticos.

II. CRONOLOGÍA

Para la presente cronología de los hechos esenciales de la vida de Holmberg, se toma como base referencial la *Foja de Servicio* redactada por él mismo, que obra en mi archivo; la "Bibliografía de la obra del Dr. Eduardo Ladislao Holmberg" de Hicken; *Holmberg el último enciclopedista*, libro escrito por Luis Holmberg, hijo del autor, y el "Estudio preliminar" de Antonio Pagés Larraya a la edición de los *Cuentos Fantásticos*¹. En muchos casos, en lo que respecta a la obra literaria, se ha corregido la "Bibliografía" de Hicken. La vasta producción científica de Holmberg, que ocupa seis hojas de su *Foja de Servicio* clasificada en zoología, botánica, mineralogía, geología y arqueología, no se menciona en esta cronología².

1852	Eduardo Ladislao Holmberg nace en Buenos Aires el 27 de junio; sus padres: Eduardo Holmberg y Laura Correa Morales.
1862-68	Presidencia de Bartolomé Mitre.
1872	Terminados sus estudios preparatorios en la Universidad de Buenos Aires, realiza un viaje exploratorio a la Patagonia (Río Negro) y Bahía Blanca. Las colecciones sobre ciencias naturales las regala al director del Museo Nacional de Buenos Aires, Dr. Burmeister.
1868-74	Presidencia de Domingo F. Sarmiento.
1874	El 18 de julio se casa con Magdalena Jorge.
1874-80	Presidencia de Nicolás Avellaneda.
1874-76	Oficial primero de la Oficina de Estadística de la Provincia de Buenos Aires.
1875-1915	Profesor de historia natural: anatomía, zoología, botánica, cosmografía, geología, así como también de higiene, medicina doméstica, física y química en la Escuela Normal de Profesoras.
1875	Publica <i>Dos partidos en lucha</i> y <i>Viaje maravilloso del señor Nic-Nac</i> .
1876	Publica "El ruiñeñor y el artista" en <i>La Ondina del Plata</i> , y "La pipa de Hoffmann" en <i>El Plata Literario</i> .
1877	Enviado por el Consejo de Educación a las provincias del norte de la República para realizar estudios y preparar colecciones de ciencias naturales.

- 1877-83 Profesor de historia natural en la Escuela Normal de Varones, luego de agricultura, higiene pública y privada.
- 1878 Funda, junto a Enrique Lynch Arribálzaga, la revista científica *El naturalista argentino*.
- 1878 Publicación inconclusa, "El tipo más original" en *El Álbum del Hogar*.
- 1879 Colabora en la *Revista literaria* (1879), órgano de la Sociedad Científica de Escritores; aquí publica su cuento "El periódico liberal".
- 1879 Publica "Horacio Kalibang o los autómatas" en *El Álbum del Hogar*.
- 1880-86 Primera presidencia de Julio Argentino Roca.
- 1880 El 29 de septiembre recibe el título de doctor en Medicina en la Facultad de Medicina. Su tesis doctoral fue sobre el fosfeno³.
- 1881 Director del Informe Oficial de la Comisión Científica de la expedición del general Roca a Río Negro, en 1879, y redactor de una sección de la parte de zoología de dicho Informe.
- 1882 Miembro activo de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba.
- 1882 Conferencia "Carlos Roberto Darwin" en el Teatro Nacional, publicada como libro el mismo año.
- 1883 Comisionado por el gobierno de la provincia de Buenos Aires para hacer estudios científicos de la sierra de Curá-Malal.
- 1884 Publica "Filigranas de cera" en *La Crónica*. Holmberg fue uno de los fundadores y el redactor de la sección científica de este periódico.
- 1884-85 Médico (*ad honorem*) de la Escuela Normal de Profesoras.
- 1884-86 Comisionado por la Academia Nacional de Ciencias para hacer estudios científicos en Paraná, Santa Fe y Misiones.
- 1885 Jefe de la Comisión Científica Auxiliar enviada a Chaco por el ministro de Guerra y Marina.
- 1886 Publica *La noche clásica de Walpurgis*; la primera versión de esta conferencia aparece en *La Nación* en 1885, la segunda es editada en 1887.
- 1886-90 Presidencia de Miguel Juárez Celman.
- 1888-1903 Director del Jardín Zoológico.
- 1890 Miembro académico de la Facultad de Ciencias Físico-Naturales y Matemáticas de la Universidad de Buenos Aires.
- 1890-92 Presidencia de Carlos Pellegrini.

- 1892-95 Presidencia de Luis Sáenz Peña.
- 1893 Crea la *Revista del Jardín Zoológico*; colabora en *Caras y Caretas*.
- 1894 Enviado en comisión con el doctor Carlos Berg como representante del país en las reuniones de la Sociedad de Agricultura para tratar lo relativo a la filoxera.
- 1895-98 Presidencia de José Evaristo Uriburu.
- 1895 Publica *Las plagas de Egipto explicadas científicamente*, conferencia pronunciada en 1894 en el Teatro Nacional.
- 1896 Publica *La casa endiablada*, *La bolsa de huesos* y *Nelly*.
- 1898 Publica "El medallón" en el folletín de *El Tiempo*.
- 1898-1904 Segunda presidencia de Julio A. Roca.
- 1904-06 Presidencia de Manuel Quintana.
- 1905-¿10? Inspector de Enseñanza Secundaria⁴.
- 1906-10 Presidencia de José Figueroa Alcorta.
- 1910-14 Presidencia de Roque Sáenz Peña.
- 1910 Publica para el centenario argentino el extenso poema *Lin-Calél*.
- 1912 Comienza a escribir *Olimpio Pitango de Monalia* y a colaborar en *Fray Mocho*.
- 1915 Termina *Olimpio Pitango de Monalia*.
- 1915 Homenaje organizado por las asociaciones científicas a las instituciones educativas al retirarse Holmberg de la docencia, después de 40 años de servicio.
- 1916-22 Presidencia de Hipólito Irigoyen.
- 1918 Se publica *Evolución*, capítulo XIX de su *Botánica elemental* (1908).
- 1922-28 Presidencia de Marcelo Torcuato de Alvear.
- 1927 Al cumplir 75 años la Academia de Ciencias y la de Medicina le nombran, respectivamente, presidente y académico honorario. El Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires crea el premio municipal anual "Dr. Eduardo L. Holmberg" para el mejor trabajo sobre ciencias naturales, otorgado por la Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales.
- 1928-30 Segunda presidencia de H. Yrigoyen.
- 1930-32 Presidencia de José Félix Uriburu.
- 1932-38 Presidencia de Agustín Pedro Justo.
- 1937 El 4 de noviembre muere Eduardo L. Holmberg.
- 1938 Se publica *Sarmiento* que apareció en 1910 en *El Tiempo*.

III. OBRA LITERARIA DE HOLMBERG

Se consigna la primera publicación del texto salvo en aquellos casos, durante la vida de Holmberg, en que luego de haber aparecido la obra en la prensa, se editó como libro.

- “Clara”, *El Porvenir Literario*, 1 de octubre, 1872.
- *Dos partidos en lucha. Fantasía científica*. Buenos Aires: Imprenta de El Argentino, 1875.
- *Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac. Fantasía espiritista*. Buenos Aires, *El Nacional*, 1875.
- “Insomnio”, *La Ondina del Plata*, 13 de febrero, 1876.
- “El ruidoso y el artista”, *La Ondina del Plata*, 18 de junio, 1876.
- “El piano de Elvira”, 15 de septiembre, 1876, en manuscrito.
- “La pipa de Hoffmann”, *El Plata Literario*, 15 de junio, 1876.
- “El tipo más original”, *El Álbum del Hogar*, 21 de julio, 1878 (inconcluso).
- “Umbra”, *La Nación*, 18 de agosto, 1878.
- “Boceto de un alma en pena”, *La Nación*, 25 de agosto, 1878.
- “Olga”, *La Nación*, 1 de septiembre, 1878.
- “El periódico liberal”, *Revista literaria*, 14 de septiembre, 1879.
- *Horacio Kalibang o Los Autómatas*. Buenos Aires, Imprenta de *El Álbum del Hogar*, 1879.
- “Política callejera”, *Nueva Revista de Buenos Aires*, vol. 1, junio, 1881, pp. 385-394.
- “Filigranas de cera”, *La Crónica*, 7 de abril, 1884.
- “La ciudad imaginaria”, *La Crónica*, 14 de abril, 1884.
- “Dirritío. Rodeando el fogón”, *La Crónica*, 18 de junio, 1884; *El Nacional*, 19 de agosto, 1887.
- “Kiyué. Rodeando el fogón”, *El Nacional*, 11 de marzo, 1887.
- *La noche clásica de Walpurgis*. Buenos Aires: Imprenta Pablo E. Coni, 1887.
- “El reloj de la muerte” (fragmento de *La casa endiablada*), novela inédita, *La Nación*, 10 de junio, 1895.
- *La casa endiablada*. Buenos Aires: Cía. Sudamericana de Billetes de Banco, 1896.

- *La bolsa de huesos*. Buenos Aires: Cía. Sudamericana de Billetes de Banco, 1896.
- *Nelly*, *La Prensa*, 27 de enero, 1896.
- *Nelly*. Buenos Aires: Cía. Sudamericana de Billetes de Banco, 1896.
- "El medallón", *El Tiempo*, 29 de septiembre, 1898.
- "La gallina infecunda", *Caras y Caretas*, 2 de mayo, 1903.
- "Cuando suena la hora", *Caras y Caretas*, 9 de mayo, 1903.
- "Mire qué gracia", *Caras y Caretas*, 6 de junio, 1903.
- "Nunca se supo", *Caras y Caretas*, 18 de julio, 1903.
- "Desenlace de un drama", *Caras y Caretas*, 25 de julio, 1903.
- "El sonso de la colmena", *Caras y Caretas*, 12 de diciembre, 1903.
- "Huronos y comadreja", *Caras y Caretas*, 16 de enero, 1904.
- "Panoramas y rumores", *Caras y Caretas*, 12 de marzo, 1904.
- "Y con jabón", *Caras y Caretas*, 14 de mayo, 1904.
- *El paraguas misterioso*, novela en colaboración con Ingenieros, Peña, Murature, Lorente, Cantilo, Fernández, Bunge, Ghirardo, Payró, Ibarlucea, Carlés, Laferrère. *Caras y Caretas*, 24 de septiembre, 1904.
- "Don José de la Pamplina", *Caras y Caretas*, 8 de abril, 1905.
- "Más allá de la autopsia", *Caras y Caretas*, 31 de marzo, 1906.
- "El fantasma", *Caras y Caretas*, 13 de octubre, 1906.
- "Lo más natural", *Caras y Caretas*, 22 de diciembre, 1906.
- "El gran premio", *Caras y Caretas*, 29 de junio, 1907.
- "San Bismo", *Caras y Caretas*, 15 de junio, 1907.
- "Transubstanciación", *Caras y Caretas*, 19 de diciembre, 1908.
- *Lin-Calél. Poema*. Buenos Aires: L. J. Rosso y Cía., 1910.
- "Manifestaciones", *Caras y Caretas*, 25 de junio, 1910.
- "La chocolata", *Caras y Caretas*, 18 de noviembre, 1911.
- "Las luces malas", *Caras y Caretas*, 25 de marzo, 1911.
- "Voluntad que mata", *Fray Mocho*, 26 de julio, 1912.
- "Música ofensiva y defensiva", *Fray Mocho*, 25 de octubre, 1912.
- "Muy difícil", *Fray Mocho*, 27 de diciembre, 1912.
- "Los fantasmas", *Fray Mocho*, 25 de abril, 1913.
- "¡Pero si están ahí!", *Fray Mocho*, 3 de octubre, 1913.
- "Un fantasma", *La Cruz del Sur*, noviembre, 1913.
- "Marcelino" (manuscrito), 1914.
- "¿Quieres que te afeite?", *Fray Mocho*, 7 de mayo, 1915.
- *Olimpio Pitango de Monalia* [1915]. Edición príncipe. Edición, introducción y notas de Gioconda Marún. Buenos Aires: Ediciones Solar, 1994.
- "El rey enfermo y la cabeza del médico extranjero" (manuscrito), s/f.
- "Llegaré en abril" (manuscrito), s/f.

FUENTES DIVERSAS (1873-1876)

1. *Casa*. (El *periódico Mercurio*, 1 de octubre de 1873).

IV. TEXTOS

FUENTES DIVERSAS (1872-1898)

1. CLARA (*El porvenir literario*, 1 de octubre, 1872)

—¿Has leído la *María* de Jorge Isaacs? —preguntan con entusiasmo los viejos literatos, saboreando con delicia las mieles del pasado.

—¿Has leído la *María*? —se preguntan con sonrisa picaresca dos niñas en cuyos rostros se refleja el *idilio* de la vida.

—¿Has leído la *María*? —preguntan las matronas cuyos idilios han tomado el tinte de las hojas de Otoño, pero que, semejantes a las del laurel, conservan todo su aroma.

—¿Has leído la *María*? —preguntan con los rostros iluminados por los albores del alma, dos modernos *Leandros*.

Y esta pregunta, tan sencilla en su expresión, tan común hoy entre aquellos que saben apreciar el valor de esa joya de nuestra literatura, es el elogio más elocuente que el corazón de un americano puede tributar a la página más bella de la vida de otro americano.

María, esa lágrima de las reminiscencias, será de hoy más la *Biblia* de los corazones de veinte años.

Allí está el *Génesis* con toda su pureza e imponente sencillez; allí está el *Apocalipsis* con su terrible majestad.

—¿Qué escribes? —preguntó un amigo entrando a la pieza en que me hallaba, y viendo el papel en que trazaba las líneas anteriores.

—Ya lo ves. Lee...

—Déjate de esto. Tú no naciste para ser apologista de *María*.

—¿Me crees de hielo?

—No, pero sí de nieve.

—Tanto vale en el termómetro.

—Eres materialista y de raza insensible.

—¿A la temperatura, señor físico?

—Mira, no hablemos de esto. Déjate de *Apocalipsis* y de *María*, para que de este modo pueda siempre decirte con Alfonso Karr. *Hay individuos que, como no hacen uso de su alma; la dejan enmohecer y por esto la niegan.*

—Y eso ¿a qué viene?

—Viene muy bien para que...

—Para mostrarme que has leído a Karr. Yo sé muy bien que eres hijo de la última lectura. No disparatées y sé más lógico.

—¿Qué has leído?

—*Bajo los tilos* (1).

—¿Y? ¿Ha habido provecho moral o intelectual?

—Ninguno.

—Placer de príncipes. ¿Has visto a Ricardo?

—Vengo a pedirte noticias de él —contestó— pues he sabido que está enfermo moral y físicamente.

—Del físico, lo confirmo; lo demás, lo niego.

—¿Quién te ha dado ese importante dato?

—¿Porqué lo llamamos *importante*?

—Por lo visto, ignoras lo que pasa —dijo contrayendo el ceño y mirándome de una manera judicial.

—Por completo.

Mi amigo, que hasta entonces se había estado paseando por la reducida habitación, se sentó frente a mí, y alargándome un *colorado*, me dijo con aire dogmático:

—Tú sabes que desde muy niño fue Ricardo afecto a la lectura de novelas, empezando por *Pablo y Virginia* (2) y terminando con las de Paul de Kock (3). Después de recorrer todos los eslabones de la fantasía se entregó a la Metafísica...

—Que es un eslabón más elevado.

—Poco importa al caso. Lo *absoluto*, lo *bello*; las *verdades inconcusas*, llenaron su cabeza de mil visiones en pos de las cuales corría noche y día. Pero en su corazón había un vacío, como sucede a muchos que se dedican con vehemencia a la lectura de novelas, *por más que se bañen en las luces del ideal*.

Ricardo estaba triste. Sus ojos tenían el brillo del insomnio, su color era lívido y de sus labios amortiguados sólo brotaban palabras que el hilo de la conversación traía luego a su insondable Metafísica. Una vez, por desgracia suya, fue un pariente a invitarlo a pasar el día en su casa. Aceptó. Llegó la hora de comer y lo colocaron al lado de una joven de mirar risueño, frente inteligente y ameno trato. Amiga íntima de la familia de este pariente, pasaba largas temporadas en la casa. Era Clara. Ese día Ricardo no habló de metafísica. Por lo menos era un gran triunfo sobre esa inteligencia fantástica.

Terminada la comida, se dirigieron a la sala. Las vibraciones de una escalera cromática ondularon por el aire perfumado, luego un arpegio... un acor-

de... y una sucesión de melodías que se desprendieron como un torrente de los ágiles dedos de Clara, arrebatada en aquel instante por una inspiración fecunda. Algo como los ecos del harpa de Osián parecían a Ricardo aquellos sonidos que, ora tenues como los vapores que el sol desprende de la tierra en la mañana, ora lánguidos como el canto de la calandria, ora rápidos como una cascada, ora apasionados como un himno de Safo, penetraban en su alma soñadora y le enseñaban que un corazón de veinte años debe pagar el tributo a ese niño caprichoso que volando entre nubes de rosas y esmeraldas, lanza las espinas y oculta entre las flores la mano que hiere.

—Bueno; eso es muy poético. Se creería que estás leyendo. Sintetizamos: comió en casa de su pariente y oyó a Clara tocar el piano.

—Siempre eres prosaico; siempre material. Ni aun dejas al alma amiga el tiempo de tener una expansión.

—Si te dejas, me vas a hacer un retrato de Clara con más entusiasmo de lo que debes.

Mi amigo sonrió tristemente. Sus ojos se fijaron con vaguedad en un libro que se hallaba sobre la mesa. ¿Meditaba? ¿Recapacitaba?

Su mirada abstraída sobre aquel libro me recordaba esas verdades que nos empeñamos en hacer repetir mil y mil veces, cual si dudáramos del testimonio de nuestro oído. Después de un momento de silencio:

—¿Has leído esta obra? —preguntó señalándomela con el labio inferior y echando la cabeza hacia atrás.

—La he estudiado.

—Su autor fue un farsante.

—Te engañas. Fue Lavater (4).

—¿Has sacado de ella algún provecho?

—Poco y pocas veces.

—¿Recuerdas alguna?

—Ahora mismo las crispaciones de tu cara, la vaguedad entusiasta de tu mirada al hablar de Clara.

—Fue una broma.

—Lavater no tuvo la culpa si ella así lo dispuso.

—Nunca me preocupó mucho.

—Lavater dice lo contrario.

—*Amén*. Prosigo. Ricardo escuchaba a Clara entusiasmado...

—Magnífico, ¿y luego? Se enamoró de ella; se convenció de que el alma allá por la metafísica anda muy triste sola y necesita posarse cual el ave en su nido, en un ser, que revestido de encantos que ninguna como ella puede apreciar, le brinde el panal de las ilusiones como dirías tú, y le llene el vacío que tiene en el corazón. ¿No es eso?

—*Ecco lo qua*. Pero lo original del caso es que esa noche después de alabar, como es de práctica, las admirables dotes artísticas de la niña, empezaron a dar su opinión sobre algunas novelas.

—Y ¿qué dijeron?

—Clara era una de esas mujeres que, aunque muy jóvenes, sueñan con castillos y galanes encantados sobre corceles blancos; conocen los delirios de *Werther* y le aplauden; han leído una traducción de Shakespeare y le admiran; anhelan una pasión *sáfica*, la alcanzan... y, débiles mariposas, no miden el *Léucade* (5).

—¿También eres rencoroso?

—Clara había leído la *María* de Isaacs, esa *María* que tanto respetas y un ligero tinte de melancolía había bañado su alma.

—¿Ha leído la *María*? —pregunté a mi amigo apresuradamente, demostrando simpatizar ya con Clara por este solo hecho.

—Sí, pero no la ha imitado.

Mi ilusión se desvaneció.

¡Al fin una ilusión!

—Después de un largo juicio que...

—Que seguramente no fue más completo que el de Estrada en su *prefacio o advertencia*...

—No me interrumpas. Clara se levantó y tomando la obra de sobre la mesa la puso en manos de Ricardo. "Léala, amigo", le dijo, "y consérvela como un recuerdo mío".

—¡Era animada la chica!

Ricardo no durmió esa noche. Pensaba en lo *absoluto* y se decía que era una *verdad inconcusa*, la pasión que había estallado en su alma como un cráter esperado, y cuya lava, para dicha o desgracia suya, había de correr hasta lo más íntimo de su alma.

—Déjate de metáforas y vamos al grano.

—Allá voy. ¿No ves que hace tres días que estaba *limando* este giro de la frase para *improvisárselo* al primero que tuviera la amabilidad de escucharme? Ricardo leyó la obra y encontró algo...

—¿Y qué encontró?

—Mire que pregunta... encontró que... en fin... que... Yo no sé lo que encontró. No he leído la *María*...

—Eres un... un descuidado.

—Después declaró su *atrevido* pensamiento, como decían nuestros papás.

—¿Y Clara?

—Consideró que no era un pensamiento tan atrevido.

-¿Y?

-Admitió.

-¿Qué cosa?

-El pensamiento.

-¿Y? Habla, hombre, que me tienes en ascuas. Se creería que estás dando examen de celos.

-Y se escribieron y se dijeron que se adoraban, que se querían, que se idolatraban, que desgraciadamente la vida era muy corta pero que la muerte era muy larga. Que en la vida no se ocuparían de música ni de novelas, sino de mirarse como dos tortolitas.

-¡Qué monada! ¿Y?

-Que en la muerte resolverían todos los grandes problemas matemáticos y filosóficos que agitan a la humanidad.

-¿De qué modo?

-Muriéndose. Y se miraban y se decían que su amor duraría hasta...

-¿Hasta cuando?

-Hasta que llegó un canadiense cerrado de cuerpo y alma, pelirrubio y gordinflón, pero que tenía mucho...

Y mi amigo que no se atrevía a pronunciar el nombre de la rueda motriz del siglo XIX, se frotó suavemente y repetidas veces las yemas del índice y pulgar.

-¿Con que esas tenemos? Y Clara ¿qué dice?

-Como es una niña sumisa (como todas las niñas) ha accedido a los consejos de su mamá, a quien ha confesado que prefiere el *mucho* del canadiense a Ricardo, por que le ha ofrecido además, llevarla al Polo a admirar las *auroras boreales*, los *balos* y *farelias*, las ballenas, los pájaros y las islas que forman en las costas.

-Y Ricardo ¿qué le ha ofrecido?

-Pasearla espléndidamente por las doradas y risueñas regiones de la metafísica.

-Y tú en su caso ¿qué preferirías?

-Francamente, no me gustan ni el polo, ni las islas artificiales.

-¡Pero qué! ¿hay algo resuelto?

-Sabes que los canadienses son excelentes harponeros. Donde ponen, el ojo, ahí clavan.

-Y *desclavan*.

-Hoy, al pasar por la casa de Clara, como están en el campo, he notado un papel pegado en la puerta del vestíbulo. Me acerqué, lo leí. Decía así:

Locamente enamorados
La AVARICIA y el DINERO
Estarán CASI enlazados,
Por los vínculos sagrados,
A más tardar: el primero.

Y lo peor de todo es que está escrito con un tipo de letra idéntico a la de Ricardo.

Mi amigo se levantó.

—¡Es una infamia! —murmuró entre dientes—; ¡Es una crueldad! ¡Pobre Clara!... ¡Con un extranjero que nadie conoce!... ¡La han alucinado! ¡Una mancha sobre!...

—Toma *un mate* —le dije con aire distraído. ¡Pobre Ricardo! ¡Y yo que lo animé! ¿Por qué no lo dejé con sus *verdades inconcusas*? ¿Por qué creí que la lectura de *María* habría hecho alejar de Clara todo instinto de mezquindad e interés mal entendido?

Y continuando ambos nuestros monólogos, estuvimos tomando *mate* hasta las dos de la mañana. Entonces se retiró el amigo y pude entregarme al malestar que me causaba tanta perfidia de parte de Clara, tanta ambición de parte de aquellos que al darle la vida, debieron también encaminarla por un sendero más *moral* que el del *interés pecuniario*.

¿Cuánto debía sufrir el excelente Ricardo, para lanzar esa bofetada de *cinco líneas* a los rostros de Clara y sus padres? Él tan moderado. ¡Él, que un día habría sido el orgullo de Clara!

... ¡Oh interés! a cuánta bajeza nos expones, aún a los más discretos.

II

Cuatro días habían pasado desde la noche en que José me refirió lo que habéis leído en el capítulo anterior y sin embargo no había visto a Ricardo.

Me arrepentía de haberle aconsejado participar a Clara su situación y este arrepentimiento me desanimaba para verlo.

Pero ¿cómo evitarlo? ¿no había notado a cada paso el decaimiento de su salud?

¿No le veía entregarse en brazos de su dolor, cual si fuera un crimen abrigar en el alma una pasión que tan naturalmente había nacido?

No faltará quien compadezca esa timidez en un metafísico de este temple, pero no siempre el espíritu puede desprenderse por completo de las atracciones que le presenta la materia, ni animado por lo atrevido de su vuelo en las regiones de los sueños hacer otro tanto en las de las realidades.

Ricardo, joven aún, con un corazón sensible, viviendo entregado a sus continuas y largas meditaciones, concentrando su vida en su cerebro, por decirlo así, lejos del bullicio de la sociedad, no era extraño que grabara profundamente, en su imaginación, la impresión primera que recibiese.

Creí proceder con lealtad animándolo a dar este paso.

Así lo hizo.

Cuando vino a verme el día siguiente sus ojos irradiaban ventura.

Nada le pregunté; su alegría y mi alegría confundiéndose, produjeron un momento de expansión.

—¡Mira hermano! —me dijo— ¡mira! aún no puedo convencerme de la realidad.

Y desplegando un papel que llevaba en la cartera, reconocí la letra de Clara.

Desde aquel momento, ¡adiós metafísica! ¡adiós carrera! Ricardo sólo vivía pensando en esa mujer que aparecía a su alma como el ideal de la belleza, y por una confusión de ideas en sus momentos de divagación, como la encarnación de la *perfección absoluta*.

¡Pobre Ricardo! ¡cuánto desengaño te esperaba! No te fíes de las escalas cromáticas, ni de los arpeggios, ni de los acordes.

En fin, lector amigo, si conoces algo análogo, figúrate las reflexiones que me haría.

Cuatro días, pues, habían pasado desde que oí repetir lo que ya sabía.

Media cuadra estaría distante de mi casa, cuando oí que chistaban.

Como el ¡chit! puede ser un vocativo indeterminado, di vuelta y vi al negrito de Ricardo. Me detuve, y recibí de sus manos una carta del amigo.

Decía así: "Mucho extraño que no vengas a verme, sabiendo que estoy en cama hace cinco días. Si te es posible, ven ahora mismo".

—Dile que nada sabía. Dentro de diez minutos estaré a su lado.

El negrito se cruzó de brazos y balanceó el cuerpo.

—Dice el niño que hace cinco días que está en cama, y que vaya ahora mismo, si puede.

—¿Y si no puedo? —le pregunté sonriéndome involuntariamente, al ver la perilla angulosa que servía de cabeza a aquel *cacaseno* (6) *de azabache*.

—Si no puede, que vaya también.

—Bueno.

El muleque dio vuelta la cara y echó a correr como si algún cuco lo persiguiera.

Un momento después, apretaba la mano que Ricardo me alargaba con afecto.

—¿Qué tienes?

—Dicen que estoy loco, que hay momentos en que me vienen accesos de furor y que si no fuera por la virtud intencional de la homeopatía, se habría declarado en su más alto grado el *delirium tremens*.

—Creía que no bebías.

—Aquí para los dos —dijo despacio— bien sabes que *no hay peor sordo...*

—¿Entonces no estás enfermo?

—... *que el que no quiere oír*. Tan enfermo como tú.

—Pero yo estoy sano.

—Por lo mismo.

Deseaba retardar con palabras inútiles la llegada del momento crítico.

—Siéntate y fumemos.

—Explicame este misterio, pues...

—¡Negrillo! *ceba mate*. Hace cuatro días pegué un papel en la puerta de la casa de Clara...

—Conozco el hecho.

—¿Y el dicho?

—También. Me lo ha referido José.

—¿Sí? me alegro que él lo sepa, pues de ese modo lo sabrá todo el mundo. El día anterior me sentía con la cabeza pesada y me recosté. Dormí hasta el día siguiente. Levanteme, y no sé si debido al mucho dormir me encontré con deseos de cometer una locura. Escribí la quinteta y a eso de las doce, aprovechando de la ausencia de Clara y su familia, la coloqué en la puerta. Al otro día llegaron. Tenía deseos de ir a arrancar aquel bofetón. Ya era tarde. Lo habían leído.

—No has procedido en esto con cordura.

—¿No te advertí que me había despertado medio loco?

—Al grano. ¿Y qué sucedió?

—Sucedio que vino el pariente a preguntarme si yo era el autor de una quinteta insultante, y me la recitó. Le contesté que sí.

—Bien hecho.

—Si era yo quien la había pegado en la puerta de la casa de Clara un día antes. Le contesté que no, pues hacía dos que estaba en cama. Mi buen primo se calmó y dijo: "Allá se las arreglen. Cuéntame Ricardo, ¿qué ha habido entre Clara y tú?" Nada hombre —le contesté—, pero pareciéndome que esto era muy poca cosa le referí todo de un extremo a otro.

—Y él ¿qué dijo?

—Que en mi lugar, abría las cataratas del cielo y de la tierra y las derramaba por espacio de cuarenta días y cuarenta noches sobre Clara y sus padres.

—¡Qué horror! Y del canadiense ¿qué dice?

—Juró llamarlo *gringo*, quitarle la vereda, no saludarlo en la calle, pedirle el fuego y tirarle el cigarro y si aún no era bastante para hacerlo retirar de Buenos Aires, le echaría los perros y le haría gritar por los pillos: *Bayoneta Calada*.

No podía contener la risa. Se me figuraba ver al canadiense a la vanguardia de doscientas sabandijas, vendiendo periódicos y llamándole como decía el primo de Ricardo.

—¿Y tú qué piensas?

—Me he desencantado. Ahora sí que voy a leer la *Fisiología del Matrimonio* (7) por Balzac para desencantarme más.

—Es un absurdo que tal pienses.

—Al contrario. Verás que estudioso me pongo.

—A que no.

—A que sí.

—Explicame por qué le negaste a tu primo que eras tú quien había pegado la quinteta.

—Es muy sencillo, como habla por los cuatro costados, aumentaría el hecho que por sí es nulo, y tú ves las consecuencias que puede traer.

—Pero parece ser muy tu amigo.

—Lo cual no quiere decir que sea discreto.

—Tienes razón. Es tarde y me retiro. Luego nos veremos

—Sin falta pues estoy proyectando un golpe trágico.

—¡Ay mi querido Ricardo y tú me decías que era un *amor absoluto*!

—¡Ay mi querido amigo! y tú me decías que era un *amor relativo*.

—¿Tuve razón?

—¡Desgraciadamente!

—¿Estás ya consolado?

—Ni aún he tenido tiempo de entristecerme.

Y me retiré, admirando la serenidad de Ricardo y la perilla del negrito, que en manos de Darwin habría ocupado el sitio del misterioso eslabón que falta al ilustre inglés para convertirnos en monos degenerados.

III

¡24 de noviembre!

Dentro de breves días tendremos que presentarnos ante los jueces de la ciencia, a dar cuenta del jugo que hemos extraídos de esas frutas que se llaman *textos*.

Días que son el compendio de los recuerdos, de las esperanzas de las pasiones.

Días que tienen inefable encanto cuando han *pasado*; una nebulosidad indescifrable cuando están constituyendo *futuro*.

¡*Se acercan los exámenes!* Los placeres de la vida del estudiante se alejargan y envueltos por las brumas de la duda se miran con temor.

¡*24 de noviembre!* El portero y los bedeles elaboran en estos días su paciencia, para desplegarla con toda pompa el 1º de diciembre, ese verano de nuestra Universidad, que como el verano de los espacios, tiene también sus cantos, sus lamentos, sus risas y sollozos, sus flores y sus frutas.

Soy *estudiante*, lo que no implica el ser *estudioso*. Pero es 24 de noviembre y es necesario, por lo menos, revestirse de la aureola, tinte que debe caracterizar al que se presenta a *examen*.

Poco importa la profundidad.

¿Tenéis la aureola?

¿Habéis franqueado el abismo?

¿Os sobra la verbosidad?

¿Sois el mejor estudiante, porque sois el más estudioso?

La elocuencia está en relación con el caudal de conocimientos atesorados.

El examinador no se tomará en ese momento la molestia de averiguar si la elocuencia es la verbosidad.

¿Os preguntan *dónde estaba colocada la artillería en la batalla de Maratón?* (8)

Contestad sin inmutaros que en el ala derecha del ejército griego; que se portó muy bien; que hizo fuego por todos lados.

No importa el anacronismo.

El obstáculo está salvado.

La verbosidad es un puente admirable.

Cada sílaba es un pivote.

¿Se antoja al examinador averiguarnos *qué sucede con una avellana que se desprende de la rama que le dio la vida?*

Decidle que con el vertiginoso volar de los siglos se transformará en *antracita* o *litantrace*, cuyos colores y pesos específicos son tales o cuales.

¿Os dice que no?

Repetidle lo mismo que antes, pero hablad mucho, aunque digáis muchos disparates, que lo más que os puede suceder es salir *reprobado*.

Pero no es lo regular.

¿Os preguntan qué es *el alma?*

Decid señalando al corazón que es una cosa, ¡pero qué cosa! una cosa que no se puede definir bien.

Nada temáis que lo más que os puede suceder...

He aquí con qué monólogos me preparaba a dar examen.

Para evitar toda distracción de ciudad, había ido a pasar los días de *capilla* a San Fernando.

Allí, con los indispensables textos, me veía gradualmente *examinable*.

Todas las mañanas salía a dar un paseo por las barrancas que miran al Norte, las que cortadas por las aguas que han bajado por ellas serpenteando ostentan en sus simulacros de quebradas, algunos *talas*, *tunas* y *matas de buevo de gallo y camambú* (9).

Desde su cima distinguía la playa cubierta de sauces, de los que salía de cuando en cuando el triste piar de los *boyeros*, y donde suele oírse con placer el melancólico y armonioso trinar de la *calandria*.

Pero todas esas bellezas pasan casi inapercibidas para el que está en vísperas de examen.

En esos días es un placer consolador, en el que se dedica muy poco la inteligencia al juicio del cuadro.

El 24 de noviembre experimentaba como nunca el deseo de prolongar mi paseo. Pensaba en lo que sufriría en esos momentos Ricardo, pues muy pronto debían celebrarse las bodas de Clara con el canadiense.

Completamente abstraído veía pasar ante mi alma las imágenes de aquellos dos jóvenes que tuvieron el *Cauca* por Edén y la pureza desinteresada por guardián.

Durante ese tiempo vagaba de barranca en barranca tropezando con las espigas de los talas y sin interrumpir los juegos aéreos de las mariposas que me tocaban al pasar.

Después el paisaje cambió de aspecto.

Había andado por espacio de dos horas, en dirección del lado del crepúsculo.

Volví. Una fuerza desconocida me llamaba a la ciudad. En vano recapacitaba. ¿Qué necesidad tenía de ir? ¡24 de noviembre!...

Monté a caballo y dos horas después entraba en casa de Ricardo.

Se paseaba cabizbajo por el jardín.

—¿Has vuelto a la metafísica? —le pregunté sin saludarlo.

—¡Hoy se casa Clara! ¡infeliz!

—¿Y no era el primero?

—Se han apresurado, porque el canadiense anda medio tristón, y si continuán así, le quedará muy ancho el frac.

—¿Está hipocondríaco?

—Está... que sé yo cómo.

—¿Y tú? ¿cómo estás?

—Sin poderme resolver a olvidarla... Si vieras cómo he pasado este tiempo que has estado en San Fernando.

- ¿Y qué has hecho?
—Leer las poesías de *Cuenca* (10).
—¿Puedes explicarte algo?
—¡Oh sí! Hay dos versos admirables.
—¿Cuáles?
—*¡Siempre conserva por su Clara encono!*
—*¡Siempre conserva por su Clara amor!*
—¿Y el público? Es decir el juez supremo, ¿qué dice?
—¡Ay! Compañero! Nosotros pertenecemos al público y participamos de su opinión.
—Hasta luego.
—Sin falta a las once.
—A la inglesa.

IV

Dos tipos opuestos

Las amigas de Clara anhelaban el casamiento de ésta, desde el mismo día en que supieron que las intenciones del canadiense no eran solamente tener donde visitar.

Unas, porque deducían que el día de la boda habría baile y se divertirían mucho; otras, porque eran cristianas y siempre repetían aquello del Salvador: *Desea para los otros lo que desearías para ti*.

Otras, que querían tener una amiga acaudalada que las llevase a palco y a paseo y a diversiones de todo género; otras en fin, porque tenían la curiosidad de saber qué era tener una amiga casada.

Esos pobres corazones sólo latían a impulsos del figurín.

¡Perdónalos Señor, que no saben lo que hacen!

Las verdaderas amigas de Clara, que eran muy pocas, no deseaban su enlace con el canadiense, porque eran razonables, y reconocían por lo tanto que, aún cuando el corazón de este Señor, en apariencia, abrigara muy buenos sentimientos, aún cuando tuviera modales muy finos, un trato muy ameno un tipo de *buen* mozo y una corbata muy bien puesta, no era esto suficiente garantía para las consecuencias ulteriores.

No pretendían por esto rebajar sus méritos, sino solamente precaverse por ser el canadiense una persona sin antecedentes, para ellas y para todos.

Resolvieron, pues, no asistir a la boda, pero ¡oh curiosidad, a cuánto expones! no cumplieron su promesa llevadas por un innato instinto de ver el traje y joyas de la novia y el frac del canadiense que, por descuido o romanticismo, se lo había puesto con los faldones por delante.

Estaba muy ancho (el frac).

A las once en punto entraba yo con Ricardo al salón de la casa de Clara.

Si no me hubieran deslumbrado los brillantes en las muñecas y gargantas de las jóvenes, los rulos de las matronas, los encajes de todas y los guantes blancos, habría creído penetrar en una de esas glorietas de los bosques vírgenes, que la naturaleza forma en los trópicos con graciosos festones y guirnaldas de lianas entrelazadas con flores del aire, donde anida el colibrí y donde cantan el tordo y el sabiá (11).

Flores en las cornisas, en las cenefas, en las rinconeras, y al lado de las puertas y ventanas flores también.

En estas, ramos espléndidos que el canadiense había hecho armar para esa noche; en aquellas guirnaldas elegantes que una hábil mano había entrelazado, parodiando graciosamente las lianas tropicales.

Los diamantes rutilando entre aquella naturaleza pasajera semejaban gotas de rocío que las guirnaldas desprendían de sus lazos al contacto del hálito voluptuoso que les había formado atmósfera.

¡Ah! ¡Allí hasta el rocío era de piedra aquella noche!

—¡Clara! ¡Clara! ¡No insultes la opinión!

—¡Siempre conserva por su Clara encono!

—¡Siempre conserva por su Clara amor! —murmuró mi amigo.

—¿Qué tienes Ricardo?

—Es que no tengo *nada*.

—¡Pero el canadiense tiene *mucho*!

—Con su pan se lo coma.

—¡Consuélate hombre! Mejor es que la hayas conocido ahora y no después. Dentro de poco te oiré decir: *¡Siempre conserva por su Clara olvido!* *¡Siempre conserva al Canadiense horror!*

La mirada de Ricardo era vaga.

—Estoy turbado —me dijo— la vista se me nubla.

—Vamos al patio.

—No, vamos al comedor.

Tomó un vaso y dentro de él mezcló siete copas de diferentes líquidos alcohólicos, y se los bebió.

Destilados en su interior, los vapores subieron gradualmente.

Yo le había visto preparar escrupulosamente el medicamento, pero no me resolví a creer que fuera para él.

—Has hecho mal —le dije— pues para dar desenlace a este drama, debías estar sereno.

Ricardo alzó la mitad derecha del labio superior, guiñando simultáneamente el ojo del mismo lado y echando la cabeza hacia delante.

El licor había hecho su efecto.

Trató de estar lo más sereno posible, y se dirigió al salón.

—¿Qué tiene Ricardo? —preguntóle Clara con una sonrisa voluptuosamente lánguida y mirando al canadiense.

—Nada, Clara. ¿Y Ud.? —dijo arqueando el cuerpo hacia la izquierda, llevando rápidamente el pie derecho hacia atrás, y la mirada indefiniblemente vaga.

—¡Está alegre! —dijeron algunas niñas al verlo.

—No —les dije—, está demasiado triste para que esto suceda.

—Si no es una indiscreción, me permitiría preguntarle qué trae en ese paquetito —dijo Clara a mi amigo.

Clara estaba sentada en un sofá al lado de la madre que reía a cada *gracia* del canadiense.

(¡Son tan graciosos en circunstancias tales!) y éste estaba en un sillón al lado de Clara.

Entonces Ricardo, al oír aquellas palabras de la mujer que había soñado, que había visto, que había amado y con la que había llegado a delirar, como invocando un poder sobrehumano, revistiose de una energía Satánica.

—Aquí tiene Ud. dos tipos eminentemente opuestos: *María*, que escribió Isaacs y que pertenece a Ud. y, las cartas que me escribió Ud. y que pertenecen al Señor.

—¡Ricardo! —exclamamos todos a una voz.

Si hubiéramos estado en la patria de Goethe, donde la fantasía es tan fecunda para esta clase de episodios sociales, hubiéramos dicho que al oír pronunciar el nombre de Ricardo por tantas voces y en tan alto tono, habrían salido los murciélagos de sus cavernas sombrías, que la salamandra había apagado el fuego de los recuerdos e interpretaciones y que el Brocken del Harz (12) había dejado proyectar en las nubes sombras de fuego —pero... estamos en Buenos Aires y no sucederá así; sólo diremos que Clara... se desmayó que la madre se desmayó y se le cayeron los rulos; que el canadiense se fijó por fin que los faldones de su frac los tenía por delante; que los más sensatos dijeron: ¡lo ha merecido!; que los insensatos dijeron: ¡qué lástima, se acabó la función! y que el lector dijo que esto se parecía al cuento de la *hormigueta*, pero en lo que todos estuvimos conformes fue en admitir que Ricardo tenía una... *alegría* de 7 copas de Padre y muy Señor mío:

Mientras iban a buscar médico, Clara abrió un ojo y viendo que la madre todavía estaba desmayada, lo cerró.

La madre de Clara abrió un ojo y viendo que Clara estaba desmayada, lo cerró también.

Pero como el médico no venía a darles a oler esencias especiales para el caso, ellas estaban muy contrariadas.

El canadiense que llevaba una violeta en el ojal del frac, se acercó a la futura mamita, pero dio la casualidad que la violeta se cayó en las narices de la señora, la que creyendo que era la esencia del médico, volvió en sí.

Clara hizo lo mismo.

Yo entre tanto tomé a Ricardo por el brazo y como se dice vulgarmente nos escabullimos como mejor pudimos, dejando que lo demás fuera asunto de los que quedaban.

Allí cerca había una botica.

Pedí un vaso, le eché algunas gotas de amoníaco y un momento después de beberlo Ricardo, estaba casi repuesto de su alegría.

Entonces le dirigí algunos reproches, por haber faltado de ese modo a su dignidad, esto es, devolviendo a Clara sus cartas de una manera tan poco decente.

V

Las consecuencias

Esa noche fuimos a dormir a un hotel, pues no faltaría algún herido en la tecla que tratara de buscar a Ricardo en su casa o en la mía.

No haría un minuto que estábamos sentados, cuando entró José.

—¡Hombre! Tú por aquí

—Cuando salían Uds. de la botica, salía yo de lo de Clara. Los vi, pero no quise apresurarme, ni correr para alcanzarlos, pues temía que fueran a creer que era alguno que los seguía con intención de pedirles una explicación.

—¿Se trata de eso?

—Y algo menos.

—Cuéntanos.

—El canadiense tenía las cartas en la mano, cuando Clara volvió en sí; —¡Calara! ¡Calara! ¡qué cartas están estos? —Unas cartas que yo escribí hará tiempos a una amiga, en las cuales le digo y le *demuestro*, casi matemáticamente, *cómo debía ser yo*. —¿Sí? —Sí, léalas —¡Oh! no; las tomo Ud. y las guarde. Toda la concurrencia ha admirado el ingenio de Clara y la *manga ancha* del canadiense, pues no debe suponerse que sea tan negado para no comprender qué es lo que esas cartas dicen.

—¿Y tú, porqué te has retirado?

—¿Yo? ¡porque dentro de media hora entraría el sacerdote a casarlos y ya comprendes que yo...!

—Sí, sí, ya entiendo.

—La quinteta no ha quedado bien terminada —dijo Ricardo.

En vez de *primero*, debió decir:

...Estarán *casi* enlazados
Por los vínculos sagrados
A más tardar el *veinticuatro*.

—Duerme, compañero, duerme, que aún conservas algunos volúmenes del vapor sutil.

VI

Conclusión

Han pasado nueve años.

Ya todos somos hombres de barba y peso.

—¿Quién es aquella que parece *señora*, por la majestad de su andar y la dignidad de su apostura? —pregunté ayer a José.

—Yo no la conozco.

—En su noble frente está impreso el sello de la resignación y del dolor.

—¡Hay tantas así!

—Su cabeza blanquea en canas.

—Y sin embargo parece joven.

Una especie de intermediario negro entre el hombre y el mono, y que en el vértice de su cuerpo llevaba una perilla angulosa; se acercó a ella.

—Señora Clara, dice su mamá que hoy la espera.

—¡José! ¡es Clara!

—¡Clara!

—No la he reconocido, ni he sabido de ella desde la noche en que se casó.

—La luna de miel la pasó entre flores, pero el canadiense se tomó hasta la miel de la luna. La miel fermenta y produce un licor alcohólico que llaman *hydromel* y al cual era muy afecto el canadiense, tan afecto, que a los tres meses de casado le dio un atracón fulminante que se lo llevó Judas.

—¡Pobre Clara!

—Que pobre, ni que pobre, si tiene más...

—Ahora eres tú el *material*. ¿Qué le importa la fortuna, si le faltó el amor del alma, y ni aún le queda el consuelo de decir: *tengo un hijo*, esa suprema delicia de las madres?

—Tienes razón. ¿Y Ricardo?

—Ricardo ha estudiado la ciencia que da la vida y diariamente administra consuelos.

—¿Ha olvidado a Clara?

—Si es que puede llamarse olvido: el repetir todas las mañanas al despertar:

¡Siempre conserva por su Clara encono!

¡Siempre conserva por su Clara amor!

2. ¡UMBRA! (*La Nación*, 18 de agosto, 1878)

¿Quién es aquél que envuelto en su manto y en el de las tinieblas de una noche silenciosa, se os acerca, transeúnte inesperado, y con voz benévola os da las "buenas noches"?

No lo sabéis, a buen seguro; pero como su saludo no puede ser más cordial, respondéis con igual benevolencia "páselas Ud. muy bien".

Tratáis de continuar vuestro camino, lo que él no os permite verificar, despertando así en vuestro espíritu una sospecha, infundada, tal vez, porque lo único que desea es entablar un diálogo.

—¿Tiene Ud. hijos? —pregunta condolido.

—Sí señor; ¿y Ud.?

—También... ¡pobrecitos! y ¡se mueren de hambre!

—¡De hambre! ¡qué horror! ¡cuánto lo lamento!

—Yo lo lamento más, porque soy su padre.

—Tiene Ud. razón; pero, por lo mismo trabajará para llevarles pan.

—Ah... es la verdad, pero mi trabajo no me da lo suficiente.

—Comprendo, comprendo... aquí tiene Ud. esto que...

—No señor, mil gracias, yo no acepto una limosna.

—¡Pero hombre! ¿qué quiere Ud...? esto no es una limosna.

—Bien está, pero Ud. tiene fortuna; Ud. acaba de ganar al juego una fuerte suma, y sería verdaderamente un cargo de conciencia para Ud. si con ese dinero....

—Eso es demasiado: tome Ud., si quiere, y si no, déjeme tranquilo.

—No se altere Ud., caballero; yo no soy impertinente, soy un hombre de principios.

—Se conoce, sí; sí... —le insinuáis con ironía: pero en vano tratáis de alejaros de su presencia —no podéis conseguirlo, porque una fuerza sobrenatural os mantiene clavado en el sitio. Tratáis de examinar los ojos de aquel hombre que os habla con toda la calma del que se escucha a sí mismo y con toda sorpresa descubrir que no tiene ojos. Un ciego, evidentemente, no puede infundir temores y, como por una fatalidad habéis olvidado el arma defensiva que usáis siempre como símbolo de vuestros sentimientos humanitarios, el valor se os rehabilita con aquello que habéis descubierto y tratáis de alejaros nuevamente, pero... es imposible.

Vuestra tentativa no ha pasado inapercibida, porque el ciego os apunta con una pistola, cuya bala, dado el caso natural que salga del cañón, os va levantar la tapa de los sesos.

Que sois valiente, nadie lo duda, pero no hay testigos, y si no hacéis esfuerzo de defensa y de ataque es porque no tenéis armas, de lo contrario... ¡pero qué! ¿acaso podrían ellas bastar, cuando después de una nueva pesquisa observáis que aquel hombre no tiene cara, ni cabeza, ni brazos y que, sin embargo, os habla y os amenaza?

—¡Bah! esto es un sueño, y por lo tanto puedo entregarle mi bolsillo seguro de hallarlo cuando despierte —y al pensar tales cosas, le entregáis el bolsillo. La influencia sobrenatural y la de la pistola desaparecen, junto con algunos miles que la buena fortuna os había deparado para aumentar vuestro capital.

¿Os ha abandonado por esto aquel fantasma aterrador?

De ningún modo, y si antes trataba de robaros, ahora os invita, con iguales argumentos, a que le acompañéis a la Casa de Justicia, para probaros, delante del jefe de aquel Departamento, que no sólo no os ha robado, sino que os ha hecho un beneficio, al mismo tiempo que a la humanidad.

Una sospecha, que por fin se convierte en certeza de que no estáis soñando, para lo cual ayuda mucho la falta que notáis de vuestro dinero y lo desatinado de las últimas palabras, os obliga a seguirle con gusto, porque así recobraréis lo que os importa no perder.

Durante el camino, corto por cierto, os agrada tanto su conversación amena; hay tanta delicadeza en sus pensamientos, que quedáis encantado de aquel hombre sin ojos, sin cara y sin cabeza.

* * *

Llegáis a la Policía y todos los guardas os ven entrar en compañía de un embozado; pedís una audiencia al Jefe, y éste os la concede.

—¿Qué se ofrece, señores? —dice el Jefe un tanto receloso, pues el individuo sin cara no se desemboza en su presencia.

—Señor —decís— este hombre acaba de robarme una fuerte suma y...

—Y Ud. ¿por qué se ha dejado robar? —preguntó el Jefe.

—Porque yo iba desarmado y él me argumentó con una pistola... pero no he pretendido traerle aquí, ha sido él mismo quien me ha invitado a ello para probarme, delante de V. S. que no solamente no me ha robado, sino que me ha hecho un beneficio, al mismo tiempo que a la humanidad.

—¿Es eso cierto?

—Es cierto.

—Veamos; pruébenoslo, entonces. Ello es original por su naturaleza y aunque ya presiento el resultado, conviene prevenirse para los casos ulte-

riores. Y ahí está, firme e inmóvil, como si la persuasión de la justicia que le asiste le hubiera transformado en estatua.

—No he robado a Ud. su dinero, porque Ud. mismo me lo ha entregado, y aunque es verdad que me he valido de una pistola para llevar el convencimiento a su espíritu, esto no ha sido sino un accidente pasajero, pues bien sabía que Ud. abrigaba la firme intención de entregármelo, sin que yo se lo pidiera...

—Ya comprendo, vamos a asentar esta partida en el libro de entradas —dice el Jefe—, ¿cómo es su nombre?

—Se engaña Ud., señor Jefe; no diré mi nombre hasta haber probado lo que antes me he propuesto.

—Está probado suficientemente; descúbrase Ud. el rostro.

—No, señor; no me descubriré, pues he venido por mi voluntad, y precisamente por esto no se me puede tratar de esa manera.

Y el Jefe, y todos los presentes, muchos de los cuales han sido atraídos por la novedad de la teoría, proceden a desembozar a aquel loco o audaz, que una de las dos cosas tiene que ser por fuerza.

El Jefe mismo le quita el sombrero y observa que dentro de él no se halla una cabeza, tal cual si se tratara del simple escamoteo de una ciruela.

La capa, cuya forma, cuyos pliegues revelan estar colocada sobre hombros humanos... no la está, aquella capa parece cubrir un cuerpo imaginario.

Pantalones, zapatos... todo está desprovisto de las respectivas partes cuyas formas revelan pero que no cubren.

—Ud. está loco, os dice el Jefe irritado, ¿dónde está el hombre? ¿quién le ha visto?

—Disculpe V. S., pero si no me engaño, V. S. le ha interrogado y ha oído sus respuestas. Si yo estuviera loco, tal vez habría traído una percha con ropa colgada en ella, pero aquí no hay semejante percha; lo que hay es un misterio que necesita aclararse. Mi posición social, mi influencia política, mi seriedad, no me permiten tales chanzas, y si el individuo es un prestidigitador, podrá escamotear un bolsillo, quizá una cabeza... pero no todo un cuerpo. Al Medoro (1) moderno no se le roba el caballo que a la sazón cabalga, sin que lo sienta, ni se aperciba de ello.

—Tiene Ud. razón, y pídole mil disculpas si me he precipitado en las expresiones; aquí hay un misterio y procuraremos tomarle los hilos. Por lo pronto el hecho es que le han robado el dinero. Lo demás corre de mi cuenta. Estas ropas servirán de guía.

—Buenas noches, señor Jefe.

—Buenas noches, caballero.

Y os retiráis pensando que al fin ha sido un bien porque habíais ganado aquel dinero al juego. Capital que entra sin trabajo, fácilmente vuela. ¿Quién sabe lo que hubierais hecho de él? Pocas veces lo utilizáis para limosnas, y mientras las cataratas de monedas brillantes se precipitan en vuestro tesoro, los pobrecitos que os interceptan el paso pidiendo con la lágrima del niño el pan del hambre, molestan vuestra vista deslumbrada por los esplendores del metal.

Una nueva aurora brilla en el horizonte de vuestro espíritu. Sentís en el alma una noche sin estrellas y el corazón os palpita en la nueva mañana de vuestra vida. Algo tibio resbala en la mejilla al recibir la caricia del hijo de vuestro corazón, cuando bañado el rostro en promesas de honradez y sonriendo como el boceto de una futura conciencia de dignidad humana, se os acerca después de una larga noche de lágrimas, derramadas por el padre ausente.

Un nuevo escenario se presenta a vuestro espíritu, rico en emociones latentes, y el recuerdo de la noche pasada levanta las imágenes risueñas del porvenir, como la estrella que se destaca en el fondo del firmamento infinito.

Os han robado un bolsillo ¡qué importa! Os han devuelto el hogar.

¡Pero el misterio! El misterio de aquella entrevista os roe la inteligencia. No creéis en espíritus, y sin embargo, aquella aparición fatal os persigue noche y día.

Pasáis revista de los medios extraordinarios de la ciencia y del arte; recorréis el pasado y el presente; investigáis el altar sagrado de la Naturaleza y en su cáliz encontráis las leyes eternas, como si se hubieran reunido para demostraros que ni la ciencia, ni el arte, ni el pasado, ni el presente, encierran un solo fenómeno que no sea natural.

¿Habéis soñado acaso? No, tenéis evidencia del hecho.

* * *

Los pueblos, en su infancia, contemplaron absortos el espectáculo siempre variado de la Naturaleza, pero incapaces de alcanzar el Código de leyes naturales, última etapa del pensamiento humano, crearon mil agentes invisibles a los cuales revistieron de atributos tan numerosos como los efectos que presenciaban, y obedeciendo en un principio al estímulo simple de las sensación, conservaron las imágenes, cuya influencia obró fatalmente en los progresos de su espíritu.

Los cielos, el agua y la tierra, el bosque, el aire y la cabaña, la cuna y la tumba, se poblaron de genios benéficos o terroríficos, —*un espíritu alado*

llevaba la estrella de oriente a poniente—; hechiceras figuras levantaban la espuma del arroyo, gemían en la catarata, cantaban en la fuente, flotaban en la honda amarga; —*extrañas creaciones golpeaban la roca, quebraban el suelo, mugían en el volcán*—; sombras fugitivas perfumaban las flores, arrancaban la hoja, estimulaban la yema; suaves contornos lanzaban el aura, enviaban las brisas; genios protectores velaban la cabaña, e inclinándose sobre el rostro del niño dormido y pendiente del seno materno, le dibujaban la primera sonrisa; —y cuando toda la actividad humana quedaba suspendida en el momento supremo, una forma aterradora, más presentida que vista, derramaba sus lágrimas en el montón informe que señalaba el sepulcro.

Y cuando el hombre hubo adquirido un rico caudal de imágenes, cuando las hubo comparado tendiendo a la unidad, que vislumbraba, miró a los cielos para buscar su ley. Pero esta ley fugitiva, intangible, inaccesible para su poder limitado, estimuló el crisol de la fantasía, y por eso entre inúmeros pueblos, vemos a los Caldeos que

[...] espiaban las estrellas
hasta poblarlas de brillantes seres
como los rayos que emanaban de ellas¹ (2)

Las sílfides, las ondinas, las náyades, los ogros, las walkiries, los goblins (3), los kraken (4), los kobold (5) y el hualichu (6), en falange cerrada, con el resto de la serie, no son sino los gritos de la infancia del hombre, que admira cuanto ve porque lo ignora en su naturaleza.

¡Imágenes incomparables, por cierto; cuna de la poesía, fuente inagotable de emociones, chispa del sentimiento, altar glorioso que se derrumba con la ciencia!

¡Levanta, Newton la manzana!; también tu pensamiento obedece a la atracción.

Ya estamos agobiados en medio del camino. La infinita naturaleza no ha secado aún la fuente de la verdad. Todavía brotan perlas en el fondo de un mar no conocido. Todavía la fuerza tiene formas no medidas. Todavía, “espera el éter su legislador”. Todavía hay estrellas más allá del invisible. Todavía hay un cerebro en nuestro cráneo que pide una balanza y un compás!...

Ya estamos agobiados en medio del camino.

¹ Byron, *Childe Harold* (nota del autor).

Ya estalla nuestro espíritu ante el cúmulo prodigioso de verdades positivas, que sólo sirven para demostrarnos la ignorancia, para revelarnos cuán lejos estamos de la completa posesión de la verdad.

Ya no queremos saber más; porque nuestros horizontes se ilimitan en razón directa de nuestra aproximación a su límite probable de un momento.

Ahora queremos volver a nuestra infancia.

Tenemos la firme voluntad de ser Caldeos.

Romperemos los reflectores que nos aproximan dos leguas a la luna; derretiremos ese cristal sublime que nos muestra la primera forma de nuestro ser; quebraremos, indignados, el prisma maravilloso, que cual un reactivo inimitable, derrama gota a gota en la retina del químico la atmósfera del Sol, observaremos con cartuchos la nebulosa de Orión, pintaremos cuneiformes, cinocéfalos, escarabajos en los muros de nuestras ciudades, reemplazaremos la locomotora por el pollino, el teléfono por el incendio; la fotografía por el carbón... nada importa semejante pérdida, porque una doctrina tan antigua como la infancia del hombre, viene hoy a demostrarnos matemáticamente que hay fuerza sin materia, que hay inteligencia sin cerebro, que hay alma sin cuerpo.

El espiritismo es una verdad positiva.

Con más o menos esfuerzo de voluntad se llama un espíritu.

Tiene una forma, tiene una inteligencia, tiene una fuerza, tiene una voluntad y un sentimiento.

Obediente a nuestra orden, nos habla por un dinamismo especial, de lo que hay más allá del sepulcro. Nos revela las delicias de las eternas letanías, nos llama al seno de la gloria infinita y subyugados por el anhelo supremo de tanta bienaventuranza, levantamos violentamente la tapa de nuestro cráneo y el ceso se derrama con la vida.

Más aún. Los espíritus pueden manifestarse, haciéndose visibles.

Más aún. ¡Los espíritus pueden manifestarse como potencia dinámica!

* * *

Al llegar aquí no podéis menos de experimentar una justa sorpresa.

Desaparecen de pronto vuestras dudas, como la noche al resplandor de la Aurora. Al fin comprendéis el misterio aquel extraño personaje que os invitó a entregarle el bolsillo y que, convenciéndoos con una pistola, lo tomó de vuestras manos.

Si un espíritu es capaz de manifestaciones dinámicas ¿por qué no ha de poder colocarse un sombrero en la cabeza, un par de pantalones, zapatos y capa, llevar una pistola y quedarse con un bolsillo, acompañaros conver-

sando amablemente y explicarse con palabras claras en presencia de un Jefe de Policía?

¿No habéis oído decir que hay espíritus malignos, y que esos espíritus pueden ponerse al servicio de vivos, más malignos aún?

Inspirados en estas ideas, corréis a ver al Jefe de Policía. En pocas palabras le comunicáis los resultados de vuestras pesquisas; pero el Jefe os mira sorprendido.

—No sé de qué se trata, caballero...

—Pero señor, en el Libro de entradas, V. S. mismo consignó una partida... número 1.789.

—Veamos... es verdad y dice así, después del número: X. X. argentino, 60 años, ciego y mudo, se le trajo por no saber su domicilio, al Asilo —ya ve Ud. que no es posible.

—Pero las ropas.

—Jamás he tenido conocimiento de ello.

Y os retiráis más sorprendido aún.

¿Qué ha pasado, entonces?

Convenceos de una vez, lo habéis soñado.

¿Soñado? Bien ¿y el bolsillo?

Sí, ¿Y dónde está el bolsillo? Soñando también lo habréis ganado.

Os dais un fuerte golpe en la frente con la palma de la mano. ¡Lo habéis soñado!

Vuestra preocupación no ha sido estéril, sin embargo.

Brilla un nuevo sol en vuestro corazón. Os habéis reconocido en el fondo de vuestra conciencia. ¡Estáis transfigurado!

3. OLGA (*La Nación*, 1 de septiembre, 1878)¹

Ninguna felicidad comparable a la del hoy Profesor Tobías Craks, cuando sentado en su gabinete, después de almorzar, fumaba tranquilamente en su pipa colosal con boquilla de ámbar, y veía levantarse las nubes de humo, formando anillos, espirales, cirros, cúmulos, nimbos... y en el recipiente relámpagos y crepitaciones; en una palabra; todos los fenómenos de que con tanto entusiasmo se ocupan los meteorologistas modernos.

Parecía entonces que no han estado tan lejos de la verdad los filósofos que han denominado *microcosmos* o *pequeño mundo* al hombre, pues si con sólo quemar una miserable cantidad de tabaco puede imitar las maravillas que han dado origen a los más grandes, así como a los más estúpidos conceptos, razón tienen también algunos para suponer que la génesis del mundo, en sus más difíciles complicaciones, se encuentra encerrada en los estrechos límites de unas pocas fórmulas químicas, leyes inviolables, cuya expresión experimental podemos obtener a cada instante.

Sus ideas, a este respecto, no vacilaban en lo mínimo.

Tenía una concepción profunda de la universalidad y eternidad de las leyes naturales, y hubiera preferido ceder su expresivo nombre, antes de ceder un palmo del terreno que pisaba como pensador.

Lacordaire (1) decía: "La fe es un misterio de la voluntad, en el que para nada interviene la inteligencia"; y Craks parodiándole, exclamaba: "El gusto por el tabaco es un misterio de la inteligencia, en el que para nada interviene la fe".

Si esto es comprensible, sintetiza las opiniones de Craks.

Y fumaba siempre a la misma hora, con la misma pipa, y pensaba siempre lo mismo respecto del tabaco y de las leyes naturales.

Y si hemos dicho que no había para él felicidad comparable con aquella, es porque no puede haber felicidad más grande, para un hombre que piensa, que la de disponer siquiera de una hora absolutamente libre para pensar en lo que mejor le cuadre. En esa hora no hubiera exclamado con Keats (2):

¹ El autor dedica este ensayo literario a su amigo Eduardo Aguirre, Profesor de Mineralogía en la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas de Buenos Aires.

[...] El pensamiento,
tremenda concepción del aislamiento².

Discípulo de Moleschott (3), bendecía aquella fosforescencia de su cerebro.

Tobías Craks era un hombre como de cincuenta y cuatro años, bien formado, aunque su espalda se encorvaba ya, más por la costumbre de estar siempre inclinado, que por la edad. Su rostro largo, frente espaciosísima, cabeza bastante calva, orejas finas y adaptadas maravillosamente a recibir los sonidos más difusos, nariz aguileña y afilada, ojos penetrantes y boca movable, formaban un conjunto típico, de esos que revelan al conocedor el hombre que trabaja con los elementos del mundo externo y del mundo interno, en una palabra, el naturalista filósofo.

Dos cristales convexos cabalgaban por un vínculo de acero sobre su nariz, y cuando el Sr. Craks se hallaba ocupado en alguno de sus experimentos favoritos, o explicaba un descubrimiento reciente a sus amigos, diríase que aquellos cristales eran insignes jinetes, incapaces de desviarse sólo un milímetro del punto a que se habían adaptado en su cabalgadura desde luengos años, pero era tal la movilidad de Tobías Craks en estos casos, tan apasionado y vehemente se mostraba, y eran tan variadas las convulsiones y sacudidas que se producían en su nariz, que aquella comparación se presentaba al espíritu como la más lógica y racional de cuantas comparaciones pueden elaborarse en un cerebro.

Después de recibir una educación brillante en las principales universidades, Craks se había retirado a su ciudad natal, Leipzig, donde merced a un modesto patrimonio, vivía lejos de la más atroz preocupación para un hombre de ciencia; trabajar, para comer, en asuntos ajenos a sus investigaciones.

En su morada tranquila, el estudio de los minerales absorbía las mejores horas de su vida, porque había llegado a comprender que, antes de lanzarse a las altas complicaciones de los organismos vivos, y por lo tanto mudables, es necesario conocer a fondo los seres que no varían, y que por consiguiente, permiten llegar a resultados más positivos "casi absolutos", según su expresión propia.

La casa de Craks se hallaba situada cerca de Johanna Park y del Jardín Botánico, donde solía pasear acompañado de su esposa y de su hija Olga,

² "[...] The thought

The dreadful feel of solitude" (*nota del autor*).

hermosa niña de ojos celestes como el Lápiz-lázuli y cabello rubio como la Flor de azufre —de tinte tan característico, que algunos estudiantes, gente siempre dispuesta a las comparaciones expresivas atribuían a reacciones químicas por vía seca. Decían ellos, de cuando en cuando, que los ojos de Olga eran dos perlas de óxido de cobalto que Craks había formado en un alambre de Platino, fundiendo sal de fósforo con la llama de reducción provocada por el soplete, y que su hermosa cabellera rubia era el sublimado producido después de tostar una pirita.

Estas expresiones metafóricas no llegaban jamás a oídos de la familia de Craks, pero Tobías, que no veía en ellas sino una verdad modificada literariamente, con la cual se deseaba dar a entender el efecto producido en todos por la hermosa niña, guardaba el secreto, para gozar él solo en la paternal contemplación de su hija. Había algo de egoísmo en ello, pero no por esto ocultaba su tesoro, que de cuando en cuando acompañaba a su padre por las avenidas irregulares de Johanna Park.

Respecto de sus manifestaciones intelectuales Craks procedía de muy diverso modo.

Las Revistas científicas jamás habían consignado en sus páginas una sola producción de Craks, mientras que los numerosos mineralogistas alemanes y extranjeros con quienes mantenía relaciones e intercambio de ejemplares, habían manifestado, más de una vez, su sorpresa respecto de aquel silencio, que no podía atribuirse a ignorancia, porque el nombre de Craks era ya célebre para todos los que conocían sus profundos alcances en la ciencia de Werner (4) y Haüy (5).

¿Era aquello un misterio?

¿Era modestia por parte del sabio?

Imposible.

El hombre de ciencia que publica sus investigaciones es movido por numerosos resortes.

¿La gloria?

Tal vez.

Pero hay glorias más brillantes y que más deslumbran a la humanidad, no obstante poderse adquirir con menos dificultades que la gloria científica. El móvil más poderoso es el anhelo supremo de conocer la verdad, única estrella que la guía, único amigo que no le miente, única esperanza que no se evapora, única fortuna que no se pierde. ¿Y cómo obtenerla? ¿No estamos persuadidos de la relatividad de convicción adquirida por nuestros sentidos? Así pues, cuanto mayor sea el número de inteligencias dedicadas a investigar una misma cuestión, mayor evidencia podremos tener de habernos aproximados a la verdad, si la opinión última es uniforme. Por

eso, aun cuando no hayamos agotado los puntos accesibles de su tema, conviene publicar que los resultados obtenidos, para que se multipliquen los observadores, y así, dividido el trabajo, podamos llegar más pronto a una solución.

Así opinaba Tobías Craks, y opinaba bien.

Y sin embargo, ¿por qué no publicaba?

Razón muy poderosa debía mediar para oponerse así al profundo deseo manifestado por todas las cabezas que en Alemania piensan, piensan y piensan.

Nada existe más penetrante que la curiosidad de los sabios estimulada. Toma entonces todas las formas. Se aumenta, disminuye, se pliega, se estira, se alarga, se acorta, se funde, se concentra, se evapora, se sublima, se metaliza... se asemeja, en fin, al Proteo de la fábula, susceptible de pasar en un instante por todas las metamorfosis posibles e imposibles.

Ni las insinuaciones más amistosas, ni los reproches, nada podía obligar a Tobías Craks a escribir cuatro líneas y darlas a la stampa.

Los sabios se preocuparon entonces de investigar el origen de aquel silencio y prometieron descubrirlo.

* * *

Cierto día, Craks recibió una noticia que vino a modificar en parte su régimen normal de vida.

La colección del *Augusteum* de Leipzig acababa de aumentar considerablemente, porque un viajero le había hecho, desde Ceilán, un magnífico envío de minerales.

Entre los numerosos rubíes y otras piedras preciosas que formaban una parte de ella, se encontró una desconocida.

Era un pequeño octaedro perfecto, del sistema cúbico, de un peso específico igual a tres, de un brillo adamantino y transparente. Su color era indefinible: una veces azul como el Zafiro, otras iridiscente como el Ópalo; mirado de cierto modo tomaba el tinte amarillento del Topacio, y variando las posiciones, el verde de la Esmeralda, o el acarminado del Rubí o el violeta de la Amatista; a veces parecía incoloro, brillando entonces como el Carbunclo de los Cuentos Árabes.

¿Qué era aquello?

Nadie lo sabía.

La ciencia alemana detuvo un momento sus vertiginosos progreso para contemplar la maravilla oriental.

Todos los periódicos científicos, literarios y políticos dedicaron a la nueva especie preciosos artículos; numerosas fantasías vieron la luz pública; los pintores agotaron los recursos de su paleta, sin poder interpretar, empero, el juego, maravilloso de sus luces; los caricaturistas adornaron la efígie del octaedro con cientos de brazos, que representaban otras tantas individualidades cromáticas; los músicos escribieron delicados nocturnos que bautizaron con nombres más delicados aún; la misma corte imperial hubo de preocuparse un instante de aquella joya sin precio, cuya fama circuló por el mundo como uno de los acontecimientos más notables y de más trascendencia en la marcha de la humanidad. Numerosas descripciones fueron publicadas en todos los idiomas...

¡Nadie la conocía!

Como todos los entusiasmos, el entusiasmo por la nueva piedra comenzó a calmar, por lo menos en Alemania, cuando he aquí que alguien manifestó que no había sido bautizada aún.

Una chispa en un polvorín.

¡Olvidarse de dar nombre a una especie nueva en la tierra de las sinonimias! ¡Descuido imperdonable!

En apariencia, nada más fácil que designarla con cualquier nombre, pero ¿cuál se escogería? ¿Cuál podría significar significativamente su belleza incomparable?

De todas partes llovieron por docenas, por centenares, por miles.

Uno decía *Policromita* (muchos colores), *Wilhelmita* por el Emperador, éste *Leipzigita*, aquél *Augusteumlita*... en fin, *Deutschlandita*, *Alemanita*, *Ceilanita*, *Glorita*, *Victorita*, *Neolita*, *Engelmannita*... todo se agotó... y hasta un modesto estudiante propuso se la diera el simple y dulce nombre de *Olga*. Por cierto que nadie insinuó el nombre del descubridor.

Craks, entretanto, seguía con fervor las evoluciones de la opinión relativa a la piedra, y su complacencia se acentuaba tanto más, cuanto mayor iba siendo el olvido lamentable que se hacía de la composición química y de la dureza específica del mineral.

Dicese que un célebre estadígrafo de Baviera publicó un trazado gráfico del entusiasmo alemán, con motivo de la curiosa especie nueva, en el día mismo que la curva llegaba al cero.

* * *

Había pasado algún tiempo desde la *llegada* de la piedra, cuando se recibió en Leipzig una entrega del *Mineralogical Journal*, publicación de Londres.

Una parte de su contenido estalló en Leipzig como una bomba, pero sus fragmentos esparcidos hirieron a muchos alemanes que no estaban en Leipzig.

En esta entrega se leía un artículo conciso, valiente, y lo que es peor, razonable. Decía así:

El nuevo mineral

La colección del Augusteum de Leipzig acaba de aumentarse por la adquisición de una de las piedras más hermosas (dice *glorious* el original) que *no* se conocen. Hemos leído las más pomposas descripciones de sus caracteres. La fantasía alemana se ha complacido en presentárnosla bajo todos sus aspectos... menos dos: *Composición química* y *Dureza específica*. Antes de conocer ambas, es inútil decir una palabra más sobre ella. Entretanto, acaba de establecerse aquí (Londres) una nueva compañía, con el fin de obtener en Ceilán otros ejemplares.

¿Quién se atrevería a hacer el análisis de aquel mineral *glorioso*?

¿Quién a rayarlo ignominiosamente para conocer su dureza?

Aquel mismo día se vio a Craks corriendo desafortadamente por la calle de Pleissen, cruzar la plaza del Rey, penetrar en la ciudad vieja, doblar por la calle de Schiller y entrar gritando en el Augusteum:

—No hagáis eso; sería un crimen, la ciencia tiene mil medios ocultos para llegar al mismo resultado.

Algunos estudiantes y profesores se acercaron a él y trataron de averiguar el origen de su alteración.

No habían leído aún el periódico inglés.

—¡Cómo! —dijo Tobías tranquilizándose— ¿ignoran Uds. lo que pasa?

—Absolutamente.

—Pues bien —agregó, sacando de uno de los bolsillos abismos de su sobretodo color café la entrega del *Mineralogical Journal*— aquí tienen Uds. la prueba del delito. Sólo Inglaterra era capaz de esta infamia.

—No lo creo —observó el Profesor de Mineralogía, después de leer el artículo—, lo que aquí se dice es una verdad contundente, y me felicito de que la Inglaterra me haga este reproche, porque no pasará un solo día sin que haya reconocido ambas cosas.

Los anteojos de Craks hicieron un respingue sublime. Por primera vez en su vida se acordó de que su apellido era una onomatopeya del ruido que produce un esqueleto al fracturarse bajo la potente tracción del *Boa constrictor*.

Iba a contestar, cuando un individuo se acercó, sombrero en mano, a uno de los presentes.

Tenía un telegrama.

Al desplegarlo y ver la firma, todos se descubrieron la cabeza: era del Emperador mismo y decía así:

"El nuevo mineral adornará la corona de Alemania".

—¡Viva el Emperador! —vociferó Craks.

Y dando mil brincos de júbilo, agregó con aire triunfal:

—¿Quién se atrevería a rayarlo ahora?

* * *

Aquel incidente y las últimas palabras de Tobías Craks corrieron de boca en boca y de diario en diario, hasta los últimos confines del periodismo.

El estadígrafo de Baviera comenzó una nueva curva.

¿Qué motivo tan especial y poderoso tenía Craks para no desear se conociera un carácter de tanta importancia como la dureza específica del mineral?

¿Por qué no había recordado siquiera la composición química, más importante aún, y se encarnizaba, por decirlo así, con la dureza?

Una sospecha, que poco a poco iba tomando un carácter de certeza, brilló por fin en el velo de dudas que agitaban a los mineralogistas. Comparando todas las piezas de la correspondencia de Craks, se encontró en ellas un conjunto brillante de descripciones. Minerales que muchas veces no podían clasificarse, eran determinados por Tobías con sólo dirigirles un dardo de fuego; el brillo interpretado por él se animaba de extraordinarios fulgores; los innúmeros matices se definían con una precisión matemática; la estructura se organizaba por decirlo así, para facilitar su comprensión estricta; la composición elemental se escribía por sí sola en el fondo de los tubos de ensayo; numerosos pesones inventados por él anunciaban la densidad en medio minuto; lo impalpable se personificaba... en una palabra ¿quién se hubiera atrevido a discutir con él un solo punto, por insignificante que fuera, relativo a la ciencia de su predilección?

Había uno, sin embargo, sobre el cual guardaba siempre el más absoluto silencio; era la dureza específica. Jamás había dado respuesta sobre este carácter cuando alguno de sus amigos consultaba su opinión, en caso de duda.

Todos estos datos reunidos, permitieron deducir, en última síntesis, que la causa, por la cual Tobías Craks no había publicado jamás una sola línea,

estaba relacionada con la dureza específica de los minerales, única y exclusivamente.

Sabiendo ya a qué atenerse, era más fácil vencer las resistencias.

* * *

Entretanto, se acababa de descubrir una nueva propiedad en el mineral sin nombre.

Sometido a una ligera presión, se iluminaba instantáneamente, produciendo en la oscuridad una luz de luna, fosforescente, delicada y pasajera.

¿Podía esta nueva propiedad tener algún vínculo con su dureza o composición?

Craks opinaba que con esta última sí, pero callaba con respecto a la primera.

—Puede contener fósforo —dijo— pero no todos los minerales fosforescentes lo contienen. Debemos resignarnos a ignorar su composición hasta que se encuentre otro ejemplar, porque una piedra que debe brillar en la frente del emperador de Alemania en las grandes ceremonias, ni puede ser rayada, ni menos deformada para averiguar de qué se compone. ¿De dónde sabemos si este mineral tiene el mismo carácter que las lágrimas del Príncipe Ruperto, que se pulverizan no bien se les secuestra una partícula mínima?

Aquellas palabras produjeron el efecto que Tobías se había propuesto.

El estadígrafo de Baviera volvió a cerrar la curva del entusiasmo en el cero.

* * *

Pero el siglo XIX no es el siglo de las vacilaciones ni de los términos medios.

Todos los espíritus quiebran lanzas en este gran torneo de la inteligencia, cuyo éxito no es difícil conjeturar. Los combatientes infatigables darán al próximo siglo la corona inmortal de la verdad, y aunque sus hojas se marchiten al contacto del capricho, reverdecen de siglo en siglo hasta volverse inmarcesibles.

Ninguna sorpresa causa, pues, a los que participaban de estas ideas, la lectura de una fórmula publicada pocos días después en uno de los diarios de Leipzig. Era ésta:

(x+Ph)

(firmaba Z)

—Así debe ser —dijo el Profesor de Mineralogía del Augusteum, mordiendo el labio inferior y escribiendo su renuncia, determinada por el telegrama imperial— *Pb* significa *Fósforo*, pero... cuál es el valor de *x*

¿Quién era el que firmaba? Craks no podía ser, pues había manifestado su opinión terminante al respecto. ¿Era una broma? Más tarde lo sabremos.

La curiosidad tuvo su agonía, pero lo que no agonizó tan pronto, fue la estupefacción causada al saber que un hombre de la competencia del profesor de Mineralogía del Augusteum acababa de presentar su renuncia indeclinable, a la Facultad correspondiente, en circunstancias como aquéllas.

El carácter de la renuncia no admitía dilaciones, de tal manera que fue aceptada sin discusión.

Por todas partes resonó entonces el nombre del más sabio mineralogista del siglo —y aquel nombre, repetido con entusiasmo, arrancó de su vida modesta al insigne Tobías Craks, que desde ese día ostentó a la faz del mundo sabio complacido su título de Profesor de Mineralogía en el Augusteum de Leipzig.

Por una especie de compensación, sin embargo, el apellido del profesor tenía un inconveniente. Era una onomatopeya demasiado viva. Su exagerada repetición dio origen a que un noticiero malicioso escribiese estas palabras:

“El nombramiento de un nuevo profesor de Mineralogía en el Augusteum, ha sido la causa de que, en el día de ayer, la ciudad de Leipzig pareciera un estanque lleno de ranas”.

—Estudiantes, estudiantes, —exclamó sonriendo el Profesor Craks, al propio tiempo que sus anteojos elaboraban una prolija cabriola sobre su nariz.

Desde el mismo día en que el Profesor se hizo cargo de la Cátedra de Mineralogía, observase un cambio notable en el método de enseñanza.

Él quería infundir en el espíritu de sus discípulos los mismos elementos de penetración que lo caracterizaba, y aunque es verdad que sólo uno de ellos pudo seguirle en su vuelo triunfal por las regiones a que se había remontado en su primera conferencia, todos comprendieron, sin embargo, no solamente la importancia de los elementos naturales de que iban a ocuparse, sino también y mucho más, de los medios empleados para facilitar su estudio, simplificándolo por los arranques de la imaginación.

—Se puede —decía el Profesor—, estudiar uno por uno los cuerpos minerales, apreciar sus caracteres físicos y químicos, con toda la exactitud posible, pero ¿sería esto bastante para constituir una ciencia? De ninguna manera. Los principios generales, las leyes a que obedecen los seres en sus

evoluciones, la expresión sintética de los efectos de su dinamismo propio, son el resultado de la imaginación. Ella es la que liga, la que vincula. La que forma un todo armónico de las partes aisladas.

En otra conferencia agregaba:

—No es posible concebir, en la economía general del Universo, que una cosa pueda ser dos o tres cosas a la vez; pero sí podemos alcanzar que, reconocida la multiplicidad de caracteres que un solo cuerpo puede presentar, según se le examine, no basta un carácter único para significarlo, porque el encadenamiento de los fenómenos, la unidad esencial a que obedecen manifiestamente, no existiría, si ellos estuvieran encerrados en su aislamiento, en su individualidad. Se funden, pues, como la luz en la sombra por la penumbra, como el sonido en el silencio por el alejamiento de la nota, como el amarillo en el azul por el verde; en una palabra, como todo lo que existe, por sus eslabones naturales.

Esto podía comprendérselo sin esfuerzo alguno, pero cuando el profesor estaba verdaderamente sublime, era cuando no se le comprendía.

Sus ojos bailaban entonces, detrás de los cristales, como dos ardillas; su nariz, tomaba el filo de una espada; las orejas parecían multiplicar sus depresiones por los juegos de la luz y del claro oscuro, el cabello se le erizaba, la boca producía todas las formas que el arte ha materializado en la caricatura... en fin, semejava un energúmeno.

Deseoso, sin embargo, de investigar, en tales casos, si sus palabras habían enseñado algo, preguntaba, a los estudiantes cuyos asientos estaban más próximos, si habían *alcanzado* y era regla general que la respuesta fuera un invariable *no*. En tales circunstancias atribuía aquella falta de comprensión a fenómenos subjetivos.

Perdido entre sus numerosos discípulos, había uno que se hacía notar por su silencio y más que todo por su atención.

Era un joven alto, de figura distinguida y modales de corte. Si el profesor Craks no hubiera considerado indigno el jurar, habría jurado haberlo visto siempre perdido entre las avenidas de Johanna Park. Ninguno más modesto en su trato con los profesores y con los compañeros, y sin embargo, se presentía algo superior en él. Había en su frente una severidad natural que se confundía con otras manifestaciones relativas de una lucha tenaz entre dos principios opuestos.

Tenía, en fin, la frente del republicano y la mirada del aristócrata.

La lucha de estas dos ideas se estereotipaba en las líneas de su semblante.

Jamás el Profesor Craks le había dirigido la palabra.

Jamás había manifestado una sola duda, cuando todas las fisonomías lo demostraban.

Y no era seguramente porque aquellos estudiantes no tuvieran talento —muchos de ellos glorifican hoy— era porque sólo él se había preocupado de estudiar el carácter íntimo del Profesor, en cuyas conferencias hallaba siempre un punto oscuro, que ejercía una influencia marcada en toda las enunciaciones de Craks. A semejanza de una Luciérnaga oculta entre las sombras y que traiciona su presencia destellando sobre las yerbas, aquel punto oscuro, permítaseme la comparación, irradiaba nieblas sobre todas las cuestiones, aun sobre aquellas menos complicadas, que constituyen la ciencia mineralógica.

¿Era involuntaria, o era premeditada aquella manera de expresarse, por parte del Profesor? He aquí lo que se resolvería, quizás más tarde.

Entretanto, el tiempo iba pasando y Craks, que veía llegar el momento fatal, se preparaba a hacerle frente con una resignación poco adaptable a la naturaleza de su carácter.

El momento llegó.

Los estudiantes, no ajenos a lo que algunos opinaban respecto de la causa por la cual Tobías Craks no publicaba nada, acudieron al salón de clase, cierto día, con la firme intención de *alcanzar* al profesor, aunque rodeara sus palabras de huracanes y de tormentas.

A la hora reglamentaria, el Profesor ocupaba su asiento. Un silencio sepulcral reinaba en el recinto.

—Saben Uds., señores —dijo el Profesor visiblemente turbado— que los minerales no tienen todos igual dureza, y que puede reconocerse la respectiva a cada uno de ellos por la mayor o menor resistencia que oponen a ser rayados por los otros.

Los estudiantes, sorprendidos al escuchar aquellas palabras, pues creían que el Profesor pasaría por alto la cuestión relativa a la dureza específica, o la rodearía de mil expresiones simbólicas, se miraron los unos a los otros.

Craks observó aquel movimiento y continuó:

—Pero como era necesario tener puntos de comparación, para poder fijar estas dureza, Mohs (6) ideó su tabla, que sin duda conocen Uds. —Y tomando un pedazo de tiza, el Profesor escribió en la pizarra que tenía a su lado—:

1. Talco	6. Ortosa
2. Sal gema	7. Cuarzo
3. Espato de Islanda	8. Topacio
4. Espato flúor	9. Zafiro
5. Apatita	10. Diamante

Como se ve por esto, el más duro de todos es el Diamante; ninguno de los otros puede rayarlo, mientras que él deja en todos la señal indeleble de su paso. Deseamos conocer la dureza de un mineral cualquiera. Para esto, y la experiencia facilita mucho la operación, tomamos uno de ellos, supongamos, el Zafiro o Corindón, cuya dureza es 9. ¿Raya éste al cuerpo? Entonces es más duro. ¿Raya el cuerpo en estudio al Topacio, dureza 8, sin sufrir él la influencia mecánica del mismo Topacio? Entonces la dureza del cuerpo que estudiamos se representa por $8\frac{1}{2}$.

Y así continuó el Profesor explicando los diversos grados de dureza específica, sin velar la idea en lo mínimo y expresándose en un lenguaje que en nada se diferenciaba por su sencillez y claridad, del de cualquier tratado elemental. Todo lo explicó, sin dejar un solo punto vulnerable.

Los estudiantes, más sorprendidos aún, volvieron a mirarse.

—Pero señores —dijo Tobías, entusiasmándose—, la Tabla de Mohs no obedece a relaciones absolutas; es una tabla artificial que sólo facilita el reconocimiento de la dureza; pero esos coeficientes no guardan entre sí una relación dinámica estricta, pues cualquiera de ellos, es más o menos duro respecto del que le sigue o del que le precede, es decir, no son equidistantes con relación a la dureza absoluta. ¿Alcanza Ud.? —preguntó el Profesor dirigiéndose por primera vez al estudiante que conocemos.

—Sí, señor; alcanzo muy bien, pero sospecho que la tabla de Mohs es incompleta, muy particularmente en la dureza superior.

—¿Cómo! —exclamó Craks, mezclando en su fisonomía la luz, la duda, la sospecha, los celos, la desesperación y el entusiasmo— ¿acaso habría un mineral más duro que el Diamante? ¿acaso la piedra sin nombre...?

—¿Quién se atrevería a pasar por sus facetas incomparables uno solo de los minerales de la tabla de Mohs —dijo el estudiante con mirada provocativa—. Y sin embargo, señor Profesor, yo sospecho que esa piedra, a juzgar por sus propiedades es más dura que el Diamante.

—Sólo un hombre entre todos los hombres podría resolverlo —observó Craks— es el Emperador de Alemania.

—No —dijo el estudiante con firmeza—; el Emperador de Alemania no permitirá jamás que tal ensayo se lleve a cabo. Conocemos positivamente los quilates de todos los Diamantes que brillan en la frente de los Monarcas, ¿no tendremos bastante afecto al nuestro para dejarle gozar en sus últimos años con la idea de que en su frente brilla un misterio? Y sin embargo, no puedo apartar de mi espíritu la sospecha que antes he manifestado.

—Misterio atroz —murmuró Tobías—. Señores —exclamó con voz insinuante—, respetemos los deseos de nuestro viejo Emperador. Ya no es la tabla de

Mohs la única incompleta, es la Mineralogía, es la Química, es la Física también.

Y tomando un tono resuelto, dijo:

—Dejemos esto por ahora. Entre tanto, permítanme recordarles algo, a que no serán tal vez ajenos y que se relaciona con el punto de que nos ocupábamos no ha mucho. Siempre he guardado silencio respecto... pero... ¿a qué decirlo?... si no tiene interés...

Evidentemente, el Profesor iba a decir algo que no era cierto, pero su carácter no se prestaba con facilidad a ello. Él sabía que si es indigno jurar, es más indigno mentir.

—No lo diré.

—Sí, sí —vociferaron los estudiantes, que habían llegado a comprender se trataba del secreto de Tobías.

—¡No! —repitió enérgicamente, y mirando con ojos de ira a los estudiantes, se puso de pie, agitado y convulso, tomó su sombrero, y con paso rápido se alejó por la calle.

II

Tobías Craks, el ilustrado Profesor del Augusteum, acaba de almorzar. Como siempre, sus labios extraen grandes nubes de humo, que luego lanzan automáticamente al aire.

Pero los ojos de Craks no siguen las evoluciones de los anillos y de las espirales y sin embargo, algo muy semejante le preocupa.

—¿Será posible —exclama condolido— que toda la inteligencia de un hombre se halle reconcentrada en una sola propiedad de los minerales? ¡No! el hombre, que hoy riega a voluntad su huerta con el agua de las nubes, que transforma el rayo, que imita a la Naturaleza en sus operaciones orgánicas, que da forma al intangible, que encierra el infinito en una fórmula... no puede, no debe permitir esta cobardía. Sí; abandonaré mis guantes, olvidaré mis preocupaciones, y reuniendo nuevas piezas, emprenderé la obra de perfeccionamiento que pretendo llevar a cabo.

De pronto se oyó una voz en el salón inmediato y que se aproximaba con rapidez, diciendo:

—¡Papá! ¡papá! Yo tengo la culpa, yo tengo la culpa.

El Profesor se puso de pie, y recibió en sus brazos a Olga, llorosa y aparentemente inconsolable:

—¿Qué sucede?! Hija mía ¿por qué estas lágrimas? ¿por qué este semblante?

—Sí, sí; yo sola tengo la culpa.

—Pero... explícate, Olga; yo no puedo comprender...

—Lee, papá, —dijo la linda niña, poniendo en manos de su padre numerosas revistas científicas.

—¡Cómo! —exclamó el Profesor, sorprendido como nunca lo había estado— ¿y tú tienes la culpa?

—Sí, papá... yo cambié los engastes, hace cuatro años.

—¡Cuatro años! ¡cuatro años de martirio! Y los ojos del Profesor se inyectaron de lágrimas. ¡Eran las primeras que derramaba en su vida!

Ante aquella explosión del sentimiento paternal, Olga no pudo contenerse, y besando las manos del Profesor, que bañó con sus más ardientes lágrimas, pidió mil veces perdón por su locura.

—Sí, —decía, mientras sus palabras eran ahogadas por los sollozos— yo te he robado la gloria; ...yo he sido la causa de tu silencio; ...por mí no brilla tu nombre como el primero de los alemanes.

—No, hija mía; calma tu pena, padeces un error, nunca habría sido el primero... Y el Profesor, mostrando a su hija un retrato suspendido en la pared, trataba de consolarla con palabras cariñosas, que más incitaban las lágrimas de Olga cuanto más expresivas eran.

Mientras esta escena tenía lugar, expliquemos en breves palabras, la causa que la había determinado.

* * *

Cuando Tobías Craks estudiaba en Freiberg Mineralogía, su Profesor le había regalado un par de guantes de gamuza, con una particularidad inestimable para un mineralogista. Como en un par de guantes hay diez dedos, el Profesor había hecho colocar en la yema de cada uno de ellos un pequeño anillo de oro, que llevaba engastado uno de los 10 minerales de la tabla de Mohs, de manera que los 10 dedos representaban la misma tabla. Ahora bien, cuando Tobías quería reconocer la dureza específica de un mineral, se calzaba los guantes y, con admirable rapidez, pasaba sucesivamente los cinco engastes de cada mano por el mineral y en menos de un minuto había determinado su dureza específica. Tan diestro estaba ya, y tal fe tenía en sus "Guantes de Mohs" como él los llamaba, que hubiera sido capaz de creer más bien que sus manos se habían trocado, antes de suponer, siquiera, que aquellos minerales no eran los verdaderamente típicos. Pero, he aquí que cierto día —justamente cuatro años antes del momento a que hemos llegado—, los "Guantes de Mohs" se volvieron locos. Minerales que por los otros caracteres él reconocía ser Rubíes (Dureza 9) eran rayados

por el Talco (D. 1), es decir, por el mineral que ocupaba el número 1; las Esmeraldas (D. 7) por el Espato flúor (D. 4), en una palabra, los "Guantes de Mohs" habían perdido su virtud.

Ante aquel fenómeno inexplicable, Craks vaciló y lanzando su espíritu en busca de la causa, llegó a las más inauditas deducciones. Minerales inalterables, se oxidaban en su imaginación, la variabilidad de la dureza en una misma especie mineral alcanzaba límites imposibles. ¡Por una de aquellas distracciones tan frecuentes en los hombres de ciencia, Craks había olvidado lo esencial, esto es, examinar los minerales engastados! y prefiriendo el silencio sobre aquel punto a la renovación de sus guantes, llamó por ello la atención de los otros mineralogistas, que no comprendían cómo, un hombre de su saber, hacía un olvido tan lamentable de uno de los caracteres más importantes.

Entre tanto, ¿qué había sucedido?

Olga, que entonces tenía doce años, y que ya reunía a su natural viveza un conocimiento bastante considerable de la ciencia predilecta de Tobías, había penetrado cierto día en el gabinete de su padre, con una amiguita igualmente traviesa y le había dicho:

—¿Quieres saber lo que es una diablura?

—Bueno.

—Pues voy a cambiarle a papá los minerales de su tabla de Mohs.

Y sin más decir, había alterado el orden de los engastes.

La amiguita no había alcanzado la importancia de aquel cambio, pero ambas lo habían festejado con francas carcajadas.

Tal era el misterio.

Cuando el Profesor hubo tranquilizado a su hija, y él mismo hubo modificado su estupor, pidió le refiriera lo ocurrido, y tan sencilla fue Olga en su explicación, como sincera la carcajada con que su padre recibió la luz en el asunto.

—Yo tenía intención de restablecerlos en su lugar el mismo día.

—Pero te olvidaste, y yo fui un cabeza dura. En fin, veo por la Revistas que acabas de traerme, que los señores mineralogistas se han preocupado del asunto; ahora voy a satisfacerles, renovando por completo la dureza de todos los minerales... ¡menos uno! Di a tu madre, que Tobías Craks es hoy un hombre feliz; yo entre tanto voy al Augusteum, y tú, hazme el servicio de avisarme, cuando quieras cambiar, en el porvenir, no ya la tabla de Mohs, sino la tabla de Craks.

Aquel día hubo fiesta en el Augusteum. Todos felicitaban al Profesor por haber resuelto el problema de sus guantes, precisamente cuando se hacía pública la curiosidad de los mineralogistas.

Las caricaturas volaron por toda la extensión de la Alemania y de la Europa y el Profesor dijo y dirá siempre:

—Hacen bien. Es la pena del descuido y del capricho.

* * *

Tranquilo y satisfecho vuelve Craks a su morada, saludando a todos y a todos explicando su misterio. Si su nariz no tuviera ya una depresión a cada lado, sus anteojos habrían repetido veinte veces el nombre de su dueño en las piedras de la calle, pero su persistencia en el sitio que se les ha impuesto, revela que hasta los anteojos pueden educarse en la alta escuela de la equitación... y de la obediencia.

* * *

Ya salva Craks el umbral de su morada; ya penetra en el corredor, ya en la sala, ya va a entrar a su gabinete. Pero se detiene en la puerta sorprendido.

Junto a una mesa llena de frascos, sopletes, lámparas de alcohol, alambres, piedras y otros objetos propios de un mineralogista, Olga lee un papel con visible angustia y curiosidad.

Al ver a su padre, procura guardar el papel en su seno, esa caja de Pandora, donde las mujeres, por una ciencia innata y por no tener a veces otro bolsillo, ocultan ciertas cartas, ciertos retratos, ciertos ramilletes y muchos apuntes presentes y futuros.

Pero es inútil. Su padre la ha observado bien.

—¡Olga! —exclama— ¿es posible, hija mía, que tengas secretos para tu padre?

La niña avergonzada y conmovida, entrega el papel.

Craks lo toma, y lee los siguientes versos que no hemos podido traducir mejor, por no saber el alemán y porque más importaba la idea que la forma:

*Tu nombre llevará, sí del Diamante
No ultrapasa, como ella, la dureza,
E idéntica sustancia,
Con fulgor cerebral y atroz veneno*

*Que en anillo brillante se condensa.
En los pliegues orgánicos formado,
Reviste su carácter combustible,
Y evapora su forma entre las llamas.
Acuérdate de mí—que si en la noche
La imagen imperial te causa enojos,
También desde tu frente inmaculada
Derramará destellos en tus ojos.*

El Profesor, atónito, no pudo contener un grito.

—¡Sí! Sí ¿entiendes esto Olga? No, hija mía, tú no lo puedes entender, es imposible. —Y besándola en la frente, agregó—: Tu hermosa cabellera se perfuma, Olga mía, de azahar, No, tú no entiendes esto: ¿No es verdad que no lo entiendes? Tú no debes entenderlo.

El profesor se paseaba como un loco furioso por el gabinete.

Olga estaba estupefacta. No sabía qué era lo que tanto preocupaba a su padre.

—Sí —dijo el Profesor—, sí, mil veces sí, sólo él y yo lo entendemos. Y dando un nuevo grito, feroz, tremendo, golpeando el suelo con una fuerza tal que todos los frascos y minerales repitieron su nombre, exclamó, ya desfallecido y próximo a caer en un sillón:

—¡Impenetrable! ¡Impenetrable! ¡Sí! Es mi digno rival ¡es digno de mi hija! ¡Impenetrable! ¡Incomprensible para el mundo entero!

Aunque Craks era un gran sabio, no por esto olvidaba sus deberes de familia, y si es verdad que tenía pasión por los minerales, no lo es menos que amaba entrañablemente a su compañera y que deliraba con Olga.

Aquella rubia alegre y juguetona tenía mil caricias perpetuamente renovadas para su progenitor y era la única persona en el mundo que podía sacarle los anteojos, pasarle la mano por la calva, y deformarle las nubes de humo, cuando el Profesor pensaba en el tabaco y en las leyes naturales.

Como todos los sabios, opinaba sinceramente que ninguna especialidad era más noble, ni más digna del espíritu humano que aquella a la cual se dedicaba, y era tan intensa esta preocupación en él, que si se le hubiera nombrado para elegir emperador de Alemania, por abdicación o muerte de Guillermo, no habría vacilado en señalarle por sucesor alguno de los muchos mineralogistas compatriotas o extranjeros. El país no habría ganado mucho con semejante elección, porque no hay gente más inepta para gobernar los pueblos que aquella que se preocupa por el estudio de la Naturaleza. Hay tanto de artificioso y convencional en las relaciones del que tiene la suma del poder y el que de derecho tiene el poder en suma,

que de ningún modo pueden establecerse vínculos duraderos entre un gobernante naturalista y un pueblo.

Aunque Craks sabía todo esto, y no ignoraba que jamás los alemanes cometerían el desatino de nombrarle elector supremo, tenía la firme convicción de que no sucederá lo mismo respecto de Olga.

Leyendo en el pasado, hallaba entre sus antecesores notables personajes: guerreros, filósofos, matemáticos, poetas, jurisconsultos, burgomaestres, viajeros y otras entidades, no faltando algunos que habían muerto violentamente por la voluntad del pueblo.

Todas estas ideas se mezclaban en el cerebro de Craks cuando pensaba en su hija y era por esta razón que deseaba ser la rama inicial de una dinastía de mineralogistas, casando a Olga con alguno de ellos.

Inútil hubiera sido pretender su mano, si no sabía manejar un martillo, un alambre de platino y un soplete. Bien podría haber sido el príncipe heredero; que Craks lo hubiera rechazado.

¿Procedía bien?

Nadie tiene que inmiscuirse en los asuntos domésticos de Craks.

Refractarios a las evoluciones de la fe, los naturalistas sensatos creen en lo que ven demostrado, y si obedeciendo a estas ideas suelen ser acusados de materialistas o de ateos, sonríen compasivamente y exclaman como Craks: "¿Alcanza Ud?", a todo lo cual se agrega un entusiasmo tan exiguo por los versos, que, cuando llegan a forjarlos, resultan detestables. No es una forma natural de expresión y por lo tanto llevan en sí la sentencia de su poco aprecio.

Pero cuando Tobías Craks leyó los que Olga había pretendido ocultarle, su espíritu recibió un choque violento, porque él sospechaba que quien había escrito aquello debía poseer el secreto de la composición química del nuevo mineral.

Su profunda agitación se calmó por fin y mirando una vez más el manuscrito con aquellos ojos penetrantes como agujas que llevaba en las órbitas, leyó los versos con el semblante animado por un extraño conjunto de emociones.

—Yo lo sospechaba ya, hija mía —dijo Craks, invitando a Olga a tomar asiento a su lado— yo presentía esta composición y esta dureza, pero me era imposible satisfacer mis sospechas. ¿Conoces tú al que ha escrito estos versos?

—No, papá; pero no estoy lejos de creer que es un joven a quien he visto repetidas veces en Johanna Park.

—¿Alto?

—Sí.

—¿De porte distinguido?

—Sí.

—No me había engañado.

Cuando Olga se hubo retirado, el Profesor pudo dar rienda suelta a su imaginación.

Tuvo la fe del creyente y la calma del bienaventurado.

* * *

—Señores —dijo el Profesor dos días después en presencia de sus discípulos— antes de ocuparnos de la cuestión que debemos tratar hoy, permítansenos resolver una duda. Tengo en mi poder un papel, y abrigo la esperanza de hallar aquí el autor de lo que en él hay escrito. Daré la primera línea: *Tu nombre llevará, sí del Diamante...*

—*No ultrapasa, como ella, tu dureza* —continuó una voz.

—Sí —dijo el Profesor—, acepto y espero que terminaremos este asunto agradablemente.

Craks no se había engañado. Era el mismo estudiante.

Cuando la clase terminó, llamole aparte.

Se dice que hubo entre ellos una larga explicación, en la que se habló muy poco de minerales. Salieron juntos del Augusteum llegaron a casa de Craks y en el momento de poner el pie en el umbral de la puerta de calle, dijo el estudiante:

—Que todo sea espontáneo. Cualquier insinuación al respecto rompería el vínculo de encanto que me liga.

Dícese, también, que aquel estudiante era un gran personaje.

* * *

Sin pensarlo, Olga ha reconquistado sus versos, porque Craks, deseoso de conocer hasta dónde llegan los *alcances* de su hija, se los ha devuelto, recomendándole los estudie y procure descifrarlos.

Los ojos de Olga han expresado en su aspecto y en sus relaciones con los párpados todas las emociones que sea posible experimentar.

¿Por qué aquel estudiante que le ha presentado no ha mucho su padre le escribe aquellos versos tan enigmáticos en apariencia, envolviendo en ellos, por una extraña amalgama, la ciencia y el amor? ¿Por qué no ha expresado con palabras comunes sus sentimientos y su voluntad?

“Papá —piensa Olga, encerrada voluntariamente en el gabinete de trabajo de su padre— me ha recomendado el estudio de estos versos”. Dudosa al

principio no vaciló en interpretarlos ahora. "Ya sé de lo que se trata. ¿Acaso será mi prometido el galante joven que los ha escrito? Esto es una declaración amorosa, y ¿por qué rechazarla?"

Satisfecha de sus investigaciones, Olga espera con impaciencia a Tobías, que no tarda en llegar.

El semblante del Profesor irradia destellos de felicidad suprema. ¿Es la próxima boda de su hija la que le ha transformado? Tal vez sí, pero hay algo tan interesante como el acontecimiento que le borra las sombras del semblante y anuncia en la tarde de su vida, todas las gracias a que puede aspirar un sabio, y toda la dicha que puede anhelar un hombre de sus ideas.

No sólo ha conseguido que se coloque el retrato del mineralogista Abraham Werner en el salón en que dicta su cátedra, sino que ha averiguado la composición química de la nueva piedra y, lo que más le complace, su dureza específica.

Al ver a Olga en su gabinete, no puede menos de aumentar su gozo, porque los ojos de su hija revelan la satisfacción del que ha desvelado un misterio.

—¿Y bien Olga has resuelto el problema?

—Sí papá.

—Veamos, explícame.

Y tomado asiento, el Profesor se dispuso a escuchar.

—Primero —dijo Olga— se me ofrece dar a la nueva piedra mi propio nombre, lo que no sé si es posible.

—¿Y por qué no?

—Casi no tengo una razón. Luego se expresa aquí la dureza específica del mineral, superior a la del Diamante...

—Sí, hija mía; mayor aún que la que separa el Diamante del Zafiro; podría expresarse por 11 y medio, pero aceptemos que sea 11.

—Dureza que no es la mía, ni será jamás, como aquí se sospecha: *E idéntica sustancia*, esto es, la sustancia del Diamante: *Carbono*.

—¡Bien, bravo!

—*Con fulgor cerebral...* ¿Es discípulo de Moleschott el que ha escrito esto, papá?

—Sí, hija mía, y de los entusiastas.

—Entonces, esto es: *Fósforo*.

—¡Adelante, adelante!

—*¡Y atroz veneno, que en anillo brillante se condensa!* Esto es *Arsénico*.

—Eres una notabilidad, hija mía, *Carbono, Fósforo, Arsénico*, dureza 11. Ahí tienes el misterio. Y sin embargo, hay que guardar el secreto.

—Lo que sigue no se comprende. ¿Cómo puede haberse formado este cuerpo en un organismo vivo?

—O muerto —dijo Craks—; pero no importa, basta que lo entiendas. ¿Has descifrado el final?

—Lo he descifrado, ¿pero quién es el autor?

—Ese joven que te presenté no ha mucho.

—¿El mismo de Johanna Park?

—El mismo.

—Pero ¿quién es él?

—Que necesidad tienes de saber quién es él, cuando te digo que no sólo es mi mejor discípulo sino también mi único rival.

* * *

Ha pasado algún tiempo durante el cual se han operado muchos cambios en la familia de Craks y en las tendencias de la mineralogía.

Todos los sabios están de parabienes por lo último y la corte de Berlín aplaude los acontecimientos que van a realizarse, dentro de poco, a causa de lo primero.

En la Catedral de Leipzig se prepara una gran fiesta, y en la casa de Craks otra no menos espléndida.

Durante aquel tiempo, se han establecido íntimas afinidades entre Olga y el estudiante que le ha presentado su padre.

“Se han quemado las piritas del sentimiento de Olga”, dicen algunos jóvenes de buen humor por lo cual elaboran nuevas cabriolas los anteojos de Craks, que contempla extasiado los efectos de su enseñanza, basada en los arranques de la imaginación.

Tobías no cabe en sí de gozo, porque comprende que sus deseos más íntimos van a realizarse. La dinastía soñada por él tiene todas las probabilidades de éxito pues si su futuro yerno, como él dice, continúa en sus investigaciones, tan brillantemente comenzadas, no tendría nada de particular que sus descendientes, estimulados por su ejemplo, dieran gloria al nombre que él no lleva, y a la patria, esa extraña entidad que él ama y que no comprende.

Entre tanto, llega el día señalado. Los trenes de Berlín han traído numerosos personajes, que deben pisar muy alto, por el séquito que llevan.

Un ministro y uno de los príncipes de la corona acaban de llegar con los otros, y mientras todos se preguntan en Leipzig quién es el estudiante con quien va a unir Olga sus destinos, reconocen que, en el fondo, ni ellos, ni Olga misma, lo saben.

La sorpresa de la joven raya en estupefacción, porque ignora la causa por la cual hay tanto lujo y aparato en el traje y en las joyas que deben adornarla aquel día. Su delicada modestia se ofende, pero su padre la tranquiliza con palabras cariñosas, que nada le explican el fin. Ama con entusiasmo a su futuro esposo, pero se ve condenada a ignorar su verdadera posición.

A la hora señalada, la suntuosa Catedral de Leipzig no bastaba para el inmenso pueblo reunido.

De pronto se elevó un murmullo de admiración. En la puerta del templo aparecía Olga trémula y radiante de belleza y humildad en el semblante, la que contrastaba singularmente con su traje de terciopelo blanco, recamado de perlas y con bandas de armiño. En la cabeza ostentaba una diadema, con ciertas hojas de trébol de oro, cuyo significado no comprendía, y en medio de aquella diadema, brillaba una piedra extraña, que cambiaba de color a cada paso que Olga daba en la nave. Unas veces azul como el Zafiro, otras iridiscente como el Ópalo, incolora como el Diamante, verde como la Esmeralda, amarilla como el Topacio, o roja como el Rubí, llamó la atención no sólo de los que por primera vez la veían, sino también de aquellos que habían leído el telegrama imperial.

¿Qué significaba aquello?

La orden del Emperador se había cumplido; la piedra había pasado al tesoro de la corona, y sin embargo brillaba en la frente de Olga.

¿Era un regalo de boda que el Emperador le hacía?

Imposible, el Emperador no tiene dos palabras, ni da dos órdenes contrarias.

La piedra de la diadema de Olga era más grande, más brillante y más hermosa que la imperial.

El Emperador había ordenado que la curiosa piedra, creyéndola única, adornara su corona, pero no había prohibido que se usaran otras.

Olga es también su nombre, en cualquier parte que brille. *Olga* se llamará cuando los mineralogistas futuros reúnan los elementos de que se compone, o la Compañía Inglesa, que la busca en Ceilán, la encuentre o no la encuentre.

Nadie envidia aquella joya sin precio, porque si es hermosa sobre todas las piedras estudiadas, todos reconocen que sólo puede brillar en una frente imperial, o entre hebras de oro, que cual una cascada de luz, adornan la cabeza de la incomparable joven cuyo nombre lleva.

La aristocracia alemana, tan orgullosa e inflexible en sus preocupaciones, no se afectó en lo mínimo por aquel enlace, porque bien podía ser un pseudónimo aquella onomatopeya de la fractura de un mineral que, con el nombre de Craks, llenaba de gloria la ciencia alemana.

Solamente Olga lo ignoraba.

Cuando el sacerdote derramó su bendición sobre el modesto estudiante del Augusteum y la preciosa niña con ojos de cobalto, recién entonces supo Olga Craks que la diadema que brillaba en su frente era una diadema ducal.

III

Tobías Craks es el hombre más feliz que pisa la tierra y fuma su pipa con boquilla de ámbar legítimo pescado en el Báltico.

Tiene un nieto de seis años, que promete ser un Werner.

El muchacho es lindo como uno de esos ángeles que pinta Rafael, pero que tiene el inconveniente grave de no haber estudiado mineralogía.

El niño distingue un roble de un pedazo de azufre y el abuelo, que no ignora las ventajas que su nieto tiene por el solo hecho de poderse adornar la cabeza con hojas de trébol, le permite de cuando en cuando que le explique en el lenguaje de su ciencia infantil, las diferencias radicales que existen entre aquel pedazo de azufre y el mencionado roble; y en verdad que nada hay más agradable que ver al lindo niño, con los anteojos del abuelo en su delicada nariz, la cual imita ya los repliegues y cabriolas de su antecesor, dando a conocer a éste las diferencias entre los seres orgánicos como el roble y los inorgánicos, como el azufre.

—Tú serás un grande hombre, hijo mío —exclama el Profesor, después de cada conferencia de su nieto.

—Como Goliath, abuelito

—¡Eh! ¿Qué dices?... como yo, y es bastante.

El niño es curioso como todos los niños, y Craks, que no ignora cuál es la manera de educar estos, para hacer de cada uno de ellos un pensador, satisface todas las preguntas que el nieto le dirige, en cualquier momento y sobre cualquier cosa. "No hay que desanimarlos con una palabra más o menos áspera, ni negarles respuesta a sus preguntas, aunque ella sea un desafío. Ya tiene tiempo de averiguar la verdad real". Así opina Craks, y piensa bien, porque así se forman las grandes cabezas en Alemania.

Entre otras, el niño dirige cierto día, a Craks, la siguiente:

—¿Qué es dureza específica, papá viejo?

—La dureza específica, hijo mío, es un carácter peligrosísimo de los minerales, que empieza por uno y acaba por diez para todos los sabios, menos para tu padre y para mí, que lo hacemos llegar a once, y tanto más peligroso, cuanto que hay niños traviesos que suelen andar con los guantes de su padre.

—¡Aaah! —exclama el duquesito, abriendo la boca y los ojos y manifestando luego supremo contento por haber recibido una explicación tan clara y definitiva.

Pocos días después, toca el turno a Tobías de abrir los ojos y la boca, porque su yerno, joven de buen humor, le dice sonriendo:

—Qué chasco se han llevado los ingleses.

—¿Cómo así?

—Es claro. Las *Olgas* no existen en Ceilán, pues de otro modo, ¿cómo se concibe que el viajero no la incluyera en la lista, ni hiciera mención de ella en sus cartas?

—¿Qué?!

—Estudiando ciertas reacciones a las altas temperaturas y con poderosas presiones, se produjeron en uno de mis aparatos cuatro octaedros, uno de los cuales introduje en la colección de minerales, recientemente llegada de Ceilán, otro me sirvió para hacer su análisis, el tercero lo reservé para Olga, y el cuarto es el que hemos examinado juntos el día que fui presentado a Olga.

—De modo que la compañía...

—No ha perdido su tiempo. No hay más que revisar las publicaciones inglesas, para reconocer cuantos descubrimientos ha hecho aquélla, cuya composición de hombres notables en diversas ramas del saber humano ha permitido enriquecer considerablemente las colecciones del Museo Británico y de los Jardines Botánico y Zoológico. Dejémosla que continúe guardando el secreto.

—Pero en los versos decía: *En los pliegues orgánicos formada*.

—Sólo quería significar una vez más que tenía *Carbono* y que era perfectamente combustible.

Al oír todo aquello, los anteojos del Profesor hicieron *craks* dos veces en el suelo. Tuvo por ello un gran disgusto, porque eran convexos y no cóncavos, como sostenía un sabio amigo suyo, que se ha empeñado en probar que la hereditabilidad no influye gran cosa en la miopía.

Sea como sea, cóncavos o convexos los anteojos, y artificial o natural la piedra *Olga*, es la más hermosa de todas las que no se conocen, porque ambos mineralogistas han guardado el secreto; Olga Craks o no Craks es una gran duquesa que todos los Berlineses idolatran por su exquisita bondad, mientras que su padre, el más feliz de los sabios y de los abuelos, es, y será mientras viva, el insigne Tobías Craks, Profesor de Mineralogía en el Augusteum de Leipzig.

4. BOCETO DE UN ALMA EN PENA (*La Nación*, 25 de agosto, 1878)

El paquete viene sin duda de la India. Algo de alcanfor y pachulí impregna el forro de cachemira.

¿Quién lo ha traído?... he ahí lo que no sé. ¿Es una traducción de *Mahabharata*? (1) (...) (2).

¿Sederías? ¿joyas? ¿especias?

Conjeturar es inútil. ¿Merece el contenido al Continente?

Un rico hilo de seda carmesí sutura el envoltorio. Cortado el hilo numerosos papeles se presentan a mi vista. Aunque son cartas, leo, ordenando las partes por sus números, algo extraño incomprensible, sin fecha, ni lugar, sin forma, ni fondo aparente, que más invita a adivinar que a deducir de un modo lógico.

No entiendo. He aquí, entre tanto una parte del contenido.

Cartas sentimentales

Aunque mi tío Van den Bum tiene un apellido que suena como un cañonazo y sus repercusiones, es un pobre señor que apenas cuenta con una fortuna de 18 y medio millones de *thalers* (3), distribuidos en los Bancos de Ámsterdam, de Altona, de Londres y de Berlín, a lo cual se agrega una complicada serie de operaciones mercantiles con la India, no debiendo olvidar que anualmente recibe de América seis buques cargados de tasajo, cuya venta le produce, término medio, un cincuenta y tres dos quintos por ciento de ganancia. Su firma vale tanto como la del Emperador de Alemania en la casa de la moneda de París y yo soy su sobrino.

Mi tío es un grande hombre, a pesar de su fortuna.

Nadie como él ha sabido comprender la esencia del comercio en sus relaciones con la evolución del capital. Ha complicado a mi padre en un negocio hace cuatro años; mi padre se ha arruinado y ha muerto de pesadumbre; mi tío ha aumentado su caudal merced a esta circunstancia, pero sus teorías económicas se han salvado.

Huérfano y pobre él ha sido desde el principio de mi orfandad no sólo un protector, sino también un amigo. Prometió a mi padre encargarse de mi educación y lo ha cumplido religiosamente. Vivo en su casa, como en su mesa, y hago la corte a mi prima Clotilde, joven de ojos negros algo páli-

da y ojerosa, bajo la influencia de este clima, fatal por la humedad, pero que promete heredar los diez y ocho y medio millones de mi tío.

Como Clotilde es hija única y mi tía Van den Bum ha muerto, mi tío se mira en ella como en el espejo de su ambición y yo me miro en mi tío, quien espero hacerle reflejar, día más día menos, los millones que hubieran sido míos, a no mediar una preocupación intensa en mi protector sobre la naturaleza del medio circulante.

Excelentes profesores me inician en los secretos de la ciencia y del arte. Se les paga bien.

Mi tío Van den Bum, por no sé qué inspiración feliz, me ha reconocido una disposición marcada, un brillo genial para las matemáticas y espera, retemplando mi energía en el calor de su deseo, verme resolver dentro de poco cualquier problema de sumar, restar, multiplicar y dividir.

Disposición no me falta, pero cuando aparecen los ojos negros de mi prima en los ceros y en los ocho y en los uno, combinados siempre de manera que parecen que representan diez y ocho millones de cualquier naturaleza que sean, confieso que mi tío podrá retemplar todo lo que quiera, pero no podrá obligarme jamás a perder de vista esos dos carbunclos, semejantes a dos estrellas carbonizadas por la humedad del clima de mi patria.

Tu crees, Miguel, que voy a retratarte a mi prima con todos sus atractivos antes de poner en tu conocimiento los méritos que me hacen acreedor a su cariño; pero te engañas.

Desde tu partida, mi cuerpo se ha desarrollado, más por la fuerza del organismo que por la educación de mis órganos. Mi profesor de gimnasia es un distinguido caballero.

Diariamente ocupa tres horas a enseñarme las diversas posiciones de la cortesía. Saludo ya en cuatro tiempos, pero ello me ha costado una enfermedad grave al espinazo. Esto no es un mérito, pero mi prima dice que a mi edad, es mucho mejor comenzar por las genuflexiones ¡y ella lo dice!

En la música he hechos prodigios; ya toco el Carnaval de Venecia al revés y al derecho —mi tío se deleita con ello— generalmente se queda dormido a los primeros acordes de la inversión.

Los amigos de mi protector opinan que soy un Gauss (4) para las matemáticas. Las cuatro operaciones aquellas de que te hablé me son del todo desconocidas. El profesor ha empezado por iniciarme en las altas complicaciones de la ecuación de segundo grado, y como él, mi tío y los amigos de éste piensan siempre del mismo modo, llaman a este procedimiento didáctico "método sintético", fundándose en que la parte se halla contenida en el todo y muy particularmente en otro principio más general aún

—creo que aquél de “a río revuelto pierdo el pan y pierdo el perro”. Carezco por completo de un juicio propio en este sentido, pero no sé por qué prodigio de evolución ha brotado en mí la idea de que mi maestro, mis tíos y sus amigos son unos grandes imbéciles. Te lo digo en reserva sé más discreto.

El otro magíster me enseña filosofía. Yo no sé lo que esto significa, ni quiero saberlo. Como las relaciones comerciales de mi tío con mi padre y sus consecuencias son del dominio público, el profesor ha sido bastante delicado para no hablarme una sola palabra de moral y ética, voz que me disuena porque se la he oído a un médico que asistió a Clotilde de un resfrío.

El señor Van den Bum, que se encuentra en mi caso por sus conocimientos supinos, ha exigido al filósofo me dicte las lecciones en presencia suya. La primera de ellas me ha impresionado gravemente.

—Comenzaremos —me dijo el sabio en su enunciación— por la Metafísica. Ello presenta una ventaja incuestionable. En ningún caso podría adaptarse mejor el principio matemático de que la parte se halla contenida en el todo.

—Ese método debe seguirse —observó mi tío con tono imperativo.

—Pero... ¿qué es la Metafísica? —pregunté con una humildad digna de mi situación actual.

Mi tío me miró indignado.

—¡Cómo! —me dijo— ¿un joven que lleva el apellido de Van den Bum pregunta tal cosa?

Hice esfuerzos supremos para que el apellido contestara de un modo satisfactorio... pero fue inútil.

—La Metafísica es la ciencia de las verdades absolutas. Su existencia es *per se*, independiente de toda sensación real, la verdad es lo que es; pero lo que no es también es verdad.

El principio de contradicción, y el de evidencia son verdades absolutas —y como la verdad es lo que es, se desprende lógicamente de ello que el campo de la metafísica es infinito; prueba con principios absolutos lo que es, y demuestra con evidencia el principio absoluto de lo que no es. La inteligencia sorprendida ante el esfuerzo necesario para alcanzar tales verdades, ejecuta una gimnasia saludable, el cerebro se desarrolla de un modo prodigioso, y hasta hay fisiólogos que opinan sea éste el mejor estímulo para llenar los vacíos dejados en la masa parenquimatosa de los lóbulos superiores. Pero vamos al ejemplo. Supongamos que Ud. y yo nos asociamos comercialmente...

—Eso es —dijo mi tío— revolviendo misteriosamente los ojos allá en el abismo sin fondo de sus órbitas.

—Cada uno de nosotros introduce un capital de medio millón. Un año después, realizamos los negocios, y hallamos una ganancia de dos millones.

—Pingüe negocio —observó mi tío, mordiéndose el labio—, pero no sé si el ejemplo será claro para mi sobrino.

Así fue su primera especulación con mi padre.

—¿Cuánto debe corresponder a cada uno de nosotros —dijo el profesor— teniendo presente que las partes sean iguales?

—Millón y medio, se apresuró a decir mi tío, viendo que yo no contestaba.

—Millón y medio... eso es... —dijo el maestro—. Ahora bien, ante la más absoluta justicia ¿podría negarse que a cada uno corresponde millón y medio? ¿No es una verdad palpable que se funda en la evidencia?

—Así es —respondí—, pero no hemos hecho tal negocio.

—No importa, pero quedan enunciados los principios absolutos en que se funda la posibilidad de su evolución. Eso es Metafísica.

¿Qué harías tú en mi caso? Yo no he comprendido una sola palabra.

Si pasara revista a todos mis estudios, hallarías algo tan semejante en su esencia, que serías capaz de volar hasta Holanda y arrancarme de este martirio, no del espíritu, pero sí de los oídos.

He prometido vengarme, tocando a todas horas la inversión del Carnaval de Venecia.

Como ves el método general que conmigo se sigue consiste en enseñarme primero todo lo abstracto, de manera que me voy pareciendo mucho a algunos caballeros que suelen visitarnos, los cuales tienen una predilección marcada por las grandes cuestiones. Anoche, casualmente, discutían con calor los movimientos celestes. Clotilde dijo algo de la ley de Newton sobre gravitación universal, pero ellos manifestaron ignorar tal cosa. Nada sé de ello tampoco, pero sospecho sea la base.

En fin —mi carácter se ha docilizado, gracias a una parte de mi situación. Un bigotito muy *chic* comienza a retorcerse sobre mi labio y Clotilde me confiesa que el tal bigotito es el mérito principal de mi carácter. Me ha hablado de correlación —yo espero consultar sobre este punto a mi profesor de filosofía.

* * *

La hija de mi tío, Clotilde Van den Bum, tiene en mí un adorador sincero, tanto más fiel a su porvenir cuanto que llevo su mismo apellido.

Bien examinadas las facciones, se reconoce que mi prima no es flamenca pura, porque sus ojos y cabellos negros, la gracia de su expresión, sus contornos y gentileza revelan que la sangre española corre por sus venas.

Ella es de regular estatura, la cara ovalada como la de una circasiana; un cutis de terciopelo blanco baña sus formas delicadas y contrasta singularmente con sus ojos negros, brillantes, rodeados de un limbo gris que los profundiza o ilumina. Su frente altiva y despejada tiene por límite una cabellera incomparable, que suele adornar con una camelia roja –los dientes que aparecen detrás de sus labios, envidiados por la camelia, sonríen siempre –soy tan ignorante en pintura que jamás he podido darme cuenta de esa sonrisa incompresible –tiene una mano tenue y dedos muy semejantes a los de la hija del Tiziano –viste siempre de negro, y adorna su cuello con una gruesa cadena de oro. Cuando se sienta al piano y arranca las notas dormidas en las cuerdas, no sé qué fibras toca en mi corazón –recuerdo mi hogar perdido y dulces y melancólicas, a la par que consoladoras imágenes, se pintan en lo íntimo de mi fantasía. Agrega a todo esto diez y ocho y medio millones, una vasta instrucción, y yo te pregunto si no es como para renegar de tantos inconvenientes.

Yo soy pobre, y lo que es peor, hijo de padres que no lo fueron, debo besar la mano que me despoja, callar cuando ardo de ira, oír lo que no quisiera, ignorar lo que no debiera, aprender lo que no deseara... y en el fondo, siquiera, la esperanza...

Agrega a todo esto la posibilidad de mi unión con la prima... ¡qué diría la Holanda!... Clotilde van den Bum van van den Bum... ¡imagínate qué orquesta!

* * *

Sabes, Miguel, que un numen extraño ha venido a cantar en mi corazón. Tiene dos voces: el verso, música sin notas, y la música, versos sin palabras.

He escrito para mi prima versos delicados –la he dicho en ellos algo excelente, porque me ha confesado sonriendo que constituyen paralelo con la invención del Carnaval.

Mi tío ni siquiera lo sospecha, pero cada día gano más terreno en el corazón de mi seductora Clotilde y aunque sólo he conseguido me jure una vez que me amará eternamente, lo cual no deja de ser metafísico –y dos veces que sólo por mí se permitiría vivir, yo la he jurado diez y ocho y medio millones de veces la misma cosa, en principio absoluto, pero pienso darle otra forma, para que no vaya a caer al fin en la semejanza de los números por la relación que existe entre mis juramentos y los *thalers* de su padre.

* * *

Mi tío Van den Bum, como todos los holandeses, tiene profunda veneración por Van Dyck, Rubens, Rembrandt y los otros grandes maestros que han ilustrado nuestra patria con su pincel, de modo que, sea realmente veneración, sea por lujo, sea por vanidad, que es lo mismo, sea por cualquier otra causa, ha comprado, hace cosa de un año, cuatro originales y muchas excelentísimas copias que ha colgado en el salón.

Después de comer (casi siempre somos tres de mesa) pasamos a la sala a ver los cuadros. Esta operación se repite religiosamente todos los días y en verdad que el diablo podía llevarse los cuadros y con ellos a mi tío. Ayer ha sido uno de esos días.

Se repantiga en un sillón frente a uno de ellos, lo mira, se acerca, se aleja, se cala las gafas, abre los ojos cuan grandes son —y no se ven— y exclama:

—Éstas son emociones. ¿No eres afecto a las grandes emociones, Conrado? ¡Oh! la vida se prolonga con ellas.

¡Sí, soy afecto a las grandes emociones!

Clotilde, sentada junto al piano, hace vibrar todo mi organismo.

Las notas que ella arranca pasan sucesivamente como un lamento, como un suspiro, como una lágrima, y resuenan en mis oídos como una moneda en una ánfora de bronce.

El arte no es suficiente por sí solo para despertar en nuestras almas ese mundo intangible del sentimiento. Es necesario que haya algo vago, indefinido en el espíritu del artista, para fundir nuestros corazones con el suyo propio, para amalgamarnos en su unidad de inspiración.

—¿Y no me respondes, sobrino? —pregunta mi tío.

¿Puede esa simple combinación de notas, medidas todas por el diapasón, repetidas por medio mundo en igualdad de cadencia y de inflexiones, llevar mi alma entre sus alas de luz a flotar lejos de la realidad de la vida, sin que algo esencial le preste un carácter único, inimitable?

Eso es el arte me dirás, tal vez; y tu palabra sincera no bastará a explicarme el por qué de la emoción que experimento, cuando mi prima Clotilde, sentada junto al piano, arrebatada como un torbellino todo lo que hay de vida en mi cerebro y lanza al infinito su vuelo de mariposa inmortal. El examen, el dolor sin consuelo, la esperanza apagada, la ilusión encendida, la muerte, el pasado y el porvenir, la vida y el presente... todo se entrecruza en la fantasía subyugada vencida por la nota.

Así Miguel, así se derraman las primeras lágrimas de luz.

—¿Y no me respondes sobrino? —pregunta por segunda vez mi tío.

Pero yo estoy muerto. Siento como un infierno en mi existencia. Veo un abismo en el abismo del arte. Y la lengua enmudece.

Por un esfuerzo supremo, mis ojos se clavaron en los ojos de mi prima, y vi en ellos algo suave y aterciopelado que pugnaba por ocultarme.

Un acorde de *la* bemol hizo desprender aquel brillo de sus ojos, y un estremecimiento de sollozo dio al acorde la expresión de un gemido.

Mi tío me fulminó con la mirada.

—¿Y no me respondes, sobrino? —preguntó por tercera vez mi tío.

Aquel hombre era un chacal en ese momento.

Incapaz de sentir las emociones que decía por los cuadros de los maestros, mi tío acababa de comprender que hay algo más allá de los millones; que hay algo como un acorde de la vida, cuyas notas se juntan fatalmente en la diversidad de las existencias —cadena cuyos eslabones se penetran y se vinculan para siempre.

—Conrado —me dijo—, dentro de quince días parte un buque para la India, dentro de veinte otro para el Cabo, pasado mañana uno para América.

—¿Y bien?

—He dispuesto constituírte una fortuna de diez y ocho y medio millones de *thalers*.

—¿Y bien?

—Debes partir en el buque que te plazca. Mi hija, dentro de un mes, será la esposa del conde de M...

Clotilde lanzó un grito.

—Tío Van den Bum, guardad vuestros *thalers*. Ya sé ahora lo que son las grandes emociones.

Cubríme ambos ojos con la mano para contener la lava de un volcán y me alejé desesperado, corriendo y gritando como un loco por las calles de Ámsterdam.

—¡Clotilde! ¡Clotilde!... ¿por qué no naciste esclava?

Conrado van den Bum

5. EL PERIÓDICO LIBERAL

(*Revista literaria*, 14 de septiembre, 1879)

El salón está listo. Nada falta para recibir a los invitados. Las luces de la gran araña, suspendida del suntuoso cielo-raso de estuco, se derraman como cascadas poderosas y no pueden arrancar sino estas palabras: Ojalá iluminen por fuera y por dentro a los congregados.

Una larga mesa cubierta con un tapete verde y numerosas sillas junto a ella parecen indicar que la sesión será concurrida y como el papel se ha colocado por resma sobre aquella, puede suponerse que no tardarán mucho tiempo en comenzar las tareas de redacción, pues se trata nada menos que de fundar un periódico. Bien venido sea.

La cortina de la puerta principal es separada por una mano temblorosa y blanca, cuyo dueño debe seguirla en el orden regular de las apariciones corporales, pues no es posible suponer que aquella mano sea la del *Manés*, *Thécel*, *Pharés* (1).

—¡El Sr. Redactor! —dice un criado ingenioso, presentando al recién llegado... a las luces de la araña, pues el salón está vacío aún de concurrentes.

El Sr. Redactor penetra en el recinto.

—¡Excelente! —exclama— sin embargo convendría que se colocara otra mesa para el Redactor en la pieza inmediata.

La soledad para el pensamiento profundo; la muchedumbre para la obra ligera. Cuando deben dilucidarse las cuestiones más trascendentales de nuestra organización política y social, es necesario poderse entusiasmar moral y corporalmente. ¿Qué dirá el noticiero, si me viera pintar sobre un papel la cara de X, y dejar caer sobre ella mi formidable puño, símbolo perfecto del anatema probable en el editorial? ¿qué el cronista de la semana cuando viera sobre mi mesa un tomo de la Enciclopedia A o B, para arrancarle el pábulo más importante? ¿qué el folletinista, si antes de escribir dos o tres columnas hiciera cuatro o cinco morisquetas a lo Demóstenes, frente a un espejo? “No, la soledad para el pensamiento profundo; la muchedumbre para la obra ligera”.

Es muy justo, Señor Redactor, y casi puede Ud. estar seguro de que el dueño de casa no dejará de escuchar su indicación.

—¡El Señor Noticiero! —anuncia el criado.

—¡Salud! Señor Redactor.

—¡Salud! ¡Amigo mío! ¿Cuenta Ud. con muchos elementos para la obra proyectada?

—No, señor, por el momento; pero los recursos no escasean. ¿Desplegará Ud. una actividad a toda prueba?

—Y emplearé una táctica sin precedente.

—¡El Sr. Administrador! —dice el sirviente.

—¡El incomparable amigo! ¡el mejor de los discípulos de Bastiat! (2).

—Y el peor de los afortunados.

—¿Cómo así?

—No queda un centavo en caja.

—¿Y eso?

—Hay que apresurar las entradas.

—El Señor folletinista —anuncia el fámulo.

—¡Hola! ¿hay algo bueno?

—La sesión de esta noche.

—Lo siguiente, se entiende.

—Y lo que antecede y lo que pasa.

—Pero eso no tiene interés.

—Pero tiene verdad.

—Veamos.

—Aquí está.

El redactor lee.

—Pero mi monólogo está exacto; ¿cómo ha sido posible...?

—El Señor Redactor lo desarrolló en alta voz.

—Pero eso...

—Yo estaba detrás de la cortina.

—En extremo impropio.

—Pero seguro, para dar tema.

—Será indispensable inutilizarlo.

—Lo veremos. Aún no se ha resuelto el carácter del periódico.

—Será político.

—No, comercial.

—De caricaturas del natural.

—O de propaganda liberal.

—De noticias.

—De religión.

—Lo veremos.

Este fuego graneado duró un momento, pues fue interrumpido por la aparición simultánea de varias personas, como el encargado de la parte comercial, el cronista parlamentario, el revistero del exterior, el colector de avisos y algunos otros más, no debiendo olvidarse al dueño de casa, que era al mismo tiempo el empresario.

Se cruzaron mil saludos amistosos y ocupando cada uno su puesto, según la jerarquía reconocida por el Administrador, que es el que mejor entiende de jerarquías, comenzó la sesión, presidida por el Redactor en jefe, y reforzada o modificada por el Empresario y dueño de casa.

Sonó la campanilla editorial.

—¡Señores! —dijo el Redactor— al convocar a Uds. para esta reunión, invitado a ello por el Señor Empresario, he tenido en vista diversos tópicos, que iré sometiendo parcialmente a la consideración de Uds. Ante todo se trata de fijar el nombre del periódico.

—Creo que sería mejor determinar primero de qué va a ocuparse.

—El nombre será su expresión.

—*El Cañón Krupp* (3).

—Y nos ocuparemos de balística.

—No tal, porque puede denominarse así metafóricamente.

—Lo que haremos saber al público por medio de una nota permanente al pie de la página.

—¿Diciendo?

—Este nombre es metafórico.

—Y otra para ella.

—Entonces no se le pone nada.

—Propongo: *El Pacificador*.

—Si va a ser un periódico político.

—No, señor; va a ser comercial.

—*La luz del desierto*.

—¡Bah! ¿y para qué quieren luz allí?

—Es metafórico.

—¡Pero señores! ¡esto es horrible! si de lo que se trata es de un periódico liberal, para hacer frente al oleaje ultramontano.

—¡Aaah! entonces el primer nombre le viene.

—El segundo es mejor; porque expresará nuestras tendencias de armonizar los espíritus.

—¡Utopía! ¿quién piensa en tal cosa teniendo el tercero?

—Propongo este otro: *La luz de las tinieblas*!

—Pero eso no se entiende.

—Tanto mejor.

—¡Bravo! bravísimo.

—¿Aceptado?

—Por compromiso.

—Por convicción.

—El segundo punto, señores, es éste, que se desprende del primero: ¿Cómo vamos a atacar?

-Con entera libertad: sin reconocer vínculo de sangre, ni social; ¡donde haya sombra... luz!

-¿Y la parte política?

-¿Y la comercial?

-¿Y las noticiosas?

-¿Y el folletín?

-Cada cosa a su tiempo.

-¿El periódico saldrá...?

-Cada tres meses.

-Es poco.

-Es mucho.

-Transemos. Cada dos meses.

-¿Y las noticias del día?

-Se irán acumulando.

-Nadie leerá el folletín.

-Tanto mejor.

-Nadie la sección comercio, porque será tardía.

-Y la revista del exterior.

-¡Oh! ¡bah! ¡bah! si vamos a preocuparnos de tan poca cosa, no acabaremos nunca.

-Veamos la suscripción. ¿Cuántos hay ya?

-Ninguno.

-Entonces haremos la lista ahora.

-Comencemos.

-El Sr. A.

-No me parece que se suscribirá.

-¿Por qué?

-Porque no.

-Pero eso no es una razón.

-Ya lo veo, pero no se suscribirá.

-Pero, ¿qué razón tiene Ud.?

-Hombre, no se me ocurre ninguna; pero es un presentimiento.

-¿No es liberal?

-Y algo más, es ultraliberal; pero no se suscribirá.

-¡Dele siquiera una razón!

-No tengo a mano, diré; pero apúntenlo.

-Es que no podemos quedar pendientes de una suposición; algún motivo tendrá Ud,

-Repito que es un presentimiento. Trataremos la cuestión después.

-El Sr. B.

—Tampoco.

—¿Por qué?

—Porque es católico, apostólico romano.

—Precisamente por eso se le debe mandar el periódico. La propaganda no se hace entre los adeptos seguros de la escuela; es necesario llevarla al espíritu de los extraños.

—No se suscribirá.

—Lo veremos.

—El Sr. C.

—Es metodista.

—Por lo mismo.

—No se suscribirá.

—El Sr. D.

—Es anglicano; no se suscribirá.

—El Sr. E.

—Es liberal; no se suscribirá.

—El Sr. F.

—Es liberal también; no se suscribirá.

—El Sr. G.

—Es racionalista; no se suscribirá.

—El Sr. H.

—Es materialista; no se suscribirá.

—El Sr. L, J., K., L... Z

—Son a, b, c, d, e, f, g, h, i... z; no se suscribirán.

—¿Quiere Ud., dejarse de fastidiar y dar una lista de gente que se suscriba?

—No se me ocurre ninguno, por el momento, veremos después.

—Bien, señores; ya sabemos a qué atenernos. En la próxima reunión, que será mañana a las dos de la tarde, traeremos lo que tengamos preparado, para entregarlo al regente.

II

Nadie se hace esperar.

Puntuales como ingleses, los miembros de la redacción de *La luz de las tinieblas* ocupan sus respectivos asientos a las dos de la tarde.

La cuestión principal, porque es de vida o muerte para la publicación, se presenta en la arena de las discusiones, lo que no debe extrañar a ninguno que haya tornado parte alguna vez en una discusión de arena.

—La lista de suscritores —dice el Administrador— alcanza a mil quinientos; pero ella está formada tomando los nombres de la Guía comercial.

—¡Bravo! haremos un tiraje de dos mil ejemplares. En cuanto a los trabajos preparados...

—El Sr. Redactor, cuya competencia es reconocida, puede ser eximido de dar lectura a los suyos.

—Pero, es que todos somos competentes en nuestras respectivas secciones.

—No rehusó el reconocimiento de esa igualdad, y antes por el contrario, daré principio a la lectura de mis dos artículos, de los cuales el primero se titula:

NUESTRO PROGRAMA

—¡Cómo! ¿y que habíamos tenido programa? —interrumpe uno de los presentes.

—¡Calla! pues, ¡no es nada la pregunta! ¿Qué sección tiene Ud. mi amigo?

—Bailes y diversiones públicas.

—¿Quiere Ud. Irse... al baile, entonces?

—Con mucho gusto.

—Nuestro programa, señores, comienza así:

“Al lanzarnos en el circo de las pasiones del periodismo, no venimos como gladiadores noveles a quebrar la primera espada, ni a dejarnos devorar por los leones de la lucha. Nuestras armas son de acero bien templado y si es verdad que sabemos parar con ellas los golpes de la ignorancia y embotar con sus filos, el filo del de las espadas que pretenden dominarnos, no lo es menos que estamos dispuestos a todos los combates y a todas las manifestaciones del espíritu”.

—¡Bravo! ¡bravísimo!

—Continúo: “En presencia del torrente de libertad que invade las más apartadas regiones del orbe...”

—¿Me permite el Sr. Redactor que le interrumpa?

—Como no.

—¿Cuáles son esas regiones más apartadas?

—Todas.

—Propondría un cambio.

—Veamos.

—¿Que invade la luna?

—¿La luna invadida por la libertad?!

—Claro: desde que el Sr. Redactor se remonta hasta ellas...

—Continúo. No sea Ud. impertinente.

—¡Hum!

—“Nuestra sociedad no puede ser indiferente y el grito poderoso que levanta la conciencia humana...”

—La conciencia no grita...

—Terminaré aquí...

—No, señor, de ningún modo; es una simple advertencia. Guardaré silencio y observaré al fin.

—“... es para pedir un órgano que la mantenga al nivel de todas las evoluciones y progresos del pensamiento moderno. Esa es nuestra causa generadora. Ese es el único estímulo de nuestra actividad”.

—Se equivoca el Sr. Redactor. El estímulo de nuestra actividad es la lucha por la vida.

—¿Y va Ud. a decirlo al pueblo de ese modo?

—Es claro.

—Y el pueblo le enviará a sembrar papas.

—Lo que viene a ser tan liberal como no decirle la verdad.

—Mi segundo artículo.

—El Sr. Redactor no debe olvidar que, con mínimas excepciones, todo el periodismo de Buenos Aires es liberal.

—¿Y a mí qué me importa? Mi segundo artículo... se refiere a nuestro candidato para la presidencia.

—¿Candidato? ¿Y qué tiene que ver un periódico liberal con un candidato?

—¿Cómo? ¿Y qué no debemos dar cuerpo a nuestra idea? ¿No debemos encarnar todo el fuego de nuestras pasiones, todo el calor de nuestras ideas en un ciudadano distinguido que simbolice la aspiración suprema de los pueblos? ¿Debemos acaso aletargarnos, encerrándonos en el círculo estrecho de una aspiración indefinida, sin forma, sin color y sin caracteres? Yo protesto, señores, y rehuso la responsabilidad de llevar la ilustración a las masas populares, si no se la he de presentar bajo una forma práctica y tangible.

—Muy bien, pero nada menos práctico que nuestro programa, si hemos de atenernos a la forma concebida por el Sr. Redactor.

—Esa es una opinión, y al fin, Ud. mismo, que es cronista parlamentario, ¿qué es lo que ha hecho?

—¿Yo? llenar mi sección.

—¿Y cómo la ha de llenar, si las Cámaras todas están en receso desde hace mucho tiempo?

—Justo. La he llenado con un cuento parlamentario y liberal.

—Vaya una originalidad.

—No tan grande como la del programa del Dr. Redactor.

—¡Eso... nos lo explicaremos!

—Cuando el Sr. Redactor lo juzgue oportuno.

—Veamos el cuento.

—Aquí está.

—El cronista parlamentario llevó la mano a uno de los bolsillos de su levita, y sacando de él un pliego de oficio, leyó lo siguiente:

DORA

“La conocí en un baile con que el Embajador ruso obsequió en París al Embajador turco en 1871.

Por qué fue allí y no en el cielo... no lo alcanzo a comprender.

Tal vez será porque en el cielo no hay más almas que la eterna armonía de los astros, que habían reconcentrado en los ojos de Dora toda la luz del infinito que destellaban desde la eternidad.

La vi pasar como un crepúsculo, y al perderse entre las aristocráticas parejas que llenaban los salones del Conde S... creí que el caos había renacido en mi corazón.

¡Era tan bella!

¡Tenía alma!

¡Alma! Mas no era alma en su expresión de vida... era el amor en su expresión de gloria.

Perdón si te adoré.

Sólo una vez te vi; ¡ah! tú no me has visto Dora, pero me has sentido en tu corazón —gracias”.

* * *

“No puedo más.

Un esfuerzo de arte podría arrancarme la página más bella de mis deseos. Siento anestesia de expresión.

Tu sombra fugitiva pasa por mi cerebro enardecido como un rayo de luz y al procurar definir tus rasgos incomparables, algo penetrante despedaza mi corazón.

Sólo una vez te vi. ¡Qué importa! si al verte he sentido que tu imagen era inmortal”.

* * *

“¡Imposible! ¿Quien que haya sentido esa vibración del amor celeste podrá pedirme hoy un canto a la memoria de Dora?

Aún conserva mi memoria su imagen de idea. Aún permanecen secas las fuentes del llanto —ese rocío del amor mundano”.

* * *

“¡Dora!

Te amo con la dulce esperanza de no volverte a ver.

Artista apasionado, sentía la necesidad de un amor indefinible para dar a mis obras esa expresión que nadie explica cuando se halla en su presencia y que revelando la vida del imposible en el mármol han arrancado a muchos esta expresión: ¡Loco!

¡Loco! ¡por sentir el amor sin deseo, la pasión sin carne, la forma sin líneas, el vértigo sin sombras! ¡Oh! ¿Quién si no tú confundirás este sentimiento; tú que lo inspiras al difundir las irradiaciones de tu imagen como una niebla de luz?”

* * *

—Pero eso no es parlamentario.

—A ello voy, Sr. Redactor —continúo:

“¡Dora! Eres joven aún.

Apenas ha comenzado para ti la vida de los sentimientos y si es verdad que tu propia belleza, que has reconocido, no te ha deslumbrado, es porque tu corazón es demasiado puro para que lo empañes con las tormentas de la coquetería y el desengaño de la victoria.

Jamás el desengaño ha penetrado en mi alma.

He perseguido siempre la línea que encarna la belleza bajo la forma del golpe griego, y he hallado la proporción, la armonía, la majestad... el modelo frío y muerto de la hermosura clásica.

He buscado en las obras de todos los maestros el ideal del arte y no lo he hallado.

Pero eso no es desengaño

Te he visto al pasar, y el ideal ha brotado del cincel.

Al sentirte en mi espíritu de artista, era porque reconocía en ti la forma amada que soñaba.

No te vi —te vislumbré. Chispa de luz desprendida de un astro incandescente, generaste el incendio de una vida. Verte una vez más, sería comprenderte una vez menos.

Eres la belleza, eres la perfección suprema de la naturaleza sin la concepción del arte.

¿Qué más puedo decir?

No te pido amor, porque tu vislumbre me ha creado; no te pido amistad porque tu belleza es demasiado superior a ese sentimiento delicado. No pido nada. Escucha mis delirios —son la fiebre de la negación”.

—¡Pero eso no es parlamentario!

—A ello voy, Sr. Redactor.

“Bajo la influencia de las realidades que nos cercan, que nos envuelven, que nos abruman, brota como una aurora, en el fondo de nuestro espíritu, algo tenue, delicado e impalpable. No tiene forma, ni carne, ni colores, tiene solamente vida, tiene expresión y encanto. Se siente angustia al conocer su existencia. Se goza y se sufre, se vive y se muere, se odia y se ama, mas luego se ignora y se admira, y en esta lucha de ideas encontradas, padece la razón bajo la influencia del sentimiento, y se procura descifrar el velo que esparce en el alma, y cuanto más se empeña ésta en definirla menos se percibe y más se desvanece o se evapora.

Es una vislumbre que nace del conjunto de nuestros sentimientos, es una evocación de la realidad que llama al porvenir, es el golpe de la mano sobre el harpa, no entra en la armonía porque no forma parte de ella, pero no puede evitarse, es el ruido de una cascada, no es necesario, pero es imprescindible. No es un pensamiento, es una imagen menos definida que un boceto y más activa que una idea.

Es algo como el estilo del corazón, que se alcanza entre las brumas de sus latidos, y que la imaginación no podría, bajo ningún cielo, expresar con los colores de su paleta inimitable.

Eso es el ideal”.

—Pero no es parlamentario.

—¡Déjeme Ud. seguir —a ello voy!

“Nuestro espíritu, hijo de los sentidos que lo forman, se desprende al fin casi por completo de los vínculos que lo atan al mundo externo —vive con vida propia —inutiliza las esencias de lo que ha recibido, seleccionando lo más delicado de las imágenes, que conserva y lo más puro de los sentimientos que en él se engendran, forma esa vislumbre que se llama el ideal.

Así, Dora, así se siente el arte.

Así brotan las cataratas de armonía bajo esa forma que el sonido expresa.

Así siente el pintor las combinaciones del rasgo y del colorido.

Así se arrancan al Paros o al Carrara las estatuas divinas que latían ocultamente en sus astros sagrados...”

—Eso no es liberal; eso no es crónica parlamentaria; eso es falso, y sobre todo... es un mamarracho.

—Pero tiene justamente el número de líneas que se necesitaba para llenar mi sección. ¿No están las Cámaras en receso?

Al oír estas palabras el empresario se puso de pie, y con el tono solemne de las grandes decisiones, dirigió las siguientes palabras a los miembros de la redacción de *La luz de las tinieblas*:

—¡Señores! El espíritu liberal no se difunde por el periodismo; se propaga con los grandes ejemplos de virtud cívica, y no con el idealismo ni con la intolerancia a las viejas preocupaciones. Dejadlas que se derrumben solas y sobre sus escombros venerables, levantad el altar de la razón y de la justicia.

Al día siguiente *La luz de las tinieblas* se había extinguido para siempre, en las sombras de la muerte.

6. POLÍTICA CALLEJERA

(*Nueva Revista de Buenos Aires*, junio, 1881)

Hagamos, Epilobio, un poco de política callejera; de esa que no requiere una frente muy despejada, ni un bolsillo hartogembundo de abundancia ni de escasez, ni un vientre bien desarrollado a expensas de todas las potabilidades y edibilidades del mundo, ni un grande y santo amor a las instituciones libres, ni mayor entusiasmo por la libertad en el orden o por el orden en la libertad, sino sencillamente ese buen sentido que se tiene después de tomar una comida simple, nutritiva, moderada, con su buena taza de café como coronación y el consabido habanillo con forro de papel por honor a las letras, a la libertad y al derecho común.

Seamos Sancho-Panza por un momento, no obstante todas las exigüidades de nuestros volúmenes máximos, y razonemos, Epilobio, razonemos, si razón cabe en la discusión callejera que vamos a emprender.

Tú eres miembro conspicuo de la propia familia, en presencia de la cual jamás se te ha ocurrido reclamar lo que nadie te había arrebatado, es decir, el nombre que llevas y las condiciones individuales que te caracterizan como hombre y como miembro. Cuando has tenido sed, te ha bastado servirte agua o vino o hacer que te sirvieran una u otra cosa, por amor o por insinuación. Tu hambre ha sido satisfecha¹ con las adquisiciones que el trabajo de tu padre, el de tu hermano o el tuyo propio han llevado a la mesa común, y jamás ha pasado por tu imaginación la idea de que tu hermano o tu padre te dejaran sin comer o sin beber, por darse la estúpida satisfacción de verte hambriento o sediento.

En el seno de tu familia, te ha bastado guardar el orden en tu libertad individual o ser libre en el orden de tu familia, para que tus digestiones se hicieran plácidamente, sin interrupción y sin violencias.

Si en tales límites² te hubieras conservado ¿no es verdad que habrías podido llegar a este momento con todas las satisfacciones que debe experimentar el hongo allá en el silencio de sus expansiones nocturnas, ya que la

¹ [saciada] "Política callejera" en *Filigranas de ceras y otros textos*, edición de Enriqueta Morillas Ventura y Rodrigo Guzmán Conejeros. Las variantes de esta edición del texto de Holmberg tal cual apareció en *Revista de Buenos Aires* se indican entre corchetes, entre paréntesis mis observaciones.

² [Si en casos límite].

evolución del mundo no le permite levantarse más, a la imitación de las catedrales, ni a la aspiración de las corrientes en que vuelan los cóndores?

¿No es verdad que serías feliz, tanto cuanto puede serlo un topo en su galería subterránea, o un avestruz a pesar de todas las inquietudes que le rodean en los desiertos?

Pero un día, triste día por el cual han pasado todos los hombres que pueden valer siquiera un comino en el huerto de las grandezas humanas, un día, sentiste bastante fuerza para mirarte con el alma, y tus ojos, que tantas veces te habían revelado a ti mismo frente a un espejo³, te fueron esta vez más, por el mismo espejo, devueltos con todos los signos que representan la sorpresa, el estupor, la vacuidad del alma en presencia de lo desconocido.

Sentías⁴ un pensamiento en tu organismo.

Reconocías que había algo más allá de las buenas digestiones, que pugnaba por elevarse sobre los caprichos de un bostezo y las coqueterías de una indigestión.

Te habías emancipado con sólo reconocer tu pensamiento, con sólo descubrir que no eras incapaz para⁵ penetrar los secretos de la constitución doméstica y los móviles que habían obligado a tu padre a someterte a un régimen de tranquilidad y de paz, régimen que, hasta, aquel momento, te había dado fuerzas pasivas para hacerte guardar orden en tu libertad y libertad en el orden de tu familia.

¿Eras menos libre por haberte reconocido un pensamiento?

¿Digerías peor después de saber que estabas emancipado?

¿Habías perdido por eso las aptitudes de trabajo que hasta, entonces te habían hecho considerar como un miembro conspicuo de tu familia, tan conspicuo como cualquiera de los otros miembros?

Soñaste un día, sin embargo, gracias a cierta revolución que produjo en ti una taza de té muy cargado, que valías más que tu padre y que tu hermano, en los cuales no habías encontrado el pensamiento después de examinarte a ti mismo. Bastábase al despertar valer más que ellos para ti, y no era poca tu sorpresa al saber que en nada habían cambiado, ni en sus relaciones mutuas, ni en la reciprocidad de las comunicaciones entre ellos y tú.

³ [frente a un espejo, devueltos con todos los signos] (*omitido: te fueron esta vez más, por el mismo espejo,*).

⁴ [Sentían].

⁵ [incapaz de] (*el autor no quiere decir no capaz de hacer ciertas cosas, sino incapaz para: inútil, falto de aptitud para determinada cosa*).

Fuiste durante algún tiempo, tu propio faro, tu antorcha, el Sol y la Luna de tu firmamento vacío, y no quisiste, porque no pudiste, girar en torno de ellos como creías que ellos giraban en torno tuyo.

Pero tu pensamiento, más libre⁶ que sus propios caprichos accidentales, siguió elevándose sobre el mutismo de tu grandeza, y otro día, con mayor sorpresa que la vez primera, supiste por su intermedio y sus adquisiciones que había algo que se llamaba derechos.

¿Por qué vivo? ¿por⁷ qué pienso? ¿se me ha consultado para darme la vida? ¿se⁸ ha tomado en cuenta mi voluntad para proporcionarme las susceptibilidades orgánicas, que en sus elaboraciones incesantes han llegado hasta producir un pensamiento involuntario para mi satisfacción personal?

Yo no lo sé —repuso tu conciencia. ¿Lo sabe mi hermano? ¿Lo sabe mi padre? ¿Lo sabe alguien?

Nadie lo sabía para ti, porque no sospechabas que alguien pudiera saber lo que tú ignorabas.

Sin que te lo enseñaran; y aún sin alcanzar a comprender por qué causa lo habías ignorado, reconociste que aquellos eran hechos de un orden perfectamente natural y que en el encadenamiento incesante de hechos de igual categoría, se fundaba el encadenamiento de todos los derechos naturales.

Con el andar del tiempo, alcanzaste el conocimiento de otro hecho tan natural como los primeros, cual era la presencia de un pensamiento en tu hermano y de otro en tu padre, y que, por lo mismo que ellos existían y pensaban, debían pensar y existir por las mismas causas que tú, y que también tenían derechos naturales, que se encadenaban en sus existencias respectivas así como en la tuya⁹.

El tiempo, entretanto, iba corriendo, y al abrirse para ti de par en par las puertas de la sociedad, reconociste que todos los hombres tenían los mismos derechos naturales que hasta entonces te habían parecido encerrados en los estrechos límites de tu familia.

Llegó hasta ti el conocimiento de la sociedad humana, de la sociedad universal y ese mismo conocimiento te reveló que en la indefinida sucesión de hechos naturales universalmente esparcidos, se hallaba envuelta la sucesión indefinida de derechos naturales, esparcidos de un modo igualmente universal.

⁶ [libres].

⁷ [Por].

⁸ [Se].

⁹ [suya] (se omite el punto y aparte después de tuya).

Tu cerebro se ofuscó en presencia de aquel caos de derechos, de aquel torbellino de hechos que los engendraban al preguntarte¹⁰ por qué la humanidad no se ofuscaba como tú, reconociste que todos ellos se agrupaban con más o menos naturalidad y que el orden no era un imposible en las relaciones humanas, ya que no lo era ordenar los hechos y derechos.

Así has llegado a comprender lo que significan esas palabras "los hombres son hermanos"; —has recordado al que lleva tu propia sangre y has dicho en tu corazón "seamos hermanos". Te has reconocido vivo, con un pensamiento, y libre y has dicho "todos mis hermanos son libres", "todos mis hermanos tienen un pensamiento", "todos mis hermanos son iguales".

¡Libertad! ¡igualdad! ¡fraternidad! ¡He aquí las grandes antorchas que guían a mis hermanos desde la cuna hasta el sepulcro!¹¹

Hermoso corazón, dulce claridad del pensamiento, ¿por qué no brillas como una eterna aurora sobre la frente de esa humanidad? ¿Por qué, rayo ardiente, no arrojas tus inextinguibles resplandores, tus infinitas reverberaciones, desde un cielo sin nubes, al cual jamás envuelva un crepúsculo con promesas de tinieblas?

¡Mira, Epilobio, mira! todo esto es¹² bellísimo. Es el ideal de la humanidad ocupada!

¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Fraternidad!

Hagamos entrar en juego la humanidad desocupada y examinemos a grandes rasgos, como tú lo hiciste, lo que son esas tres grandes palancas con las cuales harías dar cien mil volteretas a todas las humanidades, si como Arquímedes pretendieras hallar puntos de apoyo para ellas.

Discutamos un poco esa *Libertad*.

Me dirás que la libertad es un hecho, y que los hechos no se discuten; a lo cual te observaré que la Libertad es un derecho, y que por lo mismo se discute siempre. Aquí tu sorpresa no tiene límites, al considerar cómo puede haber derechos que no sean hechos o que no estén fundados en ellos. Has visto la Libertad en la familia, en la sociedad, en el gobierno, o por lo menos la has oído nombrar. Te hablan de Libertad en el editorial con fondo o sin fondo; en el Manual de filosofía; en el sermón; en el café, en el teatro, en la plaza, en las prisiones, en el paseo, en la tierra, en el agua, en el aire, en el parlamento, antes y después del combate, después y aun antes

¹⁰ [preguntarse].

¹¹ [guían a mis hermanos hasta el sepulcro] (*se omite*: desde la cuna).

¹² [¡Mira, Epilobio, mira! Todo es bellísimo].

de cortarte la cabeza; te venden una estampa de la Libertad representada por una mujer ideal, estampa que encuentras en todas partes; como en todas partes has oído nombrarla; te habla de libertad el negrero, el filósofo, el usurero, el abogado, el médico, el boticario, el almacenero, el aeronauta, el soldado, el pueblo y el gobierno.

¡Cuando gozas de ella la pides, la reclamas con lágrimas en los ojos, y si gritas mucho te prohíben llamarla a nombre mismo de la Libertad!

Hay Libertad en los himnos, en las oraciones, en la historia, en la geografía, en la primera página y en la última de todas las explosiones en que suele estamparse el patriotismo: En todas partes está. A un gran poeta se le ocurrió decir *Auf den Bergen ist Freiheit* (1) (La Libertad habita en las montañas), y desde entonces se la busca en las montañas y en las llanuras. Juega ella entretanto a las escondidas y se levanta al poeta una estatua por la Libertad. Entretanto, mírala, tan bella, tan graciosa, tan sonriente.

¿La conoces? ¡A que sí!, ¡a que no! Tienes Libertad para morirte de hambre, si no trabajas; la tienes para morirte también, si trabajas demasiado; tienes Libertad para elegir el género de paliza que más te agrada; la tienes para significar si prefieres que te ahorquen o te fusilen; la tienes para elegir el médico que ha de curarte o matarte, entre todos los que no conoces ni puedes conocer; no te falta para señalar el abogado que ha de arruinarte, si te descuidas o si se descuida él; la tienes para votar por mí o por ti, o para no votar absolutamente, con tal que tu nombre se halle o no se halle inscripto en el debido o indebido registro; la tienes para gritar "¡viva fulano!" a quien no le importa un palmo quien eres tú; la tienes para afiliarte a éste o a aquel partido político que te llamará bribón o estúpido el día que te permitas la libertad de tener una idea; la tienes para gozar, para sufrir, para comer, para beber, para ser enterrado muerto o vivo, con tal que puedas pagar lo que bebas, lo que comas, lo que sufras, lo que goces; lo que represente tu entierro; la tienes para pagarte un título de conde o de marqués con todas las apariencias de igualdad o de fraternidad, según más te agrade y la tienes en todas las dosis, en todas las cantidades, en todas las diluciones; desde la libertad que viola todas las libertades individuales y colectivas, hasta lo que te aprieta el gañote contándote las maravillas de la Libertad; en todos los tonos y semitonos, desde la libertad en *do* natural, hasta la libertad en *re, mi, fa, sol, la, si* sostenido; en todos los colores; desde la verde libertad que te predica las maravillas de la otra vida que no conoces, y la libertad roja que te corta la garganta, con la cual solías fastidiar a tus vecinos cantándoles un himno a la misma, hasta la libertad azul que no te la corta, pero que te habla de fraternidad al dar un puntapié al mendigo que no ha tropezado con un grano de arroz en toda la jornada... En fin,

después de esta, atroz, enorme montaña de Libertades, de indigestión, de esta plétora de Libertad ¿dirás que careces de ella?

¡Aaah! ¡y¹³ los deberes!... ¡Baah! Eso sirve para la definición: *La Libertad es el justo equilibrio de los derechos y los deberes*. Hermosa, bellísima definición. Es la mejor, es la expresión de la soberana libertad de mi pensamiento emancipado. Es la única buena que conozco, porque no conozco otra; porque jamás se me había ocurrido pensar un poco seriamente sobre la Libertad.

“La Libertad es libre” no es una¹⁴ definición, pero en cambio es un disparate, precisamente porque el día que la Libertad sea libre, dejará de ser Libertad. Mi definición es la mejor de todas, no como una verdad, sino como una definición.

Tiene un inconveniente, sin embargo.

En ella se habla de derechos, de deberes, de equilibrio.

Todos tienen derechos, todos tienen deberes.

Pero ¿está demostrado que todos tienen equilibrio?

No; lo que sí está demostrado es que cuando no tambalean los que tienen los derechos, tambalean los que tienen los deberes, y no sería menos axiomático que a veces tambalean todos.

¿Qué es el equilibrio?

“La cantidad trascendental entre los derechos y los deberes”, lo cual es perfectamente falso en presencia de cualquier saltimbanqui que se precipite de la maroma al suelo y se descrisme a nombre de la Libertad.

—Pero, Epilobio, tú no me discutes, me dejas hablar sin réplica.

¿Cómo pretendes que te hable de la ley del sufragio libre y universal, de los derechos individuales, de las libertades públicas, del orden en la libertad, de la libertad en el orden, de la igualdad, de la fraternidad?

—Yo no he pretendido jamás que me hables de todas esas cosas tan sonoras, porque tú eres pueblo; como pueblo estás condenado a que incessantemente te repitan esas palabras para ti vacías, porque jamás te han enseñado lo que significan; porque con una mano te muestran el fantasma de la Libertad y con la otra te aferran un grillete de preocupaciones; porque, tú eres como la ola sujeta a los vientos y a los astros, que vas lamiendo y labrando la arena de la playa, sin recordar que esa misma playa era en otro tiempo la dura peña en que, ola poderosa, reventabas al estrellarte, y hoy, dominada por esa blandura, por esa suavidad, por esa perpetua man-

¹³ [Y].

¹⁴ [no es definición].

sedumbre, te arrastras, te deslizas sin bríos y sin repercusiones, para ir a levantar sobre otras riberas los futuros cimientos de nuevas épocas, para estrellarte otra vez en ellas, deslizarte una vez más, olvidando siempre que esas arenas, que esos peñascos son la eterna barrera que te sujeta a tu cauce; -porque eres grande, porque eres noble, porque eres bueno -como eres¹⁵ bueno, contemporizas; como eres noble, desdenas; como eres grande, te levantas en tu inmensidad y no ves el oculto cáncer que te devora en tu grandeza, en tu nobleza y en tu bondad; porque no sabes lo que puedes, lo que debes, ni lo que quieres; ¡porque eres y serás el gran pueblo más satisfecho del nombre que de serlo, porque te hablan de igualdad a medida que se aumenta el desnivel de tus capas, y de fraternidad cuando ponen en tus manos las armas con que has de ensangrentar inútilmente el hogar de tus padres!...

-¡Qué ocurrencias tiene este Epilobio! no quiere que le hablen de Igualdad, de Libertad ni de Fraternidad, unas palabras tan lindas y cuya última sílaba es exactamente igual al ruido que produjeron las cabezas de Luis XVI y de María Antonieta al caer en el tablado de la guillotina... ¡Libertad!... ¡Igualdad!... ¡Fraternidad!

¹⁵ [como bueno, contemporizas].

7. LA CIUDAD IMAGINARIA (*La Crónica*, 14 de abril, 1884)

(Artículo fantástico para mañana)

Érase que se era en tiempos de ogaño.

Buenos Aires despertó con la aurora y sintió —¡grande fue su sorpresa!— que algo faltaba en su cráneo de ladrillos.

En vano pestañeaban las cornisas de las ventanas —era inútil— el pestañeo¹ sólo producía hebras de rocío que, al resbalar, lubricaban los vidrios, esas córneas de la curiosidad de una casa.

Las puertas se asomaban en las veredas y sacando la lengua de umbral en actitud de profunda estupefacción, preguntaban a las vecinas, sin expresarse con sonidos, cuál era la causa de aquel silencio.

Las vecinas contestaban con la mano del llamador inmóvil o suspiraban la palabra *buzón* cuando lo había², o mostraban ignorancia con su lenguaje de tablas y barrotes.

Otras veces, el cerquillo coqueto de una balaustrada dejaba pasar la imagen indiferente de una estrella empalidecida, que, en su agonía, miraba desde el infinito, sin conmoverse por la curiosidad de las puertas, ni por la sorpresa de las ventanas.

Era aquello un cuadro singular.

La brisa de la mañana pasaba por los frentes de las casas tan silenciosa como la respiración de una mosca y sólo alguna que otra columna estupefacta, con un chapitel corintio desproporcionado, sentía un chucho que la alargaba para darle proporción, o la acortaba para hacer más ostensible su defecto.

Sólo las columnas se movían, y si el rocío las imitaba, era para demostrar que la copia no vale jamás el original.

Esto no es maravilloso, ni debe alucinar a nadie.

¹ [-era inútil-, el pestañeo]. "La ciudad imaginaria" en *Filigranas de cera y otros textos* edición de Enriqueta Morillas Ventura y Rodrigo Guzmán Conejeros. Las variantes de esta edición del texto de Holmberg publicado en *La Crónica* se indican entre corchetes, entre paréntesis y en *italicas* mis observaciones.

² [la palabra *buzón* —cuando lo había,].

II

El sol³ de todos los días había hecho ya bastante aparato de arreboles en el horizonte sin cometas, para que no se sospechara que pronto iba a aparecer sobre las aguas, lo que al fin se realizó sin ruidos, sin manifestaciones turbulentas, porque el sol es un personaje grave y silencioso que no estima la bambolla, sino cuando se trata del oro y de la púrpura cual conviene a un astro imperial como él, que tiene su corte de tiranuelos más o menos atrevidos.

Poco a poco sus rayos inquisidores cayeron sobre la ciudad y asomándose por las persianas y los vidrios, contemplaron muchos cuadros de la vida nocturna: aquí y allí un tablero de ajedrez; más allá libros, naipes o dados; ropas por todas partes, pero en ninguna un habitante.

Y la frente del sol⁴ se nubló de sorpresa con una nube que viajaba al septentrión.

—¿Qué será? —preguntose⁵ con el rostro encendido y fulgurando a la ciudad de Mayo con sus ojos negros.

—Han pasado trescientos años desde que comencé a iluminarte. Día a día mil rayos te han contemplado con cariño, cuando las brumas hiemales no velarán mi semblante.

¿Por qué duermes, ciudad del Plata?

¿Por qué no me saludas con tu eterna algazara y perpetuo bullicio?

¿Por qué cierras tus puertas y me impides acariciar a través de ellas el grupo de rosados niños y gentiles doncellas, enviándome su saludo matutino?

¿Por qué no respondes con el tumulto de tus calles al bramido del río que agito con mi encendida cabellera?

¿Por qué se balancean las naves del puerto, sin que la voz de mando, ni la silueta del guardián⁶ rompan los contornos de la borda, o el aparejo o se repitan de eco en eco y de reflejo en reflejo?

No escucho la voz de tus máquinas, ni veo las nubes de tus fábricas.

¿Duermes, Buenos Aires, ciudad de Mayo, hija del platino Río que besa tu planta con sus espumas cuando mi encendida cabellera se esparce en sus reflejos?

Así habló el Sol.

³ [Sol].

⁴ [Sol].

⁵ [—¿Qué sera? Preguntóse].

⁶ [guadia].

Y al escucharle, las nubes se desflocaron de gozo, como cendales de vírgenes hechos jirones⁷, —y volaron estremecidas en el aire, y palidieron como en un espasmo que no sentían, como en un deleite que no las convulsionaba.

Y las olas del Río se encrespaban debajo de la espuma.

Y las brisas revoloteaban en el seno del aire.

Y la gran ciudad miró al sol de trescientos años y elevó su himno con coro de brisas, de espumas y de nubes.

III

—Desde tu trono etéreo, lanzas el rayo alegre que da la vida al árbol, modelando con su savia la flor purpúrea y el fruto perfumado —dijo la gran ciudad.

—Tu cabellera de fuego, más hermosa que el oro, más ardiente que las pasiones ya no calienta mi corazón —mi corazón que era azul y blanco, como el dosel que iluminas con tu rostro.

Ya no escucho los acentos que en otro tiempo vibraron en mis oídos, apenas destacada de la llanura en que se te tributaba un culto y se adoraba tu imagen como la de un Dios.

Mis últimos huesos carcomidos se derrumban hoy entre montones de argamasa y nubes de polvo.

Mis nuevas carnes repercuten una palabra que me mata:

Ya no se dice “el Sol de Mayo” se dice “Progreso”.

Ya no se te invoca, porque hay quien piensa en mi recinto que la plegaria tardaría diez y siete años en llegar a tu oído.

Los poetas ya no abusan de tu nombre, sino cuando miden tus ardores, o recuerdan que tus destellos templan las arpas de los bosques, o impelen⁸ la ráfaga de la campiña o matizan de grana no explicada la aureola del crepúsculo.

Hay quien te niega tu manto de púrpura y no falta quien te grazna, como las ranas de antaño cuando los cielos revelaron tus nupcias, el nombre de Krakatoa (1).

Si estos corpúsculos de todos colores, que circulan llenos de petulancia y vanidad por mis arterias, fueran razonables, como lo pretenden, no habría llegado aún a conmover tu hoguera el estampido del cañón fraticida, y si⁹ apenas los lamentos de desolación y de muerte en tierra extranjera.

⁷ [girones].

⁸ [impera].

⁹ [si].

Ya no doblan la cerviz los que nacieron en la llanura, ni a tu rayo, ni a tu hombre. Si la doblan, no es por ti.

Apiádate, ¡oh Sol! mi desdicha es tan grande, que han llegado estos corpúsculos al extremo de adornar mi frente con palmeras raquílicas, y tú¹⁰, que te complacías en verme retratada en las aguas del Río, y observar mi crecimiento, has olvidado tus mejores dardos para quemar el espantoso adorno.

Y las nubes revolotearon en el aire¹¹, como un enjambre de diablos haciendo cabriolas; y las espumas dibujaron muecas en la playa de arena; y las brisas murmuraron una carcajada sonora y aguda.

Tal era el coro del himno.

IV

El aire estaba tibio ya y Buenos Aires dormía. ¿Dormía?

Un momento después, el calor había aumentado.

Ni una sombra movible en las calles de la gran ciudad.

Ningún ruido despertado por la voluntad humana.

Sólo las aves de corral, y los otros animales domésticos, formaban su concierto diario; mientras que la nota de un tablero rechinante por el calor creciente, se elevaba de cuando en cuando, como desprendida de un diapasón de madera.

Nada de esto oía el sol.

Volando con empuje violento hacia el Zenit, todo lo veía con sus rayos directos, o por la luz difusa.

Iba a suspenderse por un instante, menor que un segundo, en el meridiano de la ciudad platina, para señalar con sus destellos el momento de la hora que regula la vida en sus actos colectivos.

Pero antes de llegar a la cima de su vuelo gigante, antes de alcanzar el radio vertical, sintiose detenido por una fuerza que no conocía, por un meridiano ignorado.

—¡Me llaman! ¡me observan! ¡miden mi paso!¹² —dijo el Sol, en el momento en que uno de sus ojos, sus ojos negros, con aureola gris¹³, asomaba en el borde del Poniente.

¹⁰ [tu].

¹¹ [en el aire como un enjambre].

¹² [¡Me observan! ¡Miden mi paso!].

¹³ [aureola gris].

Miró hacia el Norte.

Y su vista instantánea vio extenderse una parte¹⁴ del Paraguay, las soleadas del Brasil, pasó por las Guayanas y se perdió en la inmensidad del Océano, para tocar Terranova, el Labrador, bañarse luego en el mar de Baffin, cortar la Groenlandia, asomándose al fin por sobre los hielos eternos del polo norte y distinguir apenas la costa de Siberia.

Mas no era de ese lado que le atraían.

Arrojó a los espacios una llamarada y miro al Sur.

Cortó como el relámpago la imagen de Corrientes, el río Uruguay y una porción de la Banda Oriental, para humedecer su cabellera en el Plata.

Apenas hubo fijado su atención en la Costa bonaerense, sintió como un estremecimiento que recorrió su masa incandescente.

Era que en aquel mismo instante una parte de sus rayos señalaba la hora meridiana en una agrupación extraordinaria, que casi no conocía.

Pareciole distinguir, entre la reverberación de su propia luz, que algo como una muchedumbre humana de centenares de miles se agitaba en las calles de una gran ciudad, *la ciudad imaginaria*, surgida apenas de la Pampa ondulosa.

Hizo el sol un nuevo esfuerzo y fijó su atención, toda la atención colosal de un astro de su tamaño, en el pequeño mundo que corría y corría por los espacios, mirándole sin cesar con distinta cara.

Y vio canales espaciosos que no había mirado, en los que bien pronto iban a flamear todas las banderas del pequeño mundo; y vio un bosque de árboles siempre verdes que destilaban de sus ramas y de sus hojas un bálsamo de vida, cuando él, desde su trono etéreo, les enviaba su hálito más ardiente y vigoroso; y vio edificios suntuosos que habían sido cimientos en la víspera y que ya le interceptaban el examen de la planta y de la vida de su seno.

Y contempló extasiado los gallardetes de todos los colores, y las hebras de humo que volaban por el aire resolviéndose en repentina nubecilla.

Y sus rayos se quebraron y descompusieron en el agua de las fuentes, formando arcos multicolores en medio de las inquietas muchedumbres.

Y las nubes, y las brisas y las espumas, entonaron el coro del himno de los himnos.

V

—No oigo tu voz, Gran Ciudad, que me miras con todas tus caras, porque el sonido es perezoso mensajero —dijo el sol desde el fondo del Zenit.

¹⁴ [instantánea ve una parte del] (*omisión de: extenderse*).

—Pasarán muchos años sin que escuche las maravillas de tu prodigiosa actividad; pero tengo una mirada que te percibe como evocación del poder que elabora la forma con la fórmula.

Yo te daré mi luz, y mis colores; destilaré los bálsamos de tus bosques, y sacaré las aguas que te dañen y en alas de las ráfagas platinas te enviaré la humedad y la frescura que te calmen cuando mis rayos te consuman.

No eres la libertad, pero eres la voluntad, y la voluntad encadenada a la fórmula, se hace cuerpo en tu conjunto, y tu conjunto es un prodigio.

Yo soy el Sol de Mayo, como lo he sido para tu gloriosa hermana. No tendré altares en tu seno; pero Noviembre me saludará con los perfumes de tus jardines y de tus campos, y el lienzo azul y blanco que recogió mi imagen en su centro, flameará también en tus palacios cuando sople en tu corazón el viento de la patria, que yo arrebataré a las soledades en el día de los grandes recuerdos.

El sol siguió su marcha.

Y los gallardetes de mil colores, sacudieron al viento sus ondas agitadas.

Y las hebras de humo detuvieron su línea en nubecillas repentinas.

La ciudad imaginaria entonó sus himnos.

Y las nubes, y las brisas y las espumas repitieron el coro de los himnos.

VI

Buenos Aires no estaba dormida.

Si así lo creían las puertas y las columnas, el Sol le perdonó en atención al sexo.

Buenos Aires estaba solitaria.

El sol lo comprendía así desde la altura, y al culminar¹⁵ sobre ella, le tendió su manto de luz como caricia de Abril, porque sintió la presencia del pensamiento de fraternidad, consolidado en la ciudad que le rinde su culto, y fijado para siempre con el bautismo y las nupcias de la hermana.

—Buenos Aires y La Plata se abrazan hoy bajo mi luz —dijo el sol— así lo dirán mis rayos a los pueblos de Occidente.

Y sacudiendo su dorada cabellera, voló al Ocaso arrastrado por las horas.

Ladislao Kaillitz

¹⁵ [caminar].

8. EL MEDALLÓN (*El Tiempo*, 29 de septiembre, 1898)

El remate de los bienes muebles del Sr. Don Gofralin de Bimbom estaba anunciado para el 15 de julio de 1897; pero se había asegurado que las chucherías, un mundo de bibelots, medallones y aún algunos cuadros bastante buenos, se expondrían al público solamente un día antes de ser rematados, calculándose que no sería sino el 17 o el 18.

De todos modos, como había algunos objetos de otro carácter que me interesaban penetré en la lujosa mansión una hora antes de comenzar la venta.

Pero aquello era una verdadera romería y casi un tumulto.

La concurrencia, constituida por una multitud de gente¹, se agolpaba en todas partes y hasta hermosas damas de la *high life* sea por interés, sea por curiosidad se codeaban con los ropavejeros y tapiceros de segunda, tercera... o cualquier mano.

En fin, no tengo valor para describir el conjunto, y ardo² de impaciencia también para poner al lector en conocimiento de una de las más curiosas aventuras que pueden ocurrir a un hombre de corazón y de temperamento apasionado.

Sea como fuere, el remate del primer día duró cuatro horas. El rematador prodigio de elocuencia y de gracia y dotado de una laringe de acero, derramó Niágaras de discursos elogiando los objetos, y consiguió por ellos valores que nadie había soñado. Lo único que pude conseguir fue un par de panoplias, muy elegantemente dispuestas, una de ellas con fondo de terciopelo azul turquí, y la otra de carmín granate. El rematador garantiza que, en la primera, figuraba la espada legítima de Teseo (1), y, en la segunda, la maza de armas de Carlos, el Temerario, Duque de Borgoña (2). Estas afirmaciones elevaron su precio a 2000 nacionales y aun creo que habría pagado el doble, porque las reservaba como regalo de bodas para mi amigo Carlos. En tales ceremonias, nadie puede negar que una panoplia es uno de los regalos más útiles³, porque, si al cabo de algún tiempo, los espo-

¹ [por multitud de gente] "El medallón" en *Filigranas de cera y otros textos*, edición de Enriqueta Morillas Ventura y Rodrigo Guzmán Conejeros. Las variantes de esta edición del texto de Holmberg publicado en *El Tiempo* se indican entre corchetes, entre paréntesis y en itálicas, mis observaciones.

² [me armaré de paciencia].

³ [sutiles].

sos no se entienden bien con razones, pueden llevarse fácilmente la convicción al espíritu trepando sobre una silla, y desenganchando la espada serpentina del Arcángel, la cimitarra de Alí o el puñal de Ravaillac (3), —todo lo cual, en parada a tiempo, representa argumentos luminosos.

El hecho es que compré las panoplias.

El día 17 fueron expuestos los bibelots y los demás objetos menores.

Había oído decir que la colección de medallones del Sr. Don Gofralin era una cosa notable, y aunque poco inclinado a tal género de adornos, no quise perder la oportunidad de examinar las miniaturas en⁴ marfil, de las cuales se aseguraba que eran las mejores de América, por la exquisita delicadeza de la ejecución y por la belleza soberana de algunas mujeres que ellas representaban.

Cuando penetré en la casa, había en ella un movimiento inusitado.

Tratándose de cosas de arte, parece que el espíritu se sobrecoge: hay por todas partes como un silencio respetuoso, cual si se temiera que los delicados objetos pudiesen quebrarse o mancharse con las vibraciones de la palabra; y aun es frecuente que se hable al oído o con voz apagada.

No había tal cosa, sin embargo.

De cuando en cuando se oían gritos destemplados; a veces como de mando, y con frecuencia maldicientes y malsonantes.

¿Qué sucedía allí?

No era posible sino que ocurriera algo grave, porque el rematador, entre otros méritos, tenía el del sentimiento más acabado del orden, de la disciplina en sus tareas, y de no admitir sino empleados prudentes y silenciosos.

Pertenecía a esa categoría de Dulcamaras⁵ que, por la mañana, venden carneros, libros viejos, muebles o plantas, y, a la noche, dan el tono en un salón del Club del Progreso; que no vacilan en agarrar un ternero de la pata o de la cola, y que, por su educación y sus modales, son las figuras culminantes en una fiesta de damas distinguidas.

¿Qué sucedía, pues, para que un hombre semejante olvidara su personalidad social en aquel momento? ¿Por qué aquella rudeza de exteriorización?

Algo se buscaba; algo que se había perdido o extraviado, y que era necesario encontrar de cualquier modo.

—¡No es posible! —exclamaba desconsolado—. Tiene que aparecer antes de las dos de la tarde. Pero, dígame, señor don Gofralin: usted ha visto que

⁴ [de].

⁵ [dulcamara].

se ha buscado por todas partes; no ha quedado un armario, una gaveta, un fanal sin revisarse con prolijidad. ¿Está usted completamente seguro de haberlo visto aquí?

—Pero no, mi amigo. Yo sé que estaba en ese armarito hace quince días, y no se me ocurre quien puede haberlo sacado de ahí

—Pero entonces, Señor si hace quince días, nosotros no podemos perder más tiempo en buscarlo, puesto que, por más interesante que sea el objeto, su falta no afectará sensiblemente los precios que pueden obtenerse por los otros.

—Es que se trata de una pieza que no quiero vender.

—¿Puedo saber de qué pérdida se ocupan ustedes? —pregunté acercándome y después de saludar.

—Es un medallón de brillantes con una miniatura en marfil que representa a la joven condesa de Timirang-des Oá —contestó el Señor Don Gofralin. Dirigiéndose luego al rematador, le dijo que ofreciera el marco de piedras, como un regalo, a la persona que lo encontrara, y dos mil pesos oro por la miniatura contenida. Agregó que este doble ofrecimiento podría publicarse en los diarios por el tiempo que el rematador considerase oportuno.

Aquellas palabras aliviaron al dueño de casa, y tomando su aire sereno habitual, miró el reloj, y vio que todavía faltaba media hora para las dos.

—Señor Don Gofralin —le dije— no soy aficionado a inmiscuirme en asuntos ajenos; pero nunca me esquivo, cuando, por arriesgar una pregunta, puedo prestar un servicio.

—No lo dudo, caballero; y si la respuesta se encuentra a mi disposición, puede usted estar seguro de que se la presentaré en cuanto usted me haga la pregunta.

—El ofrecimiento que usted ha hecho, dada su importancia, me indica el gran valor que la pieza perdida o extraviada, representa para usted.

—En efecto, y aun creo que, pasado algún tiempo, extenderé al doble, la cantidad.

—Muy bien. No sé qué relaciones tiene usted con la Sra. Condesa de Timirang-des Oá; pero, algunos amigos míos, aficionados como usted a reunir estas preciosas bagatelas, conservan en sus colecciones piezas como la que usted ha descrito: medallones de brillantes, con miniaturas de mujeres hermosas y jóvenes. ¿Quiere usted decirme qué tipo tiene la Señora Condesa?

—No Señor; porque, si la describo, va usted a vivir condenado a una pesadilla perpetua.

—En ese caso, no puedo comprometerme a buscarla.

—Yo he aceptado de corazón su ofrecimiento, Señor; y me sentiría desgraciado si usted lo retirara antes de haberle explicado la causa de mi negativa.

—En ese caso, Señor, callo y escucho.

—El medallón es ovalado, de unos ocho centímetros de altura, y, como usted ha oído, está cubierto de brillantes. La Condesa representa veintitrés años; lleva un peinado sencillo, con una flor roja sobre la cabellera rubia, un cuello plegado, bajo el cual brilla una cadenita de oro con relicario, y el traje es de terciopelo color granate.

—¿Y la cara?

—¿La cara? Si usted encuentra una miniatura de esa descripción, y al verle la cara siente que está a punto de volverse loco, ésa es la Condesa de Timirang-des Oá.

Saludó cortésmente y se retiró.

II

Confieso que las últimas palabras del Señor Don Gofralin me hicieron daño.

Siempre he pensado que el sentimiento de la belleza femenina se desarrolla dentro de un ideal de nuestra propia raza; pero mentiría si dijera que todos piensan lo mismo. Puede ser que de algún modo contribuya la educación, el temperamento, las lecturas o las primeras inclinaciones, refundidas más tarde en esas nebulosidades doradas, en esas irisaciones difusas que el desenvolvimiento poético tiende como una gasa sutil en nuestro cerebro y que jamás toma líneas bien definidas, porque cada día parece que se aleja en un más allá desconocido, de donde vuelve a veces más rica en perfecciones y en vaguedades exquisitas.

Como en definitiva se trata de formas, y en parte de movimiento para la adquisición de la gracia, como señal de inteligencia, la palabra no es suficiente para proporcionarnos una idea de una belleza dada, y lo único que puede conseguirse con ella es sugestionar más o menos.

En este sentido, cada uno de nosotros tiene su pinacoteca mental. No he sido el único que ha soñado como Aladino con la Princesa Badrulbudur, hija del Emperador del Celeste Imperio; y quizá la conservaría, si no hubiese descubierto, hace varios años, que *Badrulbudur* no puede ser un nombre chino, lo mismo que *Badura*, compatriota de la anterior, y pesadilla del Príncipe Camaralzaman, hijo de Schahzaman, Rey de las⁶ Islas de los niños⁷ de Kaledan.

⁶ [la].

⁷ [Niños].

Considero tan burda esa falsificación, como si la más graciosa andaluza procurase hacerme chulerías con versos ingleses de Shakespeare. ¡No! El sentimiento de la belleza femenina sugerida lo he experimentado dos veces.

Refiriéndose a Helena, dice Homero: "Y era tanta su hermosura, que los mismos ancianos de Troya temblaban al verla".

En su novela *She*, Rider Haggard (4) presenta a su heroína completamente velada en presencia de sus súbditos, porque era de una belleza tan sobrenatural que se habían vuelto locos algunos que le habían visto la cara.

Inspirado por la contemplación del retrato fotográfico de una de tales bellezas fulgurantes, escribió Martín Coronado su *Tula* (5):

¡Tiene unos ojos Tula! vese⁸ el rayo
centellear⁹ a través de su pupila;
cuando tierna, tal vez, mira al soslayo,
¡la sangre hierve y la razón vacila!

Bellezas semejantes parecen palúdicas, y no haría mal quien fuese fulminado así, en tomar arseniato de quinina con un poco de bromuro de alcanfor intercalado.

El sentimiento profano de la belleza, tal como quisiera expresarlo en este momento, se encuentra tan lejos de Helena, de *She* y de *Tula* como de las concepciones místicas de Fray Angélico. Es causa y es efecto de amor; y el amor, en el sentido humano, superior, no es una nube para Ixión (6), ni queda moralmente satisfecho con el final del Canto Tercero de *La Iliada*.

Como el gigante Briareo (7), tiene cien brazos. Hunde los unos en la carne rosada; irisa con otros el cielo de la fantasía, y acumula con los demás todas las montañas de la perfección y de la dicha relativas a los conceptos de quien lo encadena. Pero es absurdo ocuparse del sentimiento de la belleza, cuando surge en la memoria el recuerdo de las palabras diabólicas de Fontenelle (8) en el caso de que una mitad del cuerpo se ríe a carcajadas de las ridiculeces que ejecuta la otra mitad, en los desdoblamientos mitológicos a que él se refiere.

No podría determinar en qué situación de ánimo me habían dejado las palabras finales del señor Don Gofralin; pero es lo cierto que, a las tres de la mañana, después de luchar dos horas por dormir, acudiendo a cuanto

⁸ [Ves].

⁹ [centellar].

libro han publicado mis amigos y enemigos, resolví levantarme y escribir, y mandé el resultado a un periodista.

Al día siguiente, recibí algunas cartas, cuyo tenor era más o menos éste: "El artículo es tuyo, por más que, contra tu costumbre, no lo hayas firmado. Tu disertación relativa a la belleza no es más que un tejido de palabras sin sentido, que empieza a merodear en los suburbios de la decadencia, como lo has hecho en otras ocasiones. Más ingenuo hubiera sido que nos refirieras cómo, una noche, a la una de la mañana y al abrir una *Revista de Arte*, cayó tu mirada sobre el boceto de cierta condesita alemana dibujado por tan célebre pintor; y cómo, a las cinco, pensando que te habías quedado dormido, alguna persona de tu familia te hizo confesar que hacía cuatro horas que estabas contemplando con una especie de éxtasis el aludido boceto".

Nunca he podido alcanzar si estos amigos juzgaban mi escrito con lealtad; pero es evidente que el recuerdo de aquel retrato me proporcionó un momento de felicidad... pictórica.

No necesita el lector inteligente que le diga cuánto altruismo envolvía el artículo a¹⁰ que me referí. Su principal objeto era más de información que de explosión literaria, y si es verdad que le había dado cierta vestidura atrayente, no lo es menos que la intención era hacer público el ofrecimiento del señor Don Gofralin. La prueba de que no buscaba aplausos se transparentaba en el hecho de haberlo publicado sin firma, aunque tales anónimos, para satisfacción general "deben firmarse siempre".

Pero determinó un hecho interesante.

Que fuera uno u otro, alguien tenía que escribir sobre el medallón perdido. Si lo hice antes que el rematador, fue a causa del insomnio; y él no lo tomó a mal, porque después de leerlo, me hizo una visita.

—Te agradezco —me dijo— lo que has escrito; pero, después de la lectura, he comprendido que ignoras absolutamente todo cuanto se refiere al medallón y a las personas que por él se interesan. Así es que he venido a ilustrarte al respecto, no precisamente para que hagas uso de los datos que te voy a dar porque debes reservarlos, sino para satisfacer una curiosidad que seguramente tienes. Mi indiscreción actual es en pago de mi deuda de gratitud.

—Me has adivinado; pero comencemos por suprimir las deudas. Escucho.

En el momento en que el rematador se preparaba a referirme lo ofrecido llamaron a la puerta de calle. Era un cartero, y me traía la siguiente carta:

¹⁰ [al].

"Me caso mañana a las dos de la tarde en la Capilla Arzobispal. Enseguida me voy al Cielo o al Infierno¹¹, lo ignoro; pero me voy muy lejos, a consumir la luna de miel, la de horchata y la de ajeno. Durante ese tiempo que pasaré lunático, no sé si podré escribir; pero no me faltes mañana. Esta noche cenaremos en casa, cena en que me despido de la vida de soltero. Todos amigos. Te espero. Carlos".

Inmediatamente ordené que se llevaran las panoplias a casa de Carlos.

-Supongo -dije a mi amigo- que no faltarás esta noche.

-Nada me ha dicho Carlos

-Seguramente te ha escrito también.

-Lo creo. En ese caso, no hay qué hablar. Pero dime ¿qué ocurrencia ha sido mandarle esas panoplias?

-Él deseaba tener panoplias; se las regalo. ¿Qué podía mandarle?

-La verdad es ésa.

-Pero vamos a tu encuentro.

-En guardia, pues.

-Escucho

III

El señor don Gofralin de Bimbom es un hombre poderoso; pero carece de estabilidad en sus gustos, y la misma facilidad con que los satisface es causa de que se le evaporen.

Cuando hace un viaje a Europa, se detiene en París. ¿Qué puede desear un ricacho¹² veleidoso, que no se encuentre allí? Gasta algunos cientos de miles de francos, se vuelve con un cargamento de cajones, instala su casa como un bazar, y, cuando se fastidia, remata todo, y vuelta a París.

Lo que ha vendido en estos días lo trajo hace un año, y es probable que hubiera conservado todo más tiempo si no hubiera sido por el bendito medallón.

Sabes que, en ciertas casas de *Bric*¹³-à-brac de la capital de Francia, suelen encontrarse tesoros artísticos, y que no siempre los marchantes habituales son los que consiguen algunos de los mejores. Obtenidos, no se sabe siempre cómo, se ocultan a veces los de mayor mérito, los cuales, con muchas precauciones, son vendidos a viajeros ricos, casi juramentados respecto de la procedencia.

¹¹ [al cielo o al infierno].

¹² [ricachón].

¹³ [bric].

Al entrar en una de esas casas, el año pasado, Don Gofralin se encontró en presencia de una colección de miniaturas, por las que pagó tan buenos precios, que el vendedor se engolosinó. Después de examinarlo prolijamente, con esa penetración de los parisienses, le dijo:

—¿Se interesa usted mucho por estas miniaturas, Señor?¹⁴.

—Tanto como por cualquier otra cosa semejante. Estos retratitos me parecen muy bien hechos, y aunque primitivamente han sido prendas de familia, no es menos cierto que valen por sí solos como obras de arte

—Quizá, señor.

—¿Cómo, quizá?

—Si usted viera.

—¿Hay aquí algo mejor?¹⁵.

En fin, el diálogo siguió sobre este pie, hasta que el vendedor le hizo prometer guardar silencio, y le presentó una miniatura en un medallón de oro y brillantes.

Al verlo, el hombre se demudó. Tan soberbia hermosura deslumbraba desde la pequeña lámina de marfil, que Don Gofralin, sin poderse contener, exclamó:

—Esto es mío; esto es para mí

—Señor, no puedo; la Condesa...

—No hay Condesa que valga; pronto precio.

—Cinco mil francos.

Y sacando la cartera, contó cinco mil francos, y guardó la preciosa joya.

—Señor, un momento: por favor —que nadie sepa en Francia que usted posee ese medallón.

—Mi palabra de honor. Gracias.

Durante muchos meses, nuestro hombre se encerró en la contemplación de aquel retrato, el que, teniendo en vista su edad despertaba en su corazón una especie de amor póstumo.

¹⁶Hace pocos días, recibió de Francia una carta blasonada. Aquí la tengo; voy a leértela. Él me la ha entregado para que la use con prudencia. Aquí está.

¹⁴ [señor?].

¹⁵ [—Tanto como por cualquier otra cosa semejante. Estos retratitos me parecen muy bien hechos, y aunque primitivamente han sido prendas de familia, no es menos cierto que valen por sí solos como obras de arte —Quizá, señor. —¿Cómo, quizá? —¿Si usted viera...! —¿Hay aquí algo mejor?] (*un sólo párrafo desde Tanto a mejor*).

¹⁶ (Un solo párrafo con la oración anterior).

“Señor Don Gofralin de Bimbom. No escribiría, Señor¹⁷, esta carta, si no supiera que la dirijo a un perfecto caballero. Y esta convicción es tan profunda después de las numerosas investigaciones que he hecho, relativas a los sentimientos de honor y dignidad de la persona a quien la envío, que, como testimonio de mis afirmaciones y confianza en su lealtad, voy a abrirle mi corazón. Dos meses después de mi matrimonio con el Conde¹⁸, hicimos un viaje a Italia. Al llegar a Roma, uno de nuestros amigos nos habló de un célebre miniaturista, y el Conde¹⁹ se empeñó en que hiciera mi retrato. Cuando lo tuvo en su poder, hizo rodear la placa de marfil con oro y brillantes. El oro —dijo— es un metal noble; bien puede rodear tu hermosa efigie; y le agregaremos brillantes por honor al arte, que tan bien ha sabido conservar aquí los rasgos de la más espléndida belleza de la Francia y del Mundo²⁰. Poco después regresamos a París. El Conde²¹ se volvió taciturno. Cierta día me robaron algunas alhajas; entre ellas el retrato. Algún pretendiente desdeñado escribió al Conde²² que el retrato había sido regalado por mí a un Caballero. Los celos comenzaron a devorarlo. Poco después se encerraba días enteros con su notario y por último murió. ¿Qué diría la carta? Nunca lo supe. Pero en su testamento hay una cláusula según la cual su fortuna, unos ocho millones, no podrá serme entregada mientras no aparezca el retrato. Por diez mil francos he comprado al fin el secreto y he sabido que usted lo tiene. Es así (sigue la descripción que ya conocemos). ¿Qué puedo ofrecer a usted sin ofender su caballerosidad? Jamás me habría atrevido a semejante cosa, si deberes imperiosos no me impusieran la obligación de reclamar perentoriamente la fortuna de mi marido. Señor de Bimbom, si es cierto que usted tiene ese retrato, que alguno, debido a una seña particular, podrá reconocer como legítimo (aunque todavía está en Roma el artista que lo pintó) y si basta el llamado a sus sentimientos de un caballero, devuélvame, y tenga la completa seguridad de que será indeleble la gratitud de la

Condesa de Timirang-des Oá”.

¹⁷ [señor].

¹⁸ [conde].

¹⁹ [conde].

²⁰ [mundo].

²¹ [conde].

²² [conde].

Ahora ves lo que sucede. El Sr. Gofralin se encuentra con que el medallón se ha perdido o extraviado, precisamente cuando remataba su mobiliario para irse a París y entregar él mismo su retrato a la Condesa.

Sólo nos queda esperar en el éxito de los avisos. Porque ¿habrá algún apasionado tan vehemente como él, que rehuse los 2000 \$ oro²³ por el simple retrato? Es cierto que, según dice el señor Don Gofralin, es de una belleza encantadora; pero como nadie le impide a quien lo encuentre mandar sacar una copia fotográfica, le quedará la imagen, aunque no la pieza que hoy se busca.

No sabía qué contestar, porque quien escuchaba no era ninguna persona atacada de manía razonadora.

IV

A las 6 de la tarde me llamaron con urgencia de casa de Carlos.

—¿Qué ocurre? —pregunté al entrar.

—Está herido...

—¡Herido!

—Y lo que es peor, parece que se la ha aflojado un tornillo.

—Vamos; vamos pronto.

En un sofá de su sala escritorio, mi amigo estaba sentado, y con la cabeza atada. Al verme, procuró ocultar algo, y se puso de pie. Cuando quedamos solos, nos sentamos en el sofá.

—¿Qué te pasa?

—Ya lo ves. Me he dado un golpe, me he desmayado, y me han aplicado una tela empapada en agua blanca con árnica.

—Pero, ¿cómo ha sido eso?

—Al recibir las panoplias que me enviaste, y que te agradezco cordialmente, empecé a revisar las armas, y cuando llegué a la maza...

—Que, según el rematador, perteneció a Carlos el Temerario, duque de Borgoña...

—La saqué y me puse a hacer esgrima con ella; es decir, lo que me imaginaba que sería la esgrima de tal pieza, y, al ejecutar un molinete, me he sacudido un golpe tan feroz en el occipital, que me he desmayado.

—¡Qué barbaridad!

—Así es. Una hora después he vuelto en mí, me he levantado con un gran chichón doloroso, y me han aplicado este turbante.

²³ [los dos mil pesosoros].

—Pero ¿quién te metió en semejante ensayo?

—No creas que lo lamento. Parece que me he sacudido con una de las puntas de la maza, y que esa punta era un botón de resorte que ha abierto una caja oculta de la que ha salido...

—¡Un medallón!

—¿Lo sabías? Sin embargo, te prevengo que la puerta estaba cerrada cuando me desmayé, y cerrada la encontré al volver en mí.

—Te dije por decir. Muéstramelo.

—Aquí lo tienes.

—¡Diablos! ¡cien mil diablos! ¡qué belleza adorable! ¿Cuántos tornillos se te han aflojado?

—¡Todos! ¿has soñado alguna vez algo semejante?

—¿Y tú sabes que esta mujer está viva?

—¡Viva! —exclamó dando un brinco.

—Viva y muy viva. Es la Condesa de Timirang-des Oá

—No me lo repitas. Yo estoy ya loco por esta mujer y eso que pensaba que podría, no ser más un producto de la imaginación del pintor.

Referí a Carlos lo que había pasado, y a medida que avanzaba en mi relato, su ceño se volvía adusto, y la respiración anhelante revelaba una angustia impaciente. Cuando hube terminado, se levantó, se acercó al escritorio, sacó unos papeles, se arrancó las telas húmedas, y poniéndose el sombrero, dijo:

—¿Sabes si estará X en su casa?

—Probablemente sí. ¿Lo necesitas?

—Quiero llevar unos diez mil pesos.

—¿Adónde?

—A Francia

—¿A Francia?

—Mañana mismo me embarco

—¿Estás loco? Pero ¿no te casas mañana?

—No me caso.

—¿Pero sabes, cabeza de chorlo, que mereces que te pongan el chaleco? Y ¿qué vas a hacer en Francia?

—Dime ¿te imaginas que yo podría vivir sin conocer personalmente el original de este retrato?

—Esto es un colmo; siéntate y hablemos.

—Ni una palabra. Ni ceno con ustedes hoy, ni me caso mañana, porque me embarco, y me embarco, y ¡abur!

Y salió.

Como lo había dicho; se realizó. Al día siguiente salía un paquete para Europa; tomó pasaje para Burdeos, y se fue sin decir oxe ni moxte.

Unos dos meses después, llegaron dos cartas de París.

La primera decía lo siguiente:

París, Agosto 28 de 1897

Sr.²⁴ Don Gofralin de Bimbom.

Mis esperanzas se han realizado completamente. Mil y mil gracias. ¿Qué menos podía esperar de un caballero tan cumplido? El Señor Carlos X, ha tenido la bondad de entregarme, en nombre de usted, el retrato que le pedí no ha mucho. Lo que ha pasado, él se lo referirá cuando vuelva a su país. Por mi parte, sólo le diré que es el mismo que buscaba, que se ha reconocido²⁵ y que he entrado en posesión de mi herencia.

En el Faubourg Saint Germain, n° tal, encontrará usted siempre dispuesta a expresarle su eterna gratitud a la

Condesa de Timirang-des Oá.

Siempre he pensado que las tiradas filosóficas son más propias de los tratados que de las narraciones como ésta, y juzgo a mis lectores demasiado inteligentes para creer que necesitan el desfile de comentarios relativos a la actitud de las diversas personas que aquí figuran. Pueden imaginar lo que quieran. Lo que no deseo que imaginen, ni me pregunten después, cuando haya terminado donde quiero terminar es lo que se refiere a la novia de Carlos. Cuando volvió de París, a fines de septiembre, le dio todo género de explicaciones y se casó con ella al otro día. En cuanto al extravío momentáneo del medallón, se explicó más tarde. El Sr.²⁶ Don Gofralin conocía el secreto de la maza y allí lo había ocultado, olvidándolo después.

Lo que importa por ahora es la segunda carta de que antes hablé, y que me dirigió Carlos. Decía lo siguiente:

París, Agosto 26 de 1897.

²⁴ [Señor].

²⁵ [que buscaba que se ha reconocido,].

²⁶ [señor].

Querido amigo:

He viajado como un sonámbulo: despierto, mirando el retrato de la joven Condesa; y, dormido, soñando con ella. Cuando llegué a París, no me fue difícil dar con su domicilio; pero estaba ausente. A la tercera visita, se encontraba en casa²⁷. —Anuncie usted —dije al hujier— al Sr. Carlos X de Buenos Aires, que trae, para la Señora Condesa, un objeto que ella deseaba obtener. Pero no pude esperar y lo seguí. Al penetrar en una sala, se inclinó respetuosamente frente a una dama sentada, cuyo rostro estaba en sombra, y calculé que sería ella.

Como una avalancha, como un ventisquero, como un ciclón, me arrojé a sus pies, le besé el ruedo del vestido y grité como dos locos (tú y yo): —¡Al fin Señora! al²⁸ fin tiene usted a sus plantas al hombre más feliz del mundo, al adorador más sincero de sus encantos indecibles, a una víctima de su belleza avasalladora que ha vencido, con sus rasgos sublimes, los mayores esfuerzos de la imaginación humana, etc. etc. etc. Al mismo tiempo que decía todo lo que está velado por las etcéteras, levantaba la mano derecha ofreciéndole el medallón.

—¡Mi retrato! —exclamó la dama, en un verdadero raptó de alegría, Al oír su voz, me incorporé, levanté la mirada, y quedé extático, abismado, hundido por el peso de la realidad. —¿Es usted la Señora Condesa de Timirangdes Oá —Sí, caballero.—¿El original de este retrato? —Sí, Señor, y que supongo... —¡Oh! sí, señora; usted supone perfectamente bien. Se lo envía de Buenos Aires el Señor Don Gofralin de Bombom, a quien he representado al vivo al arrojarme a sus pies, para expresarle, de la manera más elocuente, cuánta es la adoración que el Señor Don Gofralin tiene por usted. La Condesa dejó escapar una carcajada llena, franca, sonora. —Los compatriotas de usted —dijo— tienen fama de ser espirituales, y, sin que mi gratitud se afecte en lo mínimo, reconozco que toda esta comedia se funda en un error de fecha. Este retrato, fue ejecutado en mil ochocientos cincuenta y tres²⁹.

²⁷ (Omitido): [A la tercera visita, se encontraba en casa].

²⁸ [Al].

²⁹ [ejecutado en 1853].

CARAS Y CARETAS (1903-1911)

9. LA GALLINA INFECUNDA (*Caras y Caretas*, 2 de mayo, 1903)

Tienen fama los sajones de ser la gente más tranquila, más flemática más pacífica y cortés; mas no por eso han de llevar en el alma un tonel de las Danaides (1) que jamás se colma. Si un concurrente al teatro se muestra inquieto durante la representación, silbando, haciendo trepidar la pierna sobre el pie apoyado en la punta, codeando a los vecinos, o tarareando las melodías desde comienzo de una ópera, el sajón que está a su lado le dice con toda delicadeza:

—Señor, si usted no puede estar quieto me veré obligado a cambiar de silla.

Si un atropellado se lleva a uno por delante lo tira al suelo y le pasa por encima caminando, el sajón pide disculpa por la advertencia, pero le dice:

—Señor, usted se ha equivocado yo no soy alfombra.

Y sucedió que cierto día se le acabó a uno de ellos la paciencia en una de las ciudades de Sajonia, y de tal modo procedió que intervino la policía.

Sentado junto a una mesa se encuentra un comisario, a su lado un amanuense, frente a él el acusado, a su izquierda un caballero con la cabeza vendada, y los testigos rodeándolos.

—¿Es usted el señor Donner?

—Sí, señor comisario; ese es mi nombre.

—¿Cómo es posible, señor Donner, que un hombre tan fino, tan educado y tan tranquilo, haya llevado su violencia hasta romper la cabeza del señor Wetter de un botellazo?

—Señor comisario: yo estoy afligido de lo que he hecho. Mi intención no era romper la cabeza del Señor Wetter, sino hacerle una insinuación. Mi violencia, sin embargo, debe haber sido extrema, porque me he dejado dominar por la ira, y creo que se la he roto muy bien.

—En efecto: muy bien.

—La causa, señor comisario, es la siguiente: usted sabe que, hace unos veinte años, nos reunimos diversos amigos y formamos un club, el Club del Conejo Blanco. Allí nos hemos congregado todas las noches, leyendo

los unos, fumando, bebiendo o jugando los otros. En tanto tiempo, ningún germen de discordia se ha anidado en nuestros corazones, hasta hace poco y, en verdad, desearía que ese germen muriera y no renaciese más.

—¿El hecho?

—A eso voy. Hace algunas noches habíamos formado una rueda y fumábamos tranquilamente, conversando de nuestras aficiones y gustos. Se trató de aves de corral, y yo dije que tenía una gallina muy hermosa, pero que era infecunda pues no ponía un solo huevo. El señor Wetter, que se encontraba presente, dijo sonriendo:

—¿Pero entonces usted no sabe cómo se hace poner a las gallinas?

—No —le contesté.

—Pues es la cosa más simple del mundo: prepare usted un té de manzanilla, moje pan en él y dé esas sopas a su gallina.

Apenas hube salido del club, fui a mi casa apresuradamente, di a mi gallina las sopas que me había aconsejado mi amigo el señor Wetter, y me fui a dormir.

—¿Y puso?

—Al día siguiente, cuando me levanté, fui a ver la gallina, y encontré que tenía en el nido una docena de huevos.

—¡Asombroso!

—A la noche volví a darle sopas de té de manzanilla, y, con nueva sorpresa, encontré al día otra docena de huevos en el nido. A la noche le di por tercera vez las sopas; pero, al otro día por la mañana, cuando me acerqué al cajón, no había huevos en el nido y la gallina no estaba; en su lugar, encontré un papel que decía: "*No puedo más. La gallina*". En presencia de un documento tan extraño, y de una afirmación tan categórica y atendible, no supe qué pensar. Cuando llegó la noche y tomé parte en la rueda de costumbre, referí lo que me había pasado, y todos prorrumpieron en carcajadas violentas. Al fin se calmaron, y el señor Wetter dijo riéndose, que aquello era muy gracioso, pero que nadie le devolvería el importe de las dos docenas de huevos. Entonces, considerando que se había burlado de mí, le tiré una botella por la cabeza. Esto es la pura verdad de lo ocurrido. Juzgue el señor comisario.

10. CUANDO SUENA LA HORA (*Caras y Caretas*, 9 de mayo, 1903)

El arroyo era tan estrecho, que a veces pasaba la canoa rozando los juncos de ambas riberas, detenida a cada momento por los camalotes, pero impulsada luego por el botador que Camilo, nuestro guía en aquel laberinto del Delta, manejaba con habilidad.

Escipión guardaba silencio. Cuando se lleva un gran nombre, conviene callar en ciertas ocasiones y ninguna más propicia que aquélla. La soledad de los bosques de mirtos y laureles, ceibos y sarandíes en cuyos troncos y ramas entrelazaban las campanillas blancas o color de rosa y las pasionarias sus vástagos endebles y torcidos, cargados de flores misteriosas por su forma o sus perfumes, no parecía despertar en él lo que cualquier espíritu vulgar denomina admiración, o si se quiere más vulgar aún, la plegaria del filósofo en presencia de un cuadro encantador de la Naturaleza.

Aunque abría los ojos a todo lo que le daban los párpados y los volvía a uno y otro lado, con cabeza y todo buscando lo que no había, se notaba en la expresión algo que revelaba menos la curiosidad, que el vago temor o la influencia del recuerdo.

Y no podía ser de otro modo. Escipión jamás había tenido miedo pero era prudente. Ninguno de nosotros se habría atrevido a ponerlo en duda; y si cualquiera de los isleños que almorzaban por la mañana en la Esquina del Toro, cuando nos detuvimos allí para lo mismo, hubiese puesto en duda su valor, es tan cierto como que el sol nos alumbra que Escipión lo habría bruñado, fulminado con la mirada, con esa mirada dominatriz nacida en ojos acostumbrados a contemplar de frente la cara de los leones en África, de los tigres en la India y de los cocodrilos en los museos: esa mirada interrogativa como la de una Esfinge y penetrante como *stiletto* florentino. Si un isleño hubiese cometido, consumado un acto semejante, habría tenido luego que acostarse para morir; y morir sin gloria, en presencia de Escipión.

Y ¿por qué habrían de poner en duda ese valor? ¿No había declarado, casi a gritos que en su expedición africana fue él el primero que cortó la cola de un león enorme para usarla como trofeo, y no le cortó la cabeza porque otro se la había cortado veinte horas antes? ¿No reina en el comedor de su casa un enorme yacaré empajado? ¿No acostumbraba curarse el dolor de muelas, suspendiéndose al cuello, a guisa de amuleto, un colmillo de jaguar que había comprado en la Boca?

Pero los isleños, sin dejar de reconocer que tenía títulos a su consideración y respeto, habían dicho que después de la llegada de los grandes camalotes las islas estaban llenas de tigres, y Escipión, para dar una prueba de sus primeras hazañas, había prometido no regresar de aquella excursión sin traer consigo una cola de tigre. Así, así nos gustaba ver a nuestro compañero.

La tarde caía. Los zorzales y boyeros saludaban las sombras que comenzaban a poblar la ceja de bosque ribereño; algunos botones de la dama de noche abrían su limbo blanco, y llenaban el aire tranquilo con el perfume de sus incensarios de amor.

—¡Carlos! —exclamó de pronto Emilio, levantando la cabeza que durante largo rato había tenido apoyada en la porción de palma descubierta de la mano izquierda cerrada.

—¿Qué quieres?

—La hora se acerca, y hoy te toca la manipulación de las provisiones.

—Yo no traigo más provisiones que unos kilos de jabón amarillo para lavar la ropa blanca.

—Entonces, ¿quién es despensero?

—Escipión.

Pero Escipión nada oyó. Sus ojos fijos en un bosquecillo situado a cien metros y que formaba como un promontorio en un recodo del riacho, y los dedos inquietos paseándose por las inmediaciones del gatillo de su rifle, no podía dedicar ni un segundo a la vulgaridad de aquellas preguntas. Y mientras la canoa avanzaba entre aguas más abiertas y juncos más escasos, lo que permitía ya el uso de los remos, Camilo detuvo la embarcación, y llevando el índice derecho a los labios de su cara sigilosa y sugestiva, dijo en voz baja:

—¡Aquí! aquí está escarpada la orilla y podemos acampar.

—No hagan ruido —insinuó Escipión, pálido de coraje, trémulo de energía.

—Tus indicaciones son órdenes; tu valor es nuestra salvaguardia —replicó Emilio.

Carpa, mosquiteros, armas y provisiones bajaron con nosotros a tierra, y mientras nos preparábamos a pasar la noche que ya anunciaba un hermoso crepúsculo, Escipión, con el brazo derecho caído y el rifle equilibrado por la mano del mismo, avanzó treinta pasos hacia el bosquecillo, ocultándose detrás de un corpulento ceibo, no sin decirnos previamente que nada temiéramos mientras él estuviese allí.

En media hora todo estuvo listo: la carpa alzada, la hoguera encendida, la comida caliente en preparación, los tarros de conservas abiertos, las botellas destapadas, la cafetera pronta.

—¡Un tigre! —bramó Camilo de pronto.

Y un estampido formidable retumbó ecoando en las soledades, mientras algunas ramas, cortadas por la bala del rifle de Escipión, caían de lo más alto de los árboles del bosque, y el rumor se reforzaba con las carcajadas de Camilo.

—¡Escipión! ven a cenar.

—¡Carlos! —gritó Escipión—, tráeme un poco de árnica

—Aquí la tienes —dijo nuestro compañero, dos minutos después, acercándose al riflero.

—¡No! —contestó éste en voz baja— no es eso; tráeme un kilo de jabón amarillo.

11. ¡MIRE QUÉ GRACIA! (*Caras y Caretas*, 6 de junio, 1903)

Don Nicanor Pesadillas era uno de los más ricos estancieros del Sur de Buenos Aires. Y no sólo lo era sino que lo mostraba. Su palacio de la calle Florida, sus numerosos caballos de tiro, carruajes, automóviles, palcos por temporada, lujosos trajes, y en particular la variedad enorme de sus corbatas, le habían conquistado uno de los principales puestos entre *la haute*. La distinción de su indumentaria y el privilegio aristocrático de su posición, no le impedían vigilar centavo más centavo menos, la venta de sus lanas, ni el estudio ni el ensayo de los novísimos matasarnas que con etiqueta de todos los colores, como los de sus corbatas, y en tarros de todas las formas, como sus automóviles, pasan por nuestra aduana, procedentes de cuanta fábrica existe en el mundo.

En la estancia, la tierra producía pasto, y el pasto se convertía en sebo y en lana y ambos productos en dinero, y el dinero en lo que ya sabemos. Allí, allá más bien, una extensión de condado, le había obligado a establecer numerosos *puestos*, en cada uno de los cuales se encontraba un habilitado que recibía un tanto indeterminable por ciento, según su habilidad, aplicación, iniciativa y aumento de las majadas.

Pero lo que más estimaba Don Nicanor, era una noticia. ¡Una noticia! ¡Oh! Cada vez que un puestero le daba una buena o mala, falsa o verídica, pero que fuera noticia, Don Nicanor le llamaba a la Capital, le instalaba en una de las últimas piezas de su palacio y le regalaba de mil maneras.

Cierto día recibió una carta de Pancho Jume, paisanito medio *taimao*, pero suspicaz y observador. De todos los puesteros, era el de mejor figura, aunque se quebraba un poco al andar, Don Nicanor tenía motivos para no ver en ello un inconveniente, sino más bien una ventaja accidental en un momento propicio, pues no siendo costumbre de puebleros, se veía a la legua que el hombre era de campo, y cuanto mayor fuera el número de exhibidos, mayor ostentación podría hacer de guardianes de la lejana fuente de su riqueza.

—Patrón —decía la carta de Pancho Jume— me está pareciendo que todos los polvos y líquidos que usted manda son igualmente buenos; pero he notado que en ciertas épocas, cuando llega el momento de los baños andan por aquí y por otras estancias, individuos sospechosos sembrando semilla de sarna en los postes y en los alambrados...

Don Nicanor que siempre había maliciado algo de eso escribió en el acto al puestero llamándole a la ciudad. "Permanecerás aquí unos días, y

después nos iremos juntos a la estancia —le decía— pues tengo gana de dar unas vueltas contigo, y averiguar si son agentes de alguna casa introductora los individuos de que me has hablado...”

Dos días después, Pancho, de bombacha y blusa negras, botas de charol, pañuelo colorado de seda al pescuezo y chamberguito pintor con el barbijo asegurado al forro por medio de un alfiler, llegaba al palacio del señor Pesadillas.

Esa misma noche, el patrón lo llevó al teatro a una función de gala, y Pancho que desde chico no veía la ciudad, ni conocía sus adelantos, abría la boca y los ojos; pero cada vez que lo veía don Nicanor hacía como que bostezaba.

La luz eléctrica, el escenario, la orquesta, los cantos, las lindas mujeres, los trajes lujosos, las joyas, las “estivas de la gente” todo aquello era nuevo para él.

—¿Y? ¿qué te parece todo esto? —le preguntó Pesadillas al retirarse.

—¡Heh! Sí... Eso es...

A la mañana siguiente, el patrón le hizo sacar el pañuelo colorado y le regaló una corbata verde que él mismo le ató al cuello.

—P’cha, patrón —dijo al mirarse al espejo— ¿sabe que esto está bueno? Van a decir que llevo una cotorra prendida en la pechera.

—Déjalos que digan... —Y sin más trámite lo hizo subir a un automóvil, le mostró la casa de Gobierno, la Avenida de Mayo, los palacios, los plátanos, dobló por Callao para ir a Palermo...

—¿Y? ¿qué te parece, Pancho?

—Sí... Eso es... ¡Hum!

—¿Ves? ésa es la Recoleta, el Cementerio: allí está el Asilo de Mendigos: mira qué jardines, qué avenidas; mira para allá, cuántos vagones, cuántas bicicletas, cuántos coches, ¿eh? ¿qué tal?

—¡Hum!... Sí... Eso es... ¿Eh?

Más adelante le mostró la Avenida de las palmeras, la estatua de Sarmiento, las casas de las fieras, el *restaurant* de los lagos, los lagos, los cisnes, el cielo, el gran río, en fin, todas esas cosas juntas que ha hecho la Consultva...

—¿Y? ¿qué me dices de esto?

—Eso es... Sí... ¡Hum’ Heh!

Antes de regresar, lo llevó al Hipódromo, al Tiro, y una vez en la ciudad, Don Nicanor apagó los fuegos frente a una de las fondas de más lujo, y ambos entraron a almorzar. Y Pancho miraba todo, eso no hay que negarlo; pero cada vez con más disimulo. Los muebles, la vajilla, los techos, las paredes, los trajes, los cuadros, los platos costosos...

—¿Y? ¿qué me dices ahora?

—¡Hum! ¡Heh!... Sí... Así es.

Don Nicanor le hizo visitar más tarde los Bancos, las Oficinas Públicas, joyerías, fábricas, librerías, imprentas... y en los días subsiguientes todo cuanto en Buenos Aires existe digno de ser visto. Pero Pancho contestaba siempre la misma cosa, permutando solamente sus palabras como arenga de indios.

—¡Pero, por mil diablos! ¿nada te llama la atención, pedazo de mastuerzo? —preguntó Don Nicanor ya fastidiado.

—Sí, ¿eh?... Mire qué gracia... ¡con plata!

12. NUNCA SE SUPO (*Caras y Caretas*, 18 de julio, 1903)

La casa era propiamente un dije, una monada. Hacía mucho tiempo que los dos esposos deseaban tener una vivienda semejante. Blanca, con hermoso corredor en el centro del frente que daba al Norte, en medio de un gran jardín de flores, y los árboles frutales, bastante lejos, junto al cercado, para que en los tiempos propicios la alfombra multicolor y perfumada quedase sin interrupciones. A unos diez metros se elevaba solamente un Eucaliptus gigantesco.

En el comedor se hallaba la chimenea para utilizarla en invierno cuando se quedasen, —y el comedor servía de sala de recibo; la biblioteca rica y selecta; los dormitorios amplios, y, siguiendo al de los niños, el del viejo tío; el cuarto de baño en uno de los ángulos; la cocina y las piezas de servicio más allá: junto al Eucaliptus.

La mudanza no había dado mucho trabajo. En dos días todo quedaría arreglado, y entonces bastarían tres o cuatro para ordenar la biblioteca.

La primera comida fue alegre, con esa alegría inquieta y de aspecto atareado de personas que hasta el día siguiente no van a hacer nada. A las once de la noche se tomó el té y luego a dormir.

Todo el mundo durmió bien, porque, aunque las camas no se encontraban en el mismo sitio que la noche anterior, cada uno, sin embargo, dormía en la suya. Y descansaron bien.

¡Qué hermoso día el siguiente! La Primavera les daba la bienvenida con un cielo sin nubes y los campos esmaltados de flores. Los pájaros cantaban en las ramas, y el contento en los corazones. Había algo fresco y sano en la Naturaleza y en las almas.

El día pasó sin novedad.

Al siguiente, a la hora del almuerzo, el niño mayor, de unos quince años, interpelló a su padre:

—¿Has oído ruido en la azotea, anoche, papá?

—¿Ruido? ¿qué ruido?

—Me quedé leyendo hasta la media noche, y entonces me acosté. En ese momento sentí ruido en la azotea.

—Los gatos.

—No hay gatos; y, si los hubiera, no podrían subir.

—¿Y cómo era el ruido?

—Algo así como pasos de una persona bastante pesada; *pum, pum... pum, pum... pum, pum...*

—Quien sabe lo que será...

Al dar las doce de la noche en el reloj del comedor, se oyó la voz de Carlos

—¿Has oído, papá?

—Duérmete, y no hagas caso de ruidos.

—Pero... ¿has oído?

Y en el momento en que quizá iba a pasar por la vergüenza de una mentira, aunque filantrópica e higiénica, se oyó una voz profunda que salía de un aposento más distante:

—Sordo sería si no hubiese oído.

—¿Qué será eso? —preguntó en voz baja la señora.

—Algún chajá, algún pavo-real, algún lechuzón.

—Sí, pero... ¿y ese ritmo?

—Déjate de ritmos; mañana veremos.

Las azoteas fueron examinadas. Ni una mancha, ni una huella.

Durante una semana, los ruidos se repitieron a la misma hora y con idéntico ritmo.

—Serán ecos —dijo el señor.

—Déjate de ecos —contestó la señora.

Desde entonces ya no se durmió bien en aquella casa. Y no se durmió bien porque la cocina estaba muy separada, y esto era incómodo cuando llovía.

Se estableció vigilancia hasta la una de la mañana. Los ruidos no se oyeron. La vigilancia cesó. Volvieron a dejarse oír.

El dueño de casa, entonces, se instaló armado sobre la azotea de la cocina, se proveyó de un fuerte reflector cubierto, y, por si acaso, instaló una campanilla para que, desde adentro, le anunciaran el momento en que se oyeran los ruidos. Durante tres noches... nada. Cesó la vigilancia. Volvió el ruido.

—La chimenea del comedor es muy grande, muy fea.

—Y deja entrar mucho el viento...

El dueño de casa, sin decir una palabra atrasó, el reloj del comedor una hora. Cuando sonaron las once de la noche (eran, pues, las doce), se oyó el *pum, pum... pum, pum*.

—¿Sabes —dijo a la señora— que las paredes en que se apoyan los armarios de la biblioteca son bastante húmedas?

—Así me ha parecido, y en el cuarto de tío hay goteras, y en el de baño el agua no corre bien.

—¡Sí! y el cerco no es bueno; entran perros de noche y estropean mucho el jardín.

—Y después, se oye demasiado el barullo que hacen los caballos en la caballeriza.

El señor mandó construir una especie de garita, apoyada arriba en el tronco y sobre las ramas del Eucaliptus, de modo que, desde allí, pudiera observar, sin ser visto, la azotea de la casa.

Cuando estuvo terminada se instaló en ella.

Y en esa noche de luna, a las doce en punto, vio bajar verticalmente por el aire iluminado, y con la rapidez de un cuerpo que cae, algo extraño e indefinible. A primera vista, se hubiera dicho que era un lechuzón de iglesia, pero inmenso, como de 80 centímetros a 1 metro de alto, después... que tenía el aspecto de un niño fajado, después... hizo fuego sucesivamente con los dos cañones de su escopeta. Creyó ver volar algunas plumas; pero el cuerpo había desaparecido. Con el reflector y otros faroles se buscó por la azotea. Hallaron plumas, pelos, algo como algodón, como seda, como cualquier cosa.

Estos objetos fueron examinados por personas que se decían competentes, y declararon que todo eso parecía plumas, pelos, algodón, seda, —lo que hacía inútil su competencia. Los naturalistas no conocían eso. Los químicos dijeron que el algodón daba reacciones de seda, la seda de algodón, las plumas de hongos, los pelos de minerales.

—Ya no volverá —dijo el señor.

A las 12 de la noche... *pum, pum...*

Al día siguiente, la señora encontró que había no sé qué animalitos en las camas. A ella le era imposible vivir en una casa cuyas camas no podían estar limpias.

Y se fueron de la casa, y nunca más, nunca jamás, volvieron a ella.

Pero nunca, jamás, supo nadie qué era aquello.

13. DESENLACE DE UN DRAMA (*Caras y Caretas*, 25 de julio, 1903)

Siempre había tenido Gaspar el más profundo desprecio por los títeres, y en particular por las marionetas. Pero un día, leyendo una obra de Alejandro Dumas, encontró una afirmación extraña, sugestiva, increíble: la de que Goethe, después de una sesión de marionetas a la que asistiera, había escrito el *Fausto*. Y el *Fausto* era para Gaspar uno de los dramas más sublimes, uno de los monumentos literarios del siglo XIX y en parte del XVIII.

Desde entonces no durmió tranquilo. Buscó libros, consultó a los maestros en el arte, compró mil chucherías, fabricó un teatrillo, y, operando primero frente a un espejo, llamó después a los niños de su familia, a los de sus amigos, y después asistieron los grandes por la edad, y acabó por congregar hasta grandes por su posición.

Por esa época se había publicado una novela cuya trama era tan enredada, que ni el mismo autor se atreviera a darle un desenlace. Y él sabía que si el cerebro de un hombre inteligente, vivo, de talento indiscutible y celebrado, encontraba un escollo semejante, sus diez dedos, que eran diez talentos autónomos, harían cualquier cosa, pero esa cualquier cosa podría ser un desenlace, porque las marionetas, durante su sueño, habían desenredado aquella trama.

Por fin se resolvió, y los ensayos nada dejaron que desear. El drama fue anunciado a la concurrencia habitual. Preguntará el lector de qué drama se trata. Pero ya está dicho. Las marionetas se encargarían de redactar la obra al representarla. El título del drama: *Novela medioeval desenlazada*. La impaciencia del auditorio era grande.

—No podrán —decían unos—. Sí podrán —decían otros.

Acto I. —Escena nocturna en la torre del castillo de Klugenstein en 1222. El barón de Klugenstein descubre a su hijo Conrado que no es hijo sino hija, cosa que el joven no sabía. Mi padre —le dice— tuvo dos hijos: el duque de Brandenburgo y yo. A su muerte, ordenó que, si el duque no tenía hijo varón y yo sí el ducado pasará al mío. Si ambos teníamos hija mujer solamente, heredaría la duquesita, si era pura en el momento de ser coronada; si no pasaría a mi hija, con igual condición. Cuando tú naciste mujer, Conrado, hice ahorcar al médico, a la partera, y a sus seis ayudantes, para que tu sexo quedara oculto. y se proclamó el nacimiento de un hijo del barón de Klugenstein. Grandes fiestas. Tenías tú diez años cuando le nació una

hija al duque. Lo lamentamos, y estuvimos esperando que el sarampión, o los médicos, u otros enemigos naturales de la infancia, dieran buena cuenta de ella. Pero vivió, y yo sigo maldiciéndola. Ahora Constancia tiene dieciocho años, y hace tres meses que envié al perverso, hermoso e irresistible conde Detzin para arrancarle los títulos y garantías que podían hacerla heredera del ducado en caso de tener yo solamente una hija también. Fíjate, ¿eh? hace tres meses. Ahora mismo, a pedido de tu tío Ulrico, te pones en camino para tomar el ducado a tu cargo, mientras te coronan. Pero ¡cuidado! ¿eh? Una ley tan antigua como la Germania, condena a muerte a toda mujer que, sin estar coronada, se sienta en el trono ducal. Gobierna desde el asiento del primer ministro.

Acto II. —Grandes fiestas, seis días después, celebrando la llegada de Conrado a la capital del ducado, a donde nunca había ido, y saludos de Constancia que jamás había estado en el castillo de Klugenstein. Al final del acto, Constancia se lamenta, llora, y se arranca los pelos, maldiciendo a ese bribón de conde Detzin, que le ha robado preciosas joyas. Ella lo aborrece. Muy animado el acto. Ni una sola marioneta dejó de tomar parte en las fiestas.

Acto III. —Constancia se consuela un poco, después otro poco más, y por último se enamora furiosamente de su primo Conrado, que, por afinidad, se había apegado mucho a ella. Declara su amor, y Conrado le dice que es imposible, imposible, y se retira a llorar. Constancia era de naturaleza calumniadora, pues permite al autor que diga que Conrado la rechazó a puntapiés... y ella lo dice también.

Acto IV. —Nuevas aflicciones y lágrimas de Constancia. Seis meses después de llegar Conrado a la corte, Constancia tiene un hijo. Esto pasa entre telones.

Acto V. —Constancia es sometida a un tribunal para que la juzgue. La falta trae consigo la pena de muerte. El presidente juez supremo del tribunal es Conrado, que todavía no ha sido coronado. Se excusa hasta con lágrimas; pero no hay remedio. En el momento de tomar la palabra le advierten que no puede juzgar a un miembro de aquella familia sin sentarse en el trono ducal. Sube a él Conrado y dice a Constancia que sólo hay una cosa que pueda salvarla. —Veamos —dice Constancia—. Señalar el cómplice. ¿Quién es el padre de ese niño? Constancia que se acordaba por excepción de la mentira de los puntapiés, gritó: —¡Tú eres ese hombre! —¡Miente! —gritó el viejo barón de Klugenstein, escondido entre la concurrencia.

Bajó el telón y una salva de gritos y aplausos saludó la obra y llamó al autor. Alzose el telón a medias y apareció Mark Twain declarando que él

no era orador; que la situación era muy complicada; que el desenlace no se había escrito nunca y que no se escribirá, porque no cree que haya un hombre bastante inteligente para sacar a su héroe (o heroína) del atolladero en que lo ha (o la ha) metido; que tal desenlace quitaría a su obra mérito indiscutible, y que él solamente lo vería con gusto en un teatro de marionetas, Saludó, dijo *Adiós* y se fue, no sin afirmar que la obra estaba terminada.

—Si Conrado —decía la concurrencia— declara su sexo, pena de muerte, porque, siendo mujer, se ha sentado en el trono ducal sin estar coronada. Si no se declara mujer, y sí autor del daño, pena de muerte por el daño. En el primer caso, muere Constanca; en el segundo es una situación endiablada. En ese momento se oyen fuertes ronquidos. Es Gaspar que está durmiendo. Se alza el telón.

Acto VI. —Los mismos personajes del 5°. Conrado dice a Constanca que es falso lo que ha dicho. En eso aparece el conde Detzin que tiene color moreno, ojos y pelo negros. Todos los personajes más importantes del drama tienen pelo rubio, color muy blanco, y ojos azules. Se acerca el barón de Klugenstein a Conrado.

—Acuérdate de lo que te dije del conde Detzin en el primer acto —le observa.

—¡Es verdad! —exclama Conrado—, que traigan el niño.

Traen el niño. El duque se acerca y lo mira. Es moreno, y tiene ojos y pelo negros (el niño). Después mira al conde Detzin, y hace “¡Hem!, ¡hem!” como si tuviera algo en el pecho.

—Que declaren todos los médicos y alquimistas y encantadores, cuántos meses tiene este niño nacido hace tres días —ordena Conrado.

—Tiene nueve meses justos —declaran aquellos.

—Ese niño no es mío —dice Conrado.

—Lo creo —dice el duque.

—¡Lo juro! —dice el barón.

—Hace solamente seis meses que salí de Klugenstein por vez primera —agrega Conrado.

—Y nueve que vino el conde —agrega el barón.

—Constanca no ha salido nunca de la capital —agrega el duque.

—Esto es muy enredado —dicen los otros jueces.

—Pasemos a cuarto intermedio —ordena Conrado.

En ese momento, Constanca se muere de sarampión, el viejo barón de Klugenstein manda un propio a la baronesa, para que se lo anuncie, y baile. Entretanto el conde manifiesta que quiere ser padrino del niño. Conrado mira al conde y se lo concede.

—Ya nos arreglaremos —dice.

—Es mejor así —exclama el duque, y ordena que bajen el telón.

Gaspar se despierta en ese momento, oye los aplausos, y algunas personas le manifiestan que aquello es una calamidad y que todo está lleno de mentiras; que Goethe sacó el *Fausto* de una leyenda muy parecida del siglo xv... y Gaspar da las gracias y se va a apagar las velas que había prendido a los santos.

14. EL SONSO DE LA COLMENA
(*Caras y Caretas*, 12 de diciembre, 1903)

El canto del coyuyo anunciaba ya a los habitantes de los algarrobales que los dulces frutos estaban prontos para ser cosechados, y los chayeros contestaban como un eco desde los ranchos, despertando en los corazones mil promesas de alojeadas (1) y fandangos, de cuecas y machas (2).

Las chinás inquietas llevaban al bosque cestos de suncho; y ponchos para recoger las vainas prometiéndose utilizar los delantales y pollera en caso de que no faltaran comedidos.

Turbas de chicuelos trepaban a los árboles, y con la indiferencia por todo lo demás que despiertan las golosinas, se espinaban las manos y las piernas, cerrando los ojos como Espartanos que quisiesen mostrar que habían aprendido bien de memoria la lección del dolor, dispuestos a permanecer allí encaramados como Pericos-ligeros, mientras no dieran un tumbó provocado por la indigestión o por el sueño.

Los burritos tomaban también su parte en el festín de la comarca, intercalando la sublime nota de su canto, como otros tantos ruisseñores de voz poderosa y vibrante.

Todo era entonces alegría ingenua, tarareos variados, carcajadas llenas de salud y ensayos de vidalas para un futuro inmediato.

Solamente Toribio estaba triste.

Pero su tristeza no tenía motivos ostensibles; estaba triste porque era triste, y, como si esto no fuese bastante, habían corrido algunos mal intencionados la voz de que era sonso. Las chinás juguetonas solían decirle, al verlo pasar, que no comiera sólo el melón, que llevaba de punta entre el sombrero; pero como no había ningún frenólogo entre aquellas turbas alborotadoras, la crasa ignorancia impedía reconocer que el único melón que llevaba era el molde macizo del panza de burro, evidenciado por una superabundancia de idealidad, sin los otros factores que, al disminuir el melón, equilibran la cabeza del hombre.

¿Lo quería realmente la Restituta?

Él pensaba que sí. ¿Qué le importaba lo demás?

Indiferente a todas las alegrías, Toribio penetraba con frecuencia en lo más profundo del algarrobal, y es seguro que andaba buscando algo, porque algo había encontrado cierto día que se le vio aparecer en el claro, sin la tristeza que habitualmente bañaba su rostro distanciado.

Paciente como buen mozo constante en sus amores, visitaba con frecuencia a la Restituta, una chinita de cachetes colorados y ojos negros capaces de tentar no sólo a San Expedito y a San Antonio sino también al mismo San Canuto.

A la vieja le parecía bien, y aunque a veces conversaba con sus comadres, y no sabía defenderlo cuando ellas le aseguraban que era sonso, sabía tolerarlo sin hipocresía, porque el mozo jamás las visitaba sin llevarles su atadito de yerba y azúcar.

—Buenos días, Restituta.

—Buenos días, Ño Toribio.

—Buenos tardes, Restituta

—Buenas tardes, Ño Toribio.

Y pasaban las tardes, y pasaban los días, sin que se aflojara el melón de Toribio para espaciarse en modulaciones más expresivas de un entendimiento tanto más hondo cuanto que su sombrero, bien ajustado, alzaba más de una cuarta sobre la cinta. Y la vieja cebaba mate, y mate tomaban Restituta y Toribio, sin hablarse, o hablándose alguna que otra cosa de los coyuyos y los chayeros, y la aloja y los burros.

Al fin el hombre se resolvió.

—¿Sabe una cosa, Restituta?

—No sé esa cosa, Ño Toribio.

Y allí habría quedado empantanado el hombre, si por aquellos algarrobales hubiese habido agua de sobra como para hacer pantanos, y si una resolución suprema no lo hubiese amenazado con una sofocación por callar.

—He pensado en una cosa.

—Buena ha de ser, Ño Toribio.

—Mañana no he de traerle yerba y azúcar.

—¡Cómo ha de ser!

—Pero voy a traerle otra cosa.

—Buena será, pues.

—He encontrado en el algarrobal una colmena con miel, y se la he de traer.

—Ya se me ocurría.

—Buenos tardes, Restituta.

—Buenas tardes, Ño Toribio.

Reuniendo en una sola todas sus economías, Toribio compró una hacha, y echándosela resueltamente al hombro, penetró en el algarrobal,

sin preocuparse de las cuchufletas de las chinas, ni de los cantos crecientes, ni de los chayeros, ni de sus tamboriles. El hombre iba. Iba como la resolución misma hecha carne a la conquista de la colmena prometida, porque aquella colmena contenía en sus alveolos toda la miel que faltaba en su melón idealista, ya que no era bastante animal ni bastante inteligente, para enmelar a la muchacha con palabras de amor.

Y firme, resuelto, vigoroso y activo, comenzó a dar hachazos al tronco del algarrobo en cuyo hueco estaba la colmena. Su actitud, sus movimientos, parecían tener más la expresión de la ira y de la venganza que la del deseo, y las astillas saltaban como si fueran un chisporroteo bajo el incansante golpe de su hacha impaciente.

Ímproba fue su labor; pero llegó al hueco.

Otro se había llevado la colmena.

Tiró el hacha, arrancó de sus entrañas un rugido, y se perdió en el bosque, y nunca, nunca más, se supo de Toribio.

15. HURONES Y COMADREJAS (*Caras y Caretas*, 16 de enero, 1904)

—¿Qué tal, señor don Juan Francisco? ¿Cómo lo tratan por estos pagos?!

—¿Cómo quiere usted que me traten, señor don Emeterio?! Usted sabe que estas gentes son serviciales y dispuestas, y que, por su bondad, compararía con el pan criollo si no lo fabricasen ahora tan duro y tan soso como si quisieran desacreditarlo. Pero tome asiento, amigo, y hablemos de cosas más graves.

—Gracias. ¿Y la política?

—¡La política! Huyendo de ella he venido a instalarme aquí. La capital es un verdadero volcán, y como las tentaciones se presentan a cada paso, resulta que se forma uno tal hábito de no ocuparse de otra cosa, que cuando se huye de Escila se cae en Caribdis (1) —y aquí me tiene usted disparando de los diarios, sin los cuales no puedo pasarlo.

—Eso no impide que usted se rodee de un escenario simpático. Esta casa que ha comprado no tiene ya el mismo aspecto que antes le hemos conocido.

—Es verdad, señor don Emeterio; y debe saber usted que si le he hecho las modificaciones que ahora nota en ella, eso se debe a mi resolución de instalarme definitivamente aquí.

—Pues vea usted, señor don Juan Francisco: todos habíamos pensado que su permanencia en nuestro pueblito sería solamente transitoria.

—No, señor; están ustedes todos equivocados; le he dicho que vengo a instalarme de un modo definitivo, y usted puede convencerse de ello por los gastos que las refacciones me han ocasionado.

—Muy verdad es; pero el día que usted quiera vender la propiedad encontrará numerosos compradores por el doble del costo.

—Eso sería como harina de otro costal. Por el momento debe usted considerarme como en cuarteles de Invierno —y que lo pienso pasar, no le quepa la menor duda.

—¿Y está usted muy comprometido en política?

—¿Yo? ¿pues no he de estarlo?! Usted sabe que siempre he sido hombre de principios y que no acepto transacciones ni componendas. Así se lo dije al general en mi última conversación con él; por cierto que don Carlos quiso disuadirme, y si no hubiera sido por... pero, ¿qué diablos? ¿ya andan otra vez por aquí?

—¡Cómo! ¿qué cosa?

—¿No ve usted? obligado a instalarme en este pueblo de campo, he procurado rodearme de todo género de comodidades y usted sabe que, bajo buen techo, en buena cama, y con buena mesa...

—Sí, va lo veo.

—Pero es el caso que tengo mi debilidad...

—¡Hola! ¿Y cuál es esa, señor don Juan Francisco?

—¡Vaya! que me mira usted con unos ojillos como si fuese yo un mozalbete casquivano; no, señor mío; mi debilidad, mi flaco, son los pollos gordos. A fe que por aquí andan algunos.

—Buenas son las muestras; pero...

—¿Otra tenemos? Y vivo mártir de los hurones, señor don Emeterio. Los hurones no solamente me comen los huevos, sino también los pollitos. Les pongo trampas, ofrezco primas; pero ese maldito cerco de ñapindá es una verdadera incubadora de hurones. La última vez que vino a almorzar conmigo don Manuel, hizo grandes elogios de la hermosura y sabor de mis Dorking (2), tanto que ayer le he mandado media docena a don Benito, que esperaba a almorzar a don Marcos y a don Felipe.

—Los hurones son animalitos muy perspicaces, señor don Juan Francisco.

—Ya he tenido oportunidad de observarlos: así es que no me contento con las primas y las trampas, sino que los persigo a escopetazos también. Por cierto que don Joaquín me aconseja no abandone este método, que él considera el más eficaz por la falta de peripecias y por la prontitud con que se obtienen los resultados. Pero... permítame, señor don Emeterio, por allí andan moros en la costa... ¡Deodato! ¡corre muchacho que la batará se está encrespando y debe andar algún hurón por allí! Pues ¿y no se atreven los muy bellacos...

—Usted se hace mala sangre, señor don Juan Francisco, y, si no toma mi consejo a mal, adopte otro sistema para resguardar sus crías.

—¿Otro sistema?

—Sí, señor. Usted sabe muy bien que los enemigos más encarnizados que tienen los hurones son las comadrejas.

—¡Las comadrejas! Así me decía don José Evaristo la última vez que comí en su casa: pero don Emilio y don Guillermo sonrieron ante tal proposición, y creo que si no hubiera estado allí don Marcelino la cosa habría tomado proporciones inesperadas.

—Pues vea usted: yo le aconsejaría que consultase a don Bernardo, y estoy seguro de que él también opinaría como yo. Es necesario que usted llene ese cerco de comadrejas para que persigan a los hurones.

—No crea usted que no me he sentido ya inclinado a hacerlo, como se lo manifesté a don Bartolo; pero tropecé con un inconveniente.

—Si usted quiere, puedo remitirle algunas.

—No, señor; no es eso. Una vez que llene el cerco de comadreja, no tengo la menor duda de que acabaré con los hurones; pero entonces las comadreas se comerán los huevos, los pollos... y las gallinas.

16. PANORAMAS Y RUMORES (*Caras y Caretas*, 12 de marzo, 1904)

¡Pobre señor! ¿Quién hubiera dicho que iba a ponerse tan grave?!

Todos aquellos que lo conocían hubieran jurado que jamás la enfermedad haría mella en su robusto organismo.

Y ahora, tendido en el lecho, rodeado por la cariñosa familia, sometido a la vigilancia amistosa y científica de cuatro médicos con tres juntas diarias (dos mil cuatrocientos pesos que no pagaría), auscultado, percutido, pesado, medido, palpado... ahí está, con una bolsa de diez kilos de hielo en la cabeza, y un sombrero de paja encima, del modelo inventado por el doctor Albarracín, a quien se le ha ocurrido que el modestísimo y exiguo cerebro de un caballo necesita semejante protección.

¡Pobre señor!

Respira como un cachalote, bufa como un hipopótamo —y la verdad es que a nadie plagia.

—Sí, misia Canuta —dice la señora del enfermo, zangoloteándole un suspiro— mi pobre Canuto está muy grave, muy mal.

—¿Y qué dicen los doctores, misia Caneca?

—¡Ay! misia Canuta... los doctores no saben lo que tiene, ¡pero sospechan tantas cosas!

—¿Y cómo fue que ocurrió esto, misia Caneca?

—¿Cómo quiere que fuese, misia Canuta? Usted sabe lo terco que es Canuto. Cuando se le mete una cosa en la cabeza, ahí se le queda, y ahí le anda dando tumbos hasta que le sacude como un cascotazo en una fibra nerviosa y por reflejo la lleva a cabo. Se le ocurrió esta mañana salir a dar un paseo a caballo y yo le decía: —No montes a caballo. Canuto, por favor; te vas caer; tú que siempre has sido tan maturrango... —¿Maturrango, yo? ¡no faltaba más! Y salió, se le espantó el animal al ver otro, lo dio al suelo contra un adoquín, salieron chispas por afinidad, y ¡ay! ahí lo tiene usted; así me lo han traído hace tres días ¡y no mejora ni esto! Pero ahí están los doctores; vámonos al comedor, misia Canuta; niñas ¡adentro! Anda tú, Hispidita a recibir a esos caballeros.

Y así se van al comedor misia Canuta y misia Caneca; pero misia Caneca vuelve un minuto después alisándose el bandó con la palma de la mano, lo que agrega a su rostro soñoliento y dolorido cierto aire de mayor melancolía.

Y penetra en el cuarto del enfermo donde se encuentran ya los cuatro médicos.

—¿Ha contestado ya el doctor Panqueque —preguntó a la señora el doctor Caco— si vendría a la junta ¡gran bellaco! para dar a su esposo ese bisteque con extracto de mirra y de tabaco?

—Qué dice usted, doctor ¿está usted loco?

—No señora Caneca, poco a poco.

—Vamos... ¿observó usted el termómetro como lo habíamos indicado durante la noche? —preguntó el doctor Mico.

—Sesenta grados.

—¡Sesenta grados! —exclamó el doctor Seco— no es posible.

—Tiene razón, doctor, serán setenta.

—Menos aún —le replicó el doctor Terceto.

—Allí viene apurado el doctor Panqueque —dijo el doctor Mico.

Y al entrar en el aposento, el nuevo visitante saludó con toda cortesía, saludo que retribuyeron fríamente los cuatro del cuarteto. No lo podían ver, y le tenían una ojeriza, por más de un concepto, digna de anidarse en el cráneo de un mono.

Misia Caneca se retiró.

—Estoy a las órdenes de ustedes, señores —dijo el doctor Panqueque—. Solicitado por colegas tan distinguidos, me he apresurado a venir.

—No hemos solicitado nada —exclamaron en coro.

—¿No? pues para mí es lo mismo. Se habrá equivocado la señora al manifestarlo así; pero insiste en mi venida. ¿Querría usted, doctor Caco, indicarme sus observaciones y opiniones?

—El pulso filiforme, y mal aliento, interrupción del ritmo precardiaco, más parece tener el muy jumento, el estómago lleno...

—¡Doctor Caco!

—Permítame, doctor: que los pulmones, a pesar de sangrías reiteradas, ofrecen a distintas percusiones la impresión que darían dos melones de esos grandes que dan quince tajadas.

—¿Y el diagnóstico...?

—Fácil cual ninguno; mas no tengo opinión del caso actual; opino que hay un cáncer del yeyuno... y quizás un ataque cerebral.

—Está bien... ¿y qué me dice usted, doctor Mico?

—He observado prolijamente, señor doctor Panqueque, y pienso que usted aprobará mis deducciones; sus grandes conocimientos en esta especialidad me auguran esa aprobación que ya me han concedido mis ilustrados colegas, aceptando el tratamiento propuesto. No he hecho un examen prolijo de los pulmones porque la respiración es característica, en cuanto al corazón, juzgado por el pulso radial también es sui-generis: en el miocardio parece manifestarse un *cake-walk* (1). He dirigido mi atención hacia la

cabeza de un modo especial: percutiendo en los temporales con el nudo mayor del dedo medio a manera de coscorrón y auscultando simultáneamente en el otro temporal, se siente primero un ruido seco que un instante después forma un eco en la cuenca situada al frente, en seguida se notan repercusiones y hay como un *roulement* (2) indefinido que se pierde lentamente en los distintos planos de lo que en este caso, me permitiría llamar la perspectiva acústica. He diagnosticado aquí la existencia interior de un panorama y con mucha verosimilitud un ataque cerebral.

—Muy bien —dijo el doctor Panqueque palpando la cara del paciente— ¿y que me dice el doctor Seco?

—Lo mismo hasta cierto punto ¡hum! yo he visto ¡hum! muchos casos como éste ¡hum! Pero no estoy completamente de acuerdo con el doctor Mico ¡hum! ¡hum! Ante todo propongo una trepanación para poder determinar el espesor de los huesos ¡hum! que ni si quiera se han abollado en contacto violentísimo ¡hum! con un adoquín. Además ¡hum! no veo el panorama, sino ¡hum! me parece que hay también, aquí dentro ¡hum! un estereoptikón ¡hum! y un ataque cerebral.

—Perfectamente; ¿y el doctor Terceto?

—Un caso muy complejo. Dada la manera como vibran los tendones de Aquiles, la respiración y por último, es decir, para expresarme con más propiedad, considerando primero, o más bien, por último, la naturaleza mórbida del caso, me sería difícil fijar los límites, digamos más bien la amplitud de subordinación de unos órganos a otros, o lo que sería más exacto, no tendría inconveniente en declarar que aquí hay una sinfonía, y, con toda verosimilitud, un ataque cerebral, una inflamación cerebral.

—Por mi parte —dijo el doctor Panqueque— me permitirán ustedes una ligera discrepancia, la que sin embargo es de naturaleza conciliatoria. El hielo aplicado a la cabeza y en particular el sombrero estilo Albarracín, revelan que ustedes han acertado en cuanto se refiere a la extremidad lesionada, y a la naturaleza del paciente, en efecto, por aquí cerca está el mal. Discrepo en cuanto al ataque cerebral: aquí no hay cerebro y por lo tanto no puede inflamarse lo que no existe; pero eso mismo justifica la sagacidad de ustedes al encontrar resonancias, ecos, sinfonías, un panorama y un estereoptikón. Lo que este desgraciado tiene es la quijada hecha pedazos.

—¡Oooh!

—Mi pronóstico no es fatal. Curará, sí, curará a pesar de todo. Pero si por un accidente cualquiera (y abrigo la esperanza de que así lo comunicarán a misia Caneca), sí, decía, por una causa cualquiera se llega a caer en cuatro pies, no volverá a levantarse más, no precisamente porque le falte energía

muscular para ello, sino para no padecer más de nostalgia de cuadrupedantismo.

—¡Pedantismo! ¡pedantismo! ¡mi marido pedante! —exclamó misia Canaca desfalleciéndose en brazos de misia Canuta y alisándose el bandó!

—Cuadrú, cuadrú, señora mía —agregó el doctor Panqueque con una reverencia, y se alejó tarareando la música del Tango Cangrejo.

17. Y CON JABÓN (*Caras y Caretas*, 14 de mayo, 1904)

Semanas meses enteros lo había pensado, y estaba resuelto.

Al fin ¿qué? ¿quién dijo miedo? No faltaría más sino que un hombre con tamañas... a propósito ¿quién dice, *miedo*? No faltaría más que un hombre con tamañas tragaderas como un Manguruyú hubiera de retroceder ante semejante pampolina ¿Y qué? ¿Acaso era por eso que se pasaba las noches en claro? ¿No andaban diciendo por ahí que se estaba poniendo seco, y que hasta los meollos mismos se le volvían de estopa a fuerza de cavilar? ¿Y qué les importaba? ¡Cómo si les debiera hasta el agua del Río!

¡Claro! métanse en su camisa y dejen que cada uno se desenvuelva como pueda.

Y tenía razón Anselmo. Era joven, buen mozo, resuelto como un inocente, flacuchín por constitución, ¡y había hecho cada conquista...! sí... ¡no faltaba más! Desde los pobrecitos que gemían en La Cuna, hasta las pobre-citas que cantaban en los coros de los teatros, si hablaran los primeros y callaran las segundas, su reputación de Tenorio no por eso empalidecería. Pero esta vez... bueno... ¿Y qué? ¿Sabía acaso lo que le estaba pasando?

Era una de esas simpatías que nacen como el alba y crecen como los hongos en una noche.

Cada vez que la veía pasar, tanto a la ida como a la vuelta, con el enorme bulto sostenido por la linda cabeza en un equilibrio que le hacía resaltar todo lo bueno que había en su cuerpo morrudo de veintitrés años, culebreándole las caderas como figuritas de aviso con cuerda, Anselmo pensaba que le habían descargado un hormiguero en las espaldas, y le brillaban los ojos a fuerza de tener ideas, esperanzas y deseos. Pero no lo podía remediar, y tenía que confesarse a sí mismo que toda su ciencia, se le había ido al pozo, y allí no la iban a pescar ni con los tres ganchos de Giacumín para sacar baldes del aljibe.

Como las siete pelucas del canónigo, él también tenía siete pañuelos de distintos colores para atarse al cuello, cada día uno, al verla pasar, y hasta el más perito habría dicho que parecían un arco iris si los hubiese visto tendidos en la cuerda que le servía de guardarropa en el cuarto que le alquilaba por diez pesos mensuales a doña Ramona.

Y allí, allí mismo, en la calle Comercio, antes que vinieran a construir las dársenas y los diques, donde estaba el juncal, y entre las toscas de la ribera, allí la veía, desde la barranca, asoleándose como un mirasol desde la maña-

na hasta la tarde. Es cierto que los brazos se le habían puesto colorados como cangrejos cocidos, y la cara como si tuviera escarlatina; pero eso daba prueba de que la muchacha era trabajadora, y lo mostraba hasta en las piernas, del mismo color que los brazos. ¿Y qué? Si ella estaba colorada por fuera, él lo estaba por dentro, y no era por falta de sangre, porque si él la escondía ella la mostraba. Esas son cosas que hace el sol, y nadie ha dicho que sea pecado tostarse por el trabajo, ni enflaquecerse por el amor.

¡Pobre Anselmo! ¡Tan bravo en las elecciones que más de una vez había contribuido a ganar sin saber a favor de quién, con una atropellada a tiempo a la mesa tan donoso y triunfante en las milongas con quebrada, y tan rico en recuerdos de victorias de todos los calibres! Pero esta vez el hombre se había enamorado de veras, y en las proyecciones mudas pero luminosas, de su sentimiento puro, creía reconocer que la timidez que de él se había apoderado era un castigo del cielo por las hechas y por hacer.

Mientras nada observó en las caras de los vecinos entre los que contaba amistades a toda prueba, Anselmo se consideró tan seguro como lobo que caza a oscuras; pero, cuando vio que empezaban a asomar risitas, y se dio cuenta de que muchas indirectas lo atravesaban como a chinchulín para el rescoldo, entonces comprendió que había vendido su secreto, y resolvió atropellar por todo y a todo. Pero había que prepararse, y la preparación que le daría todo el vigor indispensable estaba en la indumentaria.

Durante una semana, nadie lo vio parado en la barranca mirando hacia el río para ver a alguien. Su abstención le dolía; pero estaba resuelto.

Cierta mañana entró en su cuarto un muchacho llevando un bulto.

—¿Y estarán bien a la medida che? —preguntó.

—Ya lo creo si no es que a usted le han crecido las ruedas en estos días.

—¡Che, che! ¡no te pasés!

—Es que dice don Giusepe que están justas y sonadoras.

Poco después apareció Anselmo en el umbral de la calle y con un aire de resolución serena y definitiva.

—No hay que aflojarle, hermano —le dijo Anacleto, su grande amigo, metiéndole el codo por costillas, apenas se le acercó.

—Y a eso no más voy.

—Deberías tomar una pastilla de menta para que se te fortifique la lengua.

—No preciso, che; pero si sos tan mi amigo podrías acompañarme... por si acaso.

Sombrerito de color gris, traje negro, pañuelo colorado al pescuezo, y botas de becerro con cañas de charol, en las que resaltaban aplicaciones de terciopelo que representaban corazones flechados. Pero sonaban al andar; eso sí.

Bajaron ambos amigos por la pendiente de la barranca y llegaron a unos cincuenta pasos de las toscas en que lavaba Gumersinda.

—De veras, che; no me animo.

—Pero caramba; no seas pavo; parecés un peludo.

Y allá se fue Anselmo.

—¡Je, he, he! buenos días, doña.

—Buen día, don Anselmo; ¿cómo le va?

—Aquí andamos... dando una vuelta.

—Sí; ya lo veo... en qué vueltas andará.

—Y usted siempre trabajando, ¿eh? ¡je! ¡je!...

—Hay que ganarse la vida.

—Lavando siempre; ¿eh?

—Es el oficio.

—Y con jabón ¿eh? ¡je, je!

18. EL PARAGUAS MISTERIOSO

(Caras y Caretas, 24 de septiembre, 1904)

(Novela en colaboración)

Capítulo I

El diputado Nerprún

—No, mil veces no —señores diputados; eso no es así; eso no puede ser así; nosotros no debemos creerlo, no podemos ni admitir siquiera que tales afirmaciones resuenen en el augusto recinto de esta cámara, y por mi parte, aunque no consiga llevar la convicción al espíritu del honorable diputado preopinante, siento bullir todos los huracanes de la protesta y protesto en mi nombre y el nombre de las masas populares que, con su voto espontáneo y libre, me constituyeron depositario del mandato imperativo por cuyo triunfo sacrificaré mi sangre y mi vida, y la vida y la sangre de todos los hombres libres de pensamiento y libres en el desarrollo de la acción.

Un aplauso estruendoso hizo retemblar el salón de sesiones de la cámara de diputados.

Ante aquella elocuencia fulgurante, ante aquellos acentos de bronce, parecían desprenderse de los muros como ecos vagos, armonías sutiles que no eran sino los ecos dormidos de elocuencias pasadas, fantasmas invisibles de convicciones cuyos cerebros productores dormían para siempre el sueño que no tiene pesadillas, el sueño que no tiene despertar.

—Parece que se han producido algunas grietas en la pared divisoria —dijo en voz baja el comisario del Congreso.

—Así es, en verdad —agregó un sargento.

—No es posible señor presidente, no es posible señores diputados —continuó el orador cuando los clamores y los ecos se apagaron— en la Naturaleza no existen misterios: y, para el pensamiento del hombre, sólo hay más o menos evidencia de los hechos conocidos y la conciencia de una masa colosal, indefinible, de hechos por conocer de verdades que aún duermen en el seno...

—En el seno misterioso de lo desconocido —interrumpió uno de los diputados, redondeando la frase.

—No, señor, está Ud. equivocado —rugió el orador que con más derecho hacía uso de la palabra— no, señor, el seno de lo desconocido no es miste-

rioso, es simplemente desconocido. ¿Cuándo emplearemos el lenguaje del sentido común para poder entendernos?

—Cuando lo desconocido no tenga seno —respondió el interruptor, cuya interrupción habría de tener consecuencias gravísimas en el curso de los debates y aún en las relaciones personales de muchos de los diputados, como se demostrará en el curso de esta narración.

Lo que entonces ocurrió, no tenía precedente en los fastos parlamentarios de la República Argentina. Nunca un coro más destemplado, un tumulto más incoherente, ni bramidos más resonantes, llenaron el recinto. El estrépito y vocerío de dos mil mujeres encerradas en un templo cuyas bóvedas derrumba el terremoto no podría dar la mínima idea de aquella confusión. El espanto se apoderó de la barra, la campanilla presidencial perdió el badajo, y hasta los mudos, los mudos mismos, hablaron en aquella ocasión.

El presidente de la cámara no pudo restablecer el orden y se retiró indignado; los secretarios y taquígrafos le siguieron, la barra se entregó al desbande y los padres de la patria, ebrios de elocuencia turbulenta, formarían grupos que gesticulaban, gritaban, reñían... pero todo era inútil... nadie podía entenderse.

Para el diputado Nerprún, Severo Nerprún, hijo de un célebre farmacéutico que adoptó su apodo como apellido por motivos que a su tiempo conocerá el lector, ya que tanto el padre como el hijo representan un papel tan importante en este extraño caso que vamos a referir, la oportunidad, ciega como siempre, le había negado sus favores en aquella oportunidad. Pero el aplauso tan vehemente con que fueran saludadas sus enérgicas frases, le servía de consuelo... porque representaba un inicio de futuros triunfos oratorios, triunfos que eran la aspiración suprema de su vida pública en tanto que con secreto temor se entregaba a veces a investigar los antecedentes de esa misma aspiración.

El diputado Nerprún había tomado la palabra y en pocas frases se había puesto en descubierto como hombre de corazón y de principios. Libre de toda superstición, entregado continuamente al estudio, había llevado a ese punto culminante de las grandes convicciones que ni los pechos mismos tienen suficiente energía para minar.

Intransigente con los timoratos que lucran sin embargo con la necesidad ajena, todos sus esfuerzos tendían siempre a exterminar mil absurdos que aún se anidan en cerebros de gente al parecer educada. Él quería que los hombres fueran honrados en sus creencias, y honrados en sus relaciones con los demás hombres, abominaba el servilismo que adopta lo negro como blanco cuando el amo lo ordena, y luego lo acepta como negro si la

veleta de las pasiones o de los caprichos cambia, odiaba a los periodistas que se venden por un puñado de monedas y odiaba más a los que escudaban con un nombre su vileza y su imbecilidad. Y, para terminar, el diputado Nerprún, a semejanza de su padre, que había prodigado el jarabe de su nombre, se sentía ya en punto para prodigar a sus contemporáneos su jarabe de pico, de la manera que él lo entendía.

Cuando al día siguiente se publicó la sesión de la cámara en que había tomado la palabra, los periodistas heridos por sus diatribas declararon que había estado muy *siruposo*, y que la cámara debía tomar medidas para evitar cuanto fuera posible los discursos de barricada.

Al salir del recinto, aturdido por el tumulto que aún continuaba, varios amigos y correligionarios se acercaron a felicitarlo, y uno de ellos le dijo al oído:

—Ten prudencia eres la víctima esperada de un complot.

Se encogió de hombros.

Un momento después se le acercó un individuo de extraña expresión en la fisonomía, y al que no hemos de abandonar en el curso de los acontecimientos que van a desarrollarse. Le llamaban *El Caballero de la Dama Blanca*, y este seudónimo, sugerido quizá por alguno que se había muerto, no había tenido explicación hasta entonces.

—Señor diputado.

—Señor ciudadano.

—¿Me permite Ud. dirigirle una pregunta?

—Sí, señor.

—¿Tiene Ud. absoluta conciencia de cuanto ha dicho en la cámara?

—Sí, señor, la tengo.

—Está bien. ¿Tendría Ud. inconveniente en acompañarme durante media hora?

—Ninguno.

El Caballero de la Dama Blanca hizo señas a un coche estacionado frente al Congreso. Cuando el coche se acercó, ambos subieron en él, dándole las señas.

Después de andar algunas cuadras, llegaron a una casa de aspecto intermedio, una casa ni vieja ni moderna, sencilla, neutra.

El desconocido sacó del bolsillo una llave y abrió la puerta exterior.

—Señor —dijo *El Caballero*—, sírvase Ud. observar todo en esta casa.

Recorrieron los patios; la pequeña huerta, e interiormente desde la sala hasta el último aposento.

Cuando hubieron terminado. *El Caballero* preguntó:

—¿Le ha llamado a Ud. algo la atención?

—No, esta casa no tiene nada de particular; es como todas las demás.

—Venga Ud. conmigo.

Y dirigiéndose a la antesala, volvió a preguntar:

—¿Absolutamente nada? ¿Qué ve Ud. en ese rincón?

—Un *paraguas*

—Pues ese *paraguas* va a cambiar por completo la dirección de sus ideas. Ése, ése mismo, es el *paraguas misterioso*.

Eduardo Ladislao Holmberg

Capítulo II

Lo que se vio bajo la linterna de Vergüenza

La pálida fisonomía del diputado Nerprún se contrajo en una mueca horrible; los ojos voltejaban en las órbitas, convulsamente, mientras su cuerpo se estremecía sobre el suelo. *El Caballero de la Dama Blanca*, sereno y satisfecho, como un artífice ante la realización de un bello ensueño, contemplaba al desgraciado. De pronto acercó su oído al corazón del orador: latía. Meditó algunos instantes. Sacó rápidamente del bolsillo una finísima aguja y por siete veces consecutivas perforó la oreja derecha de Nerprún.

Guardó la aguja y cogió el misterioso *paraguas*, oprimiendo en seguida un botón eléctrico, semioculto en el marco de la puerta: una campanilla sonó a lo lejos, siniestramente, al parecer debajo de la tierra. Oyose un crujir de engranajes y todo el piso de la habitación comenzó a descender; en pocos segundos ambos estuvieron en un sótano sombrío, cerrándose sobre ellos un techo corredizo.

Nerprún continuaba en pleno ataque. *El Caballero de la Dama Blanca* batió algunas palmadas, con ritmo al parecer convencional. Desde el fondo de un subterráneo avanzaron, con tétrica lentitud, cuatro luces mortecinas. Cuando llegaron a la puerta del sótano, el Caballero ordenó a los tres hombres apagar las suyas, dejando la cuarta en manos de Vergüenza.

—Enmascaraos —dijo a los hombres—, y tú, Vergüenza, entrégame el frasco de sales.

—¡Le tenemos! ¡Le tenemos, por fin! —exclamó en voz baja la deliciosa mujer, exornando su óvalo encantador con la más felina de las sonrisas.

—¡Sí! pero los hechos se han precipitado. La simple vista del *paraguas misterioso* bastó para provocarle ese ataque, impidiéndome someterlo a la terrible prueba. Pero creo que pronto reaccionará —agregó, mientras le excitaba con el frasco de sales.

—¿Y el suero?

—Aprovechando el ataque le anticipé las siete inyecciones. La aguja es finísima y el suero indoloro; al volver en sí no tendrá la menor sospecha.

—¿El efecto es seguro?

—Antes de tres días nuestra venganza estará cumplida. Goycoechea, su cómplice, sucumbió al cabo de una semana: a éste le hemos duplicado la virulencia tres días, cuatro a lo sumo.

—¡Es terrible! ¡pero mayor fue su crimen! —murmuró Vergüenza, entre odiosa y compungida.

En ese momento el diputado Nerprún exhaló un hondo suspiro anunciador de la reacción saludable. En voz baja, para no ser oído, *El Caballero de la Dama Blanca* dijo a los tres enmascarados señalándoles el subterráneo por donde entraron:

—Alejaos a treinta pasos de aquí y no os aproximéis si no se os llama; toda imprudencia os costaría la vida.

Y dirigiéndose a la mujer, le señaló su antifaz diciéndole:

—Vergüenza, cúbrete el rostro.

Cuando volvió en sí, a la luz de la única linterna, el diputado Nerprún creyó sufrir un sueño macabro: en el oscuro antro sólo acertaba a distinguir leves perfiles iluminados con reflejos rojos, destacándose como dos amenazas sobre la tiniebla compacta. Antes de permitirle gesto alguno de sorpresa, *El Caballero de la Dama Blanca* tomó la palabra.

—No corre peligro vuestra vida en este momento, ni en este lugar. Estáis aquí para decirnos el siniestro secreto de vuestro crimen; debéis completar el relato de Goycoechea, vuestro cómplice. La justicia vendrá después. Ahora hablad.

Repuesto de su asombro, el orador, abundoso en el parlamento, sólo atinó a tartajear pocas palabras.

—No os entiendo...

—En vano intentáis disculparos. Aquí está el *paraguas misterioso* y conocemos el verídico relato de Goycoechea...

—No conozco ese paraguas; y el que llamáis mi cómplice podría haber mentido...

—Jamás! Goycoechea no habría mentado jamás, y mucho menos in *articulo mortis*...

—¿Morir?...

—Sí; ha muerto —repuso fríamente—, ha muerto en el mismo sitio donde vos moriréis dentro de tres días. ¡La justicia humana tarda, pero llega!

Nerprún se estremeció. El sitio desconocido le horrorizaba; y, más que eso, el extraño silencio de aquella mujer cuya hermosura no lograba ocul-

tar el antifaz. Se frotó los ojos, como queriendo salir de una pesadilla. Sólo sintió que la mano del Caballero se posaba sobre su hombro.

—No os espante mi lúgubre propósito —díjole con vidriosa amabilidad—. Vuestro destino está ya trazado; pero no os urge preocuparos de él. Ahora limitaos a revelarme el secreto del paraguas encontrado junto al cadáver, el secreto que encierra la clave de todos los misterios.

—Nada sé de lo que me preguntáis.

—¿Nada? ¿No conocéis el paraguas?

—Nunca lo he visto.

—Tendré el gusto de mostrároslo —replicó el Caballero con mal disimulada nerviosidad, mientras hacía ademán a Vergüenza para que aproximara su linterna.

—Escuchadme bien, señor Nerprún. Este vulgar paraguas tiene cubierta de seda, eje de aluminio, armadura de alambre acanalado y puño de madera esculpida. Pero mirad bien la cubierta —dijo, abriendo el paraguas—, mirad la seda negra, aquí, cerca del borde. Ved tres manchas rojizas...

—Nada veo...

—¡Fijaos! —y aproximó a la cubierta el brazo de Vergüenza, cuya linterna iluminó, efectivamente, las tres manchas denunciadas.

Nerprún palideció. El Caballero, sin inmutarse:

—Bien, señor diputado. Estas manchas de sangre sólo son visibles sobre la seda una vez por año y duran varios días; aparecen en la fecha de ocurrido el delito y persisten hasta la hora misma en que fueron encontrados el cadáver y el paraguas.

Nerprún, silencioso, temblaba.

—Y ahora sabed que vuestro cómplice, en momentos de morir, reveló, en parte, el misterio de este paraguas denunciador. Escuchad bien, Nerprún: según Goycochea hubo en el crimen cierto maleficio satanista, por cuyo motivo las manchas están “vivas”, sensibles como una mimosa, capaces de reconocer por el simple tacto al asesino que vertió esa sangre...

Nerprún, entre temeroso e incrédulo, osó murmurar:

—¡Este es un cuento de brujas! Repito que Goycochea ha mentado...

—Mirad, Nerprún, y veréis que toda negativa empeorará vuestra situación.

Y así diciendo tocó las manchas, sin que por ello ocurriera nada anormal; invitó luego a Vergüenza que hiciera lo mismo, con análogo resultado.

—¡Y bien, Nerprún, tocad las manchas, si a tanto os atrevéis!

Nerprún, seguro de que la sensibilidad de las manchas sería la postrer mentira de Goycochea, obedeció.

¡Más le valiera no haber condescendido! La seda se estremeció como si pasara a su través un silencioso escalofrío, el color de las manchas subió

hasta el escarlata más chillón, y aquel objeto, al parecer inanimado, emitió un lamento pavoroso, que heló la sangre en las venas de los testigos. Hubo un paréntesis de acoquinamiento, de ansioso terror ante lo sobrenatural. Después de cortos instantes, el Caballero rompió el silencio glacial:

—Nerprún; ¿estáis convencido? Cientos de personas han palpado en mi presencia esas manchas, sin que jamás se confirmara la aseveración de vuestro cómplice. Es evidente que sois autor del crimen, pues lastimasteis la sangre sensible: ¡ninguna otra mano le arrancó jamás tan desgarrador lamento!

—Os engañáis, señor...

—¿Negáis? —rugió el Caballero, indignado por la cínica imprudencia del diputado— ¿Negáis que sois autor del crimen?

—¡Absolutamente!

—¿Y nunca habéis visto este paraguas?

—¡Nunca!

—¿No? —Al pronunciar esta palabra tomó la linterna de manos de Vergüenza; sosteniéndola en su mano izquierda, con la derecha tomó por el cabo el paraguas interponiendo la seda entre la linterna y los ojos de Nerprún.

—¿Negáis ahora?

Nerprún no pudo contestar a la pregunta amenazadora. Mirando a trasluz la seda del paraguas, había visto desarrollarse, como sobre una tela de cinematógrafo, la pavorosa escena del crimen ¿Qué desconocido agente repetía de esa manera, sobre un objeto inanimado, las escenas vividas anteriormente? ¿Magia negra, espíritus desencarnados, prácticas de teosofía trascendental? Enigma. El diputado no intentó negar más confundido por esa prueba inesperada e inexplicable.

¿Goycochea había dicho la verdad?...

José Ingenieros

Capítulo III

El paraguas haciendo de las suyas

Pero no negar no es asentar. Volvió a mirar la tela del paraguas, esta vez con menos estupefacción, como que acababa de sacarse con su trémula mano la capa de telarañas que parecía tener sobre sus ojos, y girándolos en torno, los detuvo sobre los iracundos de *El Caballero de la Dama Blanca* y los impenetrables de Vergüenza.

—¡Y bien! —prorrumpió el hombre misterioso— ¡Hablad! ¿Qué esperáis?

—Que se me alivie el dolor de las orejas —dijo Nerprún que ignoraba que en aquellos cartílagos yacían siete inyecciones—. No sé quién diablo puede estar acordando en este momento de mí, de esta manera.

—Ello no hace al caso. ¡Hablad!

—Antes de hacerlo —replicó el representante popular— necesito estar seguro de que la libertad más completa ampara la expresión de mis ideas.

—Más completa —afirmó Vergüenza—. ¡Hablad!

—¡Hablad!

—Y bien —dijo Nerprún, con el compás de espera que le era peculiar en los párrafos indecisos de su oratoria caracoleada y profusa—. Yo necesito recapitular un tanto, quiero decir, tomar de atrás la exposición de los hechos.

Vergüenza recordó con un movimiento expresivo a *El Caballero de la Dama Blanca* que él había garantizado la vida del infeliz prisionero en aquel sitio.

Y *El Caballero de la Dama Blanca*, se mordió el labio en señal de convencimiento, aunque forzado, y esperó.

Nerprún dijo entonces, llevándose el pañuelo a la oreja izquierda:

—Sí; yo salía en aquel instante de la Cámara. Acababa de pronunciar un discurso a favor de Sández del Río para que venga sin demora a ocupar la dirección de nuestra Facultad de Filosofía y Letras; los demás diputados no atinaron a sorprender en mi estilo el estilo del maestro y estallaron en irrupción horrenda; salí luego a la calle donde me recibió el aura popular que de continuo acaricia la cabellera y la personalidad de mi colega el socialista; y hasta recuerdo que algunos íntimos me hablaron de un complot tramado en mi contra por Eduardo Ladislao Holmberg y José Ingenieros, denuncia que desdeñé incredulamente haciéndoles presente que yo no había intervenido ni en el decreto inconsulto de Casares (1) sobre el Jardín Zoológico, ni en el artículo de Emilio Becher (2) titulado "El médico imaginario" y publicado recientemente no sé donde. Luego —prosiguió Nerprún, llevándose el pañuelo a la otra oreja—, ¿qué más me aconteció? ¡Ah! ¡Ya recuerdo! Os acerquéis al llegar a la esquina de Defensa y me invitasteis a subir a un coche...

—¡Jesucristo! —interrumpió *El Caballero de la Dama Blanca*, haciendo estremecer la gran linterna y el *paraguas misterioso*.

—¿Qué os ocurre? —preguntó la dama con una emoción mal comprimida.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? —balbuceó Nerprún.

—Ah ¡Dios mío! —prosiguió el Caballero con voz más apacible—. Señora Vergüenza, me lo hubierais recordado. ¡El coche! ¡Qué desventura!

—¿Eh?

—¡Sí, pues! Desde anoche está a la puerta, como el famoso pico de gas que dejó abierto Picaporte. ¿Queréis bajar digo, subir, señora Vergüenza y abonarlo? Tomad mi cartera.

Vergüenza hizo presente al Caballero que ella no había tenido nunca contacto con cocheros. El Caballero entonces tocó el timbre de sonido estrafalario y al primer individuo que acudió, de los tres que tenía a su servicio, entregole catorce pesos con ochenta centavos dándole ciertas órdenes en voz muy baja y casi seductora.

Nerprún, más dueño por instantes de sí mismo, aprovechó un movimiento de Vergüenza hacia el resplandor de la linterna para hundirle su mirada escrutadora a través del antifaz, mientras le decía en voz baja:

—¿Quién es la enmascarada?

El Caballero de la Dama Blanca, rehecho de la sacudida y del mísero incidente, alcanzó a percibir la interrogación de Nerprún, y volviéndose hacia él, lívido de cólera, le latigueó las doloridas orejas con este grito:

—¡Infeliz! ¿Qué habéis dicho?

Pero Nerprún diputado al fin, contestó serenamente:

—¿Yo? Repetía el título originario de una comedia de Duhau. ¿O preferís que le hable a esta señora de *Revolución en Chulampo*?

Vergüenza confirmó que ninguna otra frase le había sido dirigida en el breve intervalo, y restablecida la aparente calma, Nerprún prosiguió así:

—Llegados a esta casa...

—Y bien: ¡basta! —rugió *El Caballero de la Dama Blanca*— ¿Qué pretendéis con reeditar estos capítulos?

—Elaborar el mío —contestó Nerprún con cierta solemnidad cómica, recordando que el procedimiento de hacer como que se trabaja se lo había aprendido a su colega Vareleta Ortiz—, llegar a lo que me interesa personalmente. Invoco vuestra promesa de dejarme hablar, por lo demás.

—Tiene razón —dijo la dama.

—Y bien, hablad. Seguid.

—Aquí —prosiguió Nerprún—, he sido víctima de algo extraño. Vuelto en mí —y otra vez llevó el pañuelo a sus apéndices laterales como si le sangrasen—, vuelto en mí, me habéis abierto esta negra sombrilla como si tronara, me habéis recitado un crimen en las dos *la*; y dale que dale con Goycochea, personaje del que se ha ocupado Antonio Monteavaro en el primer folletín de *Diario Nuevo* y ahora vos; y a quien yo —os lo declaro— sólo conozco por livianas y literarias referencias.

—¿Pero os obstináis todavía? —exclamó, vociferó *El Caballero de la Dama Blanca*— ¿Queréis poner a prueba el resto último de tranquilidad que me reservo? Os juro que a insistir en vuestra bellaquería...

—Vos sois el bellaco —replicó Nerprún—, al intentar de todos modos hallar un delincuente donde sólo existe un diputado.

—De modo que os decís inocente después de la prueba irrefragable, única.

—¡Soy inocente!

Entonces ocurrió una cosa vertiginosa y terrible.

El Caballero enarboló el *paraguas misterioso*, cerrándolo de un golpe, sobre la cabeza de Nerprún; pero éste, rápido se lo arrancó de un manotón que fue zarpazo y al retroceder para descargarlo con su hercúlea fuerza de hijo de boticario, tropezó con la linterna, y, ciego de ira y de su luz, dejó caer el nervudo brazo en la espantable tiniebla una y dos y muchas veces, en remolino, en punta, en flanco y de cabeza, como un atacado del mal de San Vito que hiciera esgrima con mil sierpes en el fondo de un abismo.

Un ¡ay! rasgó la tiniebla de improviso. Un ¡ay! de alma femenina que súbitamente es separada de su vestidura. ¡El diputado acababa de herir mortalmente a la Vergüenza!

El Caballero de la Dama Blanca que se arrastraba como voluminoso reptil desde el comienzo del combate para eludir los golpes de aquella furia indómita, dio por fin con la puerta de salida, y, cual un corcel que rompe las ligaduras, huyó, huyó despavorido. Un transeúnte le asió fuertemente por el brazo tomándolo por un criminal *in fraganti*.

—Soltadme —gimió *El Caballero de la Dama Blanca*.

—Me pertenecéis. ¿Quién sois?

—*El Caballero de la Dama Blanca*. ¿Y vos?

—Un periodista que os aprovechará sin dañarlos: Soy José Luis Murature.

David Peña

Capítulo IV

La Dama Blanca

—¿Periodista? ¡Horror! —exclamó *El Caballero de la Dama Blanca*.

Y librándose con una violenta sacudida emprendió nuevamente la fuga.

Era de noche. En el silencio de las calles solitarias los pasos resonaban como el eco de una carrera fantástica. Así anduvo varias cuerdas, sin rumbo, lanzado en el vértigo delirante de su marcha. De improviso, una idea horrible cruzó por su mente. ¡Si lo supiera ella!...

Quedó inmóvil, mirando perdidamente las estrellas. Sirio, como un inmenso ojo nictálope, titilaba con indecible ironía y la Cruz exhibía sus

ópalos tranquilos, como un presagio funerario. El Caballero sacó un cigarrillo, lo armó y lo tiró nerviosamente al suelo. Luego secándose la frente lanzó un suspiro y a paso lento volvió atrás.

Al llegar frente a su casa se detuvo, indeciso. La obsesión de la escena en que acababa de actuar oprimía su espíritu.

—¡Si ella hubiera oído! —repetía con un estremecimiento de pavor— ¡Si ella hubiera oído! No; imposible... Sería el derrumbe de mi vida, el naufragio de mis esperanzas, el fracaso de todo mi plan... de mi plan que marca el único camino para su felicidad y para la mía, para su salvación...

Un sollozo desbordó en su pecho. Por algunos momentos permaneció reconcentrado en sí mismo, ordenando sus pensamientos.

—¡Qué importa! —dijo al fin— Si los venenos del odio marchitan la flor, el dedo del destino dispersará sus hojas.

Entró temblando y se dirigió a la primera puerta del patio. Apenas hubo abierto, la luz del interior desvaneció las tinieblas. Y como en un deslumbramiento, vio a la Dama Blanca que le esperaba.

La habitación era toda blanca. Blancos los tapices, blanco el moblaje, blanco los cojines en que ella se reclinaba. Como una perla en un estuche la pálida joven irradiaba el encanto sutil de su belleza. Al ver al caballero levantó su cabeza rubia, de óvalo impecable, y desde la profundidad de sus ojos soñadores surgió el fluido de una mirada fascinadora. Una sonrisa de expresión indefinible aleteó sobre sus labios mientras la mano esbozaba un saludo indolente.

—Ahora —dijo— espero que no negaréis. Esta vez siquiera, os habéis portado gentilmente dejándome presenciar vuestras hazañas. ¡Todo lo he oído!

—¡Todo! —rugió el caballero— ¡Habéis oído!...

—Oído y visto...

Abrumado por la desesperación el caballero se desplomó sobre una silla.

—Sí; a pesar de vuestras precauciones he asistido al espectáculo. Y sólo he comprendido una cosa: vuestra deslealtad y vuestra infamia. Esa nueva celada es digna de la mente que la ha concebido y de los medios que la han realizado. Os mostráis consecuente con vuestros procedimientos. Aunque no haya descubierto vuestro propósito he podido apreciar vuestra conducta. Sabéis que estoy aquí voluntariamente y que ningún poder me hará desistir de mi resolución. Pero si esperáis mi ayuda, estáis engañado. El amor calla cuando el deber empieza a hablar. Ni vuestro verdugo, ni vuestro cómplice. Ya os lo he dicho. Os lo repito ahora. Y basta.

La joven había hablado lentamente, con tranquila impasibilidad. Sólo el fuego de la mirada acusaba la violencia de sus sentimientos. Cuando hubo terminado tomó el libro que tenía junto a sí y se puso a leer.

Entre tanto el Caballero yacía inerte sobre su silla. Se había borrado la expresión de agria firmeza que caracterizaba su fisonomía y una lágrima nublaba sus ojos entreabiertos. El gato blanco que descansaba junto a los cojines se levantó pausadamente, como si sintiera la solemnidad del momento y lanzando un maullido se dirigió al patio.

Con una voz que era la vibración de un dolor, el Caballero rompió el silencio.

—Tenéis razón. Concibo que miréis en mí la esfinge de la desgracia. Pero os juro...

—¡Inútil! —interrumpió ella—. No juréis. Conozco el valor de vuestra palabra.

—Creéis conocerlo. Nada más. Si violé mi primera promesa fue porque vuestro interés lo exigía. Algún día podréis comprender cuánto tuve que sufrir para salvaros a pesar vuestro.

—Sois hipócrita. Lo sé. Ni siquiera tenéis la franqueza de vuestra perversidad. Pero ya no me alcanzan vuestros recursos... Un día pudo engañarme vuestra perfidia. ¡Hoy os conozco mejor y cuando procuráis infundirme lástima sólo siento que me inspiráis desprecio!

Baja la mirada, abatido el busto, el Caballero parecía sumido en honda meditación.

—Sin embargo —murmuró como si hablara consigo mismo—; sin embargo, ha sido una obra santa. ¿Y habré de resignarme a que se malogre mi esfuerzo cuando sólo falta un paso para consumarlo?

Se levantó bruscamente en una reacción impetuosa.

—¡No lo consentiré jamás! —exclamó casi gritando—. Si queréis romper el velo del misterio, lo desgarraré con mis propias manos y os estremecerá el horror que había querido evitaros.

Luego se acercó a ella y con blanda dulzura prosiguió:

—Todo lo que habéis visto desde la noche aquella en que la fatalidad intentó separarnos, ha sido para vos un enigma incompresible. Tenéis el derecho de pensar que soy la sombra maléfica de vuestra existencia. Y sin embargo, una sola palabra hubiera bastado para convencerlos de que he sacrificado todo para despejar vuestro horizonte, de que mi pensamiento ha estado siempre fijo en vuestra dicha como la mirada del navegante está fija en la lejana luminaria que le señala el puerto en medio de la noche.

—¡Mi dicha! —repitió la Dama Blanca con dolorosa ironía— ¡Ya no tengo el derecho de pensar en ella!

—¿Creéis, acaso que todo es eterno? ¿Olvidáis que estoy aquí para velar por vos?

—No: no lo olvido. Nunca deja de ver el pájaro a la serpiente que lo acosa.

—Sois cruel. Os lo he ocultado todo porque no quería corroer vuestro espíritu con el revulsivo del terrible secreto. Yo solo he saboreado las amarguras con áspero deleite porque sabía que mientras estuvieran en el fondo de mi pecho no podrían alterar la placidez de vuestra calma. Pero ya que dudáis de mí tengo que hablar. Comprenderéis al fin...

—Me subleva vuestra falsía —exclamó la Dama Blanca, con inesperada violencia—. No quiero saber vuestros misterios. Si buscáis confidentes no os faltará un juez de instrucción que os escuche. A él le podréis contar la historia que vuestro suero selló en los labios de Goycochea; le podréis decir los medios infernales de que echáis mano para realizar vuestros designios; le podréis mostrar ese paraguas... ¡oh! ...ese paraguas tenebroso que ha sido la desgracia de mi vida y el instrumento de vuestra infamia.

El Caballero se puso bruscamente de pie, sacó de su bolsillo un pliego y desplegándolo ante la Dama Blanca:

—Leed —dijo.

Al verla ella lo arrebató de sus manos y miró ansiosamente la firma. De pálida que estaba se puso lívida. Sus ojos se dilataron con un relámpago de estupor y sus labios borbolaron palabras ininteligibles.

—Y sabéis —repuso el Caballero—; ¿sabéis quién era el hombre de esta noche?

—¿Fuisteis vos, entonces? —murmuró la Dama siguiendo una idea errabunda e indecisa.

—¿Sabéis quién era el hombre de esta noche?

—Vos... vos... —repetía ella oprimiéndose las sienes— Fuisteis vos... y yo no lo había adivinado...

—¿Sabéis quién era el hombre de esta noche?

—No, no lo sé —balbuceó por fin la Dama, con una mirada de angustia suplicante.

—El diputado Nerprún! ¡El hijo del boticario!...

—¡Nerprún!

El nombre le produjo el efecto de una descarga. Escondió la cabeza entre los brazos y se inclinó trémula y convulsiva, como agobiada bajo el peso de la revelación.

—Y bien —dijo el Caballero conmovido— ¿creeréis ahora?

—¡Oh! ¡Sí, sí! ¡Perdón! —exclamó la Dama Blanca agitándose sobre los cojines—. Decidme que me perdonáis.

—No os apresuréis. Ha llegado el momento de las explicaciones. Vos habéis oído a Goycochea, habéis visto obrar al paraguas, habéis sorprendido la escena de Nerprún. Pero sólo conocéis el reverso. Ahora quiero mostraros el anverso. Todo lo que os parece un misterio impenetrable un

enigma fantástico, surgirá claro, preciso y natural a vuestros ojos con el relato que voy a haceros. Entonces podréis pronunciar vuestro fallo. A él me someto.

Y con acento que rebosaba sinceridad, el caballero habló así:

José Luis Murature

Capítulo V

Por lo más oscuro amanece

—No tenéis el menor derecho a dudar, ni de mi lealtad bien probada ni de la firme intención con que he procurado secundar vuestros planes, tan simpáticos a mi corazón. Cuando os pedí vuestra mano, ofreciéndoo un cariño reparador de pasadas desventuras conyugales, la pusisteis un precio muy superior a la escasa solvencia de mi espíritu endeble y apocado... Pero el amor no razona y el mío es demasiado grande para que yo me detuviese ante la magnitud dramática del sacrificio: el deseo de haceros mi esposa inflamó de improviso todo mi ser, poblándolo de energías ignoradas, como en una floración súbita y brillante de impulsos varoniles. Con resolución inolvidable para mí, porque con ella estrené los bríos adquiridos, os juré que si era necesario matar, mataría... Y en eso estamos: Ya Goycoechea emprendió el viaje que "*non a ritorno*", como dicen varios coristas de *Il trovatore*. Por lo que hace a Nerprún, bien puede ir preparando el equipaje, pues *le he dado la masita*: pasado mañana a las 6 y 30 a.m. morirá tetanizado, porque el suero que le inyecté en la oreja no es de esa cosa que entran por un oído para salir por el otro.

—¡Maldición! —exclamó la Dama Blanca en el paroxismo del dolor más feminista.

—Señora —prosiguió el caballero— os ruego que no atajéis mi palabra honrada, de asesino pasional y decente, Me habíais dicho que la venganza debía ser inexorable, sin reparar en medios ni personas: pues bien, el presunto finado Telemaco Nerprún es el ladrón que ha robado todo; el honor, llevándoos a extravíos amorosos incompatibles con la dignidad de vuestro marido: el hijo...

—Se me hace que estáis macaneando, mi querido señor yo no he *tenido familia nunca* —observole la Dama, con presteza.

—No sabéis una palabra de lo que os ha pasado —profirió el caballero con expresión resuelta—. No habéis tenido hijos, pero aunque lo ignoraseis, ibais a tener uno que no llegó a punto de madurez. No me interrumpáis;

Nerprún provocó un aborto de apariencias clínicas, para robaros parte de la fortuna inmensa que esperabais y debíais de heredar, desviando vuestro indiscutible derecho en favor de sus intereses...

—Explicaos os lo suplico —balbuceó impaciente la Dama.

—Siempre que no obturéis mi narración con vuestras insoportables interrupciones. Continúo: cuando vuestro esposo murió por malas artes que salieron de la botica de Nerprún, padre, estabais encinta; esto implicaba dos grandes venturas en perspectiva próxima: los placeres de la maternidad y las bien andanzas inherentes a la posesión de un tesoro casi novelesco. Pero la criminal codicia de Nerprún os acechaba y pudo sugeriros la idea alarmante de que teníais un cáncer abdominal en tren de crecimiento galopante. Esta transfusión de pensamiento se comprende con toda comodidad, conociendo el ascendiente que ese hombre funesto ejercía sobre vos y recordando la indolencia con que siempre habéis descuidado el estudio de la fisiología humana, en sus relaciones médico-legales con el derecho civil.

De haber llegado a nacer vuestro hijo, se os hubiese entregado íntegra la valiosa fortuna de vuestro esposo; no habiendo sucesión de vuestro matrimonio, la mitad de los bienes debían pasar a los parientes colaterales del difunto, según disposición testamentaria de éste último, que quiso castigar en secreto vuestras frecuentes lesiones a la fidelidad jurada en los altares.

—¡Pero ese hombre monstruoso es un filicida! —prorrumpió la Dama con acento de dolorosa sorpresa.

—Razón de más —replicó el Caballero— para que yo vengase, a vos y al feto. Dejadme concluir; como el único pariente colateral de vuestro esposo era su hermana, ya por aquel entonces casada con Nerprún, éste no quiso perder la ocasión de enriquecerse y al efecto fraguó el aborto que le convirtió en heredero consorte. Con su elocuencia insinuante de orador decadentista y frondoso, os persuadió de vuestra supuesta enfermedad, lo que no le fue difícil, porque vuestro embarazo revistió caracteres nerviosos de una extravagancia endiablada. Os habló del peligro inminente que corría vuestra preciosa existencia; os sometió a los falsos cuidados de un fingido especialista que ni siquiera era médico, pues luego resultó ser despachante de aduana: y entre ambos os decidieron a soportar la operación quirúrgica. Goycochea, que también mojó en esta aventura, os hizo dormir con el *gas hilarante*, para que caso de sucumbir en el trance operatorio os fueseis al otro mundo muerta de risa... y una vez que fuisteis anestesiada, intervino una partera habilísima en el arte de reparar con el crimen los agravios inferidos al pudor. La madama operó con espantosa maestría y el *pro-*

yecto de *chiquilín* pasó inmediatamente desde el claustro materno hasta un frasco de alcohol...

—¡Desnaturalizado! —suspiró la Dama con emoción de ternura retrospectiva.

—No sé, señora: puede que fuese extranjero naturalizado: lo que me consta es que no era de quemar.

—No me refería al alcohol, sino al padre de mi hijo...

—Prosigo: terminada la operación, entre Nerprún y Goycoechea mataron al despachante de aduana, para que aprendiese a guardar secretos: la empresa no ofreció dificultades porque le pegaron de atrás y el hombre estaba indefenso; como que no cargaba armas y hasta los cigarrillos que fumaba eran por armar. Tarde o temprano todo se sabe en este mundo, aunque haya policía de investigaciones.

—¿Y mi feto? ¿Dónde está mi niño?

—Creo que lo tiene en el ojo el padre del filicida: pero está sin sangre en el ojo, porque ya se ha *charquiado*.

—No digáis disparates y habladme seriamente

—Digo que lo ha colocado en el departamento especial que hay en todas las farmacias y que antaño se llamaba *el ojo de boticario*. Dicen que queda muy bien en la vitrina: el frasco es *art nouveau* y muy elegante, aunque de poco sólida construcción.

—Con vuestras explicaciones sobre el ojo ahora veo más claro. Seguid por Dios.

—¡Pero si no me dejáis! Pasado el término legal, se inició la testamentaria y la señora de Nerprún se quedó con la mitad de la fortuna que lógicamente os correspondía. Ya veis, señora, que el criminal ha continuado en progresión creciente su obra nefanda, de calidad destructora y adquisitiva: empezó por arrebataros la tranquilidad conyugal con sus enloquecedores devaneos: luego os dejó viuda, a fuerza de brebajes venenosos: más tarde os arrancó de las entrañas el fruto incompleto de sus torpes amores... y por fin se ha alzado con una millonada de pesos, que si bien no son de oro; contribuyen a hacer muy buen papel.

¿Y queráis que yo dejase impune tanta infamia? El código inédito de una justicia sobrenatural y vigilante, armó de una manera formidable mi brazo iracundo. La sentencia fatal está ejecutoriada en sus principales partes: en esta quiniela de defunciones violentas, ahora le toca su turno al boticario, a quien ya le estoy armando el lazo. Por de pronto, las víctimas de Nerprún están vengadas y una banca del Congreso queda vacante, a disposición de más dignos candidatos. Hasta la familia de vuestro antiguo amante sale ganando, porque ya veréis como los padres de la patria le

votan las dietas del caso por haber comprometido la gratitud nacional dando cada *solo* que metía miedo. Estoy satisfecho de mi obra, hasta por lo que tiene de desinfección política.

—¿Y el *paraguas misterioso*? ¿Y el otro crimen de Goycoechea?

—No se lo digáis a nadie, señora: el *paraguas* era de la partera y procedía de uno de nuestros primeros establecimientos suntuarios: El cambalache de *Las tres bolas*...

El Caballero iba a continuar cuando se vio acometido por un violento estornudo de esos que en cualquier salón elegante cubren de ridículo a un hombre de mundo. La oscura fisonomía y la indumentaria enlutada de nuestro personaje se conmovieron brutalmente, en sucesión grotesca, que tenía algo de agonía por asfixia. Destacándose de lúgubre modo en el fondo del coqueto gabinete, donde todo eran albores inmaculados y resplandecientes, el Caballero, parecía una mosca en leche.

Repuesto de la conmoción estornutatoria y después de hacerse la *toilette* nasal con un pañuelo de algodón hidrófilo, que parecía una sábana portátil, recuperó la palabra para iniciar una nueva fase de su interesante relato.

—La misteriosa participación que ese chirimbolo ridículo tiene en las amarguras de vuestra existencia y la complicidad innegable del pérfido Goycoechea, cosas son que merecen capítulo aparte.

Severiano Lorente

Capítulo VI

Un personaje inesperado

—¡Basta!

—Pero...

—¡Basta!

Y la Dama Blanca poniéndose de pie, avanzó dos pasos. Con mirada torva y voz cavernosa flotante la larga y sedosa cabellera, iracunda y sombría, vociferó ante el caballero estupefacto:

—¡Sois un malvado!

—¡Señora!

—¡Un miserable!

—¡Os juro que si fueseis hombre!

—Pretendéis —agregó crispando las manos— perturbarme con vuestra insoportable charla y no lo conseguiréis. He tenido hasta este instante la

fuerza de voluntad necesaria para falsificarme, para fingir calma y convencimiento: ¡sois un impostor!

—¡He dicho la verdad!

—¡No creí ni en vuestras habladurías, ni en la falsa carta de Nerprún, desleal y torpe embustero!

—¡Señora!

—¡Conozco el abismo de vuestra perfidia!

—¡Pruebas, pruebas!

—Aquí las tenéis —y corriendo hacia un pequeño mueble, abrió nerviosamente varios cajones secretos, hasta apoderarse de un sobre que levantó triunfalmente.

Luego, cruzose de brazos, y chispeantes los ojos de acero, terrible, cual la imagen de la venganza, exclamó:

—¡Preparaos a morir!

—Si he mentido, dispuesto estoy al sacrificio. ¡Pruebas, pruebas!

—Leed.

El Caballero se precipitó sobre el documento que, solemnemente, le ofrecía la Dama Blanca.

Hubo breves instantes de silencio. De pronto, un ruido conmovió la estancia. Los frágiles adornos tambalearon en sus pedestales y la blanca gata, blanca como el tapiz y el mobiliario, arqueó el lomo en actitud de defensa y huyó despavorida:

—Maldición ¡estoy perdido! —exclamó el caballero aterrorizado.

La Dama sonrió despreciativamente.

—¿Cuándo recibisteis esta carta?

—Hoy.

—¿A qué hora?

—¡Qué os importa! ¡Defendeos! ¡Decid la verdad! ¡Ingeniad un medio para salir de este atolladero!

—Blanca, Blanca adorada ésta es una pesadilla atroz. ¡Piedad, piedad!

—¿Y la tuvisteis, por ventura, de vuestra protectora, de vuestra amiga, de...?

—¡Me han engañado miserablemente! ¿No comprendéis que no soy culpable?

—Leed en voz alta: medita vuestra sentencia de muerte.

El Caballero, tembloroso y balbuciente, leyó:

“Blanca: Estáis siendo víctima de una infamia...”

—¡Proseguid, monstruo!

—“Ha llegado la hora de iluminar las sombras: mil peligros os acechan. Desconfiad de aquellos que os juran amor...”

—¿Oís?

—“Vuestra venganza será la mía; me encuentro sano y dispuesto a aclarar el misterio del drama que nos envuelve a todos. Procederé con cautela: ¡cuidado con los venenos fulminantes! Reclamad al Caballero el *paraguas misterioso*: si se niega a entregarlo lo mataré. Nuestra salvación depende del documento revelador, escondido debajo del puño de madera esculpida y de la declaración, voluntaria o forzosa del hombre que posee la clave del cruel enigma.

Sigo los pasos del traidor. Posiblemente no entenderéis palabra de todo esto: confiad en mí. Alguien creyó que mi muerte era salvadora y no sospechó la existencia de pruebas fatales.

Vuestro devotísimo

Goycoechea”.

Abrumado por la lectura, el caballero se desplomó sobre un diván.

Blanca le dio un zarpazo:

—¿Qué decís, ahora?

—¡Goycoechea vivo!

—Juradme que antes de veinticuatro horas el *paraguas misterioso* estará en mi poder!

—Lo juro —respondió conmovido el caballero.

—Y bien, sólo la posesión del paraguas, salvará vuestra vida y ablandará mi corazón.

—¿Seréis mía, Blanca?

—Sí.

Un golpe terrible interrumpió el coloquio. La puerta, violentada, se abrió de par en par, y tres enmascarados, puñal en mano, avanzaron hacia la pareja aterrada.

José Luis Cantilo

Capítulo VII

Tenía que ser

A presencia de tan amenazante irrupción que se dijera impulsada por el espíritu trágico de un Fernández y González (3) o de un Ponson du Terrail (4), la Dama, de blanca que era, descompúsose en verde y el Caballero dando un salto atrás, echó mano a los pantalones y desnudando un gran pomo lo apuntó contra el primero de los enmascarados.

Ágilmente el segundo cayó sobre él y empuñándole con extraordinario vigor le ordenó:

—Entregad al punto esa ponzoña y sentaos para asistir a vuestras propias exequias, Caballero de la...

—¡Traición! —clamó éste— Asesinadme, villanos, vosotros los que violando el secreto de mi encierro llegáis alevosamente en pandilla a interrumpir por siniestro modo la escena pasional del desenlace de mi destino.

Y abandonando el pomo se desplomó anonadado sobre una butaca.

Entonces el enmascarado, que sin duda jefateaba a los otros, hizo a estos una señal cuasi masónica y, a un mismo tiempo, los tres tomaron asiento.

La Dama, repuesta del espanto de su primera terrorífica impresión, intentó una prudente retirada. Pero, el enmascarado la detuvo con un ademán imperativo, y dijo:

—No tratéis de huir, señora. Por lo demás, seréis respetada cual merecido lo tiene la que supo comprender aquel noble corazón. Y vos —continuó dirigiéndose al Caballero— que por tan malas artes habéis conseguido adueñaros de su vida fingiendo un amor imposible de clarear en las negruras de vuestra alma, sabed que las cobardes y criminales empresas que teníais imaginadas y en sazón de realizarse no han de tener infame cumplimiento, malgrado la sobrenatural intervención de los magos y hechiceros con los cuales os hayáis en convivencia y que así despliegan ante vuestra insaciable ambición los mirajes aureosangrientos de la codicia, como os arrojan, desdichado, a los más viles procederes y repugnantes aberraciones.

—Abusáis —replicó con entereza el caballero— de las desventajas de mi situación, y me atribuíis calumniosamente propósitos incompatibles con la austeridad de mi vida devotamente consagrada al culto...

—Sí, al culto de la infamia. Explicad, sino, la muerte del boticario y la misteriosa eliminación de Goycoechea ya que habéis tenido la avilantez de convencer a la Dama Blanca, aquí presente, del pretendido aborto y la alcoholización del feto.

—En este instante que me habéis dicho el último de mi existencia, juro frente a la muerte, que el aborto se produjo.

—Comprendemos vuestra hipócrita estrategia. Recurrís a la patraña del juramento para justificar ante ella vuestro horrendo plan de matanzas. No llegaréis sin embargo, a envenenarlo, os lo repito. A impedirlo hemos venido. Somos los delegados de los electores del diputado Nerprún que, misteriosamente noticiados de vuestro inicuo complot, resolvieron por la salud de la patria dar al traste con tan monstruoso atentado. Y ahora, si aún queréis salvaros de una inmediata ejecución, declarad el paradero del *paraguas misterioso*.

Esto dicho, los tres enmascarados pusieron de pie blandiendo pavorosamente sus puñales.

La Dama Blanca echóse de rodillas, en tanto que el Caballero, azorado, iba a balbucear la confesión, cuando con fuerte estruendo se abrió de nuevo la puerta dando paso a un extraño personaje, que avanzó solemnemente.

Venía este personaje embutido en una especie de armadura multicolor, trayendo la cabeza cubierta por un yelmo negro empenachado de rojo y de visera corrida. Con la mano derecha esgrimía a manera de lanza el *paraguas misterioso* y con la izquierda embrazaba como escudo un abultado manuscrito.

—¡Nunca será! —gritó con voz tonante, y abalanzándose sobre el enmascarado jefe le asestó un paraguazo entre la oreja y el hombro. Al golpe el paraguas se escapó violentamente de su mano, en el preciso instante en que el segundo enmascarado, de una formidable cuchillada, le hacía volar el yelmo, dejando al descubierto la cara del personaje.

La Dama Blanca al verle dio un gran bote de costado y clamando:

—¡Laferrère! ¡El *Jettatore*! Cayó desvanecida, mientras que el *paraguas misterioso* con un amplio despliegue cubría en forma de dosel aquella hermosura en catalepsia.

Diego Fernández Espiro

Capítulo VIII

El cometa "Euxinios"

—¡Laferrère?... ¿El *Jettatore*?... ¡Me confundís!... ¿Qué no me conocéis ya? ¿Tan pronto me habéis olvidado?... ¡Soy Goycoechea, el mismísimo Goycoechea!

Alzóse la visera, y, en efecto, Goycoechea, el mismísimo Goycoechea era aquel estrafalario personaje de la armadura multicolor y el penacho rojo, que se presentaba blandiendo, a modo de lanza, el *paraguas misterioso*... Al reconocerle, la Dama Blanca y su Caballero quedaron mudos de estupefacción como por arte de encantamiento, dos de los enmascarados desaparecieron; y el tercero se descubrió el rostro: era el diputado Nerprún. Se hizo el pesado silencio que anuncia las grandes borrascas durante el cual todos se miraban las caras tan ansiosamente como si interrogasen el porvenir...

—Henos aquí reunidos —dijo por fin la Dama Blanca— los cuatro personajes de este terrible drama. Ha llegado el momento de descubrirse la verdad.

—Ha llegado —repuso Goycochea—, ha llegado, y aquí estoy yo para revelarla. Yo sólo tengo la clave del misterio. Bien sé que vos, Blanca de Artania, por el mal nombre la Dama Blanca, sois inocente. También lo sois vos, Pedro Nuño, llamado *El Caballero de la Dama Blanca*. La culpa de todo este *imbroglio* la tiene Nerprún, el pérfido diputado Nerprún, aquí presente para rendirnos cuenta de esa culpa... ¡Escuchadme!... Las cosas pasaron así...

Súbito y dilatadísimo trueno interrumpió a Goycochea... La estancia se llenó de un olor agudo e indescriptible y de muy viva y persistente luz... Se hizo un pánico general.

—¡Dios mío —exclamó Blanca— socorrednos!

—Es el fin del mundo —afirmó Goycochea— el *Dies irae*. Los astrónomos lo tenían anunciado. Hoy debía chocar con la Tierra el planeta "Euxinios" (5). Llegamos a la catástrofe final... ¡Preparaos a bien morir!

Y en diciendo esto abrió el amplio paraguas. Por instintivo movimiento de concentración ante el inaudito peligro, los cuatro personajes se cobijaron bajo él...

—Tal vez el eléctrico magnetismo de este paraguas, última invención de Edison —dijo Goycochea—, pueda protegernos de la funesta atracción del cometa... Salgamos al jardín.

Y todos salieron, protegidos por el paraguas de la irisada lluvia de luz astral que cada vez más intensa hacía cerrar los ojos deslumbrados...

¡No! ¡Esta vez no había mentido Goycochea! El sordo y creciente ruido subterráneo, el incógnito olor, el incendio del cielo, todo decía la anunciada proximidad del raudo e inoportuno astro... ¡*Vae victis!* (6).

De pronto, se sintió un estremecimiento tan intenso, que cuanto ser viviente lo sufriera perdió el sentido... Pasaron segundos, minutos, tal vez horas hasta que Blanca, Pedro, Nerprún y Goycochea recobraron el sentido...

—¿Dónde estamos? ¿dónde estamos? —se preguntaron aterrorizados, palpándose el cuerpo y mirando en derredor...

¡Y comprendieron donde estaban! ¡El cometa los había atraído y arrastrado en su cola de luz hasta su centro de piedra! ¡Sobre tan enorme vehículo (los astrónomos lo calculan cinco veces más grande que la tierra) siguiendo una elipsis de incommensurable extensión, navegaban en el piélago infinito del vacío!

Blanca cayó sollozando de rodillas. Pedro cerraba los puños furioso, clavándose de rabia las uñas en la palmas de la mano. Nerprún con un dedo en la sien, meditaba hondamente. Pero Goycochea, haciéndose fuerte siempre con el paraguas en la mano y a pesar de su armadura, bailaba en un pie loco de contento...

—¡Ánimo compañeros! —decía— ¡Correremos peripecias que nunca corrió mortal alguno! Y... ¿quién sabe?... tal vez podamos algún día bajar a la tierra para contarlas... El *paraguas misterioso* nos servirá de paracaídas... ¡Y vosotros testificaréis de la verdad de mis palabras, para que no digan que miento!... ¡Mirad cuántas maravillas nos rodean, mirad por Baco!

Algo repuestos, tendieron todos entonces la mirada sobre un panorama jamás soñado por la pobre fantasía de los hombres...

Sucedíanse en anfiteatro montañas y precipicios blancos, anaranjados, violetas, lilas... En inmensos mares luminosos flotaban saurios (7) negruzcos más grandes que los mayores trasatlánticos modernos... Había plantas voladoras que pasaban por la atmósfera rosa cantando y creciendo en bandadas... Había animales cometarios que, aunque arraigados al rocoso suelo, pensaban más que dioses... Había... en fin, las cosas más ultraterrestres, las cuales vieron después nuestros cuatro personajes en las extrañísimas aventuras que les depaó el destino; cosas y aventuras que verá y leerá boquiabierto el curioso lector en los capítulos que siguen...

Carlos Octavio Bunge

Capítulo IX

Una escena en la calle. Donde aparece un paraguas vengador

*La vida anima los seres y las cosas,
todo lo que a nuestros ojos aparece inmóvil,
frío, rígido y oscuro.*

(E. H. Duclaux (8), en una conferencia científica)

En una esquina de la ciudad en silencio —era el amanecer— se encontraron los dos paraguas: el viejo ya conocido, cubierto de misterio y de telarañas euxinias, portado como bandera en derrota por los brazos ya sin bríos del orador Nerprún, y el flamante y victorioso, de tela roja y alma de acero que, sostenido por los músculos vibrantes del loco Anarkos, irradiaba en la semi oscuridad del momento como una enseña de lucha y de venganza.

—Tengo que hablarte y en serio —exclamó por boca del loco el rojo personaje.

El tono, alto y majestuoso, era de amenaza.

—Saludémonos y esta vez en silencio —contestó con cierto temor el viejo misterioso que, naturalmente, había delegado en el verboso orador el uso de la palabra.

—¿Callar? ¿Por qué? La pena es grande. Sea también grande el grito que la diga. ¡Has de escucharme! ¡Pese a quien pese!

Y el color del paraguas del loco aumentó al rojo de fuego.

—He sufrido; sufro —agregó—. Voy a desahogarme. ¡No puedo más!

Y en el momento en que la luz ascendía estalló de esta manera la tormenta de su palabra, sin que su aterrado interlocutor pudiera interponer un razonamiento, ni una disculpa.

—Ahí va pues mi anatema. Así se descargan de su amargura los fuertes o, si se quiere, los que están fuera de concierto, del diapasón general. Y yo lo estoy. ¡Y tanto!

¡A tu sombra y en tu nombre se está prostituyendo el alma de las cosas!

¡A tu sombra y en tu nombre veo hoy al ingenio vestido de payaso encaramarse haciendo piruetas sobre las columnas ilustradas del periódico callejero, despojado en esta ocasión hasta de la gracia y la travesura del *titi* sobre el hombro del conductor del órgano!

¡A tu sombra y en tu nombre veo al talento descender hoy de su montaña, no ya para provocar la risa sana y fresca que es también luz de la vida, agua pura de manantial, esperanza perenne, sino frívolo y torpe para desgañitarse en medio de la feria popular, sin otra virtud que la de hacer asomar al labio del espectador que piensa, una mueca de desprecio o de ira!

Y casi sin tomar alientos, yéndose encima del viejo armatoste, arremetió sin consideraciones, pero dignificando aún más la protesta

—¿Qué ¿qué ha pasado? ¡El dolor del sometimiento de los otros, a los que quiero hermanos en arte y en verdad, me subleva me templa el alma en tono de lucha, de combate viril!

Un montón de curiosos atraídos por aquella escena única había rodeado a los interlocutores.

Entonces continuó así en medio del asombro, de la estupefacción de todos:

—¡Cuerdos y locos que me circundáis; oíd!: Se está rebajando el arte en esta tierra por los mismos llamados a dignificarlo. Se está arrastrando por el lodo del retruécano burdo, de la banalidad en *do* mayor, lo que sólo es digno de cariño, de amor y de sacrificio. Decidores huecos, palabreros insulsos, dicharacheros fáciles, sin color y sin espíritu, no hacen falta por cierto entre la colmena de los que se forjan la vida. Ellos van al rezago del mundo coreando ineptias y marcando el paso; ¡para atrás! ¡para atrás, sí!, ¡oh, dolor! ¡oh, luz! ¡oh, vida! ¡oh alma de las cosas!

Y el rojo paraguas de la venganza hizo un brusco movimiento arrojándose todo entero hacia la espalda del loco —rápido, violentísimo, como quien esquivaba un golpe.

Era tiempo. Simultáneamente un sablazo formidable hacia él dirigido, acababa de descargarse sobre la ochava de la esquina a cuyo alrededor la multitud empezó a arremolinarse presa del pánico.

El Escuadrón de Seguridad acababa de hacer irrupción en las calles despejando a los curiosos a quienes consideraba como a huelguistas...

—¡Ah bárbaros! —dijo entonces— ¡Vosotros también sois los cómplices de estos grafómanos retrógrados que en nombre y a la sombra de este hermano, están cristalizando la vida del arte!

—¡Yo te voy a dar arte, macaneador sin vergüenza que estás alborotando al pueblo! —rugió uno de los del escuadrón atropellando al grupo.

La embestida fue brutal y de consecuencias. El Caballero, dirigido hacia el loco, ofuscado por el rojo vivo se desvió hacia la derecha, yendo a chocar contra el pobre Nerprún que huyó maltrecho abandonando, hecha una lástima, sobre el empedrado a la vieja y misteriosa prenda cuyos pedazos, en estado lamentable, recogía pocos minutos después uno de los agentes de policía.

Sobre la calzada, y en medio de un nuevo grupo volvió a rodearlo, seguía flotando la roja tela del vengador salvándose del desastre sobre la fuerte espalda del loco Anarkos.

Horas después, ya repuesto de la terrible emoción acudía Nerprún en busca de su paraguas a la comisaría seccional, en la que expuso cómo aquél le había servido de *paracaídas* para descender desde el cometa "Euxinios" donde, entre otras cosas, había perdido para siempre, junto con sus trashumantes compañeros de viaje su flamante medalla de diputado argentino.

Alberto Ghiraldo

Capítulo X

Lo ilógico en la lógica

—¿Dónde estoy? —se preguntó Nerprún, restregándose los ojos con furia, al despertar en la camita estrecha, de hierro, que ocupaba el rincón más oscuro de una celdilla blanqueada, iluminada por un alto tragaluz y sin más muebles que el techo en cuestión y una endeble silla de paja.

Paseó sus miradas atónitas por aquella especie de calabozo, y siguió tratando de coordinar sus ideas.

—Después de mi discurso de ayer, después de los aplausos y las felicitaciones, salí del congreso, embriagado todavía por el triunfo. En seguida... no sé... creo que tomé un coche... con un individuo raro... ¡Vaya! pierdo el hilo... Mi vida parece un folletín de diario después de una semana de no leerlo, porque, ¿dónde diablos puedo estar?...

En esto oyéronse pasos tras de la puerta, que se abrió dando acceso a dos personas, la una baja, gruesa de pera; la otra alta, delgada, de rostro cuasi infantil, inverosímil cuello de camisa, y ondulante y larga levita negra.

—¡Él es! —exclamó Nerprún al ver al primero— ¡Ahora me acuerdo! ¡*El Caballero de la Dama Blanca*!...

—Vaya ¡tranquilícese y no volvamos a las andadas! ¡de buena se ha escapado! —exclamó con voz muy alta, juvenil y aflautada, el de la flamante levita.

—¡Ah doctor, es usted! —exclamó Nerprún reconociéndolo.

—El mismo.

—¿De manera que debo estar... en una casa de locos?

—*Tú dixiste*. Que caiga agua en señal de lluvia y mi presencia aquí...

—También lo he encontrado en sociedad...

—Prueba al canto.

—Y entre literatos...

—Más en mi abono.

—Pero yo ¿cómo me encuentro acá? ¿Y cómo está también este caballero?

—El primer cómo se lo contestaré en seguida. En cuanto al segundo; no hay tal caballero: como ustedes suelen ser recalitrantes para venir, este señor es el encargado de traerlos, si puede, por medio de la astucia. De otro modo hay que recurrir a la policía, a la fuerza, al vejamen... Y los alienistas modernos estamos por la blandura, y odiamos el ruido y el escándalo...

—¿Pero y el *paraguas misterioso*? —preguntó Nerprún con la ansiedad de conocer la extensión de su desgracia— ¿Ha existido?

—Ya se lo diré. Silvestre, puede dejarnos —agregó el médico, dirigiéndose al ex *Caballero de la Dama Blanca*—. Ya veo que nuestro enfermo ha pasado el Rubicón.

Nerprún miró de hito en hito al alienista, aguardando nervioso su palabra.

—El paraguas es un símbolo —dijo por fin el doctor, y Silvestre quiso llamarle fuertemente la atención para distraerlo y llegar con mayor facilidad a sus fines.

—¿Un símbolo?

—Sí, la sociedad elegida y el gobierno, tienen centenares de paraguas misteriosos, con que se defienden de borrascas más o menos graves. ¿Se agita el pueblo? Se abre el paraguas *estado de sitio* ¿La prensa se desmanda?

Pues al paraguas *censura previa*. ¿Crecen las huelgas? Ahí está el paraguas *ley de residencia*. ¿Mejora el país y pueden empobrecerse los ricos? El paraguas *conversión*. ¿No hay que dar a los paniagudos? El paraguas *unificación*... Y así vaya usted contando hasta cerca de mil. De las cinco mil y tantas leyes que se han dictado en nuestro país, un 20 % son paraguas... misteriosos para el pueblo que no los ve, pero rebota en ellos.

Nerprún, con los ojos como platos, seguía atónito la explicación del médico.

—¿Pero, y el mío?

—El suyo es el que defiende a la sociedad elegida contra los que perturban o tratan de perturbar el orden establecido. Usted, en su discurso de la cámara, incitando a la rebelión, era una terrible amenaza: su carácter, la pureza de sus costumbres políticas, su rectitud y probidad, podían convertirse en estandarte de reivindicaciones. Pasado el primer entusiasmo, algunos alienistas lo consideraron loco; era, también, su fama ya adquirida, entre todos los que siguen la corriente y no se apartan del tipo general... Pues, con la opinión de los facultativos, no hubo más que segregarlo de la sociedad, como se hizo inmediatamente merced al paraguas de la Asistencia Pública, empuñado por Silvestre...

—¡Pero usted, usted, doctor!

—Yo también lo he diagnosticado demente hasta este momento, en que lo considero en salvo de la crisis de delirio de las libertades que en un principio tomé como síntoma de parálisis general. Porque, amigo, en este país como en casi todos los demás, al que delira por la libertad lo paralizan incontinentemente.

Nerprún se quedó largo rato meditabundo. Acababa de recordar cuanto creía haberle sucedido desde que salió del Congreso y tomó el coche: el Caballero, la Dama Blanca, los enmascarados, Vergüenza, Goycoechea, el cometa "Euxinios"....

—Sin embargo —murmuró por fin— en todo lo que he visto desde el discurso hay cierta lógica...

—La lógica de la locura, que es análoga a la de la vida. Ésta se cree perfecta, y sin embargo, mirándolo bien ¿no resulta acaso tan incoherente como una novela escrita sin plan y por muchas personas? ¡La lógica! ¡La lógica es una macana! Lo que es lógico para unos es absurdo para otros. ¿Habrán descontentos e infelices, de otro modo? ¿No recogería todo el que siembra? ¿No ascendería todo el que vale? ¿No desaparecería todo crimen toda injusticia? ¡Vaya! si vuelve usted a hablarme de lógica tendremos que apelar otra vez a las duchas... Pero cuénteme, si puede, todo su sueño en el estado demencial: siempre será útil.

Nerprún relató punto por punto cuanto ya saben nuestros lectores, sin advertir el hecho curioso de que narraba no sólo las escenas que había presenciado, sino también las que no hubiera podido ver ni aun con el don de ubicuidad.

Cuando el doctor le observó esto, convenciéndose de que había estado loco...

—Por otra parte —dijo el médico— aquí tiene usted los diarios desde el día de su famoso discurso. Todos hablan de mí, y por eso los tengo en el bolsillo, pero ninguno se ocupa del cometa "Euxinios". ¿Cómo puede pues haber chocado contra la tierra?

—¿Qué cómo? ¿y acaso los diarios se ocupan nunca de las cosas importantes? —exclamó el ex loco.

—Se ocupan de mí, sin embargo —replicó el doctor—. ¡Bien! ¡pues amigo, me sorprende su sueño, y he de contarle a un simbolista para que haga con él un gran poema o una pieza de teatro! ¡Todo es símbolo, en efecto!

El Caballero de la Dama Blanca, simboliza la clase media ignorante y adinerada, que por defender la sociedad —que está encarnada en dicha señora— y enamorado de ella, la maltrata unas veces, la engaña otras, la pone en peligro siempre, y no se la explica, ni explicará jamás, hasta que muera, matándola por salvarla... La Vergüenza es... la vergüenza, por eso está en un sótano. Los enmascarados representan las fuerzas inconscientes que actúan según la presión de las circunstancias: por eso los vemos, ora con usted, ora con el Caballero. Goycoechea simboliza la imaginación desordenada del pueblo, lleno de ansias generosas e inconexas. El cometa es la materialización del hecho venidero de que el *desenlace* del mundo tiene que ser una *catástrofe que disemine la materia por los ámbitos del espacio*...

—¡Doctor! —exclamó sarcásticamente Nerprún— ¿No sería mejor que trocáramos los papeles y se quedara usted en la celda?

—¡Ah! ¿también lo ha notado usted? ¡Pues cállelo, mi amigo! Esos son otros paraguas... Y ahora, hablemos del porvenir inmediato. Yo estimo a toda su familia desde que su padre tuvo el falso pudor de cambiar su nombre por el de Nerprún aunque siguiera vendiendo dicho objeto en la farmacia. Es un rasgo de defensa digno de un hombre de talento.

—Gracias, doctor.

—Voy a serle franco, pues. Su crisis puede repetirse y entonces la enfermedad sería incurable.

—¿Cómo evitarlo?

—Evitando las ocasiones de volver a su idea fija de libertad. No asistiendo al espectáculo del mundo. No frecuentando los sitios en que se habla de eso que se llama política...

—¡Pero cómo!

—No yendo, sobre todo, al Congreso. La Cámara para usted es la locura (como para casi todos, por otra parte) ¡El Open-Door es la razón! ¡La disyuntiva es fatal! Elija usted.

Pálido, trémulo, fatídico, Nerprún sostuvo una lucha infernal allá en el fondo de su conciencia. Por último, como el naufrago que sale a la superficie después de terrible zambullida, gritó más que dijo:

—¡Vamos al Open-Door!

Roberto J. Payró

Capítulo XI

No son todos los que están, ni están todos los que son

El desgraciado Nerprún extraño peregrino, por obra y gracia de inescrutables misterios, que desde su asiento de representante del pueblo fuera a caer en tenebroso subterráneo y viéndose luego transportado, a impulsos del vértigo, hasta el cometa "Euxinios", dio con su rendido cuerpo y su afiebrado espíritu en la colonia de Luján.

Como el Judío Errante de la leyenda, era la víctima expiatoria, aunque inocente de muchos y grandes crímenes, tranquila estaba su conciencia, retemplando su corazón, su alma serena. Pudo palidecer por un instante ante la Vergüenza; pero esto mismo, no era, no podía ser una presunción de su culpabilidad, cuando sucede que aquélla debe cubrir, muchas veces su rostro porque los humaros, descarados e impúdicos, no le guardan respetos ni miramientos.

Una montaña de iras y venganzas mal contenidas por mucho tiempo, cayó sobre las espaldas de este flamante diputado. Tendría fuerzas para soportarla, nuevo Atlas. Culpable ante los ojos de *todo el mundo*, porque no insultó nunca a la *Verdad*, que encierra tantas amarguras, condensáronse sobre su cabeza todas las mentiras para hacer de él una personalidad diversa de la que emergía de su carácter y temperamento; y en la realización de su empresa de bondad, le pusieron piedras sobre el camino los que en él veían a un amigo de la prudencia y la moderación, incondicionalmente al servicio de una causa santa. ¡Cuántas veces, en público, en privado, se escarneció su origen, para apagar su brillante luz con el vacío de sus blasones!...

La conjuración era infernal. Goycochea, la Dama Blanca y su Caballero, que una pluma maestra describiera con los caracteres que pintó el his-

toriador Salustio (9) al presentar los retratos de Catilina (10), Sempronio (11) y Léntulo (12), verdaderos émulos de estos conspiradores, enredaban sus hilos, y el primero, de víctima aparente convertíase en victimario de Nerprún. Valiéronse de toda clase de medios para perseguirlo, como habrá visto el paciente lector durante el curso de esta narración, y creyeron sofocar así el aliento de sus ideales y paralizar su tenaz y proficua acción. No faltaron instrumentos para la consumación de sus maniobras dolorosas y la perpetración de sus delitos. El paraguas novísimo que alzara Anarkos frente a Nerprún, poseedor involuntario del *paraguas misterioso*, tenía resorte oculto puesto por las hábiles manos de la Dama Blanca, la cual de esto último no tenía sino el nombre, pues corrían muchas impurezas por su sangre. Cómplice principal y autora moral de todos los crímenes, esta dama tenía su paladín, el Caballero; era éste diestro en manejar la espada de la *Justicia*, arrebatada en hora infausta de las manos de Themis, facedor de muchos entuertos, déspota de los oprimidos y heridor de cabezas ajenas para mantener ocultas las maldades y los vicios de su Dama.

Los médicos consumaron la perversa obra. Ciertos alienistas pusieron su vana ciencia al servicio de los conjurados, que pagaron con crecidas sumas sus informes periciales. La fortuna de Nerprún era valiosa... La regulación de los honorarios prometía ser buena... ¡Ah! la locura ¡excelente medio para mantener la tranquilidad de los hogares y apartar peligros de nuestro lado!...

¡Es inapreciable un alienista!... La ciencia psiquiátrica, incapaz de componer la caja cerebral cuando se halla medio deshecha, pudo convertir a un cuerdo en loco. La terrible maquinación recibió la sanción de la legalidad. Cierta magistrado declaró la interdicción civil de Nerprún y ordenó su reclusión en un hospicio de alienados. El código de los derechos suministraba los elementos indispensables para ejecutar el secuestro... ¡Pobres conjurados! No contaban con la huésped, que vendría pronto, haciendo que, fracasado su primer plan, el brazo de Goycochea hundiera punzante estoque en el pecho de Nerprún... Pero no adelantemos la marcha de los sucesos.

Nuestro protagonista, malogrado suyo en el Open-Door ambiente para él repulsivo, sintiose allí como si estuviera agobiado su espíritu por un chaleco de fuerza. La sensación persistió durante algunos días; pero al cabo de poco tiempo se adaptó al medio, en parte para evitar la continua vigilancia de sus perseguidores. Temía que éstos exacerbaban sus rigores y pretextaran su locura furiosa para encerrarlo en la convalecencia.

Era Nerprún hombre de estudio, tenía una cultura general y muchísima facilidad para asimilarse todo género de conocimiento. Había leído, entre

otros libros de clínica mental, uno famoso de un alienista de saber y de ingenio. Aprendió con su lectura que individuos de diferentes especies zoológicas, emplean la simulación como medio de mantener y defender su existencia. Aprendió también que algunas personas simulaban locura, por una u otra circunstancia y aprovechando el recuerdo de varios casos de la clínica de su amigo psiquiatra, dióle por simular una perturbación de su inteligencia y de sus sentidos.

Hubo de simular, naturalmente, una manía que fuera explicable por sus antecedentes personales y su actuación política. ¡Había que ver cómo el diputado Nerprún, creyéndose ante la multitud plebeya en el recinto parlamentario, arengaba a sus compañeros de colonia! Permitíasele el director y lo toleraban los médicos internos y los loqueros, convencidos todos de la enajenación de Nerprún: ¡tan admirable estaba en su simulación!...

Espíritu sagaz, profundo y observador, el diputado Nerprún conoció bien pronto a los hombres de aquella extraña y heterogénea sociedad, reproducción en pequeño de nuestro mundo de hombres normales y juiciosos; y pronto dióse cuenta de que ahí estaban muchos que razonaban y se conducían perfectamente y notó la ausencia de algunos a quienes había tenido por locos cuando él mismo pasaba por cuerdo...

Un día, terminada la faena diaria, en momentos en que uníase al crepúsculo de las almas el de la tierra, se congregaron los pobres dementes en torno de Nerprún, como lo tenían por costumbre. Reproduciendo uno de los principales actos de simulación, les dirigió la palabra ardiente, viva, entusiasta; pero en esta ocasión su elocuencia, elevada siempre, rayó en lo maravilloso. Su palabra no desmentía su talento proverbial entre sus colegas de la Cámara.

Oíanle asombrados sus camaradas. Su lección de alta filosofía despertaba aquellos cerebros dormidos. La llama de su elocuencia encendía aquellas inteligencias apagadas. Y extrañábanse aquellos hombres de que les honrara con su compañía un sujeto que coordinaba sus pensamientos, falto de la incoherencia característica de los alienados y de criterio tan reflexivo y reposado.

En esa ocasión, con el propósito de dominarlos y de atraerse en absoluto sus simpatías, empezó conmoviendo los corazones. Tocó las fibras más íntimas de los habitantes de la colonia, muerta pocos momentos antes. Narroles la historia de sus sufrimientos, inculcados por la herencia y el ambiente en complicidad manifiesta; les presentó el cuadro de los dolores y las miserias de los locos de pasadas generaciones, cuadro lleno de vida y colorido: e hizo luego, la apología de Pinel (13), a quien llamó el Beccaria (14) de los alienados. Con marcada pero fina ironía, aludió a frenópatas

contemporáneos que emplean todavía el régimen de las duchas, la reclusión celular, el chaleco de fuerza y aun los palos, *tan eficaces en el Plata como en Escocia para triturar costillas*.

Luego habloles de la otra colonia, la colmena de los normales en la que, como en la suya, imperaba un triste dualismo: la simulación de las virtudes y del juicio y la realidad de los desequilibrios y de las injusticias.

Predomina, continuó con aire de escepticismo la simulación sobre la realidad, y se explica: necesario es substituir con algo la falta de aptitudes para vencer en ese mundo donde el hombre es el enemigo natural del hombre. El aforismo de Hobbes (15), confirmado por la biología, es tan verdadero cual la luz meridiana. Todo se simula: el talento entre los intelectuales; la laboriosidad entre las clases trabajadoras, el desprendimiento entre los ricos; el político las dotes de estadista; el arte de curar los médicos; el abogado diligencia por los asuntos de sus clientes; el comerciante la buena fe; los hombres el amor; las mujeres la belleza y la gracia; el desdén los enamorados; en un sitio la virtud, en otro el crimen; el bienestar y la riqueza entre gentes que ayunan, la miseria por el avaro y la mendicidad en las calles, aquí la demencia y la razón allí. Reina de los mortales, la *simulación* impera aun entre los dioses: si nuestras mujeres recurren al postizo para llenar los vacíos o disimular los defectos naturales, yendo hasta esconder entre su cabellera retazos de la de algún cadáver, para hermosearla las diosas cometieron pecados más capitales como ejemplo os mostraría a Venus, hábil y artera simuladora de la hermosura y de la fidelidad. Dígalos si no Hephaista (16).

En el ímpetu de su improvisación el espíritu de Nerprún pasaba de lo sublime al ridículo y de la ironía y el sarcasmo a la indignación y la cólera. Y viniendo a hechos recientes, que llevaron el dolor y la muerte a hogares humildes, presentó a uno de esos simuladores, su autor moral, y marcó su alma con el hierro de la justicia. En la pintura de *ese hombre* estuvo magistral magnífico. ¡Nuevo Quijano —exclamó— queriendo que cuando se escriba su verdadera historia, *se tallen sus hazañas en bronce, se esculpan en mármoles y se graben en tablas*, para memoria en lo futuro, y no encontrando otro campo para su heroísmo arrancó de las selvas las alimañas feroces y las esparció por la ciudad...! ¡*No están todos los que son!*...

Un clamoreo inmenso le interrumpió. Eran las voces de la venganza. Aquellos hombres, vueltos a la razón, alzaban sus brazos en ademán tremendo. Sus pechos eran como fraguas de la justicia. El trueno de sus gritos: ¡*Ni son todos los que están!*!, repercutió amenazador por todo el Open-Door. Nerprún había conseguido su propósito: su medalla y la fortuna perdidas no valían más que la salud de aquellos hombres y el castigo de los victima-

rios. La vida libre armó una legión de justos. Llevarían la salud y la vida a sus hermanos de la inmensa colonia, la colmena de los normales. El *paraguas misterioso*, que intencionalmente dejara Nerprún en una comisaría y abierto ahora para evitar el aguacero de Luján, iba a rasgarse. ¡Guay, de los conjurados!...

E. del Valle Ibarlucea

Capítulo XII

El Régimen del Batiburrillo

Es claro que principio quieren las cosas y que un loco hace cientos. Nadie dio importancia a ese motín de manicomio, de manera que el contagio fácilmente se propagó por calles, plazas y caminos. Entre piruetas, carcajadas y ademanes, la doctrina aparecía alegre, en chacota se repetía y hasta los más cuerdos, por seguir la corriente, mucho después la toleraban. "Cuando todos se equivocan todos tienen razón", había dicho la voz del Sinaí; y sin más ni menos, sin menos preámbulos, ni más distingos, imperó la ley del batiburrillo manicomial.

La tarea de Nerprún había sido colosal, estupenda y magnífica, digna del triunfo sagrado de un pensamiento milenario. Cuatro locos fueron destacados para aprisionar a los cuatro fermentidos de la banda retrógrada, pero como los locos, eran locos de verano, a la llegada del otoño olvidaron el mandato de la Comisión, siguiendo el movimiento de la ola que los impulsaba a la "obra magna".

El dolor secular que había marchitado el alma flor de la *brava gente*, las lágrimas sin consuelo derramadas por la inclemencia del capital voraz, los alquileres subidos, las injusticias de la justicia organizada, la exigencia de las dos firmas en el Banco de la Nación, la soberbia de los patrones, los cien centavos del impuesto al alcohol, la arrogancia de los ricos, el sibaritismo del placer, todo lo inútil, lo corrompido y tradicional, todo fue barrido, descolgado y consumido por la acción inmortal del doctor Nerprún y de sus fieles, los perínclitos del Open-Door, redimidos por el precursor hijo del boticario fecundo. No hubo poder que resistiera la pujanza de los orates, quienes garrote en una mano y el gesto del iluminado en la otra, por ahí se lo pasaban, recorriendo montes y poblados, seguidos por grupos primero y por multitudes después, dando y recibiendo palizas, en la misión evangélica de transformar el mundo vigente por ese otro mundo, que salido de un manicomio, proclamaba el desbarajuste social:

"Nada de lo tuyo, ni de lo mío —oían estupefactas las humanas colmenas—: la moneda es infame, embustero es el Estado, madriguera de pícaros el gobierno: la tierra es de todos y para todos son sus frutos como el sol, las aguas y el viento, el amor y el capricho de las buenas mozas. Cada cual tenga lo necesario: luz para sus ojos, frutas para su boca, caricias para su corazón, días tranquilos y noches con sueño. No exista otra huelga que la de los sanos, quienes recorriendo las cabañas de los bosques, los ranchos de las pampas y las cuevas de las breñas, curan enfermos, asistan ancianos y arrullen languideces de amor. Una plegaria al cielo, y paz y concordia en la tierra, sean el dogma de la humanidad resucitada". Y al conjuro de tanta sublimidad los ejércitos burgueses fueron aniquilados, los tronos cayeron, ni para semilla quedó un comisario, de manera que los cerrojos arrumbaron y los facones sólo para mondar duraznos o para escarbar dientes, sirvieron. Los enemigos se abrazaban, el deudor olvidó los préstamos y el himno del trabajo, melodizando la haraganería repercutió victoriosamente en todos los ámbitos. Al movimiento incesante del progreso sucedió la calma de un perpetuo descanso dominical.

Tres épocas nefandas: la del guerrero, la del sacerdote, la del ciudadano, —como la llama pura nace del fuego de mil inmundicias— la santa edad del obrero escribió el destino final del orbe. Los hombres se congregaron alrededor de sus virtudes, las familias por el afecto vinculadas formaron pueblos taciturnos y la humanidad purificada por el Amor, quedó cubierta con el manto sin adornos de la Verdad.

El ex diputado Nerprún no cabía en sí de gozo, aunque un poco aburrido contemplando la realización de su obra rimada al principio con silbidos, difundida a cascotazos y —ya se veía— custodiada entre bostezos por los cinco patios de dementes, furiosos, maniáticos idiotas, y zonzos de la Residencia, cuyo éxito, mal que mal se impuso al respeto de los cuerdos, que durante tantos siglos sólo habían creado dos cosas: el gobierno y el dinero, futilidades desvanecidas al sople de un orador.

Pero un pensamiento martillaba el cerebro de Nerprún: ¿qué diablos se habían hecho Goycoechea, la Dama Blanca y su gentil Caballero, que a los primeros garrotazos transformadores de la humanidad doliente, llevándose consigo a la Vergüenza, se habían ocultado Dios sabe en dónde? Por cierto que las cosas no podían continuar así. El mundo sin vergüenza, no marchaba o por lo menos se arrastraba cojo sin muleta. Desesperanzado de encontrarles, el sujeto (como no alcanzó para todos, fue suprimido el título de Doctor) Nerprún en vano procuró reemplazar la vergüenza por otra cosa, verbigracia, por el pudor o el candor, ¿por el honor? (¡uff, apestaba a burgués!) entre tanto el mundo sin vergüenza, hacía la mar de zonceras y bribonadas, se postraba melancólico y transitaba en riguroso cutí (17).

Sentado en el extremo de una roca, junto al mar, una pierna sobre la otra... cubriéndose, más y más meditaba el viejo Nerprún sobre tan higiénico problema que entrañaba el boycott de las tiendas y mercerías cuyos artículos eran barateados con la tentadora rama de parra para las mujeres y con las hojas de higuera, para los hombres, modas sin respaldos, cuando oyó confusamente al principio, claramente al poco rato, un runrún, un rumor, el clamoreo, la algarabía de un bochinche que a él se acercaba. Era el pueblo con los brazos como guampas (18), señalando hacia arriba, una maravilla celeste. De lo alto del firmamento, rumbo de "Euxinios", descendía *misteriosamente* un enorme *paraguas*, en cuyo mango, como palo de pajarera, muy cómodamente venían sentadas cuatro personas, sólo conocidas del atónito Nerprún. Columpiándose así, se acercaban Goycochea con su Vergüenza y el Caballero con su Blanca Dama, Goycochea amenazando con la mano a la multitud, muerto de risa el Caballero, la Blanca Dama pálida por la emoción de comparar tanta cosa al aire y cubriéndose el rostro la Vergüenza.

Manuel Carlés

Capítulo XIII

¡Así tenía que ser!

Continuaba Nerprún sobre la roca, en actitud de Margarita sentada junto al mar cuando descendieron del paraguas —por mal nombre *el misterioso*— Goycochea, la Vergüenza y el Caballero con su Dama Blanca.

Antes de que el ingenuo Nerprún volviera de su sorpresa y cuando apenas había balbuceado un inconsciente "buenas tardes" que su esmerada educación le imponía, sintiose de pronto acometido por Goycochea el groserote de siempre —que sin consideración a sus fueros, levántele en peso para arrojarlo al mar, como cosa que para nada sirviera.

Logró Nerprún, sin embargo, arrastrarle en su caída, asiéndose desesperadamente a la enmarañada melena del brutal agresor, que vino así a participar de la triste suerte del agredido; —y la Dama Blanca que intentó evitarlo, perdiendo a su vez el equilibrio, hubo de seguir a Goycochea, llevándose consigo al Caballero, que con exquisita galantería se precipitó detrás de ella. La Vergüenza, absorta, presenciaba impasible aquella escena.

Minutos después la onda en su reflujo envolvía cuatro cadáveres.

Entonces, sin que pudiera saberse de dónde venía, una voz dijo:

—¡Bien hecho!... ¡por zonzos!

La multitud, en tanto, se aproximaba en tropel al sitio de la catástrofe, deteniéndose confundida ante el extraño aspecto de la Vergüenza, que permanecía inmóvil contemplando los despojos de sus cómplices y compañeros.

—¿Quién eres?... —exclamó exaltándose la turba.

—Soy una descendiente de ¡las *Virgenes locas*!¹ —repuso con soberbia la Vergüenza, dirigiendo al mismo tiempo miradas ansiosas al quita sol de marras.

Un rugido de indignación brotó entonces “del alma solidaria de la muchedumbre”, poco dispuesta a comulgar con candorosas mistificaciones, por más inofensivas que fueran; —y cuando al grito de ¡*muerte a la desvergonzada!* preparábanse todos a ejecutar un auto de fe, para escarmiento de posibles reincidencias, la socorrida sombrillita vino en auxilio de la maltrecha virgen y permitiéndola enhorquetarse en ella, se elevó de nuevo en los aires perdiéndose entre las nubes lejanas.

¿Se habrá salvado siquiera la Vergüenza?

!!!!fin!!!!

Gregorio de Laferrére

¹ Célebre novela en colaboración, publicada en el *Madrid Cómic* (nota del autor).

19. DON JOSÉ DE LA PAMPLINA (*Caras y Caretas*, 8 de abril, 1905)

De mediana estatura trigüeño, delgado, mirada serena y manos finas, se paseaba en su despacho un joven empleado de la Comisaría de Palatino, pueblo situado a pocas leguas de Buenos Aires. Aunque sin revelar impaciencia, sacaba de cuando en cuando el reloj, y como hiciera movimiento alguno en dirección de su sombrero, colgado en una percha, se podía pensar que no para salir que esperaba la hora, sino para recibir a alguien con quien tuviera alguna cita.

Efectivamente, sobre su escritorio había una tarjeta en la que con letras litografiadas decía: *Nicolás Mendichea, Comisario de Palatino* y a lápiz: "Mi caro Benito: A la 1 p.m., irá a verte el Sr. Don José de la Pamplina persona de consideración a quien le han robado una suma importante y no tiene idea de quién haya debido ser".

Benito Lauches era el joven que se paseaba en su despacho.

A la 1 p.m. en punto se hizo anunciar el Señor de la Pamplina.

—¿El Señor Lauches? —preguntó haciendo una reverencia, afectuosa.

—Servidor de usted, Señor Don José. Tome usted asiento. El señor Comisario me ha anunciado su caso. Sírvasse usted ponerme en antecedentes.

Y mientras el Señor Don José exponía su caso, Benito lo examinaba.

No era persona a quien hubiese tratado; pero recordaba haberla visto más de una vez en Palatino. Le calculó 35 años; su estatura algo menor que mediana; cuerpo grueso, labios bastante espesos, mirada un tanto indiferente, bigote negro, poblado, con sus puntas torcidas en la horizontal, y una pera no muy larga que bajándole de los ángulos de la boca se dividía en lo inferior en dos lóbulos puntiagudos. Vestía terno gris, corbata de seda carmesí con rayas azules, zapato de charol abotonado, guantes rojos, zapatos café y usaba una barita de ballena.

—Señor Lauches: Propietario en este Partido, donde poseo una estancia arrendada, y algunas casas en el pueblo, —diré más bien, propiedades de mi señora, —vengo mensualmente de la Capital a cobrar la entrada que aquéllas producen. Para mayor comodidad, y en vez de habitar en una fonda, como que suelo pasar aquí varios días, he tomado hace algunos meses una pieza independiente de la casa a que pertenece y que sólo ofrece una puerta a la calle. Cada hoja no tiene más que un vidrio en la parte alta, que por dentro, se cubren con un par de pequeños postigos cuadrados. En el aposento hay una mesa escritorio, varias sillas, lavatorio con los

adminículos necesarios, la cama oculta por un biombo, y mi valija. Esta mañana, muy de madrugada, me levanté y salí para la estancia, y, al regresar a eso de las once, he encontrado un vidrio de la puerta roto, la aldaba del postigo forzada y la valija toda llena de tajos. De ella me faltan seiscientos pesos.

—¿Nada más?

—Nada más.

Benito Lauches se sentó junto al escritorio, colocó un papel sobre la carpeta y tomó una pluma con la que aparentemente no pudo escribir. Llevando una mano al bolsillo interior de su saco, buscó algo y sacó un lápiz; pero no tenía punta. Buscó en los bolsillos del chaleco y no encontró lo que buscaba.

—¿Tiene usted un cortaplumas Señor de la Pamplina?

—Aquí tiene usted —dijo Don José, ofreciéndole un Rogers de nácar y bastante grande.

Benito abrió la hoja mayor y se aproximó a la ventana.

—Mil gracias —dijo, devolviéndolo.

Trazó algunas líneas en el papel, abrió un cajón de su mesa, sacó algo que guardó en el bolsillo interior del saco, y, dirigiéndose a la percha, tomó su sombrero.

—Señor estoy a sus órdenes.

—¿A dónde vamos?

—A la pieza que usted habita. ¿Queda lejos de aquí?

—Tres cuadas.

—Iremos a pie; si no tiene usted inconveniente.

Al llegar a la pieza, que Benito conocía muy bien, miró la abertura producida por el vidrio roto; luego se inclinó sobre la vereda cuyos ladrillos próximos a la puerta examinó prolijamente desde distintos puntos, y mirando al Señor Don José le invitó a abrir, lo que al punto ejecutó.

En el interior del aposento no había ningún desorden: a un lado del biombo la valija cubierta de numerosos tajos —hechos sin fuerza, pero con ensañamiento, se diría, si se tratara de otra cosa que de una valija —y en la que una lonja cortada en el medio, a lo largo, había permitido meter dentro de ella las criminales manos. Algunas gotas de sangre relativamente fresca manchaban la superficie próxima al punto de unión de la lonja.

Sobre la cama sin destender se encontraba un pañuelo negro de seda al que le faltaba un borde que le había sido arrancado.

Benito examinó primero las huellas de pasos anteriores en el suelo no barrido, el contenido de los cajones del escritorio que su propietario abrió y en los que nada faltaba según él.

Se acercó al lavatorio, miró bien la palangana, en la que derramó el líquido contenido en el depósito, y que presentaba un color bastante intenso de sangre diluida; tomó luego la toalla colgada de una percha y encontró algunas manchas de sangre.

Sacando luego del bolsillo una lente grande y poderosa, examinó los asientos y respaldos de las sillas de madera barnizada, luego el borde interior de la abertura superior de la puerta, el postigo en su parte inmediata a la aldaba, y por último, ésta misma.

—Fuera de usted ¿ha entrado alguien en este aposento por voluntad suya?

—No, Señor.

—¿Necesitaría usted sacar algo de aquí para su uso personal, o algún documento, hasta luego a la noche?

—¿Por qué me pregunta usted eso?

—Porque ahora voy a cerrar el aposento, a guardar la llave y a poner un vigilante de guardia.

—¿Hasta qué hora de la noche?

—¡Oh! hasta las siete o las ocho. Indíqueme entretanto dónde va a alojarse hasta esa hora, y pasaré a buscarlo.

—En la Fonda de Don Pancho.

—Bueno; cerremos.

—¿Encuentra usted algún indicio?

—Muchos: cuando regresemos a la noche podré decir a usted lo que pienso.

Cerrada la puerta, y antes el postigo, Benito llamó con un silbato. Un momento después se oía el rápido galopar de un caballo y con éste apareció un vigilante.

—Ordene.

—Quédate aquí de guardia. Nadie debe abrir esta puerta que acabo de cerrar y cuya llave tengo en mi poder. Señor Don José, vamos por distintos caminos. Entre 7 y 8 estaré en la Fonda.

Benito Lauches tomó la dirección de la Comisaría donde encontró al comisario.

—¿Y? —preguntó éste— ¿has averiguado algo?

—Sí, Señor; hay indicios...

—¿Útiles?

—Positivos. ¿Tiene usted relación con el Señor Don José de la Pamplina?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque según su relación o amistad con él tomaré mayor o menor interés en su caso, como que tengo otros importantes entre manos.

—No; no es cosa de eso. Sé que es una persona respetable; pero, al entregarte esta pesquisa, te he dejado y te dejo toda tu libertad de acción. Este señor está casado con una mujer bastante rica y muy buena moza. No era hombre de casarse por interés y hasta existen pruebas de que lo hizo por amor; pero ella es celosa como veinte mil demonios, y le arma cada batuque que lo anonada. Al fin concluirá por cansarlo.

—¿No tiene usted nada que ordenar?

—Por ahora nada.

—Pues me pongo en campaña. Hasta luego.

—Hasta luego.

Benito montó a caballo y se dirigió a la estación del Ferro-Carril; luego a la oficina del Telégrafo, enseguida a la Fonda del Pajarito Pintado, y por último buscó un cochero a quien pidió datos y encargó algo. En seguida echó a galopar por una de las calles del pueblo y se perdió en los suburbios.

A las 7 1/2 de la noche se apeaba frente a la Fonda de Don Pancho.

El señor Don José que lo había visto llegar, se acercó a él y lo saludó con su cara indiferente.

—¿Ha llegado usted a algo?

—Completamente. ¿Ha comido usted?

—Lo estaba esperando.

—Gracias, he comido ya. A las 8 llegará un carruaje a buscarlo, puede usted comer entre tanto. Una vez que haya terminado, sírvase pasar por la Comisaría donde lo esperaré.

—Puedo ir ahora mismo.

—No es necesario.

Y haciendo un saludo, montó a caballo y se alejó al galope.

A las 8 1/4 el señor Don José llegó en carruaje a la comisaría, y Benito salió a recibirlo.

—No necesita usted apearse, porque ahora vamos a su aposento. Y dio la orden al cochero.

Cuando llegaron y se apearon, Benito dijo al vigilante de guardia que se retirara y le enviase otro cuyo nombre indicó.

Abierta la puerta y prendida una vela de estearina después de entrar, aquélla fue cerrada y ambos se sentaron junto al escritorio, el uno frente al otro.

—Señor Don José de la Pamplina: voy a dar a usted un consejo. A las 10 pasa un tren para la capital, tómelo y váyase inmediatamente.

—¿Existe algún peligro?

—Muy grande. Un corresponsal de diarios de Buenos Aires, por indicación mía, acaba de telegrafiar que usted ha sido víctima de un robo: que

usted, al llegar, descubrió al ladrón, el cual al huir, le dio un tajo en el pulgar izquierdo; pero que la herida no es de gravedad.

—Pero ¿cómo sabía usted que yo tenía un tajo en el pulgar izquierdo? —preguntó estupefacto Don José.

—Eso es asunto mío.

—Pero aquello no es exacto.

—Peor será que se sepa la verdad.

—¿Ha hallado usted el ladrón?

—Sí señor.

—¿Y el dinero?

—Sí señor; pero distribuido por el mismo.

—¿Lo tiene usted?

—¿Al dinero o al ladrón?

—A los dos.

—Tengo al ladrón.

—¿Quién es?

—El ladrón es usted mismo.

Como Don José tenía una cara indiferente, poco se acentuaban las distintas emociones, así es que, palideciendo apenas, soltó una carcajada.

—Pero, señor Lauches, usted se burla de mí.

—Es usted el que pretende burlarse de nosotros.

—Me deja usted asombrado, y hasta insultado.

—Más he quedado yo al llegar al final de mi pesquisa. Haga usted lo que le he dicho y aproveche la circunstancia de que el comisario le tiene alguna consideración y por persona de respeto. Váyase pronto, no pierda tiempo; usted necesita buscar una valija para llevar sus ropas y papeles, si no es que prefiere llevar aquella toda tajeada.

—Lo que usted me dice no me permite moverme de aquí hasta que me haya explicado sus afirmaciones.

—¿Usted lo quiere? Sea. Cuando me prestó usted su cortaplumas esta mañana para sacarle punta al lápiz observé que tenía sangre, y noté que su mano izquierda enguantada presentaba el pulgar más voluminoso que lo normal, lo que me hizo deducir que lo tendría atado de algún modo. Sáquese usted el guante, por primera vez en el día, porque usted hasta ha comido esta noche teniéndolo puesto.

El señor don José se sacó el guante.

—Y ese género de seda con que está envuelto es el borde que falta al pañuelo negro, tirado allí sobre su cama. La sangre que tiñe el agua del depósito, y que todavía se encuentra en la palangana, es sangre suya, como lo es la de la toalla, que ha sido tranquilamente colgada en la percha, como

puede hacerlo cualquier persona que no tiene por qué apurarse. Y suya es también la que mancha la valija, porque usted se ha cortado el dedo al tajarla. Usted es un pueblero; usted no sabe cortar un cuero de acá con un cortaplumas Rogers, ni conocía la resistencia que el cuero le opondría.

—¡Pero señor Lauches, usted me insulta!

—Usted ha llegado ayer a las 9 de la mañana, y después de hablar con el jefe de la estación, a quien dijo: "Voy a hacer un encargue por telégrafo; cuando llegue lo mandará usted a tal parte, por medio de Fulano (un cochero)", usted fue a la oficina telegráfica, almorzó en la Fonda del Pajarito azul y se fue en carruaje a la estancia donde cobró el arrendamiento; a la tarde llegó usted y se detuvo en una quinta de los alrededores donde vive una dama con quien tiene usted mucha amistad, a quien había enviado el encargue, que consistía, entre otras cosas, de un cajón de Champagne.

Dos horas después de estar usted solo con ella, llegaron los invitados que los acompañaron hasta las 12 de la noche después de un suntuoso banquete.

—¿Quiere usted que le indique el menú?

—Un rato después se retiró usted a pesar de las instancias de la dama para que se quedara, pero usted se excusaba con algo urgente. Ese algo urgente era una partida de cartas en la Fonda del Pajarito y en la que usted ha perdido alrededor de 400 pesos.

¿Quiere más?

De la Fonda usted ha salido para su casa a las 9 1/2 de la mañana de hoy, ha hecho las travesuras de tajar su valija, cortarse el dedo, romper el vidrio y visitar luego al comisario para quejarse del robo.

Pero hable usted, señor Don José, hable usted.

Don José estaba mudo.

—¿Quiere usted algo más?

Si la aldaba del postigo hubiera sido abierta de afuera, habrían quedado huellas de la violencia en la superficie del postigo y en el marco, lo que no existe, porque, con los dedos ha sido levantada de adentro.

También ha sido roto el vidrio de adentro para afuera, porque en las baldosas del interior de este cuarto, que no ha sido barrido, no hay una sola chispa de vidrio, mientras que los ladrillos de la vereda están llenos de ellas.

En el borde inferior de la abertura de la puerta no hay erosión alguna porque nadie ha pasado por allí.

Las sillas barnizadas están intactas, y suponiendo que el ladrón, por más ágil que fuera, hubiese penetrado en el cuarto saltando a la abertura y por ella, no habría dejado de pararse en una silla para salir, —aunque lo

natural era, ya que tan tranquilo se mostraba para llegar hasta colgar la toalla de la percha, que hubiese corrido el pasador de adentro, abriera la puerta y la dejase abierta al salir, lo que no ha sucedido según usted.

Pero hay algo más.

Usted me dijo que esta madrugada se levantó para ir a la estancia lo que no es exacto, porque a esas horas estaba jugando en la Fonda, y no se ha levantado, porque la cama está tendida, y un hombre que se levanta a la madrugada, no siendo su costumbre, es porque está apurado, y el que está apurado no pierde tiempo en tender la cama, cosa que hace la sirvienta de la casa, que según usted, no ha entrado hoy aquí.

Un hombre tan prolijo como usted en su persona, sabe algo de higiene, y es elemental que las ropas de la cama se dejan airear antes de tenderlas.

Luego usted me ha mentido.

—Esto es atroz —vocifero Don José—. Pero Señor Lauches usted está hilvanando afirmaciones como la cosa más natural del mundo.

—Sí, señor; porque usted cree que he concluido. En el polvo del suelo de este aposento no barrido no existen más huellas que las de sus zapatos.

—Pero, Señor Lauches, toda esta carga abrumadora que me echa usted encima debe tener un motivo ¡deme usted un motivo que lo justifique!

—Eso es ridículo, porque usted lo conoce mejor que nadie.

¿Usted quiere motivo?

Hasta eso le voy a dar.

Usted no se ha casado por interés, pero su mujer es rica, y, aunque generosa, no le abre la bolsa, porque es celosa como veinte mil demonios; usted comienza a fastidiarse, a buscar distracciones, damas que viven solas en quintas donde se dan banquetes que en parte costea usted, y cartas que hacen perder.

—¡Pero usted es el Diablo en persona!

—No soy el Diablo, sino un principiante de rastreador y usted es un predestinado, porque se llama José de la Pamplina.

Váyase pronto, hágame el favor, tome el tren de las diez; váyase Señor Don José; los diarios lo salvarán mañana de las garras de su mujer. Váyase y no vuelva en mucho tiempo.

La ley castiga los crímenes; pero no castiga las pamplinas.

¡Adiós!

Y se fue.

Y el Señor De la Pamplina todavía no se da cuenta de lo que le ha pasado.

20. MÁS ALLÁ DE LA AUTOPSIA
(*Caras y Caretas*, 31 de marzo, 1906)

Me han pedido más de una vez que de a conocer a los lectores de *Caras y Caretas* algunas de las pesquisas policiales de nuestro amigo Benito Lauches, fundándose las amables solicitudes en la lectura del único caso que haya llegado hasta ahora a conocimiento del público, caso típico, ciertamente, pero que alcanzó a la letra de molde a pesar de toda la resistencia que el modesto investigador opuso.

Él no tenía ningún interés en que sus investigaciones fueran conocidas. No les atribuía ninguna importancia, y como en verdad, carecía de escuela, temía, y con razón que alguien descubriera el secreto de su método.

—Pero ¿cuál es tu método? —le pregunté en cierta ocasión.

—En verdad, no tengo ninguno —contestó ingenuamente—. Aún no he estudiado Medicina Legal, ni he leído esas obras de pesquisa que tanto llaman la atención de los lectores desocupados. Encargué a un amigo que me las buscara, y todavía las estoy esperando.

—¿Cómo entonces, es posible que hayas llegado a resultados tan sorprendentes? —le pregunté.

—¿Y por qué sorprendentes?

—Porque siempre has descubierto al culpable.

—Eso no tiene nada de maravilloso; el culpable deja siempre una pista. La habilidad consiste en saberla seguir.

—Pero ahí está justamente tu método: saber seguir la pista.

—No; porque cada caso particular reclama un método nuevo.

—Entonces tu método consiste en aplicar un método nuevo a cada caso.

—Si lo tomas de esa manera, me veo obligado a reconocer que en eso consiste mi método.

—Precisamente en eso. Andando el tiempo, y cuando te resuelvas a darme a conocer otros casos, tendré un verdadero placer en llevar a cabo un estudio sintético, y en determinar el secreto de éxitos policiales.

—Estás completamente equivocado, mi estimado amigo. Los éxitos conseguidos hasta ahora se deben a que la población de esta aldea de Palatino, no alcanza sino a cinco mil habitantes, más o menos. Aquí nos conocemos todos, porque diariamente nos vemos. Aquí se sabe a qué hora se levanta fulano, cuándo y qué almuerza zutano, cuánto tiene y cómo gasta; no hay vicios ni virtudes que se oculten o escondan al conocimiento de

todos, de manera que apenas ocurre algo anormal, basta el conocimiento del caso para darse cuenta de los motivos personales o sociales que lo han producido.

—Así será; pero la manera cómo reconstruyes las escenas precursoras de esos casos, revela un talento especial y un método superior que me ocultas por una modestia insípida que algún día descubriré a los lectores por más que te empeñes en disminuir su valor real.

Estos diálogos eran frecuentes. Sabría o no sabría Lauches el secreto de su método. Probablemente no lo sabía. No tenía motivos para saberlo. No se empeñaba, aparentemente, en determinarlo. Cuando se le elogiaba en grupo de amigos, daba fin a los elogios diciendo: —Bueno; admito que no soy mal rastreador. Y aquí acababa todo.

El pueblo de Palatino, situado a pocas horas de Buenos Aires, tenía para mí un encanto especial. Este encanto se debía, en primer lugar, a que no conocía allí a nadie, ni nadie me saludaba como conocido. El único a quien solía encontrar en la calle principal, calle Belgrano, o calle Autonomía, era Benito Lauches, y eso casi siempre, cuando andaba él de pesquisas, lo que excluía, naturalmente, la posibilidad de una conversación demasiado larga. En segundo lugar, Palatino distaba poco de un pequeño río, no muy hondo, y con algunos grupos de sauces en las riberas. En uno de estos grupos, desde Octubre a Marzo, me instalaba de cuando en cuando; y allí, bajo la fresca sombra, me dedicaba, en las horas de color, a leer Pérez Escrich (1), Homero, *Las luciérnagas* de Heraclio Fajardo (2), las Tablas de logaritmos y el Catecismo de Astete (3), todo lo cual se traducía más tarde en un apetito monstruoso y en un deseo fenomenal de romper alguna cosa o de matar a alguien. Esta influencia universalmente reconocida de las lecturas épicas se moderaba al tomar el tren de regreso, y cuando llegaba a la Capital, tenía el cerebro como un libro en blanco dispuesto a recibir, a título de novedades, cualesquiera impresiones literarias, artísticas o científicas, como placa fotográfica no impresionada aún.

Pueden imaginarse los lectores de *Caras y Caretas* el efecto que me causaría, dos días después de regresar de uno de esos paseos a mi Weimar (4) solitario del saucedal de Palatino, la lectura de la sección telegráfica de un importante diario de la mañana.

“PALATINO, día tal, de tal año. —*Araña monstruosa*. “En el bosquecito de sauces, a donde suele venir el Dr. H. a dormir la siesta, se ha encontrado una araña enorme que ha llamado la atención de todos los habitantes del pueblo. Este crustáceo desconocido es uno de los pinnípedos (5) más grandes que se han visto hasta ahora en el país, y a pesar de que los cetáceos no son raros aquí, sería conveniente que viniera a examinar la interesante

pieza algún ornitólogo, distinguido, pues no hay duda que se trata de uno de los miembros más conspicuos de nuestra Flora”.

Con todos estos datos, escribí en el acto a Lauches diciéndole que procurara conseguirme, vivo o muerto, el notable ejemplar. “Probablemente –le decía– no es más que una hembra de la *Eurypelma Doeringii*, pero como algunos mineralogistas se interesan aquí por esa variedad de feldespato (6), haz lo posible para que no te estropeen las aristas...” Eché la carta al buzón y continué la interrumpida lectura:

Seguía el telegrama:

“¿*Crimen o accidente?* En una esquina de las calles Autonomía y Libertad ha sido hallado el cadáver de Don José Pérez y López, miembro distinguido de la sociedad de este pueblo. Nadie se explica la causa de su muerte, y aunque se atribuye a una afección cardíaca, el Juez de Paz, que está convencido de que Pérez y López no tenía nada cardíaco, ha ordenado se practique la autopsia para el médico de Policía”.

Un telegrama semejante, enviado desde Palatino, revelaba que Lauches no había tenido intervención alguna en el caso. Esto me hizo comprender que estaría enfermo o ausente.

Le escribí otra carta. En ella le pedía datos respecto de su salud y terminaba diciéndole:

“Si no te encuentras en Palatino, dime a tu regreso dónde te encontrabas, y arregla el *alibi* (7), si existe, de manera que se aclare el punto”.

Él contestó: “Estoy en Palatino con influenza. Me duele la cintura de un modo bárbaro. No tengo apetito y el Doctor Palotes divide su tiempo entre la quinina y purgantes que me receta y la autopsia de Pérez y López”.

Al día siguiente:

“Estoy muy mejor. La autopsia está terminada. Como no encuentra nada particular, el Doctor dice que es cardíaco. El Juez de Paz le ha dicho que más cardíaca será su abuela, y esto ha afectado profundamente la piedad filial del Doctor. Estoy desesperado por levantarme, porque el Juez de Paz se empeña en que me haga cargo de la investigación”.

Como Lauches era impaciente por naturaleza, le escribí recomendándole que no se levantara tan pronto, y que, antes de hacerlo, leyera el libro del Doctor Angustias, un hermoso tratado *Sobre las consecuencias de una influenza mal curada*, obra de 700 páginas, con láminas coloreadas y 300 páginas de cuadros estadísticos, que le envié simultáneamente por correo.

Al otro día me contestó:

“Hoy he salido por primera vez. Tu libro se lo he regalado a un vasco carretero para que sacuda con él los cuernos de los bueyes ceñidos al yugo del pértigo. La lectura es narcótica. Las láminas coloreadas son de garrapa-

tas, y los cuadros estadísticos se refieren a la explotación del Quebracho en Santiago del Estero. Muy mejor. Hasta pronto”.

Esta carta me llenó de consternación. Era imposible que Lauches estuviera en su juicio.

¡Cuántos disparates!

¡Y precisamente en momentos en que un grupo de amigos del hábil pesquisante había resuelto recomendarlo al Coronel Fraga para que lo trajera a la Capital y lo hiciera conocer!

No pude soportar tan rudo golpe, y, tomando el primer tren que salía, me fui a Palatino.

—¡Doblete! —exclamó Lauches al verme—. El libro que me enviaste es un caso muy interesante.

—¡Cómo caso interesante!

—Así no más es. El encuadernador, para dar mayor volumen al pobre librejo del Doctor Angustias, del cual es muy partidario, porque le curó en el mes de Enero unos sabañones que le habían salido en Julio, ha cosido, en un volumen, pliegos, láminas y cuadros de distintas obras y ha conseguido inflarlo hasta mil páginas. Tú no has leído el libro y quizá te lo reservabas para las siestas del sauzal.

Era imposible discutir con Lauches.

Su intransigencia no admitía argumentos.

Pero lo realmente importante era su salud recobrada.

—Puede ser que lo que has tenido no haya sido más que un resfrío —le dije.

—Para mí es absolutamente igual lo que he tenido. El hecho es que ahora no lo tengo, y me encuentro muy bien.

—Lo sentiría porque no es lo mismo tener una pulmonía que un cólico.

—Ande yo sano, y me importa un pito del diagnóstico.

—Sí, pero el Doctor Palotes...

—Deja al Doctor Palotes tranquilo. ¿Sabes?

—¿Qué cosa? —pregunté.

—El caso de Pérez y López es muy interesante también. El Juez de Paz nada quiere saber con lo de cardíaco, y me ha encargado lo estudie.

—¿Y has hecho algo a su respecto?

—Sí, he procedido a un nuevo examen del cadáver.

—Pero tú no eres médico... no estás autorizado...

—Eso está bueno para allá, hombre: aquí es otra cosa.

—Convenido; pero al decirte *autorizado*...

—Por la forma, aparece el Doctor repitiendo la autopsia. Tú sabes... no es vanidoso el Doctor.

En la primera autopsia practicada por el Doctor Palotes, se había contentado éste con examinar las dos cavidades del tronco, es decir, la torácica y la abdominal. En la primera, el corazón y los pulmones se habían presentado normales, así como los grandes vasos inmediatos, y en la segunda no había nada de particular, por lo cual su diagnóstico se había reducido a consignar que la muerte se debía a una afección cardíaca de carácter nervioso.

El Juez de Paz no era partidario del Doctor Palotes, porque ni le curaba los sabañones a su tiempo, ni lo aliviaba de la jaqueca, aparte de que no fue capaz de cortarle la fiebre cuando la tuvo tifoidea. Estas circunstancias comprometían gravemente la reputación del Doctor, y el Juez, que le tenía ojeriza, sólo buscaba una oportunidad para reventarlo como él decía.

Así es que la presencia de Lauches durante la segunda autopsia no fue propiciatoria para el Doctor, porque el Juez dijo a todos los que quisieron oírlo que había llegado el momento de probar que Pérez y López no era cardíaco sino gallego.

Lauches, por su parte, no tenía tan mala opinión del Doctor; pero creía, y con razón que se dejaba llevar demasiado por sus primeras impresiones, y a veces le quedaba mucho por hacer en un examen clínico o en una autopsia. Algunas veces había conseguido que los errores se lo atribuyeran a distracción, lo que, en más de un caso lo había salvado del ridículo. Se cita el siguiente entre otros. Un día se le llama con urgencia para visitar a Pedro Estocada, un murmurador del pueblo, porque tenía una gran hemorragia por la boca. —¿Quién ha sido el bárbaro del dentista que le arrancó la muela? —preguntó el Doctor Palotes al verlo. Estocada abrió la boca y le mostró la lengua, cuya mitad libre le habían cortado.

Una vez en presencia del cadáver de Pérez y López, Benito Lauches observó que tenía ligero moretón en la sien izquierda. Palpó allí y encontró que faltaba resistencia habitual de los huesos de la fosa temporal.

—¿Qué es esto, Doctor Palotes? —preguntó.

—¿Esto? ¡pero hombre! ¡qué curioso! Parece como si el cráneo tuviera aquí una ventana y que la piel le sirviera de cortina.

Lauches palpó el resto de la cabeza y no encontró más "ventanas".

—Doctor, examine este hundimiento del cráneo.

Palotes practicó unas incisiones, seccionó el músculo subyacente y dejó el cráneo al descubierto. Una feroz abolladura de la forma de un casquete esférico se hundía en la cabeza de la víctima, en el sitio donde el Doctor Palotes creía encontrar una ventana.

—Este cadáver no ha sido lavado antes de practicarle la autopsia —dijo Lauches.

—Así es, en efecto —repuso Palotes.

—Es una ventaja en este caso.

Examinó los dedos de las manos del cadáver y encontró que en los tres primeros de la izquierda tenía manchas de tiza.

—¿Ha examinado Ud. los zapatos de la víctima? —preguntó.

—¿Los zapatos?

—Sí, los zapatos.

—Ni he pensado en tal cosa.

Lauches pidió a un ayudante, que hacía de tal, y que no era otro que el cuidador del cementerio, le trajera los zapatos de la víctima. Los examinó cuidadosamente, al devolverlos preguntó si alguien los había usado después de desnudar el cadáver.

—No, señor, porque el comisario ordenó que nada se tocara.

Lauches hizo un gesto, que nadie le vio; pero que revelaba algún disgusto, porque aquella ropa no había sido tratada en forma.

Después de la apertura del cráneo y de comprobar las lesiones cerebrales determinadas por la abolladura de los huesos de la fosa temporal, Lauches pidió al Doctor examinara todo el resto del cuerpo de la víctima, y, como no se hallara nada particular, se dio por satisfecho. Se labró un acta que firmaron el Doctor, él mismo y otros testigos.

Lauches montó luego a caballo y se fue.

Iba a rastrear.

En la noche de ese mismo día, el Juez de Paz recibía del Oficial de Comisaría Benito Lauches, algunos pliegos manuscritos, de los cuales, aunque Benito siempre era conciso en sus informes podía extractarse lo siguiente:

Juan Pérez y López no volvió a su casa en la noche tal (tres antes de la fecha), habiendo salido de ella a las siete en punto, poco después de comer.

En las suelas de los zapatos encontró algunos granos de aserrín del que se usa en la sala de billar de la Fonda del Pajarito, y en la mano izquierda del cadáver halló manchas de tiza, lo que indicaba que había jugado al billar, y como no se había lavado, cosa que hacía invariablemente después de una partida, él (Lauches) sospechaba que Pérez y López había sido sacado muerto de la Fonda, donde la víctima, recibiera en la sien izquierda un feroz bolazo, pues la depresión correspondía exactamente a una de las bolas del billar. En el acto constituyó preso al fondero y a los mozos, los cuales atemorizados, dijeron quién era el actor principal, Pedro Estocada, preso e incomunicado en aquel momento. Después de perder media lengua, Estocada se ha vuelto en extremo irascible porque se empeña en

hablar y no se le entiende. Pérez y López jugaba a la carambola con un amigo y Estocada se había empeñado en darles conversación sobre todo a la víctima, la cual, un momento antes de serlo, le dijo:

—Pierdes tu tiempo, Estocada; no te entiendo lo que me dices; si es algo urgente, escríbelo.

Estocada volvió a refunfuñar y Pérez y López no le hizo caso. Entonces indignado y furioso tomó una de las bolas y con una rapidez y una fuerza increíbles se la tiró a la sien, y pocos segundos después estaba muerto...

—¡Cardíaco! ¡cardíaco! —decía el Juez de Paz— Y después han de decir que soy, arbitrario si no le hago caso a ese badulaque de Doctor Palotes. ¡Mire que modo de hacer una autopsia!

La justicia siguió su curso, y el asesino fue condenado con ligeros atenuantes...

—Y después han de decir —exclamó el Juez de Paz— que en nuestra tierra no hay justicia pronta y barata. Toda la cuestión reside en no ceñirse tan estrictamente a las fórmulas y a suprimir el papel sellado.

21. EL FANTASMA (*Caras y Caretas*, 13 de octubre, 1906)

Mardoqueo Garduña, sin echárselas de valiente, era un gallardo joven que no admitía la posibilidad de los fantasmas, ni se explicaba el hecho de que algunas personas tuvieran miedo de espantajos, a pesar de que todos le afirmaban que había muchos que llegaban a asustarse hasta de aquellos que se colocan en los sembrados para que los pajaritos no se coman las semillas.

Nadie hubiera podido afirmar, ni siquiera jurar, que Mardoqueo hubiese dado en su vida alguna prueba de flojo; y se pensaba que, consecuente con tan honrosa tradición personal, sería un buen compañero en caso de peligro.

No creía en los espíritus; pero sabía que los llamaban con unas mesitas de tres patas. No creía en los espantos (fantasmas); pero sabía que, en presencia de uno, había que acercarse y tocarlo, porque, si no se tocaba, el espanto perseguía al olvidadizo –y afirmaba que tal operación podría ser muy peligrosa en ciertos casos en que, tomando una visión por espanto, resultara que no era espanto, sino un animal temible, como un tigre o un puma.

Algunos decían que aquello era la más alta explosión de inconsecuencia, y Mardoqueo sostenía que no había gatos de tres patas; pero que, si los hubiera, tendrían uñas como los demás. Esta era una forma pintoresca y práctica de concebir la existencia metafísica de lo que no la tiene real.

Cierta noche de verano, algunos amigos acompañaban al doctor Mercado en su finca de Piedra Blanca, a poco más de dos leguas de Catamarca. Sentados en el patio y en círculo, platicaban amistosamente el dueño de casa, Berrondo, Ortega, Maza, y dos o tres más, entre ellos un forastero llegado de Buenos Aires, el cual, como hijo de la llanura, no encontraba términos para elogiar la hermosura del valle catamarqueño, a lo menos desde su capital hasta el sitio en que se encontraban; lo exquisito de la fruta; la excelencia de la carne, y la falta absoluta de pescados presentables. Sus observaciones ingenuas respecto de cosas que todos los presentes tenían archisabidas, despertaba alguna que otra sonrisa maliciosa, lo cual no le impidió llamar la atención, cuando se trató el tema de las montañas, sobre la horizontalidad monótona de la línea de cumbre del Ancasti y el precioso recorte, tan variado y elegante, de la línea del Ambato.

–¿Cómo se llama la cumbre más alta? –preguntó.

—Manchau.

—¿Por Manchado?

—No: Man-chau, que, en quichua, quiere decir "sitio o lugar del espanto".

—¡Pero hombre! eso es muy interesante. ¿Y a qué espanto se refiere?

—Bueno, aquí, aunque muy vulgarmente, se llama espanto al espantajo, al fantasma.

—¿Al fantasma? Mucho más interesante aún.

En aquel momento llegó a la finca un mensajero que venía de la ciudad, y tan apurado estaba, que llegó a todo galope hasta cerca de la rueda.

El doctor se aproximó a él y le preguntó qué ocurría.

—Esta carta urgente, señor.

Mercado la tomó y leyó el sobre.

—Pero no es para mí —dijo

—Ya lo sé, señor; pero mi caballo está reventado y no me animo a llegar hasta El Desmonte.

—¡Mardoqueo! —dijo el doctor, dirigiéndose al nombrado, que, sin formar parte de la rueda social, se hallaba sentado a cierta distancia y había oído toda la conversación—. ¿Te animas a llevar de un galopito esta carta para Recalde?

—¿Cómo no?

—Sí, es mejor; la noche está clara, y la luna limpia; pero ten cuidado de los espantos, ¿eh?

—Sí, cómo no; mucho miedo les tengo a los espantos.

Un momento después, la cabeza cubierta con un sombrero de paja, salía Mardoqueo en un caballito zaino, ágil, nervioso y quizá un poco espantadizo.

La conversación continuó tan animada como antes, y alguno hizo notar que si Mardoqueo no fuera tan guapo, se asustaría en la senda del cañaveral, cerca de la toma de las acequias.

Y no habrían pasado veinte minutos, cuando se sintió un caballo que se acercaba a toda carrera, y a poco apareció Mardoqueo, lívido, verde bajo el rayo de la luna, con el sombrero a la espalda sostenido por el barbijo, y trémulo de susto.

—¿Qué te ha pasado?

—¡El tigre, señor; el tigre, el espanto!

—Pero... ¿qué estás diciendo?

—Sí... cerca de la toma... un tigre... un espanto de tigre... ¡ay! ¡ay! y... como no lo toqué... porque a los espantos hay que tocarlos... ha saltado a las ancas del caballo... y... ¡ay! ¡ay!... ¿no lo ve?... ¡ahí está!

Y haciendo girar un poco la cabeza hacia atrás, volvió a temblar.

El doctor lo comprendió todo.

De un tirón le reventó el barbijó y tomó el sombrero.

—¡Desgraciado! —le dijo— al pasar por el cañaveral te has asustado, se te ha ido el sombrero a la espalda, y has creído que traías un tigre en ancas.

Mardoqueo, medianamente repuesto, no pudo contenerse y soltó una carcajada.

Pero desde entonces afirma que muchos espantos pueden ser sombreros o cualquier otra cosa, y lamenta en extremo que la reventada del barbijó hubiera sido presenciada por tantas personas.

—Una cobardía tapada, puede todavía dejarle humos a un valiente —dice con aire sentencioso— y nadie lo cree.

22. LO MÁS NATURAL

(*Caras y Caretas*, 22 de diciembre, 1906)

Los señores de Pérez Cachupín extrañaban la comida francesa que durante dos años les habían servido en los hoteles de París y en los magníficos transatlánticos en que viajaran. Al regresar a su casa solariega de Tucumán ya modificada por las exquisitas pamplinas del *art nouveau*, esta vez entremezcladas con capiteles corintios y cariátides germánicas en las que gnomos pantagruélicos representaban el principal papel, no tuvieron otra cosa que hacer que resignarse a las elaboraciones culinarias de las chinas habituales, pero convencidos, eso sí, de que una vez instalados definitivamente, podrían permitirse el lujo de un *cordón bleu*, lo menos que debían alojar en su cocina, para deslumbrar a sus relaciones cuando les ofrecieran los opíparos banquetes que se perfilaban en sus respectivas imaginaciones, educadas en París.

—¡Oh! —exclamaba la señora de Pérez Cachupín, abriendo desmesuradamente los hermosísimos luceros negros que tanta luz, desparramaran en ambos continentes— ¡cómo se morirán de envidia mis amigas cuando les presentemos en debida forma y oportuno instante, el respectivo *menú*!

—No es eso lo que más me preocupa —agregaba el señor de Pérez Cachupín— sino el conseguir un buen cocinero, que haga buenos platos aunque nadie se muera de envidia. La comida criolla me ha dado en cara y tengo algo así como una nostalgia de aquellas golosinas de París. Felizmente, nuestro grande amigo el diputado López Arretrancas me escribe anunciándome que pronto llegará a esta ciudad un verdadero prodigio.

—¿Es francés? —preguntó la señora.

—No; no es francés. López Arretrancas me dice que por ningún sueldo ha podido conseguir uno.

—¿Y entonces?

—Me envía un italiano.

—¡Ah qué horror!

—¿Cómo, horror? ¿Te imaginas que son mancos los italianos? Dale buenas recetas al que venga, y ya te convencerás de que son tan hábiles para fabricar unos macarrones al jugo como un *volaván* (1) de becacinas (2).

—Pero siempre le faltará esa distinción, esa finura de los franceses.

—Déjate de finuras; un buen cocinero sabe adaptarse a cualquier gusto, y no olvides que ningún país del mundo tiene, por tradición, un repertorio más variado de platos que la Italia. Al fin y al cabo, hemos comido en París muchos platos italianos bautizados en francés.

Al día siguiente llegó el Mesías. Era un genovesote gordo, lustroso y de buen humor.

Al presentarse en la casa, el señor de Pérez Cachupín lo recibió en el comedor.

—¿Es usted el *cordón bleu* recomendado por mi amigo el diputado López Arretrancas?

—*E verdá.*

—¿Y se animaría usted a servirnos mañana mismo, una comida íntima para diez personas?

—*E á qué chama una comida íntima?*

—Vamos una comida íntima no es propiamente de banquete. Se trata de personas de la familia, para juzgar de su habilidad en un primer ensayo.

—*Ma, antúnse con cuárque cosa...*

—No; no tan cualquier cosa. Platos buenos.

—*Ma ¿sun quente de firulete? ¿sun quente po orgoyosa? ¿o son quente alegre de buen apetito?*

—Los hay de todo.

—*¡Eh! antúnse mirrá, patrón: se puede asé un rissotto á la milanesa con trufa blanca, un champurriáu de pequerrey...*

—¡Cómo, champurriáu! —exclamó la señora indignada.

—*Ma, siñorra, osté se asusta pe poco. Ma diga: osté pone en una fuente un pequerrey cosido en agua con sar, le agrega rabanito, arcaparra, asietuna e artra cosa má, e le riedama asima güebo batido con asiete...*

—¡Ah! ¿usted dice una bayonesa?

—Mahonesa —rectificó el señor Pérez Cachupín

—*¿No ve, siñorra? Ostede mimo no sabe cómo se chama. Decáme á mí nomá, e verrá come vá bieng. No hagá caso de lo nombre —é te digo que todo vá á sali come un sacramento.*

Los señores de Pérez Cachupín, con ocho convidados rodean una mesa lujosamente presentada. El menú es simple y poco se diferencia del habitual de una casa criolla.

—¡Este arroz está quemado! —exclamó la señora cuando un mozo *correcto* sirvió la sopa—. Llévelo usted inmediatamente.

Segundo plato: el *champurriáu*.

—¡Pero qué cosa! ¡este pejerrey está quemado! Llévelo usted a la cocina.

Tercer plato: pavo relleno con hongos y pajaritos.

—Esto es una vergüenza; ¡esto está todo quemado! ¡Llévelo a la cocina! ¡Mire qué plancha! Ustedes tendrán que disculpar. Nuestro amigo el diputado López Arretrancas nos dice que nos manda un *cordón bleu* esto no es más que un cordón quemado.

El señor Pérez Cachupín se levantó de la mesa, y fue a la cocina. Todo lo demás estaba quemado también, así es que tomó un sombrero, y dirigiéndose al Hotel Universal, ordenó allí se enviara a su casa inmediatamente una buena comida para diez personas.

* * *

El cocinero no estaba en la casa.

Hora y media después de terminada la comida, apareció muy tranquilo, con un escarbadiente en la boca.

—¿Pero... qué se ha imaginado usted? ¿De dónde viene?

—¡Ab! *siñorra!* ¡qué quierre? ¡Quando, visto quer rissoto, er pavo, er champurriáu, longo, lo pacarrito é todo sabía quemao, me son andao á comé a la fonda!

—¡Lo más natural!

—E ya lo creo; ¡viacá tanto pe pasá pe sonso! ¡quisperansa!

23. EL GRAN PREMIO (*Caras y Caretas*, 29 de junio, 1907)

—La verdad es que ese joven no ha tenido oportunidad de dedicar una parte muy considerable de su vida a estos asuntos de Escuelas —dijo, hace ya de esto muchos años, el Presidente del Consejo General—, pero es todo un caballero; su instrucción es número uno, y tiene un gran carácter.

—Lo mandemos por allá, entonces, ¿eh? —insinuó uno de los Consejeros. Y allá lo mandaron.

Y allá se fue.

Efectivamente, como se había dicho, no estaba muy preparado para lidiar con los Maestros; pero era tan correcto, tan cumplido, tan perspicaz, que, a falta de una pedagogía oficial tenía a su disposición una sagacidad y un golpe de vista que muchos le habrían envidiado. Por otra parte, hora más, hora menos para el estudio de los reglamentos, el hecho es que, una semana más tarde, se sentía tan veterano como el mejor para desenvolverse en la tarea en que se le había confiado.

Pronto reconoció las aspiraciones de los maestros, las angustias que los afligen, las humillaciones porque pasan, y los honores que merecen.

Para cada uno tuvo una frase de aliento, un elogio más o menos calculado, una palabra oportuna.

El Inspector Argiopes conquistó el cuerpo docente de la región que se le había designado, y todos sus informes, todas sus iniciativas agradaron de tal modo al Consejo General, que, reconociendo su habilidad y competencia, algunos diarios de los mejor informados, expusieron su opinión de que sería conveniente se le nombrara, en la primera oportunidad, Director de un Conservatorio de declamación o profesor de música. Como en muchas otras ocasiones semejantes, el Consejo no hizo caso, y dejó al Inspector Argiopes desenvolverse tranquilamente en su obra.

Todo lo miraba, lo escudriñaba, medía, pesaba, quería verlo todo y darse cuenta de las necesidades escolares —y en todos los casos se hallaba dispuesto a remediar cualquier inconveniente. Pero nada tan interesante para él como los maestros mismos ¡Qué mundo de observaciones! ¡qué diferencias en los caracteres! ¡qué unidad en la aspiración!

En esta aspiración radicaba la vida de las escuelas, y en aquellas diferencias los resultados obtenidos.

Y como se presentaba a cualquier hora en los establecimientos de enseñanza, acabaron por no tener secretos para él —y a fuerza de ojos, memoria

y criterio acabó por conocerlos a todos, desde la puerta de entrada hasta la higuera o el palán-palán del fondo.

Un día, el Consejo resolvió dar un premio de mil pesos a la mejor Escuela, es decir, al Director que pudiese presentar la Escuela mejor dirigida, y se pasó circular a los diversos inspectores, llegando una, como era natural, al Inspector Argiopes. En conocimiento de su contenido, redactó en el acto la siguiente nota, debidamente encabezada:

"He observado bien todas las escuelas de mi jurisdicción y propongo se dé el premio a Don Agatocles Tipitape, del pueblo de Timpitampa".

Gran sorpresa causó en el seno del Consejo la comunicación de Argiopes. Unos pensaron que la nota era apócrifa, otros que se trataba de una burla, y no faltó quien insinuara que estaba loco.

Entonces se le dirigió la siguiente:

"No comprendemos cómo —si la nota es realmente suya—, cómo puede proponernos a Don Agatocles... etc."

Y contestó:

"Menos comprendo, con el debido respeto, que ustedes rechacen mi proposición. Están muy mal informados. Ninguna escuela del país está mejor dirigida. Es cierto que Don Agatocles es un analfabeto; no sabe leer, ni escribir y hasta se expresa con dificultad; pero conoce los números y sabe distinguirlos unos de otros, aunque sin asignarles valor. Don Agatocles es casado y vive en la Escuela con su mujer y cinco hijos. Se levanta al amanecer y en el mismo instante da comienzo a la limpieza, que hace personalmente desde el fondo de la huerta hasta el medio de la calle. Cuando empiezan a entrar los muchachos, los examina uno por uno, y cuando alguno de ellos está sucio, le da la orden categórica de "¡a la huerta!" y así hace con todos los que no están perfectamente lavados. Si son varios, los encierra en un cuarto y luego los va sacando de uno a uno. Los desnuda, casi todos andan descalzos, —y junto a una tina les da una buena jabonada, y como las esponjas son escasas por aquí, usa puñados de tierra. Y tan fuerte es la jabonada y tan firmes las fricciones, que "ese" no vuelve a pecar. Y así con todos. Los clavos de las paredes, para que cuelguen las pizarras, los coloca él mismo, y todos esos clavos están en filas perfectas y ninguna cabeza sale o entra más que las otras; diariamente los lustra, los bruñe: obliga a los chicos a estar bien sentados, y, cuando alguno de ellos tiene un nombre raro, para cuya confección y aplicación bautismal ha intervenido la Historia Sagrada o Profana, se lo quita y le pone otro porque tiene una especie de horror por esos nombres.

Es tan perfecta la disciplina de esta Escuela, que estoy seguro de que no existe otra igual en toda la República. Es cierto que Don Agatocles no inter-

viene en la enseñanza, porque para eso está el Vice Director: pero cuando llega la hora de estudio, Don Agatocles, es un argos, y los chicos estudian realmente.

¡Desgraciado del que no estudie! Lo manda a la huerta... y lo jabona.

Por estos motivos, señor Presidente, he propuesto a Don Agatocles —y lo he hecho con toda conciencia, etc.”.

Pocos días después, penetró el Inspector Argiopes en la escuela y vio a Don Agatocles sentado en una silla de tijera, en el fondo del patio. Junto a él estaba uno de sus hijitos, como de seis años, jugando con un gato, al cual tiraba suavemente de la cola, lo que parecía gustarle al animal.

El maestro se puso de pie y saludó al Inspector para el cual acercó otra silla.

—Malas noticias, Don Agatocles. Por más que he hecho; no he podido conseguir para usted el premio de mil pesos.

—Paciencia, señor. Aquí siempre hemos sabido saber ser pacientes.

—Ya lo sé: pero el caso, y eso es lo que me fastidia, es que se lo han adjudicado a Salamín Salmonete, que enseña Literatura por las novelas de Pérez Escrich, Castellano por Martín Fierro y Aritmética por un texto al que le faltan todas las hojas alternas.

En aquel momento chilló el gato. Parece que el chico se había pasado tirando muy fuerte.

—¡Vamos! ¡Socratito! estate con juicio.

24. SAN BISMO (*Caras y Caretas*, 15 de junio, 1907)

Cristóbal es incansable. Ha recorrido ya toda América del Sur, desde un poco más allá del Istmo hasta el Cabo de Hornos.

Y no lo ha hecho para ir... y volver, como aquél que subió al Monte Blanco... y bajó, sino para madurar, corregir y perfeccionar por la investigación prolija, el examen directo de las diversas comarcas visitadas, el inmenso caudal de los conocimientos. Es un joven sabio para el cual el saber es una simple función, como el respirar o digerir; de manera que su conversación por profunda que sea en un momento dado, y en determinados centros, es tan natural y desprovista de pompas, que muchas veces, los que no le entienden, piensan que está ocupándose de sellos postales o de metáforas.

Su cartera de viaje es una mina de datos preciosos que de cuando en cuando exterioriza en letra de molde, y asegura, como todos los viajeros de su clase, que lo mejor de los viajes es justamente lo que no se puede publicar.

Así es. Todo lo más grotesco de la vida, todos los episodios humorísticos en los que alguien hace un papel ridículo, todas las situaciones absurdas cuya descripción sería una fuente de solaz para un lector alegre y despreocupado... todo eso hay que callarlo, por cortesía, o por gratitud, o por humanidad. La afirmación monstruosa de un ignorantón encopetado, el caso vidrioso en que figura una dama de alcurnia, la pregunta ingenua del obispo al médico de si dos de quince no serían lo mismo que una de treinta... todo eso no puede pasar a la cartera; tiene que ir a la memoria, y cuando se publica el libro de viaje, serio, grave, científico, se adivina que el autor escribió retozando por echar un grano de pimienta en su preparado.

La intimidad permite, a veces, cometer una indiscreción, después de explorar filones de la prudencia, y el siguiente caso pertenece a ese tipo de episodios referidos casi en secreto.

Se hallaba Cristóbal en una república sudamericana, país muy grande, en el que, como en la Argentina, hay gentes de diversas razas, y se había hospedado en un pueblo de la Cordillera desde el cual podía alcanzar con la vista una extensión considerable. Pero Atihuasi no tenía ya secretos para él. La había examinado toda en dos horas. Desde su punto de observación distinguía allá lejos en el valle, una aldea de pobre aspecto en la que se levantaba una modesta capilla.

—¿Hay algo que ver por allí? —preguntó en la posada a un joven del país.

—Poco, pero bueno. En una de sus excursiones puede usted llegar hasta... Cachipampa, y, si el cura está dispuesto, le hará ver el Santo Patrono del pueblo. Es media hora de camino.

—¿Y cómo se llama el Patrono!

—San Bismo.

—¡San Bismo! Sépase que yo he sido educado por frailes, y jamás he oído tal nombre.

—Mejor, entonces.

Y al Cachipampa fue a dar Cristóbal.

Junto a la puerta de un rancho, al lado de la capilla, estaba el cura fumando un chalita (1).

—Buenos días, padre.

—Buenos los tenga, hijo.

Cristóbal no cojea del lado de la devoción pero su caudal en materia de ceremonia no está olvidado aún, así es que el cura y él pronto navegaban en las mismas aguas.

No hace al caso recordar de qué conversaron, y sólo mencionaremos aquí estas palabras del cura.

—La Patrona de esta aldea era Santa Nicostrata, y los aldeanos acudían a ella y a mí en todas sus tribulaciones. Pero un día vino la seca, brava y sin remedio. Ni siquiera brotaba el maíz, y, cuando a fuerza de riego aparecía una plantita, el aire y el sol como yesca, la mataban. De nada sirvieron las rogativas, ni las misas, ni las procesiones. La Santa se había vuelto sorda. Y la seca seguía. Acudieron sucesivamente a toda la corte celestial. Inútil. Así pasaron dos años. Un día supieron que una pobre vieja tenía en su rancho una imagen.

—¿Quién sabe si no es de algún santo milagroso! —se dijeron— Y sin más se reunió la gente y marchó en procesión al rancho. Allí, suspendida de un clavo en la pared, y en un marco simple se encontraba la imagen del santo. —¿Cómo se llama? —preguntaron— No lo sé, encontré su imagen entre unos papeles, y la he puesto ahí. —¿Pues a la iglesia! —Y con toda devoción me la trajeron a la capilla. Todos los que aquí sabemos leer hemos descifrado el nombre medio borrado: San Bismo. Sonaron las rogativas, celebróse la misa, se formó una procesión y dele campanas y salmos y llovió durante diez días. Desde entonces no hemos tenido seca, y como no conozco ese santo, que ahora es venerado en el altar con toda la devoción de este pueblo inocente, he querido que se coloque otra vez en el altar la imagen de Santa Nicostrata. Es inútil. Gritan, protestan, y San Bismo reina sin sombra.

—¿Y podría verlo? —preguntó Cristóbal.

—¿Cómo no, hijo! Vamos allá.

Y penetraron en la capilla. Una vez cerca del altar Cristóbal preguntó:

—¿Es ésta la imagen, padre?

—Ésta es.

—¿Y la adoran?

—Más que a Cristo. ¿La conoces, hijo?

—Sí, padre. Es Bismarck.

25. TRANSUBSTANCIACIÓN

(*Caras y Caretas*, 19 de diciembre, 1908)

Ni una sola campana dejaba oír su vibración de bronce en el aire dormido. Profundo silencio reinaba en la ciudad afligida por la conmemoración del fúnebre aniversario. Solamente los templos resonaban con los múltiples suspiros y lamentaciones de los fieles al contemplar la imagen veneranda del iniciado galileo sacrificado en la cruz por los que ignoraban que aquel martirio representaba la consagración de un dogma, la popularización definitiva de las doctrinas misteriosas proclamadas desde antiguo en forma simbólica por los grandes pensadores de la India, del Egipto y de la Grecia.

Igual silencio en los campos; idéntico mutismo en la montaña.

Y así trepaba por las faldas el sabio Profesor, escuchando de tiempo en tiempo el monótono trotar de su tropilla de mulas cargueras, guiadas por su peón ayudante, ya que no por la madrina, cuyo cencerro estaba mudo también.

Flanqueando precipicios, bajando por las cuestas, faldeando las quebradas, penetró en el corazón de la serranía.

Aunque las hojas de los árboles dejaban asomar algunos matices de Otoño, el aire estaba caldeado por la reverberación de las rocas, y el Profesor que sentía ya los efectos del próximo medio día, por la temperatura ambiente y por las indicaciones llamativas de un estómago sano, picó los flancos de la mula que montaba, para acercarse a su ayudante, en momentos en que éste doblaba por una senda.

—¿Y? ¿tardaremos mucho? —preguntó antes de doblar él mismo.

—Velay el convento, señor Profesor.

En efecto, a pocas cuerdas de distancia, y construida en una explanada, veíase la severa mansión de los frailes, en cuyo centro levantábase la torre de la capilla.

Las mulas cargueras, como si adivinaran que allí debían descansar, apretaron el paso; haciendo resonar las petacas, en cuyos senos de cuero bailaban algunos utensilios profesionales y cierto género de provisiones que no pueden faltar en el equipaje de un naturalista.

A pesar de la distancia, y debido a la pureza del aire, veíase un pequeño lago frente al convento, y numerosas personas, de estado civil y religioso, que se movían en su contorno.

A poco andar, se cruzaron con un mocetón de la Sierra a quien el Profesor devolvió los "Buenos días" con que aquél lo saludó.

—¿Hay fiesta en el convento?

—No señor; pero el señor Prior y sus paternidades están muy afligidos porque no han podido conseguir pescado fresco ni seco.

—¿Y lo buscan en el lago?

—Así no más ha de ser, señor.

—Hasta luego, amigo.

—Hasta luegoito, señor.

Apurándose cada vez más las mulas, y siguiéndolas el Profesor y su ayudante, llegaron a corta distancia de la concurrencia, y allí se detuvieron. Todos se empeñaban en provocar los movimientos de un animal que nadaba en el lago. Los unos con palos, con gritos los otros, lo obligaban a recorrer las aguas de aquí para allí, como para que se saturara bien con su esencia fluida, y aunque la algazara más parecía de muchachos traviesos y chacotones que de adultos serios, se notaba un fondo de gravedad que daba a la escena un carácter marcado de ceremonia.

Observado esto por el Profesor, acercose lentamente al Prior a quien dirigió los saludos de estilo, que le fueron devueltos en tono misterioso, e instante después vio que su paternidad sostenía un lazo de cuero con la diestra. Los demás frailes corrían de un punto a otro, en cumplimiento de su tarea: pero llegó un momento en que el Prior, acercándose a la orilla cuanto pudo, les gritó:

—¡Que venga ahora! ¡échenla para este lado!

Y reboleando el lazo con toda la destreza de un pialador de oficio, lo arrojó a la cabeza del animal flotante que quedó prisionero. Vinieron en su ayuda los demás concurrentes, y un minuto después, tirando a una, sacaban a tierra firme una magnífica ternera de dos años.

El Profesor, hombre de vistas claras en las materias de su devoción, pero completamente ignorante de las prácticas conventuales, no podía explicarse lo que aquello significaba; pero llegó a tener una visión confusa de cierta fábula de Lessing (1) y del sentido simbólico de la extraña ceremonia cuando vio la víctima degollada, y al Prior que, alzando los brazos, exclamó con voz tonante y solemne:

—¡Pescadum habemus!

26. MANIFESTACIONES (*Caras y Caretas*, 25 de junio, 1910)

El Señor Don Vitiquindo López Pujado tiene su escritorio en la Avenida de Mayo, en el segundo piso de uno de esos palacetes con el fondo para arriba, y recibe la luz por tres ventanas de balcón.

Se acerca el día del glorioso Centenario, y la población se apresura a colgar banderas de todos los colores en los frentes de las casas, de tal modo que, apenas asoma el primer día de la semana histórica, ya ondulan y flamean al viento de la mañana esos símbolos de la patria ausente o subyacente, acompañados por la celeste y blanca, tal como lo sugiere la cortesía, y, de paso, lo impone la ley.

En toda gran manifestación popular, el entusiasmo se encuentra solamente en presencia de un hecho indiscutible: la muchedumbre; y el observador atento, que sabe confundirse en su oleaje, descarta de la gloria un tanto por ciento abrumador de simples curiosos y comentadores, que todo lo miran y todo lo interpretan. Las explosiones del entusiasmo son, para la mayoría, el efecto de la sugestión magna. Eso no importa. Por ella se han llevado a buen fin las obras humanas de mayor bulto.

En la mañana del 24 la ciudad estaba toda embanderada, resultando un conjunto maravilloso de colores, algo tan gracioso y pintoresco, que el alma nacional parecía deslizarse por entre los pliegues flotantes y los matices no controlados.

Sin embargo, el Señor Don Vitiquindo, hasta las 10 de la mañana, tenía los balcones desnudos, lo que daba origen a comentarios adversos que podían poner en peligro su negocio de rematador y agente de compra y venta de tierras.

Pero a las 10 1/2 abrió él mismo una de las ventanas, y ayudado por su criado José Biadomar colocó una bandera en cada balcón extremo, destinando para el central la mayor de las tres.

Cuando la hubo desarrollado 5 metros, observó con sorpresa que era interminable, y que el bulto que envolvía el asta no parecía disminuir. Una vez desenvuelta, barría materialmente la vereda y la Avenida, interceptando la vista y el paso.

—Recoge esa bandera, José, y devuélvela a la tienda de donde la has traído. Diles que se fijen en las medidas y que me manden otra más razonable.

Y José recogió la bandera, dando así cumplimiento a las órdenes de su patrón.

Media hora después, regresó trayendo otra más pequeña, y como el celeste de la tela era muy brillante y vistoso, la enrolló apenas, no la envolvió en papeles, se la echó al hombro, y así penetró en la Avenida que empezó a recorrer con ese paso que descubre al portador satisfecho de un trofeo.

Alguno de los paseantes, más perspicaz que los otros, llamó a un amigo diciéndole:

—¡Che! esto ha de ser una manifestación; ¡sigamos la bandera!

Cuando José llegó a la casa del patrón, la Avenida estaba absolutamente cerrada por el gentío, y algunos miles de personas, con José a la cabeza, entonaban el Himno Nacional. Al oírlo, el Señor López Pujado abrió una ventana y se asomó al balcón, y como levantara los brazos, lleno de asombro, calló el gentío, dejó una estrofa inconclusa, y alguien gritó, señalando a Don Vitiquindo:

—¡Ese es el orador!

—¡Que hable ¡que hable! —rugió la muchedumbre.

¿Qué hacer?

¿Callarse?

¡Imposible!

Cuando una muchedumbre grita ¡que hable! hasta los mudos tienen que hablar. La muchedumbre es omnipotente y voluntariosa; pero también es condescendiente, y no exige mucho de los oradores, sobre todo cuando reconoce el esfuerzo y la buena voluntad.

Y habló.

—¡Ciudadanos de este grande y glorioso pueblo! (Bravos) Quisiera tener la elocuencia de un Cicerón o de un Demóstenes para manifestaros mi agradecimiento por la solemne ovación de que me hacéis objeto. Quisiera deciros mil cosas indecibles en estos días en que el aire está caldeado por el patriotismo (¡Bien! ¡Bravo!) y recordaros cuántos son los progresos realizados por esta Nación desde el día 25 de mayo de 1810 (¡Bien! ¡Muy bien! ¡Viva la Patria!); pero la hora no es oportuna, porque es la hora de almorzar (¡No importa! ¡no importa!). Me limitaré entonces a recordaros el alza asombrosa de los valores de las tierras, de tal modo que sólo pueden adquirirlas los hijos de la fortuna. Ya no queda más que una pichincha (1), la única y la mejor. ¡No olvidéis que el Domingo, y con una base de cincuenta centavos la vara, venderé cien lotes en Banfield! (¡Bravo! ¡bravo! decían los que estaban más lejos; reían los que oyeron.)

Moraleja. Se puede amar a la patria y aprovechar las oportunidades.

27. LA CHOCOLATA (*Caras y Caretas*, 18 de noviembre, 1911)

Hacía tiempo que Pedro y Luis se miraban con ojos mal intencionados, porque Rufino, uno de los grandes, se entretenía en sembrar la cizaña.

—Che, Luis; dice Pedro que sos ñato.

—Che, Pedro; dice Luis que sos un orejudo.

—Más ñato será él —contestaba Luis.

—Más orejudo será él —contestaba Pedro.

Y así con esa crueldad de los muchachos, esos animales los más feroces de la Creación, según Mark Twain, iba Rufino de uno a otro, cada dos o tres días, llevándole nuevos epítetos que emponzoñaban la carne de los pobres chicos, la carne del brazo, el bíceps, ese músculo útil para la guardia, mas no para el ataque.

En los momentos más solemnes de la escuela, en el paseo, a las horas de las comidas, hasta en sueños, se tanteaban el brazo o hacían que lo tanteara un compañero complaciente, el cual no dejaba por lo mismo de halagarlos declarándoles que estaba tan crecido el mencionado bíceps como dos o tres cucharadas de carne raspada.

Aunque todos reconocían que se miraban con ojos mal intencionados, ellos no podían definir todavía cuáles eran sus intenciones, y lo cierto es que la verdadera expresión de su estado sentimental se encontraba en los labios, que unas veces modelaban un puchero y otras se estiraban como el hociquillo de un lechón joven.

Llegaron a un grado mayor de encono. Empezaron a desconfiarse. Si Luis se tocaba la oreja, Pedro se rascaba la nariz y esto en orden alternativo, porque cuando los chicos creen una cosa y la consideran eficaz, la repiten hasta que se cansan, y Rufino observó que, de todos los embustes que inventaba para malquistarlos, ninguno había tenido tanta eficacia como la mención de aquellos importantes órganos. Pero un día descubrió la preocupación creciente de sus víctimas sobre el presunto desarrollo de sus bíceps, y en términos graduados, que iba reforzando, comenzó a insinuarles y a convencerles de que ya estaban maduros.

Muchas veces, cuando se encontraba en grupo con otros compañeros y se acercaban Pedro y Luis, decía, así, como quien no quiere la cosa, que los chicos no se agarraban porque tenían miedo de que las mamás les dieran una soba si llegasen a saberlo; y esto, que encerraba una verdad como un puño, despertaba en ellos la más profunda convicción de que así era la

cosa. Pero cuando llegaba uno solo, entonces, aparentando que no lo había visto, intercalaba su nombre con frases ambiguas, y esto al despertar la curiosidad del chico, lo obligaba a prestar más atención a lo que se conversaba, y entonces sí, entonces se hacía oír en términos precisos:

—Es claro. Si Luis (o Pedro) no le tuviera miedo al otro, ya se habrían sacudido unos buenos trompis. Pero es un flojo. No se le va animar. ¡Ah! ¡che! ¿habías estado aquí? ¿Y por qué le tenés miedo?

Entonces le tocaba el brazo, le tanteaba el bíceps, le abría y le cerraba la manito.

—Vean si no es una vergüenza que un hombre con este brazo y con estos puños le tenga miedo al otro. Anímatele, no seas tilingo y dale un sopapo en cuanto le encontrés a tiro. Él también nos ha dicho que no te hace caso porque le tenés miedo.

Y lo mismo hacía con el otro.

—¿Sos un flojo? ¿Por qué no le sacás la chocolate de una vez. Ayer le dijo a Uáio que le tenés miedo. No parecés hijo 'el país.

Al fin perdieron la paciencia y resolvieron trenzarse. Entonces Rufino les hizo entender —aisladamente se comprende— que no debían irse a las manos así no más, a la birlonga.

—¿Qué edad tenés vos?

—Yo voy a cumplir ocho y medio la semana que viene.

—¡Vaya una diferencia! Él no te lleva más que ocho días, y vos sos más fuerte que él. Vamos a pulsear. Así sabré a qué atenerme.

Y pulseaban. Rufino, que ya tenía doce años, le daba ventaja, como que su antebrazo era más largo, y una vez que colocaban los codos en una mesa, tenía que extenderlo para juntar las manos. Y el chiquello quedaba convencido de que eso era una ventaja, y trataba de aprovecharla. El otro le ofrecía una simple resistencia, y el chiquillo pujaba, sudaba, se echaba sobre la mesa se prendía de ella con la otra mano, se apretaba con los dientes el labio inferior, y cuando Rufino veía que con el esfuerzo y la convicción se le saltaban los ojos, cedía un poco y decía:

—¡Qué bárbaro! Si seguimos, sos capaz de vencerme. Vamos a ver que tal estás con la zurda... Bueno... así... no... tenés más fuerza con la otra ¿no ves?

Y haciendo un esfuerzo repentino y formidable, como de 3 a 4 kilos, obligaba al inocente adversario a que diese a la mesa un coscorrón con los nudillos, lo que le arrancaba un sollozo y un puchero legítimo.

—Bueno. Esto va bien. Te lo vas a comer (al otro). Yo creía que vos le tenías miedo; pero para probarte... Mirá: vos no sabés pegar. A mí me han dicho que te basuriaste al chico de Doña Pepa.

—¿Yo?

—Vos, sí; pero que le pegabas de arriba y de refilón, como quien le pega un palo en el lomo al perro, y a veces con la mano abierta. Eso es tiempo perdido. No hay que abrir la mano. Algunos hacen eso al fin, para concluir de rematarlo al otro y dejarlo rabioso. Con la mano abierta y en el cachete, ésa se pega de postre. Hay muchachos muy sufridos, y no se quejan aunque les revienten la geta; pero ese golpe de postre los hace llorar. Mirá; paráte aquí... así... adelantá el pie izquierdo... no... doblá más para afuera el derecho; doblá un poco esta rodilla... eso es... echá el cuerpo para atrás... levantá este brazo, así... ¿ves? doblándolo así te podés defender la cara y el pecho. Cuando vengan de arriba, te las quitás así... y cuando vengan de abajo, lo bajás... pero pronto ¿eh?... No le mirés la mano... mirále los ojos... Bueno. Ahora la otra mano... el puño bien cerrado... no, así no..., suelto... aquí... eso es... y sobre todo el golpe derecho... a los ojos... y le hacés un moretón... a la nariz... y le sacás la chocolate... a la boca... y le reventás la geta. Al pecho no vale la pena... y si le pegás en la boca del estómago podés matarlo...

—¿Y si me tira una patada?

—Eso no sería nada... en todo caso te pegaría en la canilla.

—Pero duele mucho.

—No te la dejés pegar... mirále los ojos.

—¿Y él se va a defender también con el brazo izquierdo?

—Es claro...

—Y entonces ¿si me amenaza por arriba del brazo y me la tira por abajo?

—Mirále los ojos, porque siempre está en ellos la intención. En ese caso, te defendés bajando el tuyo. Yo creo que él es zurdo, y no sería difícil que se le escapara una con esa mano. Pero entonces vos llevás mucha ventaja si andás ligero, porque te lo podés madrugara antes que la use.

—¿Y si me muerde?

—¡Qué te va a morder! Antes que piense en eso ya le has abierto más portillos que los que hay en el cerco de don Javier.

Y Rufino ensayaba con toda precaución algo de práctica y dejaba a su discípulo que soñara con la victoria hasta el día de la prueba.

Naturalmente que al otro le decía y le enseñaba lo mismo.

Buscando un sitio seguro y buena oportunidad (los muchachos siempre descubren ambas cosas en caso de duelo, y cuando no se lo han anunciado a la mamá o a la tía) se encontraron los dos campeones, cumplidos los ocho años y medio de edad, rodeados por un grupo de mayores, entre los que aparecía Rufino con ese aire que sólo muestran los hombres decididos y valientes a carta cabal; y, para decirlo todo en pocas palabras, el aire de un capitán de globo cautivo.

Aunque no las tenían todas consigo, y mucho menos cuando observaron que los grandes formaban un anillo en torno de ellos, sin dejar un solo portillo por si acaso, uno de los mayores dijo:

—Che Pedro; dice Luis que a que no le mojás la oreja.

—Yo no he dicho eso.

—Bueno; dice Pedro que no se la mojás vos.

—Yo tampoco lo he dicho.

—Pues entonces lo digo yo —advirtió Rufino, mirando a cada uno de ellos, sin que lo observara el otro, con unos ojos que parecían recordarles las ventajas que tenían respectivamente sobre el contrario.

Pero los dos chicuelos, como sugestionados por aquel muchacho cruel y perverso, espartano discípulo de Licurgo (1), sacaron la lengua con la intención de mojarse cuatro dedos para hacer lo mismo con la oreja del contrario: y luego, con gran estupefacción de la concurrencia, en vez de realizar un acto tan poco higiénico, se colocaron en guardia el uno frente al otro y se miraron con ojos de lobo hambriento.

—¡Lindos los hijos del país! —exclamaron algunos.

Y Rufino agregó:

—¡A la una!... ¡a las dos!... ¡a las tres!

¡Pum!

Y los dos a un tiempo se sacudieron en la frente.

—¡Cuidado con los chichones! —dijo uno.

—En la botica tienen agua blanca con árnica.

—¡Atención a la guardia!

Amagándola alta, lo que Luis observaba con atención, Pedro alzó de pronto el antebrazo izquierdo y le sacudió en la barba, casi de abajo, con tal maestría, que, si Luis hubiera tenido la lengua afuera... le habría dolido.

—Estás apurado, ¿eh? tomá el vuelto.

Y al sacudirle en la boca, de respuesta, agregó algo que los otros no oyeron a causa de sus propias carcajadas por la salida del chico.

—Vos me querés madrugar ¿eh? —preguntó Pedro— Sacáte ésa.

Y le pegó en un ojo, con tanta suerte que no le tocó el globo ni hubo señales ulteriores.

—¡Bravo! ¡bien! ¡bravo!

—Ahí tenés el vuelto —dijo Luis.

—¡Más fuerte! ¡más seco! Le habrías sacáu la chocolata.

—¿Qué chocolata va a sacar? ¿No ven que se pegan despacio? —insinuó Rufino.

—¡Sí! Vení a que te la peguen a vos y verás si es despacio —dijo Pedro haciendo hocico y mirando oblicuamente a Rufino.

Luis aprovechó aquel descuido de Pedro y en vez de acomodarle un sóquis (2) se mojó cuatro dedos y se los pasó por la oreja.

—¿No decían que no me animaba? —preguntó con aire de triunfo, lo que le hizo descuidar la guardia, y Pedro le acomodó uno en la nariz, en el momento en que Rufino decía:

—¡Aura si están calientes los gallitos!

Y tanto lo estaban, que Luis, antes de sentir la sangre que empezaba a brotarle, le hizo idéntica descarga a Pedro, el cual, más delicado, sintió en el acto que la sangre le salía por las ventanas, y ambos exclamaron a un tiempo:

—¡Tomá! ¡te saqué la chocolata!

Y como aquel acto sobresaliente de sacar la chocolata era para ellos un triunfo personal y decisivo toda vez que el actor quedara con la nariz en seco, no fue poca la sorpresa de los concurrentes que aplaudían al ver que los campeones abandonaban la guardia y el puesto y se echaban a llorar amargamente, mientras la sangre les corría con toda libertad por los labios, la barba y el pecho, y, gemían desconsolados:

—¡Qué dirá mi mamita cuando vea esta sangre!

Los grandes hubieran deseado mayor variedad en el juego, y especialmente en las actitudes, aunque los tropicónes no fueran tan frecuentes.

—No importa —observó Rufino— los chicos prometen.

Los chicos lo oyeron sin saber lo que eso significaba. Lo supieron mucho más tarde.

Los separaron para que pudieran lavarse o que los lavaran, y cuando les preguntaron:

—¿Estás contento?

—No.

—¿Qué más deseas? ¿No le has sacado la chocolata?

—Sí; pero él me la sacó a mí también.

—¿Y entonces que más querías?

—Pegarle en la boca del estómago.

Con el tiempo llegaron a ser maestros en todas armas, se hicieron grandes amigos, y, cuando iban juntos por la calle los que sabían algo de Mitología, exclamaban:

—Teseo y Piritoo (3).

Más tarde fueron elegidos diputados nacionales y se les designó para la comisión de obras públicas. Rufino presentó un proyecto de un ferrocarril, una iglesia y un teatro. La comisión de obras públicas rechazó los tres proyectos y defendió su dictamen con tal elocuencia y profundidad de vistas, que Rufino acabó por darse un golpe en la boca del estómago.

Fue el único odio que tuvieron en su vida y que nadie les descubrió —y no por lo de la chocolata—, sino por las mentiras preparatorias. No estaban en autos.

28. LAS LUCES MALAS (*Caras y Caretas*, 25 de marzo, 1911)

—Esto va a ser un temporal —dijo Roberto, sentándose junto a la chimenea, cargada hasta el tope con leña de espinillo.

—Que la peonada aprovechará para llenarse de rositas de maíz y de tortas fritas —agregó Carlos.

—El barómetro sube —insinuó Luis.

—Pero el termómetro baja. Anoche marcaba 1 y hoy 3 tres grados bajo cero. En fin no nos faltan distracciones en la casa; procuremos pasar el tiempo de la mejor manera posible —y dicho esto, Nicolás estiró las piernas en dirección al fuego.

Bramaba huracanado el viento del Sudeste, y la lluvia helada se escurría por los cristales. Los árboles sacudían su ramaje retorciéndose en todas direcciones, y sus propios quejidos, uniéndose a los de elementos irritados, producían la gran sinfonía en que se bordaban, como filigranas de sonido, las filtraciones melódicas del viento en las rendijas.

—¿Te parece que esto va a ser temporal? —preguntó Carlos a Roberto—. Comenzó ayer a las 3 de la tarde; han pasado ya 22 horas, y en vez de amainar, arrecia. Parece casi de noche, y apenas es la una.

—Es un modo de decir. Pero ¿te has fijado? Ni un sólo relámpago, ni un trueno.

—Así son por lo común las tormentas que nos vienen del Sur.

—Realmente. Para grandes iluminaciones y descargas estruendosas las regiones tropicales o inmediatas. Un viajero ha observado en el Chaco cuatro tormentas superpuestas que, después de descargar un verdadero diluvio, se dispersaron en forma de nubes, siguiendo sus cuatro direcciones.

—El tema es de oportunidad —observó Luis— y se me ocurre...

—No te aflijas —le interrumpió Nicolás— ya nos engolfaremos en las luces malas, que tan bien se adaptan a tus inclinaciones literarias de la escuela tétrica.

—¡Bah! El fenómeno natural más simple puede en ciertas ocasiones volverse tétrico, como todo lo que hiere nuestra imaginación insuficientemente servida por los conocimientos. ¿Te has asustado alguna vez de los fuegos fatuos, que con tanta frecuencia se ven por aquí?

—¡Ya lo creo! como que tenía ocho años cuando los observé por vez primera cerca del corral de los tordillos. Disparé como un loco y mi espanto aumentó cuando, al pasar por la cocina, dijo uno de los peones: "Vean

cómo corre el niño: ¡parece que hubiera visto la luz mala!" Durante algunos años, y a pesar de las explicaciones que me dio el viejo, siempre que les veía me causaban un malestar supersticioso.

—¿Y ahora?

—¡No embromes! Ahora soy un hombre, y ya los he preparado en el laboratorio.

—Efectivamente —continuó Roberto— la inocencia de la ignorancia es la fuente de todas las supersticiones y la madre de los miedos.

—Pero hay algo que no se puede negar; déjense de historias. Conozco personas muy ilustradas a las que he visto, en medio del mar, mostrarse inquietas en presencia de los Fuegos de San Telmo que brillaban en el tope de los mástiles —dijo Nicolás.

—Rescoldos del salvaje escondido bajo el frac —observó Luis.

Y Nicolás agregó:

—Debe ser eso, porque no hace mucho, una noche que amenazaba tormenta y faltándonos cuatro leguas para llegar a la estancia, Roberto, que es mucho más ilustrado que cualquiera de nosotros se asustó al verlos en las orejas de su caballo.

—Pero yo no sabía lo que era.

—Justamente; pero debías suponer que sólo se presentaba un fenómeno natural, porque bien visible en la naturaleza estaba. Es inútil, che; el salvaje, el salvaje escondido.

—Ese fuego lo he visto una vez, en medio del campo, en la punta de un mangrullo (1) —dijo Carlos— por cierto que no me hizo gracia.

—He conocido y conozco personas muy distinguidas, de una preparación universitaria superior, mostrarse inquietas en la mesa cuando alguien anuncia que hay 13 en ella —insinuó Roberto.

—También yo las conozco —dijo Luis— pero como han estudiado el cálculo de las probabilidades no puede suponerse que sea precisamente por temor al 13 que se inquietan. Lo atribuyo más bien a su buena educación.

—¿Cómo? ¡Buena educación! —exclamaron a un tiempo los demás.

—Muy sencillamente porque no siempre se le puede decir a un individuo: "¡Usted es un mal educado!"

—¡Estás ambiguo!

—¡No hombre! Es un principio elemental de buena educación que, por lo menos en la mesa, no se hable de enfermedades, de porquerías ni de desgracias. Recordar que hay 13 personas en ella, es despertar algo fatídico, y evocar, por filiación de ideas el recuerdo de todos los seres queridos que se han alejado para siempre de nosotros.

—Tienes razón, Luis —dijo Roberto— no es otra la explicación.

—Hay un sitio en el Chaco —observó Carlos— donde se encuentra un algarrobo que los paisanos de la comarca designan con el nombre de Algarrobo Maldito. Viajando en cierta ocasión por allí quisieron obligarme a dar un rodeo para no pasar cerca de él. Me hice explicar los motivos de su temor, y me dijeron que en su tronco habitaba un alma en pena, y que, en ciertas épocas del año, se hacía visible en forma luminosa. Tengo una predilección especial por las ánimas en pena. Ordené que se hiciera allí mismo el campamento y que me avisaran cuando vieses el ánima, lo que ocurrió algo así como una hora después. —Si ustedes tienen miedo, iré yo solo al árbol. —¡No vaya, patrón; no vaya! —gritaron todos, menos uno. Era éste un gaucho viejo, de buen cuchillo, que me había acompañado en más de una expedición. —Es inútil, muchachos —les gritó— mi patroncito va a pagar cara la curiosidad algún día; pero ¡vamos andando! —Llamé mis perros, me armé de un Winchester por si acaso nos encontrábamos con el ánima de un tigre... y en marcha. Cerca ya del algarrobo, se me acercó el viejo, y me dijo en voz baja: —Mire, niño; ¡parece que se mueve! ¡está enojada! —Mejor, así nos dirá algo. El tronco del árbol estaba hueco de un lado, y los contornos de la erosión externa imitaban, como las nubes, una figura humana. Las paredes interiores estaban llenas de tucos (2), de luciérnagas y de isondués, y su resplandor, limitado por el recorte, era lo que se veía a la distancia, que impedía distinguir las luces individuales. Hay que acercarse a los misterios. Entre telones, la "tonnerre (3) de Júpiter" no es más que una lata. —Vea patroncito —me dijo el gaucho santiguándose— de cerca son linternas; pero es de balde, de lejos es un ánima en pena —La superstición es un abrigo de invierno; procuremos que haya siempre verano, y que haya siempre Luciérnagas.

—Un joven amigo mío, y de ustedes, viajando por el sendero de una falda, al llegar al borde del precipicio en la Puna de Atacama, observó a dos o tres metros de distancia, unas esferas multicolores como del tamaño de un durazno, que revoloteaban vibrando con mucha rapidez cerca de un punto. Ignoraba lo que aquello era. Detúvose un rato y luego se alejó. Cuando refirió a un compañero, un sabio físico, lo que había visto, éste se puso pálido. —Ese momento ha sido el de mayor peligro por el que ha pasado usted en su vida, y es la tercera vez que se observa el fenómeno. Acaba usted de encontrarse a dos metros de la muerte. —¡Esos son los rayos locos! —dijo Nicolás, sin mayores comentarios, que ninguno podía hacer.

—Lo cierto es que hay fenómenos que uno no puede explicarse todavía —dijo Luis—. Lo que voy a repetirles lo observé en el Chaco también, a unas leguas del Algarrobo Maldito de que nos habló Carlos. Al hacer el campamento, ya entrada la noche se me acercó el criollo que más cerca tenía y

dijo: -Patrón: ya se ve la luz. -¿Qué luz? -La luz mala, pues. -Déjate de luces malas, hombre; eso es para asustar a los chicos. -Es que ésta no es como las otras, patrón; si quiere vamos a verla. -Efectivamente: como a una cuadra de distancia se veía una pequeña bola luminosa, inmóvil, y que parecía estar como a medio metro del suelo. Era de un color fosfóreo, algo azulado-verdoso. Pasábamos por donde estaba y no se movía. Suspendimos un poncho, lo hicimos avanzar, y la bola apareció del otro lado y en el mismo sitio. Repetimos varias veces la operación con los sombreros, con cueros: era inútil. Se hubiera dicho que, los sólidos eran transparentes para ella. Había algo de rayos de Röntgen (4). Nunca he sabido lo que era.

Y Roberto como para terminar agregó:

-Tampoco sabemos lo que es "el farol" que se ve en las áridas soledades de La Rioja para el Norte. Parece una gran bola de luz que vaga lentamente por entre las jarillas. Como se ve, todas estas luces malas, son bolas.

Se miraron todos y guardaron silencio.

El temporal seguía.

Y recién se da cuenta el autor de que sus personajes no hacen morisquetas, no descubren sus defectos físicos, y hablan casi todos lo mismo.

Quizá este gravísimo inconveniente se debe a que tienen la misma preparación.

FRAY MOCHO (1912-1915)

29. VOLUNTAD QUE MATA (*Fray Mocho*, 26 de julio, 1912)

—¿Estás enfermo, Julián? —pregunté a mi amigo al ver su rostro pálido, y la mirada inquieta con indicios de estupor.

—No; pero el inconsciente ha dominado a la voluntad. No es difícil que me encuentres una fisonomía extraña; pero no estoy enfermo.

—¿Qué te pasa, entonces?

—¿Qué me pasa? La necesidad de tomar mucho aire, mucho sol. Acompañame. Por estos campos se respira a pleno pulmón, y creo que dentro de media hora estaré en condiciones de referirte mi aventura.

En efecto, la reacción se producía de un modo sensible. Mientras andábamos, rozamos diversos temas alegres nos comunicamos las impresiones de los últimos viajes, refiriendo alternativamente cuentos profesionales, y al llegar a la orilla del riacho nos sentamos a la sombra de un sauce, y me dijo:

—Me parece que ahora estoy restablecido. Escucha y no tiembles. A su regreso de la India me trajo Florencio un criado hindú. Su tez morena hace resaltar la blancura de sus ojos y de sus dientes magníficos. Es alto, esbelto muy correcto, y maneja el inglés bastante bien. Desde los primeros días he conseguido hacerle hablar sobre asuntos de su país, y he procurado encastrar la conversación en el sentido de lo que nosotros consideramos lo maravilloso de la India. El resultado es, para mí, una mezcla de asombro por la cantidad de niñerías que eleva a la categoría de misterios, y por el crecido número de misterios de cuya existencia está convencido, y que, tomados bajo su palabra, son incomprensibles para mí. Ya no puede echarse atrás. La confianza se ha establecido entre nosotros, y su cultura le impide manifestarse enojado cuando me burlo de algunas de sus afirmaciones. Mueve la cabeza de un modo ambiguo.

—¡Ah! ¡Sahib! ustedes necesitan verlo todo para creer, oírlo, y tocarlo.

—Así es, Andrachita; ustedes tienen otra educación.

—Nosotros sabemos ver con la vista interior, Sahib; ustedes no ven sino con los ojos.

—¿Y qué es lo que ven con la vista interior?

—Todo lo que la voluntad desea, servida por la *prana*. *Prana* es la energía universal. La existencia es una sola para nosotros. Perceptible para los sentidos de todos, es el mundo palpable; menos perceptible, es la vida pura, es la idea, el ser, el infinito. Cuando aprendemos a acumular *prana*, la podemos exteriorizar en todas las formas.

—¿Y te permites el lujo de tener un criado con semejantes ideas? —pregunté sorprendido a Julián.

—He hecho de él mi secretario; pero no acepta.

—Estoy bien, Sahib, como estoy —me ha contestado sonriendo.

—Estará en algún período de penitencia.

—Para ello dispone de todo el tiempo que quiera.

—Ha de llegar el momento de ver, oír y tocar; y entonces Sahib, sacrificarás la risa y la burla —dice. Tú conoces mi curiosidad por dejar todos los problemas racionales en claro.

—¿Y qué es lo que entiendes por problemas racionales?

—Los que encierran solución posible. El triángulo de cuatro lados es un problema irracional.

—Comprendo.

—Mis ocupaciones —continuó Julián— me han impedido poner a prueba las habilidades de Andrachita, y si quieres que llevemos a cabo algunos experimentos, él no tendrá inconveniente en que me acompañes. Dice que tu alegría es una forma de convicción.

—Allá veremos, Julián; pero, entretanto, no me has explicado aún por qué motivo te encontré tan atribulado.

—A eso voy. Fuerte en mis creencias, y habituado a respetar las ajenas, no es de extrañar que alguna vez las olvidé. Hace algunos meses, nuestro amigo Marcos adquirió en propiedad una casa-quinta en Belgrano. Instaló en ella un matrimonio, él quintero, ella para cuidar la casa, y a los dos días ambos se le presentaron manifestándole que deseaban retirarse. Después de algunas preguntas le hicieron comprender que aquello era inhabitable. Dijéronle que después de cerrar bien la casa, ventanas y puertas, encontraban al día siguiente, al abrirla para la ventilación, numerosos muebles caídos, vasos en la mesa, cuadros torcidos, postigos abiertos que la noche antes habían cerrado; que en la cocina se les apagaba de pronto el fuego sin causa aparente, y que, como el miedo se apoderaba poco a poco de ellos, no querían llegar hasta el terror. Propúsoles que esperaran un día más, y se marchó con ellos a la quinta. Revisó con toda prolijidad las cerraduras, los pisos, los techos, los muebles; no dejó rincón sin escudriñar, y cuando estuvo bien convencido de que todo estaba en orden, se hizo llevar una cama a un aposento aislado, cerró bien las puertas y se instaló en la

cocina, junto con el matrimonio. Sobre la mesa se habían colocado dos lámparas. Un cuarto de hora después el quintero trajo una canastilla de frutas, y un cubo lleno de agua que contendría unos diez litros. No habrían transcurrido diez minutos cuando se apagó repentinamente una lámpara, en un ambiente de aire de absoluta calma, y las frutas, y el agua del cubo, habían desaparecido. Después de la cena se encerró en su cuarto, y aunque intrigado por los fenómenos que observara durmió toda la noche.

—Debe ser un gran dormilón nuestro querido Marcos —interrumpí a Julián, ofreciéndole a la vez un cigarrillo—. En esos casos no se duerme.

—Así lo pienso también —repuso Julián, y continuó—: Al abrir la casa, no quedaba un solo mueble en su lugar. En la ceniza que esparció la noche anterior cerca de las puertas, imitando en eso al Profeta Daniel no había una sola huella. En la mesa de comedor desocupada la noche antes, se encontraba toda la cristalería del aparador.

Pensó que quizá existiera alguna entrada secreta; pero nada encontró. Se le ocurrió que todo eso era verosímil; pero la desaparición de las frutas o del agua, y la extinción de la lámpara... no; él no comprendía aquello.

Al regresar a la ciudad se encontró con el Reverendo Mr. Millner, a quien comunicó sus observaciones.

—En efecto —dijo el Reverendo— todo eso indica la presencia de un fantasma.

—¡Pero hombre! ¿cree Ud. en esas patrañas, Mr. Millner?

—Sí, yo creo. En Inglaterra es muy común. ¿Cómo puede usted, de otro modo explicar eso?

—El hecho de que yo no lo pueda explicar no me autoriza a creer en fantasmas.

—Este fenómeno ha sido estudiado en Inglaterra por hombres de ciencia, y parece que existe una energía desconocida cuya acción se repite por mucho tiempo en lo que nosotros llamamos *haunted houses* es decir, casas visitadas por espíritus, casas endiabladas. Han aconsejado cambiar los revoques en los que se cree que esa energía se acumula, y los propietarios que han seguido el consejo han expulsado radicalmente de ellas las visitas invisibles.

—Marcos hizo picar todos los revoques de la casa, y que los llevaran en carros para desparramarlos en la ribera. Ha mandado extender revoques nuevos y cambiar los pisos. Todo se ha lavado, pintado y barnizado de nuevo. Lista ya, se ha instalado en ella, y no solamente se repiten los mismos fenómenos que antes, sino que ahora se oyen ruidos, se experimentan roces de algo que pasa y se ven en las paredes deslizarse sombras de cuerpos invisibles.

—Supongo que Marcos estará desesperado ¿verdad?

—No creas que es por lo que le cuesta la propiedad.

—Se comprende.

—Sino por lo inexplicable que para él es todo eso.

—¿En qué mes compró esa casa?

—En Octubre del año pasado.

—Lo recordaré

—Ayer por la mañana estuvo a visitarme y después de referirme cuanto has oído, me dijo: —Tú tienes Julián, nervios más firmes que los míos eres un incrédulo para todas estas cosas y muchas más; ¿te animas a que pasemos la noche juntos allá?

—¡Ya lo creo! —le contesté— como que hace mucho tiempo que deseaba aumentar con mi persona el número de las visitas de una de esas casas endiabladas. —Y aquí me tienes ahora casi sin aliento.

—¿Y fuiste?

—Claro está que fui. Yo acompañé a Marcos y Andrachita me acompañó a mí.

—¡Sahib! yo voy a sentarme en un rincón para observar —me dijo Andrachita después que hubimos cenado los tres—. Hasta aquel momento no habíamos observado nada; pero, unos diez minutos después oí la voz de Marcos, sentado a dos metros de distancia de mí.

—¿Qué quieres Julián? —preguntó.

—¿Yo? nada ¿por qué?

—Como sentí que me tocabas el hombro.

—No he pensando en tal cosa.

—¿Había luz en el aposento? —pregunté.

—Tres lámparas incandescentes de alcohol.

—¿Y Andrachita?

—Estaba como a cinco metros de nosotros.

—¿En qué actitud?

—Sentado como un Buda y mirando fijamente al centro del aposento.

—¿Y las manos?

—En contacto una con otra por las yemas de los dedos solamente.

—Continúa.

—De pronto las tres lámparas salieron de su sitio como llevadas por manos invisibles, y se colocaron en triángulo sobre la mesa. Un anillo horizontal irisado, y como de dos metros de diámetro las envolvió. Elevose lentamente, permaneció un instante inmóvil e inclinándose poco a poco sobre uno de sus arcos quedó en un plano vertical. No he visto jamás un juego de luces más extraordinario que el de ese espectro. Al principio con lentitud y

luego con rapidez creciente, pasaba el rojo hacia fuera y el violeta hacia adentro conservando siempre la serie habitual, y volvían a cambiar de posición, hasta que al fin la rapidez fue tal que se transformó en blanco deslumbrador. En ese momento observé que avanzaba en el sentido del eje hacia la pared opuesta, y se achicaba, se achicaba, como si el alejamiento gradual disminuyera su diámetro, hasta que al fin me hizo la impresión de perderse como un punto luminoso en el horizonte lejano.

—¿Y el horizonte?

—Había un horizonte

—Pero ¿no estaban encerrados en un aposento?

—Sí; como de quince metros. Pero yo he visto ese horizonte. Continué observando quizá durante dos horas; pero, con excepción de algunos roces que se sentían por el suelo como si se deslizara un lagarto o una gran serpiente, de algunas sillas que rodaron, y de unos silbidos combinados que parecían cruzar en todos sentidos, nada más observé.

—¿Y Marcos?

—Estaba dormido.

—¿Y Andrachita?

—Parecía dormido también sus manos estaban separadas, los ojos cerrados, y la barba apoyada en el pecho.

—¿Ocurrió algo más?

—No sé, porque también me quedé dormido. Cómo ocurrió lo ignoro: pero esta mañana al despertar, en vez de encontrarme sentado en una silla, lo estaba en el suelo en actitud de Buda.

—Muy interesante, mi caro Julián; muy interesante.

—Pero muy espeluznante, querido Conrado; muy espeluznante.

—Todo es relativo. ¿En qué mes llegó Andrachita?

—En Agosto.

Hubo una larga pausa de silencio y de meditación

—¿Me juras, Julián, que todo eso que has visto oído y sentido anoche es verdad en la plenitud de tu conciencia?

—Te lo juro por mi honor y por mi patria.

II

Cuando a las 9 de la noche del día siguiente me encontré con Julián en su casa, estaba perfectamente tranquilo.

—Me ha sentado muy bien el gramo de bromuro de litio que me recomendaste ayer.

—¿Y el régimen?

—Es algo monótono, che; pero me encuentro tan bien, tan sutil, que la alegría me baila por todo el cuerpo.

—Ya lo sabes: tres veces por día cincuenta gramos de arroz cocido, bien mascado hasta convertirlo en crema fina, agua pura solamente y a la temperatura ordinaria, toda la que quieras, pero muy poca por vez, y no la tragues hasta que se haya templado en la boca; los ejercicios respiratorios con frecuencia hasta que hayas aumentado el perímetro axilar torácico siquiera ocho centímetros al respirar.

—¿Y entonces?

—¡Oh! entonces visitaremos la casa de Marcos. Pero que tu régimen sea secreto. ¿Vendrá Marcos hoy?

—Sí. Son las 9 y 20. A las 9 1/2 estará aquí.

—¿Y Andrachita está dispuesto?

—Completamente.

A las 9 1/2 llegó Marcos.

Un momento después penetró Andrachita en la sala biblioteca en que nos encontrábamos los tres amigos.

—¿Estás pronto, Andrachita? —preguntó Julián.

—Lo estoy, Sahib.

—Bueno: ha llegado el momento de que comiences a iniciarnos en las maravillas de tus poderes ocultos. Indícanos en qué forma y dónde nos podemos sentar.

—Están bien allí. Lo único que haremos será mudar... no, no importa. Rogaré a ustedes que guarden completo silencio.

—¡Caramba! —dijo Marcos— Siendo así yo no entenderé sus explicaciones, porque no domino el inglés como para eso.

—Explicaciones no; yo silencio —dijo Andrachita en castellano.

La sala en que nos encontrábamos tenía 8 metros por 6. Los testers mayores cubiertos de estantería. Junto al medio de uno de los menores estaba un sofá donde se sentaron Marcos y Julián, frente y cerca de ellos había una mesa con dos lámparas y algunos libros cerrados: un tomo de Shakespeare, uno de Voltaire y el Quijote. Yo me senté en una silla de brazos que quedaba a la derecha del sofá. En el medio de la pared opuesta se veía un grabado que representaba una escena de las *Mil y una noches*: Aladín montado en un caballo blanco tan lujosamente aderezado como el caballero y rodeado por un séquito de esclavos de ambos sexos y colores, camino del palacio del Emperador.

Andrachita se sentó frente a nosotros bajo el cuadro opuesto, y en actitud de Buda. Dirigió la mirada como si la fijase en el medio de la sala y a la altura de sus ojos, y un instante después la mesa mudaba de sitio para irse

a colocar, llevando las dos lámparas, junto a una de las estanterías; pero los tres volúmenes quedaron en el aire, frente a nosotros. Desde aquel instante eran los únicos objetos que se interponían entre nosotros y Andrachita.

Un reloj de pared que quedaba cerca del cuadro se paró de pronto: eran las 10 menos un minuto

Habría ocurrido ya esto cuando vimos en el aire tres papeles azulados que se nos acercaban. En el de Marcos había un número 9, en el de Julián 18, en el mío 33, lo que pudimos ver bien porque eran bastante grandes. Apenas tocaron los respectivos volúmenes, éstos se abrieron en la página 9, en la 18 y en la 33. Pero, al acercarnos para buscar alguna frase sobre la cual quisiera llamarnos la atención el nigromante se cerraron ruidosamente.

De pronto subieron las dos llamas en las lámparas, y convergiendo lentamente en curva vertical la una hacia la otra se reunieron en el centro de la sala, a la altura del cuadro, formando como una pequeña esfera luminosa que comenzó a girar con rapidez, cambiando sin cesar de color y de intensidad, y abriéndose en forma de anillo el cual, dirigiéndose al grabado, penetró en él, difundiéndose como luz natural de día.

El grabado, impreso con tinta negra, cambió de aspecto. El cielo, los palacios, los cuerpos animados, los trajes, el suelo, todo adquirió el color propio, y la comitiva de Aladín siguió su marcha. Se veía a los esclavos arrojar a la muchedumbre puñados de oro y de plata, y el rostro de Aladín sonriente saludando a derecha e izquierda. Todo aquel gentío salió del marco, tomó a la derecha, y pasando cerca de nosotros, después de una contramarcha, y en dirección a la mesa, se desparramó sobre ella, donde se encontraba el Emperador rodeado de personajes que aclamaban al futuro heredero del trono. Oíase el golpe de los cascos del caballo sobre la mesa, y el ruido que hacían las monedas al caer en el suelo. Este cuadro encantador comenzó a achicarse, tanto, que se volvió casi un punto luminoso, el cual fue creciendo hasta transformarse en la esfera primitiva, la cual se desdobló y cada una de sus partes penetró por el tubo de su lámpara respectiva, y todo quedó como antes. Entonces dirigimos la mirada hacia el reloj que daba diez campanadas; el minuterio, por sí solo, dio toda la vuelta de la esfera; el horario, simultáneamente se paró en las 11 y algunos segundos después sonaban las once campanadas.

Y esa era la hora que marcaban nuestros relojes.

La mesa entonces ocupó su sitio, Los libros se asentaron en ella, y el encantador, poniéndose de pie, nos dirigió un saludo lleno de dignidad, y haciendo una profunda inspiración que dilató su amplio y abovedado pecho, se acercó a la mesa.

De toda aquella formidable fascinación fantasmagórica no quedaban sino los tres papeles azulados con sus números.

—¿Estás satisfecho Sahib?

—Gracias, Andrachita —exclamamos simultáneamente los tres amigos.

III

Quince días después, Julián había adelgazado de una manera asombrosa. Así lo vi en su casa cuando acudí a su llamado escrito.

“Puedes venir, Conrado; ya estoy pronto. El pecho se me dilata 9 centímetros; pero tengo más hambre que *prana*. Cualquiera de mis gallinas come por día más arroz que yo”.

A las 10 de la noche nos encontrábamos con Marcos en su casa-quinta. Las manifestaciones habían continuado en el interior, pero reforzándose para la gente de servicio, aterrada ya por la convicción de más de una presencia.

—Sólo una noche han dejado los muebles en paz —nos dijo el jardinero.

—¿Cuándo?

—Hace quince días: en la noche del 18.

—¡Qué casualidad! —dije como distraído— ¿Has visto, Julián? La noche de la fiesta de Aladín.

—Es verdad.

Cuando penetramos en la sala más perseguida, Andrachita ocupó su puesto en el rincón, y Julián en la silla de la que había descendido quizá en sueños para imitar la actitud del hindú; pero luego, como recapacitando, dijo:

—La verdad es que será mucho mejor que me siente en el suelo, no sea que esta vez, si me duermo en la silla, me dé un golpe en la cabeza al caer.

Aparentando indiferencia, colocó un mueble entre él y Andrachita para que éste no le viera las manos, y se sentó en el suelo.

—Por mi parte —dije— haré lo mismo que tú, e imitaré la actitud de las manos de Andrachita. Cuando él las pone así ha de ser probablemente porque la atención puede identificarse más. ¿Por qué no haces lo mismo, Julián? Y tú, Marcos, siéntate en el suelo también y pon las manos como nosotros.

Todo esto fue repetido en inglés para que Andrachita no se diera cuenta de nada... si era posible; porque muchas veces las intenciones se manifiestan para que la suspicacia no las descubra.

—¡Silencio! —dijo el mago.

—¡Silencio! —repetimos todos.

Y como si fuera por fórmula aprobatoria, el hindú pronunció en voz muy baja la sílaba sagrada, inefable, omnipotente “¡Om!”

Julián y yo la repetimos en forma mental.

No habrían pasado tres minutos cuando rodó una silla distante; pero se levantó y ocupó su sitio. Al momento se movieron otras dos, pero no cayeron. La cabeza de Marcos se inclinó suavemente después de separársele las manos y la barba se le clavó en el pecho. Estaba dormido.

Las lámparas se movieron con insistencia; pero no cambiaron de lugar. Entonces, como si una voluntad enorme hubiera evocado la aureola que Julián había visto, apareció rodeando las tres luces, pero su intensidad era muy débil, y cada vez que comenzaba a señalarse en ella un color del espectro, se desvanecía en el acto. En vez de levantarse, se apagó.

Julián dio una cabeceada, después otra, y se quedó dormido.

Durante un cuarto de hora no hubo absolutamente nada de particular. Pero los ojos de Andrachita inmóvil brillaban como dos carbunclos. Volvió a aparecer la aureola común de las tres lámparas, y se marcó una ligera indicación de colores; pero en ese mismo instante se apagó, mientras el hindú separaba las dos manos y clavaba también la barba en el pecho para dormir diez horas consecutivas. En vez de absorber *prana* con el último buche de agua que tomara, había absorbido un narcótico insípido.

Entonces me levanté y, cargando a Marcos, lo acosté en su cama e hice lo mismo con Julián, colocándolo en otra. Les tomé el pulso. No había peligro en su sueño. Despertarían cuando lo ordenara.

A mi vez me recosté en un sofá, seguro de que ningún fantasma vendría a incomodarme, y hubiera dormido mis horas de costumbre, si no me hubiesen despertado unos alaridos que llegaban hasta mí. Salté del sofá, abrí una de las puertas, y corrí en la dirección de donde venían los gritos.

Era la mujer del jardinero.

—¿Qué le pasa, mujer?; ¿por qué grita así?

—Mi marido, Señor; mi marido está muerto y frío.

—¿Estaba enfermo?

—No, Señor; estaba desesperado solamente, porque, desde el mes de Agosto pasado no hemos tenido una sola noche de tranquilidad. Ruidos, muebles que se caían, llamas que se apagaban, agua que desaparecía. ¡Antes de venir aquí en Octubre, hemos estado en diez casas, y siempre esas molestias de fantasmas y de demonios!

—¿Agosto, dice Ud.?

—Agosto, sí señor.

Observé el cadáver, y lo primero que me llamó la atención fue su color. Le examiné la forma de la cabeza, los dientes blancos, magníficos, los ojos negros, el bigote, la cabellera...

—¿De dónde es Ud.?

- De aquí, Señor.
—¿Y su marido?
—De la India.
—¿Sabe Ud. de qué parte?
—Es de una ciudad; pero he olvidado el nombre.
—Si le citara algunas ¿lo reconocería?
—Probablemente sí.
—¿Madrás? ¿Bombay?
—No.
—¿Calcuta, Jeypore?
—No.
—¿Hyderabad, Lahore, Benarés?
—Benarés; sí Señor; Benarés.
—¿De qué se ocupaba en la India?
—No lo sé. Aquí siempre ha sido jardinero.
—¿Cuánto tiempo hace que se casó?
—Tres años.
—¿Le ha notado algo raro?
—Nada, Señor; solamente al comenzar la Primavera tenía algunas inquietudes; solía quedarse pensativo, y cuando le preguntaba qué tenía me decía que no era nada; que probablemente en esa época del año extrañaba su país.
—¿Tiene algunos papeles?
—Sí, Señor, pero yo no entiendo ni una letra.
—¿Ni una letra?
—Como lo oye, Señor.
—Guárdelos bien. Pueden tener importancia. ¿Lo quería Ud. mucho?
—Mucho, Señor; muchísimo. Era muy bueno y cariñoso conmigo.
—Bueno, Señora; confórmese. Es una desgracia, pero ya no tiene remedio. Desahóguese con el llanto y Marcos, cuando se despierte, le allanará todas las dificultades.

IV

Desperté a Marcos y a Julián a las 9 de la mañana, y ambos se ocuparon del jardinero y de su viuda. Llamaron a un médico, avisaron a la Comisaría y procuraron arreglar todo.

Cuando ellos regresaron a la Ciudad, Andrachita dormía aún; pero despertó a eso de las 10.

—Has dormido, Andrachita. Son las 10 de la mañana.

—Mi sueño es muy curioso, Sahib.

—Más curiosa es la muerte del jardinero. Marcos fue el primero en dormirse...

El hindú ya me había clavado los ojos como dos puñales.

—...después apareció la aureola en torno de las lámparas y se apagó... después se durmió Julián hubo una calma de un cuarto de hora y reapareció la aureola, pero no tuvo colores.

—Sí, Sahib; no tuvo colores.

—El jardinero debe haber muerto en ese cuarto de hora. Ya estaba frío cuando lo vi esta mañana.

—Sí, Sahib; ¡debe haber muerto en ese cuarto de hora!

—Bueno, Andrachita; ya no habrá más ruidos ni fantasmas en esta casa.

—Es cierto, Sahib; ya no habrá más.

Y así sucedió en efecto.

—A Marcos y a Julián les he ordenado que despierten.

—Es verdad, Sahib; ¡y han despertado!

—¡Ay Andrachita! hoy había muy poca *prana* para las lámparas; ¡pero mucha *prana* en ese cuarto de hora!

—*Prana* —rugió el hindú, dando un brinco y tomando la actitud de una pantera que se apresta al ataque.

Y clavándole a mi vez los ojos, como él lo había hecho antes conmigo, lo fulminé con estas palabras:

—Has adormecido a Marcos que lo ignoraba; Julián, que es un neófito, te ha dado más trabajo; pero te has dormido cuando quisiste adormecerme a mí. Marcos y Julián son buenos corazones; no les hagas daño.

—No, Sahib, no. Tu mirada es suave por fuera y no pensé en examinarla por dentro. Me he equivocado como un niño.

—La existencia es una; la *prana* es una; en el infinito cabemos todos. Educa a Julián. Ya sabe respirar, mascar y beber, y su voluntad llegará a ser tan grande como la tuya.

—¡La voluntad!

—¡Sí! la voluntad que mata!

—¡Sahib! ¡no lo repitas!

—¡Om Andrachita! —exclamé haciendo un trueno de la voz.

—¡Om! —repitió el hijo de Benarés levantando las manos e inclinando la frente.

30. MÚSICA OFENSIVA Y DEFENSIVA (*Fray Mocho*, 25 de octubre, 1912)

Sin que pueda decirse “una larga vida” —porque se trata de un joven— Heriberto había dedicado completamente la suya a los más variados estudios. Eximio como estudiante, su doctorado fue un acontecimiento que se recordaba entre los universitarios algunos años después como se recuerdan ciertas fechas en la vida de los individuos, de las familias, de las naciones, y poco a poco, a semejanza de casi todos los intelectuales, se desprendió de la atención relativa a ciertas materias que sólo moderadamente se vinculaban con las que más atraían sus predilecciones, especialmente la Filosofía en su acepción modernísima. Dominando las matemáticas y las ciencias positivas, se encontraba en condiciones de juzgar los más complicados problemas y apreciar los descubrimientos que a diario sorprenden al mundo, y como tenía el arte de desentrañar lo esencial o fundamental de aquellos, se encontraba en condiciones, cada vez que se le solicitaba, de presentar una explicación breve y luminosa que obligaba a los otros a menospreciar el descubrimiento o el problema por lo mismo que parecía tan simple.

Para semejante auditorio nunca pisa más alto un hombre de saber cuando se expresa en una forma que nadie le entiende. Sólo una vez en su vida se vio obligado a aprovechar esta triste verdad. Motivos muy poderosos lo impulsaron a ello y se tendió. Preguntándosele en cierto círculo de qué se ocupaba en ese momento: —De un problema muy interesante: determinar la potencialidad inmanente de una integral negativa en función constante de C sobre el duplu de πi — Todos convinieron de que realmente era muy interesante, y algunos llegaron hasta afirmar que era algo más que interesante. Estos últimos se levantaron en categoría. Todas las palabras fueron retenidas aisladamente por sus interlocutores y quince días después, por cualquier motivo social, se consignó que Heriberto se ocupaba de resolver uno de los problemas más profundos del saber humano: determinar la función negativa de una integral inmanente en potencialidad constante de C sobre el duplo de πi .

—¡Cuántas cosas andan así por el mundo! —pensaba Heriberto.

¡Y qué curioso! Aquel joven filósofo y sabio tenía una chifladura. El canto. Sabía música y ejecutaba al piano piezas difíciles como la *Sonata patética* de Beethoven, respetando todos los accidentes, aunque se le presentara la partitura por vez primera; pero carecía de gusto. No despertaba

jamás la mínima emoción en sus oyentes, los cuales quedaban, después de oírlo, como si hubieran oído un organito, más insensibles, quizá. Y hay que advertir que tal cosa no ocurría sino en el seno de la intimidad. Por lo que respeta al canto, ni aún así. Únicamente cantaba cuando creía estar completamente solo, y si alguno, ignorándolo él, lo escuchaba, tenía que alejarse en el acto, pues de lo contrario se sentía taladrar las entrañas mismas, barrenar los tímpanos, y descalabrar el equilibrio del morador de la cavidad craneana.

Todo lo que tenía de viril y de simpática su voz en la conversación o en la lectura, se tornaba odiosa y abominable cuando cantaba. Carecía de memoria musical, a tal extremo que para tocar una simple escala, necesitaba tener la música por delante, y en cuanto a las relaciones de su garganta con la música escrita eran tan negativas como la metafísica en el cerebro de un sapo. ¿Y el sonido? ¡Oh! jeso era maravilloso! Personas hubo que después de haberlo oído sin querer fueron a consultar a un dentista para que les revisara la boca. Parecían gruñidos agrios, rasposos, crocantes, todo ello modificado por la fusión de un ruido comparable al que produce dentro de la rueda el eje de madera sin grasa de una carreta cargada con cinco mil ladrillos, y como la melodía no se destacaba en forma alguna, sólo se podía suponer por las palabras que era lo que quería cantar. "*Ogni sera sotto al mio balcone...*" parecía una diana con saltos de una octava y en crescendo como el del Juramento de los puñales: "*Casta diva ch'inargenti...*" resultaba una mezcla de notas incongruentes de *Lucia*, *Lohengrin*, *Bohemia* y *Fra Diavolo*, y, para asombro de todos, al oír cualquier cosa, lo refería a su pieza u ópera correspondiente. Esta suma de aptitudes musicales le salvó la vida.

Cuando pasaba una temporada en su quinta de recreo, estuviese solo o acompañado, jamás se preocupaba de cerrar de noche las puertas, sea porque pensara que esa era una función del servicio o por considerar que no había peligro alguno. Cierta noche llegó solo y el mucamo le avisó que más tarde llegarían dos jóvenes de su familia. A las 11 de la noche se fue a su dormitorio y se acostó; más como no tenía sueño, se puso a leer hasta eso de la 1 1/2. Un rato después sintió que alguien andaba en el pestillo de la puerta y creyendo que se tratara de los miembros de su familia, cuyos pasos no había sentido, lo que le indujo a pensar que quizá tratarían de darle una broma, sonrió maliciosamente, y calculando que bastaría emplear la potencia defensiva de su voz para desbaratar cualquier plan adverso, cantó:

"La donna è mobile qual piuma 'l vento..."

Y oyó pasos precipitados de gente, que huía. Se echó a reír.

Un cuarto de hora después, oía los crujidos del portón de fierro, y asomándose por un balcón veía entrar, en la forma tranquila de quien llega a su casa sin apuro, a las dos personas esperadas.

Sintió luego los pasos en el enarenado del jardín y volvió a su cama, sin poderse explicar lo que ocurría; pero sin alarmarse.

Cinco minutos después oía dos voces que lo llamaban a gritos:

—¡Heriberto! ¡Heriberto! ¡aquí han andado ladrones!

Vestirse a la ligera y correr al punto en que las voces sonaban fue obra de segundos.

Cajones de los escritorios, armarios aparadores... todo estaba revuelto.

Al otro día resultó que sólo faltaban unas telas, y eso se reconoció en un armario por la deficiencia de bulto, telas que sin duda se llevaron los ladrones y de las que probablemente se habían apoderado para transportar la vajilla y otras piezas.

Cuando más tarde interrogó separadamente el Comisario a los ladrones, uno de ellos confesó que había huido al oír las voces que le parecieron de un loco furioso, y el otro declaró que había oído gritos descompasados en un idioma extraño emitidos por una persona que sin duda pedía socorro.

*La donna è mobile
qual piuma 'l vento...
muta d'accento
e di pensier...*

31. MUY DIFÍCIL

(Fray Mocho, 27 de diciembre, 1912)

(Narración macabra del Dr. Conrado Indienthum)

Hace algún tiempo, y por un motivo que no tiene significación en el caso actual, nos encontramos reunidos unos diez médicos. Resuelta la causa de la entrevista, iniciase una conversación variada, que poco a poco se especializó, refiriendo uno de los presentes el caso más extraño que había atendido en su práctica. Dado el impulso, otros lo imitaron; pero lo que más impresionó fue lo que viene a continuación.

El Doctor Conrado Indienthum habló de esta manera:

—La aflicción de Marsilio no podía ser más aparente. Su palidez aumentaba día por día, suspiraba con frecuencia, se paseaba por el jardín solitario, se alimentaba poco, y alguna vez parecía tener lágrimas entre los párpados trémulos. En su gabinete de estudio, sobre una mesita, veíanse una bandeja con un botellón de agua, una copa, una azucarera y una botella de vinagre. A veces un frasco de amoníaco también.

Todos sus amigos, todos sus parientes, lo compadecían de corazón.

Y no era para menos.

Cuatro años antes se había casado por amor con una mujer muy linda y buena, afectuosa como ninguna, educada, de excelente familia y con bienes de fortuna. De ella tuvo dos hijos fuertes y sanos, primero un varón, después una niña. Cuando la madre estaba apunto de despechar la segunda, comenzó a decaer. Al principio la asistió el mismo, era médico especialista en enfermedades del corazón y del hígado; pero renunció a la asistencia debido a insinuaciones cariñosas de la familia de ella, porque en más de una ocasión había manifestado que, tratándose de la enfermedad de su mujer, se le quemaban los libros.

En consejo doméstico, y, claro está, con su consentimiento, se resolvió llamar al Doctor Cardiósopo, uno de los más famosos de la época. El doctor examinó a la enferma con toda perplejidad. Notando en sus diversas visitas que el pulso se alteraba tres o cuatro veces en un cuarto de hora, que tenía 50 pulsaciones por minuto durante tres o cuatro, saltando de pronto a 90 o 95, para volver a bajar; que la temperatura era de 38 grados, y momentos después descendía a 35 para volver a subir, y algo también en las pupilas, pensó que el gran simpático andaba de por medio; hizo muchas preguntas necesarias, y recetó en consecuencia. Dos días después,

la señora se sentía mejor y cuando el célebre médico la visitó al tercero, la encontró tan bien que se despidió. Una semana más tarde volvió a caer. Ya no era el simpático, era el pneumogástrico (1) el afectado. Pero había fenómenos renales que no podían encuadrar en su acción. Cinco días después, la señora estaba bien. Pasados diez días se llamó otra vez al médico. Ni el pneumogástrico, ni los riñones aparecían en el cuadro. Había algo en el hígado, desmayo frecuentes y pesadillas horribles.

El médico manifestó la necesidad de una junta. Como se nombraran varios candidatos y todos ellos fuesen de primera categoría, el Doctor Marsilio declaró que lo mejor sería llamarlos a todos.

Tú estabas en esa junta, según me han dicho; sí, y tú también; y tú, ¿cómo ibas a faltar? Pero todos declararon que no podían llegar a la unidad de diagnóstico.

Dos de ustedes, sin embargo, hablaron poco, pero frunció mucho el ceño. Tú, que has estado en la India, dejaste escapar una palabra que los demás no recogieron; dijiste "ingesta" —te oyeron mal; y tú, que has visitado el corazón de Sudamérica después de graves lecturas, tuviste un momento de distracción aparente, tu mirada parecía vagar en el vacío, y de pronto como despejando un fantasma indeciso exclamaste: ¡Bah ha de ser una leyenda! —y no era una leyenda.

Después de mucho discutir, uno de los médicos de la junta pidió al Dr. Marsilio que observara la temperatura de la señora con todo cuidado durante un cuarto de hora, para determinar si se repetían aquellos cambios bruscos del principio, y cuando el dueño de casa se retiró, el mismo que había solicitado esa observación declaró que su objeto era alejar momentáneamente al Dr. Marsilio.

—Debemos confesar —agregó— que este caso se encuentra fuera de nuestros conocimientos. Las prolijas observaciones practicadas, los análisis, las notas gráficas, los tratamientos —no hay nada que desear, y creo que podemos considerar esto como un caso extraordinario. Propongo a ustedes una observación continua, permaneciendo junto a la enferma dos de nosotros, de modo que haya siempre uno a su lado, mientras no podamos confiar esta vigilancia metódica a algunos de nuestros ayudantes o discípulos más severos y más honorables.

Todos se miraron sin decir palabra, porque todos reconocieron que había mucho que observar, además de la enferma —y aceptaron la proposición por unanimidad. Ustedes dos, los que menos habían hablado, se ofrecieron para hacer la primera guardia de 12 horas. Cuando el Doctor Marsilio volvió a entrar, declarando que la temperatura estaba normal, aceptó con gusto la proposición.

Durante veinte días, la señora tuvo siempre un médico a su lado, y a cada uno declaraba que nunca se había sentido tan bien. Volvió el apetito, el sueño fue tranquilo y reparador, desaparecieron todos los fenómenos incongruentes, y una nueva junta la declaró completamente restablecida.

Entretanto, había llegado a dar por el jardín paseos de dos horas sin cansarse. Recuperó su rostro el color natural, se enrojecieron sus labios, y los lindos ojos negros y brillantes completaron la armonía de su cara graciosa y sonriente.

A medida que aumentaba la mejoría, recuperaba también el Doctor Marsilio sus colores, tanto más cuanto que, con la tranquilidad creciente, abandonaba el uso de la mezcla de agua con vinagre y azúcar, con la que creía refrescar su sangre, enardecida por la inquietud, y no volvía a destapar el frasco de amoníaco cerca de sus ojos, lo que hizo desaparecer las lágrimas encerradas en sus párpados trémulos.

Encontrándose tan bien su esposa, no había necesidad de presentar dos de los caracteres más conspicuos de la aflicción.

Tratándose de una señora tan estimada como la de Marsilio, se habló mucho de su caso, particularmente entre los médicos, y lo único que resultó fue una especificación de diagnósticos a cual más variado, y por consiguiente una vacilación consecutiva en la mente de los médicos que la asistieron. Pero todos, en el fondo, estaban de acuerdo en que se trataba de un caso extraordinario y muy difícil.

Un día, de regreso de un viaje a Europa, me encontré con uno de los médicos de la junta, antiguo amigo excelente que siempre se caracterizó por su tenacidad en el estudio cuando se trataba de resolver un caso difícil y oscuro. Una vez hecha la luz, abandonaba libros e investigaciones, paseaba en grande, iba al teatro, a los bailes, a todas partes donde una mitad de la gente se fastidia y la otra mitad se divierte, y así hasta que un caso semejante lo obligaba al trabajo tenaz. Después de los saludos, siempre afectuosos, conversamos de temas variados, y por fin me refirió el caso extraordinario de la señora Marsilio, confiándome a la vez la angustia que le causaba el no poder siquiera vislumbrar de que se trataba.

—¿Conoces algo semejante a esto Conrado? —me preguntó.

—No; pero conozco otra cosa. La suma de ilustración científica que representan todos los médicos que han examinado el caso, no podría ser ultrapasada en ningún país del mundo. No creo que se haya escapado a ustedes ninguna enfermedad conocida, ninguna causa de alteración de la vista normal; pero hay algo que me sorprende, y es que se hayan retirado sin declarar que: efectos nuevos, causas nuevas. Los efectos han sido estudiados, medidos, comparados, contrapesados; pero ¿cuál es la causa?

—Ese el misterio, y hasta ahí llega nuestra convicción.

—¿Y te parece poco haber llegado a convicción semejante?

—Pero es insoluble, Conrado.

—Mira, Varolio: encontrándome hace poco en Alemania, oí una frase que me llamó la atención, tanto más cuanto que se la oí a un célebre pintor que es, además, hombre de ciencia: "El árbol oculta el bosque."

—Cosas de alemanes.

—No: cosas de artistas. Ustedes han sido muy sabios: pero no han sido artistas. La ciencia de todos ustedes juntos ha ocultado el caso. Hay un misterio. Eso es una convicción. Por lo mismo, es una base. Examinémosla. ¿Reside el misterio siempre en el enfermo mismo, o reside fuera de él también? En ambos casos la causa misteriosa radica en el mundo físico o en el mundo moral, o en ambos a la vez. Ustedes han hecho innumerables exclusiones. La enferma es de una constitución de primer orden; ha sido siempre sana, y lo es fuera de estos fenómenos extraños. Su mentalidad es perfecta: su sentimentalidad no tiene nada de anormal. No existe en ella ningún sufrimiento oculto, y ama la vida. ¿Tengo yo el derecho de suponer que ninguno de ustedes haya procurado sondear su alma, habiendo entre ustedes psicólogos de primer orden? No, Varolio, no: me es imposible pensar en un olvido semejante.

—Tienes razón, Conrado. Excluyamos ese olvido. Ama la vida y no quiere perderla, y hoy con mayor motivo, porque adora a sus nenes. Abrigamos la convicción más profunda de que no ha tenido secretos para nosotros.

—Si el misterio no se encuentra en su físico ni en su moral, ese misterio reside fuera de ella. Eso es lo que ustedes han ocultado con el árbol. Fuera de ella están los microbios, y sería un caso extraordinario en el último grado que un microbio patógeno de esa energía inexplicable sólo la hubiese afectado a ella en tanto tiempo, que nadie lo conociera, que no lo hubiesen encontrado ustedes, que su acción desapareciera con tratamientos inocuos en los casos infecciosos, y, más que con el tratamiento, con la vigilancia severa y constante de dos hombres de honor durante veinte días. ¡Y pensar que se habló de "ingesta" y de "leyenda"!

—Pero entonces tú te encuentras por lo menos en la frontera de saber lo que tiene.

—No; pero tus datos me autorizan a pensar que el misterio reside fuera de ella, y que no se trata de microbios. ¿Qué hace y qué piensa el Doctor Marsilio?

—Está enfermo también.

—¿De lo mismo? —pregunté con ansiedad

—No. Hace algunas noches despertó sobresaltado. Soñaba con cosas de brujería, y que estaban por embrujarlo, para cuyo efecto habían colocado

sobre su mesa de noche una gallina negra. Despertó, pues, y vio que la gallina estaba efectivamente allí.

—¡Pero...!

—¡No, hombre, no! Sólo era una gallina subjetiva.

—Una gallina negra, centrífuga, ¿eh?

—Ahora la ve todas las noches; pero lo curioso es que se ha transformado en una especie de calidoscopio. De gallina pasa a cabeza de perro, de león, de hiena, se vuelve tacho, sopera... ¡disparates!

—¿Todo negro, siempre?

—Siempre

—Bueno, Varolio: siento tener que separarme de ti por el momento; pero ya nos veremos. ¡Ah! como tú me crees en la frontera del conocimiento del caso, te anuncio la probabilidad inminente de que la señora de Marsilio volverá a caer enferma muy pronto y de la mayor gravedad. ¡Adiós!

—¡No! ¡Para! ¡Detente!

El automóvil ya iba lejos. A los tres días sentí la campana del teléfono que sonaba con ese encarnizamiento de una persona muy apurada.

Tomo el receptor. Me llamaba el Doctor Varolio.

—La señora de Marsilio está gravísima. La junta te reclama con urgencia.

—¿Cuánto le calculan de vida?

—Media hora.

—No hay tiempo. Salven siquiera el diagnóstico: examen espectral de la sangre, que es lo único que habían olvidado. Avisa a Marsilio para que me excuse.

—¡Está desde hace dos horas en el manicomio, donde lo tienen enchalecado!

—¡Ah! ¡Esas gallinas negras centrífugas, subjetivas! ¡Eso era la conciencia de un cerebro inhábil para la lucha de la razón con los sentimientos!

—Ven, Conrado, ven pronto.

—Voy pero no llegaré a tiempo.

Sin embargo llegué.

—¡Doctor Conrado Indientum! —dijo poniéndose de pie el Doctor Varolio en la sala inmediata al aposento de la enferma, y donde se encontraba en compañía de una parte de la junta, porque la otra atendía a aquélla— quien puede anunciar un ataque con tres días de anticipación, tratándose de una enfermedad tan extraña, es porque la conoce. Moralmente, usted está obligado a guiarnos.

—No la conozco; pero la sospecho. No perdamos tiempo. Ustedes me le exigen. Acato. ¿Qué tratamiento?

—Nada. Inyecciones de éter, de cafeína.

—¿Está cianótica? (2).

—Las piernas y parte del tronco.

—Pronto un baño caliente de media hora, con mostaza y fricciones. Que beba el jugo de un limón con igual volumen de agua, y que sude después, que sude todo lo que le dé el cuerpo. Lo demás vendrá más tarde en caso de que reaccione.

Todo se ejecutó en el acto.

—Y la sangre

—Se ha enviado veinte centímetros cúbicos a la Facultad de Medicina y otros tantos a la de Ciencias.

—¿Pero qué es esto, doctor Conrado Indienthum? ¡Usted lo sabe y lo oculta!

—¿Me hacen ustedes el favor de decirme en qué se fundan para afirmar que lo sé? Yo no lo sé. Aquí se trata de una simple sospecha que no puede tomar cuerpo hasta que las investigaciones la ratifiquen o, la destruyan. Corre por mi cerebro una idea que no se corporiza. Es algo que he leído hace más de 30 años: pero estoy trabajando como un loco de voluntad desde que supe que esta señora estaba enferma para recordar dónde, en qué libro he leído eso. ¡Afirmar sin pruebas, en este caso particular, es de una gravedad colosal!

—Y entonces, doctor, ¿cómo es que receta?

En ese momento penetró el Doctor Varolio en la sala. Una alegría intensa se transparentaba en su semblante.

—¡La reacción se ha producido, desapareciendo la cianosis! —dijo.

—¡Está salvada! —exclamaron los médicos en coro.

—Está perdida —agregué con toda naturalidad, produciendo la estupefacción consiguiente—. Su salvación estaba en la muerte; pero quedará loca, aunque tranquila. Puede ser que la ciencia moderna, sin embargo... Bueno, señores: para completar nuestra obra sólo tenemos dos caminos: o la investigación médica con toda la formalidad del secreto jurado y con conocimiento de un miembro de la familia, el hermano de la enferma, por ejemplo, que es un hombre instruido y discreto, o la investigación judicial. Elijan ustedes.

—Pero doctor, ¡esto es horrible! Un dilema semejante implica la probabilidad de un crimen.

—Pueden ustedes pensar lo que quieran. Por mi parte me abstendré de toda afirmación que no esté documentada y probada. Me han exigido que venga. Si esto es una complacencia reclamo la reciprocidad... Ya es tiempo de sacar a la enferma del baño... Cada hora una copa de agua no fría con 5 gotas de amoníaco. Y a trabajar. Antes de retirarnos o hemos descubierto el misterio de estos males, y el diagnóstico queda definido, o volvemos a la oscuridad, si

no es que el examen espectral de la sangre revela siquiera la mitad del caso.

El hermano de la enferma fue puesto en antecedentes relativos a posibilidades vagas: pero consintió en lo que pedíamos después de manifestarle las condiciones del dilema. En el primer caso podríamos llegar a un resultado cualquiera que el secreto médico salvaguardaría; en el segundo, se produciría un escándalo.

Se trataba de encerrarnos en el gabinete del Doctor Marsilio y hacer allí nuestras investigaciones. Convinimos en que seríamos cinco, y fuera cual fuese el resultado, se comunicaría a los demás médicos de la junta.

Dicho y hecho.

Teníamos todas las llaves.

Examinamos primero el cajón central del escritorio. Allí estaba la cartera. Contenía lo que contienen generalmente esas carteras. Papel de recetas en blanco, apuntes, algún dinero, unas tarjetas... y cuando íbamos a dejarla de lado, uno dijo:

—Pero hombre: esta tapa de la derecha parece un poco más gruesa; vamos a ver.

Y efectivamente, parecía más gruesa. Un pliego curioso y muy disimulado reveló un secreto. Había allí una tarjeta fotográfica. Una mujer. ¡Y qué mujer! ¡Qué belleza! ¡Qué encanto de expresión y de vida!

—¡Fulana! —exclamó Varolio poniéndose pálido.

—¿Y esto no te dice nada? —me preguntó como indignado al ver que no me inmutaba como él.

—No. Esto no es más que un jalón, un dato. ¿Ha tenido alguna consecuencia social o privada ese secreto? No anticipes opinión. La opinión vendrá con la suma de los datos. Un retrato en una cartera puede ser un indicio; pero si no pasa de ahí, jamás podrá ser un cargo.

Revisando los otros cajones, encontramos entre un montón de folletos, de esos que inundan las casas de los médicos, a cada llegada de paquete, con anuncios de medicamentos nuevos, un libro viejo, con tapas de pergamino, y escrito en latín.

¡Ahí fue la mía! ¡En ese libro estaba lo que tanto había buscado!

Era una obra rarísima publicada en el Siglo XVII: *De Indianorum actis et factis*, escrita por el P. Josephus Montanus, S. J.

Abrí el volumen. Capítulo VIII: *De sortilegiis cum diabolis sylvarum*. No. Aquí no estaba. —IX: *De sortilegiis cum plantis*. Tampoco. —X: *De sortilegiis cum animalibus* (3).

—Varolio; tú eres un buen latinista; lee este párrafo. No importa. Léelo en latín, está en latín de cocina y se entiende muy bien. Entre los cinco hemos de poder encontrar lo que signifique alguna palabra oscura.

Y Varolio leyó...

Cuando hubo terminado y aquellos cuatro médicos estaban pálidos como muertos, y dos temblaban.

—¡Todos los síntomas, causa, y en parte el tratamiento, están indicados aquí! —dijo el Doctor Cardióscopto.

—Bueno. Ahora vamos a buscar esos agentes terapéuticos tan eficaces.

No tiene objeto recordar con minuciosidad cómo buscamos. El hecho es que detrás de una fila de libros de Medicina, de esos que no consultan jamás los legos, había una cajita de madera con unas cabezas pequeñas de ciertos animalitos que el P. Josephus Montamus señalaba en un párrafo del Capítulo X: *De sortilegiis cum animalibus*, de su libro *De Indianorum actis et factis*, publicado en el siglo XVII.

—Señores doctores. He terminado mi cometido —dije—. Ahí tienen Uds. los antecedentes que han producido ese cuadro de extraños síntomas que han puesto en grave peligro la salud y la vida de esa mujer, dechado de gracia, de belleza, de honor, de virtud y de talentos sociales y domésticos, a causa de un capricho de erotismo intercurrente. La discreción de Uds. hará el resto: y por lo mismo que soy el primero en respetar su ciencia, no he querido que quedara en blanco en una oportunidad que me era dado salvar con un conocimiento regalado por la casualidad. Con esa ciencia, que está cien mil codos arriba de la que tenían los contemporáneos de Josephus Montanus, procurarán sin duda restablecer el funcionamiento de ese cerebro tan fino. Por otra parte, Uds. no ignoran que cuando una mentalidad como la del Doctor Marsilio, en una situación tan cobarde y tan brutal, empieza a exteriorizar gallinas negras que luego se tornan cambiantes, no tarda mucho el desenlace, el mejor de todos, porque en su caso, ningún Código le reconoce atenuantes. He dicho; saludo a Uds. con mi estimación habitual, y me retiro.

Cinco días después falleció el Doctor Marsilio. Su sepelio fue grandioso. Hubo notables discursos laudatorios y de su saber, su talento, su prudencia, su caballerosidad y la nobleza de su carácter. La ignorancia humana derramó estrellas en su tumba, y el secreto médico mudo, inviolado, ha permitido que su viuda, ya más restablecida, conserve en su corazón el recuerdo de un amor imperecedero, mientras no aparezca un periodista indiscreto que desmenuce su ídolo de barro.

Así terminó la relación macabra el Doctor Conrado Indienthum. Guardó silencio, y todos lo guardamos también, inclusive aquellos que habían tenido participación en los hechos referidos.

32. LOS FANTASMAS (*Fray Mocho*, 25 de abril, 1913)

La nieve caía lentamente cubriendo los campos y los bosques, y la luna plateaba los copos con su rayo sereno.

Profundo silencio reinaba en el castillo, y sólo de rato en rato se interrumpía como por ráfagas de aullidos lejanos de lobos hambrientos.

El Barón de Fichtenheim se sentía poseído por una inquietud extraña. La recepción que le había hecho su tío el Conde de Bärenburg no podía ser más amable ni más afectuosa; pero, después de una larga sobremesa, fue necesario separarse, y los criados le alumbraron su camino hasta el departamento del castillo que debía ocupar, mientras permaneciera en él, durante cuatro o cinco semanas.

A qué era debida aquella inquietud, no podía explicárselo.

Cierto es que experimentó algunas contrariedades. En primer lugar, el castellano estaba solo. La Condesa y su hija Carlota se encontraban en ese momento en Dresde, y no regresarían sino algunos días después. Las relaciones amorosas del Barón con su prima eran conocidas por ambas familias, y su tío jamás se había manifestado adverso a que se consagraran por un matrimonio tanto más deseado cuanto que Carlota y Fritz eran los últimos vástagos que podían heredar sus respectivos títulos, y, con ellos dos grandes fortunas.

Los Señores de Bärenburg y de Fichtenheim, durante siglos, sirvieron lealmente a los antiguos emperadores alemanes; ni una sola mancha empañaba el lustre de los blasones, y en más de una ocasión llevaron sus hermosas hijas corona imperial. El Conde, por otra parte, deseaba dedicar aquel invierno a partidas de caza, y su primer invitado había sido Fritz, el cual aceptó inmediatamente la invitación, más por encontrarse constantemente al lado de Carlota que por el deseo de ver correr la sangre de los lobos, de los jabalíes o de los osos.

En segundo lugar, el departamento que le habían señalado no era el que ocupaba siempre que iba al castillo. Y no porque el actual representara una categoría inferior: de ningún modo; antes por el contrario era casi un lugar distinguido: en el aposento en que se encontraba su lecho habían dormido el Emperador Barbarroja (1) y el Rey Federico el Grande (2). Desde las ventanas podía contemplar el panorama glorioso de las montañas cubiertas de bosques, y un ancho valle delicioso que la Primavera esmaltaba de flores, y en el que surgían, de trecho en trecho, pintorescas aldeas o corrían arroyos juguetones de curvas caprichosas. Verdad es que

la nieve había cubierto tales bellezas con su manto helado; pero el espectáculo de aquellos días encerraba emociones más fecundas que los paisajes perpetuamente invariables, porque debajo de esa blancura purísima la imaginación y la memoria adivinaban todas las gracias primaverales.

La inquietud de Fritz no podía atribuirse sino a ausencia de su prima. Pero él pensaba que no. Al entrar en su aposento, el antiguo reloj de largo péndulo, que desde su infancia había visto en aquel rincón, señalaba las 11 y media. Si su malestar fuera debido —pensaba— al hecho de que Carlota no estuviera en el castillo, ese malestar se habría manifestado desde el momento en que su tío le dio noticia; pero ésta no le causó ninguna inquietud. La recibió como una contrariedad momentánea; pues si tan grande hubiera sido su ansia por verla, le habría bastado, para tranquilizarse, con la idea de montar a caballo al otro día y tomar el camino de Dresde.

No. La inquietud de Fritz era de otro carácter: aumentaba gradualmente a medida que el minuterio se acercaba a las 12 del reloj.

Durante la comida, el Conde y él conversaron de forma habitual, dedicándose a temas variados que encontraban en la actualidad o en los recuerdos. En aquélla, la política de restablecimiento y de pacificación momentánea de la Europa, las novedades científicas, literarias o artísticas, y en éstos las campañas napoleónicas, los contratiempos de la guerra, los episodios en que habían tomado parte y la seguridad del prisionero de Santa Helena, o asuntos relativos a la familia.

De sobremesa, sin embargo, una vez que se sentaron junto a la chimenea y encendieron sus largas pipas, el Conde inició una conversación diferente. Aquello fue como un salto mental. Se ocupó de mesmerismo, recordó algunas afirmaciones de Alberto el Grande (3), pasó en revista sus lecturas relativas a los misterios psíquicos de la India, los cuales podían suministrar serios fundamentos a muchas maravillas de las *Mil y una noches*, citó algunas conversaciones que había tenido con Goethe dos o tres años antes en Weimar respecto de la magia, y encontró que su joven interlocutor, en vez de contrariar sus opiniones, las discutía sin rechazarlas, y cuando los dos llegaron al resultado de que todo eso cabía en las realidades posibles, Von Bärenburg penetró sin violencia en el mundo de los fantasmas.

—Es evidente —dijo— que hay más predisposición en unas razas que en otras.

—Sí —agregó Fritz von Fichtenheim— los eslavos y los celtas, por ejemplo. En la raza germánica la fantasmagoría es más consecutiva que inicial. Lo prueba la mitología de nuestros antepasados teutónicos. Las nubes del cielo del Norte, las tormentas, los huracanes, han sido la fuente objetiva del Walhalla (4), de Odín (5), de Thor (6) y de los demás dioses.

—Nuestros más próximos parientes, los helenos —continuó Von Bärenburg— me decía no ha mucho Guillermo von Humboldt, cuyos trabajos filológicos van a producir una revolución en el mundo científico, han divinizado todas las delicias de su tierra y de sus pobladores. No, creas, Fritz que se le ha escapado esta diferencia a que hemos aludido. La estudia en estos momentos, y recuerdo que la última vez que lo visité en Berlín me dijo algo muy interesante. “Estoy ocupándome de los idiomas eslavos, y he comenzado por el polaco —me comunicó— y desde ahora puedo anunciarte que los griegos constituyen una rama desprendida del tronco ariano en una antigüedad mucho más remota que nuestra rama germánica. Cuando nosotros emigramos de Asia ya traíamos el *hundrada* (*hundert*, cien) y el *thusanda* (*tausend*, mil) que los griegos no conocían todavía y por eso inventaron respectivamente *hecto* y *kilo*. Pero tanto los griegos como los germanos hemos traído más raíces, que palabras completas, mientras que los polacos tienen más de éstas, pues usan muchísimas voces sánscritas de una semejanza y estructura tales que he llegado por esto a creer que son una rama mucho más moderna en su inmigración a Europa, cuando ya estaban muy adelantados en la India los estudios psíquicos, mientras que nosotros correspondemos a un estado mental anterior; pero nuestro subjetivismo es más intuitivo inicialmente, y nuestra superioridad radica en que hemos traído todo el vigor de la raza en su pureza inicial, sin la potencia de objetivación que surge de cerebros más desenvueltos ya por la sugestión del pensamiento colectivo y fortalecido por la herencia”.

Esto es más o menos lo que me dijo Von Humboldt.

—¡Oh, mi tío! ¡Qué estudios tan gloriosos son esos! ¡Desentrañar de esa manera la edad prehistórica de raza antiquísimas! ¡Descubrir los tiempos relativos de sus movimientos migratorios! ¡Pensar que el idioma elegante y hermoso en que estamos conversando en pleno siglo XIX, en que los hermanos Humboldt se pasean por las calles de Berlín, Goethe y Schiller por las de Weimar, y Napoleón se indigna en Santa Helena; en que un continente entero acaba de conquistar su independencia, mientras que nosotros hemos estado a punto de ser esclavizados por las águilas de Francia, pensar que nuestros cerebros no hacen más que exteriorizar modificados los mismos sonidos que daban realidad fonética a las ideas de nuestros antiquísimos antepasados de la India! ¡Esto es muy hermoso!

—Ahí tienes, entonces, Fritz, los motivos por los cuales los eslavos y los celtas ven más fantasmas que nosotros. Mientras que los germánicos tenemos aptitud para crear mundos fantásticos surgidos de realidades objetivas, ellos exteriorizan sus ideas voluntaria o involuntariamente hasta el punto de darles existencia real. Sin embargo, todas estas cosas no se estudian con el

cuidado y prolijidad que ellas merecen. Nuestros hombres de ciencia tienen otro género de preocupaciones, y el vulgo carece de seriedad suficiente para concedérsela a estos problemas tan importantes. No hace mucho tiempo, en una reunión social, en Breslau, alguien promovió esta cuestión de los fantasmas, y un médico muy distinguido, que pensaba como nosotros, dijo que él aceptaba la realidad de los mismos, no sólo por la notoria competencia y gravedad de muchos autores de diferentes épocas que afirmaban haberlos visto, sino también porque, para él, no se trataba de un fenómeno misterioso, sino de un hecho natural que había sido bien estudiado. Otro gran médico que estaba presente le dio a entender que su reputación científica y profesional correría mucho peligro si hacía tales manifestaciones; que era mejor aceptar el aforismo de Goethe: "Cuando nos falta una idea colocamos en su lugar una palabra", y no ocuparse del asunto.

Al observar más tarde que el primero ejecutaba ciertos movimientos anunciadores de que pensaba retirarse, me anticipé y salí. Cuando estuvo en la calle, me acerqué a él y moví otra vez el tema, dándole a entender que sus últimas palabras me habían interesado mucho: pero que desearía me comunicara algún fundamento. —Todavía no pasa de teoría —me dijo— pero existe una serie de hechos relativos a apariciones que no puede ponerse en duda. El cuerpo humano tiene emanaciones conocidas por todo el mundo. Las más comunes son de calor, de olor, y de sonido; las menos comunes de electricidad y de luz, y es evidente que en los casos de magnetismo animal o de mesmerismo, se desprende un fluido del magnetizador que contiene ideas transmitidas a distancia al sujeto mesmerizado. Todas estas irradiaciones se pueden condensar o fijar en alguna parte, y no es imposible que un cerebro de grande imaginación y de enorme voluntad pueda exteriorizar irradiaciones análogas a, y más poderosas que las del mesmerismo, que se condensan en alguna parte, como la electricidad en la Botella de Leyden (7). Las apariciones en campo abierto son muy raras; menos aún en la intermediación de las rocas, y muy comunes en aposentos cerrados. Esto me hace pensar que las sustancias calcáreas, o que contengan más o menos cal, o quizá la sílice, puedan ser las condensadoras de tales irradiaciones. Esto, señor Conde, es la síntesis actual que podemos realizar con espíritu científico los que, libres de todo preconcepto, pensamos que algo debe haber de exacto en las afirmaciones de tantos autores serios. Así me dijo el médico de Breslau. El tiempo y el estudio nos enseñarán lo que haya de positivo en todo ello.

—Es muy curioso, muy interesante y muy grave —afirmó Fritz.

En este momento fue que el Conde manifestó a su sobrino que deseaba retirarse, y Fritz, en la forma ya indicada, penetró en su departamento, y

poco a poco se apoderó de él esa inquietud gradualmente creciente que el lector ya conoce.

Miró el reloj. Eran las 12 menos 5.

—¡Es insoportable! —exclamó— ¿Será el anuncio de alguna desgracia que ocurre en estos mismos instantes? ¿Deberá terminar en algún cataclismo?

Impaciente y sorprendido comenzó a pasearse por la habitación, y cada vez que cruzaba frente al gran espejo veneciano de uno de los testers, le parecía que de su cuerpo reflejado surgía un resplandor azul pálido. En un momento dado sonaron las 12 campanadas de la media noche y aunque le pareció que aquellos sonidos se armonizaban con los aullidos de los lobos, su estupefacción creció de punto al observar que las últimas vibraciones de las campanas con el mismo tono, eran recogidas por un violín lejano. El ejecutante era un maestro consumado, y al escuchar las exquisitas melodías surgentes de aquel violín, al sentir los acordes maravillosos que penetraban en su oído como las ondas de una sonoridad encantada, al imaginarse los movimientos del arco que con la misma suavidad que arrancaba una corrida que un salto de la nota más aguda de la prima a la más profunda y la más aguda del bordón intercalaba un acorde de la segunda y la tercera; al reconocer también la suavidad acústica de un violín de Cremona, Fritz sintió un estremecimiento, y estaba a punto de recordar algo cuando se abrió con violencia la puerta que daba a la galería interior del castillo y vio penetrar en su aposento un hombre enjuto, de baja estatura, de rostro arrugado, ojos hundidos, todo afeitado y con un largo levitón gris. En la mano izquierda llevaba un violín y en la derecha un arco.

Fritz era valiente; pero todo aquello que presentaba, aunque fuese por un instante, el aspecto de misterioso, lo paralizaba por ese instante. Aquel hombrecillo no podía inspirarle temor alguno; pero su entrada sí. Estaba seguro de haber echado los pasadores y la llave a la puerta, la que, por otra parte los tenía echados —y eso se lo trajo a la memoria la conversación que, hacía poco más de media hora, había tenido con su tío.

—Bueno —pensó— ya tenemos aquí un fantasma.

El hombrecillo se paseó por el aposento, y de pronto dio un salto vertical como atornillándose en el aire.

—¡Hola, amigo! —exclamó Fritz ya repuesto— tiene usted las apariencias de una persona grave y seria y si usted es el maravilloso violinista que acabo de oír, no tengo inconveniente en afirmar que es un genio; pero ese movimiento rápido de tornillo no acusa mucha formalidad.

—Dice usted la verdad, Excelentísimo Señor Barón de Fichtenheim; pero si usted, por la conversación que acabo de oírle con su Señor tío, es un sicólogo, no dudo reconocerá que, en el fondo del espíritu más serio, exis-

te siempre una morisqueta escondida. Ese movimiento ha sido mi morisqueta, y he experimentado la necesidad imperiosa de soltarla al aire en el momento preciso en que lo he realizado. Cuando esa morisqueta no se suelta a tiempo, se transforma de mil maneras variadas, y por lo común perversas. Ella se convierte en calumnia, en envidia, en injuria, en hipocresía, en maldades. Algunos pueblos tienen una fecha consagrada en el año para dejarla en libertad, es el Carnaval, y si no...

El hombrecito dio otro salto y penetró de cabeza por la luna del reloj, sin romperla ni mancharla, como un rayo de luz; y un instante después, completamente reducido en sus dimensiones, bajaba por las barras compensadoras del péndulo, y sentado como un mono en el borde del disco de bronce decía:

—Yo soy el Consejero Krespel (8). Tiene usted mala memoria.

En ese momento oyó Fritz que llamaban a la puerta, como si fuera con los nudillos de la mano. Y mientras vacilaba en abrirla, vio salir de un rincón otra figura más extravagante aún.

—¡Por favor, Señor Fichtenheim! ¡Cubra usted su espejo! ¡Cubra Ud. su espejo!

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? ¿Le parece a usted que no es terrible mi sufrimiento? ¿No conoce usted a Erasmus Spicker, el hombre que ha perdido su reflejo?

—Usted es un fantasma mentecato.

—¿Mentecato yo? ¡Mírese usted mismo en ese espejo!

Instintivamente Fritz hizo lo que se le indicaba, y lleno de estupor, observó que su imagen no se reflejaba y la de Spicker sí.

—Bueno —dijo en voz alta—; parece que los fantasmas tienen ahora más realidad que las personas reales.

Spicker se miró también al espejo y prorrumpió en un grito de alegría:

—¡Al fin, Dios mío, me has perdonado! —y esto dicho, desapareció con rapidez.

Libre ya de aquellas dos personajes, volvió a examinar la puerta que estaba completamente cerrada, y, al darse vuelta, observó dos hombres que dormían en su cama; uno de ellos, junto a la pared, tenía tipo de escocés, y el otro de irlandés, y su pierna desnuda colgaba de la cama. Debajo de ella había un par de botas y otro de espuelas. En ese instante entraron en el aposento, desde el inmediato, otros dos personajes. El uno era un inglés y el que lo acompañaba, inglés también, parecía ser un posadero.

—Ya lo ve usted, My Lord; he tenido la suerte de proporcionarle una excelente cena; pero no hay aquí más que una cama y la ocupan esos dos señores —dijo el que parecía posadero.

—No importa —repuso el inglés—, pasaré sentado aquí el resto de la noche. Tráigame usted una botella de coñac, agua, azúcar y unos limones.

El posadero desapareció y reapareció en el acto, trayendo en una bandeja lo que se le había pedido. Colocó todo sobre una consola y se desvaneció.

El inglés preparó un grog, y, después de probarlo, tomó asiento. De uno de los bolsillos sacó una pipa ya cargada y la encendió; enseguida sacó un libro y se puso a leer; pero sus ojos miraban de cuando en cuando la pierna desnuda del irlandés y las espuelas. Hubo un momento en que sonrió con malicia, se levantó, y acercándose a la cama aseguró una espuela con las correas al pie desnudo del irlandés.

—¡Oh! —exclamó de pronto—. No lo había visto, Barón.

—Y yo no lo había reconocido, Lord Botherill.

—¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias —repuso Fritz— ¿y usted?

El Lord extendió la mano para estrechar la de Fritz; pero éste no sintió nada entre la suya.

—Esto es una broma —dijo el Lord—. Yo siento la suya, pero usted no siente la mía.

—Lo que me da una idea de que no estoy soñando —repuso Fritz—, porque en los sueños se siente la mano de los fantasmas mismos al estrecharla. Y le aseguro, Lord Botherill, que ya me empezaba a fastidiar, porque dudaba si estaría despierto o dormido. Pensé también que quizá el alcohol...

—¡No diga usted eso!

—¡Pero es imposible! Entre mi tío y yo sólo hemos tomado una botella de Bourgogne durante la cena, y a eso de las diez un ponche.

—Claro está. Bueno sería que dos militares alemanes, fuertes y sanos, que han hecho toda la campaña contra nuestro aguilucho enjaulado (el cual por cierto sólo durará pocos meses debido a nuestro paternal empeño de que lo cuide Hudson Lowe) (9) y más aún en invierno, hubieran de marearse con tan poca cosa.

—Pero dígame, Lord Botherill, ¿para qué le ha colocado esa espuela al irlandés?

—¡Oh! Los irlandeses son muy espirituales, y tienen ciertas salidas a las que dan el nombre de *bulls*. Dentro de un momento va usted a oír un *bull*.

Como el frío aumentara; el irlandés dormido lo sintió y guardó la pierna bajo las cobijas, pero con tan mala suerte, que aplicó un fuerte espolazo en una del escocés. Éste se despertó furioso y dio una terrible trompada en la cabeza al irlandés.

—¿Porqué me golpeas? —preguntó.

—Y tú ¿porqué me has espoloneado? —replicó el escocés. "*Gad dimm it*".

—¡Yo!

—Sí, tú. Mírate el pie.

El irlandés volvió a sacar el pie desnudo, y al ver la espuela exclamó lleno de asombro:

—¡Qué animal ha sido mi criado! ¡Me ha sacado las botas y se ha olvidado de sacarme las espuelas!

El inglés se echó a reír a carcajadas, y en ese instante alguien empezó a gritar lleno de horror en el aposento inmediato.

Fritz entró en él y vio una mesa llena de candelabros con unas cincuenta velas de cera encendidas. Junto a ella se encontraba sentado un hombre pequeño con el espanto escrito en el semblante. Los negros cabellos erizados y las manos crispadas, mirándose en el espejo que tenía al frente. Diversas cuartillas de papel desparramadas sobre la mesa y en algunas de las cuales se destacaba el nombre de *Coppeli*us (10), la pluma de ganso mojada aún de tinta y con las barbillas erizadas también como si participase del mismo espanto.

Al acercarse Fritz, aquel hombre a quien no podía reconocer hizo una morisqueta más horrible aún que la que desfiguraba su rostro.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué motivo grita usted?

—¡No es nada! ¡No es nada!

—Cálmese; tranquilícese.

—No es nada, Barón de Fichtenheim. Esta crisis ya pasó. Usted disculpará lo que ha ocurrido. Es mejor que se acueste. Usted mismo tiene el semblante alterado. Duerma tranquilo, pues ya no vendrá nadie a incomodarlo. Si no descansa, la misma señorita de Bärenburg no lo reconocerá mañana cuando regrese al castillo.

—¿Carlota? Mi prima no llegará sino dentro de unos diez días.

Las velas empezaban a apagarse, y a desvanecerse los candelabros.

—Es extraño que no me haya reconocido. Barón.

Y al decir esto, desapareció todo.

Cuando Fritz volvió a su dormitorio no había nada desarreglado.

La nieve seguía cayendo en el valle y en las montañas, y se oían más violentos los aullidos de los lobos.

El reloj dio tres campanadas.

Fritz entonces consideró oportuno desnudarse y meterse en cama.

Arrullado por el monótono ritmo del péndulo y por el coro de aullidos no tardó en dormirse.

A las diez de la mañana del día siguiente vestido ya y bien dispuesto, se dirigió al comedor donde lo esperaba su tío.

—Buenos días, mi tío.

—Buenos días, Fritz. ¿Qué tal noche has pasado? ¿No se te ha aparecido el fantasma del Gran Federico o el del Barbarroja?

Estas preguntas dieron motivo al joven Barón para referir minuciosamente al Conde todo cuanto había ocurrido durante la noche pasada.

—El Consejero Krespel y Erasmus Spicker —dijo— son personajes de cuentos de Hoffmann, eso está claro; pero la escena del espolazo al escocés no la conozco.

—Sí; también es de Hoffmann. Es una de esas páginas sueltas que escribe a veces para probar una pluma nueva o recién tajada, y que probablemente se conservará mucho tiempo inédita.

—¿Y quién puede ser el personaje de los candelabros? —preguntó Fritz.

—Es un personaje al que has tratado alguna vez en Berlín, y no has podido reconocer como él mismo te lo comunicó, debido a las alteraciones del semblante. Ha sobreexcitado de tal manera su fantasía, que necesita mucha luz, porque así se imagina que está en pleno día. Cuando escribe, sus creaciones le producen tal espanto, que, al mirarse en el espejo se asusta de sí mismo y empieza a gritar de modo que su mujer tiene que levantarse, acercarse a él con muchas precauciones y hablándole con extremada dulzura, consigue calmarlo y hacerlo acostar, dándole conversación sobre asuntos inocuos, hasta que al fin se duerme tranquilo. Ahora le ha dado la manía del 13 y se afirma que morirá en 1822, cuyos números lo suman. Ese personaje es el ilustre Ernesto Teodoro Guillermo Hoffmann.

—Y en concepto de usted ¿por qué motivo aparecen ahí esos fantasmas que solamente son creaciones de su fantasía?

—Simplemente porque realizan las opiniones que me manifestó aquel médico de Breslau, de quien anoche te hablé. Si consideras la actuación política, las aptitudes científicas, artísticas y literarias de Hoffmann, no podrás negar que tiene cerebro, de grande imaginación y de enorme voluntad, y que puede producir irradiaciones comparables a las del mesmerismo o magnetismo animal, que se han condensado quizá en las paredes de esos aposentos cerrados.

—Pero ¿por qué motivo están allí?

—¿Cómo? ¿Lo ignorabas? Hoffmann, por invitación mía, pasó en este castillo unas cinco semanas del último invierno, y ocupó esos mismos aposentos. En esa temporada dio nueva forma al cuento en que aparece Coppelius y escribió algunos otros. Probablemente la escena del *bull* también.

—Ahora me explico. Me dijo, y lo había olvidado, que Carlota llegaría hoy de Dresde.

—Esa afirmación no tiene consistencia. Esas son opiniones de fantasmas —repuso el Conde.

—¿Sabe, mi tío, que hay un fenómeno que no está de acuerdo con lo que anoche conversábamos respecto de las razas más o menos predisuestas?

—Al contrario, Fritz. Nuestra conversación de sobremesa la inicié anoche con toda intención para prepararte el ánimo, y te destiné esos aposentos que nunca habías ocupado. Si lo deseas, toma luego los tuyos habituales.

—¡Aaah! Ignoraba eso. Pero ¿cómo puedo que soy germano puro, llegar a una percepción real y tan insólita de los fantasmas?

—Por tu madre; que es mi hermana, tienes esa pureza germánica; pero ¿has olvidado que tu abuela paterna era una Potinsky, una eslava pura?

Fritz no tuvo tiempo de contestar, porque tanto él como su tío oyeron de pronto un ruido animado de campanillas y de cascabeles, y asomándose por el balcón vieron un lujoso carruaje que se aproximaba rápidamente por el valle hacia el peñasco en que se levantaba el castillo.

—Germánico o eslavo, distingo claramente que el fantasma de Hoffmann dijo anoche la verdad.

—Tienes razón, Fritz. Ahí viene la Condesa con Carlota.

33. ¡PERO SI ESTÁN AHÍ! (*Fray Mocho*, 3 de octubre, 1913)

Las cosas están ahí, cada una en su lugar, y cualquiera puede dar con ellas si se encuentran a su paso.

Pero ¿quién conoce, antes de haberlo aprendido, dónde se encuentran?

Mucho antes que Oken (1), Goethe buscaba algo. Ello no tenía nombre todavía, y aunque ese algo gozaba de una existencia real dispersa por todo el mundo, nadie se imaginaba que lo tenía tan cerca, que lo llevaba consigo. Fuera de su existencia real y tangible, gozaba de una existencia mental en el cerebro de Goethe, para quien era una necesidad de su intuición en la lógica de la Naturaleza.

“Busco un ser misterioso —escribía a sus amigos, desde Roma, el gran poeta— cuya posesión me permitirá crear todo tipo de animales y de plantas”. En 1804 descubre Oken los pequeños seres protoplasmáticos que han recibido el nombre de Proteos, y más tarde, por ampliación colectiva, el de Protistas. Él los encontró porque pasó por el lugar en que ellos estaban, porque se puso en contacto consciente de su existencia real, y Goethe no pasó. Él sólo tuvo conocimiento del protoplasma, que era lo que buscaba en Roma, cuando Oken descubrió los Protistas. Entonces Goethe, fastidiado, se burló de Oken en el Segundo *Fausto*. Pero Oken no se dio por aludido, no entendió ni leyó el Segundo *Fausto* —y, sí ocurrió lo contrario, esto explicaría por qué motivo dio una interpretación tan confusa a la teoría de Goethe sobre las vértebras craneanas.

Florián (2), sobrino de Voltaire, además de cometer una traducción del *Quijote* al francés, escribió fábulas y algunos cuentos muy bonitos, bastante sentimentales, en los que ha empleado un lenguaje de persona fina, y de una pulcritud que no usaba su tío en particular cuando redactó el *Candido*. Eso no ha impedido que Voltaire sea conocido por todo el mundo, ni tampoco que Florián haya sido casi olvidado. Entre esos cuentos hay uno titulado *Bathmendi*. Refiere que un rico labrador del Oriente, dejó, al morir, su fortuna dividida en cuatro partes iguales, para repartirse, como se verificó, en sus cuatros hijos. Los tres mayores se separaron en diversas direcciones buscando algo. El menor se quedó con la granja, se casó por amor con la hija de un vecino al que instaló en su casa y en su mesa, fue labrador como su padre, trabajó mucho, tuvo varios hijos, y vivió muy feliz. Pasado un tiempo más o menos largo —si la memoria no es infiel— se encontraba cierta noche en compañía de su suegro, de su mujer y de sus hijos, cuando sintió que alguien llamaba a la puerta. La hizo abrir y penetró en el comedor un

mendigo andrajoso. Al reconocer en él a su hermano mayor lo colmó de cariños, le hizo dar un baño y buenas ropas, y lo sentó a su lado. Un momento después llamó otro mendigo, y así un tercero. Eran los otros dos hermanos. Más tarde refirieron las aventuras porque habían pasado, sin callar que buscaban algo que se llamaba *Bathmendi*. Uno de ellos había llegado a primer ministro de un rey poderoso –y casi lo coronaron. El segundo ascendió hasta general en jefe de una gran ejército, y el tercero alcanzó todas sus aspiraciones de fortuna, amor y placeres. Mientras ellos hablaban, sonreía el viejito, suegro del menor. Y cuando después de presentar todos el cuadro de sus grandezas, manifestaban lo desastroso de su caída, aumentaban las sonrisas del viejo hasta llegar a las carcajadas. Al fin se calmó y dijo: –Si *Bathmendi* soy yo! –Este nombre es una palabra persa que significa *Felicidad*.

Todo esto me viene a la memoria al escuchar una disertación del Profesor Doctor Cratovich sobre monstruosidades. Al terminar, solicitó de la concurrencia le señalara algunos monstruos de vertebrados que pudiera haber olvidado él; pero sólo hizo uso de la palabra el Profesor Harming, para recordar la monstruosidad normal de los lenguados, como los sollos (3), los rombos (4), etc. La aceptó, indicando que no tenía para qué discutir el caso desde el momento que su distinguido colega y amigo la había designado ya como normal. La conferencia podía darse por terminada, y se inició una conversación sin ceremonias. Entonces tomó la palabra el Doctor Waterflea y señaló una monstruosidad completamente desconocida. Se trataba de un hombre con la cara y los miembros dirigidos hacia adelante...

–¡Qué cosa tan curiosa! –exclamaron a su tiempo Cratovich y Harming soltando una carcajada.

–... y el vientre hacia atrás –continuó Waterflea.

–¡Oh! ¿de manera que la columna vertebral...?

–Estaba hacia adelante.

–¡Pero eso es imposible! –dijo Cratovich– Eso sería contrario a las leyes de la embriología.

–No he discutido la organización del monstruo; he señalado simplemente el caso –observó Waterflea.

–Y el omóplato ¿dónde estaba situado?

–No lo sé. No lo he visto. El actual Doctor Pérez Dingo, que hoy viaja por los Estados Unidos, me hizo mención de él cuando era estudiante. Se trataba de un individuo que entró en el hospital con una fractura en la pierna, y esperaban que se soldara para someterlo a un examen prolijo. Pero un día desapareció misteriosamente del hospital, y así sólo queda de él el conocimiento de los únicos datos que consigné. Se cree que alguien lo

haya secuestrado, y no sería posible que hubiera sido sometido a una disección total.

—Pero ¿por qué motivo no se publicó la noticia apenas conocido el hecho?

—Por compasión. Los curiosos instruidos le habrían hecho la vida intolerable durante su permanencia en el hospital, sometiéndolo a todo género de movimientos mortificantes, en una situación que reclamaba reposo completo.

—¿De modo que se guardó el secreto?

—No del todo. El profesor Kegelbach de la Universidad de Berlín escribió al estudiante Pérez Dingo una larga carta en la que se mostraba inquieto por el caso. Le decía que para él, tenía un interés “colosal” ese individuo; que él creía en su existencia, porque, según un texto inédito de la Biblioteca Imperial, se sabía positivamente que ya Horacio se burlaba de semejante fantasía, la que, justamente había sido el motor que lo incitara a escribir su *Carta a los Pisones* (5) empezando por el *Si pictor velit...*; que Horacio tenía conocimiento, por lo tanto, de la existencia real o ficticia de semejante monstruosidad, pues había sido mencionada por un poeta cinegético de Arcadia, Terpsimeno Glycophon, lo que había dado lugar a prolijas investigaciones en todas las bibliotecas en que se conservaban manuscritos griegos antiguos.

—Todo eso parece inverosímil —dijo el profesor Cratovich— ¿cómo es posible que se acepte un absurdo semejante? Las monstruosidades, según lo han establecido los que de ellas se ocupan, es decir, los teratólogos (6), son el resultado de fenómenos naturales que, en su manifestación constante y de equilibrio producen en los gérmenes o en los embriones los tipos normales; en cambio, el desequilibrio da origen a los monstruos por atrofia, por hipertrofia, por hiperplasia, por soldaduras. En el cíclope se atrofia un ojo, y el otro se coloca en el centro; en los acéfalos se atrofia el cráneo; la adelfofagia (7) es una simple soldadura en la que predomina el desarrollo de uno de los hermanos con atrofia del menor; en la sinadelfia (8) el desarrollo de ambos es igual, como en los hermanos siameses, y así sucesivamente; pero no se conocen anomalías de posición. Jamás se ha visto un ojo en la rodilla, ni un dedo en la nariz, ni una oreja en el talón. El caso no me interesa. Pasen ustedes buenas noches.

—Un momento, Doctor Cratovich. El Profesor Kegelbach vino de incógnito a Buenos Aires por esa época.

—¿Vino de incógnito?

—¡Sí!

—¡Oh! entonces eso cambia de especie. Por dar una broma al químico Rouelle, Buffon (9) escribió un trabajo *Sobre la organización hipotética de*

los centros embrionales. Aceptemos como real el caso de Pérez Dingo, y procuremos imitar a Buffon. Interpretemos la organización presunta del monstruo, y no es improbable que alguna de las interpretaciones se anticipe a la de Kegelbach.

Y así quedó convenido.

II

Desde el siguiente día los diarios de Buenos Aires empezaron a publicar artículos más o menos extensos, firmados unos, anónimos los otros: pero casi todos con el encabezamiento de *El caso del Doctor Pérez Dingo*, y con figuras ilustrativas.

Uno de ellos decía:

"Lo primero que se ocurre al estudiar el caso del Doctor Pérez Dingo, es que se trata de una rotación embrionaria. El tronco se presenta normal, lo mismo que sus dependencias internas y externas. La cabeza ha hecho una rotación de media vuelta. Igual rotación se ha producido en la cabeza y el cuello del fémur sobre el eje de éste: pero los dedos están invertidos siendo externos los gordos: siempre ha llamado la atención lo absurdo de los zapatos, pues parece que los usara cambiados, lo que no sucede, porque los cambiados son los pies. Las manos son regulares, pues, con las palmas hacia adentro o plano medio antero-posterior, el pulgar queda hacia arriba o hacia adelante. La situación y forma del omóplato se ignora. Naturalmente, si la cara es la que da la orientación del cuerpo, la columna vertebral, con sus curvas habituales, es anterior"

(firmado) *Dr. Cratovich.*

Otro:

"Lo del Dr. Pérez Dingo. -No hay inversión de los dedos de los pies. El gordo ocupa su lugar; pero es el menor, y de aquí que los zapatos parezcan cambiados. El omóplato está constituido por dos láminas soldadas, la una normal, anterior; la otra simétrica, posterior. Es como un bivalvo situado en cada hombro"

(f.) *Doctor X.*

"La monstruosidad del Doctor Pérez Dingo. -Parece increíble que no se haya observado como es debido el caso en cuestión. Se trata de

una complicada sinadelfia de enfrentamiento con adelfofagia parcial doble. El esternón, que queda hacia atrás, dada la situación de la cara, no es de estructura normal. Está constituido por vértebras iguales a las de la columna completa, y son cuatro dorsales regulares que terminan por un apéndice xifoides polimero. El omóplato es perfectamente regular y se encuentra donde debe estar. De este hecho, de la normalidad de los brazos y manos, y del esternón compuesto de vértebras, resulta que éstas, los omóplatos, los brazos y las manos son del hermano absorbido (o *comido*, como lo exige la etimología), y lo mismo ocurre con la piernas...”

(f.) *Dr. Waterflea.*

“El caso del Doctor Dingo. —La explicación del Dr. Waterflea es luminosa. Pero ¿no pertenecerá la cabeza también al hermano ‘absorbido’? No. Lo primero que se nos ocurrió pensar fue en la situación en que quedarían la laringe y el esófago por la rotación de la cabeza y de las vértebras cervicales. Pero no hay duda de que existe una médula bífida, cuyas dos ramas pasan por conductos vertebrales propios, separados uno del otro por una abertura media que, volviéndose a soldar (la médula) penetra en el conducto único de las vértebras dorsales. Por aquella abertura pasan la laringe y el esófago y aunque, con ligera torsión de la traquea, ocupan el lugar correspondiente para llegar a los pulmones por los bronquios y al estómago”

(f.) *Dr. Harming.*

“La verdad del caso de Pérez Dingo. —Esto está un cas curosissim, no tant por sí mismo, mais por la manèr de l'interpretar. Étienne Geoffroy Saint-Hilaire (10) habría estad más laconique en su clasificacion, diciendo: *Adelfofagia doble de enfretamient*. ¡Claro! cabeza, brazos y piernas pertenecen a un hermano, cuyo tronco ha sido remplacé por el del otro hermano enfrentad acéfalo y ápodo. Esta es la manèr clarissim de ver de un francés”

(f.) *Dr. Rataplan.*

“El caso del Dr. Pérez Dingo. —Todo lo que se ha escrito hasta ahora respecto de esta cuestión es una simple serie de suposiciones más o menos verosímiles. Pero no hay nada de eso. La única explicación

admisible es la que reconozca un caso de reversión a un tipo ancestral de un pasado remotísimo. No hay tales rotaciones, ni sinadelfia, ni nada de eso. Se trata de un individuo solo, normal, que tiene el sistema, o más bien el eje nervioso por delante del aparato digestivo, es decir eje nervioso ventral, como los moluscos, los insectos, y otros animales, y eje circulatorio dorsal con relación al nervioso, como en los insectos. Esta reversión es única. Es un caso estupendo"

(f.) Prof. Tic.

Telegramas: -"FILADELFIA, *Abril tantos de cuantos*. -¡Por mil diablos! ¿Qué es lo que están publicando en Buenos Aires? No me dejan en paz en este país. A cada momento me secuestran, me someten a los rayos de Röntgen, me auscultan, me percuten, me iluminan por dentro y por fuera, me palpan, me comprimen, me joroban desde el Atlántico al Pacífico. De allá vienen telegramas con "El caso del Doctor Pérez Dingo. La monstruosidad del doctor Pérez Dingo, &" -y enseguida secuestro seguro. Me examinan aquí, en Washington, en New York, en Boston, en Charleston, en San Francisco. Para mí no hay garantías, no hay *habeas corpus*, no hay más que un fastidio constante. Y lo peor es que, después de haberme molestado, todos acaban por declarar que esto es un *humbug* (11). ¿Qué tengo yo que ver con el caso de que le hablé al Dr. Waterflea? Procuren mejorar mi situación, o tendré que ir a dar a un manicomio"

(f.) Dr. Pérez Dingo.

"BERLÍN, id., id. -¡Y pensar que yo he buscado tanto ese caso curioso, estupendo, colosal! ¡y que ustedes lo hayan conseguido sin saber examinarlo! ¡Qué desgracia! ¡*Donnerwetter!* Mi opinión es la misma del Doctor Tic, *haeckeliano* (12) como yo. Se trata de un caso de regresión a un pasado remotísimo. ¡El individuo es un articulado, un insecto antropomorfo!"

(f.) Dr. Kegelbach.

El caso no me interesaba mayormente; pero sí el recuerdo de Bathmendi y del protoplasma de Goethe.

34. ¿QUIERES QUE TE AFEITE? (*Fray Mocho*, 7 de mayo, 1915)

(Rodeando el fogón)

En aquella época, los mejores paseos o excursiones por los riachos del Delta se hacían en bote o en canoa, sea con impulsión de remo, sea de pala –y a veces del viento.

El paso silencioso de las embarcaciones no ahuyentaba los pájaros del juncal ribereño ni de los árboles, y cuando uno de los viajeros tenía sed, tomaba un jarro, se inclinaba sobre la borda y sacaba agua potable. A este respecto, en la actualidad, un acto semejante puede transformar al sediento en motor latente, tal es la cantidad de nafta que irisa a superficie de aquellas aguas, cuando no hay creciente, y el concurso es numeroso. Pero eso tiene su ventaja: las larvas de mosquitos perecen por millones, y por otro tanto aumenta la fabricación de líquidos gaseosos. El continuo Tef-tef de los motores orea la soledad de los juncas, y la rapidez de la marcha excluye la perspectiva de envolverse con un manto pleno de luna para dormir de noche en la ribera.

En aquella ocasión, y al terminar un hermoso día de Marzo, amarramos la canoa en el tronco de un sauce, bajamos a tierra, y, reuniendo bastante leña, nos preparamos a pasar allí la noche.

Nuestro fogón tenía dos fines primordiales: alejar un poco los mosquitos y preparar la cena.

Cuando llegó el momento del café, la temperatura de la conversación fue subiendo, y entre los diversos chispazos de iniciativas coloreadas de distintos modos, el que más prosperó fue el de los ruidos y de los efectos tan variados que producen.

–Por ahora –dijo Enrique– el menos agradable sería el que levantan los tigres.

–Y lo cierto es que no escasean por estos lugares –observó Manuel.

–Lo cual significa que montaremos la guardia a razón de dos horas cada uno –agregó Carlos.

–El coro de los mosquitos no es despreciable.

–Lo conjuraremos con los mosquiteros.

–¿Están cargadas todas las armas?

–Sí; pero es mejor revisarlas otra vez...

–Ustedes saben que no soy muy nervioso –insinuó Carlos– pero en cierta ocasión me pasé una noche en claro, desde el momento en que comen-

zaba a conciliar el sueño. Sentí un ruidito muy próximo a la cabecera de la cama, semejante al que produce la uña, en el silencio, al pretender raspar con ella un punto oscuro en una tabla, tomando la fibra de través. Tosí; el ruido cesó. Pocos minutos después volví a oírlo –y apenas hacía cualquier movimiento se sentía de nuevo. A la primera sorpresa, la inquietud se inició, se perfiló y fue en aumento, junto con la incapacidad creciente para atribuirlo a su causa más probable. Cuando empezaba a amanecer rendido por el cansancio y por el sueño, recién se me ocurrió que sería un ratoncito que trabajaba en el contramarco de la puerta inmediata. La noche, la soledad, el silencio –y quizá la lectura de algo fantástico predisponen a aumentar la inquietud, atribuyendo involuntariamente ciertas insignificancias como aquélla a causas de una magnitud sobrenatural que la razón repudia y los sentidos vivifican.

Cada uno de nosotros contribuyó con su recuerdo de ruido emocionante, y Manuel, que había escuchado hasta entonces con mucha atención, encendió otro cigarrillo y dijo:

–Sí; todos hemos pasado por eso. Nos jactamos de tener un cerebro libre de supersticiones: nos enorgullecemos del triunfo soberano de la razón para la cual las supersticiones no son aceptables; pero, ellas sobreviven en aquél como conocimiento de las mismas en la forma anecdótica o adquisición por el estudio, y, cuando las ocasiones se presentan, actúan a semejanza de modalidades personales y no como reminiscencias de ocasión. Hay todavía mucho del salvaje primitivo en nuestro organismo y mentalidad; todavía no hemos apagado definitivamente nuestros instintos de miles de generaciones, a tal extremo que todos nuestros primeros impulsos presentan un carácter de barbarie. Podría citarles, entre muchos, un caso personal; pero voy a referirles uno ajeno, que me fue comunicado como auténtico.

–No, no; primero el personal –dijimos todos a la vez.

–No tiene mayor importancia; pero ya que ustedes lo desean... Me encontraba una noche de invierno solo en casa. Hacía bastante frío y no tenía sueño, aunque era tarde. Pasé a la sala, encendí luz, de un modo casi instintivo me acerqué al piano para tocar un rato y distraerme; pero abandoné la idea y me senté cómodamente en una silla de brazos, y me amodorré en ella, y mi entendimiento divagaba, divagaba con preludios de sueño. El reloj de una torre próxima dejó oír doce campanadas. Pero sabía bien que estaba adelantado tres minutos, de manera que los preludios y la modorra tuvieron la idea de que la hora clásica de las maravillas era la de media noche en punto. Presa de un sopor que me invadía, y quizás a los tres minutos de oír las campanadas del reloj vecino me sobresaltó un ruido seco: el estallido de una cuerda del piano, un *la bemol*

—¿Y?

—Me desperté completamente.

—Pero ¿no hubo nada?

—Lo que hubo fue que, estando mi sentimiento musical templado en *la bemol* aquel piano quedaba muerto.

—¿Muerto?

—Sí, hasta el día siguiente, cuando mandé llamar al templador para que repusiese la cuerda reventada.

—Y después... ¿nada?

—Nada. Esa superstición no entra en mis dominios. Para muchos es un presagio fatal.

—Oigamos entonces la referida.

—El caso es el siguiente, y ocurrió en una de las naciones del sur de Europa. Distante menos de media legua del pueblito más próximo se encontraba una antigua posada como a media cuadra del camino.

Algunos árboles aislados y enfermizos eran los únicos bultos que quebraban la monotonía de la extensa llanura. Arrieros y labradores, soldados a veces, y de cuando en cuando un viajero en mula o a caballo, eran los únicos clientes ocasionales del mesón.

Cierta noche en que el viento soplaba con furia, dentro de una bóveda de nubes más negras que cualquier noche, recorría el camino con paso precipitado un peatón solitario que regresaba al pueblito vecino, pues era el barbero del mismo.

Poco antes de enfrentar la posada, estalló una tempestad con rayos y lluvia torrencial, que le obligó a dirigirse al mesón, en el que se habían instalado algunos individuos de mala catadura, según el concepto de todo habitante de ciudad, y que probablemente no eran más que gañanes vecinos.

El barbero, que tenía fama de rico, pidió la cena, y como la tempestad no arreciara, solicitó alojamiento para dormir, de modo que el mesonero lo condujo al único aposento de que disponía para tales casos y en el cual se encontraba una cama, solitaria también.

Como el hombre estaba cansado, se acostó en el acto, y se hubiera dormido de igual manera, si los frecuentes relámpagos, cuya luz penetraba por una ventana sin reja por fuera ni postigos por dentro, y situada en el testero opuesto no le hubiesen retardado el momento de realizarlo.

Como a la mañana siguiente, y hasta el medio día, no diera señales de vivo ni de despierto, el mesonero y su mujer se alarmaron, porque tales lujos están buenos para los señoritos de ciudad que piden a las dos de la tarde les lleven el desayuno a la cama; pero no para un barbero.

Entonces resolvieron asomarse por la ventana, y, cuando lo hicieron, quedaron llenos de espanto al ver las ropas del lecho en desorden y algunas manchas de sangre. Inmediatamente hicieron llamar a la autoridad, la cual, como lo manda la ley, procedió a hacer la inspección del caso y luego las investigaciones, y a lo único a que se pudo llegar fue que el barbero había sido asesinado.

La indiscreción de los unos y la comadrería consecutiva, difundieron la noticia a los cuatro vientos, porque en el país en que tal hecho tuvo lugar, los vientos no son más que cuatro.

Desde entonces nadie quiso pernoctar en aquella posada, y los mismos parroquianos que antes solían hacer gastos hasta muy avanzada la noche, se retiraban a sus casas antes que ella llegara.

La mesonera y el mesonero se daban a los cuatro mil demonios ante la perspectiva de la ruina, y de tal modo se les envenenó la sangre, que amargaron el paladar de los pocos clientes que les quedaban.

Pero ¡qué diantre! entre las pocas cosas buenas que tienen los males, es que acaban por pasar, si no los menean mucho.

Un buen día se presentó un caballero desconocido en la comarca. Can-sada y hambrienta parecía su cabalgadura, y él no lo estaba menos. La tarde caía. Entregó la bestia al mozo de cuadra, recomendándole la cuidara bien, y ofreciéndole buena propina. Por su parte, penetró en el mesón, pidió una cena de olla y sartén y un cacharro de buen vino para entretenerse.

Cuando el hambre y la sed quedaron satisfechas requirió del mesonero aposento solo y cama, lo que le fue entregado con el mejor modo del mundo.

Además de su garbo y apostura, tenía el caballero una particularidad muy útil para los viajeros, especialmente los que se las componen solos: un sueño de pajarito, de tal modo que, por más dormido que estuviese, despertará con sólo sentir una pulga saltando en su almohada.

Y se durmió.

Habría dormido un par de horas, cuando le pareció distinguir que se levantaba viento, y como se convenciera de que no había nada más que eso, se volvió a dormir. En ello estaba, cuando la orquesta nocturna se enriqueció de un nuevo ruido. Prestó atención y oyó, de tiempo en tiempo, una voz aguda pero suave y plañidera, demasiado aguda para lejana y demasiado quejumbrosa para próxima. Prestó más atención.

Debía tener en extremo delicadas las etiquetas y bravas las pulgas en alto grado, porque de pronto saltó del lecho, y con voz imperiosa preguntó: —¿Quién es el insolente que así se atreve a tutearme?

Nadie contestó.

En aquella voz extraña debió distinguir palabras, pues de otro modo no habría usado las antedichas.

Era un ulular doliente, melancólico, suave, como el de ciertas lechuzas, ¡pero hombre! casualmente, podría suceder que viniera esta noche a cantarnos una chóliba, lo que les daría una idea de lo que oía el caballero. Y como su atención aumentaba en mayor grado, oyó:

—*¿Quieres que te afeite?*

—¡Mal haya tu cría, malandrín insolente y desvergonzado!

Y como las ráfagas del viento se levantarán con más frecuencia, volvía a sentir:

—*¿Quieres que te afeite?*

—Lo que quisiera sería que estuviesen aquí mis criados para que te dejaran los flancos y el lomo como piel de zebra...

—*¿Quieres que te afeite?*

—... y te cortaran de postre las orejas, asno mal nacido...

—*¿Quieres que te afeite?*

—...e hicieran de tus carnes un picadillo para alimentar con ellas a los perros de mis enemigos...

—*¿Quieres que te afeite?*

—...que no ofendiera yo a mis mastines con tan ruin bocado...

En la ineptitud, ya que no en la imposibilidad de determinar la dirección ni la causa de aquellas palabras, el caballero encendió lumbre, vistiose y salió del aposento, pasando al comedor, e increpando al posadero con voces vibrantes y atronadoras.

—¡Ea! posadero de mala raza y peores comedimientos, baja al punto, si no quieres que te busque...

—Voy, señor mío ¡bajo al momento!

Y con él bajó la posadera.

—Ahora mismo, sin perder un instante; mi caballo bien enjaezado, pues prefiero las pesadumbres de la intemperie a las insolencias de un bellaco.

Corrió el posadero a la cuadra, despertó al mozo, regresó al despacho y dijo:

—Si no lo toma a mal Su Señoría, me permitirá le pregunte qué es lo que ocurre.

—¿Cómo lo que ocurre? ¿Quién es el can de mala ralea que lleva su insolencia hasta tutearme?

—¡Pero Señor! ¡Alguien que pasa!

—¿Cómo? ¡que pasa! ¡si eso pasara, oyera mi voz a la distancia de un tiro de cañón! Y el muy insolente, como burlándose de mí, me pregunta, y eso repetidas veces: *¿Quieres que te afeite?*

La posadera dio un grito y casi se desmayó.

—¡Es el alma del barbero! ¡Es el alma del barbero!

El posadero miró a su mujer con ojos enormes y encendidos cual morrones, pero sintiendo que los pelos de la cabeza se le paraban de punta y le aflojaban el gorro:

—¿Qué has dicho, desgraciada?

—¿Qué es eso de barbero? ¡Ahora mismo las explicaciones, o doy fuego a esta pocilga!

Y como el caballero tenía trazas de cumplir lo prometido, el posadero no tuvo más remedio que cantar la palinodia.

—Hace algún tiempo, Señor, se hospedó en ese mismo aposento el barbero del pueblo, y al día siguiente, ya pasada la mañana, y como no diera señales de su presencia, se requirió a la justicia. Durante la noche lo habían asesinado, y nadie ha vuelto a dormir allí, y como Su Señoría ha oído tales voces, esta desgraciada piensa que es el alma del barbero que quiere vengarse ofreciendo sus servicios.

—Y vosotros, sin miramiento alguno, me habéis aposentado en una tumba! ¡ea! ahí tenéis; ¡ya os lo haré sentir en vuestras entrañas de lobos!

Y como el mozo de cuadra estuviese allí cerca con el caballo de la brida, el caballero arrojó un doblón de oro sobre una mesa, montó luego a caballo y se alejó en la noche.

Temprano en la mañana, la posadera se dirigió al pueblito a confesarse de lo ocurrido en aquella noche y en muchas otras, y pidió al cura interviniese con el ánima en pena. El cura la oyó, más que con asombro, con alegría, y ya veremos por qué motivo. Terminadas sus tareas, en el confesionario y en el altar, pasó a casa del médico a fin de continuar con él una discusión interminable por insoluble sobre la inmortalidad del alma; en la que él creía por deber y aceptaba por derecho de opinión y el médico no creía. Como argumento irrefutable, el cura le presentó el caso que la posadera le había referido durante la confesión, el médico lo discutió con el boticario, éste con... todo el mundo, y todo el mundo tenía conocimiento del hecho al sonar las campanadas del medio día.

El posadero, por su parte, no paró sino después de conseguir que el cura pasara unas horas en el aposento visitado y le preparó una buena cenita para el momento en que su paternidad estuviera dispuesta.

Llegado el cura al caer de la tarde, con hisopo, un texto de conjuros y bastante latín, que es el idioma indispensable para tales casos, porque todas las ánimas lo entienden mejor que cualquier otro, pero no lo hablan, de pereza, penetró en el aposento. Él sabía lo que hacía y no quiso que lo acompañaran. Así, viéndolo solo, el ánima tendría más confianza. Pero no había

viento, y las horas corrían sin que se oyera más ruido que el de las ollas y los platos en la cocina, mucho más gratos para él que todos los latines.

A media noche, sin embargo, se levantó una brisa, que apenas dio un preludio. El cura miró en todas direcciones. Mas una ráfaga violenta (y un tufillo que llegó del comedor) le permitió oír con tanta claridad como si lo hubiese emitido él mismo.

—¿Quieres que te afeite?

Y olvidando el hisopo, el libro de conjuros y el latín, salió del aposento y se juntó con el matrimonio.

—¿Y, padre, oyó algo?

—No hijos ¡qué voy a oír! Para mí son invenciones de ese caballero. He estado más de cuatro horas, hasta pasada la media noche, y no se oye otra cosa que la voz del viento.

—Pues así no más ha de ser —recalcó el posadero.

Y sin más trámite, y con los debidos miramientos, se dedicaron a los buenos platos que los esperaban.

No era hora oportuna para regresar al pueblito, de modo que el posadero, en consideración a que su paternidad afirmaba que no había nada, le ofreció aderezarle allí el lecho, a lo que el cura contestó:

—Mira, hijo; es mejor esperar. Tú sabes que los hisopazos o aspersiones y los conjuros no siempre producen un efecto inmediato. Será otro día.

El posadero, lleno de gratitud por la benevolencia con que su paternidad había acudido al llamado que le hiciera, resolvió el punto. La posadera preparó dos camas en su cuarto, para ella una, y otra para su paternidad, y el posadero se arregló como pudo sobre una de las mesas del comedor.

Muy temprano en la mañana siguiente, el cura regresó al pueblito; pero todos los que se encontraban con él en el camino le preguntaban:

—Y, señor cura, ¿qué hay en verdad?

—Nada, hijo (o hija); son invenciones del caballero de marras.

Una vez en el presbiterio, recibió al médico, manifestándole que persistía en sus afirmaciones y que, en efecto, vagaba por el mesón el alma del barbero ofreciendo sus servicios.

A la tarde, toda la población estaba al corriente de lo que no había pasado, declarando, como el cura, que todo era invención del caballero.

—¡Pero eso no es posible! —protestaba el médico— si el mismo cura me ha dicho esta mañana que ha oído al barbero.

—No puede ser; el señor cura lo ha dicho y esa es la verdad.

El médico entonces, indignado de la duplicidad de su contrincante filosófico, resolvió pasar la noche en el mesón —Pensado y hecho. El mesonero lo recibió con gran complacencia y le preparó una cena.

Como le había ocurrido al cura, permaneció en el aposento algunas horas sin oír nada; pero al aproximarse la media noche, con la primera ráfaga de viento que se levantó se dejaron oír las palabras fatídicas y tomó el camino del comedor, de donde llegaba el tufillo que ya conocemos.

—¿Qué hay, Señor Doctor? —preguntaron los posaderos.

—Nada: absolutamente nada; son invenciones del caballero.

Pero otra cosa guardaba para su capote. Él había oído perfectamente la invitación del barbero, en la misma forma que todos conocían... ¿Cómo se las manejaría con el cura? Negarlo, era mentir; aceptarlo, era rendirse. Y entre rendirse y mentir ¡qué diablos! optó por lo último; no sería la primera vez. Pero su conciencia, sus opiniones, sus creencias, el conjunto de su edificio filosófico levantado en tantos años de estudio y meditación; —prefirió mentir. ¡Infeliz! culpa era suya, que se había dedicado a meditar más que a observar.

Igual cosa ocurrió con el boticario y otros personajes de la localidad; pero el hecho es que nadie se quedaba a dormir en el aposento en que, para siempre, se durmió el barbero.

Las discusiones, desmentidos y diatribas que se cruzaban entre los intelectuales del pueblito, produjeron una conflagración entre los pobladores, algunos de los cuales, gente de hacha y tiza, apta para todo género de entretenimiento con armas visibles, resolvieron desafiar al ánima del barbero, durmiendo o pasando una noche entera en el aposento visitado.

Pues no hubo más; se fueron a la posada, y pronto se arreglaron con el posadero. Sus nombres fueron inscriptos en una libreta después de un preámbulo de compromiso y de haber sacado cada uno su turno a la suerte. Los que sabían escribir, garabateaban su nombre al pie, y los que no, hacían en su lugar una cruz. El hecho es que, al final, la hoja parecía un cimiterio cristiano.

En esa misma noche se quedó el número 1; el cual, apenas oyó el azote del viento y las palabras fatídicas salió del dormitorio dando grandes voces y alaridos que desafilaban los dientes y no paró hasta el pueblito, donde sembró la alarma y el espanto.

El número 2 hizo igual cosa, de modo que, cuando llegó el turno al tercero, éste ya tenía espanto acumulado por procuración, y al oír el lamento del ánima, dio un gran grito y se desmayó.

Los demás convinieron, lo que fue aprobado, en no presentarse de a uno, sino todos juntos. Así se animarían unos a otros, pensando en el apólogo de las varitas de membrillo, según el cual es fácil quebrarlas de a una, pero imposible en manojo, y aunque su amor propio de valientes no les permitía aceptar la comparación, tragarón la píldora en el hecho, resolviendo discutirla en derecho cuando soplaran vientos mudos.

A la hora convenida metieron tanta bulla como los tres carros de la escritura china y acabaron por reconocer que si continuaban de ese modo, no podrían oír las palabras ominosas (1).

Pasada la media noche, y cuando reinaba el silencio, se oyó de pronto:
—*¿Quieres que te afeite?*

¡No lo hubieran oído! Más felices que Carlos V con sus relojes, dieron todos a un tiempo la misma hora, vale decir, el mismo alarido de horror, y como no hay miedo comparable al colectivo, salieron de la posada gritando como locos, a tal extremo que algunos se extraviaron en la llanura desolada y sólo al amanecer encontraron el camino de sus viviendas.

Aquel golpe fue terrible para el posadero. Su casa quedó condenada, y nadie volvió a poner en ella el pie durante algún tiempo.

Por ese entonces vivía allí cerca un gañán joven y animoso, tan fornido de cuerpo como sereno de alma, el cual se dio cuenta de que el asunto era más conversado y discutido que observado, y dio la coincidencia de que, al llegar a este punto, el posadero resolvió vender su casa para ubicarse en otra parte donde la ruina quedase conjurada; más nadie quiso dar por ella ni un centavo y el conjuro se le aguló. Anunció entonces que regalaría su casa a quien se atreviese a pasar una noche entera en el aposento maldito, y el joven gañán aceptó la oferta.

Firmado en forma el compromiso, instalose en él al anochecer, y después de consumir la cena que llevaba en un zurrón, se cruzó de brazos junto a la ventana, cómodamente sentado en una silla, y esperó. Dotado de buen oído, y acostumbrado a orientarse por él, pensaba que podría determinar de que dirección salía la voz. A la hora de esperar, y como nada oyera, se puso de pie y examinó las paredes bastante gruesas y sólidas, viniéndole a la mente la idea de que si la voz llegaba del exterior, penetraría con más facilidad por los vidrios que por aquéllas. Un momento después:

—*¿Quieres que te afeite?*

—Pues no hay más. Por la ventana viene.

De pie junto a ella, vio de pronto que algo se movía a diez pulgadas de sus ojos y al mismo tiempo que veía, oyó o creyó que le parecía oír:

—*¿Quieres que te afeite?*

En el primer momento sintió algo parecido a un estupor, mas no por lo que veía y oía, sino de conmiseración al reconocer cómo se derrumban las supersticiones cuando pasan por el tamiz de un observador sereno, imparcial y justo, armado de un pensamiento no contaminado por el grillete de las conveniencias personales, ni sociales. Y luego, recordando lo grotesco de las situaciones creadas por la superficialidad de hombres barnizados ya

por los contactos universitarios, y que, por lo mismo, debieron ser más cautos y formales, soltó de pronto una carcajada de tensión máxima que hizo temblar la posada toda.

Al oírla, los posaderos lamentaron la situación del pobre joven, porque ellos pensaban, como Pérez Escrich, que solamente un loco puede reírse con tanto estrépito.

Entre personas finas y educadas nadie puede reírse así, no porque no sientan que la risa les retoza en los mismos ijares, sino porque eso arruga la pechera de la camisa.

El joven gañán observó el fenómeno más de una vez, y cuando se cansó de hacerlo, se acostó; apagó la vela, y dio las buenas noches al barbero, tratándolo de ciego, que no había visto que él estaba completamente afeitado, e invitándolo a que, si le era grato, pasara toda la noche repitiendo su estribillo, pero que, por su parte, él dormiría como un lirón, lo que hizo.

A la mañana siguiente, media población rodeaba la posada; pero el nuevo propietario no permitió que entraran en el dormitorio sino los tres corifeos principales: el cura, el médico y el boticario.

Los hizo aproximar a la ventana y les dijo:

—Más de una vez, señores, habrán hecho ustedes cantar un canario frotando una botella de vidrio con un corcho húmedo. Ahí tienen ustedes la rama de ese limonero, una de cuyas espinas, apoyada en este vidrio, lo frota cuando el viento la mueve, ayudando no poco la humedad del aire, y entonces se produce un ruido semejante al de la botella frotada por el corcho.

Los tres corifeos, que en ese momento llevaban camisa no almidonada, se echaron a reír, o para decir la verdad, continuaron riéndose, pues se dieron cuenta de la mistificación al oír las primeras palabras del gañán.

—Los cantos de los pájaros —continuó el joven— no tienen más que ritmos por los acentos, y las palabras que se les atribuyen serían todas distintas si no fuera porque a uno se le ocurrió primero aplicarles palabras con los mismos acentos y ritmos, y pasando el invento de boca en boca, y de generación en generación, todos creemos oírles lo mismo.

—En Sudamérica —dijo el médico— existe un pájaro al que todos llaman Bienteveo, porque lo dice clarito.

—Disculpe Ud., Señor —dijo el gañán— en Buenos Aires lo llaman así, pero en el Brasil, Bemtevéio, en el Paraguay Pitaguá, en el interior Pitupí y Quetapí, y más al Norte de la Argentina hasta el Istmo, lleva otros nombres; pero hay personas que le oyen decir Tito-Livio, y algunos juran que le oyen Bicho-feo.

—Pero qué coincidencia —dijo el cura— que el caballero de marras oyera lo que oyó.

—Así le pareció desde el principio, y después se autosugestionó —dijo el médico.

—Ha sido realmente una coincidencia —ratificó el gañán.

—Nada de esto habría ocurrido si oyera *Vamos al fin todos* en vez de *Quieres que te afeite* —agregó el boticario.

Conversando en este tono salieron de la posada los tres corifeos explicaron al pueblo lo que ocurría y algunos gritaron:

—¡Es menester cortar esa rama!

—¿Para qué? —preguntó el gañán— una vez sabido que se trata de una espina y no de un ánima en pena, puede quedar como una curiosidad... y una lección, hasta que se rompa el vidrio o se desvíe la rama.

El pueblo fue autorizado a visitar el aposento lo que hizo con todo orden. Los tres corifeos saludaron en despedida al joven gañán y tomaron tranquilamente el camino del pueblito.

Y al andar, platicaban como buenos amigos.

—Confiese compadre —dijo el cura al médico— que Ud. oyó la voz del barbero.

—Y confiese Ud. también, compadre —repuso el segundo— que Ud., al oírla, se dio un susto, y olvidó el hisopo, los exorcismos y los latines, y prefirió la excelente cena.

—Vaya, parece que adivinamos nuestros respectivos métodos ¡ja! ¡ja! ¡ja!

—Un susto no prueba cobardía, ni es tampoco un argumento en contra de doctrinas bien mentadas.

—Ese joven labriego —interrumpió el boticario— no tiene de gañán más que el traje. ¿Saben ustedes lo que ha hecho?

—No.

—Ha despedazado el documento que lo acredita propietario del mesón, y ha insistido para que el posadero no se vaya de su casa ni pierda sus derechos de propiedad —dijo el boticario.

—Es un filósofo disfrazado —agregó el cura.

—Es todo un caballero —insinuó el médico.

—¿Y el caballero de marras? —preguntamos todos.

—Era un fanfarrón —repuso Manuel—. Inventó las palabras, increpó no sabía a quien, y tuvo más miedo que los demás juntos.

LA CRUZ DEL SUR (1913)

35. UN FANTASMA (*La Cruz del Sur*, noviembre 1913)

Señor Director de La CRUZ DEL SUR:

Caro Señor y amigo:

Conversando con Ud. y con el Doctor Federico W. Gándara, pocos días antes de aparecer su Revista, a propósito de mi artículo titulado *Los fantasmas*, publicado en *Fray Mocho*, el tema nos llevó, como era natural a consideraciones de orden muy superior al de aquella exteriorización humorística de la fantasía mas o menos bien servida por recuerdos literarios, y habiéndoles referido el único caso de aparición fantasmal que he observado, me pidieron lo escribiese para *La Cruz del Sur*.

No sé cómo saldrá, porque al dar comienzo a la tarea lo hago con la intención de que corra la pluma sin más trabajo que el de mojarse de tiempo en tiempo: y, escribiendo sin plan preconcebido, es posible, dado el diapasón del momento, que se parezca más a una conversación íntima en familia que a uno de esos artículos que los autores severos firman con placer.

No soy un soñador, no soy un visionario: no lo he sido jamás, y desde muy temprano he tenido la suerte de educar la voluntad por encima de todas las otras facultades, lo que fue sustentado por una base congénita que se tradujo a su tiempo en la palabra "voluntarioso". De esto ha resultado que todas mis obras, cualquiera que sea su carácter, y en particular aquellas que corresponden al dominio de la fantasía, surgen de combinaciones voluntarias dirigidas en su expansión o desarrollo por la razón y por los conocimientos científicos, literarios y artísticos, sin los cuales no hay escritor de fundamento, y sin esclavizar por esto las espontaneidades de combinación que se realizan en el cerebro bajo el impulso del pensamiento en acción. Esto no era difícil, si se considera la ayuda simultánea de una memoria bastante buena, que ya se encuentra en los comienzos de su declinación, debido a los años, debilitándose particularmente en lo que se

refiere a Historia y Geografía, materias que dominaba antes de dedicarme especialmente a trabajos de Historia Natural.

Aquella educación de la voluntad no iba a crear ésta, porque era hereditaria. Tenía mi madre un carácter rígido, tanto, que muchas veces pensé, cuando era niño, que rayaba en crueldad. Mis primeras observaciones al respecto se relacionaron con el dulce. Jamás me permitía repetir, y lo que más me afligía era su forma categórica, a veces aforística, de decir las cosas —Yo quiero mas dulce —¿Tienes hambre? —No, mamá —Entonces quédate con el deseo. Pero no sabía por qué habría de quedarme con el deseo, siendo así que ya entonces (tenía cinco años) necesitaba, por un anhelo insondable, conocer la razón, el motivo de las cosas. Las negativas sucesivas dieron a mi fisonomía un aspecto taciturno que se marcaba bien en el momento mismo de producirse aquéllas, lo cual no era del agrado de mi padre. Cierta día en que, terminada la comida, salió mi madre del comedor, mi padre se levantó, y viendo una fuente de otro dulce sobre el aparador, lo probó. —Qué bueno parece; déjame probarlo. Y lo probé. Y una vez que hubo salido él también, probé cuatro o cinco raciones. Al otro día por la mañana, el médico estaba en casa, y francamente me pareció que era mejor el dulce sin repetición que el gusto del emético, y al otro día el del aceite de castor. En Verano hubo operaciones en las colmenas, y como me gustaba mucho la miel, y me tentaba más aún el aspecto de los panales, que nunca había visto, se me dio un trozo que no tendría mas de una cucharada de miel. —¡Qué rico! ¡yo quiero más! —¿Tienes hambre? —No, mamá. —Entonces quédate con el deseo. —Sí, ya lo creo. Tomé disimuladamente el rumbo de las colmenas, y saqué de una fuente un panal que, mucho después, he calculado tendría más de doscientos gramos de miel. Y mientras lo saboreaba, repetía: —Quédate con el deseo... quédate con el deseo... —¡Aj! Un rato después hacía gestos involuntarios. Movía las alas de la nariz, y la línea transversal de la boca cerrada se estiraba bajando en las comisuras deprimidas. Pero entonces no sabía decirlo así; ni pensaba en decirlo. Lo único que decía era “¡Aj!” —Estás empalagado, ¿eh? Te has ido a comer uno de los panales más grandes que había en la fuente ¿quieres más? —¡No!! Durante todo ese verano no probé el dulce en la mesa, y cuando me lo servían lo rechazaba. Es cierto que abundaba la fruta en la quinta, y podía tomarla a discreción, prefiriéndola muy madura y del árbol. Pero no volví a probar la miel hasta 20 años, después.

Por esa época solía haber en el mercado bananas que traían del Brasil. Un día se presentó en la mesa una frutera que las contenía, y me dieron una. Su sabor, aunque algo lo conocía por los caramelos, me llenó de asombro. Me pareció que era el *non plus ultra* de lo exquisito y pedí otra.

—¿Tienes hambre? —No, mamá. —Pues quédate con el deseo. Pensé en el aceite de castor; pensé en la miel; pero hice un puchero, y una vez que se me hubo pasado exclamé en tono decidido, aunque con remezones indecisos de sollozo: —Cuando yo sea rico me voy a comer una docena de bananas.

Algunos meses después fui rico y compré seis bananas maduras. Cuando empecé a comer la cuarta movía las alas de la nariz y la línea transversal de la boca cerrada se estiraba bajando en las comisuras deprimidas. Pasé 13 años sin volverlas a probar. Un día, ya de 30, comí dos. Creo que sólo 25 años más tarde he vuelto a saborear otra.

Ese asunto de quedarse con el deseo empezó a explicarse por sí mismo, debido a una experiencia creciente: pero sin darle proyecciones de carácter moral: cuando más se producía una reminiscencia de correlación sincrónica entre la supresión del deseo y el estiramiento de la línea de la boca cerrada. A los seis ya sabía leer y fuera de los libros con figuras, los demás no me interesaban, porque entendía las letras pero no las palabras, y los otros porque no les entendía ni las letras. —¡Qué dirán estos libros con letras llenas de esquinitas! —pensaba. Lo único que entendía eran unos libritos llenos de cosas fastidiosas en que se hablaba de moderación, de conformidad y de algo más por el estilo. Entonces no existían esos libros tan lindos de *Simón el Bobito*, *Rin-Rin Renacuajo*, etc.

Pero poco a poco, y andando el tiempo, persiguiéndome la idea de que el hecho de quedarse con el deseo tenía vinculaciones con la moderación, y en general proyecciones más extensas que el estiramiento de la boca (tenía ya 13 años) me llamó un día mi madre y me dijo: —Ponte el sombrero y acompáñame. Iba a visitar una familia amiga que vivía allí cerca. Cuando la vieron las niñas de la casa, salieron a recibirla. Al pasar por el corredor, vio un chiquito precioso, como de dos años, sentado en una alfombra y rodeado de más de cincuenta juguetes distintos. La madre era una de aquellas jóvenes, casada con un escocés. —¡Pobrecito! —exclamó mi madre— ¡este niño va a ser muy desgraciado! —¿Por qué, Señora? —Porque nunca va a tener deseos. —¡Pobrecito! No se pudo corroborar el pronóstico porque murió un año después, pero aquellas palabras quedaron grabadas en mi cerebro, y mucho más tarde, habiendo leído mucho, mucho, hasta libros con letras llenas de esquinitas, no encontré en ninguno de ellos una definición satisfactoria de la Felicidad. Era un problema, y un problema fundamental de la vida, que exigía una resolución. ¡Ah! pero entonces ya había de por medio ínfulas doctorales. No era posible encogerse mentalmente de hombro, y esperar que otros lo resolvieran. Era necesario poner en juego la inteligencia, la razón, la voluntad, el estudio, las opiniones todas, y alcan-

zar la meta. El resultado nunca, podría tener más que una importancia subjetiva; pero en verdad, no se buscaba otra cosa. Si los instrumentos de investigación han sido buenos, cualquiera puede, con ellos llegar a esa meta. Y en verdad por lo que a mí se refiere creo haber resuelto mi problema personal, con lo siguiente:

La felicidad consiste en tener deseos y realizarlos. Un alma sin deseos (o aspiraciones) es desgraciada. Es un alma muerta en un cuerpo vivo. Pero todos no son realizables, porque muchos de ellos son absurdos antes de haber nacido. Entonces, para que lo sean, deben tener un carácter particular. Los deseos deben ser razonables. Pero cuando tengas un deseo razonable y lo quieras realizar, pon en su ayuda toda tu voluntad, todo el peso de una voluntad de diamante hasta que tus retinas vean celeste en las tinieblas; pon toda tu inteligencia, todas tus energías, toda tu alma. No mires a los que pasan, no te preocupes de lo que piensan, no les pidas opiniones. Ya no eres una voluntad, eres una misión. Los deseos razonables, son hijos de la raza, de la familia, de la patria, de la educación, del ambiente. ¡Adelante! ¡aunque tropieces con la muerte! Y cuando la razón de tu deseo vaya más allá de los límites personales, no importa: ¡lo realizarán los que te sigan!

La dificultad que existía para definir la felicidad se encontraba en la amplitud total y armónica que se le señalaba. ¿Una grave enfermedad intercurrente? Eso no es una desgracia: es un accidente. ¿Una incurable? Eso puede ser un obstáculo próximo al límite. ¿La pobreza? No es una desgracia. ¿La miseria? Una calamidad mil veces transitoria...

Claro está que, si toda la aspiración de la vida de un hombre se expresa con

Io son'innamorado d'una stella...

que lo lleven al tonticomio.

Y dejando estas constancias de que no soy ni he sido un soñador, ni un visionario; a una edad en que difícilmente se modifican las convicciones —que por otra parte no he ocultado jamás ni en los escritos, ni en la conversación, ni en la cátedra— voy a ocuparme del fantasma a que aludí al comenzar.

El día 4 de Julio de 1857 fue uno de los más lúgubres de ese año en Buenos Aires: mucho viento frío y el cielo encapotado con nubarrones negros de vasta extensión que llegaban a exigir la luz artificial aún en las horas próximas a la meridiana. Nos encontrábamos en la quinta. Mi padre estaba de viaje y solamente acompañaban a mi madre su hermana y la

señora Manuela Almanza de Acosta, abuela de la que, andando los años habría de ser mi mujer. Esta señora había sido íntima amiga, desde su juventud, de mi abuela paterna, y la relación se extendía también, desde largo tiempo, a la familia de mi madre. Sus nietos la llamaban Mamá-Meme, nombre con que siempre la designé, lo mismo que mis hermanos menores, que nacieron más tarde, Carlos y María. Mis padres la trataban como si fuera para ellos una segunda madre, y, mientras vivió (hasta fines de 1865), su presencia en la quinta era para todos un motivo de fiesta. Su espiritualidad, la exactitud de sus juicios, los temas de sus conversaciones, eran una escuela. Afectuosa en extremo, no he conocido jamás una persona más atenta y servicial. Tenía un talento, que sólo he encontrado más tarde en Don Domingo de Oro (aquel hombre extraordinario al que Sarmiento, en *Recuerdos de Provincia* (1), designa como *la palabra-viva*, que el idioma inglés expresaría mejor con *the living word* y el castellano mismo con *la de viviente*) y que consistía en adaptarse de tal modo en su expresión y palabras a las diversas edades, que con igual rapidez fascinaba a una persona madura que a un chico de dos o tres años. Melchora, la hermana de mi madre y dos años mayor que ésta, era mi madrina de bautismo, en cuya fe del mismo, encuentro varias cosas que sin duda se relacionan, por una coincidencia extraña con nuestro apellido eslavo Kaulitz, con expresiones de devoción, como del "corazón de Jesús" —y aunque era realmente piadosa, no le hacía ascos a la lectura de Voltaire, ni de Montesquieu, ni de Volney (2), —y como esto parece algo oscuro, lo aclararé diciendo que mi segundo nombre "Estanislao"... Pero esta aclaración reclama otra previa, sin la cual todo quedará más oscuro.

En 1840, el Eduardo de la generación anterior tenía 25 años, y debía casarse con una Laura, de 20 años, que más tarde vino a ser parienta mía en primer grado, pero sabiendo que el General Lavalle se encontraba entonces con su ejército a una legua de distancia, se armó, montó a caballo, y se fue con él el día antes del casamiento, con gran orgullo de la mencionada Laura, la más tenaz y consecuente de las unitarias, como casi todos los Correa Morales. Se fue, pues; estuvo ausente once años, y se casó al día siguiente de regresar. Desde chicuela, mi madre era íntima amiga de Amalia, hermana de mi padre, y la cual, sin ser una beata, era devota de San Estanislao Kotsky, un chicuelo de aspecto enfermizo, cuya imagen, grabada en cobre, me fue familiar en los primeros años. Amalia, pues, le había pedido a su amiga Laura que, cuando tuviera un hijo, ya que habría de darle como primer nombre el de "Eduardo" por ser el primogénito, que se le agregase el de "Estanislao" como segundo, lo que ella no pudo confirmar porque murió en 1851. Esta devoción por un santo eslavo; el de "Wen-

ceslao", uno de los nombres secundarios de mi padre, así como el de "Cirilo", más la terminación en "itz" del apellido, me tuvieron mucho tiempo intrigado. Y continuando con lo de la devoción, el "Ladislao" era el del santo del día en que nací, mientras que lo de "corazón de Jesús" se debería a la madrina.

Ahora está claro, si no me engaño.

Mi tía y madrina, pues, en vez de enseñarme a quedar callado, me enseñó a hablar y a rezar, esto último por obligación y lo primero indiscutiblemente por divertirse.

Todos estos datos preliminares podrían parecer inútiles, absurdos, o como se quiera, si se tratara de un artículo literario; pero los considero de tal modo indispensables para mi narración, que los someto al juicio del mejor médico psicólogo, pues trato nada menos que de establecer las relaciones íntimas que me ligaban tan profundamente a aquellas tres damas, así como los antecedentes étnicos parciales que me vinculaban a una raza mucho más moderna que la helénica, la céltica y la germánica respecto de su desprendimiento de la raza ariana primitiva.

Era, pues, el 4 de julio de 1857, día del cumpleaños de mi madre, y que, desde entonces, lo fue de duelo. Tenía yo cinco años y algunos días. Mi hermanita Amalia, de dos años, se encontraba gravemente enferma de escarlatina. Los médicos que la vieron en junta en esa tarde ordenaron, entre otras cosas, tres sanguijuelas detrás de cada oreja. Afirmino simplemente un hecho, y mientras llegan esos recursos, describiré la casa a grandes rasgos. La quinta, muy dividida hoy, se hallaba situada en la esquina de Santa Fe y Ministro Inglés (hoy Canning), y corriéndose hacia la ciudad unos cien metros, se encontraba la vieja casa entrada diez metros más o menos y cuyas habitaciones y dependencias accesorias han sido demolidas. Al frente tres piezas corridas, siendo la central la mayor, y hacia adentro dos más, a cada lado de las extremas, y un corredor entre ellas. En la izquierda de éstas se encontraba mi hermanita, y, rodeando su cama, las tres señoras que he citado. Debía ser temprano porque no me habían acostado. En esos días se habían sacado todos los muebles del comedor (la pieza central del frente) colocándolos en el corredor, para pintarlo y empapelarlo. Esto último se hizo con un papel claro, apropiado, todo lleno de vetas finas, imitación pino lustrado.

Había entonces en casa un sirvientito, de poco más de seis años, llamado Juan Cufre, cuyas importantes tareas se vinculaban más con mis nacientes inclinaciones de naturalista que con las domésticas, pues su hermano, que era bastante mayor, viajaba entonces con mi padre. En aquella hermosa quinta, poblada de jardines y de grandes árboles plantados en 1815, abun-

daban los nidos y los pájaros (de los que, andando el tiempo, catalogué mas de 200 especies), de manera que cuando no era él quien trepaba por las ramas para despojar a un Churrinche a una Torcacita o a un Benteveo, lo hacía yo; y no pocas veces cuando el sol estaba muy fuerte y no me dejaban salir de la casa, él era quien salía en excursión por las regiones más apartadas del fondo y me entregaba su cosecha, sin poder olvidar jamás que en una de esas expediciones arriesgadas, porque podía ser asustado por un lagarto, un escuerzo o una serpiente no venenosa, obtuvo los huevitos blancos de nuestro "Dormilón" (Caprimulgo), declarándome de una manera categórica que el animal ponía los huevos en el suelo pelado, y como le negara la veracidad de una noticia tan contraria a mi concepto actual de la nidificación, inició una serie de investigaciones persistentes y diarias, hasta que llegó un día de subversión en que acercándose a mí con la cara llena de misterio me dijo en voz baja: —Acabo de ver el Dormilón echado. Huimos entonces desafiando todos los peligros, y a poco más de cien metros de distancia me indicó que tomara precauciones y adelantase con sigilo. Poco después avanzaba el brazo y me mostraba con el dedo a la hembra echada, la que, al volar, me permitió ver los huevitos en el suelo pelado.

Además de estas ocupaciones graves, dedicábamos el tiempo a otras tareas igualmente profundas: la rayuela, las bolitas, la payana, las cunitas, los barriletes de confección casera, cuyos ángulos, que nos llenaban de satisfacción por los hexágonos alargados, seguramente salían como la mona, a pesar de mis deberes hereditarios de matemático. Por decreto médico me estaba prohibido mirar siquiera letras impresas.

En ese anochecer oscuro y triste del 4 de julio, mi madre ordenó a la mucama que extendiera en el centro del comedor desnudo un trozo de estera, porque yo quería jugar con mi ayudante. Cumplida la orden, colocó una vela sobre ella, y me senté, en actitud de Buda, dando la espalda a la calle, y mi compañero se colocó en igual forma frente a mí. La vela quedaba entonces avanzada algo a mi derecha. Con carozos de damascos iniciamos una partida a la payana.

Un rato después gran alboroto de susto, gritos y llantos y carreras. Hacía tiempo que las sanguijuelas habían desempeñado sus funciones; pero la sangre de una de las heridas no se podía contener, mientras que en las otras cinco se había detenido a la primera aplicación. La sexta había consumido todo el resto de la yesca, y la sangre seguía manando. Enviar un peón a caballo a buscar más era inútil: la botica más próxima distaría tres cuartos de legua. Al fin, alguna de las señoras insinuó la idea de trapos quemados, y mientras una de ellas comprimía con un dedo la cisura, otra quemó los trapos. Momentos después quedaban restablecidos el silencio y la calma.

¿Cuanto tiempo pasaría? Quizá media hora. Al levantar la mirada hacia el rincón que quedaba al frente, y más aún a mi derecha, vi algo que no estaba antes allí. Se dibujaba de un color pardo ahumado, o gris algo subido; pero no sabía lo que era; no estaba en mis libros. Como persistiera en mirar fijamente en esa dirección. Juan me preguntó: —¿Qué mira, niño? —¿Qué es eso, che, ahí en el rincón? —le contesté. Miró con fijeza también durante unos instantes, y volviéndose a mí me observó con esa confianza que tienen en sus afirmaciones los que saben más o han corrido más mundo, como que él ya sabía andar a caballo y solía hacer mandados: —No sé, niño: pero si la gente tiene osamenta como los animales, eso parece una osamenta de cristiano. Yo nunca había visto osamentas. Pero, nos quedamos mirando aquello con insistencia. Entonces la imagen empezó a desvanecerse gradualmente por arriba, como en el aire frío los últimos copos de vapor de una locomotora en marcha (esta comparación sólo me fue dado hacerla casi dos meses después). Desapareció también la parte media, y cuando empezaban a borrarse las rodillas, sentimos un alarido, y más alaridos y llantos y gritos.

Al otro día, vestido ya poco antes de salir el sol, salí al patio. La ventana del cuarto de Amalita estaba abierta: me acerqué a la reja, y, sobre una mesa, completamente vestida, blanca como la nieve, yacía mi hermanita inmóvil. —¿Por qué la han puesto así? —pregunté a mi infantil Mentor. —No sé, niño; debe estar muerta. De la continuación inmediata de este episodio sólo recuerdo un cajoncito alargado, celeste, hexagonal...

Al año siguiente aprendí a leer; pero, entre los numerosos libros que había a mi disposición (últimas reliquias de una biblioteca de algunos miles de volúmenes) había mucho en otros idiomas que no eran el mío, y aunque los hubiera sabido entonces, me pregunto ahora qué habría podido hacer con *L'Art des fortifications* de Vauban (3), o *Essai sur les poudres de guerre* y otras análogas, sin contar lo que había en alemán, en inglés, en latín, etc. De todos modos, en ninguno de ellos se encontraba "una osamenta de cristiano"¹, de manera que al llegar a la edad de ocho años no había visto por aquellos caminos apartados y solitarios, próximos a la quinta, otras osamentas que las de vacas, caballos, perros o gatos. En esa época tuve alguna novedad en la garganta, y como entonces (¡y cuántos años después también!) se le tenía terror pánico al crup, mi madre me trajo a la ciudad, o más bien "al centro" y me llevó a casa de uno de nuestros médicos,

¹ Esta expresión era muy frecuente, hasta hace pocos años, entre la gente de campo. En mis estudios ulteriores nunca he podido encontrar diferencias reales entre las osamentas de los adeptos de las diversas religiones (*nota del autor*).

el Dr. Nicolás Alvarellos, mi padrino de tesis 20 años después. Vivía el célebre galeno en la calle Victoria entre Suipacha y Esmeralda. Vencidas las vueltas de la escalera, llegamos a un pequeño "hall", y, tirando del cordón de la campanilla, apareció una criada. —¿Está el Doctor? —Sí, Señora; ¿puede Ud. esperarlo un momento en la sala? Para llegar a ésta se pasaba por una galería muy estrecha, y la sala era espaciosa y ocupaba todo el frente de la casa. Al llegar a ella, vi en el fondo algo que me hizo dar casi un grito. —¡Mamá! ¡mamá! ¡eso! —Eso ¿qué? —¡Eso! ¡eso! —Pero muchacho ¿estás loco? —¡Eso que está entre la vitrina! —¡Pero eso es un esqueleto humano! —¡Pues eso es lo que yo vi en el rincón del comedor la noche que murió Amalita! Por otra puerta apareció el Doctor, y, después de los saludos, examen de la garganta, en la que no había ni hubo nunca nada importante. Naturalmente: cocimiento de llantén (4) con alumbre y miel rosada.

El carácter de mis padres, por aquella época, me parecía absolutamente antagónico. Mi madre cargaba con todo el peso de mi educación, especialmente en lo que se refería a mi religión y urbanidad, y como era intransigente y categórica en sus afirmaciones frecuentes, a veces me fastidiaba. En la mesa: "baja los codos; no vuelas: toma bien el cuchillo; que tu boca no suene como fuelle al tomar el caldo: el dulce no se repite; cambia de cuchara; no te hamaques en la silla..." —y así por el estilo. Otras veces se trataba de disertaciones con aforismos: "es necesario ser honrado hasta por conveniencia; la mejor urbanidad es la indiferente, tan equilibrada, que no llama la atención de nadie". Mi padre nunca me decía nada al respecto. Cuando me veía poner un codo en la mesa, se componía el pecho, se enderezaba, y tocando la mesa con las yemas de los dedos, decía algo tan sin relación con lo que quería corregir que me hacía mucho más efecto que un sermón. ¡Ya sé que iba a poner un codo en la mesa durante diez días! Sólo una vez en mi vida le oí decir algo relativo a la urbanidad: la única lección de urbanidad que me dio mi padre fue ésta: "El hombre educado se conoce en la mesa, en el juego y en su trato con las damas". Odiando el juego, se me ha simplificado mucho la tarea. ¡Pero los tiempos y las gentes han cambiado tanto! Las modas, el progreso, la intervención de otras etiquetas distintas de la imperialísima antigua etiqueta castellana, han permitido a gente con fama de tono enjuagarse la boca con agua tibia y echar el buche en un recipiente de vidrio, frotarse luego los dientes con la servilleta en presencia de todos... etc., etc., etc.; pero hoy, ya, nadie sabe comer aceitunas, cuando es tan fácil, con tal de no arrojar el carocito a los vecinos de mesa que quedan al frente. La higiene, por su parte, ha ipecacuanizado (5) los estómagos a fuerza de letreros, y ya no es grave falta de educación hablar en la mesa de porquerías, de enfermedades o de desgracias.

Él jamás me sorprendía con una pregunta. Cuando quería dirigirme una, me llamaba para mostrarme una flor nueva que había abierto, una fruta rara, un pájaro extraño. En la ocasión a que deseo aludir me llevó hacia el fondo de la quinta, y so pretexto de buscar unas peras o hacerme ver cualquier cosa, me hizo pasar por donde se encontraba un esqueleto pequeño. —¿Qué es eso? —No sé, papá; debe ser un esqueleto de gato. —Creo que no; la cabeza es muy alargada; ¡ah! sí; es de comadreja. Pero hombre, a propósito ¿qué viste en el rincón del comedor la noche que murió Amalita? Y con tal motivo le referí lo que ya sabemos. —¡Es muy curioso! ¿no lo habrás soñado? —¡Qué esperanzas! pregúntale a Juan Cufre.

Esa noche, de sobremesa, habló de Cagliostro (6), de Mesmer (7), de magnetismo... En cierto momento en que decía algo en voz muy baja distinguí las palabras: "lo que vieron estos chicos..." ¡Para lo que yo entendía de todo eso!

Pocos años después, Juan Cufre salió "a correr mundo"; pero volví a verlo allá por 1870 o 71, y una vez satisfechas las averiguaciones de orden le pregunté: —Recuerdas lo que vimos en el rincón del comedor la noche que murió Amalita. —¡Ya lo creo! Como si fuera ahora: era un esqueleto humano, y, cuando se iba borrando, la Señora dio un grito... En 1877 lo llevé de peón en mi viaje a las provincias del Norte, y en un momento en que recordábamos cosas de la quinta le pregunté lo mismo, y me repitió casi textualmente lo que acabo de escribir.

Dos palabras sobre la educación religiosa. Desde muy chico me hicieron rezar el *Bendito* y más tarde el *Ave María*, el *Padre nuestro*, el *Credo* y tantas otras oraciones y enumeraciones más. Recuerdo algo así como el *Trisagio* cuando había tormenta; pero un día oí que mi padre decía entre dientes respecto de lo último: "El día que este muchacho lea algo de los pararrayos..." y el *Trisagio* no se oyó más; pero yo averigüé lo que era el pararrayos. En esa época (y desde muchísimo antes) los niños no podían dar a sus padres los buenos días ni las buenas noches sin el agregado de "Buenos días papá la bendición papá" y lo mismo a la mamá, con la contestación obligada de "Dios te haga un santo" o "Dios te haga bueno" pero eso no impedía que a veces oyera frases perversoras como "Fíate en los santos y no corras".

Alrededor de los trece años noté que mi madre padecía de una recrudescencia de misticismo. Se conservaba en casa una imagen de San Antonio, como de medio metro de alto, muy bien trabajada, y no sé si hacía cien o doscientos años que estaba "en poder de la familia". Su cara era juvenil, plácida, como si llevara un caramelo en la boca, y todos los jolgorios de la vida en los ojos brillantes. La actitud de su brazo izquierdo levantado y

doblado habría sido ofensiva si lo moviera; pero sostenía un grueso libro encuadernado de color café y con cantos dorados, el cual servía de peana a un Niño Jesús cuyo pie izquierdo se fijaba al libro por un alambre que se hundía en aquél como un clavo. Había llegado a ser giratorio. Nunca se me ocurrió preguntar en poder de qué familia lo habían conservado.

Carlos ya tenía ocho años y María iba para los seis. Además figuraban dos chicuelas y un chico para los servicios menudos, de manera que se hacía indispensable darles enseñanza religiosa. Pero ¿por qué motivo se me incluía a mí también? No lo sé. Era necesario obedecer. En el cuarto de la chimenea, el derecho del frente, el piso era de baldositas hexagonales muy lisas... y muy duras, y como por entonces di un fuerte estirón que me proporcionó la altura definitiva, con el correspondiente dolor en las rodillas y en las canillas, no me hizo ninguna gracia cuando por vez primera resolvió mi madre que rezáramos de rodillas frente al San Antonio, colocado en mi cuarto sobre el marco de la chimenea. Los rezos durarían... la verdad es que no lo sé, porque era tanto lo que bostezaba, digamos 14 minutos o 14 horas.

A la noche siguiente hice extender una tira de alfombra. Cuando mi madre la vio, la hizo sacar. —No; hay que hacer un sacrificio; más padeció Jesucristo por nosotros —dijo. —Es verdad —repuse—; sufriendo así se piensa menos. Por eso debe ser que apestan las iglesias con incienso, perfume guarango.

En esa noche comenzó la lucha.

A la tercera me ligó un inconveniente.

Además de los rezos de costumbre, aquella directora de seis almitas resolvió rezar un rosario. Ahora no recuerdo si era con este motivo o con otro; pero sí que se trataba de un error que se repetía. —Mamá: ¿el vientre de la Virgen María se llama Jesús? —¿Por qué? —Porque decimos, y vos también: "...y bendito sea el fruto de tu vientre Jesús". —Y así se dice. —Debe estar mal, porque después de vientre debería haber dos puntos o siquiera una coma. —¡Tomá dos puntos! —Y eso fue lo que me ligó: un pellizco en el brazo. Probablemente, en previsión de esas correcciones me hacía hincar a su lado.

A la cuarta, y después de muchos bostezos a causa del rosario de memoria, porque en casa no había rosario, pregunté: —Mamá ¿Dios y la Virgen son muy estúpidos? —¿Qué disparate estas diciendo, muchacho?! —Sí; porque cuando una sirvienta hace algo mal, la enseñas a hacerlo bien; a la segunda la tratas de torpe o de ruda, y a la tercera le dices estúpida o algo peor. —¡Toma algo peor! —Y me ligó otro. Eso no quita que el *Padre Nuestro* sea una oración egoísta, que alaba a Dios, lo adula luego, y sigue pidiendo

y pidiendo, como si él no supiera lo que necesitamos; parece cosa de indios.

A los pocos días hubo una modificación. Me pareció oír "*Secuderam num principium, nuncasemperseculaseculorumamén*". Esto produjo un verdadero estupor en la grey, que ni siquiera había pestañado antes, cuando se presentaban en las Letanías el *Kyrie eleyson*, el *Frederis arca*, el *Ora pro nobis* y toda la Babel que las constituye. ¡*Secuderam*! Había que estudiar eso, escuchando bien. Claro está que lo estudié. Al oírlo por cuarta vez, me convencí de que había oído bien la primera, y aprovechando la pausa obligada después del: *rumamén*, dije:

—Mamá: eso está mal; así no tiene sentido. El *secuderam num principium* debe ser *sicut erat in principio*; *in* preposición de ablativo, y vos lo ponés en acusativo a. Me pareció oír una risa en el comedor. —Y después, no *nuncasemperseculaseculorum*, sino *nunc et semper, per secula seculorum*. Y cuando me iba a ligar algo, oí a mi padre en el comedor que se reía a carcajadas, reventando materialmente de risa. La grey fue disuelta *nuncasemper*, y cuando la gente menor se fue a dormir, oí desde mi cuarto, que dragoneaba de Capilla, estas palabras: —Déjate de farsas. Si hubieras reducido tu repertorio a una o dos oraciones discretas e inteligibles, que bien podrías haber confeccionado, no habrías inyectado en el entendimiento del muchacho ese espíritu hoy inconsciente de humorismo razonador que acabará con la poca devoción que le queda ¡*Secuderam num principium*... jja! jja! jja! ¡en acusativo! jja! jja! jja! ¿Cómo va a soportar un ablativo en acusativo? jja! jja! jja!

Pero eso sí: ahí coincidían los dos, en lo del genio alegre. Mi madre, que era más burlona, acabó por darse cuenta de la situación, y en la *joie de vivre* de ambos, acompañó a mi padre en las carcajadas. Sólo tres veces en mi vida lo he visto reírse así, porque generalmente no pasaba de una sonrisa más o menos acentuada. De todos modos, ésta era la segunda. La tercera fue muchos años más tarde, y siendo yo ya médico, con motivo de un cuento inglés, y en inglés, que le referí a propósito de un espárrago.

La profecía paterna se realizó tres años después. Mis profesores de Filosofía, en los preparatorios, fueron el Dr. D. Luis de la Peña y el Dr. Pedro Goyena. Los textos eran el Gerusez y el Balmes. ¡Se necesitaba tanta oscuridad para que surgiera en mi entendimiento un Sol sin más noche que la de la vida!

Y ahora, para terminar: Creo sinceramente en la realidad de la visión; pero no en la objetividad de la misma, porque ha sido una objetivación. Esas tres señoras que rodeaban a mi hermanita moribunda han estado pensando en la muerte y conversando sin duda en voz baja. El rincón en que

vimos el esqueleto era adyacente a los dos aposentos en que murieron mi tía Amalia en 1851, de escarlatina, y mi abuelo en 1853, probablemente de aneurisma. Alberto mi hermano, que me seguía, murió en el que mediaba a mi izquierda, y —de paso— Amalita agonizaba en el mismo sitio en que falleció mi abuela materna. Las tres señoras pensaban en personas que habían conocido perfectamente, y al pensar también con toda intensidad en la muerte que tan cerca estaba, su símbolo universal, el esqueleto, se ha pintado en sus cerebros con más intensidad aún, amalgamando esa idea con la situación en que volvía yo a quedar privado ahora de mi hermanita, como antes de un hermano al que sólo llevaba menos de dos años, que podría haber sido mi futuro amigo y compañero de la vida, quizá con las mismas inclinaciones, los mismos gustos, los mismos estudios, y realizar quién sabe qué proezas o qué desatinos, porque al otro, que venía en camino y que llegó casi cuatro meses más tarde, hijo del dolor, le llevaría más de cinco años, mientras que ahora quedaba reducido a la compañía de aquel chicuelo que, en el invierno de 1856 se presentó en la quinta, en un día horrible de frío y de lluvia —lo recuerdo bien— descalzo, hambriento y mal cubierto de andrajos, huyendo de los malos tratos, cuyos moretones y cicatrices llevaba, recibidos de la cruel familia en cuya casa se criaba. Una asociación de ideas semejantes era perfectamente natural, y los tres pensamientos de personas de alta voluntad y carácter, han reflejado en nuestros cerebros infantiles sensibilizados la imagen simbólica que se dibujaba en los suyos, para objetivarse por medio de aquellos en el rincón en que la vimos. Puedo dar al fenómeno el nombre de *Telepatía birefleja sintética*.

No soy visionario, no soy iluso, ni tengo ninguna superstición y me felicito de haber visto un fantasma porque, después de cincuenta y seis años, me brinda la oportunidad de ofrecer la explicación científica de un fenómeno que quizás, en casos análogos, haya sumergido a más de un entendimiento superior en el infierno de la superstición y del fanatismo.

En la Naturaleza infinita todo es natural, hasta los fantasmas.

Buenos Aires, 1913

EN MANUSCRITO

36. EL PIANO DE ELVIRA (15 de septiembre, 1876) (1)

Reclinada muellemente en un sofá de brocado blanco Elvira dirige de cuando en cuando y como por compasión una mirada llena de dulce languidez al rico reloj colocado sobre el marco de la chimenea.

Este movimiento parece indicar que Elvira espera a alguien y como acaba de oírse una campanada que señala las nueve y media, es muy posible que la hermosa niña no tarde en impacientarse. Su rostro, empero, no revela malestar, sino más bien una satisfacción oculta para un profano, pero no para aquél que sabe leer en la simple intensidad del brillo de dos ojos bellísimos, el placer que experimenta la que los lleva, al considerar que no será molestada en su deliciosa abstracción de espíritu.

Y efectivamente, si se estudia por un momento la fisonomía de Elvira, se verá que su alma no ha sido presa de una llama amorosa y que en vano se esfuerza en buscar un corazón que sepa latir con el suyo, porque entre todos sus pretendientes no ha hallado hasta ahora sino sonrisas, halagos de la mirada, pero incapacidad absoluta para sentir como ella.

A pesar de todo esto, Elvira tiene, según lo dicen las amiguitas de la vecindad, cierta predilección por Gaspar, y se fundan en que, de todos los favorecidos, él es el más asiduo y atencioso.

Pero nada más. ¿Qué le regaló un jazmín del Cabo que llevaba en la cabeza, del lado izquierdo, hace tres días? No, ésta no es razón, porque hace dos que presentó Arturo uno que llevaba del lado derecho. ¿Qué le miró con más ternura en el baile de Misia Josefina? Tampoco, porque miró del mismo modo a Carlos en el de Misia Amelia. ¿Que aceptó su brazo cuando salía del teatro, hasta llegar al carruaje, cuando dieron *Lucía*? Mucho menos, porque aceptó igualmente el de Enrique en la próxima función.

A esto se reducen los comentarios, y en verdad hacen muy mal las amigas de Elvira en juzgar del estado de su corazón por la asiduidad de las visitas de Gaspar. Esto no quiere decir sino que Gaspar es más obstinado.

Todavía falta un cuarto para las diez, y mientras Elvira continúa reclinada en el sofá, vamos a aprovechar esos pocos minutos haciendo un boceto

rápido de la bella joven y del fondo en el cual se destaca con todo el esplendor de sus diez y ocho primaveras.

Elvira es alta, pero muy poco más que la altura mediana. Su rostro oval presenta un conjunto de formas y expresiones que irradian una noble voluptuosidad, su sedosa caballera de azabache, elegantemente peinada, realza una camelia alba-plena, sus ojos negros entreabiertos en aquel momento, dejan escapar dos rayos impregnados de inefables promesas de fruición, los párpados superiores, guardianes de aquellos rayos, parecen comprender que su misión en aquel rostro es impedir la completa difusión de la llama más vívida; por eso despliegan en blanda concavidad sobre el brillante globo. La nariz delicadamente perfilada, no es recta, sino algo curva, pero esta línea es tan suave, que se pierde como un detalle inapreciable; sus labios son rojos y húmedos, como que forman el cráter por donde brotan las manifestaciones de una perpetua elaboración de vida y como siempre están entreabiertos, dejan presumir los deliciosos caprichos de armonía que despiertan unas figuritas blancas, nacaradas, que no pueden ocultarse por completo en la sombra de la boca; y cuando ésta sonríe, es imposible resistir a la tentación de creer que son cristales dejados allí por las últimas lavas de una erupción imaginaria. Aquella boca tan suave, tan fresca, tan bella es un nido de amor, de promesas, y gracias, por donde no han pasado aún las trémulas alas del arquero infantil.

Su garganta tiene suavidades extrañas que recuerdan no sé por qué misteriosa evolución de ideas las playas marinas, eslabones del Océano, con sus ondas turbulentas y las rocas inmovibles que no baña su espuma.

Después..., Elvira es graciosamente delgada, pero perfecta; sus espaldas y caderas tienen una amplitud suficiente para revelar salud y la intención marcada de la naturaleza de haber hecho de Elvira un modelo de estatuaría que no habría desdeñado el buril de Milo, y aunque es verdad que las conveniencias sociales modernas han arrebatado a los artistas sus más preciosos elementos de estudio, no por esto ha muerto por completo la estética social: de cuando en cuando tiene sus enternecimientos por el dolor de sus intérpretes y revela hombros aterciopelados que darían envidia a las palomas, brazos marfilinos, y allá, de cuando en cuando y como relámpagos fugitivos, penumbras y sombras. Aquí termina la escultura moderna ¿queréis ir más allá? Vuestro buril se estrella en una máquina infernal llamada corset, inventada por la muerte para tener en actividad el suelo de las tumbas: la estatua es invisible, cubridla de velos espesos de raso, de terciopelo, de tules, y entonces la colocáis en el pedestal. He ahí la estética, pero hay más ilusión.

Si a todo esto agregáis que Elvira, por un capricho, viste hoy traje de seda negro, ceñido al cuerpo porque así lo ha querido la moda, que en

algunos casos, y muy particularmente en éste, aplauden estrepitosamente los hombres, que en su cuello resaltan viejos tejidos de Inglaterra, y que una gruesa cadena de oro se desprende del fondo negro; si a todo esto agregáis los juegos de luz que se alternan en su traje, la posición reclinada, y su gracia suprema os pregunto si a una mujer semejante, no le es permitido tener caprichos a los diez y ocho años.

Suenan las diez. Elvira está sola.

El fuego chisporrotea alegremente en la chimenea, y sus lenguas rojizas, reflejándose y refractándose en los caireles de la araña, confunden sus vibraciones con los efectos del gas y volando en el aire perfumado del salón, y jugueteando en la rica alfombra y en las paredes cubiertas de papel apanado azul con florones impresos y en las cortinas y en los cuadros al óleo de marco dorado, forman mil figurillas fantásticas que aumentan la abstracción inefable de Elvira.

Se apagan las vibraciones del último golpe de las diez y la niña no se inmuta.

Un momento después, se incorpora, mira en torno suyo y hace un gesto desdeñoso, como diciendo: "¿Gaspar no ha venido? tanto mejor". Luego sonríe y exclama: "Siquiera viniese Enrique, o Carlos, o Arturo... o Gaspar".

Pero su deseo expira con sus palabras porque en movimiento casi involuntario, sus miradas han ido a descansar en el piano que tiene cerca de ella.

Se pone de pie, adelanta un paso y se detiene como a escuchar un sonido imperceptible y que no sabe si traducir por un lamento, por un suspiro, o por una nota musical. Se sienta al piano y descubre el teclado. No lo ha tocado aún, y ya las cuerdas están vibrando, impacientes por resonar.

II

Aunque Elvira no es supersticiosa, no puede oír en su piano una música que sus dedos no han arrancado. Es necesario que esté dormida o que sea algún instrumento de la vecindad. Pero no; ella escucha atentamente, y el sonido no viene del exterior.

Los párpados olvidan su misión y descubren dos globos ardientes que giran impelidos por el sentimiento del misterio y un poco, quizá mucho, de temor.

¿Qué es eso? ¿Dejarás que te domine un pueril cuidado? Siéntate, niña inexperta aunque joven y bella, no tienes facultad para ser timorata y mucho menos para creer en visiones. Si oyes una música tenue, imperceptible casi, ¿no comprendes que es la música que las ilusiones nacientes murmuran en tu alma sin amores? Domine tu habilidad la aberración apa-

rente y alegre tu corazón con las combinaciones melódicas. Pero qué: ¿no me oyes? ¡Acaso un harpa eólica difunde sus lamentos en el aire perfumado! Tienes la inspiración, tienes el arte. Tu mano psíquica es un tesoro de movimientos fieles ¿por qué las alejas del teclado? ¿Temes acaso lacerar sus contornos purísimos?

Una sonrisa incrédula arquea sus labios de guinda y un prelude más rápido que la gacela brota en escalas ascendentes y descendentes de las dóciles teclas. Las manos de Elvira parecen picaflones inconstantes, libando el rocío y las mieles de la mañana. Un acorde termina el prelude y una pausa que el pedal comprimido no traduce, aleja las vibraciones que agonizan confundidas.

¿Meyerbeer? (2) ¿Beethoven? ¿Weber? ¿Bellini? ¿Donizetti?

No. No está dispuesta a interpretar almas que no son la suya. Elvira compone.

Y en aquel momento supremo en que parece que una voz del cielo le reprocha su frialdad ¿su frialdad? no, mentira. Su corazón es un vaso de aromas que van a perfumar el alma que sepa aspirarlas, como esas flores que guardan el néctar para las mariposas que saben penetrar en el fondo misterioso de su corola —en aquel momento oye una melodía sin nombre que el alma procura en vano interpretar.

¡Pobre Elvira! sólo las aspiraciones mundanales han pretendido mariposar en tu vaso de aromas. Aún no han sabido descubrir el tesoro que guardas. Consérvalo, ocúltalo y no prodigues la mínima partícula.

Canta, ruseñor sin altar, y cuando el sacerdote consagre tu templo y adore tu alma, derrama sobre él todo tu amor, y no conserves para ti sino el altar.

Bendición celeste, aromas de la vida, todo, todo y en el fondo el misterio.

Cristal purísimo, tú reflejarás la última línea, la mínima chispa del incendio y sólo entonces, recién entonces, prostérnate ante la sublime Naturaleza que ha arrancado por fin las notas del acorde de tu vida.

Pero ¿qué melodía es la que ha oído Elvira? La ha oído efectivamente o es una simple alucinación. No, la melodía continúa y se hace cada vez más perceptible.

Presa de una angustia infinita, se pone de pie, reconcentra sus sentidos y no puede comprender ni la expresión de aquella música ni la vehemencia de sus emociones. Y como para no perder ni una sola nota de aquel abismo de delicias, contiene la respiración y procura acallar los latidos que agitan su pecho, intérprete imparcial de lo que pasa en su alma.

Abrir el balcón, tocar el timbre, llamar una sirvienta, retirarse de la sala, todo esto puede hacerle perder un sonido, un eco, una nota muda, y

luchando consigo misma, preguntándose el secreto de su propia turbación, se deja caer en el sofá, al cual se había acercado sin quererlo y sin sentirlo.

Olas de sangre coloran su rostro lleno de encanto, y en pos de la sangre, olas de palidez, y alternándose turbulentamente la palidez y el rubor, se establece al fin el equilibrio de sus fuerzas, porque la palidez reconcentra el rubor en las mejillas que parecen entonces más tibias, más aterciopeladas y más bellas.

El harpa está templada. Dejad que el soplo del destino vuele sobre sus cuerdas y veréis qué torrente de emociones, qué cascada de entusiasmo y amor.

III

Durante esa misma noche en un salón perfectamente iluminado, admirablemente dispuesto para pasar las horas alegres, cinco jóvenes elegantes rodeando una mesa sobre la cual hay tazas de té y de café, copas de oport y botellas de cerveza, un ajedrez con las piezas dispuestas de tal manera que las blancas darían jaque-mate a las negras en tres jugadas, como lo asegura Filidor (3) en la página 125 de su libro, discuten acaloradamente sobre un punto que debe ser interesante, a pesar de que aún no ha tenido consecuencias graves en la integridad molecular de las copas o de las tazas.

Aquel salón es un club, pero un club que no admite, más que seis socios, cinco de los cuales ocupan ya sus respectivos asientos. ¿Vendrá el sexto? Quién sabe. Tiene un carácter tan raro...

Los miembros de aquel club han comprendido la sociabilidad a su manera, a su paladar ¿cómo no? Todos ellos son jóvenes ricos, muy ricos, elegantes, buenos mozos, inteligentes e instruidos ¿qué más pueden desear? ¿felicidad? el porvenir es de ellos porque las canas no han desplegado aún sus venerables hebras de plata, ¿fortuna? quizá tienen de más; ¿cordura? poseen la suficiente a pesar de todas sus cualidades físicas y morales. ¿Sobre qué discuten, pues? ¡Aaah! ¿política? No, porque todos ellos participan de la misma opinión: "paz, gloria, prosperidad, justicia, abnegación y honradez. El candidato que no reúna los medios de hacer efectivas estas condiciones, puede irse con la música a otra parte". Así lo tienen escrito en un gran cuadro colocado sobre el piano, y como ellos son seis, cada uno ha propuesto una condición, y como son argentinos y por lo tanto han comprendido que para que su amistad sea duradera es necesario que no se hable de política en su seno, cada vez que uno de ellos toma la defensa de un magistrado y ataca a otro, inmediatamente se ponen de pie los cinco miembros restantes y señalan sin decir una sola palabra, la condición no

cumplida, movimiento simultáneo que el orador comprende y acata, porque así se lo han prometido mutuamente y en caso de que ninguna de las condiciones haya sido violada, el orador puede continuar haciendo uso de la palabra sin temor de ser interrumpido. Entre ellos hay armonía, no hay duda alguna, y sin embargo, tienen una vida agitada en aquel recinto confortable que han preparado y costean con un fondo cuyo destino es sostener las comodidades y el servicio de su club. Y como son artistas, o literatos, lo que no obsta a que sus conocimientos sean bastante profundos en una instrucción general, no pueden fastidiarse, porque siempre hay algún punto interesante al cual dedicar su atención.

Éstos han comprendido, la vida y la practican.

La noche está bastante fría y debían estar reconcentrados; pero ellos son insensibles a la temperatura exterior, porque la chimenea levanta lenguas de fuego tan intensas y animadoras, que el ambiente en que se agitan, difunde un bienestar inefable de manera que participan de una tensión de espíritu deliciosa.

En aquel momento discuten y no sabemos de qué, ni podemos presumirlo. Así pues, será indispensable escuchar lo que dicen... "No, yo no puedo aceptar esa proposición, porque es desconocer la naturaleza humana" dice uno de ellos con aire dogmático.

—No digas eso, Carlos, porque la experiencia...

—La experiencia. ¿Acaso tienes tú más experiencia que yo? Dime Arturo, si mañana te dijeran que se había cuadrado el círculo ¿qué diría la experiencia?

—¡Vaya! esa es peor. Aquí no se trata de aceptar aquello que se puede o no resolver por el número. No te apartes de la cuestión. Veamos tú, Enrique, matemático ensimismado ¿qué piensas?

—¿Yo? no pienso nada.

—Pues yo —dice Carlos, que ha interrumpido por su parte la discusión para servirse oporto— pienso que la cosa es posible. ¿Quieres una copa, Gaspar? ¿y tú, Federico?

—Bien, pásanos.

—Por mi parte, acepto también —dice otro joven que al entrar ha hecho un cordial saludo a los amigos—. Al verle por primera vez, se le puede calificar de botarate, pero pronto desaparece este juicio para dar lugar a la mejor voluntad respecto de su carácter. Es franco sin límites, y Gaspar asegura que es artista sin medida.

—¿Quiere Ud. algo? —pregunta el criado que al verle entrar se acerca sonriendo.

—Sí, destapa una botella de cerveza; ese oporto me empalaga. Yo no sé qué paladar tienen Uds.

—¡Uf! ¿y prefieres la cerveza al oporto?

—¿Y cómo no? la cerveza es la paleta más rica en el taller de la imaginación. ¡Tiene más tintas! ¡Aj! Dame de otra clase, pero que sea amarga y fuerte. Quiero dar tensión al espíritu. ¿Pero qué discutían? Hacían un ruido abominable que se oía desde la calle.

—Oiremos tu opinión y verás si el asunto no es para calentarse los cascos. La cuestión es ésta: ¿cuál es el medio más rápido de apoderarse del corazón de una mujer?

—Cuestión de arte. ¿Cuál es la facultad más desarrollada en la mujer? el sentimiento, ¿no es verdad?

—Pero mira, Alejandro, que todo eso se ha dicho hoy aquí.

—Tanto mejor; ahorraré tiempo: la mejor arma es el sentimiento.

—Homeopatía corrida.

—Como quieras y tan es así que... a propósito ¿y cómo te va de amores Gaspar?

—Necesito tomar lecciones en tu escuela, porque Elvira es inexpugnable.

—Táctica, Gaspar, táctica. Ya se acabó la época de los sablazos y Elvira no es más que una fortaleza cuya toma se resuelve como y con una ecuación de primer grado...

—Allá veremos; pero sigue exponiendo tu teoría.

—Ya la conoces, el corazón de la mujer, que es sentimiento, se conquista con sentimiento. Tan es así, que el día que me proponga hacerte una mala partida sin que Elvira me vea, sin verla yo a ella, hago que se vuelva loca por mí.

—Farsa; nosotros discutíamos seriamente. ¿A qué vienes con eso de que sin verse...?

—¡Toma! pues es claro si sabe que soy yo, la perdemos, porque Elvira me odia.

—¡Te odia! —exclamaron todos a un tiempo—, y ¿por qué?

—Muy sencillo. Tenía yo veintidós años y ella quince. La vi, la amé. No te enfades Gaspar. Pero como corría una voz de que lo mismo me había sucedido con su vecinita X... se irritó en cuanto se lo dije. En el fondo sé que más de una vez se acuerda de mí, pero en la forma, me abomina. Cuestión de forma, como ves, Gaspar. Hoy por ti, mañana por mí. Así está organizada la sociedad y yo no voy a ser el Redentor. Por mi parte, adoro a cuantas veo, y no bien se pierden de vista, se me acaba la pasión. La única que me preocupa es Elvira, y para que haya armonía, aparento odiarla también. Para consolarme de tanta pérdida, toco de cuando en cuando el piano con la antigua vecinita, y como yo sé más que ella, le hago los bajos. ¡Pobrecita! y siendo una profesora, suele dar un do por un mi. Lo que es yo no me

equivoco nunca, porque como no la amo sino en la forma, el fondo siempre es severo.

—Pero dime, ¿cómo es que no nos habías referido antes esa historia sentimental? —preguntó Gaspar.

—¡Vaya! ¿Y para qué?

—Para derramar una lágrima de esperanza en el fondo de tu corazón.

—Hablo serio, Gaspar, y si en las circunstancias aparentemente favorables en que te encuentras quieres tentar la prueba.

—Acepto.

—Con una condición. Si yo gano, te retiras de la casa, porque el corazón de Elvira me pertenece por derecho de antigüedad.

—¿Y si pierdes?

—Entonces ganas tú, y no hemos dicho nada. Síntesis: Elvira es mujer; en la mujer domina el sentimiento...

—¿Ergo?

—Yo voy a dominar al sentimiento y a la mujer.

—¡Sublime Aristóteles! ¿quieres más cerveza?

—Pero como somos amigos, y la amistad vale para mí más que todo el amor de Elvira, te prevengo que si gano la apuesta, continuaremos como ahora, porque yo no pienso ir a cortejarla, y si alguna vez nos encontramos en el mundo, la diré que la odio. Mi único fin es que no pierdas con ella un tiempo que nos pertenece.

Los dos amigos se estrecharon en un cordial abrazo.

¡Pobre mujer! y así jugamos los hombres con tu corazón que es todo ternura. El sentimentalismo de la última escena arrancó una lágrima al criado; pero es de advertir que con tales maestros no podía ser de otro modo, debiendo mencionarse también, en honor de la verdad y del respeto que los miembros del club nos imponen, que aquella lágrima era de risa.

—¿Está bien templado ese piano?

—Puedes cerciorarte.

Alejandro se sentó junto al instrumento y recorrió el teclado.

—Magnífico. Abre el balcón, Mercurio amable.

—¿Con este frío? La gente que pasa se va a reír.

—¿Y no nos reímos nosotros aunque esté cerrado?

Ante aquel argumento, el criado obedeció convencido.

Debemos recordar que la casa de Elvira distaba apenas treinta pasos.

—Es para que se oiga mejor, dijo Alejandro por vía de explicación.

Y despertando de las cuerdas ya calladas los sonidos más dulces y mejor combinados por el sentimiento más exquisito, permaneció allí durante un cuarto de hora.

Extasiado ante aquellas galas del talento artístico el auditorio derramaba lágrimas cuando agonizaron aquellas melodías, y Gaspar, conmovido como los otros, salió del aposento y se precipitó por las escaleras y llegó a la calle, donde tuvo que pedir permiso para pasar hasta la casa de Elvira tal era la aglomeración de gente. Así se manifiesta el poder del arte.

Mientras Gaspar corre a casa de Elvira, volvamos a ocuparnos de ésta por un momento.

Un sopor voluptuoso se apodera de la hermosa niña, y reclinada otra vez, como lo estaba antes de sentarse al piano, ve pasar ante su espíritu excitado, todos los ensueños, todas las ilusiones, todas las esperanzas, color de rosa, color de cielo. Y entre esas nubes matizadas, entre la nácar de las alas fantásticas, entre el cielo y las rosas, ve que se acerca una figura que no puede diseñarse porque es indecisa, y cuando llega a presentirla, menos la comprende, porque sus formas son intangibles. Es como esos arroyos de aguas tan puras y cristalinas que parece tuvieran el fondo en la superficie, y cuando la mano se humedece en su linfa para tomar los guijarros de precioso color que se destacan en su arena, se retira engañada, porque el fondo está muy lejos, porque la ilusión es tanto mayor, cuando más profundas son las aguas.

Y sin embargo, aquella imagen que diseña su delirio amoroso quizá no está muy lejos. Tal vez se acerca.

El harpa está templada. Dejad que sople el viento del destino.

—¿Qué linda música; eh? —dice Gaspar presentándose en aquel momento.

—Sí, contesta la bella, y se retira a sus habitaciones, indignada de aquel lenguaje, que no es el que acaba de soñar.

IV

¡Gaspar, pobre Gaspar! Toda su ilusión se acaba de desvanecer. Presa de una angustia sin límites, ve pasar ante la vista de su espíritu alelado todas las imágenes que en momentos mejores había soñado para su porvenir.

¡Elvira le desdeña! Elvira, el ídolo de sus esperanzas, ya no le escucha, el encanto de sus encantos ya no le fascina, el aroma de su templo ya no le perfuma el alma. ¿Y cómo no? Gaspar ha profanado la cuerda de una lira que sólo deben pulsar los dedos de las hadas; Gaspar ha roto el misterio de una música celeste con la palabra más fría de la admiración más vulgar, y aquella mujer que flotaba, mariposa de luz, en un éter de armonías delicadas, ha sentido todo el horror del infinito, todo el vacío de la inmensidad, y precipitándose con las alas del desengaño en el mundo real, ha visto disiparse de un golpe todos los ensueños que en un momento habían llenado un mundo de esperanza y amor.

Una mujer perdonará un insulto; pero en el fondo de su corazón incomprensible jamás habrá perdón para un desengaño.

La ilusión es el ropaje de su alma; el relámpago de su desgracia, el cosmorama de su felicidad. De una mujer podréis hacer un Platón o un Víctor Hugo, elevarla a todas las esferas del talento y del saber, pero jamás podréis arrancarle la ilusión. Por ella, vuela al infinito, penetra en el Cielo, se abisma en el caos, la ilusión la subyuga, la arrastra, la sostiene y la anima. Arrancadle ese tesoro, y tendréis un cadáver. Desde la cuna, la ilusión sonríe a sus ojos; en la religión el encanto de lo desconocido, en el amor la atracción del misterio, en el odio la esperanza del perdón, en la muerte... la ilusión del empíreo. En toda empresa ilusoria, la mujer lleva el estandarte, y en cualquier acto de su vida, la ilusión le señala la senda. Buscadla en todas las edades; en todos los tiempos, en todas las condiciones sociales, en todos los momentos de su vida: siempre es la misma, aunque bajo formas diversas. Mirad estos dos niños; un varón y una mujer; ésta tiene una muñeca, aquél un caballito hueco de maderas; ella adorna su muñeca, le cubre los pies sin proporciones, la duerme, la arrulla, le canta, le conversa, la corona de flores, le perfuma los trajes, la mira, le sonríe, y llora con ella cuando cree que llora, y ríe cuando cree que ríe, la besa, la mima, y comparte con ella su lecho; él, mira su caballo, le grita, lo toca, le pega, le arranca la cola, le rompe una pierna, lo estudia, le separa la cabeza del tronco, investiga de qué materia ha sido hecho, lo compara con tres miembros y con dos, lo abre para ver qué tiene dentro y cuando llega la noche, la llama de la chimenea se alimenta con su cuerpo mutilado.

¿Sabéis por qué? porque la ilusión es hija del sentimiento, el hombre no tiene la culpa; lo comprende, lo respeta, pero sonríe.

El arte del escultor ha personificado en mármoles inmortales los caracteres de la mujer y del hombre. Comparad la actitud del Apolo de Belvedere con la actitud de la Venus de Médicis y solamente en ésta hallaréis la ilusión. La Venus de Milo carece de brazos, y la escultura moderna respeta el defecto porque ignora cómo colocárselos. Tal como está, yo os diré la posición de uno; dejadme arrancarle el manto que vela sus formas divinas y el defecto habrá desaparecido.

Elvira era mujer, y en aquel memento la ilusión la había elevado más allá de todo lo posible. Su espíritu volaba, se deslizaba en una atmósfera de luz y Gaspar, el desgraciado Gaspar, no había sabido comprender todo su deleite. ¿Por qué no contempló en silencio la imagen de aquella mujer, sublimada por el encanto?

Gaspar, tienes talento, ¿porqué no enmudeció tu labio? ¡Infeliz! ¡Los celos te habían traspasado el corazón!

V

Tres meses han pasado desde la noche en que tuvieron lugar las escenas que se han leído, y todo ha cambiado por completo.

Elvira ya no ríe, ni canta, ni llora.

Su mano delicada ya no se desliza en los marfiles del piano. Su vida parece evaporarse como una gota de rocío, lágrima, tal vez, de una noche de dolor. Quién sabe si algún espíritu del aire, celoso de sus encantos, no llevó en sus alas una música tierna, de sentimiento exquisito, para conmover su corazón próximo a desbordarse. Suspira.

¡Y quién lo pensara! aquella mujer es presa de una fascinación extraña. Cuando el sol reúne los velos del día en las llamas del poniente, y los conciertos de la noche pueblan los aires de misterio y de encanto, un sonido tenue y delicado hiere sus oídos. Diríase que la razón la abandona, que una aberración sensual la mortifica y la obseca.

Pero no. Sus sentidos gozan de toda su perfección y cuanto más lo reconoce, tanto mayor es su pesar y desaliento.

Su piano suena espontáneamente, y aunque las teclas están inmóviles, las cuerdas vibran, cual si pasara volando por ellas el genio de la música. Harpa eólica encerrada, ¿por qué no tienes compasión de Elvira?

Aquella música es siempre igual, siempre doliente, y Elvira la escucha con encanto, porque es la expresión perpetua de su perpetua pena.

La repetición del placer, la continuación del dolor, adormecen su propia intensidad, porque en nuestro espíritu existe constantemente el deseo de nuevas emociones, y si es el placer, fastidia; y si es el dolor, se apaga.

Pero en el alma de Elvira no hay deseo; no hay esperanza, lo único que hay es ilusión. Sin ella, no habría podido resistir a su tormento.

Dejémosla tranquila; no turbemos ese encanto que la fascina.

¿Y los miembros del Club? ¿los hemos olvidado ya?

La puerta del salón no está cerrada, y no nos está vedado entrar. Entre-mos, pues.

¡Pero qué! son las once de once de la noche, y uno de ellos no está presente! ¿qué ha habido?

Arturo, Alejandro, Carlos, Enrique y Federico rodean la mesa bañada de luz y cubierta de diarios, pero ¿dónde está Gaspar?

El criado duerme tranquilamente junto a la biblioteca y tal es su beatitud, que se diría que duerme el sueño de los buenos, el sueño de la paz, el sueño de la muerte. Como antes, ya no se sobresalta a cada instante. Duerme tranquilo, como el que sabe que no ha de ser interrumpido. Y efectiva-

mente, los amos no le molestan, porque no le necesitan, y no le necesitan, porque algo muy grave les preocupa.

Alejandro lee *Avatar* (4), Carlos, *Espirita*, Arturo *El trébol de cuatro hojas* (5), Federico la *María* y Enrique calcula sin cesar. Cada uno de ellos, aisladamente, tiene un problema que resolver, y colectivamente, otro más grave aún. El criado no lo ignora y por eso duerme tranquilo. Sabe que no ha inventado la pólvora y que seguramente no la inventará. ¿Es feliz? Todo es relativo.

¡Gaspar! ¡hace tres meses que no saben nada de él. *Ecco il problema*.

—¡Que obra! —exclama de pronto Federico—, no hay cuerda del sentimiento que no vibre en ella. Al leerla, se siente uno dispuesto a amar, y cuando va a verificarlo, tropieza con la dificultad de hallar una *María* como ésta. La Europa no sabe qué joyas literarias tiene la corona de la América.

—¿Has sumergido alguna vez la mirada en el espejo del idealismo? —pregunta Carlos a Federico, interrumpiendo la lectura de *Espirita*—. ¿Has leído algo semejante a esta descripción que parece un abismo de luz?

—Será todo lo que quieras —dice Alejandro—, pero en esa descripción Gaudier no ha hecho más que dejar que su imaginación despliegue las alas, y se ha deslizado, sin esfuerzo, pero aquí hay otro elemento, aquí la ha estrujado por decirlo así, la ha amurallado, la ha estrechado, la ha obligado a producir algo tan nuevo, tan extraño, que por más que se medita, no se alcanza el poder de su autor. *Avatar* es una obra notable. La creo superior a *Espirita*.

—¡Qué engaño! En *Espirita* hay luz...

—Y aquí hay alma, y hay fuego...

—Con razón ama tanto su obra Monsieur Laboulaye.

—¿Qué lees, Arturo? —pregunta Carlos.

—*El trébol de cuatro hojas*. Hay aquí un aroma tan oriental, tan vivo: hay tal verdad en los cuadros, que involuntariamente me he creído en comunión espiritual con autor mahometano. Cinco meses he tenido esta perla francesa en la mano, y recién hoy se me ha ocurrido conocerla, pero...

—¡Pero qué! ¿no ves los gestos que hace Enrique? Cualquiera creería, al verle, que no acepta tu opinión, sin embargo, estoy seguro de que ni siquiera te ha oído.

—¿Será cierto, Enrique, lo que dice Alejandro?

—¿Eh?

—¿No te dije, Arturo? Pero dime, piensas resolver el consabido $C = D, 14159^{\circ}X3^1$.

¹ Relación del diámetro a la circunferencia, elemento esencial de la cuadratura del círculo (*nota del autor*).

—¡Pobre, Gaspar, qué será de él! Te ríes de mí y no te acuerdas de él, tú que casi tienes la culpa.

—Calla, Enrique, hartó lo sufro. Tú lo sabes muy bien hasta he olvidado la cerveza, y cosa que nunca había hecho, me pongo a leer cuentos fantásticos para ver si se me pasa un poco la preocupación. Pero, caramba, ¿quién había de creer que sin decimos una palabra, había de... ¿de qué? ¿lo sabes tú? ¿lo sé yo? ¿lo sabe alguno? Absolutamente. Hay apuestas que sería mejor no ganarlas. ¿Creíste tú jamás, soñaste alguna vez que su pasión por Elvira fuera tan intensa? Yo creía que no pasaba de galanteos fugaces, de visitas de oportunidad, y nada más. La familia no sabe nada; Federico dice que Elvira no contesta; y si contesta es un "no sé" el más indiferente y distraído. La pobre niña, por su parte sufre también. ¿Por mí? ¿por él? ¿por ti? Ni tú, ni él, ni yo lo sabemos, y lo que es peor ni ella. Cosa rara. ¿Me has visto en el teatro? ¿en algún baile? Ya lo ves, hago una vida de misántropo. ¡Pobre Gaspar! ¡qué será de él! Pero dejemos esto a un lado: tú siempre calculas, y tus cálculos siempre son raros ¿puede saberse el que te preocupaba hace un momento?

—No hay inconveniente. Calculaba dos cosas, la primera: cuál es la diferencia, o más bien la importancia melódica que un violín puede tener sobre un piano...

—¡Enrique! —exclamó Alejandro con los ojos desmesuradamente abiertos, los labios temblando y las manos levantadas bruscamente, crispándose como traduciendo el espanto.

—¿Qué te pasa? —prorrumpieron todos a un tiempo al ver al amigo en aquel estado y poniéndose simultáneamente de pie.

Alejandro sonrió.

—Nada, no es nada, dijo.

—Nos haces mal, nos agravias ¿por qué te espantas?

—Sí, es cierto, amigos queridos, pero dejemos que Enrique nos diga cuál era el segundo problema.

—Imposible, dijo el matemático, mirando a Alejandro con ojos que si no hubieran estado dirigiéndose a un amigo, habríase dicho que eran provocativos.

—¡Un violín! ¡un violín! ¿y tú no sabes, Enrique que el violín es un instrumento inventado por la música misma? ¿no sabes que el violín es una garganta humana?, ¡qué digo! ¡un coro de ángeles en un pedestal de madera! ¿no sabes que un violín es un tesoro de sentimiento, una mina de ternura, un abismo de alma, que al lado de un violín, un piano es un instrumento para los sepulcros? ¡y yo lo había olvidado! ¿no sabes que un violín puede cantar, reír, llorar, silbar, gemir y hablar? ¡Ah! ¡si yo supiera tocar el violín!

¿No sabes que el violín no tiene intervalos, y que la nota se puede apagar como un crepúsculo?

—Sí, Alejandro, sé todo eso, y algo más; sé algo que tú no sabes.

—¿Qué?

—Lo que oyes: algo que tú no sabes. Gaspar toca el violín.

Un rayo penetró en el alma de Alejandro, pero si fue del cielo o del infierno, no es posible saberlo por ahora.

—Sí, Enrique; yo lo sabía, pero lo había olvidado.

—Culpa tuya; pero háganos con franqueza ¿qué te propusiste al hacer la apuesta? ya sabes que observo mucho.

—Sí, sí, dínoslo, ¿qué te propusiste?

—Con el corazón en la mano, voy a decirles toda la verdad.

Y en el momento en que iba a confesarse con sus amigos, cuatro golpes terribles a la puerta de calle, despertaron al criado y cortaron la palabra al penitente. Este calló y aquél se precipitó por las escaleras.

—Pero es preciso, dijo Alejandro, que Enrique me diga primero cuál era el segundo cálculo.

—¿Es indispensable?

—Absolutamente.

—Calculaba cuánto tiempo tardaría Gaspar en estar aquí, si le hubiera ocurrido dar la vuelta al mundo, saliendo hace tres meses, y llevando un viaje...

—Pero si no ha vuelto aún, aquí hay una carta suya, dijo el criado entrando en aquel momento.

—¡Una carta de Gaspar!

Estaba dirigida a Alejandro y decía lo siguiente:

“Querido amigo Alejandro.

Me has vencido y lo confieso. Insensible en el primer momento de desengaño, mi amor profundo por Elvira estalló en un acceso de celos. ¡Infeliz! ¡de ti que eras mi amigo! Pero luego, cuando vino la reacción, una calma de muerte se apoderó de mí, yo te lo confieso, creí que Elvira me era ya indiferente. Mi desgracia fue tal, a pesar de mi calma, que salí de Buenos Aires. ¿Sabés a dónde me dirigí? no te lo digo. Una pasión más terrible aún me devoraba, era una pasión artística.

Yo, que toco el violín hasta conmover a X... yo, ¿dejarme vencer por un pianista? ¡Imposible! ¿No es verdad que tú reconoces que no hay instrumento como el violín? Estoy muy lejos de Uds. pero el ocho de noviembre, a las 6 de la tarde, pondré el pie en Buenos Aires, y a las 9 estaré en compañía de Uds. Somos rivales, pero no por Elvira, sino por la música.

Hasta entonces, abraza a los compañeros y recibe también el tuyo: Gaspar”.

—O Gaspar estaba loco, o yo no me explico por qué razón se ha ido de Buenos Aires —dijo Arturo.

—Pues yo sí —dijo Alejandro. Ante todo es necesario que confiese a Uds. cual fue el móvil que me determinó a aceptar la apuesta. Creo de todo corazón en la influencia prodigiosa de la música sentimental en el espíritu de la mujer y estaba deseando que se presentara una oportunidad favorable; llegó y la aproveché. Lo que les he dicho antes respecto a Elvira es cierto: la amo mucho, pero no puedo dejar de reconocer que es una coquetuela, como también es cierto que ignoraba que Gaspar estuviera tan prendado de ella, pues de otro modo habría renunciado al placer de festejar el triunfo del arte... lamentando la ausencia de un amigo querido. Mi egoísmo de pianista exaltado, me llevó hasta el punto de creer... que el piano era superior al violín: Toqué dominado no por el deseo de subyugar a Elvira o de apartar de su lado a Gaspar, sino por la convicción del triunfo de mi partitura como expresión de mi arte. ¿Quién sabe qué escena ha tenido lugar entre Gaspar y Elvira? Esperemos su vuelta, esto será lo más acertado.

—¿Pues sabes que habías tenido cachaza? —exclamó Federico sorprendido.

—¡Toma! ¿y quién no tiene en la vida un arrebató de vanidad?

Enrique dio un salto en el asiento como si le hubieran descargado una botella de Leyden.

—¿Qué hay? —preguntáronle sus amigos.

—¿Qué hay? ¿pues que no oyen?

Todos escucharon atentamente, pero en ningún rostro se pintó la sorpresa. Enrique con la boca y los ojos abiertos reconcentraba todos sus sentidos.

—¡Y qué! ¿hay algo de particular en que se oiga un violín? —preguntó Arturo.

Enrique escuchaba siempre.

—Pero es que ese violín suena de un modo particular, dijo Alejandro, y el que maneja el arco, debe ser un maestro consumado.

—Ya sé, exclamó Enrique golpeándose la frente y poniéndose de pie. Luego se acercó a la biblioteca, la abrió y sacó una caja; dentro de la cual estaba un violín.

—Éste es el músico, dijo colocando el instrumento sobre la mesa. ¿Han oído Uds. algo más particular y aparentemente fantástico? Un violín tocando solo.

Los compañeros soltaron una estrepitosa carcajada.

—Es que, éste es el violín de Gaspar.

—Lo mismo que si fuera el de Paganini.

—Miren que hablo serio. ¿No ven cómo vibran las cuerdas?

—Vibran pero no suenan.

—¡Cómo! ¡no suenan! ¿y lo que estamos oyendo?

—Viene de fuera.

—Calla Arturo, lo que la razón no explica, lo acepta la fe.

—¡Vaya una linda teoría en boca de un matemático!

Alejandro estaba persuadido también de que el violín tocaba solo. Nadie podía tacharle de crédulo. Él afirmaba por su parte que lo que la razón no explica, se toma a cuenta de ensueño.

—¡Gaspar ha venido! —dijo sobresaltado— Lo que nosotros no habíamos sospechado, el fiel instrumento nos lo revela.

Tanta fe hizo vacilar a los incrédulos.

Se oyó un fuerte golpe en la puerta de calle.

—Ése es Gaspar, dijeron todos.

El criado bajó, y cuando estuvo de vuelta, dijo que un joven deseaba hablar con alguno de los señores.

—Que suba.

Era un criado de la casa de Elvira.

—La mamá de la señorita Elvira me manda preguntar si alguno de Uds. sabe quién es que toca el violín por aquí cerca, dijo después de hacer un respetuoso saludo.

Los amigos se miraron sorprendidos.

—¿Qué sucede? —preguntó Carlos.

—La señorita hace tiempo que está algo enferma. Dice la señora que está así desde una noche que oyó tocar muy bien el piano, y que desde entonces se le ha puesto que su piano toca solo. Ahora le sucede lo mismo; dice que si no ve al que está tocando el violín, se va a morir.

Los amigos volvieron a mirarse, y sus almas se comprendieron al través de la mirada. Un rayo de inspiración había brillado en el espíritu de Alejandro, y su intensa claridad había bañado también el de sus amigos.

—Corre y di a la señora, que el que está tocando el violín es el mismo que tocaba el piano hace tres meses, y que irá dentro de un momento.

El criado salió, bajó, voló.

—Bien, Alejandro, dijo Enrique. Este noble rasgo de tu carácter borra totalmente los efectos de tu vanidad musical. Pero ¿dónde está Gaspar?

—¿Y qué sé yo?

El violín colocado sobre la mesa, sonaba cada vez con más viveza; ¡sonaba!, cantaba, gemía, lloraba. Saltó por fin la prima, y enmudeció.

Gaspar estaba en el umbral de la puerta.

Todos se precipitaron a su cuello, y en un momento estuvo al corriente de lo que pasaba, y había referido lo que le sucedió con Elvira.

—¡Estamos salvados! —dijo Alejandro.

—¡Salvados! ¿y cómo compones la respuesta que acabas de dar al criado?

—Muy sencillamente. Tú callas y yo dirijo. ¿Y este otro violín que traes?

—¡Oh! lo que es éste, se llama el invencible.

—Te comprendo y acato. Eres más músico que yo.

—Durante todo este tiempo lo he estado ensayando. Ahora sí puedo decir que forma parte de mí mismo.

—Espera —dijo Enrique—. Mi segundo cálculo es erróneo desde el primer número hasta el último.

—¿Cómo así?

—Ya lo ves.

—Es claro. Yo no he salido de Buenos Aires.

—¿Y la carta?

—Estaba de buen humor. ¿No ves que lleva la fecha de hoy?

—¡Hombre! tienes razón. Pero vamos a casa de Elvira.

Y los seis amigos, acompañados del criado que llevaba el violín, salieron de su club, y se dirigieron a casa de Elvira, donde reinaba el más espantoso desorden.

—¡Qué hay! ¡qué hay! —preguntaron a una criada que salía corriendo.

—¡La niña, la niña, se muere! ¡El violín! ¡el violín!

—Aquí está el violín.

Y precipitándose a las habitaciones, llegaron a la sala, donde Elvira, presa de convulsiones horribles, conmovía al más frío espectador, que seguramente no era Gaspar.

Al ver el instrumento, Elvira se calmó. Estos pícaros nervios son terribles cuando se irritan.

Cuando la tranquilidad hubo vuelto a su semblante, se compuso el cabello y el traje. Estaba bellísima.

—¿De manera, dijo la mamá, que Gaspar no solamente es un gran pianista, sino también un gran violinista?

—Efectivamente, señora, pero ha prometido no tocar más el piano hasta de aquí seis años —repuso Alejandro.

—¿El qué? —preguntó Elvira poniéndose de pie— ¿Gaspar era el que tocaba el piano hace tres meses? ¿Esa música divina era de Gaspar? No, caballeros. ¿Oyen Uds. mi piano? todos los días repite por sí solo aquellos sonidos.

Gaspar y sus amigos no cabían en sí de sorpresa. O todos estaban destornillados, o habían vuelto los tiempos de las *Mil y una noches*.

Gaspar escuchó durante un momento la música espontánea del piano de Elvira, era la misma que había compuesto y ejecutado Alejandro, y poniéndose en postura, repitió con su instrumento la misma cadencia, pero había una expresión tan apasionada en las vibraciones de las cuerdas de su instrumento, se acordaba tan bien éste con los sonidos del piano, que Elvira arrebatada se arrojó a sus brazos y derramó en el pecho y en el alma de su amado la primera lágrima de amor. ¡Tableau!

El harpa está templada. Dejad que el aliento del destino sople sobre sus cuerdas.

37. EL REY ENFERMO Y LA CABEZA DEL MÉDICO EXTRANJERO

En una antigua ciudad del Asia, capital de un país situado cerca de Persia, gobernaba un rey que padecía de cierta enfermedad horrible de la piel y aunque los médicos de la corte habían ensayado todos los remedios conocidos para curarle, todos sus esfuerzos habían sido inútiles. Desesperando, al fin, de sanarle, inventaron nuevos remedios, fabricaron píldoras no conocidas, pomadas con sangre de ranas y lenguas de camaleones, pisaron en sus morteros raíces de mandrágora y hojas de yerbas de la India: los cocimientos aromáticos, amargos, dulces, agrios; los baños picantes, tibios, fríos, calientes, nada tuvo éxito. Acudieron a la magia, a las oraciones a cuanto puede inventar el deseo de servir, o descubrir la codicia, pero no hallaron el remedio que el rey necesitaba y la enfermedad, ganando siempre terreno, amenazaba concluir con su vida, lo que le tenía consternado.

Cierto día en que, como de costumbre, se lamentaba de su suerte, y cuando se disponía a entrar en la sala del trono, su visir o gran Ministro se acercó a él y haciendo una humilde reverencia, le dijo:

—¡Señor! tengo que dar buenas noticias a Vuestra Majestad.

—¿Han hallado mis médicos el remedio que buscaban?

—No, señor; pero ha llegado un médico extranjero que, al tener noticia del mal que aflige a Vuestra Majestad ha afirmado poseer un secreto infalible y desea demostrar su eficacia a Vuestra Majestad.

—¡Vamos! ¡vamos! algún charlatán como tantos otros.

—No, señor; es un médico que sólo viaja para instruirse y, como tiene fortuna, no asiste sino los casos desesperados; su fama es tan grande que muchos monarcas han deseado retenerle y él no ha querido aceptar los ofrecimientos que le hacían.

—¿Y qué aspecto tiene? —preguntó el rey.

—Humilde, Señor; viaja montado en un asno y no le acompaña más que un negro esclavo.

—Quiero verle.

Un momento después el médico extranjero era introducido a la presencia del Rey.

—¿Me curarás? —le preguntó éste.

—Sí, Señor; me comprometo a ello, si Vuestra Majestad, cumple lo que voy a ordenarle.

—¿Y qué debo hacer?

Y sacando un objeto de su seno dijo el médico:

—Tome Ud. M. esta manzana...

—Pero esto no es manzana.

—En efecto, no tiene más que la forma; pero es una manzana artificial, compuesta de ciertas drogas que curarán a V. M. Monte Ud. a caballo, el mejor caballo, el más fuerte y brioso y procure correr, agitarse, entrar en calor y sudar, llevando la manzana en la mano.

—Si me curas, tendrás honores y riquezas.

—Mi objeto, señor, es solamente servir a V. M. —dijo el médico haciendo una reverencia con tan poca gracia, que los cortesanos se echaron a reír y el rey no les hizo caso.

Impaciente por poner a prueba la manzana y más que todo por saber si el médico extranjero decía verdad, el rey ordenó en el acto que le trajeran un brioso corcel de Arabia que tenía fama por la facilidad con que a fuerza de coces rompía las costillas y las piernas de los palafreneros, y montando en él, echó a correr por una llanura próxima a la ciudad, y a donde bien pronto le siguieron los cortesanos, igualmente montados a caballos, tanto más ariscos cuanto que no siendo bien dirigidos eran tan mañeros como los mismos jinetes que iban en ellos.

La carrera fue desenfrenada. Las aves del campo volaban despavoridas en todas direcciones, las yerbas saltaban hechas añicos al ser heridas por los cascos de los caballos, cuyas crines se agitaban como llamas que el viento impele. Y si el paisaje no desaparecía para el rey y sus cortesanos era porque toda su atención no bastaba para contener el brío de las cabalgaduras. El caballo del rey, celoso de sus mañas, daba coces al aire a falta de costillas que quebrar, y el de visir, al ver la figura que hacía, se empacaba, lo que era imitado por otros, de modo que algunos cortesanos, poco duchos para la rienda y la espantada, dieron con la nariz por el suelo, con gran algazara de los espectadores distantes, entre los cuales se contaba el médico extranjero, montado tranquilamente en su burrito, más manso que una oveja, y más dócil que el visir.

Entretanto, el Rey, que no perdía de vista la manzana, y que probaba que, cuanto más se agitaba y más entraba su cuerpo en calor, más pequeña se volvía, resolvió regresar a palacio, en momentos en que la manzana se deshacía por completo entre sus dedos.

El médico le esperaba en la puerta y al verle llegar agitado y sudando, le dijo, cuando el Rey echó pie a tierra:

—Señor, sírvase V. M. tomar ahora un baño que le he hecho preparar, para meterse luego en la cama.

Así lo hizo el rey y cuando al día siguiente se levantó, su enfermedad había desaparecido, como lo había dicho el médico extranjero.

Loco de contento al verse sano, colmó a éste de honores, le sentó a su mesa y aún le habría casado con una de sus hijas en caso de haber tenido alguna.

Celoso el visir al verse pospuesto en la intimidad del rey y envidioso de los honores y regalos con que el monarca colmaba a su salvador, resolvió vengarse, insinuando poco a poco a su príncipe que el médico no era otra cosa que un espía enviado por sus enemigos. Al principio el rey escuchó a su Ministro con enfado, pero tanto insistió que al fin el rey, no considerando la infame calumnia que el visir había forjado, le prestó oído y temiendo que tuviera razón, le dijo:

—¿Pero no te parece que es un desatino castigar a ese médico que me ha salvado?

—Sí, Señor; pero ha sido para ganar la confianza de Vuestra Majestad.

—Bien puede ser; y ¿qué haremos?

—Cortarle la cabeza sin más tardanza.

—Tienes razón; es lo más rápido que puede hacerse.

Dando luego órdenes al visir de que trajera al médico a su presencia, bien pronto apareció éste.

—Te he llamado —le dijo— porque he sabido que has sido enviado por mis enemigos para darme la muerte.

—¡Señor! es una calumnia; ¿no hubiera bastado dejar a V. M. sin curar, para que la muerte le sorprendiera?

—No sé; pero te voy a hacer cortar la cabeza —orden que comunicó al verdugo, allí presente.

El médico se echó a sus pies, lloró, suplicó, demostró su inocencia; pero el rey quedó inflexible.

Ya el verdugo se preparaba a dar muerte al médico, a quien había vendado los ojos, cuando la víctima se dirigió al rey:

—Ya que V. M. —le dijo— no quiere ser clemente, concédame a lo menos permiso para escribir a mi familia y arreglar mis asuntos, entre los cuales cuento como uno de los más importantes la distribución de algunos libros que debo regalar a mis amigos. Uno de ellos es un prodigio y lo reservo para V. M., contiene innumerables secretos, uno de los cuales es una maravilla. Si cuando me corten la cabeza ordene que sea colocada en una bandeja responderá a todas las preguntas que le hagan.

El rey deseoso de presenciar tan extraño suceso, concedió el permiso y después de algunas horas regresó el médico escoltado.

—Vuelvo a repetir Señor, soy inocente; la clemencia es la mayor virtud de un príncipe.

—No me lo repitas porque soy capaz de creerlo, pero es tanta mi curiosidad por ver hablar tu cabeza, que seré sordo a tus ruegos.

A una señal del rey la cabeza del médico rodó por el suelo y colocada luego en una bandeja, vieron los muy numerosos cortesanos que habían acudido a presenciar el prodigio que la sangre se estancaba, que abría los ojos y que movía los labios.

—¿En qué página? —preguntó el Rey.

—En la décima, dijo la cabeza.

—Aquí no hay nada.

—Más adelante.

Y como el Rey hallara las hojas del libro pegadas las unas a las otras, llevó varias veces el dedo a la boca para humedecerlo con saliva. Un momento después caía al suelo, presa de horribles convulsiones, efecto del veneno activísimo que el médico había puesto en las hojas del libro para castigarlo al rey.

—¡Tirano! —dijo la cabeza— así mueren los príncipes ingratos que, abusando de su autoridad pagan con ingratitud los servicios que se le hacen. Tarde o temprano, el Cielo los castiga.

Dijo y cerró los ojos expirando luego. El rey yacía muerto junto al cuerpo decapitado del médico que con la salud le devolvió la vida.

38. LLEGARÁ EN ABRIL

Primera parte

(Que puede leer una niña)

Allá por la época en que me refirieron esta historia, habían pasado ya algunos años desde que tuvieron lugar los acontecimientos que voy a referir, y espero que el lector, por más indiscreto que sea, no se empeñará en conocer los nombres verdaderos de los protagonistas, porque la seriedad de la información nada ganaría, ni él tampoco. Es tan singular esta historia en tres partes, que sería una verdadera lástima confiarla a las últimas variantes de la tradición oral.

Sucedió pues que por entonces vivía en Londres un matrimonio cuyos dos miembros habían alcanzado la edad en que todo declina, menos la práctica de las costumbres inveteradas consistentes con la conveniencia y con la edad. Era él un viejo alto y fornido de cabellera y patillas blancas, y faz rubicunda, que leía diariamente el *Times* de cabo a rabo, tomaba té con pan y manteca, comía *roast beef* con mostaza, salmón con salsa negra y bebía *grog* de noche, unas veces con limón y otras veces sin limón. Inútil es recordar que los domingos... bueno; —era un inglés en toda regla. La señora conservaba sus rulos, su cofia y, como todas las inglesas, trataba de usted a su marido, lo mismo que él a ella. Ella era el alma del tranquilo hogar, en el que reinaba ese espíritu de orden, de limpieza, de atracción, de bienestar que constituye el *home*, una palabra sin traducción en los idiomas latinos.

En aquella jaula encantaba vivía también un pajarito de alas azules, de ojos azules y alma igualmente azul. Sus mejillas eran de rosas, comparación tan vulgar como tener mejillas, sus labios un par de guindas y la rubia cabellera bañada de *auburn* una cascada de luz. Mary no era precisamente un pajarito de alas azules porque no tenía alas; pero sí todo el candor, toda la finura y distinción de las niñas inglesas de quince años, toda la belleza que ha valido a su tierra el nombre de "Tierra de los ángeles" o *Angels' land*. Era el chiche de sus viejos que la adoraban literalmente.

¿Y Thomas? ¿Quién era Thomas?

Era un joven, un niño de diez y ocho años, primo hermano de Mary, primo doble, porque su padre era hermano de la madre de Mary y la madre hermana del padre. Huérfano desde su más tierna edad, fue criado por sus

tíos, y era tanto el cariño que éstos le profesaban, respondía tan cabalmente a su afecto, que las personas indiferentes no podían pensar sino que era hermano de Mary. Juntos habían crecido, comunes habían sido sus gustos, sus oraciones, sus juegos y sus libros, y bastaba que sus miradas se encontraran para que adivinaran los más íntimos deseos.

Muchas veces, al verlos juntos, estudiando a la luz de una lámpara, los dos viejos sonreían, y mirándose cariñosamente al través de los anteojos, cuyos cristales suprimían toda expresión poética a sus miradas, él, el padre, tomaba la mano de ella, la madre, con suavidad y le decía en voz baja, muy baja, tanto que parecía la voz lejana de un fantasma ahogado:

—¿Se acuerda Usted, Isabel? nosotros hemos estudiado también juntos a la luz de una lámpara.

—Oh, sí; pero ya no estudiamos más.

Y así vivían, y, dentro del respeto, del amor y del orden, gozaban de la más perfecta libertad.

Cierto día, Thomas cumplió diez y ocho años.

Después de comer, pasó al *drawing room* con su tía y con su prima. Conversó con ellas un rato, y aunque su rostro revelaba una preocupación, no se lo hicieron notar porque no eran curiosas, y porque abrigaban la convicción de que él, mejor que nadie, debía conocer el motivo. Parecía también que estaba por resolver algo. Poniéndose de pie, se encaminó al comedor, y parándose en la puerta del comedor, dijo:

—¿Me permite usted, mi tío?

—Adelante, hijo mío. ¿Desea usted hablarme?

—Sí, Señor.

—Tome usted asiento. ¿Qué es lo que hay?

—Señor, usted sabe que yo no aspiro a graduarme en una universidad.

—Es cierto, y no tengo motivos para contrariar sus inclinaciones.

—Usted ha sido siempre muy bondadoso conmigo.

—Porque usted lo ha merecido, Thomas. Usted ha sido siempre un buen niño, y además yo lo quiero a usted mucho.

—Gracias, mi tío. Hoy he cumplido diez y ocho años y me parece que, habiendo terminado mis estudios comerciales, debo pensar en aplicarlos.

—¿Desea usted entrar en alguna casa de comercio como dependiente?

—Sí señor, si usted no se opone.

—Thomas, ya he dicho a usted que no pretendo contrariar sus gustos. Nombre usted una casa de comercio de importancia y le daré todas las recomendaciones necesarias.

—Pero, mi tío, es que hay una dificultad. Yo desearía salir de Inglaterra.

—Está bien, yo puedo ofrecerle cartas para este o para el otro continente. ¿Las quiere usted para Barcelona, París, Génova, Buenos Aires, Valparaíso, Nueva York...?

—No, señor; para la India.

—¿Para la India?. Eso es otra cosa... permítame. ¿Madrás?, Millington Brothers y Cía, ¿Calcuta...?

—Calcuta, sí señor.

—Calcuta... Calcuta... bueno... Nokes & Sterling. Pero Thomas, debo avisar a usted que en el Banco de Londres existe un depósito de 10.000 libras que le pertenecen como herencia de sus padres.

—¿Diez mil libras? Más el interés compuesto de quince años. ¡Pero eso es una fortuna, mi tío!

—Pues esa fortuna le pertenece a usted.

—No señor; yo no quiero disponer de eso por ahora. Desde que mis proyectos no se fundaban en el conocimiento de semejante depósito, prefiero que usted me presente a Nokes & Sterling de Calcuta, quienes me aconsejarán lo que debo hacer, y a cuyo lado pasaré algún tiempo para adquirir la práctica de los negocios.

Pocos días después, Thomas se embarcaba para la India, llevando en la valija una carta de su tío para Nokes & Sterling, a quienes decía entre otras cosas: "...de manera que si fuese mi hijo no le habría dado otra educación ni tenido más afecto..."

Segunda parte

Pasaron los años. En su transcurso, y con frecuencia, se cruzaban las cartas de Thomas y de sus parientes, las de estos siempre cariñosas y manifestando al ausente cuánto deseaban verle y acompañándoles retratos unas o dos veces por año, y las suyas no menos afectuosas, con descripciones prolijas de las comarcas que visitaba, de las costumbres del curioso país que habitaba, vistas fotográficas, y, de cuando en cuando, su propio retrato. A su tío le hablaba también de negocios y le tenía al corriente de sus prodigiosos adelantos en las transacciones y en la fortuna. Sólo en su fábrica de algodones pintados ocupaban a quinientos obreros. En una carta le decía su tío:

"Me parece, sobrino, que el nombre de Thomas Spouter no ha de ser el más venerado en Manchester..."

Seis años después de llegar a la India, Thomas empezó a notar un cambio en su carácter. Es cierto que fumaba; pero no bebía. En un clima tan

ardiente su salud se habría quebrantado en poco tiempo y era tal la rigidez de sus costumbres y la inflexibilidad de sus principios que sólo podía explicarse su malestar atribuyéndolo a la nostalgia, ese mal de ausencia de la patria que lo mismo afecta al nervioso italiano que al más flemático inglés.

Mas no era nostalgia precisamente lo que minaba su alma. Por todas partes flameaba el pabellón británico, y en los hoteles, en los teatros, en los paseos, en las casas de comercio, en las naves, y en todos los sitios, veía las caras, los trajes, los movimientos, las costumbres, los libros, las mercaderías de tipo inglés y se hubiera atrevido a decir que estaba *at home* si no le hubieran faltado sus parientes. En verdad, no era nostalgia; pero tampoco sabía lo que era, y esta ignorancia, agregándose a la causa desconocida le hacía mantenerse más pensativo que de costumbre.

Un joven tan metódico, de prácticas tan regulares, no podía razonablemente permanecer así mucho tiempo, de manera que resolvió someterse a un examen de conciencia y decidir de una vez, por un estudio prolijo de sus sentimientos, cuáles eran los motivos legítimos de su preocupación.

En estas disposiciones se hallaba cuando recibió la visita de un rico comerciante de la plaza.

—Señor Spouter —le dijo después de los saludos— el objeto de mi visita es bastante extraordinario; pero, como tiene un carácter absolutamente comercial, supongo que usted no se sorprenderá.

—Así lo espero.

—Vengo a proponer a usted la compra de su fábrica.

—¿De mi fábrica!

—Sí señor.

—En momentos en que pensaba modificar los telares, agregándoles un nuevo resorte que permite aumentar en diez por cierto la rapidez de fabricación.

—Eso sería diez por cierto más en el precio.

—Me cuesta más de doscientas mil libras.

—Yo le daré quinientas mil

—No tengo motivos para deshacerme de ella.

—Ni yo estoy apurado tampoco. El día que a usted le parezca oportuno, estoy a sus órdenes.

Saludó y se fue.

—Esto es un capricho, una especulación en perspectiva y una extravagancia —pensó Thomas y no se ocupó más del asunto.

Al día siguiente recibió del correo un alto de paquetes: libros, revistas y cartas.

Al instante buscó en los sobres la letra de las personas de la familia. Allí estaba una voluminosa carta. Era de su tío. Rompió el sobre y dentro de él, además de los manuscritos había tres retratos.

Un rayo de luz se encendió en su espíritu.

—¡Ah! —exclamó— ahora lo comprendo. ¡Qué cosa tan curiosa! hacía más de un año que no me enviaban el retrato de Mary.

Calcuta, febrero 5 de 1800 y tantos.

Mi querido tío:

Acabo de recibir su carta del mes pasado y no la he leído aún, dominado por un sentimiento tan extraordinario como repentino. Hacía algunos meses que me sentía mal; pero no enfermo del cuerpo; estaba moralmente afectado y más de una vez pensé que fuera nostalgia. No lo era. ¡Me ha curado completamente el retrato de Mary! ¡Qué criatura tan preciosa!, ¡qué finura!, ¡qué distinción!, ¡qué nobleza en el porte!, ¡qué delicadeza en las líneas!, ¡qué decencia en el conjunto!, ¡cuánto pudor en la mirada y qué dulzura! ¡y de qué modo se ha desarrollado en poco más de un año! A cada momento interrumpo lo que escribo para saturar mi espíritu en la contemplación de tan delicada belleza exterior ya que su alma no tiene un solo defecto.

La India me ahoga. He resuelto volver a Inglaterra y casarme con Mary, si ustedes me conceden su mano. Pero... y debo declararlo de corazón... todo en el caso de que Mary tenga el suyo libre y que, durante mi ausencia no se lo hayan conquistado.

Mi situación... usted la conoce bien. Una transacción original me permitirá casi doblar mi fortuna con sólo quererlo.

Corro a casa del fotógrafo para que me retrate... ya está, ahí lo tiene usted.

A propósito; he olvidado decirle que nada he dicho si Mary no me acepta.

Le ruego me conteste pronto y así podré llegar a Inglaterra en abril, junto con los cuclillos (1). T. S.

Tercera parte

Corre el mes de marzo.

Faltaba un momento para que la familia se reuniera en el comedor para tomar el *lunch* cuando se recibió una carta, cuyo sello postal estaba inutilizado con el timbre de Calcuta.

—¡Oh! ¡es de Thomas! —dijo su tío, reconociendo por la resistencia que debía contener un retrato.

Y la leyó sonriendo complacido.

En aquel momento, Mary, sentada junto al piano, tocaba y cantaba una cancioncilla popular:

In April
Come he will
In May He sings all day
In June

(Vendrá en abril, en mayo canta todo el día; en junio altera su canción, prepara su vuelo en julio, y debe partir en agosto —se refiere al cuclillo).

—¡Mary! —exclamó la mamá— ¿no ha encontrado usted algo más serio que cantar, hija mía?

—¿Por qué, mamá?

—¡Mary! —dijo el papá, asomándose en la puerta del *drawing-room*— venga usted un momento, y le daré la canción que pide su mamá.

La niña corrió hacia el comedor, donde su padre estaba ya sentado. Parose junto a él y le tomó la mano.

—Mary, usted es una niña buena y correcta, usted no sabe mentir.

—¡Papá!

—En las diferentes reuniones a que usted ha asistido, ¿no ha procurado algún joven caballero sitiar ese corazoncito?

—¡Sí, papá!

—¿Y tiene alguna brecha?

—Ninguna, papá.

—¿Y que ha contestado usted a los sitiadores?

—Que me hacían mucho honor; pero que me parecía temprano.

—¿De manera que no ha sido usted afectada amorosamente?

—No, papá.

—Mary, usted ya tiene veintiún años.

—Es cierto, papá.

—¿Quiere usted casarse?

—Lo haré, si a ustedes les complace.

—¡Mary!, ¿tengo yo cara de pretender imponerle a usted un marido?

—No, papá.

—Y porqué me contesta usted así.

—Porque no se me ha ocurrido otra cosa.

—Mary, ¿le incomodaría a usted tener un pretendiente a su gusto?

—Si no fuera impropio, creo que sí papá.

—¿Y qué le parece éste?

—¡Thomas! ¡ahora sí! éste sería al gusto de ustedes también.

Y corriendo con el retrato en la mano:

—¡Mamá, mamá!, mire usted el retrato de Thomas que acaba de llegar de la India. ¡Y qué buen mozo está! ¡qué risueño! ¡y qué fuerte! ¡y qué lindo bigote!

—¿Mary?

—¿Papá?

—Venga usted un momento. Lea usted esa carta.

Mary, con risas infantiles, leyó la carta de su primo.

—¡Mamá, mamá mire usted la carta de Thomas! ¡Y cómo habla claro! Ésta parece que es la canción seria que me iba a enseñar papá.

In April

come he will

—¡Ah! mamá déjeme usted cantar esta canción.

—¡Mary!

—¿Papá?

—Venga usted aquí.

In April

come he will...

—¿Qué le contesto?

—¡Que sí!

Londres, marzo xx

Mi querido sobrino:

Mary dice que sí

X. X.

39. MARCELINO (1914)

El invierno está muy frío. De tarde en tarde solamente he podido extender mis excursiones hasta las dos filas de olivos que se encuentran por el lado en que el sol se pone. Cada una de ellas tiene veinte, y algunos son tan gruesos, que con los brazos extendidos sólo puedo abarcarlos en tres veces. Aunque producen muchas aceitunas, la mayor parte se pierde, porque apenas se recogen algunas canastas, y mi papá dice algo que no entiendo, pero que suena como "mano de obra" – "no vale la pena" – "esto basta para nuestro consumo y el de los pocos parientes y amigos que las apetecen" – "sí, ha habido ocasión de producir de 80 a 100 arrobas.." – "una fila está de más". Dos días después han traído hachas y han venido peones nuevos. Desde ese momento han empezado a caer las ramas y troncos de toda una fila de olivos, y aunque muy rara vez se apaga el fuego de la cocina, y en invierno la chimenea se enciende a las dos de la tarde y así queda hasta media noche, esa leña ha durado más de tres años.

Desde hace algún tiempo oigo con frecuencia un nombre que no conozco y que corresponde a alguien que según dicen me conoce a mí: Demetrio. Cuando hablan de él parecen todos tan contentos que debe ser una persona a quien quieren muchísimo.

Mi papá proyecta algo. Ha mandado construir un carro muy grande con toldo, y una vez que lo han llevado a la quinta, el jardinero francés y los dos peones gallegos de confianza, Juan Domínguez y Pedro Lemes, han empezado a sacar del suelo muchísimos arbolitos y plantas de jardín con los que han hecho algunos paquetes envueltos en paja y que parecen enormes zanahorias paradas de cabeza. Ha encargado dos peones criollos y han traído más caballos. Hay mucho movimiento.

Una mañana, en el momento de entrar mi mamá en el comedor, le pregunta:

—¿A qué no sabes a quién estoy escribiendo?

—A Demetrio.

—¡Te has vuelto adivina!

Tomando entonces un papel que estaba sobre la mesa leyó más o menos esto:

"Querido cuñado. Toda la familia por aquí muy bien y supongo que usted se sentirá el mismo fuerte roble de siempre. Si ve a Luis y a Salustiano

deles de parte de Laura y mía, lo mismo que a Patricia y a Panchita, las mejores expresiones de nuestro afecto.

Usted sabe que yo no tengo rentas ni quiero ser empleado, y desde que regresé de Chile, viviendo papá, me propuse que la quinta produjera algo. Ha llegado el momento de que esto se realice, y pienso emprender un viaje llevando un cargamento de plantas. Tengo intención de ir hasta Lobos y un amigo me ha dado una carta de presentación para el Señor Cascallares (Don Juan Antonio). Si no tiene algo mejor que hacer por allá, véngase a visitarnos y no sería poco servicio el que nos haría si se quedara durante mi ausencia a acompañar a su hermana. Lo abraza afectuosamente

Eduardo”.

Un momento después entraban al patio del frente dos jinetes que echaron pie a tierra, ataron los caballos en el tronco de un naranjo y golpearon las manos diciendo con voz robusta “¡Ave María!”. Uno de ellos era un hombre alto, chino, de bigote más bien corto, negro, muy fuerte, de estructura casi atlética, mano chica, pie muy bien formado, se balanceaba un poco al andar y tenía las piernas algo combadas, como las tienen generalmente todos los que han pasado la vida sobre el caballo. Su fisonomía era simpática al sonreír y entonces mostraba una dentadura blanca maravillosa. Cara redonda rasgos más bien finos. Podría tener de 30 a 35 años. Vestía chiripá, poncho grande redondo y chambergo negro. Calzaba buenas botas. Éste se llamaba Marcelino, era de la Provincia de Corrientes y tenía una gran cicatriz de tajo en la mejilla izquierda, que corría desde cerca del ángulo del ojo y casi llegaba a la nariz.

El otro era más o menos de su alto, flaco, charcón, más blanco de raza, de piernas no combadas pero de rodillas un tanto flojas. Tenía bigote y barba entera pero ralos y canosos como el cabello que quedaba descubierto por detrás. Sonreía casi siempre y mostraba unos dientes largos, amarillentos y bastante espaciados. Tendría algo más de 50. Vestía chiripá, chaquetón oscuro, no llevaba el poncho puesto porque lo había cruzado sobre la montura, calzaba zapatos gruesos, llevaba un pañuelo de colores atado a la cabeza, y encima el chambergo negro verdoso con las alas caídas, como el del otro y el barbijo le llegaba a las cejas. Pocas arrugas muy marcadas, nariz delgada aguileña y ojos negros chicos a inquietos. Se llamaba Miguel, era criollo del litoral, pero no correntino.

Aquellos hombres eran los dos peones que iban a acompañar a mi papá; se sacaron el sombrero en su presencia y hablaron un rato con él, mientras los observaba sin pestañear. Yo miraba a todos; pero lo que más

me llamaba la atención era la cara tan seria de mi mamá —digo mal; tan inmóvil. Su fisonomía era siempre muy grave, serena; pero en aquellos momentos mis ojos se dirigían a los suyos de cuando en cuando, como si me fascinaran. Me parecía imposible que aquellos ojos celestes tuvieran una expresión tan dura.

—Bueno —dijo por fin mi papá— pueden retirarse. El sueldo les corre desde hoy y pronto los mandaré llamar. Y dio a cada uno un billete de banco.

Montaron a caballo y se fueron.

—¿Son esos los hombres que vas a llevar en tu compañía? —preguntó mi mamá.

—Me parecen buenos.

—Haces mal, Eduardo. Esos hombres tienen cara de asesinos.

—No digas disparates. Siempre estás viendo asesinos en todos los tipos como estos.

—Es una desgracia, pero yo no me equivoco.

—Mira, Laura: para una mujer que ha vivido en un ambiente culto, estos hombres tienen aspecto repulsivo. Pero acuérdate en qué ambiente he vivido yo durante muchos años. Miles de ellos he visto en mis campañas militares y han sido leales soldados y valientes guerreros.

—Esos hombres tienen cara de asesinos.

—¿Y suponiendo que lo fueran?

—El chino tiene movimientos de hombre arrojado, decidido; pero su mirada no es noble; el otro tiene tipo de cobarde, de hipócrita y de traidor. Si supiera pintar, lo tomaría como modelo perfecto de Judas.

—¿Y suponiendo que así sea? ¿Crees que esos salvajes podrían asaltarme? ¿Has olvidado lo que tantas veces te ha dicho el Barón de que a los quince años yo ya era maestro en todas armas? ¿Crees que con los cuatro o cinco únicos golpes de cuchillo que saben todos ellos pueden tocarme? ¿Piensas que estando dormido pueden llegar hasta mí, sabiendo como sabes que mi sueño es de pajarito?

—Lo único que yo sé es que esos hombres tienen cara de asesinos.

Dos días después, Marcelino y Miguel fueron llamados; pero en esta ocasión se apearon en el patio del frente y de la rienda llevaron sus cabalgaduras al patio interior. Mi papá les ordenó que enjaezaran los caballos que debían tirar del carro y revisaron previamente todas las piezas.

Todo aquello era para mí tan nuevo que no podía menos de tomar parte en el movimiento. Hechos los enganches, Miguel subió al pescante y Marcelino montó en uno de los laderos. Recorrieron el patio y enseguida la calle central de naranjos. Al regresar, dijo Marcelino:

—Todo anda bien, patrón.

—Bueno; a cargar entonces.

Los bultos de plantas fueron transportados del comedor, y el carro quedó lleno. Terminada esta faena, Marcelino se acercó a mí y alzándose en sus brazos, riéndose, me arrojó en alto, recibíendome con las manos abiertas por debajo de los sobacos. Aquel ejercicio tan extraordinario me llenó de asombro y de alegría.

—¡Otra vez! —grité con entusiasmo.

Y el viaje aéreo se repitió más de cuatro y cinco veces.

¡No! ¡imposible! ¡lo niego con toda la energía de mi voluntad! ¡Marcelino no hubiera sido capaz! El que fue fusilado (y no por eso) en la Penitenciaría nacional muchos años después por practicar el mismo ejercicio con veinte chicuelos que sucesivamente encontró por los campos recibíendolos en la punta del cuchillo y volviendo a arrojarlos y a recibirlos de igual modo, hasta que quedaban como picadillo, ese no era Marcelino. ¡Lo juro!

Y como mi papá esperaba algo, cada vez que llegaba el atleta corría yo hacia él gritando lleno de alegría.

—¡Marcelino! ¡Otra vez!

Y Marcelino repetía el juego, arrojándome sucesivamente a mayor altura. A los pocos días —tres o cuatro— hubo gran movimiento en la casa.

Que hubo está documentado en alguna parte por algo que se escribió cuarenta años después: *La casa endiablada*.

Desde aquel momento perdió para mí su encanto la gimnasia aérea y Marcelino fue relegado a un rincón de mi indiferencia, tanto más cuanto que al otro día, a la madrugada, Miguel en el pescante y Marcelino en la cuarta, salían con la carga, mientras que mi papá, montado en el malacara, con grandes botas, con su poncho de vicuña, de galera, y la escopeta de dos tiros terciada a la espalda, acompañado por Alejo Bayares, su amanuense de doce a catorce años, jinete a en su bayo y con la escopeta de un tiro terciada también, marchaban a retaguardia a más de cincuenta varas del carro.

Nuevos horizontes se abrían para mi entendimiento. El día antes, después de la llegada, nos sentamos con Demetrio a la mesa. También estaban allí Mamá-Meme y mi tía Melchora, a la que yo llamaba Toto. Pero al ocupar su asiento, Demetrio estaba transformado. Había llegado de la estancia con gran bigote y barba llena y ahora lo veíamos completamente afeitado, menos unas chuletas cortas que apenas le bajaban de las sienes y sin las cuales hubiera sido mucho más sensible la absoluta semejanza que tenía con mi mamá, no solamente por lo celeste de los ojos sino también por los rasgos todos.

La conversación fue animada. Demetrio me hizo sentar a su lado, y a cada momento se le ofrecía algún pretexto para ocuparse de mí. Me cortaba la comida, me daba tajadas finas de pan, me arreglaba la servilleta, me aseguraba la sillita alta para que no me cayera cuando quería hamacarme, y a cada dos por tres decía:

—¡Qué mi amigo Oyenbeye, cómo ha crecido en estos tres años que no lo he visto!

—Cuñado: de las que a usted le gustan.

—¡Pero hombre! allá sólo podemos conseguir las de Cádiz, extrañaba éstas. Todos los olivos que hizo llevar Luis a la estancia se los han comido las hormigas. Pero que mi amigo Oyenbeye; el día menos pensado le va a salir bigote.

¡Qué empeño tenían todos en ocuparse de mi bigote futuro! ¡Para lo que han servido tantos auspicios! Lo único que he podido conseguir en toda mi vida ha sido un bigote de morondanga. Después del almuerzo ya nos tuteábamos con Demetrio. ¡Cuántas cosas me decía! Su dormitorio había sido instalado en el cuarto de la chimenea sobre cuyo marco vi dos grandes pistolas que no conocía. Eran las suyas y se llamaban "Las mellizas". (Casi medio siglo después todavía les daba el mismo nombre. Pero "Las mellizas" están separadas. Poco después de comenzar el siglo xx mi primo Emilio, su hijo, me ha regalado una).

—¿Están cargadas? —preguntó mi mamá.

—¡Bueno fuera que no! —repuso.

—Entonces es mejor que las guardes bajo llave porque andan moros traviesos por la costa.

—¿Santo como eso?

—¡Ah! no te puedes figurar. Ebigues debigue úbigu nábiga cúbiguñibi-
gui obigosibiguidabigad tábiga] québigue tóbigodóbiga lóbiga quibiquie-
begue rébigue ebiguescubigudribiguiñábigar ybígui rebigueyobigolvébi-
guer.

—Nóbiga tébigue ábigaflíbiguijábigas; nóbiga lábigas tóbigocabigarábi-
ga (1) —dijo Demetrio.

—Estuviste en la ciudad antes de venir por acá.

—No; pero dentro de un rato estaré allá de un galope y volveré a la tarde antes de comer.

—Entonces cómprame un par de pistolas, porque quiero que me enseñes a tirar. Ya se lo he dicho a Eduardo varias veces, pero él se ríe.

—¿Y por qué tal deseo?

—No son de mi reino las apariencias faciales de la comitiva. Dedícales un momento de atención.

Y como no entendía una palabra de todo aquello me puse a repetir:

—Bíbigui bóbigo bóbigo bíbigui búbigu cóbigo.

—Parece que alguien ya le está tomando el pulso a algo. Pero ¿qué temes?

—Haz lo que te he dicho y piénsalo.

—El anciano me ha parecido un maula.

—Pero no el otro.

—No hay cuidado. El jefe no se duerme.

—Pero para mí será un conocimiento muy útil.

Poco después Demetrio pidió su saino, se echó al cinto las pistolas, montó a caballo, y al anochecer regresó trayendo un bulto.

—Aquí están.

—Guárdalas hasta mañana.

La noche estaba fría y Demetrio pasó a su cuarto en el que la chimenea convidaba a acercarse a las llamas; pero no mucho. Se colocó cerca, y sentándose en las rodillas empezó a contarme cuentos. Recuerdo algunos, pero el primero, que me gustó mucho, fue un motivo de jarana para él, pues me hacía repetir: "Mis dos hermanitos que van cargaditos de tierra y barro, de tierra y barro".

—Mis dos hermanitos que van cargaditos de tiedza y badzo, de tiedza y badzo.

—De tierra y barro.

—De tiedza y badzo...

Se reía a más no querer, y acababa por hacerme enojar; pero pronto se iba el enojo en cuanto empezaba:

—Había en un país situado muy lejos de más allá, en tiempos en que las ranas criaban pelos, un rey que tenía...

A la tarde del día siguiente, Demetrio, sentado en el comedor, se puso a limpiar las nuevas pistolas y a cargarlas; pero sólo con pólvora y taco, pues las balas eran inútiles ya que mi mamá deseaba conocer qué impresión le hacían al salir el tiro. Cuando estuvo pronta su hermano le dio las pistolas, y siguiendo las instrucciones después de tres palmadas apretó los gatillos, y a un tiempo hizo fuego.

—¡Ah! creía que fuera más difícil. Ahora puedes cargarlas con bala —lo que Demetrio ejecutó.

Una vez prontos, Demetrio le dio una, y explicándole cómo debía apuntar le señaló el fondo de una barrica que, como cuarenta varas, se encontraba en la calle de naranjos.

—Procura que la bala dé en el medio... una, dos, tres, ¡fuego!

La bala no dio en el medio, pero le anduvo raspando.

—¡Diantre! Toma. La gracia sería que ahora hicieras pasar la segunda bala por el agujero que hizo la primera.

—Todo es posible.

La bala pegó a cuatro dedos de la primera.

Desde entonces todas las tardes tiraba seis tiros al blanco.

—Tienes buena puntería —le dijo su hermano— ahora necesitas saber dos cosas: 1° en un peligro positivo, nunca apuntes sino para tirar, y nunca tires sino para pegar, y 2° hay una diferencia muy grande entre tirarle a una barrica o a un hombre.

A las pocas tardes llegó papá. El señor Cascallares que se había propuesto fundar una quinta, lo recibió muy bien y compró el cargamento después de leer la factura.

—¿Sería difícil obtener otro igual?

—No, señor.

—Entonces le agradecería me enviara un segundo.

—Mañana regreso y antes de diez días lo tiene Ud. aquí.

—¿Desea Ud. que le abone en dinero o prefiere un giro contra el Banco de la Provincia?

—Prefiero el giro.

Lo invitó a almorzar y luego se retiró a una fonda para dormir un par de horas. Le dieron una sala muy grande con piso de tabla en uno de cuyos rincones del fondo había una cama en la cual se recostó.

En el otro extremo se encontraba una puerta que daba a un comedor. Un momento después:

—¡Alejo!

—¿Patrón?

—¿Dónde han puesto esos hombres sus recados?

—Aquí en el comedor.

—Que los pongan debajo del carro y vayan a dormir allí.

A la mañana siguiente se puso en marcha.

Al otro día de llegar y después de haber ordenado lo que había que hacer, montó a caballo y se fue a la ciudad. Regresó muy temprano y apenas se apeó, entró apresuradamente en el comedor.

—¡Laura! Hay fiebre amarilla en la ciudad y existe allí mucha alarma. Dentro de un rato vendrá un coche a buscarte para que te traigas aquí a las muchachas. Ya he hablado con Manuel. (Estas muchachas eran primas hermanas de mi madre, muy queridas, las señoritas de Correa Morales, hijas del Coronel Don Juan Correa Morales, tío carnal de mi madre, muerto en 1841 y de Petrona Núñez hija del Coronel Don Ignacio Núñez, jefes ambos en las guerras de la Independencia —Helena, Edelmira y Magdalena ésta de

15 años entonces y las otras sucesivamente mayores; Manuel era su hermano. Hacía poco que falleciera su madre; actualmente -1914- sólo sobrevive Edelmira).

Antes de ponerse el sol, la quinta estaba de fiestas, con las restricciones que imponía el reciente luto.

Entretanto Marcelino y Miguel, particularmente el primero, venían con frecuencia. Nuestro cocinero Julián era un semi-indio, paraguayo viejo, con el cual solía Marcelino echar sus párrafos en guaraní. Cuando llegó más tarde la hora de las declaraciones ante el Juez, los párrafos fueron revelados por Julián. Su base eran las preguntas de Marcelino: ¿Va a estar mucho tiempo aquí el señor Don Demetrio? ¿Cuándo se va? ¿Se llevará sus caballos? ¿Vendrá algún otro hermano de la señora a acompañar a la familia?

Antes de los diez días el señor Cascallares tuvo el segundo cargamento y papá se quedó en Lobos dos días. En el primero se repitió el diálogo y la escena de los recados. Al segundo a eso de las dos de la tarde estaba en su cama en la sala a que antes me referí. Dormía sobre el lado izquierdo dando la cara a la pared. En el rincón y como a media vara del rostro se apoyaba su escopeta cargada con algunos balines. De pronto se despertó pareciéndole oír el ligero crujido de una tabla del piso. Se incorporó rápidamente y echó mano a la escopeta. En medio de la sala estaba Marcelino que avanzaba en puntas de pie y moviendo el brazo derecho por debajo del poncho como si echara mano a algo que llevase en la cintura. Le apuntó al pecho.

-Mirá canalla; si das un paso más te pego un tiro. Y lo detuvo.

-No es motivo, patrón, para que se enoje tanto.

-¿Qué hacés aquí?

-Venía a preguntarle cuándo nos volvemos.

-¿Y para eso venías en puntas de pie?

-Era para no despertarlo si estaba dormido.

-Salí de aquí ahora mismo, hij'una (tal por cual).

Y como un corderito manso y obediente Marcelino se retiró.

-¡Alejo!

-¡Alejo!

Un momento después se presentaba Alejo.

-¿Por qué has dejado entrar a Marcelino?

-Yo no lo he dejado entrar, patrón; es que no estaba aquí.

-¿Y dónde estabas?

-Marcelino me dijo que Ud. me mandaba comprarle cigarrillos.

-Sí, ¿eh? ¿Y no te das cuenta, badulaque de que para eso era necesario que yo le hubiese dado esa orden estando él en mi cuarto?

—Es que me despertó, porque me había quedado dormido.

A la mañana del día siguiente se inició el regreso con toda rapidez, yendo el carro delante. Pero en el momento de dar los primeros pasos, papá se acercó a los peones y les dijo:

—Al primero de ustedes que se me acerque a menos de cincuenta pasos, lo mato de un tiro.

Cuando llegaron al patio interior, papá les dio orden de dejar el carro como estaba, y que sin poncho se presentaran inmediatamente en el comedor. Al cumplir ambas órdenes, les pagó lo que se les debía y los despidió con estas palabras ominosas:

—Desgraciado el de ustedes que vuelva a poner el pie en esta quinta.

—¿Qué te ha pasado con ellos? —le preguntó mamá.

—Que tenías razón. Le refirió la escena de la fonda.

—Te ha salvado el sueño tan ligero que tienes.

Buscó papá otros dos peones que consiguió muy bien recomendados y emprendió su tercer viaje.

Desde entonces Demetrio no descolgó del cinto "Las mellizas" sino en el momento de acostarse, y eso para guardarlas bajo las almohadas (costumbre que conservó durante el resto de su vida) o bien todas las noches, cuando rodeábamos la chimenea, se sentaba a la izquierda de ésta y las colocaba sobre el marco; mamá se sentaba en frente y colocaba en medio del marco las suyas, lugar que algunos años después había de ocupar San Antonio.

Una noche torearon mucho los perros por el lado de la caballeriza. Salió Demetrio corriendo y disparó un tiro alto a bala en la dirección hacia la cual ladraban y no hubo más novedad. Sus caballos estaban seguros. La caballeriza tenía tres cadenas atravesadas y aseguradas y era muy difícil sacarlos. Julián le había dicho que eran muy lindos y que así pensaba también Marcelino, hombre entendido en caballos.

Cierto día Helena se sintió indispuesta de la garganta y guardó cama dos días. En la noche del segundo, después de comer, pasamos al "cuarto de la estufa" formando el semicírculo habitual. Demetrio ocupaba su asiento de costumbre y me tenía sentado en sus rodillas y seguían Mamá-Meme, mi mamá, Edelmira, Magdalena y Melchora.

Sería entre 8 y 9 de la noche.

La cama que ocupaba Helena se encontraba en la pieza inmediata, la que formaba escuadra hacia adentro con la línea paralela a la del frente, y como la cabecera estaba cerca del rincón, ella podía ver a todos y también la puerta que daba al comedor, apretada pero no cerrada. Desde el puesto en que yo me encontraba no sólo veía a Helena sino también la misma

puerta que daba al corredor. En un momento dado observé que Helena miraba con mucha atención hacia esa puerta y que empezaba a incorporarse. La hoja que estaba próxima a ella se movía lentamente y también miré con fijeza. A la altura de un hombre más que mediano asomaba un chamberg negro de ala caída y en el acto una cabeza.

—¡Un hombre! —gritó Helena en tono de alarido.

—¡Marcelino! —exclamé yo con voz fuerte pero afectuosa.

Mamá y Demetrio se pusieron de pie como un resorte y echaron mano a las cuatro pistolas que estaban sobre el marco de la chimenea, saliendo por aquella puerta del comedor, mamá hacia la derecha y Demetrio hacia la izquierda, con el objeto de rodear la casa.

Mentiría si dijera que me asusté. No tenía la menor idea del miedo porque así me habían criado. Me asustaban solamente dos cosas: los relámpagos y el canto primaveral, glótico, nocturno del Dormilón o Caprimulgo. Pero asustarse no es tener miedo. El susto no es más que una sorpresa. No teniendo susto ni miedo, y queriéndolo tanto a Marcelino que me hacía bailar en el aire, me parecía lo más natural encontrarme con él. ¡Tan bueno, Marcelino! Así es que me prendí de la falda del vestido de mamá y la acompañé a dar la vuelta a la casa. Pero al llegar al medio del frente apareció un bulto negro del tamaño de un hombre en el extremo opuesto que se diría hubiese estado en la caballeriza. Mamá apuntó y gritó:

—¿Quién va?

—¡No tires; soy yo! —dijo Demetrio, el cual vino hacia nosotros y desanduvimos lo andado. Al llegar al comedor notamos que los perros corrían ladrando hacia el ángulo Norte de la quinta, y como se asomara una de las señoras por la puerta que habíamos utilizado para salir, Demetrio le dijo que avisara a las personas que estaban adentro que no se asustara, que él iba a tirar.

En efecto, descargó primero una pistola y después la otra en la dirección que llevaban los perros. Y nada más.

¿Nada más?

Se me prohibió en absoluto que anduviera solo por la quinta, que no pude recorrer entonces sino acompañado de Demetrio. Yo creía que era lo mismo que me acompañara Juan Cufre, pero mis opiniones no eran tomadas en cuenta.

—¿Y cómo lo dejan a él andar solo?

—¡Mire que gracia! —dijo Demetrio— Juan Cufre es Juan Cufre y vos sos Oyembeye.

En esa época yo tenía la convicción de que Oyembeye por Holmberg estaba perfectamente pronunciado por mí. Pero empezó a desenvolverse

en el infantil entendimiento un gran fastidio al pensar que Juan Cufre tenía prerrogativas que a mí se me negaban. Oí por entonces una palabra muy rara y nunca quise preguntar que era eso: "Secuestro".

La virgen del relicario

Cuando regresó mi papá de su tercer viaje tuvo conocimiento de lo que había ocurrido en la quinta y resolvió llevar a cabo algunas averiguaciones. Llamó a Julián.

—Decime, Julián ¿has hablado vos con Marcelino después que yo lo despaché?

—Sí, patrón.

—¿Y dónde has hablado?

—Aquí en la casa, patrón.

—¿En qué parte?

—En la cocina.

—¡Ahá! ¿Y por dónde entraba?

—Por un portillo del cerco, patrón.

—¿Y por qué no le avisaste a la Señora, al Señor Demetrio?

—Porque me daba lástima, patrón. Decía que andaba muerto de hambre, que no encontraba trabajo en ninguna parte, y como sobraba tanta comida que ni los perros querían, yo se la daba.

—¿Y la comía en tu presencia?

—No, patrón. La guardaba para comerla después.

—¿Y dónde has visto un muerto de hambre que teniendo comida en la mano la guarde para después?

—No sé, patrón.

—Mirá, Julián, vos sos un pillo o sos un bestia.

—Así será patrón.

—¿Y conversaban ustedes mucho?

—Mucho no, patrón, porque hablábamos en guaraní.

—Y qué entendés vos por no hablar mucho.

—Porque en castiá uno se cansa pronto y en guaraní no se cansa nunca.

—Muy bien. ¿Y qué te decía, qué te preguntaba?

—Me decía que habías ganado mucha plata en esos dos viajes; que habías ganado más de cincuenta mil pesos (2.000 \$ oro).

—¿Y qué más?

—Me preguntaba cuándo ibas a volver, patrón; cuándo se iba Don Demetrio; qué días ibas a la ciudad, a qué horas volvías, y muchas cosas más.

—¿Y qué le contestabas?

—¿Y qué le iba a contestar? Le decía que no sabía nada de eso.

Después de este diálogo, papá regresó al comedor y dijo a mi mamá:

—Es necesario buscar una cocinera; me parece mejor despacharlo a Julián.

Pocos días después se presentaba una parda grandota hija de una ex esclava y cuyos antecedentes eran bien conocidos por toda la familia. Sirvió en casa muchos años, fue mujer de absoluta confianza en todo sentido y su gran volumen correspondía a sus formidables energías morales y físicas.

Si Marcelino se hubiera presentado por allí, Ciríaca le hubiera sacado de una oreja.

Mi vocabulario se va enriqueciendo, y como a causa del frío y de las lluvias me obligan a hacer una vida doméstica más intensa, oigo palabras nuevas que Demetrio me explica. Todas las personas que se encuentran en la quinta, sean de la familia o del servicio siempre están ocupadas en algo, y quiero hacer lo mismo. Ya he aprendido a serruchar madera, a clavar tablas, a martillar un fierro candente, a trabajar el barro y a cocerlo después de seco, a coser, a lavar, a planchar, a bordar, a hacer fuego, me han permitido revolver un dulce de leche en preparación, a cortar varitas y cañas con cuchillo o con navaja y también a cortarme los dedos, de modo que cuando llegué a los ocho años, un día me conté más de setenta cicatrices en la mano izquierda. Pero mi mayor encanto me lo ha proporcionado Demetrio. Una noche, de sobremesa, mi papá ha referido cómo aprendió a tocar la flauta, y todos han escuchado con mucha atención y se han reído bastante.

—¿Por qué no toca un poco ahora, Eduardo? —dijo Helena que tenía pasión por la música, y que sabía mucho de ella.

—Tienes razón. Hace tiempo que no toco.

Mi mamá le dijo a Juan Cufre dónde estaba la caja y los papeles, y mientras él traía todo, preguntó Demetrio:

—¿Y por qué motivo abandonaba el estudio con tanta frecuencia? Un día se lo pregunté al Barón y me dijo que él lo había atribuido a una repulsión intuitiva que tienen los muchachos en este país por todo lo que sea una obligación. Y si no era por esto sería porque prefería andar por la quinta cazando pajaritos con trampera.

—No; no era ese motivo. La causa era este dedo.

Y mostrando el índice izquierdo, muy globoso en la base, dijo:

—Por esa época tenía yo quince años, y jugando con una pistola, salió el tiro y la bala me rompió la primera falange. Papá lo sabía, como que él mismo mandó buscar al médico para que me curara; pero yo siempre le hice entender que no tenía ninguna importancia. Fíjese ahora, cuando esté

tocando, los movimientos que debo hacer con este dedo, y la verdad es que entonces esos movimientos me molestaban mucho.

Cuando mi papá abrió un cuaderno grande me paré en la silla que estaba a su lado y me puse a mirar lo que había allí.

—¡Mirá, papá! ¡parecen negritos con el cuerpo muy flaco que van subiendo y bajando las escaleritas!

Empezó a tocar. Y aquellos sonidos tan suaves y tan variados me traían algo a la memoria, algo que me hizo pensar. Pero en aquel momento me distraje con la música actual y no sólo prestaba mucha atención a los movimientos de los dedos sino a los ojos de mi papá que se movían alternativamente de izquierda a derecha y viceversa.

Le vi dar vuelta la hoja varias veces, y en una de ellas cuando miró lo que estaba arriba en la página derecha, le puse encima la mano abierta y dejó de tocar.

—Si no sacas la mano, no puedo ver a los negritos ni los gestos que me hacen para decirme cómo debo poner los dedos y cómo debo soplar.

Claro está que saqué la mano.

¡Ah cuando vinieron los años y alguien dijo que tenía imaginación después de leer algo que había escrito, yo sabía muy bien de dónde salía eso!

Aquella noche estuvo llena de enseñanzas. Balas. Había visto balas y municiones de cazar; sabía que alguien las hacía; pero ¿cómo las harían? Tramperas. ¡Cazar pajaritos con tramperas! ¡Qué cosa tan divertida! Romperse un hueso con una bala y poderlo componer. ¿Cómo será eso? ¿Y los negritos del papel que hacen gestos?

Tengo que averiguar todas estas cosas.

Toto me llevó a acostar pero lo único que pudo conseguir fue acostarme, porque no tenía sueño.

Esos sonidos de la flauta, que eran tan dulces y tan variados ¿por qué me recordaban algo? Y así, con los ojos cerrados, empecé a ver. ¿Y cómo era que veía?... Sí; veía y oía. Cuando era chiquito y apenas empezaba a caminar mi mamá de noche, me colocaba en sus faldas y me cantaba cosas muy lindas y muy variadas, y eso que me cantaba sonaba lo mismo que estaba sonando en la flauta que mi papá tocaba en el comedor. Eso es. Me estoy acordando. Eso se llama acordarse.

Pero ya que me he acordado, dejaré la música para otro día y volveré a las balas. ¡Las balas! ¿Cómo harán las balas? ¡Tan lindas! ¡Tan redonditas!

¡Qué cosa tan sagrada y tan profunda es la curiosidad de un niño! ¡Qué cosa tan sublime la curiosidad de un hombre!

Al otro día, por la mañana, el cielo estaba limpio y el sol asomaba por encima de los perales del fondo del jardín. Después de tomar el té me fui a

sentar junto a Demetrio y le tomé la mano izquierda en cuya palma vi algo muy curioso. En el medio de la raya que queda más cerca de los dedos, hay dos fuertes relieves como labios gruesos de una boca apretada y entre ellos la raya se esconde, y en el dorso, un hueso que ahora no sé cómo se llama, pero que cuando llegué a saberlo será el metacarpiano del índice, parece que también se ha roto, y según los informes que me da Demetrio, todo eso fue obra de otra bala, jugando de muchacho con una pistola, y como solamente muchas horas después lo pudo ver el médico, y la inflamación era enorme, no se enfrentaron bien las cabeceras de fractura y el fragmento inmediato al dedo quedó cabalgando algo sobre el otro.

—¿Y por qué juegan con pistolas si hacen tanto daño? —pregunté.

—Amigo Oyembeye, sépase que el Diablo las carga para los niños traviesos, y creyendo ellos que están vacías se lastiman o se matan.

—No lo asustes con el Diablo —dijo mi mamá.

—Y qué le va a hacer el Diablo, ¿cuando él es un niño juicioso y que no va a andar con armas?

—¿Y cómo hacen las balas? —pregunté.

—¡Oh! no es muy fácil. Vamos a hacer unas balas ahora.

Pasó a su cuarto y tomó de encima del marco de la chimenea un objeto que me pareció una tenaza pequeña, y unas balas. Nos fuimos luego a la cocina, y pidió a Ciríaca un cucharón viejo que ésta encontró en alguna parte. Colocado en el fuego le puso dentro seis balas que un rato después estaban fundidas. Tomó lo que yo había considerado una tenaza —y que era un balero, y echando en él plomo líquido por un agujerito que se formaba al cerrarlo, abrió luego las ramas mayores y cayó al suelo una bala lustrosa que parecía de plata. Aquello me hizo bailar de alegría; pero la bala presentaba una coronita como las granadas y Demetrio se la cortó con una tijera muy corta y fuerte que el balero tenía donde las ramas se juntaban.

Y Demetrio me permitió más tarde sostener yo mismo el balero y echarle el plomo, de modo que cuando mi mamá tiraba al blanco todos los días, lo hacía con balas en parte fabricadas por mí. Juan Cufre asistía algunas veces a esta fabricación; pero no se reía, no bailaba, no saltaba. Lo que hacía era asomar la cabeza con aire pensativo.

A la mañana siguiente, antes que Demetrio me llevara a fundir el plomo, se acercó a mí y me presentó un pedazo de miga de pan a la que había dado cierta forma.

—Vea, niño, ahora cuando vaya con el Señor Don Demetrio, pregúntele si con ese balero puede hacer balas de esta forma y cómo haría para tuvieran un agujerito por el medio.

—¿Para qué, che?

—Para saber.

Claro está que apenas echó Demetrio las balas en el cucharón, le mostré la miga de pan y le hice ambas preguntas.

Tomola mi tío, la examinó y me dijo:

—Esto no es obra tuya, ni las preguntas tampoco.

—No; quien lo quiere saber es Juan Cufre.

—¿Y sabes para qué?

—No me lo ha dicho.

—Quiere hacer unas boleadoras para cazar pajaritos. ¡Pobre muchacho; también él es curioso! Corre a llamarlo.

Cuando Juan Cufre llegó, Demetrio buscó un cuchillo de punta, pasó al patio, lo puso de punta en el suelo, y moviéndolo como un trompo ya cansado hizo un hoyo pequeño en cuyo centro clavó un palito delgado y blanco. Allí echó el plomo derretido. Esta vez la cara de Juan Cufre cambió de aspecto, y se reía a carcajadas cuando Demetrio le fabricó otras dos piezas iguales.

—¿Y por qué no se puede hacer esto en el balero? —pregunté.

—Por que el molde del balero es de otra forma.

—¿Qué forma?

—Esférica.

—¿Y ésta qué forma es?

—La de un cono.

—¡Aaah!

Después del almuerzo Juan Cufre se fue al fondo de la quinta llevando en la mano y reboleando los tres conos hechos por Demetrio sostenidos por hilos y en cuyo centro de unión había agregado un pedacito de tela roja que nadie sabía de dónde salió.

—Decíme, Demetrio, ¿cómo se cazan los pajaritos con tramperas?

—¡Oh, mi amigo! hay muchas clases de tramperas, ¿qué es lo que quiere cazar?

—De esos chingolitos que andan por el patio.

—Bueno; vamos a buscar con qué fabricar una trampera.

Encontramos un arco de barril, y sentados junto a la chimenea, pidió hilo y después de mirar bien el arco le cruzó dos hilos atados y me enseñó a formar con hilos cruzados que aseguraba con un nudo por ellos formado, una especie de pandereta. Una vez terminado esto, se fue conmigo hasta el laurel colocó allí el arco, lo levantó de un lado sosteniéndolo por medio de una palito en el que había atado un hilo que llegaba hasta el comedor, echando debajo como una cucharita de granos de arroz, desparramando algunos alrededor y volvimos a la casa.

Observaba yo todo aquello con esa crueldad inconsciente de un chicle. Sentados en el comedor, me hizo tomar el extremo del hilo que iba a dar al palito y me hizo señas de guardar silencio. Algunos minutos después, bajaban al patio muchos chingolitos, los que picando aquí, picando allí, se fueron acercando a la trampa. Al fin se metió uno debajo de ella, Demetrio me dijo:

—Tire de su hilo, pues, amigo.

Y al tirar del hilo, salió el palito de su lugar y el arco cayó encerrando al chingolo.

—¿Ve, mi amigo? Eso es una trampera o una trampa.

—¿Y cómo se saca?

Pronto estuvo en mis manos el prisionero que chillaba a más no poder.

—¿Ha visto, mi amigo, cómo se cazan pajaritos?

—Sí.

—¿Y ahora? ¿Qué va a hacer con él?

—¡Esto! —y lo solté.

¿Para qué encerrarlo en una jaula? ¿Para qué privar a uno de ellos de su libertad, cuando lo más entretenido que ofrecían se presentaba justamente cuando andaban libres por el patio?

Entretanto mi papá tenía un proyecto del que había hablado varias veces. Una mañana llegó a la quinta un caballero alto, delgado, ojos negros, trigüeño y lampiño; pero, sin ser viejo, tenía la cabellera blanca. Cuando mi papá lo vio, en el momento en que enganchaba las riendas de su caballo en la base de la rama de un naranjo del primer patio, salió a recibirlo.

Era el señor Spalding.

Por medio de él consiguió autorización del tirano del Paraguay, Carlos Antonio López (2), para hacer una viaje a la Asunción.

El señor Spalding, que gozaba de la privanza de López y que se encontraba de viaje por Buenos Aires, le llevaba la noticia. Juntos hicieron el viaje hasta la capital del vecino país. Cuando muchos años después vi el retrato de Edison, la fisonomía de Spalding se superpuso a la de éste por el recuerdo.

Mi mamá se vino a la ciudad y el día 30 de octubre, estando ella conmigo en casa de sus primas, me dijeron que me habían traído un hermanito muy lindo, de ojos celestes y pelo muy rubio. Era Carlos.

El viaje de mi papá duró muy poco, de modo que él también lo vio el mismo día y cuando pregunté quién lo había traído me dijeron que los angelitos, en la misma canastita que me trajeron a mí. Yo la vi, era una canastita de mimbre muy fino, con asa, y en ella había unas telas muy delicadas y unas cintas celestes. ¡Tan buenos los angelitos! Habían tenido la

precaución de traer también unas camisitas de Cambray, varios pares de zapatitos de lana tejida, y no sé qué más.

Cuando regresamos a la quinta todo estaba lleno de flores y los pájaros cantaban que era una gloria, como saludando al nuevo huésped. Mi papá había traído muchas cosas raras del Paraguay. Todavía recuerdo una hama-ca muy grande, unas cotorritas verdes con cabeza negra y calzones rojos, ticholos (3), masacotes (4), rosquitas de mandioca y no recuerdo qué más; lo que sí recuerdo es que yo le quise dar masacotes a Carlos y no solamente no me permitieron sino que me amenazaron con encerrarme si le daba cualquier cosa.

Por ese entonces se oía hablar de algún asesinato, cometido cerca de Belgrano o de Palermo, esto es, no lejos de la quinta, después se habló de otro y de otro y la justicia andaba despistada.

Una mañana temprano, estaba ocupado mi papá mirando unos papeles muy grandes llenos de pintitas negras y que le llevaban todos los días. De pronto exclamó:

—¡Laura!

—¿Qué quieres? —preguntó mamá, entrando al comedor.

—Anoche los han tomado a Marcelino y a Miguel. Ellos eran los autores de todas las fechorías realizadas durante el último tiempo.

Cuando oí nombrar a Marcelino, me acerqué a papá, y entonces mi mamá tomó ciertas precauciones para que yo no oyera nada y mientras me daban el té en otra pieza, oía un rumor como si papá estuviera hablando seguido y al último oí que mamá decía con voz fuerte:

—¡Qué horror!

Ellos nada me dijeron, pero pronto supe lo que ocurría debido a conversaciones de la gente de servicio y otros.

A pocas cuadras de la quinta y muy cerca del arroyo Maldonado, en la misma calle Santa Fe, poco antes de llegar al puente, había un rancho largo, una de cuyas cabeceras era lo más próximo a la calle, y allí estaba una puerta, la de la pulpería, de tal modo que a los pocos pasos se encontraba el mostrador con una baranda encima como de una vara de alto. Es posible que todavía se conserven estas barandas, que eran como una reja protectora, en los mostradores de algunos almacenes situados en puntos muy aislados y solitarios, y que llegaban hasta el techo. En el andar de los años su altura fue disminuyendo y hoy son muy raras. Pero en aquella época, la calle Santa Fe, camino a Belgrano (y mucho más largo aún) estaba muy lejos de ser lo que es ahora, como que la calle Callao era casi el límite de la ciudad, pues de allí comenzaban ya los cercos de pita (Agave) y las casas se encontraban cada vez más distantes una de otra.

Los dueños de la pulpería en cuestión eran dos viejitos –un matrimonio. Por entonces no había tomado la inmigración las grandes proporciones que alcanzó pocos años después, para continuar así hasta ahora. En su mayoría, los inmigrantes eran españoles, particularmente gallegos, que desempeñaban funciones de mandaderos, repartidores de diarios y de viandas, peones, criados y serenos o sea vigilantes nocturnos armados de linterna y lanza, instrumento de valor más ornamental o simbólico que útil, dada la magnitud del capote con capuchón que vestían, lo pesado de las botas y la escasez del conocimiento de su esgrima absolutamente negativa, en particular cuando tenían que habérselas con el cuchillo de un malevo. Su mayor actividad se encontraba en la garganta, pues con voz estentórea cantaban la hora y el estado del tiempo cada cuarto de hora o cada media –lo que comenzaba a las once de la noche y terminaba a las cuatro de la mañana. “Las once han dado y sereno” – “las doce han dado y nublado” – “las tres han dado y lloviendo”.

Pueblo esencialmente carnívoro, Buenos Aires recibía las legumbres de “la costa”, es decir, de la costa del Plata, de unas 4 a 6 leguas de distancia, de más allá de Belgrano, porque la influencia de la humedad y temperatura del Gran Río no se extendía sino a pocos centenares de metros de su orilla, y beneficiaba aquellos terrenos altos y de rico suelo, mientras que más acá las tierras eran bajas, arcillosas, ineficaces. Los cultivadores eran criollos. Tierra adentro, pocos cultivos. Estos se ampliaron más tarde cuando empezó a aumentar la inmigración italiana, que es más vegetariana. Los gallegos se dedicaban con preferencia al comercio urbano una vez que sus economías daban para ello y acabaron por desalojar a los criollos en pulperías y almacenes. Más tarde se extendieron por toda la Provincia. Hoy han sido parcialmente desalojados por los italianos en el comercio minorista de la capital; pero son gran mayoría en la provincia, mientras que los cultivos, en toda la República, se encuentran casi totalmente en manos de italianos.

Los dos viejecitos, pues, que eran criollos, abrían su pulpería antes de amanecer, a la hora en que empezaban a llegar las carretas de “la costa”. Allí bajaban los carreteros labradores, tomaban unos mates que les cebaba la viejita, un trago de caña o de ginebra, y seguían viaje a la ciudad, no sin haber dejado algunos cobres o legumbres en retribución de la paternal hospitalidad de aquellos dos viejecitos que los tuteaban a todos. Al paso de los tordos bueyes, rechinaban o gemían los ejes de las enormes ruedas o por el peso de la carga o por la ausencia de grasa.

En una de esas madrugadas y en momentos en que el viejito acababa de abrir la puerta, estando ya detrás de su reja y alumbrado por una vela de sebo, penetraron en la pulpería Marcelino y Miguel.

Las carretas no habían llegado aún.

Marcelino y Miguel vivían por allá cerca, a unas 3 o 4 cuadras hacia Belgrano, a mano derecha, y como a media cuadra de la calle, en un rancho situado en campo abierto y sin árboles ni cultivos. La única puerta miraba al río y los rincones del testero que daba a Belgrano estaban ocupados por sus dos catres. Entre ellos, contra la pared, una mesita de pino sobre la cual brillaba una vela encendida por ellos cinco minutos antes de salir para la pulpería en que acababan de entrar. El objeto de esta vela era satisfacer una devoción íntima de Marcelino por la virgen del Carmen, cuya imagen, litografiada sin colores y rodeaba de marco, pendía de un clavo en la pared.

En aquel bajo húmedo y estándolo más el aire de la madrugada, seguramente se formó en poco tiempo una roseta de hollín en la cúspide de la pavesa, se desprendió un fragmento que cayó en el sebo derretido, se inflamó, se corrió, y los vecinos fueron alarmados por la voz de "fuego", de lo que se pudieron cerciorar en el acto, con sólo asomarse, pues el rancho de Marcelino y de Miguel ardía como una inmensa hoguera.

El fuego tiene un gran atractivo. Para la mayoría por curiosidad; para la minoría por deber. Así fue que los curiosos y los obligados por el deber acudieron a rodear el incendio.

Cuando cesaban las llamas de la paja del techo y sólo quedaban el caballete, los tirantes y las cañas tacuaras traviesas convertidos en brasas, se presentaron agitadísimos y afligidos Marcelino y Miguel. Pero allí estaba también la autoridad, que ignoro cuál era; pero no debía ser manco ni ciego el que la representaba, porque en el acto se encaró con ellos.

—¿De modo que ustedes no estaban aquí cuando el rancho se quemó?

—No señor, recién llegamos, dijo Marcelino.

—¿Y por dónde andaban calavereando?

—Por ahí, Señor, venimos de Palermo.

El diálogo continuó algunos minutos, tiempo suficiente para dar tiempo a que las carretas de la costa llegaran a la pulpería, de donde pronto se desprendió un chasque (5), jinete a todo escape y en dirección al rancho quemado, convencido de que por allí andaría la autoridad.

—Señor, dispense; los viejitos de la pulpería están degollados.

Los dientes largos y amarillos de Miguel castañetearon y todo su cuerpo fue presa de un violento temblor convulsivo. Marcelino lo miró encogiendo un hombro con soberano desprecio y el representante de la autoridad, comisario o alcalde, les dio en el acto orden de prisión.

Ignoro el resto; pero no me parece que Marcelino fuera capaz de entregarse como un carnero. Había en él una energía y una vitalidad yacaré.

Incomunicados, Miguel cantó de plano sin omitir detalle. Por otra parte, la sangre que manchaba las manos y las ropas de ambos y el cuchillo de Marcelino, no era signo propiciatorio para ellos.

Miguel confesó que habían entrado en la pulpería donde los recibió el viejito.

—¿Cómo estás, hijo? ¿cómo te va Marcelino? ¿cómo te va Miguel?

—Aquí andamos; buenas noches.

—¿No quieren tomar un matecito?

—No vendría mal

—Un momento —y dirigiendo la voz a una pieza interior—: che, viejita; calentá un poco de agua para que tomen unos mates los muchachos.

—Ya va a estar —contestó una voz de adentro.

El viejo sirvió a cada uno un trago de ginebra y cuando acababan de tomarlo, se dio vuelta y Marcelino saltó como un gamo por encima de la baranda y sin darle tiempo ni para gritar “lo degolló”. En eso llegó la vieja con el mate y al ver el cuerpo ensangrentado de su marido “se puso a gritar como un marrano” y ahí no más la agarró Marcelino del pescuezo y la echó al suelo; pero era tanto lo que se torcía que no pudiendo “encontrarle el gañote” me dijo: “téngamela fuerte de las piernas” —y como así mismo no podía, me dijo enojado: “sujétemela bien, so... tal por cual, porque si no lo voy a degollar a usted también”. Entonces recién la degolló... Lo único que encontramos fueron veinte reales en el cajón del mostrador (de cobre, igual a los veinte centavos actuales de níquel), dos dedos de ginebra en el botellón, tres de caña, y un poco de yerba y azúcar en la yerbera. Lo demás no valía nada.

Así era como se refería por entonces la declaración de Miguel.

Cuando el juez interrogó a Marcelino, comunicándole previamente la confesión de su cómplice, no negó, refiriendo con toda calma, su entrada en la sala del hotel de Lobos en que mi papá dormía, y cómo se despertó al oír el ligero crujido de una tabla del piso; lo de las monturas en el corredor en vez de estar debajo del carro; su tentativa de entrar en la casa de la quinta, que no le dio resultado, aunque los perros que ya lo conocían no le ladraron sino más tarde cuando él corrió —porque la niña que estaba enferma gritó: “¡Un hombre!” al ver que él asomaba la cabeza por la puerta del corredor, y que el niño lo reconoció diciendo “¡Marcelino!”; y que él tuvo tiempo de ver cómo la Señora y el Señor don Demetrio se pararon de un golpe y tomaron las pistolas y que los vio salir y dirigirse al frente de la casa, y volver; que entonces le pareció mejor correr porque se había escondido en el jardín y que entonces le siguieron los perros ladrando y Don Demetrio disparó dos tiros en esa dirección; refirió lo que había ocurrido

noches antes cuando los perros torearon mucho y que también lo había visto a Don Demetrio cuando tiró dos tiros al aire; que sabía que la Señora tiraba con muy buena puntería y se ensayaba siempre, pero que eso era lo de menos, porque a quien él temía era a Don Demetrio y él creía que esa noche no había vuelto de la ciudad.

En la confesión de Miguel figuraban los otros asesinatos cuyo autor o autores no habían sido encontrados –y explicó lo que faltaba.

Cuando se le preguntó por qué habían ido al rancho después de quemado, dijo que con el objeto de salvar la imagen de la Virgen del Carmen.

El sumario fue breve y se llevó a cabo en Belgrano donde estaban presos.

Fueron sentenciados a muerte y la sentencia se llevó a cabo en el mismo Belgrano.

Sentados en el banquillo, en mangas de camisa, con las manos atadas atrás de la espalda y los ojos vendados, Miguel cayó muerto a la primera descarga; pero ninguna de las balas tocó el pecho de Marcelino.

El oficial que mandaba el piquete ordenó cargar. En la segunda descarga quedó también ileso y sonriendo entonces dijo con aire de convicción:

–Es inútil; no me han de tocar; yo tengo quien me proteja.

Entonces comprendió el oficial. Acercándose a él, le abrió violentamente la pechera de la camisa y le arrancó un relicario con la Virgen del Carmen que llevaba colgado al cuello. Por no tocar a ese relicario, los soldados, que sin duda tenían conocimiento de su existencia, desviaban la puntería al hacer fuego.

El oficial ordenó cargar nuevamente y colocándose detrás del piquete (así lo he oído referir) dijo:

–Al que no le pegue lo atravieso.

Cuando sonó la descarga, las cuatro balas, en línea horizontal y casi a iguales distancias se marcaban en el pecho del bandido.

Marcelino cayó, evidentemente con el corazón atravesado, si no por dos, a lo menos por una bala; pero tal era su vitalidad y las contorsiones que hacía en el suelo, que el oficial dio orden de que en el acto se le diera en un oído el tiro de gracia que apenas moderó sus movimientos por lo cual hubo que darle el segundo en el otro oído.

Por esa razón fue mi protesta, al comenzar, de que Marcelino no era el bandido que fue fusilado en la Penitenciaría por jugar al bilboquete con el cuchillo.

Allá por el mes de febrero de 1858, a eso de las 3 de la tarde, mi papá se encontraba en el comedor recostado en un diván. Yo estaba de pie en el umbral de la puerta del medio que daba al comedor, donde mamá conver-

saba con una mujer bastante alta de unos 35 a 40 años que cosía para la familia. Se trataba de alguna ropa blanca que había traído y probablemente no había más que decir al respecto, porque de pronto dio un suspiro y dijo:

—Pero ha visto, Señora, ¡pobre Marcelino! ¡tan devoto como era de la Virgen del Carmen! ¡Y qué cosa milagrosa, Señora; en la noche del incendio, todo, todo se quemó, menos la santa imagen; ni siquiera se chamuscó el marco!

Mi papá se incorporó para oír mejor.

—¡Pobre Marcelino! —continuó— ¡tantas penurias y tantos trabajos y no poder gozar de ellos! Decían que debía tener algún tapado y tanto lo buscaron que al fin dieron con él. Al pie de un sauce de Palermo encontraron enterrada una caja de cigarros en la que había 20 reales, un puñadito de yerba y otro de azúcar. ¡Pobre Marcelino!

—¡Laura!

—Voy...

—Págale a esa mujer, si le debes algo, y que no vuelva a pisar en esta casa.

—Eso mismo iba a hacer. ¡Pobre costurera! ¡tan piadosa! ¡tan afectuosa!

V. NOTAS

INTRODUCCIÓN

(1) Eduardo L. Holmberg. *Olimpio Pitango de Monalia*. Edición príncipe. Edición, introducción y notas de Gioconda Marín. Buenos Aires: Ediciones Solar, 1994.

(2) Para el planteo filosófico de la modernidad de aquí en adelante me baso en las obras de Agnes Heller: "...modernity although born in Europe, quickly became global, and that freedom as the foundation of modernity is also global". *A Theory of Modernity*. Malden, Mass.: Blackwell Publishers, 1999, p. 241, nota 39.

(3) En otra oportunidad al estudiar las tempranas manifestaciones del modernismo en la Argentina como una época que coincide con el proceso de secularización europea, de nuevas estructuras socio-económicas y de adelantos científicos, analicé a Holmberg como a uno de los primeros cultivadores del modernismo con sus cuentos "El ruiseñor y el artista" y "El periódico liberal", publicados en las revistas analizadas en dicho libro. Gioconda Marín. *El modernismo argentino incógnito en La Ondina del Plata y Revista literaria (1875-1880)*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993.

(4) Eduardo L. Holmberg. "De siglo a siglo". En: *Anales de la Sociedad Científica Argentina*. Buenos Aires, julio, 1901, p. 58.

(5) A. Heller, *A Theory*, pp. 5-39.

(6) *Ibidem*, p. 31.

(7) La concepción de otro filósofo de la modernidad, Weber, está más cerca del siglo xx que la de sus predecesores. La racionalización, que origina la pérdida de los mitos, de las creencias, de la belleza, es una de las condiciones del desencanto del mundo. Weber se acerca a Hegel en la descripción del mundo moderno, prosaico, sin héroes, ni poesía, sin lugar para lo grandioso. El desencanto del mundo ocurre cuando las instituciones dominantes del mundo moderno —la ciencia, la política, la economía— carecen de un sentido vital, defraudan al hombre. El tiempo presente está lleno de desencantos, al no existir el arte y la religión, la vida pierde sentido. Sin el arte y la religión en la sociedad moderna, el ser humano queda sólo con necesidades materiales acumulativas y progresivas. Se descubre así la fase desagradable del racionalismo, de la Ilustración: el hombre queda solo al desaparecer Dios, la fe, la religión, las creencias, los valores tradicionales, las emociones. El nihilismo es el final del racionalismo, todo se tambalea, no hay nada que construir. La modernidad se vuelve contra sí misma. Para Weber la verdad científica es falible, temporal y falsificable.

(8) "Conferencia del Dr. C. Hicken". En: *Homenaje al Dr. Eduardo L. Holmberg*. *Revista del Centro de Estudiantes de Ingeniería*, XVI, 159, septiembre, 1915, p. 729.

(9) La presencia de Darwin en la Argentina ya la he estudiado en "Darwin y la literatura argentina". En: *La Torre*, III, 9, julio-septiembre, 1998, pp. 551-577.

(10) Domingo Faustino Sarmiento, *Darwin. Síntesis de la evolución del pensamiento laico*. Buenos Aires: Sociedad Luz, 1934, p. 7. Todas las citas del discurso de Sarmiento se toman de esta edición.

(11) Cuatro fueron las expediciones realizadas dentro del país: "1. El Carmen or Patagones-Bahía Blanca, Aug. 11-17, 1833; 2. Bahía Blanca-Buenos Ayres (400 m) Sept. 8-20, 1833; 3. Buenos Ayres-Sta. Fe (nearly 300 m) Sept. 27- Oct. 2, 1833; 4. Captain's expedition up Santa Cruz R. Apr. 18-May 1834". Charles Darwin, *The Voyage of the Beagle*, Leonard Engel (ed.). New York: Doubleday & Co. Inc., 1962, mapa s/p.

(12) Alberto Palcos, "Darwin, Sarmiento y Holmberg". En: *La Prensa*, 25 de febrero de 1945, 2a. sec., 1a.col.

(13) Philip G. Fothergill, *Historical Aspects of Organic Evolution*. New York: Philosophical Library, 1953, p. 104.

(14) Charles Darwin, *On the Origin of Species*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1966, pp. 60-79.

(15) Eduardo L. Holmberg, *Carlos Roberto Darwin*. Buenos Aires: El Nacional, 1882, p. 18.

(16) El discurso de Holmberg fue malentendido por el medio. Holmberg aclaró muy bien que el eterno problema quedaba insoluble: "Manteniéndonos en los límites estrictos de la observación pura, el problema queda eternamente insoluble. ¿Cuál es el origen de la materia? ¿Es ella eterna? ¿Ha sido creada por un acto de voluntad divina, o ha sido solamente transformada de Caos en mundos definidos, sobre cuyas aguas flotaba el espíritu del Señor..." (*Carlos Roberto Darwin*, p. 24). Más adelante agrega que las ciencias naturales pueden usar otros métodos que la observación pura e "inducir" la "eternidad de la materia" (p. 24). Sin embargo el periódico *La Ilustración Argentina*, que destaca "el fanatismo por Darwin" (p. 317) del discurso, pregunta: "¿Y el problema fundamental? [...] y el origen de la vida? [...] Aquí tenéis amigos, el libro abierto [el de Darwin]. Hacedle la pregunta y sólo quedará en vuestras manos la huella que puede dejar una leve columna de humo" (*La Ilustración Argentina*, II, 27, 30 de septiembre, 1882, p. 318).

(17) Eduardo L. Holmberg, *Evolución*. Buenos Aires: Sociedad Luz, 1918. Esta obra en realidad es el capítulo XIX de la *Botánica elemental* (1908) de Holmberg, obra que se usaba para la enseñanza de esta disciplina en las escuelas.

(18) Muchas de las ideas desarrolladas en esta obra, habían sido expresadas anteriormente por Jean Baptiste Lamarck en su *Zoological Philosophy*, que tanto influyó en Darwin. Holmberg, como Lamarck, cita el caso de las jirafas de cuello corto y de cuello largo, como ejemplo del triunfo de los más aptos. Es decir sobreviven las jirafas que tienen cuello más largo, porque pueden alcanzar, más fácilmente que las otras, la comida (*Evolución*, pp. 25-26).

(19) Holmberg publica una novela en la que el discurso científico resulta una aplicación del darwinismo (*Dos partidos en lucha*. Buenos Aires: Imprenta de El Argentino, 1875) y que lleva como subtítulo *Fantasía científica*, donde Holmberg desafía el medio porteño, presentando la controversia que suscita el darwinismo en la Argentina. Reproduce aquí parte del análisis que hice en "Darwin y la literatura argentina" (*op. cit.*) sobre *Dos partidos en lucha*. En la obra, la lucha científica entre dos partidos, el darwinismo y el rabianismo, degenera por sus caracteres en una lucha política. La novela empieza con un prólogo, "Dos palabras", fechado en diciembre de 1874, donde Holmberg declara que el autor de ese "juguete literario", Ladislao Káillitz (darwinista), se ha marchado de viaje y le ha confiado el manuscrito de esta obra. Ladislao Káillitz, uno de los seudónimos que Holmberg usó en otras obras, se origina en el apellido eslavo de su abuelo, Eduardo Kan-

nitz, barón de Holmberg, quien participó en las guerras de la independencia argentina. Este apellido apareció indistintamente escrito en el medio argentino como Kanitz, Kautitz, Kammitz, Kaillitz e incluso Kaulitz. El prólogo termina enigmáticamente, recurso tan usado por Holmberg, al expresar que en todas las obras del espíritu humano hay un más allá, parafraseando a Rafael Obligado: "Se sueña, se presiente, se adivina", lenguaje de la palabra presentida que se adelanta a sucesos futuros con respecto a la recepción del darwinismo en el medio. La novela consta de XIV capítulos y un apéndice. Se inicia cronológicamente en enero de 1872, cuando Ladislao Káillitz es invitado por el capitán del vapor nacional *Patagones*, Carlos Rossovich, a dar un paseo por la costa patagónica. Al desembarcar en la embocadura del Río Negro de Patagonia, encontraron despojos abandonados, huesos, botellas vacías, una pipa y en un murallón esculpido ("Charles Darwin 1835", p. 3), quizá grabado por el ilustre naturalista cuando estuvo en la Patagonia argentina. Esta circunstancia le permite a Holmberg hacer una crítica de los estudios de ciencias naturales, pues Káillitz, que acababa de pasar el último examen de preparatorios en la universidad, "apenas una o dos veces había oído su nombre [el de Darwin], y esto ¡de qué modo! (p. 3). Será el capitán del barco quien explique la teoría de Darwin a Káillitz. Darwin es presentado aquí como un "fantástico y un visionario", con la acepción romántica de la persona que puede ver lo que los otros no ven, que está dotado de poderes especiales para descifrar verdades y transmitirlos a los demás. Estas palabras se conectan con las del prólogo: "Se sueña, se presiente, se adivina". A partir del capítulo II, la acción se sitúa en Buenos Aires, dos años más tarde, en 1874. A pesar del apogeo del Museo Nacional, gracias a la dirección de "un sabio, demasiado sabio" (p. 7), en Buenos Aires tiene lugar una lucha, el enfrentamiento entre los darwinistas y los rabianistas, que despierta "la atención de los pueblos civilizados o inciviles" (p. 7).

El sabio al que alude Holmberg es Burmeister, quien a sugerencia de Sarmiento, había sido invitado durante la presidencia de Mitre para que dirigiera el Museo Nacional y estudiara las ciencias naturales en el suelo argentino. Se radicó permanentemente en la Argentina a partir de 1862. Aunque las publicaciones de Burmeister eran muchas (*Historia de la creación, Cuadros Geológicos, Cartas zoonímicas, Descripción física de la República Argentina*), la presencia de este sabio alemán es controversial. Por un lado no aceptaba el darwinismo; por otro, no publicaba en español y se había preocupado poco de formar discípulos, que eran las caras ideas de Sarmiento para la Argentina. Por lo tanto Holmberg y sus discípulos, no desaprovechan ocasión para desprestigiarlo. A este tono pertenece *Dos partidos en lucha*. La ironía se derrama al hablar de este sabio alemán, "amigo y rival de Humboldt" (p. 8), visitado frecuentemente por los sabios extranjeros en su necrópolis admirable, el Museo Nacional de Buenos Aires. Sarcásticamente menciona que "Darwin se había dejado celebrizar viviendo Burmeister" (p. 9) para luego puntualizar que aunque eran amigos, Darwin y Burmeister profesaban ideas diametralmente opuestas; Burmeister, que era creacionista, rechazaba el darwinismo. El enfrentamiento entre darwinistas y rabianistas deriva en la organización de un Congreso Científico para discutir los dos principios de la ciencia: "Los unos pretenden que descendemos del mono; los otros aseguran que descendemos de nosotros mismos" (p. 14). Los darwinistas "admitían la mutabilidad de la especie", un mono podía "alterar sus caracteres orgánicos y convertirse en hombre con todos sus atributos" (p. 15). Los rabianistas, "no admitían ninguno de estos hechos" (p. 15). Los representantes en el Congreso eran: Paleolitez, cuyo nombre retrotrae al paleolítico, representaba a los rabianistas y seguía a Burmeister; es

decir creía en “la invariabilidad de la especie” (p. 17). Estaca, que era tan estaca como su nombre, no sabía una palabra de botánica, y Grifritz, darwinista, gran sabio y artista, quien trabó una gran relación con Káillitz. Éste al volver de su expedición a la Patagonia en 1872, trajo objetos de valor científicos muy valiosos. Entre ellos cinco esqueletos de avestruz, de los cuales envió dos a Darwin. El resto de la colección le permitió entrar en contacto con Grifritz, pues le dio varios ejemplares para su museo privado.

La descripción de la biblioteca y museo privado de Grifritz resulta una de las partes más interesantes de la novela. Káillitz es conducido a través de salas subterráneas que contienen objetos pertenecientes al orden mineral, vegetal y animal, perfectamente clasificados y ordenados según el principio de perfeccionamiento gradual de Darwin (p. 33). Este descenso a otra realidad retrotrae al mundo nigromántico de la Edad Media y, de alguna manera, hace acordar a la biblioteca de “El brujo postergado” de Borges. Aquí hay también un nigromante, el científico Grifritz, que logra cosas que parecen pertenecer a la nigromancia, la resurrección de una sensitiva (pp. 36-39). La rama de sensitiva o mimosa fue enviada por Bompland a Humboldt cincuenta años atrás y estaba en ese momento en poder de Grifritz. Káillitz no puede disimular su admiración por este último y así se lo expresa, pero Grifritz responde:

—“¡Voy a decir a Ud. la verdad! —me dijo— sirvo una doctrina científica: el *Darwinismo*. Tarde o temprano llegará a ser una doctrina política, y necesito cierto misterio en mi conducta” (p. 45)

Sin embargo el propósito de este fenómeno es mostrar cómo hechos, que parecen pertenecer al mundo de la magia o de los milagros, tienen una explicación científica. La resurrección de la sensitiva se debió a “la acción simultánea de varias fuerzas físicas [...] Lázaro vegetal que había tenido también un Cristo que le enviara el alma entre las gotas de un líquido mágico” (p. 45).

El capítulo VI describe la primera sesión pública del Congreso. Se respira un ambiente de partidos, de luchas políticas, de bandos irreconciliables: los darwinistas y los rabianistas. Las opiniones más fuertes en contra del darwinismo son expresadas por Paleolitez, quien llega a decir que “la teoría de Darwin es una degeneración del espíritu humano” (p. 55). Sus argumentos tuvieron un efecto extraordinario cuando anunciaron que, si el hombre era una variedad del mono, como sostenían los darwinistas, una vez que desaparecieran “las fuerzas ocasionales que lo mantienen en su estado actual”, regresaría a su especie generatriz, es decir volvería a ser mono (p. 61).

Estos juicios fueron refutados por Grifritz, al sostener que el hombre era una variedad “relativamente a la especie pre-diluviana, es decir es una especie inalterable en la especie generatriz”, de ahí que la humanidad no volverá nunca a tener cola (p. 67).

Las ideas discutidas entre científicos durante el Congreso, se propagarán y despertarán las reacciones más disímiles. Así lo que era en principio una lucha científica, se ha convertido en una lucha política, de partido, donde las emociones, los sentimientos, la falta de lógica de sus argumentos, ha degenerado en opiniones carentes de raciocinio y objetividad.

El capítulo IX tiene lugar en Londres. El científico Owen ha invitado a Darwin a la disección de un mono. Advierten algo extraño que no se revela inmediatamente, sino al final con tonos de un humor negro: lo que han diseccionado es un akka de raza africana. En esos momentos alguien llega con un mensaje importante para Darwin. Debe viajar a la Argentina para presenciar la última sesión del Congreso. Darwin se presenta ante la

Reina para pedir que le facilite el barco más rápido para llegar allá a tiempo, porque: "La Reina de Inglaterra no ignora que su humilde súbdito ha dado nombre a una teoría, y que, si en una ciudad de la importancia de Buenos Aires, triunfan sus ideas, es incuestionable que el efecto moral producido en el resto de las naciones, tendrá una influencia señalada en el espíritu práctico del siglo" (p. 98).

Darwin viaja a la Argentina, esta vez a bordo del *Hound* ("Galgo"), como lo hizo cuarenta años atrás con el almirante Fitz-Roy a bordo del *Beagle* ("Sabueso"), y recibe un apoteósico recibimiento en Buenos Aires. Se le acercan varias personalidades a saludarlo, entre ellas Sarmiento, a quien Darwin reconoce como a "uno de sus más ilustres prosélitos":

"El Presidente de la República D. Domingo Faustino Sarmiento, extendió la mano al sabio que la estrechó con efusión, y le dijo: "Tengo el honor de saludar al ilustre reformador inglés [...]"

Darwin que había esperado cinco buenos minutos dijo en castellano bastante claro:

—No es poca mi dicha haber cruzado el Atlántico, para estrechar, al poner el pie en tierra, la mano de uno de mis más ilustres prosélitos americanos, primer magistrado de una gran República" (p. 112).

En la última sesión del Congreso, Darwin toma la palabra para expresar que "ha venido a gozar con la discusión" porque su "doctrina es uno de los focos más intensos al que convergen todas las inteligencias imparciales" (p. 128). En esta oportunidad Darwin revela el hecho insólito, que Owen y él hallaron en la disección del akka, la inversión del sístole hacia la izquierda y el diástole hacia la derecha. La discusión pasa luego al tema del origen de la vida. Darwin sostiene que parece que todos los sabios le atacan por no haber mencionado este aspecto en su obra. Es Grifritz quien esclarece este asunto, al expresar que el origen de la vida se debe a "un fenómeno de generación espontánea, fenómeno incuestionable que solo una vez se ha manifestado en nuestro globo y ha sido cuando la tierra, después de haber bajado a una temperatura moderada, ha permitido la evolución de los organismos" (p. 133). Darwin se adhiere plenamente a Grifritz.

La obra termina cuando al Congreso se trae un akka, que acababa de ser trasladado de África para ser estudiado. Se le hace una incisión para observar el fenómeno del sístole y del diástole apuntado anteriormente por Darwin, lo que parecería probar que esta raza representa el eslabón entre los hombres y los monos, aunque esto nunca se expresa explícitamente. Lo que observan los científicos ahí reunidos, da el triunfo a los darwinistas.

La obra permite decantar las siguientes ideas: la difusión de las ciencias y del darwinismo, la irracionalidad y la falta de tolerancia de la gente común que tacha de "chusma" a los darwinistas, los celos profesionales entre los científicos, la lucha de éstos contra la estrechez del ambiente.

Dos partidos en lucha no fue del todo entendida y aceptada. Uno de los representantes de la generación del 80, el conocido autor de *Juvenilia*, Miguel Cané, publicó en *La Nación* el 29 de febrero de 1875, un comentario donde critica al autor por hacer "una parodia" de la situación política del país: "La situación política en que se encuentra el país, los recuerdos vivos del sacudimiento violento que ha agitado la república, la influencia que han ejercido los acontecimientos pasados en el ánimo del pueblo, son otras tantas causas que dificultan de una manera poderosa el desarrollo de una parodia crítica de esos mismos sucesos" (*La Nación*, 3a col.). En realidad Holmberg no intentó hacer una obra política, sino mostrar cómo las emociones y otros síntomas de las luchas

políticas –falta de tolerancia, irracionalidad–, podían también manifestarse en una lucha científica. El artículo de Cané es valioso, porque permite decantar el ambiente descrito por Holmberg en la novela con respecto a la falta de aceptación del darwinismo. Cané llama al darwinismo: “disgustante teoría de Darwin sobre la transformación de las especies” (*ibidem*, 4a.col.).

(20) *Foja de Servicio de Holmberg*, 20 de febrero de 1903. En mi archivo.

(21) A. Heller, *op. cit.*, p. 40. Mi traducción corresponde a lo que ella denomina *modern social arrangement*.

(22) Gioconda Marín, *El modernismo argentino incógnito*, *op. cit.*, pp.100 y s.s.

(23) “The combination of private property and market relations can still be termed ‘capitalism’ even if there is no ‘capitalist society’” (A. Heller, *op. cit.*, p. 85).

(24) James Scobie, *Buenos Aires del centro a los barrios 1870-1910*. Buenos Aires: Solar-Hachette, 1977, p. 118. La presencia inglesa en el medio porteño fue anterior a 1870 como atestigua la publicación, durante 32 años, del periódico *The British Packet and Argentine News* (Buenos Aires 1826-1858), estudiado en mi libro: *Orígenes del costumbrismo ético-social. Addison y Steele: antecedentes del artículo costumbrista español y argentino*. Miami: Ediciones Universal, 1983.

(25) José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México: Siglo XXI, 1976, p.264.

(26) Ángel Rama, *El mundo de los sueños de Rubén Darío*. San Juan: Edit. Univ. de Puerto Rico, 1973, p. 41.

(27) En este cuento, Tapioca busca refugio en la casa de campo: “por huir de mi casa donde no podía dar un paso sin romperme la crisma contra algún objeto de arte. La sala parecía un *bazaar*, la antesala ídem, el escritorio ¡no se diga!, el dormitorio o los veinte dormitorios, la despensa, los pasadizos y hasta la cocina estaban repletos de cuanto Dios crió” (“Vida moderna”. En: *Tiempo perdido*. Buenos Aires: El Ateneo, 1931, p. 103). Esta obra reúne artículos periodísticos de Eduardo Wilde de años anteriores.

(28) “La noche de boda en el gran mundo”. En: *El Nacional*, 20 de mayo de 1882, p. 1, col. 2.

(29) Walter Benjamin, “París, capital del siglo XIX”. En: *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*. Madrid: Altea/ Taurus/ Alfaguara, 1988, p. 182.

(30) Rafael Gutiérrez Girardot, “Sobre el modernismo”. En: *Escritura* 4, 1977, pp. 214-215.

(31) Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 95-101.

(32) Jürgen Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*. Thomas Burger y Frederick Lawrence (trad.). Cambridge, Mass.: Massachusetts Institute of Technology, 1989, p. 184.

(33) Eduardo Wilde, *op. cit.*, pp. 36-37.

(34) Cristóbal Hicken al hacer la bibliografía de las obras de Holmberg omitió este cuento (Cristóbal Hicken, “Bibliografía”. En: Luis Holmberg, *Holmberg el último enciclopedista*. Buenos Aires: Francisco A. Colombo, 1952, pp. 165-180).

(35) Scobie informa que “en 1870 la estructura social de Buenos Aires se dividía en dos grandes sectores: la *gente decente*, la clase culta, aquellos que por sus antepasados, educación y riquezas gozaban de prestigio y poder dentro de la comunidad; y la *gente de pueblo*, los trabajadores, los que más que dirigir la sociedad dependían de ella” (*op. cit.*,

p. 267). Es importante destacar que Holmberg al describir la recepción del darwinismo en la sociedad, en *Dos partidos en lucha*, muestra la irracionalidad e intolerancia de la gente decente. Los darwinistas son tratados de "chusma" (*op. cit.*, p. 79) por la "gente decente", los rabianistas. Cuando Káillitz, que está de visita en la casa de una familia rabianista, les pide a las señoras que definan lo que entienden por "gente decente", ellas expresan: "La gente que tiene modales finos, que viste bien, que tiene coche, palco, blondas, joyas, dinero, y, cuyos padres han gozado de iguales ventajas" (p. 85). Ante la superficialidad de tales juicios, en los que "la decencia radica en el traje y en toda esa ostentación" (p. 85), Káillitz las enfrenta y les dice: "La decencia radica para mí en el cumplimiento espontáneo del deber moral general" (p. 86). Káillitz se explaya en el concepto de decencia, ser cristiano, religioso, cumplir con el deber por virtud, si entre los rabianistas hay personas que sean decentes así, el renegará de sus creencias científicas, y no será darwinista, pero no lo hará porque la virtud de ellos "es una virtud falsa" (p. 86).

(36) Ángel Rama, *La ciudad letrada*. Hannover, N. H.: Ediciones del Norte, 1984, p. 31.

(37) Estos dos periódicos los he analizado en: *Orígenes del costumbrismo ético-social*. Addison y Steele: antecedentes del artículo costumbrista español y argentino (*op. cit.*).

(38) Domingo F. Sarmiento, "De la Revolución Argentina", *El Progreso*, enero 11, 1843. En: *Obras completas*, vol. VI, París, Berlín Hnos. [1909] p. 93.

(39) Sarmiento, "Política argentina". En: *Obras completas*, vol. VI (*op. cit.*), p. 288.

(40) Agnes Heller, *Can Modernity Survive?* Berkeley and Los Angeles, CA: University of California Press, 1990, p. 11.

(41) A. Heller, *A Theory of Modernity* (*op. cit.*), pp 94-95.

(42) *Ibidem*, capítulos 9 y 10, pp.141-172.

(43) Immanuel Kant, *Anthropology From a Pragmatic Point of View*. Chicago, Ill.: Southern Illinois University Press, 1978.

(44) He estudiado el nacionalismo de Lugones y Rojas en "La filología, Renan y el nacionalismo literario de L. Lugones y R. Rojas". En: *Río de la Plata 20-21, Actas del VI Congreso Internacional del CELCIRP*. New York: Fordham University, 1988, pp. 267-279.

(45) Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina*. Vol. I. Buenos Aires: Guillermo Kraft Ltda., 1960, p. 25.

(46) A. Rama, *La ciudad letrada*, p 166.

(47) *La Moda Gacetín semanal de música de poesía, de literatura, de costumbres* (1837). Prólogo y notas de José Oria. Buenos Aires: Kraft, 1938.

(48) En "Instituciones oratorias dirigidas a la juventud", Figarillo expone ocho reglas para impresionar al interlocutor que explicitan el mal gusto y exageración de la mímica en la conversación. Algunas de ellas: sentar una proposición estrellando la palma de la mano contra una mesa, sorprender al adversario repentinamente con un grito o una patada en el piso, enflaquecer agudamente la voz para enfatizar la pequeñez de los argumentos del otro. *La Moda*, 19, p. 182.

(49) He realizado un estudio detallado de *La Moda* y de otros periódicos argentinos influenciados por *The Spectator* y *The Tatler* en *Orígenes del costumbrismo ético social*. Addison y Steele: antecedentes del artículo costumbrista español y argentino (*op. cit.*), pp. 117-127.

(50) A. Heller, *A Theory* (*op. cit.*), pp. 156-57.

(51) Sigo de cerca los conceptos de Michel Foucault en *Discipline and Punish. The Birth of the Prison*. New York, Canada: Random House/Vintage Books Editions, 1979, pp.136-37.

(52) Francine Masiello, *Between Civilization and Barbarism. Women, Nation, and Literary Culture in Modern Argentina*. Lincoln and London: University of Nebraska Press, 1992, p. 89.

(53) Leopoldo Lugones, "Primera edición. Nelly por E. L. Holmberg". En: *El Tiempo*, 18 de septiembre, 1896, p. 1, col. 3.

(54) He estudiado la presencia del ocultismo en Buenos Aires en *El modernismo argentino incógnito* (op. cit.)

(55) Un estudio de este cuento lo realicé en "El ruiseñor y el artista (1876): un temprano cuento modernista argentino". En: *Río de la Plata*, 2, 1986, pp. 107-116; incorporado luego en *El modernismo argentino incógnito* (op. cit.).

(56) F. Masiello (op. cit.), p. 89.

(57) Cecilia Grierson, "Discurso de la Doctora Grierson". En: *Homenaje al Dr. Eduardo L. Holmberg. Revista del Centro de estudiantes de Ingeniería*, año XVI, 159, septiembre 1915, p. 723. Es interesante la mención del catecismo de Gaspar Astete (jesuita español; 1537-1601), autor de *Instituciones y guía de la juventud. Del estado religioso, Del estado de las viudas y doncellas*. Su famosa obra *Doctrina cristiana* (1599), luego titulada *Catecismo de la doctrina cristiana*, alcanzó más de 600 ediciones. Este *Catecismo* está ahora fuera de circulación en la Argentina, pero Holmberg realiza una sátira de él en *Olimpio Pitango de Monalia* (op. cit.), pp. 136-139.

(58) Eduardo L. Holmberg, "Discurso del Dr. Eduardo Holmberg". En: *Homenaje al Dr. Eduardo L. Holmberg, Revista del Centro de Estudiantes de Ingeniería*, año XVI, 159, septiembre 1915, p. 735.

(59) *Homenaje al Dr. Eduardo L. Holmberg. Revista del Centro Estudiantes de Ingeniería* (op. cit.), p. 732.

(60) "Discurso del Dr. Holmberg en la inauguración del monumento a la memoria de la Señora de Caprile". En: *El Nacional*, 1 de agosto, 1887, col. 3.

(61) Un análisis de la posición de Sarmiento con respecto a la educación de la mujer lo he realizado en *Orígenes del costumbrismo ético social* (op. cit.), pp. 132-150.

(62) Las similitudes entre la "Educación popular" de Sarmiento y la "Educación técnica de la mujer" de Grierson han sido destacadas por Mónica Szurmuk, *Women in Argentina. Early Travel Narratives*. Gainesville, Florida: University Press of Florida, 2001, p. 100.

(63) Eduardo L. Holmberg, *Olimpio Pitango de Monalia* (op. cit.), p. 130.

(64) *Ibidem*, p. 161.

(65) Luis Holmberg, el hijo de Eduardo L. Holmberg, daría más tarde información sobre esta quinta que era "una de las más bellas e importantes de Buenos Aires". El padre de Holmberg cuidaba esta quinta con esmero y más de una vez, el niño "veía también a su padre clasificando y ordenando los envíos de plantas". En: *Holmberg. El último enciclopedista*. Buenos Aires: Francisco A. Colombo, 1952, pp. 30 y 33. En "Marcelino" el padre es descrito transportando plantas de su vivero a otros lugares de la Argentina.

(66) "Knowledge in the sense of 'knowing about' precedes belief or faith. One cannot have faith in something or someone one that does not know anything about—not even its existence, concept or idea". A. Heller (op. cit.), nota 52, p. 261.

(67) "La familia en el pasado evoca sin duda una imagen bien definida: autoridad patriarcal y cierta sumisión de los demás miembros, en particular las mujeres [...] una severa crianza de los hijos —en especial por parte del padre [...]" Eduardo Miguez, "Familias de clase media: la formación de un modelo". En: Fernando Devoto y Marta Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina plural: 1870-1930*, 2. Madrid/Buenos Aires: Taurus, 1999, p. 21.

(68) De aquí la dificultad de aceptar el siguiente juicio: "Holmberg thus recasts the script of the national family that serves Argentina without a female presence" (F. Masie-llo, *op. cit.*, p. 91).

(69) Se rastrearon los siguientes periódicos de Buenos Aires: *El Álbum del Hogar*, *Revista literaria*, *Nueva Revista de Buenos Aires*, *La Crónica*, *El Tiempo*, *La Cruz del Sur*, *Caras y Caretas*, *Fray Mocho*, *El Sur*, *La Nación*, *El Argentino*, *La Época*, *El Tiempo*, *La Tribuna*.

(70) Eduardo L. Holmberg, *El tipo más original y otras páginas*. Sandra Gasparini y Claudia Roman (eds.). Buenos Aires: Ediciones Simurg, 2001; Eduardo L. Holmberg, *Filigranas de cera y otros textos*. Enriqueta Morillas Ventura y Rodrigo Guzmán Conejeros (eds.). Buenos Aires: Ediciones Simurg, 2000.

(71) Este cuento lo he analizado en *El modernismo argentino incógnito (op. cit.)*, pp. 131-139.

(72) He estudiado un temprano cuento detectivesco de Holmberg, "La bolsa de huesos", en: "La bolsa de huesos": un juguete policial de Eduardo L. Holmberg". En: *INTI. Revista de literatura hispánica*, 20, otoño 1984, pp. 41-46.

(73) Umberto Eco, *Opera aperta*. Milano: Casa Editrice/Valentino Bompiani, E. C., 1962; Sharon Spencer, *Space, Time and Structure in the Modern Novel*. Chicago: The Swallow Press, 1971.

(74) Josefina Ludmer, "Los escándalos de Juan Moreira". En: Josefina Ludmer, (comp.), *Las culturas de fin de siglo en América Latina*. Rosario: Viterbo, 1994, p. 104.

(75) J. Ludmer (*op. cit.*), p. 110. Ludmer reproduce los conceptos de la conferencia dada por Ingenieros en 1910 en la Sociedad de Psicología de Buenos Aires, conferencia que no publicó Ingenieros y que apareció como un resumen en *Anales de Psicología* (vol. II, 1911).

(76) Véase el "Apéndice" de *Olimpio Pitango de Monalia (op. cit.)*, carta de Holmberg al lector que ilumina la génesis de *Olimpio Pitango* (p. 236).

(77) Eduardo L. Holmberg, "La casa endiablada". En: *Cuentos fantásticos*. Antonio Pagés Larraya (ed.). Buenos Aires: Hachette, 1957, p. 306.

(78) En la edición de Morillas Ventura y Guzmán Conejeros, "El piano de Elvira" aparece publicado en *La Nación* en 1875 (*Filigranas de cera y otros textos, op. cit.*, p. 15).

CRONOLOGÍA

(1) Antonio Pagés Larraya, "Estudio preliminar". En: E. L. Holmberg, *Cuentos Fantásticos (op. cit.)*, pp. 7-98.

(2) Para una información sobre la actividad de Holmberg como hombre de ciencia, véase la "Bibliografía" de Cristóbal M. Hicken (pp. 165-180).

(3) Eduardo L. Holmberg, *El fosfeno*. Buenos Aires: Imprenta Oswald, 1880.

(4) Según Pagés Larraya: "En 1903 fue designado inspector de Enseñanza Secundaria" ("Estudio preliminar", *op. cit.*, p. 23). No he podido confirmar este dato; Manuel Gálvez, que lo conoció y dejó su retrato en *El mundo de los seres ficticios*, informa que Holmberg ya era inspector cuando él empezó a desempeñar el mismo cargo alrededor de 1906. "[Holmberg] [s]iendo inspector, publicó *Lincalel* [sic], poema épico sobre las luchas contra el indio. Por su renombre científico, Holmberg daba categoría a la inspección. Me gustaba conversar con él. Su palabra enseñaba y divertía" (Buenos Aires: Hachette, 1961, p. 27). De esto se deduce que todavía era inspector en 1910, año de publicación de *Lin-Calél*.

CLARA

(1) *Bajo los tilos* (1832) famosa novela de Alphonse Karr (París 1808-1890), crítico francés y novelista. A *Sous les tilleuls*, en parte autobiográfica, le siguen otras novelas entre ellas *Voyage autour de mon jardin* (1845).

(2) Saint-Pierre, Bernardine de (1737-1814), escritor francés nacido en El Havre. En su famosa novela *Paul et Virginie* (1789), su principal mérito reside en que el autor se aleja del árido estilo clásico e incursiona en la descripción de las bellezas de la naturaleza.

(3) Charles Paul de Kock (Passy, París 1793-1871), la mayoría de sus obras versan sobre la clase media y baja parisiense durante el siglo XIX, serie que empezó con *Georgette, ou la mère du Tabellion* (1820).

(4) Lavater, Johann Kaspar (Zurich, 1741-1801), poeta, teólogo, místico y fisiognomista. Conocido mayormente por sus obras en fisiognomía, como *Physiognomische Fragmente zur Beförderung der Menschenkenntnis und Menschenliebe* (1775-78) libro muy popular que deja la ciencia de la fisiognomía como él la encontró, carente de sistema y de rigor científico.

(5) Léucade, isla jónica y nombre del promontorio de Léucade desde cuya cima se precipitaba a los condenados a muerte.

(6) *Cacaseno* se usa con una doble acepción: persona enana o de poca estatura (éste parece ser el significado otorgado por Holmberg), o tonto, simplón, necio.

(7) *Physiologie du mariage* (1829), cuadros analíticos y satíricos que ilustran con crudeza la veta no romántica de Balzac.

(8) Batalla de Maratón, victoria de Milcíades contra los persas en 490 a. de J.C. en Maratón, aldea de Ática.

(9) Camambú, planta americana solanácea, de fruto comestible y flor amarilla.

(10) Probablemente aluda a Claudio Mamerto Cuenca (1812-1852), médico y poeta argentino que gozó de mucha popularidad en el medio. El poeta uruguayo Heraclio Fajardo publicó sus poesías en tres volúmenes: *Obras poéticas del Dr. Claudio M. Cuenca* (1861).

(11) Sabiá, en Argentina también el zorzal, el chalchalero, pájaro mediano de unos 25 cm de largo de color pardo oliváceo en el dorso y gris ceniza en el pecho, se alimenta de insectos y frutos

(12) Brocken, montaña situada al norte de Alemania, punto culminante del macizo del Harz (1.142 m). En el folclore alemán se celebraban ritos tradicionales, especialmente durante la noche de Walpurgis (primero de mayo).

¡UMBRA!

(1) Medoro o Medor, personaje del *Orlando furioso* de Ariosto, joven sarraceno adornado de todas las gracias y animado de los más nobles sentimientos.

(2) "Like the Chaldean, he could watch the stars,
Till he had peopled them with beings bright
As their own beams; and earth, and earth-born jars,
And human frailties, were forgotten quite". Lord Byron, "Childe Harold's Pilgrimage", *The Complete Poetical Works* vol. II. Ed. Jerome J. McGann. Oxford: Clarendon Press, 1980, p. 81.

(3) Goblin, (Ing.) espíritu grotesco, feo, maligno, dañino.

(4) Kraken, en el folclore noruego, monstruo marino que asolaba las costas.

(5) Kobold, duende de las minas en Alemania, del *kobold* se origina la palabra cobalto.

(6) Hualichu, palabra india, Holmberg explica: "El hualichu no ha sido jamás el diablo de los cristianos, porque éste es la encarnación del mal, y nadie se lo propicia. La significación que le doy en todo el poema [*Lin.Calel*] es la de Espíritu de la Naturaleza, algo semejante a lo que invoca *Fausto* (de Goethe) antes de la aparición de Mefistófeles" (Eduardo L. Holmberg, *Lin-Calél*. Buenos Aires: Rosso y Cía, 1910, p. 331).

OLGA

(1) Lacordaire, Jean Baptiste Henri (1802-1861), dominico y orador francés. Perdió la fe en 1819 y la recobrará en 1824. Predicó la soberanía de la gente en la vida civil y la supremacía del Papa en religión. Su pensamiento, nutrido en la filosofía, la historia y la religión, guió la reacción en contra del escepticismo volteriano.

(2) Estos versos pertenecen al poema *Endymion: A poetic Romance* de John Keats:

"What misery most drowningly doth sing

In lone goal of consciousness? Ah, 'tis the thought,

The deadly feel of solitude: for lo! (*The Poems of John Keats*. Ed. Jack Stillinger. Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard Univ., 1978, p. 140.

(3) Moleschott, Jacobus (1822-1893), fisiólogo y filósofo holandés, apoyó el materialismo.

(4) Werner, Abraham Gottlob (1750-1817), el padre de la geología alemana. Dedicó 40 años al desarrollo de la escuela de minería en Freiberg, donde enseñó litología y la sucesión de formaciones geológicas, una materia que él denominó geognosia.

(5) Haüy, René Just (1743-1822), mineralogista francés, uno de los creadores de la cristalografía. Publicó en 1801 *Tratado de mineralogía* y en 1822 *Tratado de cristalografía*.

(6) Mohs, Friedrich (1773-1839), mineralogista alemán, enseñó en Freiberg. Su gran obra fue el *Tratado de mineralogía* (1825).

BOCETO DE UN ALMA EN PENA

(1) *Mahabharata*, poema épico hindú del período clásico atribuido a Vyasa y probablemente del 300 a.C. No es realmente un poema sino una colección de poesías legendarias y didácticas que giran alrededor de una narración central heroica.

(2) Siguen aquí unas palabras ilegibles debido a la acción del tiempo y estado del periódico.

(3) *Thaler* moneda de plata que circulaba antiguamente en Alemania del Norte.

(4) Gauss, Karl Friedrich (1777-1865), matemático alemán que con Arquímedes y Newton, es considerado uno de los grandes matemáticos de la historia. El campo de investigación de Gauss es amplio y vasto; sólo se mencionará acá su trabajo sobre las series hipergeométricas (1812) que significa el primer enfoque riguroso del proceso infinito.

EL PERIÓDICO LIBERAL

(1) *Mané, thécel, pharés*, palabras que significan: "piensa", "calcula", "divide". Amenaza profética que alguien invisible escribió sobre el muro de la sala en la que Baltasar se entregaba a la última orgía, en momentos en que Ciro penetraba en Babilonia.

(2) Bastiat, Frédéric (1801-1850), economista francés llamado "el poeta de la economía" por su exposición elegante y luminosa. Fue famoso por su enunciación de las falacias económicas. Entre sus obras se destacan *Les Harmonies économiques* (1850) y *Sophismes économiques*.

(3) *Cañón Krupp*, lleva el nombre de Alfred Krupp (1812-1887), industrial alemán, fundidor de los cañones de acero Krupp.

POLÍTICA CALLEJERA

(1) *Auf den Bergen ist Freiheit*, (*Freedom dwells upon the mountains*). He corregido esta cita que pertenece a Schiller. Como Holmberg cita de memoria, muchas veces ésta lo traiciona. En el texto aparece como: *An die Bergen wohnt Freiheit*, expresión que reproduce la edición de Morillas Ventura y Guzmán Conejeros. Véase *Dictionary of Foreign Phrases and Classical Quotations*, Ed. Hugh Percy Jones. Edinburgh: John Grant booksellers Ltd. 1963.

LA CIUDAD IMAGINARIA

(1) Aunque el texto de *La Crónica* dice Krakatowa, por el contenido (ironía a la posible desaparición del sol como Krakatoa) alude a la famosa erupción de la isla volcánica Krakatoa de Indonesia, destruida parcialmente en 1883.

EL MEDALLÓN

(1) Teseo, el gran héroe de las leyendas áticas y el hijo de Egeo, rey de Atenas. Extendió su territorio ático al istmo de Corintio.

(2) Carlos El Temerario (1433-1477), duque de Borgoña en 1467, hijo de Felipe el Bueno y de Isabel de Portugal, fue uno de los príncipes más notables de su tiempo.

(3) Ravaillac, François (1578-1610), el asesino de Henry IV de Francia por los rumores de que el rey intentaba hacer una guerra contra el Papa. Fue ejecutado el 27 de mayo de 1610.

(4) Haggard, Henry Rider (1856-1925), novelista inglés muy popular por sus novelas. *She* (1887) es una historia fantástica con escenario africano.

(5) Coronado, Martín (Buenos Aires, 1850-1919), uno de los precursores del teatro nacional. Entre sus obras: *La piedra del escándalo*, *Culpas ajenas*, *Parientes pobres*.

(6) Ixión, nombre de la constelación de Hércules. En mitología, Ixión es el hijo de Flegias y de Perinela. Engañó a Júpiter intentando enamorar a Juno. Aquél, para vengarse, dio a una nube la misma forma de la diosa, haciendo que de la unión de Juno, la nube, e Ixión naciera un ser monstruoso, el Centauro.

(7) Briareo, gigante mitológico, que tenía cien brazos y cincuenta cabezas, hijo del Cielo y de la Tierra.

(8) Fontenelle, Bernard Le Bovier de (1657-1757), autor francés. Sus más famosas obras fueron *Nouveaux Dialogues des morts* (1683) y *Entretiens sur la pluralité des mondes* (1686). Fue miembro de la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Francesas.

LA GALLINA INFECUNDA

(1) Danaides, en la mitología nombre de las cincuenta hijas de Dánao, que con excepción de una, todas mataron a sus esposos en la noche de sus bodas.

EL SONSO DE LA COLMENA

(1) Alojeadá, (noroeste argentino), reunión en la que se bebe aloja, bebida preparada de la fermentación de la harina de maíz o algarroba.

(2) Macha, (noroeste argentino), estado de ebriedad.

HURONES Y COMADREJAS

(1) Caribdis y Escila, nombres de un torbellino y un escollo célebres del estrecho de Mesina, muy temidos por los navegantes antiguos.

(2) Dorking, pueblo mercante y distrito urbano situado en Surrey, Inglaterra. Dio su nombre a una conocida clase de aves de corral, caracterizada por tener cinco dedos en las patas.

PANORAMAS Y RUMORES

(1) *Cake-walk*, baile popular de salón de origen afro-americano que otorga un pastel como premio al bailarín más hábil.

(2) *Roulement*, ruido de rueda, redoble de tambor, fragor del trueno.

EL PARAGUAS MISTERIOSO

(1) Casares, Alberto, intendente municipal durante los últimos años de Holmberg como director del Zoológico (1888-1903). En 1903 Cáceres lo exoneró del cargo. A Holmberg se debió el diseño definitivo y moderno del Zoológico.

(2) Becher, Emilio (Buenos Aires, 1882-1921), escritor modernista cuyo *Diálogo de las sombras*, de filiación francesa, fue muy conocido por su elegancia e ironía.

(3) Fernández y González, Manuel (1821-1888), novelista sevillano, autor dramático y poeta lírico, altamente pasional e imaginativo en sus novelas. Entre sus novelas: *La novia del fantasma*, *Las mojigatas*. Obras de teatro: *El bastardo y el rey*; *Susana*; *Cid Rodrigo de Vivar*.

(4) Ponson du Terrail, Pierre Alexis (1829-1871), novelista francés. Popular a partir de 1853 por su obra *Coulisses du monde*. Escribió folletines de gran invención entre ellos: *Les Cavaliers de la nuit* (1853), *Bavolet* (1853)

(5) *Euxinios*, neologismo del latín *Euxinus*, *Pontus Euxinus*, nombre antiguo del mar Negro, su significación es "hospitalario".

(6) *Vae victis*, latín. Exclamación de mala suerte o dolor, atribuida a Brennus cuando capturó Roma: *Vae victis! intoleranda Romanis vox*.

(7) Saurio, reptil similar al lagarto.

(8) Duclaux, Emile (1840-1904), bioquímico francés, fue alumno de Pasteur. A la muerte de éste (1895) se encargó de la dirección del Instituto Pasteur. Adquirió reconocimiento por sus trabajos sobre la fermentación y los microorganismos.

(9) Salustio, Cayo Crispo (86-35 a. C.), historiador romano autor de *La conjuración de Catilina* y *La guerra de Yugurta*.

(10) Catilina, Lucio Sergio (¿109?-62 a. C.), patricio romano. Murió en la batalla de Pistoya. Su conjuración contra el Senado romano fue denunciada por Cicerón en las *Catilinarias* en el año 63.

(11) Sempronio, mujer romana (II a. C.) hija de Tiberio Sempronio Gracco. Fue la esposa de Escipión Emiliano.

(12) Léntulo, Publio, cónsul romano del 71 a. C., conspirador con Catilina contra el Senado romano, fue estrangulado en el 63 a. C.

(13) Pinel, Philippe (1745-1826), médico francés. Publicó en 1791 *Traité medico-philosophique sur l'aliénation mentale* en el cual aboga por un tratamiento más humano de la insania. Fue profesor de patología en la Escuela de Medicina de París.

(14) Beccaria, Cesare Bonesana (1738-1794), brillante matemático italiano aunque su obra principal tiene que ver con la economía y la criminología. Autor de *Dei Delitti e delle Pene*, que tuvo seis ediciones en 18 meses, en la que predica la prevención del crimen más que el castigo. Sus ideas fueron recibidas entusiastamente en Europa.

(15) Hobbes, Thomas (1588-1679), filósofo inglés considerado el fundador de la Escuela inglesa de filosofía. Sus enfoques éticos y políticos, ejercieron gran influencia en sus contemporáneos. Autor de *Leviathan*, en la que sostiene el materialismo en filosofía, en moral el utilitarismo, y el despotismo en política.

(16) Hephaista, en la mitología griega, diosa del fuego. Origina el fuego subterráneo y especialmente el de los hogares domésticos y artesanales.

(17) Cutí, especie de tela fuerte de cáñamo o lino.

(18) Guampas (Arg.): aspa, cacho, cuerno del animal vacuno.

MÁS ALLÁ DE LA AUTOPSIA

(1) Pérez Escrich, Enrique (Valencia 1829-1897), folletínista español de mucha popularidad entre lectores poco exigentes. Su discurso moralizador confunde la moral evangélica con un trasnochado filantropismo. Entre sus obras: *El cura de aldea*, *El frac azul*, *La caridad cristiana*, etcétera.

(2) Fajardo, Heraclio, escritor romántico uruguayo, que dramatizó en *Camila O'Gorman* un cruento episodio de la tiranía de Rosas.

(3) Astete, Gaspar (1537-1601), jesuita español autor de *Doctrina cristiana* (1599), luego titulada *Catecismo de la doctrina cristiana*. Alcanzó más de 600 ediciones y fue muy popular durante la época de Holmberg. Holmberg satiriza esta obra en su *Olimpio Pitango de Monalia* (op. cit.) pp. 136-139.

(4) Weimar, ciudad de Alemania, famosa porque en ella pasó Goethe de 1782 a 1832 muchos veranos en un *cottage* de madera en las afueras de un parque. Es probable que Holmberg, gran admirador de Goethe, conozca este hecho y aplique a su saucedal de Palatino el nombre Weimar.

(5) Pinnípedo, mamífero marino que se alimenta de peces, con cuerpo algo pisciforme similar a la foca. No he querido corregir esta palabra en el texto (pinipedios) porque en todo el párrafo se hilvanan a propósito una serie de conceptos contradictorios, muy típico del humor de Holmberg. Así, la araña es un crustáceo, un cetáceo, que debe ser examinada por un ornitólogo, por ser un ejemplo conspicuo de la flora. Holmberg al escribir a Lauches continúa con la sorna.

(6) Feldespato, nombre común de diversas especies minerales de color blanco, amarillento o rojizo de gran dureza que forma parte de rocas ígneas, como el granito.

(7) *Alibi*, del latín, en otra parte, en otro sitio o lugar.

LO MÁS NATURAL

(1) Volaván, castellanización de *vol-au-vent*, paté hojaldrado para acompañar carnes o pescados.

(2) Becacina o agachadiza, ave limícola que vuela inmediata a la tierra y está en arroyos o lugares pantanosos.

SAN BISMO

(1) Chalita: del quechua *challa*, los cigarrillos de chala eran los que se hacían con la chala, hoja que envuelve la mazorca de maíz.

TRANSUBSTANCIACIÓN

(1) Lessing, Gotthold Ephraim (1729-1781), crítico y dramaturgo alemán. Entre sus obras: *Laoconte*, *Dramaturgia de Hamburgo*, en la que critica el teatro clásico francés. En 1795 publicó la colección completa de sus fábulas, precedida de un ensayo acerca de la naturaleza de la fábula, que representa uno de sus mejores ensayos de criticismo sobre este género.

MANIFESTACIONES

- (1) Pichincha (Arg.): ganga, ocasión.

LA CHOCOLATA

- (1) Licurgo, tirano de Esparta del siglo III a de C. Después de la muerte de Cleómenes compró a los éforos y se apoderó del trono en perjuicio de los sucesores del rey difunto (220 a de C.). Depuso a su colega Agenópolis y ejerció solo el poder real.
- (2) Sóquis de soquear (Arg.): golpear en la cara con la palma de la mano.
- (3) Piritoo, héroe de Tesalia, hijo de Ixión y rey de los lápitas. Según la mitología acompañó a Teseo a los infiernos.

LAS LUCES MALAS

- (1) Mangrullo (Arg.): estructura rústica en forma de torre que se levantaba en los fortines o en la inmediaciones de una población y se empleaba como atalaya.
- (2) Tucos (Arg.) del quechua, insecto luminoso como el cocuyo pero con la fuente luminosa en el abdomen.
- (3) *Tonnerre* (Fran.): trueno.
- (4) Röntgen, Guillermo Conrado (1845-1923), físico alemán que descubrió los rayos X. Fue Premio Nobel en 1901.

MUY DIFÍCIL

- (1) Pneumogástrico, nervio llamado también nervio vago o del décimo par. Se extiende desde el bulbo hasta debajo del diafragma.
- (2) Cianótica, que padece cianosis: coloración azul de la piel procedente de la alteración de la sangre.
- (3) Después de una intensa búsqueda que incluye la biblioteca del Vaticano, parece que este autor, Josephus Montanus, es una de las tantas humoradas de Holmberg.

LOS FANTASMAS

- (1) Barbarroja, apodo de Federico I, emperador de Alemania desde 1152 a 1190. Hizo numerosas expediciones contra Italia y destruyó Milán en 1162.
- (2) Federico II el Grande, rey de Prusia (1712-1786), ilustre guerrero y administrador hábil creó la grandeza de Prusia. Después de la guerra de los Siete Años, reorganizó con éxito sus estados. Representante del despotismo ilustrado y amigo de las letras, supo atraer a numerosos sabios franceses entre ellos Voltaire.
- (3) Alberto El Grande (¿1206?-1280), filósofo escolástico alemán llamado, *doctor universalis*. Conocido por su amor a la ciencia experimental, y sus conocimientos de

geografía, astronomía, medicina, zoología y botánica. Entre sus obras: *De Causis et Processu Universitatis*, sobre el neoplatonismo.

(4) Walhalla, según la mitología escandinava, estancia de los héroes muertos en los combates y donde se bebe el hidromiel escanciado por las *walkirias*.

(5) Odín o Votá, dios de la mitología escandinava, protector de los héroes y autor de toda la vida universal: elocuencia, sabiduría, poesía, etcétera.

(6) Thor o Tor, dios de la guerra en la mitología escandinava, hijo de Odín.

(7) Botella de Leyden (*Leyden Jar*), aparato para guardar electricidad estática descubierto accidentalmente por P. Van Musschenbroek, de la Universidad de Leyden, Holanda, en 1745, e independientemente por la misma época por Von Kleist de Kammin, en Pomerania.

(8) Krespel, personaje central del cuento de Hoffmann "Canciller Krespel". Violinista, cuyo errático comportamiento es interpretado como locura. Representa al artista que encuentra la realidad opresiva y rígida.

(9) Lowe, Hudson (1769-1844), general inglés que en 1815, durante su gobierno en Santa Helena, fue designado custodio de Napoleón, exiliado allí. Después de la muerte de Napoleón, en 1821, Lowe regresó a Inglaterra.

(10) Coppelius, personaje de *The Sandman* de Hoffmann.

¡PERO SI ESTÁN AHÍ!

(1) Oken, Lorenz (1779-1851), naturalista alemán que sostuvo que la cabeza era una repetición del tronco, especie de segundo tronco. Su axioma fue que todas las partes de los animales superiores están compuestas de "infusorios" o nómades globulares animados. Esta proposición, según Goethe en su *Morphologie* (1820) fue descubierta por él. A esto parece referirse Holmberg en el párrafo.

(2) Florian, Jean Pierre Claris de (1755-1794), poeta francés y escritor romántico, su guardián y tío, el marqués de Florián, estaba casado con una sobrina de Voltaire. En su colección de *Fables* (1792) imita a Salomon Gessner, el idealista suizo. Escribió además novelas pastorales y romances.

(3) Sollo, esturión, pez ganoideo de cinco metros de longitud, cuyos huevos sirven para preparar el caviar.

(4) Rombo, rodaballo, pez plano y grande.

(5) *Carta a los Pisones*, llamada *De Arte Poética*, está escrita con la idea de disuadir a uno de los hijos de Pisón de ser poeta, de que comprenda la dificultad de la tarea, aprenda las reglas de una buena composición y que recuerde la superioridad de los griegos. Esta carta se publicó en las *Epístolas* de Horacio e interesan además por la pintura de al vida contemporánea romana.

(6) Teratólogo, que estudia las anomalías y monstruosidades del organismo animal o vegetal.

(7) Adelfofagia, de adelfo, calificación dada en botánica a los estambres cuando están pegados por filamentos o hebras en uno o algunos cuerpos

(8) Sinadelfia, desviación orgánica que consiste en la reunión de ocho miembros sobre un solo cuerpo.

(9) Buffon, George Luis Leclerc (1707-1788), naturalista y escritor francés, autor de una *Historia natural* (1749-1804), en 44 volúmenes en colaboración con otros natura-

listas que concluyeron la obra, donde popularizó los conocimientos científicos de su tiempo y describió una teoría sobre el origen y evolución del universo.

(10) Geoffroy Saint-Hilaire, Étienne (1772-1844), naturalista francés, en 1818 publicó la primera parte de *Philosophie anatomique*, acerca de la formación de monstruosidades y la atracción de las partes similares.

(11) *Humbug* (Ing.): un fraude, una farsa.

(12) *Haeckeliano* de Haeckel, Ernst Heinrich (1834-1919), el primer biólogo alemán que se adhirió a la doctrina del evolucionismo, y que diseñó un árbol genealógico acerca de las relaciones de las distintas especies de animales. En su obra *The Riddle of the Universe* (1899) aplicó la doctrina de la evolución a la filosofía y la religión.

¿QUIERES QUE TE AFEITE?

(1) Ominoso: de mal agüero, azaroso.

UN FANTASMA

(1) He corregido el artículo, publicado en *La Cruz del Sur*, que atribuye a *Civilización y Barbarie* el relato sobre Domingo Oro y su *palabra viva* (Domingo Faustino Sarmiento, *Recuerdos de Provincia*. Ed. María Caballero Wangüemert. Madrid: Anaya & Mario Muchnik, Ayuntamiento de Málaga, 1992, p. 151).

(2) Volney, Constantino, conde de (1757-1820), erudito y escritor francés autor de *Las ruinas de Palmira*.

(3) Vauban, Sébastien Le Prestre de (1633-1797), mariscal de Francia. Siendo comisionado general de fortificaciones, desarrolló un sistema de defensa de las mismas. Entre sus obras: *De la défense des places*, *Traité des fortifications de champagne*.

(4) Llantén, planta herbácea de la familia de las plantagináceas, con hojas pecioladas, gruesas, ovaladas, común en los sitios húmedos. Se usa en medicina.

(5) *Ipecacuanizado*, neologismo de Holmberg; de *ipecacuana*, planta originaria de América Meridional cuya raíz se usa como emético.

(6) Cagliostro, Alessandro (1743-1795), conde italiano, alquimista e impostor. Viajó extensamente; en Rodas tomó lecciones de alquimia y ciencias similares. En Londres se presentó como fundador de una nueva masonería y fue bien recibido por la mejor sociedad. En 1789 fue arrestado en Roma y condenado a cárcel perpetua.

(7) Mesmer, Friedrich Anton (1733-1815), médico austriaco que dio nombre al mesmerismo. Interesado en la astrología, imaginaba que las estrellas ejercían una influencia en los seres vivos. Identificó esta fuerza con la electricidad y luego con el magnetismo, y hasta llegó a inducir que enfermos incurables podrían lograr cura mediante tales fuerzas magnéticas.

EL PIANO DE ELVIRA

(1) Este cuento fue leído por Holmberg en la Academia Argentina en su sesión del 15 de septiembre de 1876.

(2) Meyerbeer, Giacomo (1791-1864), compositor alemán autor de *Roberto el Diabolo* (1831), *El profeta* (1849), etcétera, óperas que alcanzaron gran éxito.

(3) Filidor (1726-1795), seudónimo de Francisco Andrés Danican, compositor francés y el más notable ajedrecista de Europa. Escribió numerosas óperas y también una obra sobre ajedrez: *Analyse du jeu des échecs* (Londres 1794).

(4) *Avatar y Espirita*, novelas de Théophile Gautier (1811-1872).

(5) *El trébol de cuatro hojas* o *Abdallah ou Le trèfle a quatre feuilles* de Laboulaye, Edouard (1811-1883), diplomático y escritor francés, fundador de la *Revue historique de droit* (1855). Fue senador vitalicio a partir de 1875. Otras de sus obras son *Histoire politique des Etats-Unis* (1855-1866) y *Contes bleus* (1864).

LLEGARÁ EN ABRIL

(1) Cuculillo, ave trepadora, insectívora.

MARCELINO

(1) Jerigonza usada para evitar que otros entiendan. En este caso las letras y sílabas marcadas indican el contenido. La madre le dice a Demetrio: "Es de una curiosidad tal que todo lo quiere escudriñar y revolver". Demetrio contesta: "No te aflijas no las tocará".

(2) López, Carlos Antonio (1792-1862), político paraguayo, cónsul y tres veces presidente del Paraguay desde 1844 a 1862.

(3) Ticholo (Arg.). Panecillo de pasta de guayaba.

(4) Masacote, concentrado de la cristalización del azúcar.

(5) Chasque, chasqui, quechua, indio que sirve de correo.

VI. ÍNDICE DE PALABRAS Y EXPRESIONES ANOTADAS

A

adelfofagia, 285
Alberto el Grande, 274
alibi, 220
alojeadas, 162
Astete, Gaspar, 219
Auf den Bergen ist Freiheit, 125
Avatar, 326

B

Bajo los tilos, 56
Barbarroja, 273
Bastiat, Frédéric, 111
Batalla de Maratón, 64
becacinas, 228
Beccaria, Cesare Bonesana, 205
Becher, Emilio, 182
Botella de Leyden, 276
Briareo, 138
Brocken del Harz, 68
Buffon, George Luis, 285

C

cacaseno, 61
Cagliostro, Alessandro, 310
cake-walk, 169
camambú, 65
Cañón Krupp, 112
Caribdis y Escila, 165

Carlos El Temerario, 134
Carta a los Pisones, 285
Casares, Alberto, 182
Catilina, 204
chalita, 235
chasque, 362
Childe Harold's Pilgrimage, 76
cianótica, 270
Coppelius, 280
Coronado, Martín, 138
cuclillos, 341
Cuenca, Claudio Mamerto, 66
cutí, 208

D

Danaides, 147
Dorking, 166
Duclaux, Emile, 197

E

El trébol de cuatro hojas, 326
Espirita, 326
Euxinios, 196

F

Fajardo, Heraclio, 219
Federico el Grande, 273
feldespato, 220

Fernández y González, Manuel, 193

Filidor, 319

Fisiología del Matrimonio, 63

Florián, Jean Pierre, 283

Fontenelle, Bernard Le Bovier de, 138

G

Gauss, Karl Friedrich, 104

Geoffroy Saint-Hilaire, Étienne, 287

goblins, 76

guampas, 209

H

haeckeliano, 288

Haggard, Henry Rider, 138

Haiiy, Rene Just, 81

Hephaista, 206

Hobbes, Thomas, 206

hualichu, 76

humbug, 288

I

ipecacuanizado, 309

Ixión, 138

K

Karr, Alfonso, 55

Keats, John, 79

kobold, 76

Kock, Paul de, 56

Krakatoa, 130

kraken, 76

Krespel, 278

L

Laboulaye, Edouard, 326

Lacordaire, Jean Baptiste Henri, 79

Lavater, Johann Kaspar, 57

Léntulo, 204

Lessing, Gotthold Ephraim, 238

Léucade, 58

Licurgo, 244

llantén, 309

López, Carlos Antonio, 359

Lowe, Hudson, 279

M

machas, 162

Mahabharata, 103

Manés, Thecél, Pharés, 110

mangrullo, 248

masacotes, 360

Medoro, 74

Mesmer, Friedrich Anton, 310

Meyerbeer, Giacomo, 318

Mohs, Friedrich, 89

Moleschott, Jacobus, 80

O

Odin, 274

Oken, Lorenz, 283

ominosas, 297

P

Pablo y Virginia, 56

Pérez Escrich, 219

pichincha, 240

Pinel, Philippe, 205

pinnípedo, 219

Piritoo, 245
 pneumogástrico, 266
 Ponson du Terrail, Pierre Alexis, 193

R

Ravaillac, François, 135
 Recuerdos de Provincia, 305
 Röntgen, Guillermo Conrado, 250
 rombos, 284
 roulement, 170

S

sabiá, 67
 Salustio, 204
 sauros, 197
 Sempronia, 204
 sinadelfia, 285
 sollos, 284
 sóquis, 245

T

teratólogos, 285
 Teseo, 134, 245
 thalers, 103
 Thor, 274
 ticholos, 360
 tonnerre, 249
 tucos, 249

V

Vae victis, 196
 Vauban, Sébastien Le Prestre de, 308
 volaván, 228
 Volney, Constantino, 305

W

Walhalla, 274
 Weimar, 219
 Werner, Abraham Gottlob, 81

VII. OBRAS CITADAS

- ASTETE, Gaspar: *Catecismo de la doctrina cristiana*. Pamplona, Edit. Sancho el Fuerte, 1984.
- BENJAMIN, Walter: "París, capital del siglo XIX". En *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, Madrid, Altea/Taurus/Alfaguara, 1988.
- BYRON, Lord: "Childe Harold's Pilgrimage". En *The Complete Poetical Works*, vol. II, Jerome Mc. Gann (ed.), Oxford, Claredon Press, 1980.
- CANÉ, Miguel: "Dos partidos en lucha (Fantasía científica) por Eduardo L. Holmberg". En *El Nacional*, Buenos Aires, 29 de febrero, 1875.
- Dictionary of Foreign Phrases and Classical Quotations*. Hugh, Percy Jones (ed.), Edinburgh, John Grant Booksellers Ltd., 1963.
- DARWIN, Charles: *On the Origin of Species*. Cambridge, Harvard University Press, 1966.
- *The Voyage of the Beagle*. Leonard Engel (ed.), New York, Doubleday & Co. Inc., 1962.
- ECO, Humberto: *Opera aperta*. Milano, Casa Editrice/Valentino Bompiani, E.C., 1962.
- FOTHERGILL, Philip G.: *Historical Aspects of Organic Evolution*. New York, Philosophical Library, 1953.
- FOUCAULT, Michel: *Discipline and Punish. The Birth of the Prison*. New York, Random House/Vintage Books Editions, 1979.
- GÁLVEZ, Manuel: *El mundo de los seres ficticios*. Buenos Aires, Hachette, 1961.
- GRIERSON, Cecilia: "Discurso de la Doctora Grierson". En *Homenaje al Dr. Eduardo L. Holmberg*. *Revista del Centro de Estudiantes de Ingeniería*, año XVI, 159, septiembre, 1915, p. 723.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael: "Sobre el modernismo". En: *Escritura*, 4, 1977, pp. 214-215.
- HABERMAS, Jürgen: *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*. Thomas Burger y Frederick Lawrence (trad.), Cambridge, Massachusetts Institute of Technology, 1989.
- HELLER, Agnes: *A Theory of Modernity*. Malden, Blackwell Publishers, 1999.
- *Can Modernity Survive?* Berkeley & Los Angeles, University of California Press, 1990.
- HICKEN, Cristóbal: "Bibliografía". En Luis Holmberg, *Holmberg el ultimo enciclopedista*, Buenos Aires, Francisco A. Colombo, 1952, pp. 165-180.
- "Conferencia del Dr. C. Hicken". En *Homenaje al Dr. Eduardo L. Holmberg*. *Revista del Centro de Estudiantes de Ingeniería*, año XVI, 159, septiembre, 1915, p. 729.
- HOFFMANN, E. T. A.: *Selected Writings of E. T. A. Hoffmann*. L. Kent y E. Knight (eds.), Chicago & London, University of Chicago Press, 1969.

- HOLMBERG, Eduardo L.: *Carlos Roberto Darwin*. Buenos Aires, El Nacional, 1882.
- “De siglo a siglo”. En *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Buenos Aires, julio, 1901, p. 58.
- *Dos partidos en lucha*. Buenos Aires, Imprenta de El Argentino, 1875.
- “Discurso del Dr. Holmberg en la inauguración del monumento a la memoria de la Señora de Caprile”. En *El Nacional*, 1 de agosto, 1887, col. 3.
- “Discurso del Dr. Eduardo Holmberg”. En *Homenaje al Dr. Eduardo L. Holmberg. Revista del Centro de Estudiantes de Ingeniería*, año XVI, 159, septiembre, 1915, pp. 732 y 735.
- *El fosfeno*. Buenos Aires, Imprenta Oswald, 1880.
- *El tipo más original y otras páginas*. Sandra Gasparini y Claudia Román (eds.), Buenos Aires, Ediciones Simurg, 2001.
- *Evolución*. Buenos Aires, Sociedad Luz, 1918.
- *Filigranas de cera y otros textos*. Enriqueta Morillas Ventura y Rodrigo Guzmán Conejeros (eds.), Buenos Aires, Ediciones Simurg, 2000.
- *Foja de Servicio de Holmberg, 20 de febrero de 1903*. Manuscrito, en mi archivo.
- “La casa endiablada”. En *Cuentos fantásticos*. Antonio Pagés Larraya (ed.), Buenos Aires, Hachette, 1957.
- *Lin-Calél*. Buenos Aires, Rosso y Cía., 1910.
- *Olimpio Pitango de Monalia*. Edición príncipe. Edición, introducción y notas de Gioconda Marún; Buenos Aires, Ediciones Solar, 1994.
- HOLMBERG, Luis. *Holmberg. El último enciclopedista*. Buenos Aires, Francisco A. Colombo, 1952.
- “Homenaje al Dr. Eduardo L. Holmberg”. En *Revista del Centro de Estudiantes de Ingeniería*, año XVI, 159, septiembre, 1915.
- KANT, Immanuel: *Anthropology From a Pragmatic Point of View*. Chicago, Southern Illinois University Press, 1978.
- KEATS, John: *The Poems of John Keats*. Jack Stillinger (ed.), Cambridge, The Belknap Press of Harvard University, 1978.
- La Ilustración Argentina*. Año II, 27, 30 de septiembre, 1882, p. 318.
- “La noche de boda en el gran mundo”. En *El Nacional*, 20 de mayo de 1882, p. 1, col. 2.
- La Moda. Gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres* [1837]. Prólogo y notas de José Oria, Buenos Aires, Kraft, 1938.
- LUDMER, Josefina: “Los escándalos de Juan Moreira”. En *Las culturas de fin de siglo en América Latina*, Josefina Ludmer (comp.), Rosario, Viterbo, 1994.
- LUGONES, Leopoldo: “Primera edición. Nelly por E. L. Holmberg”. En *El Tiempo*, 18 de septiembre, 1896, p. 1, col. 3.
- MARÚN, Gioconda: *El modernismo argentino incógnito en La Ondina del Plata y Revista literaria (1875-1880)*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1993.
- “Darwin y la literatura argentina”. En *La Torre*, año III, 9, julio-septiembre 1998, pp. 551-575.

- "El ruiñeñor y el artista (1876): un temprano cuento modernista argentino". En *Río de la Plata*, 2, 1986, pp. 107-116.
- "La bolsa de huesos: un juguete policial de Eduardo L. Holmberg". En *INTI. Revista de literatura hispánica*, 20, otoño, 1984, pp. 41-46.
- "La filología, Renan y el nacionalismo literario de L. Lugones y R. Rojas". En *Río de la Plata* 20-21. *Actas del VI Congreso Internacional del CELCIRP*, New York, Fordham University, 1988, pp. 267-279.
- *Orígenes del costumbrismo ético-social*. Addison y Steele: antecedentes del artículo costumbrista español y argentino. Miami, Ediciones Universal, 1983.
- MASIELLO, Francine: *Between Civilization and Barbarism. Women, Nation, and Literary Culture in Modern Argentina*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1992.
- MIGUEZ, Eduardo: "Familias de clase media: la formación de un modelo". En Fernando Devoto y Marta Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina plural: 1870-1930*, 2. Madrid, Taurus, 1999.
- MOLINER, María: *Diccionario de uso del español*. 2 vols., Madrid, Gredos, 1986.
- PAGÉS LARRAYA, Antonio: "Estudio preliminar". En E. L. Holmberg, *Cuentos fantásticos*. Antonio Pagés Larraya (ed.), Buenos Aires, Hachette, 1957.
- PALCOS, Alberto: "Darwin, Sarmiento y Holmberg". En *La Prensa*, 25 de febrero, 1945, sec. 2, col. 1.
- RAMA, Ángel: *El mundo de los sueños de Rubén Darío*. San José, Edit. Universitaria de Puerto Rico, 1973.
- *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte, 1984.
- RAMOS, Julio: *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- ROJAS, Ricardo: *Historia de la literatura argentina*. Vol. I, Buenos Aires, Guillermo Kraft Ltda., 1960.
- ROMERO, José Luis: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México, Siglo XXI, 1976.
- SARMIENTO, Domingo F.: *Darwin. Síntesis de la evolución del pensamiento laico*. Buenos Aires, Sociedad Luz, 1934.
- "De la Revolución Argentina". En *El Progreso*, 11 de enero, 1843. En *Obras completas*, vol. VI, París, Berlín Hnos., [1909], p. 93.
- "Política argentina". En *Obras completas*, vol. VI, p. 288.
- *Recuerdos de provincia*. María Caballero Wangüemert (ed.), Madrid, Anaya & Mario Muchnik/Ayuntamiento de Málaga, 1992.
- SCOBIE, James: *Buenos Aires del centro a los barrios 1870-1910*. Buenos Aires, Solar-Hachette, 1977.
- SPENCER, Sharon: *Space, Time and Structure in the Modern Novel*. Chicago, The Swallow Press, 1971.
- SZURMUK, Mónica: *Women in Argentina. Early Travel Narratives*. Gainesville, University Press of Florida, 2001.
- WILDE, Eduardo: *Tiempo perdido*. Buenos Aires, El Ateneo, 1931.

El presente volumen abarca cuarenta y tres años (1872-1915) de narraciones publicadas originalmente por el escritor argentino Eduardo L. Holmberg (1852-1937) en diarios y revistas de la época, además de otras manuscritas cedidas por su nieta, Laura Holmberg de Parker Newbury. Esta edición permite tener una visión cabal de la producción de Holmberg y situarlo con mayor precisión en el tiempo que le tocó vivir, el de la modernidad socio-cultural. Al mismo tiempo, permite explicar cómo este escritor debió ajustarse a las exigencias de un naciente mercado periodístico y adaptar sus publicaciones a un nuevo público lector.

Los treinta y nueve relatos y cuentos y la novela corta recopilados son el producto de una lenta y larga labor de rastreo en los periódicos de la época realizada por Gioconda Marín, a quien se debe también la edición de los mismos y el estudio introductorio con el que se abre el volumen.

Con esta edición se cierra la extensa tarea de situar más justamente a Holmberg en la historia literaria y cultural de fines del siglo XIX y principios del XX, un escritor en extremo sensible a los cambios de la modernidad acaecidos durante su vida, cambios que reflejó de forma magistral en su obra.

Gioconda Marín, doctora por la Universidad Nacional de Buenos Aires, es catedrática de la Fordham University desde 1983. Ha publicado diversas obras sobre la literatura argentina del siglo XIX: *Orígenes del costumbrismo ético social: Addison y Steele antecedentes del artículo costumbrista español y argentino* (1983) y *El modernismo argentino incógnito en La Ondina del Plata y Revista literaria 1875-1880* (1993). En un intento de rescatar textos desconocidos de Holmberg y de situarlo como escritor que abre las puertas al modernismo y a la modernidad argentina, empieza a estudiar a este autor en 1984, publicando numerosos artículos y la edición príncipe de su novela *Olimpio Pitango de Monalla* (1994).

IBEROAMERICANA

ISBN 84-8489-069-4

9 788484 890690